
J. Parres
LIBRERIA
PAPELERIA
ENCUADERNACION
REPERTORIO DE MÚSICA
ALMACEN DE INSTRUMENTOS
PACHUCA
ESQUINA DE LA PARROQUIA


ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG·SIGILLVM·
VE RI TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE

HISTORIA

DE LA

GUERRA DE INTERVENCIÓN

EN MICHOACÁN

POR EL

LIC. EDUARDO RUIZ.



MEXICO

OFIC. TIP. DE LA SECRETARIA DE FOMENTO

Calle de San Andrés núm. 15. (Avenida Oriente 51.)

1896

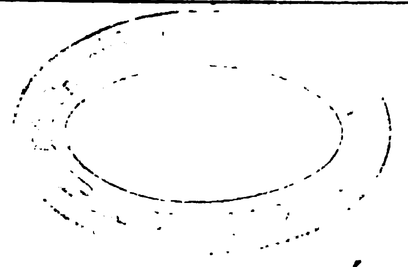
Homenaje al Sr. Presidente de la República,

GENERAL DE DIVISION

D. PORFIRIO DIAZ,

Con el profundo respeto y la sincera gratitud que
le profesa

El Autor.



INTRODUCCIÓN.

Hace más de un cuarto de siglo que pasaron los acontecimientos que voy á referir en estas páginas.

En Michoacán, la guerra de intervención principió dos años después que los franceses hollaron el suelo de la patria. No por esto dejó el Estado de contribuir á la lucha que se inició en 1862. Tropas michoacanas concurrieron á todos los hechos de armas que se verificaron hasta la rendición de Puebla. Pasados los días de prueba, cuando la victoria coronó los esfuerzos de la nación, tropas michoacanas había entre los sitiadores de Querétaro y tropas michoacanas también, militaron á las órdenes del general Díaz en el asedio de la Capital. Así fué como, desde el principio hasta el fin, en la segunda guerra de independencia, no desmintieron su patriotismo ni su valor los hijos de Morelos.

En fines de 1863 fué cuando los primeros disparos del invasor se oyeron en aquel país áspero que se extiende entre Zitácuaro y Huetamo, campos que han visto más de cien batallas, desde los tiempos de la in-

surrección hasta los días en que cayó vencido el imperio. Y desde entonces, la guerra no llegó á interrumpirse en el curso de tres años cinco meses. Puede asegurarse que no pasó una sola semana sin que nuestras tropas peleasen contra las huestes extranjeras y mexicanas que sostenían al gobierno intruso.

Después de tantos años transcurridos, siento como un deber de patriotismo no dejar que se extingan en el olvido los hechos gloriosos del ejército republicano que peleó en Michoacán por la independencia nacional. Quiero escribir aquellos recuerdos para que sirvan de ejemplo á los jóvenes que nos siguen en la carrera de la vida y para que éstos depositen en el altar de la patria las flores de la gratitud hacia aquellos hombres que murieron, llenos de fe en la libertad de los demás, comprada á precio de la sangre vertida en los campos de batalla ó en la amarga soledad del patíbulo.

Penosa ha sido mi tarea al reunir elementos para llevar á cabo mi labor, y la detallaré para que sea conocida de quienes lean este libro.

En aquella época, el continuo batallar hizo imposible que se conservasen de nuestra parte las colecciones de periódicos, los documentos oficiales, la correspondencia particular de los jefes. Los archivos públicos eran incendiados por las guerrillas de bandoleros que militaban en uno ú otro partido; la correspondencia del general Arteaga cayó en poder del enemigo, una vez en la derrota de Jiquilpan, y otra en la catástrofe de Santa Ana Amatlán; Régules se quedó sin un solo papel en la sorpresa de Tengüecho; ni pudieron salvarse en nuestros frecuentes reveses las papeleras de los

Cuerpos. Sólo Riva Palacio posee aún la mayor parte de las cartas que en aquel tiempo le fueron dirigidas. Ahora que he vuelto á tenerlas á la vista, no puedo menos que considerarlas como un precioso tesoro, aumentado con uno que otro periódico ó documento oficial de la época de la campaña, conseguidos merced á esfuerzos increibles. Por mera casualidad conservé algunos *carnets*, mío uno y dos de otras personas, verdaderos apuntes de lo que pasó en aquella época, sin orden cronológico, ni método, ni objetò preconcebido de que pudiesen servir más tarde.

Para cubrir las deficiencias, he ocurrido con empeño á varias de las personas que tuvieron participación en la lucha ó que presenciaron algunos de sus acontecimientos: algunas no se tomaron la molestia de contestar mis cartas; otras sólo conservan recuerdos vagos y á veces contradictorios, y otras que todavía los guardan frescos me han proporcionado un contingente valioso.

Solicité una vez del Gobierno de Michoacán que librase orden á los prefectos de los distritos para que recabaran informes, consultando á los vecinos que pudiesen ministrarlos. La idea fué acogida favorablemente y se puso en planta desde luego, pero el Ejecutivo de aquel Estado juzgó que mejor que enviarme aquellos datos que hubieran sido más útiles, unidos á los que ya tenía yo en mi poder, podrían servirle para dar interés á una de sus Memorias leídas ante la Legislatura. Así se hizo, y en un extracto muy diminuto y sin un concienzudo examen de aquel material, se incluyeron en la Memoria de 1890. Contiene ésta mu-

chas noticias interesantes; pero nada extraño me pareció que, apenas publicada, diera motivo á numerosas rectificaciones, entre las cuales son de mencionarse preferentemente las que escribió el Sr. D. Jesús Rubio, antiguo oficial de filas del Ejército del Centro, y que en una época desempeñó el encargo de Oficial Mayor de la Secretaría de Gobierno, siendo Gobernador de Michoacán el general D. Vicente Riva Palacio.

La misma mención debe hacerse de las que publicó el periódico *La Municipalidad* de Pátzcuaro, del que fué director D. Rafael Chávez Carrillo, empleado de la Comisaría general del Ejército en la época de la campaña. Algunos otros periódicos de Morelia, tales como *La Libertad*, de tiempo en tiempo, han dado á luz efemérides ó artículos de importancia, que me han sido de grande utilidad.

Entre los informes privados relativos á estos sucesos, debo hacer mención de los que me fueron ministrados por D. Federico Bravo, agente en el ramo de hacienda en el ejército republicano, y cuya asombrosa y fiel memoria ha venido muchas veces en mi ayuda.*

Así es como he ido formando un acopio, que si no puede considerarse completo, es comprensivo de los sucesos más notables, y no carece de detalles curiosos y á veces romancescos.

A este caudal deben agregarse mis propios recuerdos, como testigo de no pocos de aquellos acontecimientos, que presencié, primero de simple particular, luego en el tiempo en que fuí secretario del general Riva

* Federico Bravo bajó al sepulcro no ha muchos días.

Palacio y más tarde Auditor de Guerra en el Estado Mayor del general D. Nicolás de Régules.

Los escritores que hasta hoy se han ocupado de narrar la parte de historia que toca al Ejército Republicano del Centro, en su campaña de Michoacán, han tenido en cuenta solamente los documentos del imperio ó los del cuerpo expedicionario francés: la misma obra monumental "México á Través de los Siglos" no ha bebido en otras fuentes, resultando de aquí que se han relegado al olvido muchas acciones heroicas de nuestras fuerzas, que se hayan arrebatado á los jefes republicanos glorias legítimas que les pertenecen, para atribuirlas á sus contrarios, y que aun el mismo Ejército del Centro no haya sido juzgado hasta hoy con el criterio que merecen sus timbres de honor y patriotismo. Ni se conocen los sacrificios de los michoacanos, ni cuánto sufrió aquel noble Estado, ni sus grandes méritos durante aquella guerra, la más grandiosa que registran los anales de la patria.

Dicho esto, tengo que advertir, que he adoptado en la narración el estilo episódico, no tanto por darle variedad, cuanto por sacar avante mi propósito de fotografiar, hasta donde sea posible, el carácter de aquella guerra; las costumbres y el lenguaje de las gentes en las comarcas donde se verificó; el estado que guardaban entonces las poblaciones; los personajes más notables, y ciertos tipos que aparecen en los días luctuosos de las revueltas políticas.

Para decir verdad, no seré yo quien rehuse el cargo que pudiera hacérseme de que mi relato está escrito con pasión. Se agolpan tan expresivamente en mi me-

moria aquellos recuerdos de mi juventud, que no puedo ni quiero dar á mi pluma otro impulso que el que ella misma coge al volar sobre el papel. Me basta declarar que los hechos referidos son ciertos, y que lo son también los detalles principales que los constituyen. Si en los accesorios puede no haber una cabal exactitud, culpa es del colorido que los ilumina, á través de los años, pues me sucede que mientras más distancia pone el tiempo entre aquellos días y los que devora ya mi edad avanzada, más vivos son los matices que animan aquellos cuadros de lucha, de matanza, de infinita desolación por una parte, y por otra, la alegría, el valor, la abnegación y el patriotismo de nuestros soldados. Si á veces me estremezco al recordar los campos de batalla, el incendio de los pueblos, la insaciable voracidad del cadalso, también á veces despierta mi entusiasmo, cuando dentro de mi alma vuelvo á ver aquellos batallones orgullosos de su bandera que hacía ondular el soplo ingente de la libertad. Escribo, pues, mis impresiones, tales como están grabadas en mi memoria.

Eduardo Ruíz.

CAPITULO I.

(1863)

Antecedentes de la campaña.—El partido clerical.—ZITÁCUARO!—Recuerdos de la guerra de insurrección.—La lucha por los principios republicanos.—EL GENERAL D. PORFIRIO DÍAZ.—El Lic. Don Luis G. Couto.—Combate de Pungarancho.—Se abre la campaña en Michoacán.

La victoria de Calpulalpan que dió término á la guerra de tres años implantó en México la reforma, á costa de inmensos sacrificios del partido liberal. Al reaccionario ó clerical no le quedó más recurso que mendigar en Europa la intervención extranjera en los asuntos políticos de la nación. No era de extrañar: enemigo de la independencia en los once años que duró la épica lucha de la insurrección; adversario de las ideas de libertad y de progreso; celoso sostén de gobiernos sanguinarios y despóticos; fanático en religión y codicioso, hasta no más, de los bienes terrenales, el Clero alto mexicano agregó á todos estos crímenes el de la traición en guerra extranjera, provocándo y ayudando para que las huestes francesas viniesen á establecer en este país un imperio regido por un príncipe austriaco.

La historia extensa de estas infames intrigas ha sido escrita en todos los idiomas cultos del mundo, y no es mi ánimo ocuparme de ella. Mi narración comprende únicamente la parte de la guerra de intervención francesa que se verificó en el suelo de Michoacán entre los invasores y sus aliados y los patriotas michoacanos, ya luchando estos solos, ya formando parte del Ejército Republicano del Centro.

Michoacán concurrió con sus elementos á la defensa nacional desde el momento mismo en que el enemigo extranjero pisó el suelo de la patria. Soldados michoacanos se hallaron presentes en Veracruz al avistarse las primeras naves de la convención tripartita; con sus compañeros de armas esperaron al enemigo en el campamento de "Dos Ríos" para disparar sobre él los primeros tiros; se batieron con denuedo, en las Cumbres de Acultzingo, en los cerros de Loreto y Guadalupe el *5 de Mayo*, en Barranca Seca y en el sitio de Puebla, en donde cayó prisionero, y fué después deportado á Francia, su Gobernador Constitucional Don Epitacio Huerta,

Mas tarde, cuando ya los franceses se habían posesionado de la ciudad de México, cuando el gobierno legítimo emprendía su heroica y penosa peregrinación por los desiertos del norte, Michoacán se preparó altivo y sereno á continuar la guerra en el interior de su propio territorio.

Tal es el momento en que comienza mi relato.

Y es digna de llamar la atención la coincidencia de que esa tremenda lucha se iniciara en Zitácuaro, como si el ángel que custodia nuestra patria hubiese querido conceder tan alta honra al pueblo mas patriota de la tierra de Morelos!

¡Cuántos gloriosos recuerdos despierta en el alma el nombre de este pueblo que ha alcanzado con justicia el título de ciudad de la Independencia!

Zitácuaro! Su nombre se leerá repetidas ocasiones en las páginas de estos apuntes.

Se pronunciaba ya con respeto en los últimos días de la conquista, cuando un misterioso cacique cayó á los golpes del encomendero Peñaranda y cuando al espirar aquel indio legendario, es fama que se oyó el tañido fúnebre de una campana invisible, cuyo eco se repercute cada año en solemne día.

Con letras de oro lo grabó la historia en los tiempos dolorosos de la insurrección, cuando los elevados cerros del Pelón y del Cacique, y los de Camémbaro y Cóporo repetían el estruendo de los cañones, los gritos de los combatientes y los suspiros de los moribundos.

Lo vemos brillar nuevamente cuando la ciudad se levantó

llena de entusiasmo en 1852 proclamando la Reforma y como apóstol de esta al inolvidable Melchor Ocampo.

Lo vemos también en la revolución de Ayutla, cuando Urquiza, Juan García y sus compañeros surgieron para luchar contra el tirano, participando de los triunfos del pueblo, y cuando, por este *crimen*, la villa fué incendiada por los santanistas; los habitantes pacíficos, muertos á lanzadas, y algunos de ellos arrastrados por la calle á la cola de los caballos.

En la guerra de tres años, recibió el título de ciudad de la Independencia por sus meritorios timbres del pasado y por los servicios de sus guardias nacionales en aquella época de la reforma.

Pero en la campaña contra la intervención francesa, pudieran contarse los días de Zitácuaro por otros tantos actos de civismo, por fiestas patrióticas, por la llegada de ilustres caudillos ó por la no interrumpida serie de combates que sostuvieron allí las tropas republicanas contra franceses y traidores. Desde 1863 hasta 1867, Zitácuaro se ve convertido en un altar de la Independencia ó en un santuario de la Libertad. El incienso tenía olor de pólvora, las campanas tocaban á rebato; en la bóveda de aquél templo rugía la tempestad de la guerra, el canto sagrado eran las notas del himno nacional.

Allí la tierra era un campamento; la ciudad..... nó, lo que había sido ciudad eran escombros y carbones; el aire, el soplo de la muerte, y en vez de trigo y de maíz, las sementeras producían túmulos.

En los repetidos combates que se libraron en aquellos campos, las montañas se cubrían de espectadores que lanzaban vivas á la patría. Eran las madres, las esposas, los hijos de aquellos que en las cañadas y en los valles vertían su sangre por la independencia de México.

Todos estos hechos heroicos se verificaban, ora en acciones de guerra, ora en el interior del hogar, ó ya en los aduares trashumantes ocultos en las serranías.

En su lugar oportuno se darán á conocer los hombres prominentes de otros Estados que por aquellos días iban á buscar un refugio en Zitácuaro, á tomar participación en las luchas que allí se empeñaban, ó á acaudillar sus huestes, ó que,

de simple tránsito, atravesaban aquella región, llena de glorias nacionales, para ir á combatir contra los enemigos de la patria en otros lugares del país.

Ya he dicho que no entra en el propósito de este libro narrar los acontecimientos de las guerras sostenidas por el pueblo mexicano en otros puntos de la República. Escribo, para que no se olviden, los episodios que pueden servir para la historia particular de Michoacán, y de la historia general del país solamente tomaré aquellos datos que se relacionen con mi asunto.

Ninguno de los Estados proclamó el Imperio. El ejército que sostenía al gobierno impuesto por la intervención y la infidencia tuvo que ir conquistando, palmo á palmo, el suelo mexicano, puesto que ni siquiera se atrevieron franceses y traidores á penetrar en el interior del país inmediatamente después de la ocupación de México. Mientras cobraban nuevas fuerzas, intrigaron porque los pueblos proclamasen á Maximiliano, y no habiéndolo conseguido, se decidieron por fin á emplear las armas, el exterminio y el soborno.

La expedición sobre Michoacán emprendió su marcha en Noviembre. Pero no hay que anticipar la acción cronológica de los sucesos.

En el Estado, á consecuencia de la injustificada rebelión de los "Lanceros de la Libertad," el gobierno local tuvo que vencer grandes dificultades para llevar á cabo sus preparativos de defensa contra los invasores. Por fortuna, el Lic. Don Luis Couto, hijo de Zitácuaro, fué nombrado Gobernador, y en el corto período de su administración (17 de Julio á 17 de Septiembre) logró que se sometiesen voluntariamente los sublevados, organizó algunas otras fuerzas, creó recursos pecuniarios y levantó el espíritu público, entregando en seguida el mando al funesto general Uraga.

Entretanto, el Presidente Juárez, en San Luis Potosí, se consagraba activo é infatigable á renovar la lucha.

Una de las primeras fuerzas con que pudo contar el Ejército Republicano fué la División del General Don Porfirio Díaz, quién para formarla había permanecido tres meses en San Juan del Río, trabajando incansable, casi á la vista del enemigo. Componían esta División cuatro brigadas á las órdenes de los generales José María Ballesteros y Mariano Escobedo y de los coroneles Manuel González y Apolonio Angulo, y militaban en ella jefes tan distinguidos como Crispín Palomares, Margarito Carcía, Jerónimo Treviño, Joaquín Ballesteros, Ramón Reguera, Diódoro Corella, Jesús Toledo, Espinosa Garostiza, Adolfo Alcántara, Jesús Altamirano, Jesús Sosa, y Martiniano León: estos dos últimos, michoacanos. Era Cuartel Maestre de la División el General Rafael Benavides; auditor general, el Lic. Miguel Castellanos Sánchez, y comisario general, el teniente coronel Patricio León.

Tan brillante pléyade de valientes, digna de su jefe, llevaba en el corazón de sus miembros las esperanzas de la patria En aquel corto cuadro de soldados republicanos había como el semillero, como la almaciga de los cinco grandes ejércitos que, cuatro años después, hicieron caer en pedazos el trono de Maximiliano.

El general Díaz se movió con su pequeño ejército, saliendo de San Juan del Río á principios de Noviembre.

Iba á hacer la campaña en el Oriente: allí donde el Imperio tenía fijos los ojos y donde ya había ocupado una gran parte de su territorio.

El general Díaz que, cuando conviene, sabe ocultar su pensamiento, siguió un camino que no podía revelar sus intenciones. Hizo sus jornadas por Amealco, Molinos de Caballero, rancho de los Dolores y Pateo. Permaneció unas cuantas horas en Pomoca, en aquel albergue histórico en que dos años antes fué aprehendido Don Melchor Ocampo, cuya sangre no mitigó la sed de los verdugos clericales. Después siguió por Tepetongo, Angangueo y Trojes y llegó á Zitácuaro, la tierra clásica de la Libertad en Michoacán.

Para nutrir el patriotismo de sus soldados con recuerdos gloriosos, Don Porfirio dió tres días de descanso á sus tropas: Allí evocó la memoria de Benedicto López, cuyo valor que contemplaron admirados los habitantes de Zitácuaro, llenó de terror al gobierno vireinal; allí después de haber divisado á Cóporo, las sombras de los Rayones, de Guerrero y de Bravo se irguieron en su memoria. Al recorrer las calles de la histórica ciudad se ha de haber imaginado el incendio á que la condenó Calleja, las casas envueltas en torbellinos de fuego y el humo densamente negro que se elevaba, sin poder ocultar la gloria de los héroes. ¿Quién había de decir al caudillo que antes de dos años, aquella alegre ciudad, animada y risueña, estaría de nuevo convertida en pavezas y hollada y ultrajada por el ejército extranjero?

El general Díaz se alojó en Zitácuaro en la casa de Don Lorenzo Rodríguez, anciano patriota, de quién tomó instrucciones topográficas para enriquecer su caudal propio en esta clase de conocimientos.

Trascurrieron los tres días de descanso. La división Diaz emprendió de nuevo su marcha. Al pasar por la hacienda del Bosque, el general en jefe vió en la puerta de aquella elegante y hermosa mansión á su propietario, el Lic. Don Luis Couto, antiguo conocido suyo. Se adelantó á saludarlo y estuvo conversando con él todo el tiempo que la tropa tardó en pasar. El asunto de aquella plática entre el viejo republicano, amigo de Don Melchor Ocampo y el jóven caudillo, es fácil de adivinar. Chispeaban los ojos de Couto debajo de las tupidas cejas que parecían de nieve, en tanto que la mirada del general Díaz era fija, severa y limpia, como si penetrara el porvenir.

La División siguió por las haciendas de Laureles y Orocutín, tocando los lindes del Estado de México. Ya después de franquear aquellos lugares, los soldados vieron con inmenso placer que se rompía lo monótono de las jornadas. En efecto, había aparecido de repente una gruesa columna de traidores capitaneada por Laureano Valdés, quien sin atreverse á presentar acción, destacaba algunas guerrillas á tirotear la tropa del general Díaz. Las guerrillas quedaban escarmen-

tadas por los soldados republicanos. El general estaba satisfecho de ver la moral de su pequeña fuerza, y profundamenreservado como es, sólo el sabía que una sección de franceses, á las órdenes del general Bertier, había salido de Toluca á reforzar á los traidores. Desde su salida de Zitácuaro, el general Díaz tuvo siempre su izquierda amagada por numerosas tropas enemigas, en su largo camino hasta Oaxaca, no siendo pocas las acciones de guerra que sostuvo contra ellas. Para el objeto de estos apuntes basta por ahora, referir el primero de tales episodios, por haberse verificado en Michoacán.

Decíamos que entre el tiroteo de las avanzadas y las risas y el entusiasmo de los soldados, el general continuaba su marcha. Un día llegó al pequeño caserío de Pungarancho (municipalidad de Tiquicheo). Laureano Valdés creyó que allí se le presentaba la oportunidad de alcanzar una victoria sobre los patriotas. Al efecto, tomó posiciones en un sitio ventajoso, en que tenía á su frente el río, invadeable en aquel lugar. Allí juzgó conveniente presentar la batalla. El general Díaz la aceptó, y mientras con toda calma formaba su línea hizo construir algunas balsas con barriles y trozos de madera, para que sirviesen de puente.

Entónces dió orden á Martiniano León, teniente coronel de artillería, para que con sus piezas comenzara á batir á los imperialistas. Al abrigo de estos fuegos se empeñó el combate; un cuerpo de infantería pasó el río sobre aquel puente improvisado. Rápidos los movimientos de la tropa republicana, como era rápido el plan de su jefe, pronto obtuvieron el triunfo más completo. Las desmoralizadas fuerzas de Laureano Valdés huyeron en completa dispersión y los vencedores avanzaron hasta Tejupilco. El general Bertier regresó á Toluca, frustrado ya su plan.

El general Díaz levantó el campo, y desde aquel momento dió por iniciada la campaña de su ejército de Oriente, campaña llena de vicisitudes y de gloria, cuyo primer laurel fué la toma de Tasco; en que más tarde se ve al héroe caer prisionero, y en que después de la más romancesca y peligrosa evasión aparece de nuevo en los campos del combate; cam-

paña en que se libran acciones de guerra en tres ó cuatro días sucesivos, obteniendo victoria; en que se asaltan y se toman ciudades importantes; en que se destruyen grandes ejércitos enemigos, extranjeros y *mexicanos;* campaña, en fin, en que hay fechas inmortales como el 2 de Abril, y en la que se registra el término de la guerra, el aniquilamiento del Imperio y la apoteosis de la República.

Aquella lucha se inició en Zitácuaro, los primeros tiros se dispararon en el territorio de aquel Distrito, la primera acción se libró en Pungarancho (Huetamo) y fué el comienzo de la guerra de intervención en Michoacán, guerra que duró más de tres años, en que los combates se contaron por cientos, los cadalsos en que murieron los patriotas por millares y en que los sacrificios fueron incontables.

Y como un honroso recuerdo para el Estado, hemos visto que quien rompió los fuegos en aquella gloriosa época y en aquel heroico Distrito de Zitácuaro, fué el General Don Porfirio Díaz.

CAPITULO II.

(1863)

Don José López Uraga.—Intrigas de los imperialistas.—El general Felipe Beriozábal.—Disposiciones acertadas.—Invasión de los franceses en el Es tado.—El Coronel Ruiz Carrillo.—Protesta contra la intervención.—E 30 de Noviembre de 1863.—Entrada de los franceses en Morelia.—La población se les manifiesta hostil.—Vista de la ciudad.

El general Uraga fué nombrado Gobernador y Comandante Militar del Estado de Michoacán y recibió ambas investiduras el 17 de Septiembre de 1863. El viejo patriota Lic. Luis Couto que tenía á su cargo el Gobierno, hecha entrega de él, se retiró á su hacienda del Bosque, Distrito de Zitácuaro: allí pasó toda la campaña, prestando sus importantes servicios á la independencia.

Don José López Uraga estaba emparentado con algunas de las principales familias de Morelia. La casa solariega está situada detrás de la catedral, al lado izquierdo del colegio de infantes. Los Uraga hacían alarde de nobleza de sangre. En una mampara de la sala había una pintura, representando á un negro que tocaba una trompeta. Era un privilegio de los antepasados que uno de sus esclavos estuviese soplando en el estrepitoso instrumento, á la hora de la comida. ¡Hermosa preeminencia que hacía saber á los habitantes de la antigua Valladolid que los señores Uraga estaban sentados á la mesa!

El general Uraga tenía ese valor ardiente é impetuoso del primer momento: atacaba bruscamente y no cuidaba ni de su propia vida, ni de la sus soldados. Era hombre de un solo plan en el combate; así es que, si los movimientos ó la actividad del enemigo se lo desbarataban, la derrota era segura. El vulgo atribuía á traición lo que no era otra cosa que el resultado de la imprevisión ó de poca persistencia de talento militar. Su carácter era áspero, violento y orgulloso. Era bajo de cuerpo, de color bilioso y de mirada altiva; en la época á que me refiero, su calvicie estaba muy avanzada y el hirsuto bigote enteramente cano.

Casi nada de provecho hizo el general Uraga en Michoacán durante aquellos días y puede decirse que se limitó á expedir un decreto, declarando á Morelia en estado de sitio y ordenando que los franceses residentes en aquella ciudad salieran de allí en el improrrogable término de veinticuatro horas, so pena de ser considerados como espías del enemigo. Disposición inútil é injusta, porque entonces aún no estaba invadido el Estado.

El partido liberal de Michoacán desconfiaba de la lealtad de Uraga y no creía en su fe política; los tratados de Arroyo Zarco que apresuraron el triunfo de la revolución de Jalisco (1852) y la conducta que observó aquel jefe en la guerra de Reforma, justificaban la desconfianza. Esto y el carácter despótico de Uraga alejaron de su lado á los patriotas. En cambio, los hombres del partido conservador lo rodearon y lo embriagaban con sus adulaciones, logrando que no se dictasen providencias para preparar la campaña, y acaso fueron ellos quienes inspiraran el famoso decreto de que antes hablé, á fin de apresurar la expedición que los franceses tenían preparada sobre Michoacán. Tal vez se forjaban algunos otros planes, pues lo cierto es que por aquellos días andaban los imperialistas de Morelia sumamente contentos y esperando con ansiedad la llegada de los franceses.

Sucedió, empero, que Uraga fué llamado por el Gobierno general para que se pusiese al frente de un ejército: entregó el Gobierno de Michoacán al General Berriozábal, en 30 de Octubre, y marchó á su destino.



GENERAL FELIPE B. BERRIOZABAL

(1863.)

Los limpios antecedentes como militar y como gobernante, el patriotismo no desmentido y la acrisolada honradez del General D. Felipe Berriozábal, eran y fueron títulos para que los michoacanos lo recibieran con entusiasmo. Además, su trato caballeroso y fino y hasta su arrogante figura le afianzaron bien pronto las simpatías de todos.

El partido liberal lo acogió como una esperanza; y en efecto, apenas se hizo cargo del Gobierno, cuando comenzó á dictar disposiciones acertadas y enérgicas para poner á Michoacán en estado de defensa y para que la lucha se iniciara en el momento mismo de aparecer el enemigo. Su decreto de 11 de Noviembre imponía á los prefectos de los departamentos el deber de declarar en estado de sitio sus respectivas localidades, tan pronto como se presentaran los invasores, disputándolas con las armas en la mano hasta donde fuera posible; se les ordenaba al mismo tiempo que si la cabecera del distrito era ocupada, no abandonasen su puesto, sino que se colocaran en el punto más inmediato para continuar las hostilidades y atender á la administración civil del departamento. Lo notable en los efectos de esta providencia es que ella siguió observándose durante toda la campaña, pues jamás cesaron de funcionar en sus respectivas demarcaciones las autoridades legítimas.

No se limitó Berriozábal á municionar y acrecer la milicia regular, sino que autorizó y dió bases de organización á las guerrillas que tan valientes se mostraron en toda aquella época.

Dispuso que los archivos públicos se trasladasen á lugares seguros; estableció métodos eficaces para que las oficinas de rentas pudiesen recaudar los impuestos, aun en los puntos ocupados por el enemigo, y dictó, en fin, cuantas medidas creyó oportunas para hacer frente á la situación.

Entonces decayó el entusiasmo que se había notado entre los partidarios del Imperio, durante la administración de Uraga. Por un lado veían que aquella actitud de los liberales iba á ser duradera y era ya imponente, y por otro comenzaba á sufrir desengaños por parte de la Intervención, cuya política resultó no ser netamente reaccionaria: al contrario,

las leyes de Reforma hallaron desde luego decididos sostenedores entre los altos jefes de la expedición francesa, y más tarde entre los mismos *emperadores* Maximiliano y Carlota. Los arzobispos Munguía y Labastida (ambos michoacanos), si grande empeño y participación tuvieron en que México cayese bajo el protectorado humillante de Napoleón III, después, cuando comprendieron las tendencias de la Intervención, casi fueron hostiles al Imperio que no pudo menos que aceptar las ideas liberales, ya hondamente arraigadas en México. Y sea porque la clerecía de Michoacán quisiese ser consecuente con aquellos prelados, ó porque no tenía interés propio en el éxito de la guerra, lo cierto es que en su mayor parte no se filió decididamente en el partido intervencionista. No faltaron individuos del alto y del bajo clero que diesen muestras de patriotismo, si bien fueron muchos los que, llevados del fanatismo, ó más bien dicho, del odio contra los republicanos, ayudaron á los invasores.

Tal era el estado de los ánimos en el mes de Noviembre, cuando ya se preparaba en la ciudad de México la expedición que debía llevar la guerra á la patria de Morelos.

El general Berriozábal, comprendiendo que la ciudad no podía resistir á las tropas francesas y al ejército traidor que sobre ella marchaban, expidió una ley (24 de Noviembre), declarando á Uruapan capital del Estado de Michoacán mientras durase la guerra.

El 27 del mismo Noviembre tuvo noticia el Gobierno de que las columnas expedicionarias del enemigo habían penetrado en el territorio del Estado. Al franquear la línea divisoria, la primera partida de franceses al mando del mayor Billot se encontró con la fuerza del coronel Ruiz Carrillo, de las tropas michoacanas. Largo y sangriento fué el combate, que hubo de resolverse á favor de los invasores por haberse presentado en el lugar de la acción el grueso de su ejército.

La campaña se iniciaba ya formalmente en Michoacán: aquellos disparos presagiaron más de tres años de lucha encarnizada. El enemigo no había pisado el primer palmo de la tierra de Michoacán, sin encontrar al frente á los patriotas michoacanos.

En aquel día, el Gobierno publicó una protesta enérgica y solemne contra la invasión extranjera, declarando que no reconocía ningún acto legislativo, administrativo, judicial ni municipal del poder intruso, el cual no debería ser respetado ni obedecido por ningún ciudadano.

El 28 y 29 evacuaron la plaza las tropas republicanas al inmediato mando del general Régules, yendo á situarse á Pátzcuaro.

Para invadir el territorio del interior de la República formó Bazaine dos columnas: una á las órdenes del general Castagny, compuesta de los 7 y 20 batallones, los cazadores de á pie, del 3 de zuavos, del 51 y 95 de línea y de dos regimientos de caballería: era la destinada á abrir la campaña en Michoacán y Jalisco. A las órdenes de Castagny iba el general D. Leonardo Mázquez con una división, fuerte en más de tres mil hombres. La segunda columna se encomendó al general Douay, que debía marchar sobre las fuerzas republicanas que mandaba el general Doblado.

El 9 de Noviembre salieron dichas tropas de la ciudad de México y caminaron con suma lentitud, pues hasta el 27 llegaron á Acámbaro. Allí se les reunió Bazaine, quien desde luego destacó la división Márquez con la brigada del general Bertier sobre Morelia.

Amaneció el día 30. La ciudad presentaba un aspecto lúgubre: las calles estaban silenciosas; cerrados los zaguanes de todas las casas, y si alguno que otro habitante salía á negocios urgentes, caminaba de prisa, sin detenerse á hablar con nadie. Se oía clara y distinta la campana del reloj de Catedral.

Los carabineros de Toluca que mandaba el general D. Antonio Alvarez y que eran la escolta de Berriozábal, salieron en las primeras horas de la mañana por el camino de Undameo.

El general Berriozábal, que tenía ensillados sus caballos, estaba en el portal de Matamoros y platicaba con algunas familias y con varios vecinos de Morelia. Todos le instaban á que se retirase, porque de un momento á otro se creía ver aparecer al enemigo. El general permanecía impasible, reci-

biendo con frecuencia las noticias que le llevaban los exploradores.

Berriozábal no se había dejado un solo soldado: lo acompañaban solamente su secretario particular Julián Montiel y Duarte; su médico Francisco Montes de Oca, sus ayudantes Manuel Alas, Manuel David Arteaga y Manuel Romero, y el escribiente Manuel Baranda.

Por fin, á las diez y media de la mañana, anunció uno de los exploradores que los franceses estaban ya en la loma del Zapote, á menos de un kilómetro de distancia de las goteras de la ciudad. Entonces el general montó á caballo, y seguido de su Estado Mayor, marchó á ver con sus propios ojos al enemigo. La columna invasora hacía su entrada á Morelia, yendo á formarse en el paseo denominado Bosque de San Pedro. El general permaneció largo rato presenciando este movimiento. Luego, paso á paso, regresó á la plaza, se despidió de sus amigos que aún se hallaban en el portal, y se dirigió hacia la garita de Santa Catarina. Allí se detuvo una vez más; dió una orden á Julián Montiel, quien bajándose de su caballo se puso á escribir lentamente en una mesa de la oficina: era el parte dirigido al Sr. Juárez, avisándole la ocupación de la capital de Michoacán por el ejército franco-traidor. Firmó el general Berriozábal, y volviendo á montar Julián, tomaron todos el camino de Pátzcuaro. Serían las doce del día.

A esa hora se dejó oír un repique en lo alto de las torres de la Catedral. ¿Quién lo ordenó? Entonces se dijo que uno de los vecinos de Morelia, grande amigo de los gobernadores del Estado, fué quien pagó á algunos hombres del pueblo para que subieran á repicar las campanas.

Franceses y traidores avanzaron hasta la plaza de los Mártires y tomaron posesión de la ciudad. El escritor Zamacois dice: "Preciso es confesar que la recepción (en Morelia) estuvo muy lejos de tener el colorido entusiasta de las verificadas en San Juan del Río, Querétaro y otras partes." El historiador francés general Thoumas afirma que "la población se manifestó más hostil que en las otras ciudades." El periódico clerical *La Sociedad* que se publicaba en México, es-

cribía: "Teniendo una gran parte de los vecinos de Morelia sus intereses fuera de la ciudad[1] y estando aún poseídos del miedo que las amenazas de los juaristas les habían infundido, habían andado parcos en sus demostraciones de júbilo."

Aquella conducta de los habitantes de Morelia fué una nueva protesta contra la Intervención: en unos nacida del patriotismo, en otros del desengaño y del despecho.

Entretanto, el general Berriozábal iba subiendo por la colina de Santa María. Desde allí contempló aquella ciudad de edificios monumentales, de esbeltas y elevadas torres, de paseos deliciosos; el fértil valle regado por dos ríos; las verdes y risueñas campiñas, y, á lo lejos, el enhiesto Quinceo, el prolongado lomerío de Copándaro y la mole imponente del Punghuato que acotan aquel paraíso como con un precioso cinturón de montañas.

Desde el 30 de Noviembre de 1863 hasta el 13 de Febrero de 1867, la ciudad de Morelia estuvo ocupada por las tropas de la Intervención y del Imperio. ¡Mil ciento cuarenta días!

¡Mas en torno de ella, y aun en sus mismas calles, flameaba el fuego de la guerra!

---

1 No pasan de cincuenta personas las que se hallan en este caso, pues la población es pobre. Más de treinta mil habitantes carecen de bienes situados fuera de la ciudad.

CAPÍTULO III.

(1868)

Aspecto lúgubre de Morelia.—Asesinato y funerales del conde de la Mothe.—Nombramiento de autoridades imperiales.—Salida de los franceses.—Preparativos de defensa.—Numerosa guarnición de la plaza.—Se avistan los republicanos.—Efectivo del Ejército del Centro.—Junta de guerra.—La víspera del ataque.

El resto del día 30 se pasó en Morelia con la misma tristeza que hemos ya dicho se notaba en la mañana.

En la noche, la ciudad parecía una necrópolis: tal era el silencio que reinaba en las calles. En aquel día la luna entraba en su cuarto menguante, de suerte que el principio de la noche estaba sumido en las tinieblas.

Las tropas se habían acuartelado rigurosamente; pero algunos zuavos, por mera curiosidad, ó por su ansia de rapiña salieron á la calle; uno que otro oficial andaba en desempeño de ordenes, recorriendo algunos lugares. Esta imprudencia les costó cara. Sin saberse á qué hora ni por quién, uno de los oficiales y tres soldados quedaron muertos á puñaladas.

Gran sensación causó entre los franceses la muerte de aquellos hombres, principalmente la del conde de la Mothe, subteniente en el 2º regimiento de zuavos.—El día 1º de Diciembre se le hicieron funerales en la iglesia de San Agustín, oficiando el capellán de la División Castagny, y durante la ceremonia el mayor del Cuerpo leyó ante el cadáver la hoja de los servicios que había prestado al ejército aquel infortunado joven, víctima expiatoria de las iras de un pueblo amenazado en su independencia.

En la noche de aquel día se reunió una junta de vecinos notables, citados por el jefe francés, quien les manifestó que la intervención no tenía otro objeto "que cimentar la paz en México, y que para lograrlo, S. M. el emperador Napoleón III, condolido de la anarquía de este país, estaba resuelto á obrar con toda energía y á sostener al Gobierno nacional y justo proclamado en la capital del imperio mexicano: que en Morelia quedaba de prefecto político el general D. José de Ugarte y de jefe de las armas el general D. Leonardo Márquez, ambas personas de honrosos y humanitarios antecedentes." Los individuos de la junta se miraron unos á otros con asombro, no acertando á comprender si un candor columbino ó una cruel ironía habían inspirado las palabras de Castagny: se retiraron silenciosos, pensando en la triste suerte que se le esperaba á Michoacán.

La columna francesa salió al día siguiente (día 2), rumbo á Acámbaro. Márquez, con su acostumbrada actividad, comenzó sin pérdida de tiempo á poner á la ciudad en estado de defensa para no necesitar del auxilio de los franceses. Dirigían los trabajos de fortificación el coronel D. Mariano Reyes y el inteligente ingeniero Manuel Ramírez Arellano, cuyo valor, instrucción é inventiva fueron más tarde tan importantes para los imperialistas, en el sitio de Querétaro.

La guarnición que quedó en Morelia se componía, según los datos tomados del historiador francés Niox, de tres mil setecientos hombres de las tres armas. Los cuerpos estaban mandados por los jefes más distinguidos del ejército reaccionario, tales como el mismo Arellano, Oronoz, Tapia, Casarrubias, Lemus, Rodríguez, Méndez; la tropa se formaba, en su mayor parte, de los antiguos cuadros del *Ejército* que sirvió á Santa Anna y á Miramón, y de un millar de los prisioneros de Puebla, soldados escogidos de las fuerzas republicanas que, vigilados estrechamente, se vieron en la necesidad de combatir contra sus propios hermanos de armas.

Hay que agregar al número de que he hecho mención el contingente que dió la leva ordenada por Ugarte: de modo que antes de quince días, Márquez contaba con un efectivo de más de cinco mil hombres.

Márquez juzgaba, con razón, que no pasarían muchos días sin que fuese atacado. En efecto, el general Uraga, nombrado jefe del Ejército Republicano del Centro, libró sus órdenes desde San Pedro Piedragorda para que las divisiones mandadas por los generales Santiago Tapia, Felipe Berriozábal y Miguel M. Echeagaray estuviesen sobre Morelia la mañana del 17 de Diciembre. Reunidas estas tropas, no excedían de nueve mil hombres con veinticuatro piezas de artillería.

He bosquejado ya en el capítulo anterior los retratos de Uraga y de Berriozábal; no hay para qué ocuparme del de Echeagaray que ninguna influencia ni participación tuvo en los sucesos posteriores de Michoacán y que muy pronto desapareció de la escena política, sin dejar huella honrosa de su conducta. En cuanto al general Tapia, diré unas cuantas palabras, ya que no es posible dar en estos apuntes, siquiera un compendio de su brillante biografía.

Tipo de honradez, de valor y de lealtad, D. Santiago Tapia se elevó desde una cuna humilde á la alta jerarquía civil, desde las filas del soldado raso hasta los más encumbrados puestos del ejército. Era nativo de Aguililla (Estado de Michoacán); muy joven militó á las órdenes del viejo patriota D. Gordiano Guzmán. Sirviendo siempre en las tropas republicanas, hizo la guerra contra los americanos en 1847, se filió en la revolución de Ayutla, en la lucha por la Reforma y en la campaña contra la intervención francesa desde que ésta se inició hasta que una temprana muerte lo sorprendió en Matamoros, cuando estaba ya cercano el triunfo de la República. Durante un breve período transcurrido desde el 7 de Febrero hasta el 17 de Julio de 1863, estuvo de Gobernador y Comandante Militar de Michoacán, en donde rehusó recibir el sueldo de esta magistratura, pues expresó que le bastaba el de general de brigada, pagado por la Federación. Era de elevada estatura, moreno, de ojos negros, de pelo quebrado; en todo su aspecto revelaba pertenecer á esa raza mestiza, vigorosa, ágil, indomable y simpática de nuestra costa del Pacífico.

Hecha esta oportuna digresión, continuaré mi relato.

Ignoro qué Cuerpos formaban las divisiones de Tapia y

Echeagaray. De la de Michoacán, al mando del general Berriozábal, sé decir que estaba compuesta de cuatro brigadas, dos de infantería á las órdenes respectivamente de los generales Régules y Caamaño, y dos de caballería que mandaban el coronel general Antonio Alvarez y el coronel Rosalío Elizondo: una batería de artillería estaba al mando del comandante Zavala. La brigada del general Servando Canales, situada en Maravatío, recibió orden de incorporarse á esta División y de dirigirse á Morelia; pero, desobedeciendo, tomó el camino de Zitácuaro, en donde permaneció algunos días, retirándose luego de Michoacán.

Así las cosas, el 17, como á las ocho de la mañana, se avistó por la garita de Santiaguito, al Norte de la ciudad, la división del general Tapia.

Por un momento creyó Márquez que podía batir en detall al ejército que lo amenazaba, y hacía ya sus preparativos para salir al encuentro de aquella tropa, cuando la división de Michoacán apareció en las lomas de Santa María, y como, según las comunicaciones recibidas de Uraga, debería darse el ataque en aquel día, Berriozábal hizo avanzar desde luego las brigadas de infantería hasta el llano que se extiende al Sur de Morelia, debiendo permanecer allí, pecho á tierra, los soldados hasta nueva orden. La caballería la apoyaba á retaguardia, y la artillería, situada en la loma con un piquete de infantes, servía de sostén. Pasaba el tiempo y no se recibía ningún correo de Uraga; las tropas, en espera de la orden de ataque, no habían tomado el rancho; aquella inacción era inexplicable.

Entretanto el general Tapia hacía un poderoso fuego con sus cañones rayados. Muchos de los proyectiles rebasaban la ciudad é iban á caer no lejos de la infantería de Michoacán.

Por fin, el general Uraga se presentó por la garita de Chicácuaro, seguido de la División Echeagaray. Serían las diez y media de la mañana. En ese momento se escuchó un vivo repique de campanas, que se daba en los templos de la ciudad, se oía la música militar de la plaza y los vivas atronadores en que prorrumpían los soldados del Imperio. Tenía esto por objeto, según el dicho de los jefes, moralizar á los

hombres de la guarnición; pero en las filas se hizo correr el rumor de que aquellas demostraciones de regocijo tenían por causa la llegada de Uraga, á quien se suponía en connivencia con Márquez. Semejantes ardides no pasan de ser infames.

Entretanto seguía tronando el cañón de los republicanos, sin que los imperialistas respondiesen al fuego: una columna de la División Echeagaray simuló un ataque sobre la Merced, cuyo objeto aparente era que D. José López Uraga hiciese el reconocimiento de la plaza, pero el verdadero sirvió al expresado general para ir á situarse en el Molino de Parras. En aquel lugar citó á los generales divisionarios á una junta que debía celebrarse á las cuatro de la tarde.

Digamos ahora que la ciudad de Morelia jamás ha sido tomada á viva fuerza, no obstante los varios y muy serios ataques que ha sufrido.

Esto consiste en su magnífica situación, que la hace inexpugnable: la artillería moderna podrá destruirla; pero, regularmente defendida, es casi seguro que las columnas de ataque se estrellarán en sus muros. Está colocada sobre una loma chata de suaves declives, de modo que por donde quiera que se penetre á la plaza se necesita subir. Hay en su recinto once antiguos conventos, que son otras tantas fortalezas, veinticuatro templos, los más con torres elevadas, y multitud de edificios particulares de sólida construcción. Todos estos monumentos están situados á corta distancia unos de otros y bien repartidos en el perímetro de la ciudad: algunos, como San José, San Agustín, la Compañía, San Diego y Capuchinas, dominan el interior de la ciudad y sus alrededores. Si á esto se agrega que las calles son rectas, casi tiradas á cordel, se comprenderá la importancia militar de la plaza. No está por demás decir que, excepción hecha del lado Oriente, por todos los demás vientos, Morelia está circundada por dos ríos que no tienen más puentes que los que dan acceso á las garitas.

Tan formidable situación contaba además, en los días á que me refiero, con un perímetro de fortificación formado de cuarenta y cuatro parapetos y dos tambores.

Después de las cuatro de la tarde, rompió de nuevo sus

fuegos la artillería de los republicanos, mientras que los generales verificaban la junta de que he hablado. En ella manifestó Uraga que su ejército venía perseguido por la División Douay, la mejor y más numerosa del cuerpo francés expedicionario en México, que en aquellos momentos debería encontrarse en Zipimeo, á dos jornadas cortas de Morelia, y que por lo tanto era preciso apoderarse de la plaza en un solo ataque, aprovechar los elementos de guerra en ella existentes y evacuarla en seguida para no exponerse á una derrota por parte de la columna francesa. Los generales divisionarios se miraron sorprendidos. Berriozábal expuso que, supuesto aquel plan, el ataque era inútil y estériles sus consecuencias en el caso improbable de conseguir el éxito: que dadas las circunstancias presentes en que el enemigo, alejado de la capital de la República, marchaba hacia el interior y el Norte del país, una expedición al Valle de México daría por resultado, ó bien la ocupación de algunas plazas, ó ya el de cansar con marchas retrógradas á la División Douay y caer entonces sobre Morelia. Los otros dos generales se adhirieron á esta opinión; pero se sabe que Uraga no era hombre que sufriese una contradicción ni que aceptase el parecer de nadie: ordenó, en consecuencia, que las columnas deberían estar dispuestas á dar el ataque al amanecer del día siguiente; que no se diese rancho á la tropa, porque iría á tomarlo en Morelia, y que la señal para el asalto sería un cañonazo disparado en la loma de Santa María. Por toda instrucción se limitó á señalar á cada uno de los generales el punto por donde debería penetrar á la ciudad. Luego añadió: "Si nos rechazan, ¡me volaré la tapa de los sesos!"

Morelia iba, pues, á ser atacada por tres divisiones, obrando cada una de por sí, sin que sus jefes estuviesen en contacto, sin un plan preconcebido, sin unidad en el mando, sin cohesión en las tropas, sin que se hubiera destinado una fuerza para servir de reserva, dejando impotente la artillería de grueso calibre, colocada á inmensa distancia. El general en jefe fué á situarse á Santa María, á una legua del lugar de los acontecimientos.

Tapia debía atacar por el Norte, Echeagaray por el Po-

niente y Berriozábal por el Oriente y por el Sur. Cada uno de ellos fué á disponer sus columnas.

Al espirar la tarde dejó de oirse el cañón y reinó un profundo silencio en la ciudad y en los campamentos de los republicanos. Después de media noche, la luna iluminaba apaciblemente aquellos sitios sobre los que la muerte inexorable fijaba ya sus ojos en que relampagueaba la luz del exterminio. Pero daré aquí tregua á este relato, á fin de no fatigar tanto con escenas de sangre la atención de los lectores.

CAPÍTULO IV.

(1868)

Panorama de Uruapan.—Breve reseña histórica de la ciudad.—Hombres prominentes que han estado en Uruapan.—El más grande de nuestros héroes. —Los emigrados.—"La Embarcación."—Origen del café de Uruapan.— ¡Llegada de un correo de Morelia!

Cuando en el camino que sale de Pátzcuaro para Uruapan encumbra uno el puerto de Tingambato, se ve allá á lo lejos, en el Oeste, la colosal montaña de Tancítaro. Al pie de la falda oriental de esta obscura sierra se dilata una llanura fértil que ostenta los matices de la vegetación exuberante del trópico. Allí, oculta tras del "Cerro Colorado" que nos estorba la mirada, está la risueña ciudad del Cupatitzio, como si la escondiesen á propósito, á fin de hacer más vivos nuestros deseos de llegar al "Paraíso de Michoacán," delicioso verjel en donde sin cesar murmuran arroyos cristalinos; en donde los bosques son de árboles frutales; donde el café ostenta sus frutos nacarados, al mismo tiempo que se cubre de flores de cándida blancura; donde el ambiente está impregnado de aromas; donde la bóveda del cielo, más limpia y más azul, parece que se acerca á la tierra, como queriendo estar más al contacto de aquel sitio encantado.

Uruapan es una de las poblaciones más antiguas de Michoacán. Hallamos mención de ella en los días de la conquista, cuando el infortunado Tzimtzicha, huyendo de los españoles, trasladó allí la corte de Tzintzuntzan. Poco después, el venerable Fray Juan de San Miguel la *fundó*, es decir, la convirtió en cristiana, reuniendo en ella un pueblo

numeroso. En la época colonial se llegó á elevar á un grado considerable de riqueza y engrandecimiento, por ser el entrepuente del comercio del *Bajío* y de la costa. Durante la guerra de independencia fué varias veces incendiada, sufrió saqueos y se vió miserablemente destruída, pues los realistas la consideraban como el cuartel general de los insurgentes. Así fué decayendo, y á mediados de este siglo contaba apenas tres mil habitantes en la mayor pobreza. Gracias, empero, á los elementos naturales que posee, entró nuevamente en el camino del progreso, y en la actualidad pasan de doce mil sus moradores, quienes, por su espíritu de empresa, por su amor al trabajo y por su hábito de economía, así como por su civismo, han alcanzado bienestar para ellos y mejoramiento para su población. Merced á estas circunstancias, la ley de 28 de Noviembre de 1858 declaró que Uruapan llevaría el título de *Ciudad Progreso.*

Tanto por su situación, en el centro de Michoacán, como por el trato y buena índole de su gente, Uruapan ha sido el refugio de los que en épocas de revueltas han emigrado de las grandes ciudades. Las tropas encuentran allí elementos para la lucha, los gobiernos facilidad para la administración. Cuando la guerra con los Estados Unidos del Norte, la Legislatura de Michoacán, por decreto de 5 de Noviembre de 1847, dispuso que, llegado el caso de variar de residencia, se trasladarían los Poderes del Estado al pueblo de Uruapan. Durante la guerra de Reforma, una ocasión en que el general D. Leonardo Márquez avanzaba sobre Morelia, se expidió otro decreto fecha 27 de Abril de 1859, declarando á Uruapan capital del Estado. Por último, la ley de 24 de Noviembre de 1863 hizo igual declaración, y desde luego se trasladaron á aquella ciudad el Tribunal Supremo de Justicia, las oficinas de Hacienda, la Administración general de Correos y la Secretaría del Gobierno. Llegaron igualmente multitud de familias distinguidas, emigradas de Veracruz, Puebla, México, Toluca, Querétaro, Morelia y otras ciudades del interior. Puede asegurarse que la población flotante de Uruapan no bajaba en aquellos días de mil personas.

Ya se comprenderá que en todos tiempos la simpática ciu-

dad ha alojado en su seno á jefes prominentes de los partidos beligerantes. Aun se conservan recuerdos de los saraos que Iturbide se hacía dedicar y á los que obligaba á concurrir á las familias de los insurgentes del lugar. Allí estuvo también en aquella época D. Pedro Celestino Negrete, por más señas que fué uno de los que entregaron al incendio la ya arruinada ciudad. Los Rayones, los Galeanas, los Bravos, Guerrero, Verduzco, el Dr. Cos, el padre Correa, los miembros del Congreso que dió la Constitución de Apatzingán. La casa del Lic. D. José María de Izázaga, uno de los más distinguidos patriotas, era el punto de reunión de aquella pléyade de héroes.

Más tarde, en las guerras por la Federación, Codallos, Gordiano Guzmán, Salgado, Macedo, hallaban franca hospitalidad entre los uruapeños. En la revolución de Ayutla, siendo yo niño, conocí en aquel lugar á Comonfort, á Ghilardi, Arteaga, Pinzón, Zuloaga y Negrete; allí estuvieron también Degollado, Huerta, Pueblita y otros muchos caudillos, y del lado de las tropas del Dictador, el general D. Santiago Blanco, Ministro de Guerra. Durante la lucha por la Reforma, conocí también en Uruapan á Doblado, á D. Ezequiel Montes, á Ogazón, á Vallarta, á Contreras Medellín. En los tiempos de la intervención francesa, á los hombres del campo republicano que se van á ver figurar en estos apuntes. Y por último, en diversas épocas, visitaron á Uruapan, Antomarchi, médico de Napoleón I, Ocampo, Ceballos, el general D. Manuel González, el general Escobedo, D. Matías Romero é infinidad de personas notables del extranjero y del país.

Si el lector ha estado atento á esta larga lista, acaso creerá, ó que Morelos jamás honró con su presencia el pueblo de Uruapan, ó que yo he cometido un injustificable olvido respecto del insigne caudillo. Ni una ni otra cosa, lo que sucede es que el Sr. Morelos merece una mención especial.

Sabido es que el más grande de nuestros héroes se dedicó desde muy niño al oficio de la arriería; y la tradición cuenta que sirvió primero en la recua de que era dueño su tío Felipe Morelos, vecino que fué del rancho de Tahuejo, inmediato á Parácuaro, en el Distrito de Apatzingán. Más tarde, D. Isi-

dro Icaza, de Valladolid, lo nombró mayordomo de su atajo que destinaba á los viajes de Acapulco en los meses de Noviembre á Mayo: en los de Junio á Octubre, Morelos llevaba las mulas al mismo Tahuejo para que agostasen allí. De estas periódicas permanencias en aquel rancho resultó el error de algunos biógrafos de que Tahuejo fué la cuna de aquel hombre extraordinario.[1] Y como en su tránsito de Parácuaro á Valladolid tenía Morelos que pasar forzosamente por Uruapan, en donde había tantos arrieros que hacían también el comercio de la costa, y era aquel pueblo un lugar ameno, alegre y de animación mercantil, Morelos adquirió y cultivó allí muchas relaciones, captándose las simpatías de todos. Su talento, su energía y su ambición, abrieron ante su vista más amplios horizontes, y ya de edad de treinta años entró en el Colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), hizo sus estudios en aquel plantel de que era rector D. Miguel Hidalgo y Costilla, ocupó los primeros lugares en las cátedras y se ordenó al fin de presbítero. Entonces fué enviado á Uruapan como maestro de gramática latina.[2] De allí salió poco tiempo después á servir sucesivamente los curatos de Churumuco, la Huacana y Carácuaro. En el ocaso de su carrera salió también de Uruapan, escoltando al Congreso de Apatzingán que iba á trasladarse á Tehuacán, cuando la adversa fortuna hizo caer prisionero en Tesmalaca y llegar después al patíbulo á aquel gigante de la guerra de insurrección.

No hay para qué decir que durante sus campañas, Morelos estuvo muchas veces en Uruapan. Me acuerdo haber oído de los labios de algunos ancianos de aquel pueblo que, cuando ellos eran niños y salían de la escuela, pasaban siempre por la casa del Lic. Izázaga para que les diera fruta el Sr. Morelos que solía sentarse en un banco de madera, colocado fuera, á un lado del zaguán. El Sr. Morelos no se alojaba en aquella casa,[3] á donde sólo iba á conferenciar con los diputa-

1 El mismo error hizo dar á aquel pueblo el título de Villa de Parácuaro de Morelos. Decreto de 18 de Enero de 1862.

2 Véase el Cuadro Histórico de Bustamante. Edición de Cumplido, tomo III, pág. 244.

3 Esta casa está situada en la esquina de la Avenida Ocampo y 1ª de Santiago.

dos que tenían allí sus sesiones. Su hospedaje era la de D. Ignacio Bárcena, ciudadano patriota é ilustrado.[1]

Cuenta la tradición que, cuando el Sr. Morelos residió en Uruapan y luego en las distintas veces que durante la guerra estuvo allí, tenía la costumbre de ir á la Tzaráracua y pasar el día en una gruta que se halla próxima á la caída de aguas. Aún se conoce aquel sitio con el nombre de "Gruta de Morelos."

Basta lo dicho para dar á conocer á Uruapan como el lugar de muchos de los acontecimientos narrados en estos apuntes. Ni he querido hacer una descripción (que nunca sería difusa) de las bellezas de aquel suelo, ni menos acometer la empresa de escribir su historia. ¡Ojalá que tuviera tiempo para ello!

Ya lo es de seguir nuestro relato.

Desde mediados de Noviembre reinaba gran animación en la ciudad. No había casa que no tuviera alojada alguna familia de los emigrados; las calles se veían llenas de gente; en los barrios hacían su agosto las indias, vendiendo las exquisitas frutas de sus huertas; las márgenes del río se veían visitadas por numerosos paseantes que elogiaban la pureza de aquellas aguas cristalinas. Los forasteros todos hablaban de aquel aire embalsamado, de aquella temperatura tibia, voluptuosa, del bienestar, en suma, que allí se disfrutaba.

En tanto, en las calles se notaba una animación de distinto género. Se descargaban de los carros y de las mulas los cajones que contenían los archivos públicos de los lugares abandonados por los emigrantes, el vestuario de las tropas, los útiles para la fabricación de parque, los equipajes de las familias. Los empleados se instalaban en las casas donde iban á establecerse las oficinas; los mesones estaban ocupados por algunos piquetes de tropa; en las tiendas no alcanzaban á dar abasto los dependientes; los agricultores vendían bien sus semillas, los artesanos trabajaban sin descanso en sus talleres. Jamás, ni en los días de las antiguas ferias de Uruapan, hubo tal afluencia de gente ni se gastaba tanto dinero. Uruapan no desmerecía de su categoría de capital del Estado.

1 Por esta razón la calle donde está esa casa se llama hoy de Morelos.

Las fondas se multiplicaron y todas ellas contaban con numerosos comensales. Hago especial mención de la que tenían en la plazuela de la Parroquia las Sras. Hinojosa. Era la mejor situada, limpia como una taza de china, con los manteles albeando, con la vajilla que siempre parecía nueva. Doña Basilia y Celsa guisaban muy bien y estaba á su cuidado la dirección de la cocina. Servía la mesa aquella muchacha esbelta, de formas irreprochables, de color aperlado, de ojos tranquilos y de corazón frío como la nieve. ¿Quién de los emigrados no se acuerda aún de Genoveva? Todos ellos concluyeron por tenerle un cariño tierno y respetuoso. Allí se reunía lo más escogido, la flor y nata de los que habían buscado un asilo en Uruapan. Militares, abogados, médicos, empleados, periodistas, poetas, daban interés á la tertulia que se tenía de sobremesa. No sé por qué la fonda aquella se bautizó con el nombre de "La Embarcación,"[1] que se popularizó por largo tiempo.

Así pasaban los días. Era el 19 de Diciembre, á la una de la tarde, hora en que la fonda estaba llena de gente. La conversación giraba sobre el ataque de Morelia; la impaciencia era creciente, porque no se había recibido ningún correo.

—Es indudable que tomaremos á Morelia; parece que lo veo, decía el poeta ciego Juan Valle.

—¿Quién puede dudarlo? exclamaba Gabino Ortíz. Uraga es un valiente general, sus tropas están aguerridas, y cuenta nuestra causa con la simpatía de los morelianos.

—Yo más confianza tengo en los conocimientos militares de Tapia y de Régules, quienes además conocen perfectamente la localidad, mientras que los traidores no han tenido aún tiempo de estudiarla. Aquellos jefes son valientes y patriotas á carta cabal.—Decía esto D. Justo Mendoza, cuyo buen criterio todos reconocían.

—Y á fe que tiene vd. razón, pues qué sé yo, qué sé cuándo,

1 Ramón Valle (hoy presbítero), en uno de sus preciosos "Cuentos de Primavera," el titulado "Culpa y Pena," consagra un bello capítulo á los recuerdos de "La Embarcación."

no dejo de tenerle desconfianza á Uraga, añadía Huerta Antón, eterno oficial segundo de la Secretaría de Gobierno.

—Lo que yo temo, replicaba Joaquín Villalobos, es que los franceses no estén lejos y acudan en auxilio de la plaza. Además, el clero presta activa ayuda moral á los traidores, y en Morelia abundan los canónigos. Ya ven ustedes, los obispos trajeron la intervención. Si en vez de haberme limitado á levantar al pueblo de Veracruz para que apedreara sus carruajes, cuando iban á embarcarse para su destierro, los hubiéramos lapidado á ellos mismos, otro gallo nos cantara.

Todos se rieron al oír á Villalobos, repitiendo su eterna muletilla de los obispos. Luego tomó la palabra el simpático, el sabio Dr. Pancho Montes de Oca, y dijo:

—Por lo que hace á los franceses, no hay cuidado; se acaba de recibir un parte en la Comandancia, de que hace cinco días se hallaban todavía en León. Es imposible que puedan estar sobre Morelia. Mi gran temor es que Uraga lleve al ejército con el único objeto de que quede diezmado en las calles de la ciudad.

—¿De modo que vd. también cree en una traición?

—No he pronunciado la palabra. Con traición ó sin ella, Uraga habrá atacado como él acostumbra, bruscamente, sin unidad de acción, sin plan fijo, en tanto que Márquez se defenderá como quien es, todo un soldado, valiente, experimentado, astuto é instruído en el arte de la guerra.

Durante esta conversación, Genoveva servía el café, colocaba al frente de los comensales una pequeña taza de porcelana transparente, cuyo albor, interrumpido por reflejos rosáceos, se asemejaba al blanco de la nata de la leche; en una fuente de cristal había trocitos de azúcar, de la mejor clase, de la hacienda de Taretan; luego llegaba con la *greca* y vertía el sabroso licor que caía humeante, y que al deshacer el azúcar formaba burbujitas que brotaban de enmedio de la taza é iban á adherirse en los bordes; el perfume se esparcía por el ambiente, sensual, provocador, prometiendo al espíritu los más suaves deleites.

—¡Oh, decía Montes de Oca, por sólo tomar una taza de café como este, se puede ser emigrado en Uruapan!

—Exquisito, añadía Villalobos; si yo lo hubiera tomado momentos antes de apedrear á los obispos......

—El café que les pegó vd. á ellos fué también de primera clase, interrumpió Casimiro Pacheco.

—Jamás probaron uno semejante en su vida, me consta desde tiempo inmemorial, como Juan Huerta Antón que soy, y qué sé yo, qué sé cuando.

—Pero ¿de dónde se hizo la indiada de Uruapan, como yo digo, de este café que no lo hay en ninguna otra parte de la República? preguntaba D. Justo Mendoza.

—Y vaya que tiene un sabor amargosito, agregaba Gabino Ortíz.

—Pero "¡es el amargo del amor!" prorrumpía el poeta ciego Juan Valle.

—Y el color de Pérez Jardón, murmuraba Eugenio Acha al oído de González de González.

—Al caso, al caso, decía el anciano jurisconsulto D. Agustín Tena, temeroso de que las palabras de Acha fuesen oídas por Pérez Jardón; que se nos diga la historia del café de Uruapan.

Alguien tomó la palabra para satisfacer aquella curiosidad.

—En 1824, el general Michelena, después de permanecer algún tiempo en Inglaterra, á donde fué como Ministro Plenipotenciario de México, hizo un viaje á los Santos Lugares y pasó por Moka: de allí trajo unas matitas de café que mandó plantar en la hacienda de la Parota, abajo de Taretan, en donde se reprodujeron extraordinariamente, hasta el grado de convertirse en maleza. Nadie por entonces se preocupó de su cultivo, y creo que hasta se ignoraba que el café fuera una fuente de riqueza. Empero como los arbustos son tan hermosos, tan elegantes, de algunas poblaciones enviaron por cafetos para adorno de los patios y aun de las mismas huertas. Así se les transportó á Tacámbaro, Taretan, los Reyes y Colima. A Uruapan los trajo el respetable D. Manuel Farías, allá por el año de 28, y los plantó en su huerta situada en la 2ª calle de Santiago, y poco tiempo después en su casa, Portal del Norte.[1] Bueno es advertir que en esta población na-

1 Los arbustos, tanto los de la huerta como los del patio de la casa, subsis-



die acostumbraba en aquella época tomar la deliciosa bebida, ni se imaginaban los uruapenses que en aquellas plantas les guardase el porvenir una grata sorpresa. Veamos ahora cómo comenzó aquí el cultivo. El general Contreras Medellín, una vez que estuvo en esta ciudad, en la época de la guerra de Reforma, se alojó en la *casa de la Palma* y mandó que le preparasen un poco de café cortado del que había en el patio: cuando lo hubo saboreado aseguró que era de tan buena clase como el del Platanarillo de Colima, que pasaba entonces por ser el mejor de la República. Por aquellos días, el sabio Luis González Gutiérrez pasaba aquí una temporada de vacaciones: con sus propias manos cortó el fruto de un cafeto que había en el patio de mi casa; desde el fondo de sus ojos lo vigiló mientras se secaba; él personalmente lo tostó, lo preparó en la cafetera, y al tomar la primera cucharada, con aquel entusiasmo, con la viveza de expresión que le conocemos, exclamó:

—¡Pero, señor, si esto es soberbio! ¡Si éste es el mejor café del mundo!

La coincidencia de dos opiniones tan respetables, decidió de la suerte del café de Uruapan. Le había llegado su tiempo, como sucede con todas las cosas, y de aquel momento data la prosperidad que comienza á sentirse en esta tierra. Es de justicia recordar que el primero que lo cultivó fué D. Miguel Treviño, vecino liberal y progresista, en su huerta inmediata al puente de San Pedro. Ha sido un apóstol ferviente en la propaganda de este cultivo, no sólo con el ejemplo, con la palabra persuasiva, con la promesa de una buena ganancia, sí que también regalando lotes de almácigas y dando instrucciones para el trasplante y el cuidado de la huerta.

—Todo eso es muy bueno, dijo alguno de los presentes; pero ¿qué sucederá en Morelia? ¿A qué hora se recibirá algún correo?

—En estos momentos creo que acaba de llegar uno, respondió Celso Alvírez, que era empleado de la Administración

tían hace cuatro años, y por cierto que no perecieron de vejez, sino por haber sido derribados. De modo que la vida del café se prolonga en Uruapan más allá de sesenta años.

principal de Correos: allí viene un ordenanza que de seguro me anda buscando.

Como movidos por un resorte, todos se levantaron de sus asientos y acompañaron á Alvírez á la oficina.

Allí, junto á un caballo jadeante, estaba un chinaco que sacaba del vaquerillo un pliego cerrado: lo entregó á Alvírez y con la manga de la blusa se limpió el sudor de la frente. Alvírez se dirigió con la comunicación á la Comandancia militar de la plaza. Los que habíamos salido de "La Embarcación" rodeamos al correo, agobiándolo á preguntas. Por fin salió de sus labios la noticia.

—¡Pues la amolamos! dijo. ¡El general Uraga nos hizo ir á estacar la zalea en Morelia!

Todos nos miramos consternados, y cada uno se retiró á comunicar la terrible nueva. Multitud de grupos se formaban en las plazas y en las calles, y se hacían comentarios, perdida la moral y viendo enfrente un porvenir obscuro.

En las últimas horas de la tarde comenzaron á entrar dispersos: en el acto los rodeaba la gente. Cada uno de ellos narraba á su modo los sucesos, abultando los detalles y exagerando el número de muertos, heridos y prisioneros. Todos afirmaban que Uraga había hecho *entrega*.

Era imposible formarse idea cabal de la batalla; era imposible reconstruirla con los pormenores que se referían. Lo único que aparecía como cierto, era que el combate había sido espantoso.

Al día siguiente en la mañana entró el general Berriozábal. Se apeó en el portal de las Casas consistoriales: más de trescientas personas estaban pendientes de sus labios, oyendo el relato de aquella estéril jornada en que corrió á torrentes la sangre de los patriotas.

Lo que refirió el general Berriozábal, con algunos otros informes tomados de otras fuentes, es lo que constituye el material del capítulo siguiente.

CAPÍTULO V.

(1863)

Sobre Morelia.—La división de Michoacán.—El coronel Padrés.—Preparativos de defensa.—El ataque.—El Prendimiento, La Soterraña, Capuchinas y la plaza de toros.—Rasgos heroicos del general Tapia.—Villada.—La derrota.—Márquez herido.—Fusilamientos.—El entierro solemne de un héroe olvidado.

En el capítulo III dejamos al Ejército republicano del Centro preparándose la noche del 17 para dar el ataque formal sobre Morelia al amanecer del día siguiente.

Reanudaré, pues, la relación desde aquella solemne noche, víspera de uno de los hechos de armas más terribles que haya presenciado aquella ciudad.

Berriozábal recorrió la línea que ocupaba la División de Michoacán. Las brigadas quedaron compuestas así:

La del general Caamaño, del 1.er batallón ligero de Toluca, del que era jefe nato el expresado general; del 2.º de Toluca á las órdenes del coronel Padrés, del de Guardia nacional de la misma ciudad mandado por el coronel D. José Hernández, del denominado Rifleros de San Luis con su coronel Carlos Salazar, y de un pequeño Cuerpo de infantería, que había estado á las órdenes del teniente coronel Antonio Castañeda y que por separación de éste, y no habiendo comandante, estaba accidentalmente mandado por el capitán D. José Vicente Villada.

La del general Régules, de los batallones "Defensores de la Constitución," 1.er Activo de Morelia y Fijo de Michoacán, á las órdenes respectivamente de los coroneles José María

Méndez Cardona, José María Méndez Olivares y Luis G. Cáceres.

La del general Antonio Alvarez, de "Carabineros de Toluca," á las órdenes del teniente coronel Tabachisqui, y "Lanceros de Toluca," "Lanceros de la Libertad" y "Lanceros de Guerrero," mandados por los coroneles García, Garnica y Ruiz Carrillo: se agregó también á esta brigada el pequeño escuadrón de que era jefe el teniente coronel Manuel González Guerrero.

La brigada mixta de Elizondo se formaba de dos escuadrones, denominados "Lanceros de Huerta," de un batallón de infantería guardia nacional de Zitácuaro y Jungapeo, y de dos piezas de artillería. Mandaban estas fuerzas Crescencio Morales, Ignacio Martínez y Francisco Serrato.

Pasada revista á las tropas, Berriozábal se retiró á descansar unas cuantas horas; pero á las tres de la mañana se hallaba ya dictando sus órdenes para el ataque: Caamaño penetraría á la ciudad por la garita de Santa Catarina; Cáceres, con su batallón y el de guardia nacional de Toluca, atacaría por la *Soterraña;* Régules, sin comprometer un ataque formal, debería limitarse á amagar á Capuchinas, punto saliente del polígono fortificado de la plaza, siendo su objeto principal proteger los movimientos de las dos anteriores columnas: Alvarez recibió la orden de situarse en la loma del Zapote y servir de reserva á Elizondo que debería apoderarse de la plaza de toros. Las cinco columnas se acercaron á la ciudad por sus respectivos puestos, no sin tener necesidad de hacer fuego sobre el enemigo, hasta que éste se replegó á sus trincheras. Nótese que no habiendo dejado una reserva el general Uraga, Berriozábal se vió en la necesidad de ordernar que dos de las columnas de ataque estuviesen dispuestas á auxiliar á las otras tres, á riesgo de dejar descubiertos puntos importantes del perímetro fortificado, por donde el enemigo podría hacer con éxito algunas salidas.

No continuaré este relato sin contar antes un episodio que me han referido algunas personas contestes en el fondo, aunque desacordes en los detalles accesorios.

Cuando Berriozábal, en la noche, recorría su campamento, observó á dos personas que platicaban con calor: eran el coronel Padrés y el pagador Morales Puente.

—¿Qué pasa? preguntó Berriozábal.

—Que Padrés está haciendo su testamento, mi general, y que yo soy su escribano público, respondió el pagador Morales Puente.

—¿Qué ideas son esas, Padrés?

—Lo cierto, general, hoy me matan los traidores.

—¿Pero vd. dice eso, amigo mío?

—Usted sabe que no tengo miedo: no es eso lo que me preocupa; pero hoy seré general por ministerio de la ley.[1]

—Vamos: deseche vd. esos pensamientos y vaya á ponerse á la cabeza de su batallón. Usted tomará la primera trinchera.

—¡Ojalá! lo que sí aseguro á vd. es que en ella quedará mi cadáver.

—Entonces lo dejaré á vd. en la reserva.

—De todos modos moriré, y no quiero morir de una bala perdida. No hablemos de esto, general: sólo deseo que me haga vd. un favor.

—Diga vd.

—Usted conoce á mi *güera*. Perdone vd., pero deseo que personalmente le entregue mi reloj, y que le diga que, al morir, sólo he pensado en ella y en mi patria.

Berriozábal guardó el reloj. Padrés se puso á la cabeza de su batallón, chanceándose con sus oficiales y animando á sus soldados que lo adoraban.

Si por parte de nuestras tropas se hacían preparativos, por la del enemigo no cesaron en toda la noche los trabajos para hacer más eficaz la defensa: se abrían nuevos fosos y cañoneras, se practicaban aspilleras en los muros, se colocaban retenes en las torres y en las azoteas, y se obstruían las calles con obstáculos de todas clases.

1 Conforme á la ley de 18 de Julio de 1862, los generales, jefes y oficiales que sucumbiesen en la guerra de intervención, obtenían el ascenso inmediato y pasaban revista en el escalafón del Ejército, considerándoseles como vivos.

Al sentir el enemigo que una fuerza, la de Elizondo, ocupaba la plazuela de San Juan, Márquez envió á Zires á que reforzara la plaza de toros, gran anfiteatro de mampostería que por sí solo es inexpugnable, pero que en aquella vez fué poderosamente fortificado: Márquez dirigía personalmente los trabajos. Todas estas operaciones se hacían en medio de un nutrido fuego, en la noche del 17 al 18 de Diciembre de 1863.

Comenzaba á amanecer. De lo alto de la colina de Santa María se dejó oír un cañonazo que repitieron los ecos de las montañas. Entonces la poderosa artillería del Ejército republicano rompió sus fuegos al Norte y Poniente de Morelia. Momentos después, se oía al rededor de la ciudad un trueno sordo é incesante. El humo comenzaba á cobijar el caserío. Era que las columnas de ataque penetraban en las calles. Aumentaba el fragor de la guerra; el clarín no cesaba de tocar *paso veloz*, *¡fuego!* los cadáveres tapizaban el suelo; el ambiente estaba saturado de ayes de los moribundos, de maldiciones de los combatientes; la sangre comenzaba á correr; las masas compactas de soldados se abalanzaban sobre los parapetos: en el aire silbaban siniestramente las balas perdidas. Como si el estrépito de la batalla hubiera despertado los ruidos de cien generaciones, un rumor imponente y lúgubre cernía su onda sonora sobre el campo del combate.

La columna á cuyo frente marchaba Caamaño, acometía con tal valor y decisión, que los defensores del *Prendimiento* pidieron auxilio de una manera desesperada. Los asaltantes ocupaban ya la contra-escarpa del foso y estaban á punto de tomar la trinchera, cuando llegó personalmente Márquez en socorro del parapeto, acompañado de Ramírez Arellano, con un obús de á 24 y dos piezas de montaña, y del coronel Montenegro con el 4º batallón de línea. Entonces Caamaño y Márquez se disputaron la posesión de la trinchera, haciéndose de una y otra parte prodigios de valor, y empeñándose, no ya un combate, sino una encarnizada matanza. Pero mientras el enemigo se engrosaba con tropas de su reserva, los nuestros disminuían sin poder ser reemplazados. Los cañones dirigidos por Ramírez Arellano, vomitaban torrentes de

metralla. Del lado del imperio caía herido el coronel Montenegro. Márquez dirigía en persona la defensa. En aquel instante se oyó un grito en las filas de los liberales. ¡El coronel Padrés ha muerto! Sus soldados recogen el cadáver; se introduce la confusión; Márquez recobra la trinchera y los nuestros retroceden......

Entretanto Cáceres se ha arrojado sobre las fortificaciones del Niño Perdido y de la *Soterraña.* Toma la primera trinchera y su banda deja oír los alegres sones de la diana; sigue y ocupa la altura de la fábrica de tabacos; ya desprende una columna sobre la Merced, cuando llegan de refresco á auxiliar á los defensores de aquel punto un batallón de infantería y un cañón de á 8, mandados por el coronel Casarrubias, que cae herido al mismo tiempo que los republicanos se apoderan de la pieza de artillería. De nuevo se escuchan las dianas y los vivas á la República. Pero esta marcha triunfal ha empleado más de dos horas. Márquez sabe lo que pasa por el rumbo de la Merced; deja reforzado el *Prendimiento* y acude con sus reservas á batir á Cáceres. Este jefe pide auxilio á Echeagaray, que con su división parece que se ha declarado neutral y no se mueve de sus posiciones. Sólo el general Espíndola se presta á dar auxilio con su pequeña brigada. Como un león se arroja Márquez con la numerosa reserva sobre los mil hombres de Cáceres: el empuje es irresistible, Espíndola es herido, perdemos la pieza de artillería quitada al enemigo, y éste recobra sus parapetos. Entonces Berriozábal mandó llamar á Régules.

Por su parte este general había amagado las trincheras colocadas en las calles contiguas á Capuchinas; pero lo hizo con tal arrojo, que sus soldados se apoderaron de ellas. Entonces simuló su ataque sobre el templo y el convento de aquel nombre; pero este ataque falso se convirtió en verdadero y terrible......

Si por estos puntos nuestros soldados daban muestras de intrepidez, la brigada Elizondo no permanecía ociosa. Em-

prendió el asalto y se apoderó de la iglesia de San Juan y en seguida del panteón contiguo. Dos veces destacó sobre la plaza de toros al valiente batallón de Zitácuaro; las dos veces quedó regado de cadáveres el campo exterior. No pudo más, y permaneció en los puntos ocupados en espera de órdenes.

A la izquierda del lugar en que pasaban estos últimos sucesos, una columna del general Tapia simulaba un ataque falso por el rumbo de San José. El general Zires, que defendía toda esa zona, se vió en la necesidad de pedir auxilio, y le fué enviado el segundo batallón de línea, á las órdenes del coronel Ramón Méndez, que ocupó las alturas de aquel templo. Allí se empeñó un combate que, por nuestra parte, sólo en apariencia era formal.

Pero el general Tapia lograba así su objeto. Mientras tanto, él personalmente conducía dos columnas de ataque sobre el colegio de las Rosas. Conocedor del terreno, y sabiendo aprovechar sus accidentes, cuando los que sostenían las trincheras sintieron aquel movimiento, fué cuando ya los republicanos se arrojaban sobre los parapetos, y no obstante la bizarría con que se hizo la defensa, Tapia se apoderó de las fortificaciones, y rápido atacó el edificio de las Rosas que cayó en su poder. No perdió un instante, ocupó el convento de Teresas, dejando allí una de sus columnas, y avanzó sereno, imperturbable, en medio de un diluvio de balas, hasta penetrar á la plaza de armas, ocupando los portales de Hidalgo y Matamoros.

¡Oh! Si Uraga hubiera tenido una fuerza de reserva y personalmente hubiera estado en el campo de batalla, multiplicándose en todas partes, como lo hizo Márquez, ¡en aquel momento Morelia habría caído en su poder!

Sonaban las dianas de los republicanos en el centro de la ciudad; se repicaba en los campanarios de las Rosas y de las Teresas; el pánico se difundía entre los imperialistas......

¡Entonces pasó lo inconcebible!

Los ayudantes de Uraga llegaban á todo escape á Morelia.

Cuando Tapia recibió la orden absurda de retirarse, no quiso creerla, y respondió al ayudante:

—¡Eso no puede ser! Si ya la plaza está tomada.

—Que cualquiera que sea la situación que vd. guarde, se retire en el acto, replicó el oficial.

Tapia palideció: puso la punta de su espada en uno de los pilares del portal y...... ¡se fué á fondo! ¡El acero quedó hecho pedazos!

Eran como las diez de la mañana. El general Tapia dió la orden de retirada, y en aquellos momentos llegaba Márquez con toda la reserva. Sabedor de que la plaza de armas estaba ocupada, retiró de San José el 2º batallón de línea y llamó á Ramírez Arellano con la artillería. Con un verdadero ejército se echó sobre Tapia, quien, paso á paso, tomaba de regreso la dirección de las Rosas. Asaltantes y asaltados se batían como los mejores soldados. De nuestra parte cayeron heridos los tenientes coroneles Ornelas y Rioseco, y de la del enemigo dos ayudantes de Márquez, que perdió su caballo acribillado á balazos. En aquel acto le daban parte de que los republicanos que atacaban por los demás puntos se pronunciaban ya en retirada. Enardecido con esta noticia, reforzó aún más su tropa con fuerzas del coronel de artillería Ignacio de la Peza, del teniente coronel Juan B. Rodríguez, del comandante de escuadrón Bartolomé Ballesteros, del coronel del 2º de caballería Francisco Lemus y de otros varios oficiales que mandaban piquetes. A un tiempo llegaron las expresadas tropas imperialistas á la plazuela de las Rosas. El general Tapia había ya reconcentrado las suyas, y en buen orden se retiró á la vista del enemigo.

¿Qué había determinado á Uraga á lanzar su orden de retirada? Sólo puede explicarse por los sucesos que se verificaban en las demás líneas de ataque.

Berriozábal había llamado á Régules, según vimos, con el objeto de destinar parte de sus fuerzas á renovar el ataque sobre la *Soterraña*, y á cubrir con el resto la retirada en caso necesario; pero Régules, después de simular un ataque sobre Capuchinas, avanzó por la calle que conduce á San Francisco, por lo que atrajo sobre sí la atención de Márquez, quien envió al general Gutiérrez con algún auxilio á aquel punto.

Entonces se trabó un reñido combate entre Gutiérrez y Régules, en los momentos en que éste recibía la orden de Berriozábal. Para obsequiarla, se retiró lentamente, sin dejar de batirse, teniendo que hacer alto repetidas veces á fin de obligar al enemigo á que lo respetase. Inmensas pérdidas sufrió esta valiente brigada; pero la más sensible fué la del teniente coronel Antonio Chávez, herido en aquel acto, y que falleció tres días después en Tacámbaro. Chávez era un acrisolado patriota; oriundo de Indaparapeo, desde joven se alistó entre los soldados del pueblo, adquiriendo sus ascensos por su valor y amor á la disciplina militar.

Entretanto, en el *Prendimiento*, muerto ya Padrés, como la columna de ataque que mandaba Caamaño cejó un momento, Márquez, según vimos, reforzando aquel punto, pudo ocurrir por el lado de la Merced.

Caamaño tomó entonces personalmente el mando de la columna, y se lanzó de nuevo sobre la trinchera. La ventaja numérica estaba ya por parte de los que defendían el parapeto. Un torrente de balas inundó la calle, y Caamaño, al pie de la trinchera, cayó gravemente herido; pero lejos de retirarse, ordenó á Salazar que continuara el ataque, aconsejándole que echara pie á tierra, pues aquel jefe estaba á caballo al frente de su batallón. Salazar, con aquel carácter impetuoso que le conocimos, no hizo caso del consejo, y ginete en su corcel, avanzó, lleno de ardor, dando á sus soldados la orden y el ejemplo del asalto. Salazar cayó traspasado del pecho, con una herida que lo puso en peligro de muerte. Se introdujo en las filas de los asaltantes el desorden natural al ver caer al último de sus jefes. Notarlo los traidores y brincar sobre las trincheras, fué todo uno. El combate se empeñó entonces al arma blanca, encarnizado, terrible, sin que se diera cuartel ni de uno ni de otro lado. Berriozábal acude á quel sitio, nó pudiendo avanzar porque los dispersos se lo impiden; sin embargo, viendo rodeado de enemigos á su ayudante Manuel David Arteaga, se abre paso, le ordena que monte en ancas de su caballo, y ya al retirarse, el corcel dorado de aquel jefe recibe un bayonetazo que dificulta su marcha.

Fué éste uno de aquellos momentos en que cada hombre sólo piensa en sí mismo para atacar ó defenderse, en que el espíritu de corporación se funde en un supremo egoísmo. Empero Berriozábal se sobrepone á este sentimiento, y no abandona á los suyos, presto á acudir personalmente á donde sea necesario.

Entre los asaltantes acaba de ser herido el abanderado del 1.er ligero de Toluca. La majestuosa insignia de la patria va á caer en poder de los traidores. En aquel momento un joven capitán atraviesa rápido entre los soldados, y de entre un grupo de enemigos arrebata el lábaro y lo defiende y se retira con él, seguido de la destrozada columna del ataque. Aquel joven era el capitán José Vicente Villada, á quien Berriozábal asciende al empleo de comandante de batallón en el mismo campo de batalla.

Sólo quedaban en el panteón de San Juan la fuerza de Elizondo y los valientes hijos de Zitácuaro. Para desalojarla, unieron sus esfuerzos Zires, Oronoz, Gutiérrez y Ramírez Arellano, que emprendieron un ataque vivísimo sobre aquella tropa republicana, la cual, viéndose sin apoyo, emprendió la retirada, siendo perseguida por una columna de infantería al mando del teniente coronel Francisco Redonet.

Los restos de la División de Michoacán se reorganizaron en el llano de Santa Catarina, al abrigo de los disparos de los cañones situados en Santa María, que hasta aquella hora volvieron á funcionar. Al ver Uraga dispersos los soldados de la más numerosa de sus columnas, se creyó derrotado en todas las líneas de ataque, y ordenó la retirada.

Eran las diez de la mañana. Había concluído la jornada. En Morelia repicaban las campanas de todos los templos y las músicas repetían las orgullosas dianas que solemnizaban el triunfo de la guarnición; mas el pueblo de la ciudad permanecía ajeno al regocijo.

Márquez no creía en su dicha. Para cerciorarse por sus propios ojos de que los republicanos se retiraban, subió á la

azotea de la casa que le servía de alojamiento.[1] Desde allí, con su anteojo, divisaba al enemigo que iba alejándose de la ciudad. De repente una bala surca su rostro, y Márquez, chorreando sangre, cae al suelo sin sentido. La hemorragia no fué de gravedad, y recobrando á poco el conocimiento, pudo desde su cama seguir dictando órdenes.

En las calles habían quedado más de mil cadáveres, la mayor parte, de los asaltantes. En los cuarteles de las tropas imperialistas había como setecientos prisioneros.

En la noche fueron fusilados en el mesón de las Animas y en el del Socorro algunos de los oficiales liberales que quedaron en poder del enemigo. Se les dió sepultura en las caballerizas.

¡Qué fatal destino el de Márquez de empañar siempre con sangre el brillo de sus victorias!

En la tarde se volvió á oir el cañón en Santa María. Un cortejo fúnebre acompañaba el cadáver del general Padrés, muerto por salvar á la patria! Hoy yace en el olvido aquella tumba solitaria, pero el héroe vive en los fastos gloriosos del Ejército.

---

1 Donde hoy está el Monte de Piedad, al Sur del templo de la Compañía.

CAPÍTULO VI.

(1863)

La retirada.—Una orden general del día.—Indignación contra Uraga.—Su marcha á Jalisco.—El general Douay.—Zamora.—Burro de Oro.—Ocupación de Zamora por el coronel Margueritte.—Zamora durante el imperio.—Un tesoro en camino.

Un día después llegó Uraga á Pátzcuaro, en donde se le reunieron los restos de su ejército, de aquel cuerpo de tropas que, conducidas hábilmente, hubieran podido hacer tanto en pro de la causa nacional.

No debo olvidar que en la noche de aquella terrible jornada, vivaqueando nuestras fuerzas en Santiago Undameo, se leía en el campamento la orden general del día, en la que el general en jefe elogiaba la valiente conducta de las divisiones Tapia y Berriozábal, gracias á las cuales, el ejército se había retirado en buen orden, sin perder su artillería ni sus bagajes.

Entretanto, como llevada en alas de la electricidad, la noticia de la tremenda derrota circulaba en todas partes, produciendo una triste resonancia en donde quiera que latía un corazón patriota: un grito general de indignación acusaba á Uraga, atribuyéndole un plan preconcebido de entregar al ejército para que fuese destrozado. Sucede que después de todo revés, el rumor público atribuye el mal éxito á deslealtad de los que mandan; el rumor se desvanece luego; pero en esta vez, lo cierto es que desde entonces inspiró Uraga una profunda desconfianza.

Ni nadie creyó en su disculpa de haber festinado el ataque,

temeroso de que los franceses pudieran auxiliar á Morelia

El general Douay recibió orden de Bazaine de marchar sobre Piedra Gorda en persecución de Uraga. El 17 de Diciembre salió de León, precedido en un día de marcha por el coronel Margueritte. Como se ve, le era imposible auxiliar oportunamente á Morelia: apenas, si forzando la marcha, pudo estar el 21 en la Piedad, frontera de Michoacán, á más de cuarenta leguas de distancia de aquella capital. ¿Ignoraba Uraga, hasta este grado, los movimientos del enemigo?

Y mientras Douay hacía aquellas etapas en su camino, Uraga abandonó á Pátzcuaro el día 19, y el 21 se hallaba en Chilchota. No parecía sino que tomaba aquel rumbo para ir á encontrarse con la columna encargada de batirlo. Su propósito era dirigirse á Jalisco pasando por Zamora y La Barca; pero era evidente que hallaría cortada esta salida. Así lo comprendieron los jefes subalternos, quienes con energía exigieron que Uraga cambiase el derrotero. Por más que el general se sintiese contrariado, supuesto su carácter violento, hubo de ceder y retrocedió rumbo á Paracho. La marcha fué difícil y fatigosa por los obstáculos de aquel camino montañoso. La artillería de grueso calibre, los coches y los carros iban ya en un estado lamentable. El coronel D. Jesús Díaz, jefe republicano que residía en aquel pueblo, ofreció á Uraga que él salvaría la artillería ocultándola en la sierra; pero el general en jefe ni siquiera se dignó tomar en consideración el ofrecimiento.

Dejaremos á Uraga caminando luego de Paracho para San Juan Parangaricutiro, y seguiremos el movimiento de Douay.

Hay que hacer previamente una reminiscencia.

Cuando dos meses antes, Uraga estaba desempeñando el gobierno de Michoacán, nombró Prefecto y Comandante militar del Departamento de Zamora á D. Francisco Velarde, el famoso sibarita de Buena Vista.

Velarde, más conocido por el apodo de *Burro de Oro*, por su ignorancia y por las cuantiosas riquezas que poseía, era

clerical hasta la médula de los huesos, devoto en sus prácticas religiosas y monarquista en sus ideas políticas. En 1852, inducido por el obispo de Michoacán D. Clemente de Jesús Munguía, se adhirió al plan del Hospicio que derrocó al gobierno liberal de Arista. Como el espíritu de partido no era por sí solo estímulo bastante para apartar á Velarde de sus orgías de Buena Vista, el señor obispo puso como cebo al anzuelo, la promesa de que se le darían el Gobierno y la Comandancia Militar de Jalisco, y para obviar toda dificultad, Burro de Oro compró á Santa-Anna, triunfante ya la revolución, la banda de general de brigada y el manto de Caballero Gran Cruz de la Orden de Guadalupe. Con todo y esto, no se cumplió la promesa de Munguía.

Al anunciarse en Zamora que la División Douay había llegado á la Piedad, Velarde, afectando un celo que no sentía, envió al comandante Manuel López rumbo á Ecuandureo á que tomase noticia cierta de la marcha del enemigo: entretanto, él alistaba sus mozos para retirarse á su encantadora mansión de Buena Vista, harem delicioso en que se daban cita las hermosuras del bajo pueblo de Jalisco y Michoacán.

López regresó á poco y dió parte de que los franceses avanzaban sobre Zamora, á donde no tardarían en llegar.

Eran las ocho de la mañana del 22 de Diciembre. Por la garita de Madrigal entraban á escape los cazadores de Africa, al mando del coronel Margueritte, aquel apuesto soldado que más tarde, y ya con el grado de general, cayó herido de muerte en los campos de Sedán, batiéndose contra los prusianos.

La ciudad de Zamora tenía una débil guarnición, compuesta de infantería al mando del comandante Condell y de un escuadrón de caballería, ambas fuerzas á las órdenes de un jefe cuyo apellido era Washington, nombrado también por Uraga. Se sabía que, en 1856, cuando estalló en Colima aquel infame motín reaccionario, cuya acción más notable fué el asesinato del gobernador Alvarez, Washington capitaneó á los sublevados, impuso al comercio de la ciudad un préstamo exorbitante, redujo á prisión á varios liberales y cometió

otras tropelías; pero batido por el general D. Silverio Núñez, se apresuró á capitular.

¿Qué podía esperarse de hombres como Velarde y Washington, con semejantes antecedentes? Lo que sucedió; que al tener noticia de la aproximación de los franceses, dejaron indefensa la plaza, y que la tropa, desmoralizada, huyera en todas direcciones. Unos cuantos chinacos que se quedaron rezagados, cayeron á los sablazos de los cazadores de Africa.

Mientras esto pasaba en las calles, Velarde hacía ostentación en su casa de abandonar la ciudad, seguido de un lujoso convoy de equipajes; y como era natural, fué hecho prisionero, tratándolo el coronel Margueritte con toda clase de consideraciones. Diré de una vez, pues que no habrá motivo para consagrarle otra mención en estos apuntes, que Velarde se manifestó ferviente partidario del imperio durante los tres años y medio que siguieron; que al tomar nuestras tropas la plaza de Zamora, en Febrero de 1867, se ocultó en aquella ciudad, protegido por algunos liberales, vecinos de la misma, y que descubierto al fin, fué fusilado el 15 de Junio del mismo año, muriendo con todo valor, lo que nadie se esperaba.

Al seguir ya el relato de la ocupación de Zamora, referiré que Margueritte, temeroso de una sorpresa por parte de las tropas de Uraga ó de las que pudieran moverse de Guadalajara, situó desde luego medio batallón de zuavos en la garita de Paredones, y su caballería, fraccionada, en las de Jaconá y los Naranjos; el resto de la tropa vivaqueó en la plaza en donde se hacía el rancho.

Todas estas precauciones cesaron cuando, á las tres de la tarde del mismo día, hizo su entrada el grueso de la división francesa, fuerte en más de tres mil hombres. A la cabeza de las tropas iba el general Félix Douay, embozado arrogantemente en una capa argelina, blanca como la nieve, y haciendo caracolear su caballo. A pesar de que caía una lluvia molesta, toda la población de Zamora salió á ver entrar la columna y no escasearon los vivas á los "restauradores de la religión."

Apenas se había apeado en su alojamiento el general en jefe, cuando se le presentó un vecino de la ciudad, D. Manuel Orozco, suplicándole que diese orden á fin de que los zuavos no acabaran de saquear la casa de Velarde.

—Ese *Burro de Oro* es *Zaragoza*,[1] contestó el general.

—¡Qué *Zaragoza* va á ser! ¡Entonces vd. no lo conoce!

—Pero es general, repuso riéndose el francés.

—¡Lo que menos tiene! insistió Orozco; y refirió la historia inédita de Velarde, asegurando en seguida que su amigo estaba en connivencia con los imperialistas.

Douay consultó su *carnet* y leyó en voz alta: "Velarde, *Burro de Oro*, viejo inútil para la acción; católico fanático; se dice general, pero nunca ha sido soldado; inmensamente rico: se le puede sacar provecho."

—¡Ah! sí, continuó diciendo, ser muy honorable ese señor, ser muy pacífico ese general. Y llamando en seguida á un ayudante, lo envió con orden de que se suspendiera el pillaje. Los zuavos, oyendo al enviado, soltaron la carcajada y le mostraron la casa, si no del todo limpia, sí enteramente vacía.

Esta fué una nota discordante que no impidió á la gente de Zamora, ciudad levítica, felicitarse públicamente de quedar convertida de republicana en súbdita de un gobierno monárquico. Hubo iluminación, *Te Deum*, cohetes, etc......

Al día siguiente citó el general Douay una junta de vecinos, á la que concurrieron los más caracterizados. Se trataba de reorganizar la administración pública del Distrito; pero ninguno de aquéllos quiso aceptar el encargo de Prefecto, pretextando que, "aunque partidarios ciegos del nuevo orden de cosas, no eran ni habían sido nunca políticos, sino hombres de bien que se mantenían de su trabajo." Para nada extrañó esta manifestación al jefe francés que conocía muy bien á los conservadores, exaltados, fanáticos, pero demasiado egoístas, que pertenecen á la masa de los que en México llamamos *ojalateros*, porque toda su actividad en la política consiste en decir "*¡ojalá* que ganen los nuestros!"

Pero el general traía sus instrucciones, y viendo que los conservadores no aceptaban el sufragio, ni para ellos mismos, nombró Jefe Político al honrado y laborioso agricultor D. José María Jiménez Verduzco, á quien obligó á aceptar el encargo.

1 *Zaragozas* llamaban los franceses á los soldados de la patria. ¡Seguramente les había hecho mucha impresión aquel nombre!

Como no volveré á ocuparme de Zamora sino hasta el fin de este libro, á riesgo de que parezca inoportuno, interrumpo el hilo de mi narración para decir que desde la fecha en que fué ocupada aquella plaza por el general Douay, hasta la noche del 4 de Febrero de 1867, estuvo la ciudad bajo el régimen del imperio, disfrutando sus moradores de una tranquilidad relativa. Allí, como en ninguna otra población de Michoacán, funcionaron más ferozmente las cortes marciales establecidas por los franceses. Basta decir que apenas iniciaban un proceso contra algún infeliz *chinaco*, cuando se mandaba abrir la fosa en que habría de ser sepultado. Zamora fué el panteón de muchos prisioneros republicanos.

Contentos estaban los zamoranos de tener siempre una guarnición, á cuya sombra pudieran considerar garantizados sus intereses. Empero sucedió una vez, que el general Brincourt, que cubría aquella plaza, recibió la orden de marchar rápidamente hacia el Fresnillo, y desde luego, en vista de los preparativos de marcha, á nadie se le ocultó que la ciudad iba á ser abandonada, *¡Derelicta sola!*

Un pánico terrible se apoderó de los vecinos; se congregaron en junta numerosa, se comunicaron la intensidad de sus temores, y nombraron una comisión para que fuera á suplicar al jefe francés que tuviera compasión de ellos. Presidió la comisión el Sr. Lic. D. Jesús Ochoa, quien en un discurso patético, muy accionado, expuso que si se dejaba indefensa la ciudad, en el acto sería presa de los *chinacos*, lo cual era impolítico y ajeno á toda previsión, pues Zamora era una plaza importante para la táctica militar. El general Brincourt contestó con palabras enérgicas, en breve alocución; pero sucedió una cosa en que nadie había pensado; que los oradores no se entendieron entre sí, pues que Brincourt ignoraba el idioma español y el abogado Sr. Ochoa no sabía el francés. Vino el intérprete, tradujo las pretensiones de los vecinos, y en nombre de Brincourt, dijo: "que según le había parecido por la mímica del Sr. Ochoa, los vecinos de Zamora le significaban haber tomado las armas para defender su hogar, como buenos partidarios del imperio; pero que veía que no era así; que aprendieran á los liberales que no andaban molestando

á los *Zaragozas* para que les defendieran sus pueblos; que las tropas eran para expedicionar en busca del enemigo y no para permanecer estacionarias en las ciudades y en las aldeas, pues en este caso no bastaría todo el ejército de Francia para ocupar militarmente á la nación mexicana."

De estos discursos oyeron muchos los imperialistas de México, y por cierto que revelan lo bien que conocían los jefes franceses á sus *aliados.*

Y no hubo remedio, la brigada Brincourt evacuó á Zamora. Entonces se vieron centenares de familias que, poseídas de un miedo injustificado, al amparo de aquella tropa marchaban con el fin de trasladarse á la Piedad. En verdad que la peregrinación ofrecía un cuadro doloroso: muchos hombres, mujeres y niños caminaban á pie: se oían lamentos, sollozos no interrumpidos, y á veces se alzaban gritos, maldiciendo á los invasores que se habían negado á defenderlos en su propia ciudad. Es tan ciego el espíritu de partido, ¡que no se exhaló una queja contra los obispos y demás *diplomáticos* que solicitaron la intervención francesa!

Por fortuna para aquellas infelices familias, cuando apenas habían llegado á la hacienda del Saúz, Brincourt recibió contraorden, y en consecuencia regresó á Zamora. Desde aquel día bajó mucho el entusiasmo de los zamoranos hacia sus protectores extranjeros.

Nombrado ya el Sr. Jiménez Prefecto del Distrito, se dió el mando militar de la plaza al mayor Munier, oficial de la división Douay. Su primer acto fué disponer que se repusiesen los puentes que se habían destruído por orden del Jefe político anterior á Velarde. Nadie quiso trabajar gratis, y Jiménez se resistía á emplear la violencia; mas como se le amenazara con que él mismo sería convertido en gañán á fuerza de culatazos, no tuvo más recurso que pagar de su propio peculio los peones que se ocuparon en la faena.

Otros actos oficiales emanados del mismo mayor Munier se relacionaban con la religión y con la higiene. Veamos cómo.

Los soldados franceses son católicos, conforme á su ordenanza militar: en consecuencia oyen su misa los días de fiesta de guarda. Estaba próximo un domingo y el acto debería revestir toda solemnidad; así lo dijo la orden del jefe militar, y agregaba que el Prefecto enviaría al templo una música de aliento que ejecutase piezas adecuadas, "es decir, alegres." Llegado el momento, la gente acudía á las calles á ver pasar la tropa. ¡Qué marcial continente el de los vencedores del mundo que iban á humillar sus armas ante los altares de Dios! La mirada altiva, erguidos, el paso firme, los uniformes vistosos, el toque de los clarines, el redoble de los tambores; y dentro del templo la música pagada por el Sr. Jiménez, tocando piezas *alegres;* los oficiales y soldados ¡rindiendo sus armas en el momento de elevarse la hostia! Los vecinos, á quienes nada había costado la función, se hacían lenguas elogiando el catolicismo de los franceses, y aseguraban que había sonado la hora de quedar restablecida en México la santa religión con todas sus pompas y con la grandeza del culto público suprimido por los herejes liberales. Los que más edificaban á los fieles, por la unción con que oían la misa, eran los *zuavos*, todos volterianos, circunstancia que ignoraban los vecinos de Zamora.

Las disposiciones de Munier, que tendían á la higiene, fueron las siguientes:

Las tropas francesas habían descansado algunos días en Zamora, resultando de aquí que los cuarteles no estaban muy aseados que digamos. Nuevo oficio al Prefecto, previniéndole rematase en pro del mejor postor el abundante *fumier* que desde luego ponía á su disposición.

Aquí de los apuros del Sr. Jiménez Verduzco. ¿Qué cosa era *fumier?* Por más que indagó entre los vecinos, no halló quien le explicara el significado de la palabra. ¿Si será lo que los franceses *fuman?* ¡Vaya! ni el señor cura, ni los vicarios, con todo y saber latín, pudieron darle á la bola. Fué preciso ocurrir al intérprete, quien con insolente enfado contestó que *fumier* significaba *estiércol.*

—¡Estiércol! exclamó el señor cura, ¿pues habrá cosa más sencilla que llamarle estiércol?

—Y nosotros ¿para qué queremos estiércol, cuando es lo que nos sobra todos los días? clamaban compungidos los habitantes ricos de Zamora citados para el remate. Ignoraban todavía, por aquel entonces, que el estiércol sirve para abonar las tierras.

El Sr. Jiménez, á fin de evitarse molestias, compró por sí solo todo el *fumier* de los caballos franceses.

Y va lo último. El activo Munier libró nueva orden al señor Prefecto para que mandara inspeccionar á las mujeres públicas de la ciudad, no fuera á suceder que sus soldados se pegaran el chasco que llevó en cierta aventurilla el rey Francisco I, aquel soberano gentil de la Francia, llamada antiguamente *la Galia.*

D. José María Jiménez no pudo más; tiró la montera, y dijo: "Ni Cristo pasó de la Cruz, ni yo sigo de Prefecto de Zamora."

El general Douay permaneció en Zamora algunos días, tanto para dar algún descanso á su tropa, como para esperar que llegasen los carros de víveres que necesitaba para continuar su expedición.

El 28 entraba en la villa de los Reyes, sin haber logrado alcanzar á Uraga que pasó por allí dos días antes, rumbo á Zapotlán, hacia el Sur de Jalisco.

Uraga se había convencido, al fin, de la necesidad de aligerar su tren; y al pasar por Parangaricutiro (San Juan de las Colchas), dispuso que la artillería y todo el material rodante fuesen conducidos á Uruapan, con orden á Berriozábal de que los salvase en lugar seguro.

Por aquellos días algunas voces malignas difundieron el rumor de que en los equipajes que los liberales hacían transportar por distintos rumbos, había muchas cargas con dinero. Digo esto, porque servirá de explicación á sucesos posteriores.

Y para concluir este capítulo, referiré que Berriozábal, dejando en Pátzcuaro á Caamaño, y enviando á Salazar á Tacámbaro, cada uno de estos jefes al frente de sus respectivas fuerzas, se había dirigido con el resto de la División á la ciudad de Uruapan, en donde entró el día 20 de Diciembre.

CAPÍTULO VII.

(1863-64)

Un recuerdo á Pérez Jardón.—Actividad de Berriozábal.—Los franceses en busca del tesoro.—Alarma en Uruapan.—Pánico entre los emigrados.—La familia Trejo.—Incendio de los archivos.—Llegada de los franceses.—El día de año nuevo.—¡Los vencedores del mundo!—¡La intervención!

Tan luego como llegó Berriozábal á Uruapan, se consagró á la reorganización de sus fuerzas, procurando levantar la moral del soldado; hizo sentir la acción del Gobierno en todos los departamentos de Michoacán, y á fin de atenuar la alarma y el desfallecimiento en la opinión, que había causado el mal éxito del ataque á Morelia, cuidó de que se publicase en el periódico oficial el parte de aquel hecho de armas, dándose á conocer la verdadera situación del ejército para que se viese que aún quedaban en pie poderosos elementos con que seguir luchando.

A propósito del periódico oficial del Gobierno de Michoacán, no quiero pasar adelante sin hacer un merecido recuerdo de aquel buen patriota Gregorio Pérez Jardón. Emigrado de México, cuando el Sr. Juárez abandonó aquella capital en 31 de Mayo de 1863, Pérez Jardón se trasladó con su familia á Morelia, en cuya ciudad siguió publicando su periódico *El Constitucional*. Cuando el Gobierno del Estado fijó su residencia en Uruapan, el general Berriozábal le encargó la redacción del periódico oficial, en cuyo puesto permaneció durante toda la campaña hasta poco después de recobrada por nuestras tropas la capital de Michoacán. ¡Cuántas veces peregrinaba de pueblo en pueblo, al frente de sus cajistas y llevando consigo

los útiles de la imprenta! A veces, en un aislado rancho de la tierra caliente, armaba la prensa, ponía á trabajar á sus hombres ¡y la hoja impresa comenzaba su circulación! Por causa de enfermedad ó por una ausencia necesaria, Pérez Jardón interrumpía, en muy cortas temporadas, sus tareas periodísticas: entonces lo sustituían el que escribe estas líneas ó D. Antonio Espinosa, antiguo Prefecto de Tacámbaro y que más tarde desempeñó altos puestos en la administración del Estado. Hay que agregar que á Pérez Jardón, por su enérgica constancia y por su sincero patriotismo, se debió que jamás se suprimiera *La República*, periódico oficial del Gobierno de Michoacán de Ocampo.

Volvamos ahora á ocuparnos de las disposiciones dictadas por Berriozábal. En el inmenso material de guerra que había en Uruapan, existían las máquinas de una capsulería establecida en aquella ciudad desde la guerra de Reforma, máquinas que desde entonces trabajaron incesantemente bajo la dirección del ingeniero Carlos O. Sheridan. De Morelia se habían trasladado los aparatos de las fábricas de armas y de parque que en aquellos días fueron conducidos á Uruapan juntamente con una gran maquinaria que se había montado en San Juan de Viñas para la fabricación de *tlacos* (moneda de cobre para el tanteo). Todo esto formaba un verdadero arsenal, y si se le agregaba la gran cantidad de parque que estaba depositado en más de cien cajones, se comprenderá que en un caso dado no podría transportarse sin grandes dificultades este pesado y bromoso cargamento. Era, pues, preciso enviarlo á lugar seguro, y así lo previno el general, disponiendo que fuese remitido en dos grandes fracciones: una á las órdenes del general D. José Justo Alvarez, y á la inmediata vigilancia de Ramón Medina, empleado activo é inteligente y que emprendió su camino por Apatzingán; y la otra á las órdenes de D. Francisco Carrillo, quien tomó la vía de Periván, dirigiéndose ambas expediciones hacia el lejano pueblo de Coalcomán, situado sobre el litoral del Pacífico. He juzgado de mi deber entrar en todos estos pormenores que á

algunos parecerán difusos, porque además de que los considero necesarios para referir sucesos posteriores, indican claramente que el Gobierno de Michoacán estaba preparado para la guerra, habiéndose hecho buen empleo del dinero de las contribuciones, y aprovechando los servicios de tantos ciudadanos patriotas. Si la impericia, ó lo que fuere, del general Uraga comprometió tan cuantiosos elementos, hasta el grado de que se desvanecieran como el humo, se verá que de ninguna manera puede inculparse por ello á los jefes de las fuerzas michoacanas.

Me obliga también á consignar estos recuerdos, la circunstancia de que estas disposiciones fueron muy censuradas en aquellos días por ciertos hombres á quienes agrada censurarlo todo.

Decían que los franceses no llegarían á pisar á Uruapan, pueblo insignificante para sus planes; que por de pronto su objeto era perseguir á Uraga, y que desde antes tenían concertada la campaña de Jalisco; que por lo tanto eran, por lo menos, exageradas las determinaciones de Berriozábal. Esa clase de políticos, ambiciosos, descontentadizos y pesimistas, fué muy perjudicial para la acción del Gobierno, al que oponían toda clase de obstáculos. Por más de un año duró esta plaga, que por fortuna desapareció en los días más aciagos, en que su presencia hubiera producido mayores males. Eran los que más blasonaban de patriotismo, los más exigentes y los que menos respetaban á los ciudadanos pacíficos.

Ahora bien, la previsión de Berriozábal quedó justificada.

Douay llegó á Los Reyes el 28 de Diciembre, dos días después que Uraga había pasado con su ejército por aquella población, rumbo á Zapotlán, en donde tomó cuarteles el 2 de Enero de 1864. El jefe francés, sabedor de que, procedente de Uruapan, había salido un convoy por el camino de Periván, destacó sobre este pueblo toda su caballería, la cual se apoderó de los útiles para la fundición de piezas de artillería, de la maquinaria para acuñar tlacos y de gran cantidad de vestuario. Por los prisioneros supo Douay que la artillería

de batalla de los liberales iba en camino para Uruapan; que en esta ciudad quedaba otro convoy con municiones de guerra y el resto de los útiles de la maestranza que de un día á otro deberían salir para Apatzingán, y por último, que había un inmenso cargamento de cajones cuyo contenido era importante. Entre los soldados extranjeros comenzó á correr el rumor, que se hizo más y más insistente, de que los cajones que se enviaban por el rumbo de Apatzingán contenían barras de plata y *dinero* sellado de Uraga, de Berriozábal y demás jefes superiores del ejército republicano; "prueba de ello, decían, los troqueles que se habían apresado en Periván." Cuando los soldados supieron que el general Douay había resuelto retroceder rumbo á Uruapan, no cabían en sí de contentos y soñaban en la conquista de "El Dorado." Larguísimo se les hizo el día de descanso que pasaron en los Reyes.

El 30 salió la columna francesa, llevando la dirección indicada.

El coronel Ronda, con su regimiento "Lanceros de la Libertad," exploraba los movimientos de Douay. Vió salir á los franceses por el camino de Uruapan y dió aviso inmediatamente á Berriozábal. Por su parte no se alejó de la vanguardia del enemigo, llevándola á una vista en la marcha, y más de una vez sus *chinacos* cambiaron tiros con los dragones del coronel Margueritte. Los franceses pernoctaron en Parangaricutiro; Ronda en el llano que está al Oriente de aquel pueblo.

Dificil es describir la confusión que reinó en Uruapan al tenerse noticia de la aproximación de los invasores. Nadie se explicaba el motivo de aquel movimiento retrógrado. Lo natural era que siguiesen á Uraga y no á las pequeñas fuerzas, ya fraccionadas, de la División de Michoacán. Rumores vagos afirmaban, empero, que la columna que se acercaba era distinta de la que había salido de Zamora: se decía que el general Bazaine se había propuesto invadir á Michoacán con numerosas fuerzas, á fin de dejarlo enteramente pacificado. Estas y otras noticias, cuyo objeto era introducir el pánico

entre los nuestros, eran propaladas por agentes del imperio que, disfrazados de arrieros, ó de vendedores de *ancheta*, recorrían los pueblos. No faltaron, entre semejantes *vendidos*, algunos abogados y comerciantes de Morelia que, pretextando negocios en los lugares ocupados por los liberales, no tenían más misión que ir á sembrar la alarma y la desconfianza entre los republicanos y promover entre ellos la traición. Por fortuna estos malos hijos de México fueron muy pocos, aunque por desgracia contribuyeron á prolongar la guerra y lograron hacer algunos traidores. Esto que estoy diciendo sucedió durante toda la campaña, pues que el gobierno imperial confiaba mucho en tales medios y no omitía gastar el dinero en agentes tan degradados.

Continúo ya el relato interrumpido. El pánico se produjo en Uruapan. ¿Cómo salvar los archivos públicos, el parque, el vestuario, los equipajes? Infinidad de cajones que contenían todos esos objetos estaban depositados en la plaza mientras se hallaban piezas en que acomodarlos. Los hatajos de mulas que los habían trasladado de Morelia, habían ya regresado en parte, y en parte hacían el camino de Coalcomán con el material de guerra, como queda referido: faltaban caballos para las familias de los emigrados que se veían en la necesidad de emprender nueva peregrinación.

Ni había que pensar en una resistencia; ¿qué podrían seiscientos hombres que á lo sumo había en Uruapan, contra una División de franceses de más de tres mil soldados?

El tiempo urgía: el enemigo estaba á ocho leguas de distancia; nadie ignoraba que su táctica usual consistía en forzar las marchas y caer de sorpresa sobre nuestras tropas. Venían de poblaciones afectas al imperio, y de consiguiente contaban con guías fieles y decididos.

La artillería que Uraga había enviado desde Parangaricutiro, se hallaba detenida en el llano que se extiende detrás del cerro de Cheranguerán, á dos leguas escasas de Uruapan, sobre el camino que traían los franceses. Berriozábal libró orden al jefe que la conducía, que era el coronel Eufemio Amador, para que la destruyese.

Esto pasaba el día 30. Los equipajes se cargaban en los

pocos animales que se habían conseguido: las calles estaban obstruídas; señoras y niños caminaban en burros ó á pie, costándoles trabajo pasar por entre aquella aglomeración de objetos: muchos de esos infelices viajeros iban llorando, fijo su pensamiento en la miseria y en los peligros que los rodeaban. ¿Qué suerte les depararía el destino? ¡Cuántas maldiciones oímos entonces contra el partido infame é impotente que había ido á mendigar á Europa la funesta intervención!

Me acuerdo que entre los emigrados había una tribu compuesta de varias familias, parientes entre sí, que habían dejado su hogar en Tlalnepantla, y que, como los antiguos patriarcados, iban trashumantes por Michoacán, conduciendo sus ganados; improvisaban establos en los pueblos de su tránsito, y llevaban sus vacas y sus cabras á pastorear en los alrededores.

El patriarca de aquella tribu era el honrado, el patriota sin mancha, el amoroso padre D. Rafael Trejo, cuyos hijos mayores, Espiridión, Justo y Eutimio, militaban en las filas del ejército republicano, á las que ingresó el hoy conocido escritor Joaquín Trejo, un año después de los sucesos que estoy narrando en este capítulo, porque entonces estaba aún en la infancia.

Por fin, todo aquel caos de tropas, familias, caballos, mulas, burros, vacas y ganado cabrío, logró salir de Uruapan y dirigirse á Taretan.

El general Berriozábal permaneció en la plaza con su Estado Mayor y una pequeña escolta. De tiempo en tiempo sus comisionados traían algunas acémilas que se cargaban y que salían inmediatamente por el camino indicado. El cargamento, sin embargo, parecía no disminuir y llenaba aún la plazuela que hoy se conoce con el nombre de "Fray Juan de San Miguel."

El general quería, además, tener las últimas noticias del enemigo, noticias que á cortos intervalos le comunicaba el coronel Ronda. A eso de las nueve de la noche llegó á escape el coronel Amador, diciendo que los franceses avanzaban á toda prisa, y se dirigió á dar parte á Berriozábal de haber dejado cada una de las piezas de artillería en medio de una inmensa hoguera para que quedaran fundidas.

Berriozábal, que deseaba tener la certeza del parte que recibía, envió al empleado de hacienda Federico Bravo y á los guardas Feliciano Rodríguez y Rafael Cortés para que viesen si la batería estaba totalmente destruída. Los enviados volvieron manifestando que las piezas permanecían intactas, si bien cerca de ellas había algunas fogatas; que no habían visto por allí á ninguno de los artilleros, y que habían recogido y entregaban al general algunas de las mulas de tiro. Berriozábal oyó indignado el informe, pero en aquellos momentos tenía mucho á que atender, y por de pronto, el coronel Amador fué olvidado.

Al principio de la noche la obscuridad era completa, no sólo porque era la época del cuarto menguante de la luna, sino porque había espesos nubarrones en el cielo. Repentinamente una luz siniestra iluminó los portales de la plaza. La vislumbre se difundía á larga distancia. No sé quién dió orden, ó quién sin ella, prendió fuego á los cajones del archivo que no habían podido ser llevados. Pronto tomó fuerza el incendio, y de tiempo en tiempo tronaban algunos cartuchos que habían quedado rezagados, pues por fortuna se envió de toda preferencia el parque. Serían las tres de la mañana, cuando una partida de guerrilleros republicanos, procedente de la Sierra, atravesó la plaza para dirigir su retirada rumbo á *Tomendán.* A esas horas había aparecido la luna en el horizonte. Cuando dicha tropa bajaba por las calles de Santiago, la luz misteriosa del astro de la noche iluminaba aquellos soldados que marchaban silenciosos, y cuando llegaron á la plaza, las llamas encendieron en su rostro un reflejo que los hacía aparecer como figuras imponentes de aspecto feroz.

Por fin el inmenso material aglomerado en la plaza quedó convertido en cenizas que el viento helado de la Sierra arrastraba por el pavimento de las calles.

Berriozábal no se había olvidado de los cañones que estaban en Cheranguerán. En las primeras horas de la mañana del día siguiente comisionó á Sheridan y á otra persona cuyo nombre no es fuerza mencionar, para que aprovechando sus relaciones en el lugar, llevasen gente y destruyesen las piezas. En efecto, conseguimos que nos acompañaran algunos

indios, y nos dirigimos á Cheranguerán. Sheridan empleó distintos medios para obtener el objeto, pero todos sin resultado, porque los grandes cañones estaban muy bien construídos y ni siquiera había proyectiles para dejarlos embalados. En seguida discurrió cargarlos de pólvora hasta la boca: los enterró dejando afuera la culata y se prendió fuego á la mecha. La detonación fué espantosa; se abrieron grandes hoyos en la tierra y se levantó densa polvareda; pero los cañones quedaron tan buenos como antes, aunque sin cureñas, única cosa que se pudo destruir en el acto. Trató en seguida Sheridad de que los indios que nos acompañaban lazasen los cañones y los fueran arrastrando hasta encontrar una barranca en que despeñarlos.

En esta tarea nos hallábamos, cuando oímos unos disparos en el camino de Parangaricutiro: luego se escuchó un fuego nutrido y se vió la fuerza de Ronda que se batía en retirada. Abandonamos las piezas: los indios corrieron á la desbandada á ocultarse entre los pinares; nosotros montamos sin pérdida de tiempo, enterramos las espuelas en los ijares de nuestros respectivos caballos, y blandiendo el chicote, entonamos aquel cantar: "Dime, mi bien, si me has abandonado."[1]

Llegamos á Uruapan y nos apresuramos á poner en conocimiento de Berriozábal que el enemigo avanzaba sobre la ciudad. El general, con más calma, esperó que llegara Ronda, y entonces emprendió la retirada. Los "Lanceros de la Libertad" permanecieron el resto de la tarde en la población, y al principiar la noche fueron á situarse á Santa Catarina, en el extremo del llano, dejando en la ciudad á la guerrilla de exploradores con orden de no moverse de allí hasta que vieran á los franceses. Estos, entretanto, habían acampado en Cheranguerán, donde pernoctaron. Su caballería hizo una batida en los ranchos inmediatos y recogió algunos soldados que sirvieron para transportar nuestros cañones, único botín que les deparó su fortuna, pues que los cajones *llenos de pesos* iban ya lejos en camino de Coalcomán.

---

1 Con este verso indicaban modestamente los *chinacos* el acto de huir. Ignoro de dónde tomaría origen esta manera de indicar el *sálvese quien pueda*.

Amaneció el día 1º de Enero de 1864. A las seis de la mañana bajaron por las calles de Santiago y siguieron por las de San Francisco, los cazadores de Africa. En medio del silencio que reinaba en la ciudad, se oía espantoso el ruido de las herraduras de quinientos caballos sobre el empedrado de las calles. Aquella masa pasó, rápida como una avalancha, y se dirigió al llano: en todo el trayecto fueron tiroteándose con los exploradores de Ronda, hasta llegar á la cuesta de Taretan en donde estaban situados los "Lanceros de la Libertad." Los franceses tenían siempre mucho temor á las emboscadas. La experiencia les había demostrado que en terreno fragoso ó entre los árboles de un bosque, los chinacos les sacaban la ventaja, porque nuestros caballos son de mejor rienda y de más fáciles movimientos que los suyos. El ataque de la caballería francesa es imponente y terrible; pero necesita campo abierto donde funcionar, donde acometer en compacta formación, donde es practicable la disciplina, ó á falta de estas condiciones, donde es posible la sorpresa; pero desde el momento en que el ataque se convierte en combates individuales, porque así lo exija la naturaleza del terreno, en aquellos instantes en que la victoria depende más del valor personal, del dominio absoluto del jinete en los movimientos de su caballo, los franceses se quedaban muy atrás de nuestros chinacos, que en tales casos aprovechaban la ocasión de *darse gusto*, como ellos decían. ¿De qué servía entre la espesura de una selva el empuje de los corpulentos corceles de los dragones franceses, ante la ligereza de nuestros pequeños, pero vivísimos caballos, cuya rienda *puede moverse con un dedo?* Entonces el chinaco estaba en su elemento, y se conocía cómo era más valiente y audaz que su enemigo. *Si le tocaba la de malas* y caía prisionero, ya sabía que había de ir al cadalso, tranquilo, risueño, contemplando las espirales de humo de su puro y espaciando su mirada serena sobre los soldados del cuadro. Por cierto que no eran así los franceses: apenas se veían vencidos, en poder de los chinacos, palidecían como difuntos y se hincaban á pedir perdón: si algunos de ellos eran condenados á la pena de muerte, por regla general eran conducidos en peso hasta el pie del patíbulo.

He concluído esta nueva digresión, que también juzgo necesaria, porque determina otro de los caracteres de aquella guerra, y en el caso de la presente narración, explica por qué los cazadores de Africa, en vez de atacar á Ronda, volvieron al trote hacia Uruapan, en tanto que los Lanceros encumbraron lentamente la boscosa cuesta de Taretan para ir á recibir órdenes de Berriozábal.

Mientras esto pasaba en el llano, los vecinos de Uruapan escuchaban el redoble de los tambores y el resonar de los clarines, ejecutando toques extraños, pero sonoros y marciales. No había curiosos en las calles, que si los hubiera habido, habrían presenciado aquella marcha solemne con que caminaban los soldados franceses, el continente altivo de éstos, su paso de vencedores, como que aún estamos dentro de los cuarenta siglos que los contemplan desde lo alto de las pirámides de Egipto. ¡La verdad es que se necesitaba mucha fe, mucho patriotismo de los liberales mexicanos, para combatir á aquel coloso, que con más orgullo que el de Rodas, quería poner una de sus plantas en América, ya que ha puesto la otra en Europa, en Africa y en Asia! ¡Un pie en el nuevo mundo y otro en el antiguo!

Si los soldados del general Douay tuvieron el desengaño de no hallar espectadores en Uruapan, en cambio ellos no se cansaban de admirar el espléndido paisaje que se desarrollaba á su vista, tantos ríos y fuentes cristalinas, tantas frutas que incitaban el paladar, tan amplios horizontes, en suma, tantas y tan variadas galas que adornan el traje exuberante del trópico, envuelto en un ambiente siempre tibio, siempre perfumado. Por esto el coronel Margueritte escribía desde Uruapan á un amigo suyo, residente en Francia: "Estamos á diez y seis leguas de Pátzcuaro: la vegetación es espléndida y se encuentran frutos variados, naranjas, plátanos, etc. Se pierden de vista horizontes montañosos, de los que surge allá abajo el volcán de Colima. ¡Este país es hermoso y fértil!"

La ciudad de Uruapan está dividida en ocho barrios (cuarteles), que forman un octágono irregular, y en cada uno de los vértices hay una capilla, cuyo santo patrono da nombre al barrio. Pues bien, apenas llegada la columna de Douay á la

plaza principal, se desprendieron ocho partidas de tropa que fueron á situarse en grandes guardias en aquellos pequeños templos. Con tantas precauciones andaban los invasores en Michoacán.

Esta precaución no estaba por demás, porque en aquel día solemnizaban los franceses el día primero del año, fiesta en que se entregan á la alegría más estrepitosa. Parecían estar acometidos de locura; tales eran sus gritos, su entusiasmo, su horrible borrachera. Una pequeña fuerza de chinacos habría bastado para exterminar aquella horda de salvajes. Y por esto era prudente la situación de las grandes guardias que cuidaban á todo un ejército ebrio. ¡Imagínense los lectores los excesos á que estuvo expuesta ese día la población! Las familias se encerraron en el fondo de sus habitaciones. En las calles no aparecía un solo vecino. ¡La soldadesca imperaba en plena orgía!

Los jefes y oficiales alojados en las casas, exigían que se les tratase como á príncipes, y sus asistentes se ponían furiosos porque no se les entendían las pocas y mal pronunciadas palabras que sabían del español.

En medio de aquella algazara se publicó un bando con toques de clarín y de tambores: era una disposición del general en jefe que prevenía que cuantos tuviesen maíz y paja los presentasen á la Intendencia, so pena de perderlos en caso de ocultación. El maíz valía entonces en la plaza tres pesos la fanega y veinticinco centavos la arroba de paja. Al día siguiente, sin esperar nuevas manifestaciones, hicieron una requisición espantosa, apoderándose de las existencias que hallaban, sin atender á las disculpas de los dueños que alegaban que, no habiéndose señalado término, debía concederse siquiera el de veinticuatro horas, contadas desde la de la publicación del bando. Todo era inútil ante la cruel inflexibilidad de aquellos hombres.

En los tres días que permanecieron los franceses, no se oía en ninguna casa el palmoteo alegre que indica que *se están echando tortillas;* y para colmar la medida, la Intendencia mandó poner guardias en las panaderías para monopolizar el pan. Todo lo pagaba, es verdad; la honradez quedaba satisfecha con

señalar la tercera parte del precio y entregarla religiosamente; y respecto de los que fueron despojados de todo, ellos se tuvieron la culpa, por no haberse apresurado á obedecer las benignas disposiciones del bando. Quiten ustedes, queridos lectores, lo del alojamiento gratis, la comida gratis, los servicios personales gratis, el maíz, el pan, el forraje, los fletes, á una tercera parte del precio, y se convencerán de que los franceses no cometían extorsión oficial ninguna. ¡Qué distintos los *Zaragozas!* éstos todo lo pagaban con recibos, lo cual era un robo, supuesto que como ni entonces ni nunca habían de ganar, ¿qué les importaba no regatear precios? Por otra parte, los franceses defendían una causa justa, mientras que los chinacos peleaban de puro tontos, ¡por una falsa sombra llamada independencia!

También creerán los lectores que al irse los franceses la población se quedaría, por de pronto, sin un grano de maíz; pues se equivocan, porque aquellos señores fueron muy generosos: á última hora vendieron las grandes cantidades que les sobraron, obligando á los vecinos á que se las comprasen á su justo y legítimo precio, ¡á tres pesos la fanega!

Entretanto, en las calles seguía la danza: la soldadesca estaba en plena beodez: los que más se distinguían eran los zuavos y una horda de argelinos, tan estúpidos como tan rapaces: nada respetaban, el saqueo era para ellos la cosa más natural del mundo; en las tiendas pedían cuanto se les antojaba, sobre todo no dejaron gota de *la agua de la vida* (eau de vie), como los franceses llaman al aguardiente. ¡Desgraciado el tendero que les hacía alguna reclamación! en el acto lo amenazaban con denunciarlo! ¡Vu ser *Zarragoza!* ¡Vu ser larrón! ¡Sacrrr non de Dieu! ¡No había quien chistara!

Uno de los comerciantes, D. Melchor Calderón, tuvo la desgracia de que en su tienda sufriera un ataque de indigestión complicado de delirium tremens, uno de los más apuestos zuavos.[1] Los demás comenzaron á gritar que su compañero había sido envenenado por aquel "*miserrable Zarragoza.*"

1 Manuel Ocaranza, el afamado pintor, que entonces se hallaba en Uruapan, hizo en un pequeño boceto el retrato de aquel zuavo. Yo poseo el cuadrito, del que es una copia el grabado que va en este libro.

Ya tomaba cartas en el asunto la corte marcial, cuando el zuavo recobró el conocimiento y declaró que había comido chirimoyas y *chicharrones*, todo junto, y que por más que había tomado *de l'eau de vie*, no había podido aliviarse.

Temerosos de otro caso como éste, los comerciantes cerraron sus tiendas, pero se les amenazó por la Intendencia que si no abrían, se les echarían abajo las puertas para que los soldados se proveyesen de lo que necesitaban.

Y no quedaron en esto las escenas de rapiña y devastación. La soldadesca invadió las casas: no hubo gallinas, pollos, huevos, cerdos, gatos y hasta marranas paridas "con todo y sus *hijitos*," que no se comieran aquellos hombres que se mostraban hambrientos, con estómagos insaciables.

Este pillaje duró tres días: desde el 2 comenzó á lloviznar, á causa de uno de esos temporales frecuentes en Uruapan, en que las nubes se extienden en el cielo cubriéndolo como con un velo gris que produce tristeza; la de aquellas setenta y dos horas, fué infinita para las familias de la ciudad que sufrían los ultrajes de los vencedores del mundo.

Algunas infelices indias de los barrios, confiadas en que podrían vender su fruta, se mezclaban entre los grupos de franceses. Entonces las escenas fueron de otra especie, brutales, violentas, asquerosas. Se despertó en los franceses la lascivia, y me basta referir un episodio para que se comprenda hasta qué punto llegó este otro género de ferocidad. Había en Uruapan una *hetaira* llamada Anselma, y por sobrenombre "*la puro apagado.*" Un grupo de zuavos fué á dar á la casa de la desgraciadísima mujer: cuando tocó su turno al último de los *amativos*, ¡sus caricias se prodigaron ya en el cadáver de la pobre Anselma!

Aquellos hombres no tenían brizna de vergüenza. Las necesidades que la gente procura satisfacer á solas y en lugares ocultos, ellos las ejecutaban al aire libre, en las plazas y en las calles, delante de todo el mundo. El pavimento quedó intransible y el ambiente ya no olía á azahar de naranjos.......

Concluiremos. Había en Uruapan, mejor diré, en el cercano pueblecito de Jicalan, un loco famoso, porque su tema era decir claridades á las personas de respeto, y entre las perso-



UN ZUAVO. — 1869.

Tomado de un retrato pintado por Manuel Ocaranza.

nas de respeto de aquella ciudad había un sacerdote llamado D. Bruno Gutiérrez. Pues bien, cuando el día 4 los franceses emprendieron su marcha á Zamora, atravesando la magnífica Sierra de Paracho, y llevándose nuestra artillería, la gente de Uruapan salió de sus casas á contemplar los estragos. El loco de Jicalan, tapándose las narices, se encaró á aquel eclesiástico y le dijo:

—Padre D. Bruno, ¡mire la intervención que nos han traído los franceses!

CAPÍTULO VIII.

(1864)

El Oriente de Michoacán.—Maravatío y Zitácuaro.—Reseña histórica de ambas poblaciones.—Riva Palacio.—Patriotismo de los zitacuarenses.—Pléyade de héroes.—Los indios.—Primera invasión de los franceses.—Gran feria.—La virgen de Zitácuaro, ¡chinaca!

Hemos visto que las operaciones de la campaña de Michoacán se verificaban en el centro y Poniente del Estado. En el Sur y en el Norte se disfrutaba de una tranquilidad relativa; pero en el Oriente fermentaba el espíritu de la guerra. Dos poblaciones de aquel rumbo se aprestaban á la lucha: Maravatío y Zitácuaro. La primera filiada siempre en el bando del absolutismo; la segunda distinguiéndose por su amor á la libertad.

Poco tengo que decir de Maravatío. Es una población muy antigua, habiendo debido su importancia en otra época á ser lugar de tránsito entre México y Morelia. En 1855 el Gobierno del general Santa-Anna le concedió el título de villa, por las opiniones políticas de sus habitantes, si bien lo merecía por su aspecto simpático; por ser el centro de una rica comarca, productora de cereales; por el panorama risueño de aquel inmenso valle, regado por el caudaloso río Lerma; por la cultura de su vecindario y por la proverbial generosidad de su gente. Al de Maravatío están unidos los nombres de Ocampo y de Echaiz, distinguidos patricios del liberalismo.

En cuanto á Zitácuaro, paladión de los insurgentes, de los soldados de Ayutla, de los de la Reforma y de los patriotas en la segunda guerra de la independencia, merece la extensa

mención comenzada en el capítulo primero de este libro y que continúa en el presente.

Lejarza, que escribió su estadística de Michoacán en 1822, da ya el título de villa á Zitácuaro, sin decir cuándo lo obtuvo. El padre Villaseñor, en su *Teatro Americano*, lo llama pueblo. Tengo entendido que, á consecuencia de los importantes servicios de sus habitantes en la guerra de insurrección, la Junta de Zitácuaro le concedió aquella preeminencia durante la época citada.

La ley de 17 de Noviembre de 1858 dió á la Villa de San Juan Zitácuaro el título de "*Ciudad de la Independencia*," "por haber sido un firme sostén de la causa de la libertad, desde la gloriosa lucha de México por su emancipación de la antigua España," y la ley de 20 de Abril de 1868 mandó "que se le llamase *Heroica*, declarando que sus vecinos han merecido bien del Estado por sus distinguidos servicios en la última guerra de independencia."

La misma ley decretó "que se erija en la plaza principal de Zitácuaro un monumento á la independencia, con cargo á los fondos del Estado, y que de la misma manera se construyan cuatro túmulos consagrados á la memoria de Crescencio Morales, Nicolás Romero, Francisco Serrato y Donaciano Ojeda, muertos en defensa de la Patria." Hasta hoy ha quedado en olvido la ejecución de esta parte del decreto.

El Presidente Juárez, siempre justo apreciador del patriotismo, expresó respecto de Zitácuaro los honrosos sentimientos que constan en la siguiente carta:

"Durango, Enero 2 de 1867.—Sr. Jefe político de Zitácuaro D. Cárlos Mexia.—Mi estimado señor:—Aprovecho el regreso de vd. para el Estado de Michoacán, para suplicarle haga presente á los buenos patriotas de Zitácuaro mi más profunda gratitud por la conducta digna y honrosa que han observado, y por los grandes sacrificios que han hecho en defensa de la independencia y libertad de nuestra patria. El Gobierno, á pesar de la distancia á que se ha hallado, y de la incomunicación en que ha estado con los pueblos del interior, está al tanto y admira los heroicos sacrificios que han hecho los buenos hijos de Zitácuaro en favor de la causa na-

cional. La patria no olvidará esos sacrificios, y el Gobierno procurará recompensarlos oportunamente, cuando sus aflictivas circunstancias se lo permitan, y de la manera que le sea posible. Entretanto, sírvase vd. felicitarlos á mi nombre por el triunfo que ya está muy cercano de la santa càusa de la patria, y ordene lo que guste á su amigo afectísimo—*Benito Juárez.*"

Este es el aspecto moral de Zitácuaro; su alma llena de patriotismo: veamos ahora su topografía.

La situación de la ciudad es en una hondonada entre dos inmensas montañas, el *Cacique* y el *Pelón*, y un cerro llamado "Camémbaro." Casi dentro de la población está la pequeña colina "El Calvario." En sus alrededores se hallan los puntos del Hoyo de la Arena y de Guadalupe, y en esta dirección, pero más lejos, el de Tierra Quemada. Tres caminos desembocan en la ciudad; el de los Malacatepeques y Tierra Quemada, por Guapalupe; el de Tuxpan y Maravatío, á que se unen el de Trojes y Angangueo, penetrando por el Hoyo de la Arena, y el tercero que conduce á Laureles, Tuzantla, Carácuaro y Huetamo, y pasa por entre el Cacique y Camémbaro, dejando á la derecha el histórico monte de Cóporo. Esta situación es desventajosa para Zitácuaro, porque la ciudad puede ser batida con éxito por diversas partes. Es el motivo por el cual el general Riva Palacio nunca esperó al enemigo dentro de la población; lo dejaba penetrar á ella y en seguida se apercibía á atacarlo.

Y puesto que he mentado el nombre del caudillo que tuvo Zitácuaro en la segunda guerra de independencia, voy á decir cómo era y cómo andaba en aquella época.

Conocí al general ya entrada la campaña, rodeado de sus inseparables y viejos ayudantes el coronel Alzati y Jesús Verduzco, y á su servicio un mozo que se llamaba Abraham. Riva Palacio, como todos los dueños de fincas de labor en México, monta bien á caballo y sabe manejar el corcel: vestía un traje que le era peculiar; sombrero fieltro de ala ancha, levantada hacia el lado derecho é inclinada hacia el izquierdo: dormán de paño azul con alamares, pantalón ancho y bota fuerte de charol. Cuando iba á pie usaba á veces una

capa de paño aplomada de las que entonces llamábamos zaragozas. Es de estatura regular, de vivos movimientos, moreno, y quebrado el escaso pelo que circunda una calvicie prematura. Detrás de los espejuelos chispean de inteligencia los ojos. En aquellos días el general era muy joven, pues rayaba en los treinta años.

Me era ya conocido de nombre por su fama de literato y por sus antecedentes de patriota, pues nadie ignoraba que al principio de la guerra había levantado á sus expensas una fuerza de caballería para incorporarse al Ejército de Oriente á las órdenes del general D. Ignacio Zaragoza. En el sitio de Puebla, en donde figuraba como jefe del Estado Mayor del general González Ortega, recibió orden de salir de la ciudad para conferenciar con Comonfort y pasar en seguida á México á desempeñar una comisión cerca del Presidente D. Benito Juárez. Riva Palacio pudo abandonar la ciudad cuando rompió el sitio la división de caballería al mando de D. Tomás O'Horán; cumplió satisfactoriamente la misión recibida, y no siéndole posible penetrar de nuevo á la ciudad, se puso á las órdenes de Comonfort, y en consecuencia asistió á la batalla de San Lorenzo, en que fué derrotado el "Ejército del Centro," primero de esta denominación.

Acompañó al Gobierno nacional cuando en Mayo de 1863 se trasladó á San Luis Potosí, y allí quiso el Sr. Juárez que se encargara de la dirección del *Diario Oficial*, pero Riva Palacio suplicó que se le mandase mejor á servir en el ejército. Entonces el Sr. Lerdo de Tejada le ofreció el ascenso á general de brigada, que tampoco quiso aceptar. El 24 de Septiembre fué nombrado Gobernador y Comandante Militar del 1.er Distrito del Estado de México, cuya capital era Toluca. Toda esta demarcación estaba ya en poder del imperio, y en consecuencia era un campo para la lucha deseada.

Riva Palacio abandonó inmediatamente á San Luis Potosí, no sin haber recibido antes su paga de marcha—¡veinticinco pesos!—para él y sus compañeros Antonio Andrade é Hipólito Ortiz. Llegó á Morelia en los primeros días de Octubre, habló con el Gobernador D. José López Uraga, y marchó en seguida á Zitácuaro, en donde el Jefe político, general Jesús

Díaz de León, no le prestó auxilios de ningún género. Sin embargo, el coronel Riva Palacio, recogiendo allí ocho hombres que pertenecían á las fuerzas de Toluca y cuyo jefe era Agapito Contreras, continuó su marcha, y poniéndose á la cabeza de la caballería del 1.er Distrito que mandaba Peña y Barragán, penetró al centro del Estado de México, pero fué sorprendido en Polotitlán por la vanguardia del ejército francés y de la división Mejía que emprendían ya la campaña del interior. Los liberales fueron derrotados, y Riva Palacio, retirándose por el Real del Oro, regresó á Zitácuaro. Esta fué la primera de la serie de expediciones que el Gobernador del 1.er Distrito enviaba ó conducía personalmente desde Zitácuaro á los alrededores de Toluca, siendo la *Ciudad de la Independencia* el foco de aquel fuego que debía durar más de tres años. De estas expediciones no hablaré sino rara vez, cuando su importancia lo demande, porque, hechas fuera de Michoacán, son extrañas á su historia.

Al principio, los vecinos de Zitácuaro no veían con buenos ojos que fueran á proveerse allí de recursos fuerzas que no eran de Michoacán y cuyos servicios no redundarían en pro de aquella entidad federativa. En obsequio de la justicia hay que decir que no fueron hostiles al personal del Gobierno y tropa del 1.er Distrito, puesto que veían en ellos patriotas que, como los de Zitácuaro, defendían la causa nacional. Después desaparecieron estas rivalidades de provincialismo, se fundieron en un solo pensamiento las tropas, en el de luchar sin descanso, y Riva Palacio se convirtió en un caudillo popular, querido y respetado por unos y otros. En aquella ciudad, en donde todos los hombres son soldados, y en donde hasta las mujeres alientan el espíritu de libertad, halló colaboradores incansables para la lucha. En las casas de Zitácuaro se construía el parque, se fabricaba la pólvora, se fundían las balas y se construían los cartuchos. Me acuerdo que Riva Palacio y Bernal cortaban las piezas para el uniforme de los soldados, y que las patriotas señoritas de Zitácuaro las cosían hasta dejar terminados los vestidos. Cuando aparecía el enemigo, los jóvenes que no ingresaban á las filas, servían de exploradores; la gente del pueblo, de correos; las mujeres, de vivanderas. Zitácuaro era un constante campamento.

Entonces fué cuando Riva Palacio formó aquel núcleo de jefes distinguidos por su valor, por su constancia, por su abnegación, por su fe en el triunfo de la patria. Nicolás Romero, Crescencio Morales, Luis Robredo, Félix Bernal, Francisco Serrato, Donaciano Ojeda, Luis Carrillo, Valencia, muertos unos en el cadalso y los demás en el combate, y León, Castillo, Granda, Acevedo, los Alzatis, Germán y Lorenzo Contreras, los Coutos, Manuel Alas (hijo), Lalanne, Romo, Pedro García, Borda, Limón, Marroquí y tantos otros. En el círculo de amigos patriotas que lo rodearon en Zitácuaro, ayudándolo con sus trabajos en la política, estaban el Dr. José María Manzo Ceballos, los Lics. Manuel Alas, Manuel Saavedra, Luis Couto, Urbano Lechuga y Felipe Méndez, y los Sres. José María Mateos y sus hijos José y el Lic. Manuel Mateos Alarcón. Como empleado de Hacienda, para cobrar las contribuciones en el 1.er Distrito, contaba Riva Palacio con D. J. Zeferino Gómez Gallardo.

Consigno todos estos nombres, como un justo recuerdo al patriotismo de aquellos ciudadanos: muchos quedan en el olvido, porque mi memoria no alcanzó á conservarlos todos, y porque no se me han podido ministrar cuantos informes he solicitado.

Al lado del general andaba también un personaje grotesco, pero patriota y fiel, conocido con el apodo de *Tanta Lancha*, del que me ocuparé en alguna ocasión que sea oportuna.

No trato aquí de hacer la biografía de Riva Palacio, sino de trazar alguno de los rasgos de su vida que se relacionan con la campaña. Solamente diré que cuando se lanzó á la guerra estaba recién recibido de abogado y apenas acababa de formar su hogar con aquella noble matrona de alma de ángel, Josefina Bros, dulce, modesta, inteligente y lleno el corazón de caridad.

Riva Palacio encarnó por aquel tiempo el espíritu de la libertad en Michoacán. Sin desatender las oportunidades de hacer la guerra en el 1.er Distrito, el teatro de su constante lucha fué el territorio de aquel Estado, con él identificó su nombre y para él fueron la mayor parte de sus importantes servicios, como se verá en el curso de estos apuntes.

Justo tributo de reconocimiento hacia el general Riva Palacio fueron los decretos de 15 de Febrero y 21 de Abril de 1868, expedidos por la Legislatura de Michoacán, que lo declararon ciudadano michoacano y benemérito del Estado.

Y puesto que ya conocen los lectores la topografía de Zitácuaro, sus hombres, sus elementos de guerra y el caudillo que volvió á hacer de aquella ciudad un baluarte de libertad, como la hicieron los Rayones, Benedicto López y D. Nicolás Bravo en los tiempos de la insurrección, digamos ahora algo más especial respecto de los vecinos. Dividíanse éstos en las dos castas en que generalmente están clasificados los habitantes de la República, indios de raza pura y *gente de razón*, comprendiéndose en ésta los descendientes de españoles y los mestizos. Los indios son, por lo común, indiferentes á las cuestiones políticas y guardan completo egoismo é indolencia para con los beligerantes;[1] y sin embargo, los que ingresan al ejército son soldados sufridos, valientes, sobrios, dóciles á la disciplina é incansables en las marchas. Acostumbrados desde la niñez á llevar en la espalda los frutos que van á vender á las grandes poblaciones, el fusil y la cartuchera son para ellos una carga ligera. Ya sea por su completa ignorancia ó por su falta de ilusiones ó de ambición, ningún apego tienen á la vida, y mueren con admirable estoicismo, lo mismo en su cama que en el combate ó en el cadalso.

La conducta egoista é indiferente tiene su excepción en el sentimiento religioso, que en ellos no es más que una verdadera idolatría: así pueden oir las más horribles blasfemias, ó presenciar el más impío sacrilegio contra los dogmas abstractos del cristianismo, que ellos no se escandalizarán; pero si se comete cualquier desacato contra las imágenes de los santos ó contra cualquier signo exterior del culto, pondrán el grito en el cielo y se levantarán en masa. Tienen sus santos favoritos, que son de ordinario los más deformes, y en consecuencia los que ellos creen más milagrosos; y si además la leyenda re-

1 Hay excepciones honrosas, y más de una vez citaremos algunos pueblos de indígenas que se han distinguido por su amor á las instituciones libres. Los indios, llevados por el cebo del interés, sirven bien como correos y como espías: son astutos, incansables en el camino, y tan ligeros, que hacen jornadas que no podría hacer un jinete.

fiere que son aparecidos, no hay necesidad de decir entonces que el culto que los indios les tributan llega al paroxismo. Los de Zitácuaro tienen el orgullo de poseer una portentosa imagen de la Virgen, cuya historia, en compendio, dice que fué traída de España por el encomendero Juan Velázquez de Salazar, para el uso particular de su casa; pero que al pasar la mula que la conducía, frente á la iglesia de Zitácuaro, se entró en el atrio y se fué derecho á la puerta del templo, y que por más palos que le dieron no fué posible apartarla de aquel lugar, siendo patente la voluntad de la Señora de quedarse en aquella que desde entonces fué su casa. "Y así descargándola de la mula, el entendido animal se hincó de rodillas á adorarla, con lo cual quedó manifiesto el milagro." Que la virgen no quiso ni quiere salir nunca de Zitácuaro, lo demuestra otro milagro, el cual consiste en "que algunos años después de lo acaecido, un fraile franciscano, de nombre Francisco de Castro, propúsose llevar consigo la veneranda imagen, tomóle medida y le mandó hacer un cajón, y al colocarla en él, sobresalía la imagen tres dedos; rectificada la medida una y más veces, siempre sobraban los tres dedos, y aunque forcejearon para que cupiera, jamás lo consiguieron, por lo que acabó de confirmarse que la Madre de Dios no quería salir de Zitácuaro."

Justo es reconocer que los indios de Zitácuaro, ó llevados de alguna idea algo patriótica, ó más instruídos que sus hermanos de raza en otros pueblos, ó lo que es más probable, aleccionados por el ejemplo de civismo y por los principios liberales que habían visto ú oído proclamar sin interrupción, desde la primera guerra de independencia, eran más tolerantes en puntos de religión y menos egoistas en política. Entiéndese esto, empero, de una manera relativa, y más si se tiene en cuenta la época. Acababa la nación de abolir el culto externo, y la supresión de las procesiones fué un golpe mortal para los indios de toda la República que no vieron en la *Reforma* más que esa sola *herejía*. Dispuestos estaban, en consecuencia, á adherirse á cualquier partido que les permitiese sacar las *procesiones* acostumbradas. Cuando se comenzó á hablar de que la Francia mandaba sus ejércitos para restablecer

la religión católica en toda su pureza, los obispos encargaron á los curas que hiciesen comprender á los indios que el imperio tenía esa grande y sublime misión. ¿Qué extraño es, pues, que los indios considerasen á Maximiliano y á los franceses como á los restauradores de las procesiones? Ya hemos visto y seguiremos viéndolo, ¡que el más amargo desengaño derramó su acíbar en los cálices de los altares! El pueblo, por su parte, observó que los soldados extranjeros eran más *impíos* que los *puros* de acá, y poco á poco, andando el tiempo, se fueron aumentando los partidarios de los liberales.

Al iniciarse, pues, en Michoacán la guerra de intervención, los indios se manifestaban adictos al imperio. En cuanto á los demás vecinos, en su mayor parte profesaban los principios de la democracia, y si no faltaban algunos que opinasen de distinto modo, ya por parentesco, por amistad ó por espíritu de provincialismo, hubo una perfecta cohesión en todos, y todos prestaron sus servicios á la causa nacional.

Las observaciones anteriores caben muy bien en el carácter que he tratado de imprimir á este libro; mas dejándolas á un lado, por ahora, tiempo es ya de volver á la narración.

Dije que Uraga había nombrado Prefecto y Comandante Militar de Zitácuaro al general Jesús Díaz de León. Tanto por el origen del nombramiento, como porque no eran bien vistos allí los forasteros, y, en gran parte, porque aquel jefe no supo conducirse bien en el Departamento, pronto se vió rodeado de enemigos, y lejos de procurar calmar los ánimos, los exaltó, persiguiendo á algunos de los vecinos, é imponiendo préstamos y haciendo *leva* entre los artesanos y peones del campo. Un día de Enero del año á que vengo refiriéndome, los valientes de Zitácuaro se levantaron y se echaron sobre la fuerza de Díaz de León, jefe que pudo salvarse huyendo á pie y ocultándose, gracias á los cuidados de Sofía Calderón, hija natural del poeta zacatecano Fernando Calderón. El general Riva Palacio, que había salido á expedicionar, no se hallaba aquel día en Zitácuaro; pero informado de los acontecimientos, regresó en el acto por Tierra Quemada, pudo averiguar el paradero de Díaz de León, y comisionó á Darío Alzati para que le llevase recursos y lo pusiera en camino seguro que lo condujese al Cuartel General.

Pocos días después el general Berriozábal nombró Prefecto y Comandante Militar de Zitácuaro á D. Crescencio Morales, uno de los hacendados del lugar. Desde luego comenzó éste á organizar la guardia nacional, que en breve tiempo contó con cerca de cien infantes y una pequeña fuerza de caballería. La del general Riva Palacio estaba formada de dos compañías de infantería, al mando de Luis Carrillo, y de treinta mosqueteros á caballo á las órdenes de José Acevedo.

Con estos elementos se aprestó Zitácuaro para la campaña á que lo provocaba el Imperio. Las tropas de éste ocupaban las poblaciones inmediatas de Taximaroa, Maravatío, Angangueo, Tlalpujahua, Ixtlahuaca, San José y la Asunción Malacatepec, la villa del Valle, Santo Tomás y Tejupilco, encerrando en un círculo de hierro á Zitácuaro.

En la tarde del día 27 de Marzo avisaron de Tuxpan que el coronel Clinchant con el primer Regimiento de zuavos y una fuerza de caballería de los traidores acababa de ocupar aquel pueblo. La noticia se difundió en el acto por toda la población. Riva Palacio y Morales, que en vano habían solicitado el auxilio de Elizondo para batir al enemigo, dispusieron la retirada, situándose el primero en las faldas del *Cacique* y el segundo en la extensa y elevada colina de Camémbaro: las familias huyeron en todas direcciones, alojándose en los alrededores de la ciudad. A las doce de la noche las casas estaban abandonadas y sólo había algunos comerciantes cuidando sus tiendas, por la imposibilidad de trasladar sus efectos en tan pocas horas. Los indios permanecieron en la ciudad, encerrándose, sin embargo, en el interior de sus casas.

El día 28, á las once de la mañana, entraron los franceses, tambor batiente y bandera desplegada, en las desiertas calles de Zitácuaro. Se formaron en la plaza y destacaron grandes guardias á las orillas de la población, al mismo tiempo que fuertes escoltas, con exageradas precauciones, recorrían las calles. Largo rato permanecieron los zuavos, arma en brazo, hasta que, convencidos de que no había enemigo, colocaron sus fusiles en pabellón y se lanzaron sobre las tiendas y las casas, saqueándolo todo, con el furor de la rapiña, destruyendo lo que no pudieron llevarse y convirtiendo en leña los

muebles y en cenizas los vestidos de las mujeres. Era aquello el cuadro refinado del más ruin, inútil y completo latrocinio. Duró la tarea infame hasta las primeras horas de la tarde.

Los zuavos vieron estupefactos que al rededor de la ciudad se extendía una inmensa corona de humo que atribuyeron á otras tantas fogatas de los republicanos, y que no eran más que las lumbradas que hacían las familias para calentar su comida, que por mera casualidad aparecían al mismo tiempo. Pocos minutos después se oían disparos en las calles.

Los franceses creyeron que el mundo se les venía encima, cuando sólo eran tres chinacos, Jaime, Navarrete y Marcos Alzati, que se divertían haciendo *santiaguitos* á los zuavos. Cundió el pánico entre los *primeros soldados del mundo:* el clarín no cesaba de tocar llamada de tropa. Reconcentróse ésta en la plaza, á donde las fuertes guardias, las demás escoltas y los soldados, condujeron el botín, y con él gran cantidad de ganado vacuno cogido en las afueras. A las tres de la tarde, aquellos merodeadores salieron de Zitácuaro por el mismo camino de Tuxpan, yendo á situarse en el punto llamado "Loma larga," en donde establecieron una animada *feria:* no de otra suerte debe llamarse el acto de rescate á que acudieron allí los que deseaban recobrar algo de sus bienes; y la feria estuvo tan buena, que se vendía á dos pesos una vaca parida, á peso un buey, á dos reales un cerdo, y así lo demás. Duró hasta las seis de la mañana del día 29, en que los franceses levantaron el campo y se alejaron de Zitácuaro.

Entretanto, en la ciudad se notaba honda agitación entre los indios. Muchos de ellos habían sido aprehendidos de orden del coronel Clinchant, y estaban con centinelas de vista en la "Loma larga." Acudió á aquel lugar una comisión de la comunidad de indígenas á informarse de la suerte de los prisioneros y á procurar su libertad: allí supieron que se les había aprehendido por espías y que iban á ser fusilados. Tanto rogaron los comisionados, implorando por la vida de aquellos inocentes, que Clichant se ablandó y ofreció que los *perdonaría*, siempre que alguno de los presos se comprometiese á llevar una comunicación para el general Márquez, que

se hallaba en Maravatío en camino para Zitácuaro: los demás detenidos quedarían como rehenes. Hablaron unos con otros los indios en su idioma, que es el *mazagua*, y uno de los prisioneros se ofreció á servir de correo, recibió la comunicación y se puso en camino. Esto pasaba en la noche del 28; al emprender al día siguiente su marcha, los franceses notaron que se habían evadido los prisioneros, burla que no causó poco disgusto al coronel Clinchant.

Por su parte el correo, en vez de dirigirse á Maravatío, se apresuró á llegar á Camémbaro y entregó al Prefecto Morales la comunicación dlrigida á Márquez, y cuyo tenor es el siguiente: "A las once de hoy ocupé esta plaza, y no encontré en ella ni tropas ni familias: á mi llegada todos habían huído á la montaña. Es inútil permanecer en este pueblo abandonado, y me retiro por Maravatío: no se necesita la venida de vd., y puede volverse á Morelia. Zitácuaro, 28 de Marzo de 1864.—*Clinchant.*"

Morales no comprendía los móviles de aquella espontánea y patriótica cooperación de los indios; pero sin detenerse á indagarlos, avisó á Riva Palacio el movimiento de los franceses, redobló los exploradores y dispuso que tropas y vecinos ocupasen de nuevo la población el día 29, á las primeras horas de la mañana.

La ciudad estaba intransitable; pues parece que los zuavos en México padecieron eternas diarreas. Además de tan repugnantes despojos, por todas partes se veían objetos destrozados, puertas hechas pedazos, animales muertos. En la plaza había algo que parecía increíble: los franceses, no pudiéndose llevar ni destruir las existencias de las tiendas y las trojes, hacinaron maíz, cebada, arroz, frijol, garbanzo, cacao, azúcar, piloncillo, *mecates*, paja, botes, cajones, manteca, sebo, miel: era aquello un montón deforme, asqueroso y pestilente. La población, en masa, contemplaba semejante infamia, guardando todos silencio. De repente se oyó una voz que dijo:

—¡Son franceses y traidores revueltos!

Aquella frase fué acogida con gritos de burla, con carcajadas estridentes, con vivas á la libertad y á la independencia. La tristeza se convirtió en entusiasmo por la lucha.

Para concluir este capítulo, sólo resta explicar el motivo por qué los indios de Zitácuaro se pusieron con toda decisión, desde aquel día, del lado de las tropas republicanas.

Dije antes que, al concluir las cuatro horas que los franceses permanecieron en la ciudad, se notó honda agitación entre los indios. ¿Era porque habían sido aprehendidos algunos de ellos? Pero esta aprehensión se verificó precisamente, porque el coronel Clinchant llegó á observar en aquellos hombres ciertos síntomas de rebelión. La causa fué la siguiente: los zuavos habían penetrado al templo y con gran desacato bajaron de los altares algunas imágenes, entre ellas la de la famosa Virgen de que he hablado, la cual fué encontrada por sus guardianes en el pavimento de la iglesia. Tan grande injuria sublevó el ánimo de los devotos indios y comenzaron á congregarse con fines hostiles, motivo por el cual el jefe de los franceses echó mano de algunos, amenazándolos con la muerte y llevándolos consigo, y la prudencia le aconsejó que cuanto antes debía salir de Zitácuaro.

¿Cómo podían creer los indios que fueran defensores de la religión los que derribaban las imágenes, los blasfemos, los sacrílegos? Jamás los liberales llegaron á tamaña impiedad. No faltó, entre los fanáticos, quien asegurara que los franceses habían tratado de llevarse á la Virgen, lo que no pudieron conseguir ni por la fuerza, dada la voluntad de esta Señora de no abandonar jamás su casa, y aun se afirmó que la Virgen primero era *chinaca* que *traidora.*

Sea de ello lo que fuere, los indios de Zitácuaro y de todos los pueblos de los alrededores, fueron desde aquel día poderosos auxiliares de los republicanos, sus mejores exploradores, sus más fieles correos, los más expertos espías. Implacable era su odio contra los defensores del imperio, y alguna vez sucedió que habiéndose escapado del poder de nuestras tropas un prisionero imperialista (un médico de la división Márquez), los indios lo persiguieron como á *perro del mal*, y como perro del mal quedó muerto á pedradas.

CAPÍTULO IX.

(1864)

El tesoro.—Coalcomán.—Depósito de parque.—Repetidos combates.—El contraguerrillero Cristóbal Orozco.—Sus proezas.—Mariano Gil.—Un rasgo de valor de este oficial durante la revolución de Ayutla.—Un sobrino del emperador Iturbide.--Asesinato con toda felonía.—Fin de la carrera militar de Orozco.

Según queda dicho en los capítulos anteriores, la retirada en derrota de nuestras tropas que atacaron á Morelia, la rápida expedición del general Douay hasta el corazón del Estado, la ocupación, por parte de fuerzas imperialistas, de las poblaciones del Oriente, las intrigas y la discordia entre los liberales que rodeaban al Gobierno de Berriozábal, todo había producido una gran desmoralización entre los soldados republicanos, el desaliento en los pueblos, la falta de fe en muchos michoacanos. Se había como paralizado la lucha, y se esperaba con temor el curso de los acontecimientos.

En cambio, el enemigo había cobrado bríos y emprendía una tenaz persecución á los liberales, ora por medio de sus contraguerrilleros envíados al combate, ora reduciendo á prisión á los ciudadanos que vivían pacíficos en las poblaciones. No contento con proceder así, por medio del cohecho fomentaba la traición y promovía pronunciamientos contra el Gobierno legítimo.

Se recordará que los agentes ocultos del imperio habían divulgado el rumor de que en el inmenso convoy que por dos

caminos diferentes había envíado Berriozábal á Coalcomán, iban muchos cajones llenos de barras de plata y de dinero acuñado. Vimos que esta noticia atrajó la atención de la columna mandada por el general Douay, quien se apoderó del cargamento envíado por Periván, y al llegar á Uruapan supo que la otra parte del convoy iba ya lejos, camino de Coalcomán, no siendo ya posible alcanzarla.

Empero los agentes ocultos del imperio se adelantaron á los conductores y difundieron en Coalcomán el mismo rumor de que en el convoy iba un verdadero tesoro de los altos jefes liberales, que proyectaban embarcarlo por el puerto del Manzanillo.

Aquella parte del cargamento llevaba los aparatos de la capsulería y las substancias propias para hacer *los cápsules:* contenía, además, parque, vestuario y otros objetos de material de guerra, pues que se trataba de establecer una gran maestranza en Coalcomán, bajo la inspección del general D. José Justo Alvarez y de sus empleados el coronel Eufemio Amador y los hermanos Ramón y Eloy Medina, antiguos é inteligentes operarios de la expresada capsulería.

Más de veinte días ocuparon los del convoy en hacer aquel largo trayecto que media entre Uruapan y el punto á que se dirigían: las jornadas eran tanto más penosas, cuanto que, como ya lo vimos, en los primeros días de Enero se desató uno de esos temporales de lluvias que duran hasta quince días y que dejan intransitables los caminos.

Antes de referir los episodios que se verificaron por aquellos días en Coalcomán, diré algunas palabras acerca de esta población y de sus gentes.

Coalcomán es una comarca llena de riquezas naturales: su fauna y su flora son muestra del lujo tropical: la minería tiene allí placeres de oro, filones de plata é inmensos yacimientos de fierro que por su buena calidad es renombrado. "Este pueblo se hizo célebre, dice Lejarza, por la fábrica de acero que en él estableció el tribunal general de Minería, habiendo ido á ponerla el sabio D. Andrés del Río, profesor de Mineralogía del Seminario de aquel nombre, con dos alumnos de los más instruídos, que fijaron allí su residencia. En la

guerra de insurrección se destruyó todo." A su jurisdicción corresponde la Coahuayana, con sus pueblos situados en el litoral del Pacífico, á lo largo de las cuarenta leguas que pertenecen á Michoacán. La cabecera de aquella región es el pueblo de la Coahuayana, conocido durante el vireinato con el nombre de "Motines de Oro." Agrega Lejarza que los indios de la Coahuayana permanecieron, como los araucanos, muchos años, sin someterse á la dominación española. El país posee ricas salinas, campos para el cultivo del algodón, del árbol del hule, del coco, del limón, etc., y en la costa existen los puertos de Buserías, Maruata, San Telmo y San Luis.

En la época á que me refiero, Coalcomán tendría una población de mil almas, y era el asilo de los criminales de Michoacán, Jalisco y Colima que huían de la acción de la justicia. Era tal la vida de salvajes que llevaban los moradores de aquel lugar, que sucedió cierta vez lo siguiente: Varios comerciantes que hacían su camino de Colima fueron asaltados por una gavilla de salteadores: se defendieron valerosamente y rechazaron á los bandidos, dando muerte al cabecilla. Se dirigieron á Coalcomán á poner el hecho en conocimiento del juez, y ¡cuál no sería su sorpresa al ver á la familia de este funcionario en torno del cadáver de su jefe, que no era otro que el capitán de los ladrones!

A ese pueblo, habitado por tal gente, se dirigieron el general Alvarez y sus subalternos, quienes adelantándose del convoy, caminaron lo más rápidamente que les fué posible. Acercábanse ya al punto de su destino, cuando el 15 de Enero fueron sorprendidos por una partida al mando de José María Farías López, que se anticipaba á apoderarse del *dinero y barras de plata.* ;Chasqueado, al comprender que aquellos señores iban muy adelante del cargamento, no supo aprovecharse de la sorpresa, en tanto que Alvarez y los suyos, notando la vacilación del enemigo, se repusieron y cargaron sobre él, hasta ponerlo en completa fuga.

Por fin llegó ileso el convoy á Coalcomán, y se aprovecharon las dos ó tres casas de adobe que había en la población para almacenar las substancias explosivas de la capsulería, los cajones de parque ya construído y los sacos de pólvora.

A la vista de tan numerosos bultos, se despertó la imaginación de los coalcomeños, y en voz baja se comunicaban los unos á los otros que el *tesoro* subía á un *millón de pesos.* Confirmaba la especie un desconocido que decía haber estado presente cuando se empacó el dinero en Morelia y en Uruapan. No se necesitaba más para espolear la codicia. Un comerciante del lugar, hombre de malos instintos, de peores antecedentes, y que se había hecho muy rico por malas y buenas artes, comenzó á reunir su gente, y ya en número de doscientos, la noche del día 26, cayeron sobre la pequeña escolta del convoy que se dispersó en el acto. Alvarez y sus empleados pudieron montar á caballo y huyeron á toda prisa. Aquel jefe estuvo á punto de caer en poder de los sublevados; pero se salvó abandonando su remonta; y conducido en hombros de sus mozos, pudo ocultarse en el bosque.

Los *pronunciados* no se empeñaron en seguir á los fugitivos, sino que corrieron á apoderarse del cuantioso botín. Penetraron con hachas de ocote á los cuartos y comenzaron á abrir á golpes las cajas de fulminato, las del parque y los sacos de pólvora. No podían creer en su amargo desengaño; allí no había un solo peso, ni una sola barra de plata; todo era material de guerra que contemplaban á la luz de los hachones, de los que escurrían gotas de trementina. ¿Cómo no estalló aquel hacinamiento inflamable, convirtiendo en carbones á los hombres que buscaban el tesoro? Es cosa que no me explico, sino diciendo lo que el vulgo: "¡cosa mala nunca muere!" ¡No ardió un solo grano de pólvora!

Pero, en cambio, se perdió para el Gobierno legítimo el cuantioso resto del inmenso material de guerra con que contaba el Estado, pérdida que no pudo repararse en toda la campaña.

Después de este suceso, en que Coalcomán quedó pronunciado, las gavillas infestaron aquel país: otras nuevas, formadas de desertores de Uraga, se unieron á aquéllas, dejando interrumpida la comunicación de Michoacán con Colima y con el Sur de Jalisco. Una de tales gavillas asaltó en el pequeño pueblo de Pihuamo al general Porfirio García de León, al coronel Espejo y al ingeniero Francisco Vera, los cuales,

para escaparse, dejaron en poder de los guerrilleros imperialistas el magnífico equipaje que llevaban.

Entretanto, en el resto del Estado se multiplicaban los combates. El general republicano Zeferino Macías, con mil seiscientos hombres de las tres armas, atacó el 11 de Enero la plaza de la Piedad, defendida por una fuerza del imperio y por los vecinos que se declararon adictos á esta causa. La fuerza liberal fué rechazada, sufriendo algunas pérdidas.

Por aquel mismo tiempo, el infatigable guerrillero general Pueblita, jefe de la línea del Norte de Michoacán, expedicionaba por el Estado de Guanajuato, llevando á sus órdenes, además de su propia brigada, la de Querétaro, al mando del general Toro Manuel F. y del gobernador de aquella entidad federativa, Lic. José Linares. Estos jefes se hallaban en el valle de Santiago, cuando en la noche del día 2 de Febrero fueron sorprendidos por una columna enemiga compuesta de seiscientos franceses y cuatrocientos *mexicanos* al mando del comandante Estelle. La derrota fué completa, no pudiendo salvar los republicanos más que su fuerza de caballería.

El día 7 de Marzo fué batida por la contraguerrilla de Jorge Alejandre, una pequeña fuerza de Manuel González que se hallaba en Indaparapeo haciendo el cobro de contribuciones.

Los contraguerrilleros Suárez y Alatorre derrotaron al Prefecto de Apatzingán, quien al avistarse el enemigo huyó con la caballería que mandaba, dejando sacrificados á los infantes, que á las órdenes de los oficiales Juan Delgado y Francisco Franco, hicieron una defensa heroica, hasta quedar aniquilada la pequeña tropa. Dicho Prefecto fué destituído por el Gobierno del Estado.

Por la misma época había sentado plaza de contraguerrillero D. Cristóbal Orozco, cuya familia era dueña de la hacienda de Zipimeo, en las inmediaciones de Zacapu. Orozco no ha tenido nunca opiniones políticas fijas, y su adhesión al imperio tenía por causa y fin salvar los intereses materiales de la citada finca. Orozco, sea por sus antecedentes de familia ó por el entusiasmo con que entonces abrazó la causa del imperio, llamó la atención por aquellos días en su actitud de con-

traguerrillero. Sus soldados vestían de charros, y él usaba un lujoso uniforme de coronel. Sonrióle la fortuna, pues en poco tiempo obtuvo algunas victorias sobre las fuerzas liberales. Su carrera militar fué efímera, y aunque me adelante un poco en el orden cronológico de este libro, referiré las proezas del contraguerrillero y su desaparición de la arena del combate, supuesto que después no habrá ya motivo para ocuparme de ese individuo.

Su primera acción de guerra la hizo acompañando al coronel Petit,[1] quien con una columna de franceses procedente de la Piedad y conducida por Francisco Olvera Madrigal, sorprendió en Penjamillo, en principios de Marzo, á las fuerzas de caballería que mandaban el general Peña y Barragán y el coronel Ronda. No obstante la sorpresa, este último jefe, con los suyos, pudo retirarse sin grandes pérdidas. La fuerza de Peña y Barragán sufrió una completa dispersión.

Como se ve, los republicanos eran batidos en todo el Estado de Michoacán, pues mientras la suerte parecía proteger á los imperialistas, el pánico y la desmoralización consiguiente cundían en nuestras filas. Orozco se aprovechaba de esta situación, y conocedor del terreno que se extiende desde Za-

1 Este jefe era hijo de aquel general de la guardia imperial, á quien el emperador, en 1814, en el acto de partir para la isla de Elba, dirigió en Fontainebleau los históricos adioses. Al Petit de la expedición francesa en México le llamaban sus camaradas: "Petit el de los adioses." Du Barail, en su libro titulado "Mes souvenirs," refiere la siguiente anécdota que pinta bien la vanidad humana:

"¿Quién no ha visto el célebre cuadro que representa á Napoleón oprimiendo contra su pecho el águila de los granaderos y abrazando al general Petit?

"Ahora bien: en México un ayudante del regimiento encontró y compró un ejemplar de dicho cuadro. Esta lámina se convirtió en un instrumento de farsa. En cada etapa, el ayudante, después de haber designado la cámara reservada al coronel Petit, suspendía religiosamente en una de las paredes el cuadro de los *adioses*. En la más pequeña aldea, en la hacienda más humilde de México, el coronel encontraba invariablemente los *adioses* de Fontainebleau. Jamás comprendió la supercherla; antes bien se imaginó que en todas partes hallaba un nuevo ejemplar, y que en el antiguo imperio de Moctezuma su padre gozaba de una popularidad sin ejemplo. Todas las noches, cuando se retiraba á acostarse, al ver aquella pintura vagabunda, se le oía murmurar lleno de emoción filial:

—"¡Oh! ¡papá! ¡papá! ¡siempre papá!"

capu por Puruándiro, Morelia y Pátzcuaro, privaba de sus guaridas á los guerrilleros de aquella comarca, que en todas nuestras revueltas contaban con la gente del país y conocían de éste hasta los últimos vericuetos. En una de sus correrías pudo Orozco sorprender y tomar preso á Mariano Gil, uno de nuestros más valientes hombres que entonces vivía retirado en su casa. Eran amigos, y Orozco se propuso obligarlo á que formara parte de su fuerza, ofreciéndole el segundo lugar en el mando de ella, y como no dudó que Gil, seducido con esta promesa, reconocería el imperio, así lo participó á las *autoridades* residentes en Morelia, que hicieron mucho alarde de tan valiosa adquisición; pero ni las seductoras promesas, ni las influencias que Orozco puso en juego, ni las amenazas á que ocurrió después, lograron cambiar las ideas políticas del prisionero: era invariable su respuesta: "*yo ni soy ni seré traidor.*"

Aunque ajeno al objeto de este libro, no puedo resistir al deseo de narrar un episodio, un poco legendario, que he oído en los labios de muchos *ayutleños*, y en el que Mariano Gil fué actor principal. Era la época de la revolución de Ayutla, y sucedió lo que voy á referir en los funestos días que siguieron á la acción de Cocula (15 de Febrero de 1855). El general Huerta se había retirado herido á su rancho de Cótiro, en donde se le amputó el brazo izquierdo. Tendido en el lecho del dolor, supo que iba á pasar una tropa de santanistas por el llano del Cuatro, y ordenó á Mariano Gil que, acompañado de cuatro oficiales, fuese á ver desfilar la columna y á tomar sobre su derrotero y final destino de su marcha todos los informes necesarios. Nuestro chinaco se dirigió al Cuatro, contó la fuerza, que llegaba á seiscientos jinetes lujosamente uniformados y con el mejor armamento, y vió que llevaban el rumbo de Zamora. Estas observaciones no le daban el dato principal que deseaba el general Huerta, saber el objeto de la expedición. Largo tiempo siguió á la columna, esperando apoderarse de algún oficial que se alejara de la formación, pero el enemigo marchaba con toda clase de precauciones, en hilera compacta. Ya desesperaba del éxito el valiente y taimado Mariano Gil, cuando observó que á retaguardia, y á alguna distancia, venía un grupo de personas que por el uniforme y por la es-

colta, aunque pequeña, que los acompañaba, indicaban ser el jefe y el Estado Mayor de aquella brigada de caballería. Mariano mandó apretar sillas, dando el ejemplo: los cinco *pronunciados* empuñaron la lanza y rápidos se echaron sobre el grupo, trabándose un reñido combate. De repente cesó la acción convirtiéndose unos y otros en ansiosos espectadores de un duelo personal á sable que sostenían Mariano Gil y el jefe de los del Gobierno. Aquella lucha era una especie de torneo: ambos adversarios manejaban el arma con admirable habilidad; ambos se mostraban serenos, procurando cada uno dar la muerte á su rival; ambos se dirigían la palabra, sin que de sus labios salieran frases soeces ó groseras, sino más bien voces animándose mutuamente á la pelea. Por un movimiento inesperado de su caballo, el jefe santanista dejó caer el sable, y temeroso por el peligro que corría, viéndose desarmado, echó mano al arzón de la silla para sacar una pistola. Listo como el pensamiento, se le juntó Mariano, se echó en ancas de su propio caballo, ciñó con sus robustos brazos el cuerpo del coronel, lo sacó de la silla y lo puso en la suya, exclamando á voz en cuello: *¡A escape!* Todo esto en un momento. Cuando los demás oficiales y soldados de la escolta volvieron en sí de la sorpresa, los chinacos huían en vertiginosa carrera, llevándose su presa. Llegaron á Cótiro, y Mariano Gil, presentando al general Huerta á su prisionero, le dijo:

—El señor es el jefe de los mochos que han pasado por el llano del Cuatro; él podrá informar á vd. sobre el objeto de la expedición.

El general Huerta se volvió al prisionero, y al mirarlo,

—¡Ah! Sr. D. Jesús, le dijo, ¿cómo es que viene vd. prisionero? ¿Lo han derrotado á vd.? ¿Pero quién? Por ahora no hay fuerzas pronunciadas en el terreno.

—Amigo D. Epitacio, con estos oficiales no necesita vd. soldados. Tiene vd. á sus órdenes verdaderos demonios, y lo felicito.—Entonces el coronel refirió á Huerta cómo había sido asaltado por Mariano Gil y cómo cayó prisionero en su poder. La conversación de ambos jefes fué larga, sostenida y llena de dignidad. Al terminarla, el general Huerta mandó ensillar uno de sus caballos, y dió orden á Mariano Gil de

que devolviese sus armas al prisionero y que lo escoltara hasta un punto cercano á la columna enemiga. El coronel santanista, sin dar las gracias sino sólo con un movimiento de cabeza, recibió la pistola que le entregaba Gil; montó á caballo; se despidió del general Huerta y emprendió su marcha sin voltear siquiera la cara á ver si lo seguía su vencedor. Aquel coronel era D. Jesús Malo, sobrino del emperador Iturbide y uno de los hombres más valientes que han militado en el ejército conservador.

Algunos días después llegó á Cótiro un mozo, conduciendo de la mano un soberbio caballo con silla plateada, un par de pistolas americanas, y pendiente de la cabeza de la silla un magnífico sable. El mozo llevaba también una carta en que D. Jesús Malo rogaba á Mariano Gil que aceptase aquel obsequio, que no era más que un tributo de admiración á la valentía de un *hombre.* Ahora al narrador toca decir que el obsequio era tanto más valioso, cuanto que procedía de otro *hombre*, tipo del valor, de la caballerosidad y del partidario firme en sus convicciones políticas.

Y viniendo ya á los aciagos días en que Mariano Gil iba prisionero de Cristóbal Orozco; como no se doblegó el patriotismo de aquél, sucedió que un día, sobre la marcha, fué miserablemente asesinado, cayendo herido á balazos que le dispararon por la espalda los contraguerrilleros de Cristóbal Orozco......

El deseo, la ambición de éste era acabar con los guerrilleros del rumbo de Coeneo y Zacapu, y en efecto, el 3 de Abril derrotó en Huango las partidas mandadas por Méndez, Cardona y otros jefes; pero en lo que más cifraba su orgullo era en vencer á Ronda, á quien persiguió con encarnizamiento, volviendo á encontrarse con él el 7 de Abril en el llano del Cuatro, y logrando derrotarlo y poner en dispersión al famoso regimiento "Lanceros de la Libertad." Esta victoria aumentó la vanidad de Cristóbal Orozco y le dió mucho prestigio entre los imperialistas. Acaso por este motivo la Comandancia general de Morelia puso á las órdenes de aquel jefe á otro contraguerrillero llamado Luis Avalos, que se había levantado en armas en Purépero, indignado contra unas

gavillas que, á título de republicanas, habían entrado en aquella población poniéndola á saco, asesinando á los hombres y violando á las mujeres. Con este auxilio emprendió Orozco una expedición sobre Paracho, con objeto de dar una sorpresa al coronel Hilario Servín de la Mora, situado allí de avanzada por orden del Gobierno residente en Uruapan. A Orozco lo llevaba su deseo de correr aventuras, y á Avalos el de satisfacer su venganza.

Reseñaré á grandes rasgos lo acontecido en Paracho. Al amanecer el día 10 de Mayo, salía de aquel pueblo, rumbo á Pátzcuaro, el cura D. Vicente Silva, quien, al pasar por Aranza, observó que por el camino de Purépero bajaba una tropa numerosa. A toda prisa buscó á los exploradores que en aquella pequeña aldea debía tener el coronel Servín, los despertó del profundo sueño en que estaban, y les encareció la necesidad de volar á Paracho, sin pérdida de tiempo, á avisar la proximidad del enemigo. Por más que se apresuraron los exploradores, los contraguerrilleros llegaron casi al mismo tiempo que ellos. Rápida cundió la alarma; los republicanos huyeron á pie ó en los caballos en pelo, muchos desnudos ó descalzos y todos en distintas direcciones, favorecidos por la tupida niebla que, como una sábana de algodón, se dilataba en el valle. Apenas pudo Servín reunir unos cuantos dispersos con los que hizo frente á una partida que lo perseguía, y se retiró luego por la alta Sierra de Quinceo. Algunas señoras, entre las que se hallaban Dª Celsa Farías de Mercado y las Sras. Ramona y Juanita Díaz, esposa la segunda del coronel D. Jesús, y la última del hermano de éste, D. Luis Díaz, pudieron huir también y salvarse merced á la niebla. Despechados Orozco y Avalos por el mal éxito de la sorpresa, penetraron á las casas buscando á los vecinos notables, y con todo empeño á las señoras expresadas, y no hallándolas, redujeron á prisión á las Sras. Silveria Contreras de Estrada, Manuela Alvarez de Maciel, Rosalía B. de García, Cenobia Estrada de Bravo, Dolores Olivos de Uriondo y otras cuyos nombres no recuerdo. El vicario D. Trinidad Zuracua Vargas se atrevió á solicitar la libertad de las presas, y también quedó prisionero con centinela de vista. Orozco y Ava-

los se manifestaron inexorables y crueles, dejaron á sus soldados que saqueasen el pueblo, é iban ya á marcharse, llevándose á las prisioneras, puesto que no se presentaban sus maridos, cuando Dª Josefa Guido de Guido, paisana de Orozco y amiga de la familia de éste, logró que se les fijara un rescate que fué pagado en unas cuantas horas, pues que de todas las demás casas acudían las otras señoras á llevar el dinero que pudieron reunir. Orozco no se detuvo más tiempo por el temor de que de Uruapan saliese alguna fuerza á atacarlo.

Arrogante recorría la zona que se extiende desde Puruándiro á la tierra caliente; las pequeñas partidas de nuestras tropas huían á su vista; la desmoralización se había adueñado de los liberales, porque no sólo en el Estado, sino en la República entera, las fuerzas del imperio quedaban vencedoras en todos los combates. Orozco se aprovechaba de esta situación. El día 3 de Junio, á las once de la noche, con cien hombres del escuadrón "Auxiliares de Zipimeo," sorprendió á la guarnición de Ario, compuesta de setenta dragones y un número casi igual de infantes. Los primeros pudieron retirarse sin ser perseguidos, y sólo la infantería, al mando del capitán Miguel Aranda, tuvo que resistir el asalto en el mesón de San Francisco donde estaba acuartelada. Esta fuerza rompió el fuego y logró, por de pronto, rechazar al enemigo. Orozco mandó entonces echar pie á tierra á sus soldados, quienes volvieron á la carga. Después de un vivo tiroteo que duró dos horas y que agotó el parque de los republicanos, rompieron sus contrarios la puerta del cuartel, y penetrando al interior, hicieron prisioneros al referido capitán y á diez y siete soldados, escapándose sin armas los restantes por las tapias de la espalda del edificio. Orozco se apoderó de cuarenta y cinco fusiles y se retiró á la madrugada del día 14, con sus prisioneros, que condujo á Pátzcuaro, siendo luego fusilado en aquella ciudad el capitán Aranda.

Pero *á cada capillita se le llega su fiestecita.* Orozco había hecho centro de sus operaciones á Zacapu, y había obligado á los vecinos á que se armaran y sirviesen de guarnición, á cuyo efecto se les compelió á levantar trincheras y fortificar el templo. Era táctica del imperio comprometer así á las pobla-

ciones, haciéndolas aparecer como partidarias del Gobierno creado por la intervención francesa. Esta medida fué contraproducente en el orden militar, y en el político aumentó el odio que los pueblos tenían á los invasores.

Ahora bien, el 7 de Julio se hallaba Orozco en Zacapu, mandando una fuerza de doscientos infantes y trescientos jinetes, y tenía por segundo en jefe al exaltado reaccionario Manuel Heredia. Desde hacía tiempo que Ronda deseaba tomar revancha de sus dos derrotas de Penjamillo y el Cuatro, y además creía necesario aniquilar á Orozco, y con ello reconquistar el terreno de Zacapu y sus alrededores. Por aquellos días se le había reunido una guerrilla de Guanajuato, mandada por el coronel Francisco Hernández (a) *Cantaritos*, formando esta fuerza con la de "Lanceros de la Libertad," un efectivo de trescientos cincuenta hombres de caballería. Pernoctaron en Coeneo la noche del 6 de Julio y, al amanecer del día siguiente, se dirigieron á Zacapu, avistándose en el llano de las Tepacuas,[1] desde donde se desprendieron algunos jinetes á hacer *santiaguitos* en las calles de la población.

Orozco creyó llegado el momento de colocar un laurel más en su corona de vencedor, y salió con sus quinientos hombres: situó la infantería tras de una cerca, y avanzó con la caballería sobre los chinacos. Entonces Ronda comunicó su orden para la batalla en los concisos términos siguientes: "Hacemos como que corremos para que salga la infantería al llano, y cuando veamos que hacen *chorrito*, media vuelta y á la lanza." Dicho y hecho; cuando Orozco vió huir á Ronda con los suyos, ordenó que la infantería avanzase á paso veloz "para fusilar á todos aquellos bandidos."

Antes había emboscado Ronda una pequeña partida de los *Cantaritos* en las calles mismas de Zacapu, con las instrucciones convenientes.

Como rayo iba la caballería de Orozco sobre la de Ronda, como rayo avanzaban los infantes, y en su veloz carrera, se

1 *Tepacua* en tarasco significa *llano*, de modo que resulta aquí el *llano de los llanos*. No son raros estos disparates, pues recuerdo que en Acámbaro hay una "barranca de *Cahuaro*," cuando cahuaro significa exactamente barranca

desorganizaron y comenzaron á hacer *chorrito*, y como rayo, entonces, dieron media vuelta los chinacos que huían por el llano, al mismo tiempo que aparecían los que estaban ocultos en la población y que atacaron por retaguardia. El rayo no hace más estragos en la rama de un árbol, herido en la extensión del tronco, que los que hicieron en aquella vez Ronda y Cantaritos en la tropa de Orozco. Corto fué el combate, terrible la matanza y completa la derrota de los imperiales, que jamás volvieron á reunirse. Orozco huyó rápido como el pensamiento, y jamás volvió á los campos de batalla, habiendo acabado así su brillante carrera militar que duró seis meses.

CAPÍTULO X.

(1864)

Inextinguible fe de los republicanos.—Pacificación de Coalcomán.—Los guerrilleros.—Contraguerrillas.—D. Magdaleno del Río.—Ocupación de Pátzcuaro por el imperio.—Un mártir de la libertad.

La fe no había abandonado á nuestros soldados. Las fuerzas republicanas, afrontando el peligro y casi seguras de ser derrotadas, expedicionaban por el Estado, sosteniendo en todas partes, con su presencia, la bandera de la patria.

Casi en los mismos días en que Ronda aniquilaba á Cristóbal Orozco, el coronel D. José Hernández y el comandante de batallón José Vicente Villada hacían una eficaz batida á las guerrillas imperialistas de Coalcomán. Estas se habían puesto á las órdenes del titulado coronel Francisco Suárez; pero fueron alcanzadas por aquel jefe en Ahuejullo y derrotadas completamente por el batallón guardia nacional de Toluca, á las órdenes del expresado Hernández. Suárez comprendió que le era imposible permanecer más tiempo en aquella comarca, recogió el armamento que tenía guardado en Coalcomán, y se replegó á Pátzcuaro, haciendo una marcha de más de ochenta leguas; al pasar por Uruapan, que en aquellos días estaba sin tropa, dejó depositados en poder de su correligionario D. Ramón Gutiérrez, todos los fusiles que llevaba, por temor de que se los quitaran las partidas que recorrían el camino de Pátzcuaro. Después Gutiérrez vendió aquellas armas á los reclutas que hacían las fuerzas liberales, y que sólo en cambio de un fusil conseguían su libertad. Lo que menos

pensó Suárez fué que su armamento sirviese para los patriotas, por la especulación de un imperialista.

Hemos venido viendo que desde el desgraciado ataque á Morelia, la lucha en Michoacán se había hecho por medio de guerrillas. El imperio había comprendido lo difícil que era hacer la campaña con sólo las fuerzas regulares. El mejor y más eficaz sistema de guerra empleado por los republicanos, era el de partidas sueltas, intangibles cuando se les perseguía, imponentes y terribles cuando atacaban de sorpresa, inextinguibles en la derrota, pues antes de emprender el ataque, por medio de una cita expresa ó por costumbre, sabían el punto en que debían reunirse. Aquellos hombres estaban siempre en vela, como si la noche se hubiese hecho para emprender las marchas más difíciles y provocar los combates más sangrientos: se habían acostumbrado á dormir en el caballo, y cuando mucho, despuntaban un sueño en el suelo, recostados sobre los sudaderos y poniendo la cabeza en la silla de montar: lo mismo caminaban á pie que á caballo, y cuando era preciso, recorrían inmensas distancias, apareciendo repentinamente en donde menos se les esperaba: no había ninguno como ellos para poner una emboscada, para dar una sorpresa y para proteger una retirada. Si era necesario, asistían á las grandes batallas; pero en su vida común, la táctica consistía en las pequeñas escaramuzas, y sobre todo, en las sorpresas: grandes conocedores del terreno, llegaban hasta el enemigo sin que nadie los sintiera, y ya en el lugar, indicaban su presencia con vivas á la libertad, con unos cuantos disparos de mosquete, y se *revolvían* entre sus contrarios, sembrando la muerte á los terribles botes de la lanza: otras veces simulaban huir, y en el momento oportuno daban media vuelta, sin que nada ni nadie pudiese contener su empuje; y si el enemigo era poderoso, les bastaba sembrar el desorden y el pánico en las filas de éste, y cuando todo hacía creer que el combate se empeñaba, los guerrilleros desaparecían en admirable dispersión. Cualquiera creería que la gavilla quedaba totalmente desecha; pero ¡cuántas veces sucedió que horas después repetía el ataque, brusco, sangriento, rápido, fantástico!

Aquellos hombres adivinaban los movimientos del enemigo. Por más que éste guardase profunda reserva respecto del punto final de su expedición, en el curso de su marcha los guerrilleros le iban molestando en las etapas que hacía, saliéndole unas veces á vanguardia, ora apareciendo por los flancos, y acometiéndolo en otras ocasiones por retaguardia. Era esto la eterna pesadilla de las columnas francesas cuando atravesaban los bosques ó seguían un camino quebrado. Las guerrillas los tenían en constante alarma; ¡desgraciado el francés que se apartaba de las filas! En el instante se veía cogido con el terrible lazo, y era arrastrado largo trecho, ¡á pesar de sus ayes lastimeros y sus humillantes súplicas! La reata era el *arma* que más temían los invasores, y por esto el imperio prohibió, bajo penas severas, el uso de aquellos adminículos que no podían portarse sino con licencia escrita de las autoridades.[1]

Todo individuo que organizaba una pequeña fuerza, generalmente de caballería, se consideraba como jefe de guerrilla; mas como esto daba lugar á la formación de gavillas de ladrones, el Gobierno del Estado, desde que estuvo desempeñado por el general Berriozábal, facultó á los pueblos para que persiguieran á toda partida que no estuviese autorizada expresamente por el Cuartel General Republicano. A este propósito, recuerdo que un Sr. López solicitaba autorización de guerrillero, cuando el general Riva Palacio era el jefe del Ejército del Centro.

López era un hombre de cuarenta años, obeso hasta no más, y por ende torpe en sus movimientos; bajo de estatura, tan bajo, que era un verdadero *chapzrro* en la extensión de la palabra; de aspecto bonachón, ocultaba algo de sus instintos de rapiña; risueño, cuando hablaba con personas de respeto, y de aspecto iracundo cuando se dirigía al vulgo. Usaba uno

1 Hablando del sistema de guerrillas, un escritor francés dice: "De 1862 á 1867, México dió un ejemplo memorable de la terrible eficacia de este género de guerra contra los invasores; después de cinco años de lucha continua, los mexicanos, organizados en *guerrillas*, acabaron por obligar la retirada de las excelentes tropas que los habían vencido, casi siempre, en las grandes batallas."

de aquellos capotes de franela verde que se llamaban barraganes, y un sombrero corriente de lana que apenas entraba en la parte superior de la cabeza, logrando sostenerse en ella merced al barboquejo de listón colorado.

Ya había ejercido el oficio, sin más visos de legalidad que estar al frente de diez ó doce *decididos* á todo, menos á pelear contra los imperialistas; mas como había llevado más de un susto al *hacer de las suyas* en los pueblos, oyendo que la campana mayor no sonaba un repique, sino un toque de rebato, creyó prudente pedir la autorización; y oigan los lectores la conferencia textual que tuvo con Riva Palacio:

—Mi general, dijo, yo cuento con algunos muchachos, jí, jí, valientes y patriotas, jí, jí.

—Bueno, hombre, pues venga vd. á incorporarse á la fuerza.

—No es eso, mi general, semos guerrilleros, jí, jí; pero me falta la autorización de vd. Ya verá vd. cómo aumenta la fuerza.

—¿Y en qué términos desea vd. la autorización? preguntó Riva Palacio, que ya tenía antecedentes del sujeto.

—Pues así, ya verá vd., yo quiero *enarbolar* un escuadrón, jí, jí, pues como soy coronel......

—Pero ¿quién lo hizo á vd. coronel?

—¿Cómo quién, señor? Mi *susteniente* Huertita.

—¿Sí? Y ¿cómo estuvo eso?

—Como sabe *ler* y *escrebir*, es el que pone los recibos firmados por el coronel López, y también hace mis proclamas.

Otros más afortunados que López habían recibido su despacho de coronel de un sargento ó un cabo, y gracias á su valor é inteligencia habían logrado que el Gobierno les reconociera el empleo efectivo. Guerrillero conocí yo, que se hizo general comprando un despacho en blanco que él mismo llenó con su nombre, logrando engañar á los incautos con proclamas altisonantes y ridículas.

Liberto á los lectores de la inserción de una de aquellas proclamas, como el general Riva Palacio libertó á los pueblos del señor coronel López, á quien obligó á no separarse en mucho tiempo del Cuartel General, á la vez que mandó re-

fundir en un cuerpo de caballería la gavilla, con todo y el *susteniente* Huertita, que se filió como soldado raso.

En cambio, ¡qué importantes servicios los de Garnica, Ronda, Arias, Nieves Sosa y tantos otros que se distinguieron por su patriotismo, por su valor, por su astucia! ¡Qué legendario el tipo de aquel Nicolás Romero, valiente entre los más denodados, astuto como pocos, de corazón de oro, de alma de niño, de brazo incansable para la pelea, á quien el miedo de los franceses y la tímida hipocresía de Maximiliano condujeron al cadalso!

Guerrilleros como éstos sintetizaban el entusiasmo del pueblo, su valentía, su abnegación, la fe que tenía en el triunfo, la constancia en la lucha, la muerte gloriosa en el combate y el martirio sublime en el patíbulo.

Para poder luchar contra estas fuerzas invencibles, contra el gigante al que no se le veía el cuerpo, pero se sentían los cien brazos infatigables, el imperio concibió y procuró llevar á cabo el proyecto de crear *contraguerrillas*. No pudo conseguirlo del todo, porque la primera condición para lograr el éxito está en la simpatía de los pueblos, y por más que hicieron los imperialistas, jamás lograron que sus guerrilleros fuesen simpáticos á las masas, ni que los jefes de aquéllos alcanzasen la popularidad que los nuestros, en quienes eran perdonables las faltas, por ese no sé qué de *confrontativo* que distingue á los soldados de la libertad de los sicarios del despotismo.

Nuestros guerrilleros se paseaban solos en donde quiera, seguros de que no habría nadie que los vendiese con el enemigo, quien les negara el alojamiento, quien les ocultase los víveres para ellos y el forraje para sus caballos; en todas partes tenían amigos fieles que les comunicaban noticias ó iban á adquirirlas con ese objeto en las poblaciones ocupadas por el imperio: los contraguerrilleros se veían aislados, estaban expuestos á las sorpresas, no se atrevían á entrar á las poblaciones, sino todos juntos y en són de guerra; las gentes, y sobre todo la clase pobre, huían de ellos: sólo el dinero ó la amenaza les proporcionaban noticias ó los servicios de guías. Acabaron por convertirse en simples guerrillas exploradoras

de las columnas expedicionarias, las que los arrojaban al combate para que sirviesen de carnaza.[1]

Bazaine, que no confiaba mucho en los contraguerrilleros *mexicanos*, habilitó con ese carácter á ciertos jefes ú oficiales franceses. Algunos de éstos, como Dupin, Berthelin y Clary, hacían expediciones por su propia cuenta; pero hay que advertir que estas contraguerrillas eran verdaderas columnas móviles, que formaban una fuerza numerosa, que estaban dotadas de toda clase de elementos, y que casi siempre obraban en combinación con las fuerzas regulares del ejército francés. Y sin embargo, ¡qué recuerdos tan odiosos dejó su tránsito por las poblaciones! ¡Cuánta era su rapiña! ¡Cuánta su sed de sangre, satisfecha en innumerables víctimas inocentes! ¡No somos nosotros, son los mismos escritores imperialistas los que lo refieren;[2] son los huérfanos, las viudas, las familias reducidas á la miseria, los que todavía lo proclaman! ¡Aún lo atestiguan las ruinas de pueblos indefensos y de miserables aldeas!

Nadie ha pintado mejor el carácter del contraguerrillero que el autor de la obra titulada "Querétaro.—Memorias de un oficial del emperador Maximiliano." Este oficial se llama Alberto Hans é hizo la campaña de Michoacán en la tropa imperialista mandada por D. Ramón Méndez. Oigámosle:

"A la vanguardia de nuestra columna marchaba la pequeña fuerza irregular de exploradores que contaba cosa de cincuenta caballos. Era poco; pero también ¡qué hombres! Mitad soldados, mitad *bandidos*, habían sido reclutados entre la flor y nata de los guerrilleros de la provincia y prestaban grandes servicios por su audacia y por sus conocimientos del terreno. Se habría podido decir que olfateaban de lejos á los republicanos. Tenían ojos de águila y descubrían al enemigo

1 Puede verse confirmada esta aserción en la página 87 del folleto escrito por el teniente coronel Bordeau, y titulado "La guerre au Mexique." París. Librería Militar de S. Baudoin. 1894.

2 Hé aquí lo que escribía á un amigo suyo el Marqués Gallifert, sucesor en el mando de la contraguerrilla Dupin: "Pongo emboscadas; no marcho mucho, sino de noche, y al contrario de lo que pasa en Francia, *mis soldados son más bandidos* que los que persigo."—(Papeles y correspondencia de la familia imperial de Francia.)

por distante que estuviese. Su jefe, un tal Villafuerte, era digno de mandar á semejantes hombres........... Cuando el general Méndez partía para una expedición, llevaba siempre á Villafuerte y á sus exploradores y sabía sacar de ellos los más útiles servicios. El general Méndez le manifestaba cierta consideración, *aunque en el fondo lo estimaba muy poco.* Villafuerte y sus soldados *no tenían opiniones políticas,* pero servían al imperio porque estaban *muy bien pagados*......... Por otra parte, Villafuerte era un hombre temible .... habría obrado por su propia cuenta si se hubieran rehusado sus servicios, habría dado mucho quehacer en caso semejante, y era preferible tenerle por auxiliar que por enemigo; tanto más cuanto que en la guerra de partidarios que se hacía en aquella época, la experiencia había demostrado, por desgracia, que *las tropas de línea eran á veces muy inferiores* á una banda de atrevidos guerrilleros bien mandados."

Hermosa confesión la de Hans: si el imperio contaba como auxiliares á los bandidos, ¿con qué derecho la funesta Corte marcial enviaba al cadalso á los guerrilleros republicanos? Entre los nuestros había hombres como Arias, Nicolás Romero, Garnica y otros que eran modelo de honradez, y tanto éstos como los que pudieran calificarse de bandidos eran temibles, obraban por su propia cuenta, y lejos de estar bien pagados, participaban de las miserias del ejército.

Los contraguerrilleros no inspiraban confianza al imperio que utilizaba sus servicios. Lo dice el escritor citado: lo afirma también el teniente coronel Bourdeau, en su interesante estudio militar titulado "La Guerre au Mexique:" "Las tropas auxiliares que combatían á nuestro lado, dice este jefe, nos han prestado á veces grandes servicios, pero en más de una ocasión nos han traicionado," y hablando de los guerrilleros agrega: "Después de estar sometidos han vuelto á tomar las armas contra nosotros."

Ahora bien, debo afimar que tratándose de nuestros guerrilleros, ninguno de ellos, ni siquiera los que realmente eran bandidos, como el famoso Simón Gutiérrez, se habría pasado al enemigo por ningún motivo, pues todos ellos sentían arder en su pecho la llama del patriotismo.

Pocos fueron los contraguerrilleros *mexicanos* que sirvieron al imperio en Michoacán, y de cada uno de ellos se hablará en el lugar oportuno de estos apuntes. Por ahora me ocuparé de Magdaleno del Río por cierta celebridad que logró alcanzar y que se deshizo también, como la de Cristóbal Orozco, después de un tiempo, menos corto, en que llamó la atención por su audacia, por su sed de sangre y por la cruel persecución que desató contra los liberales.

Procedente de Maravatío llegó á Pátzcuaro á fines de 1862, buscando la protección de su hermano D. Ahraham que desempeñaba el empleo de guarda en la Administración de Rentas de aquel lugar. Más tarde solicitó se le diese igual empleo en Ario, valiéndose de la influencia del coronel Eguiluz; pero este jefe, creyendo servir mejor los deseos de D. Magdaleno, lo colocó en Pátzcuaro én el resguardo de la Aduana. Bueno es advertir que por aquel tiempo el partido clerical intrigaba por que algunos de sus paniaguados fuesen entrando en la administración pública del Gobierno republicano para tener allí espías é instrumentos de sus maquinaciones.

Del Río era activo, cruel, inexorable con la clase pobre que tenía que pagar alcabalas y contribuciones. Esto, su mirada torva y sus bajas complacencias con los ricos, lo habían hecho odioso.

Sucedió por aquellos días (Marzo de 1864) que el general Márquez envió desde Morelia á Pátzcuaro una columna expedicionaria á las órdenes del general Gutiérrez. Algunos vecinos del lugar, creyendo que aquella fuerza iba á cubrir la guarnición de la plaza, la recibieron con repiques y salvas de cohetes, con *vivas* al imperio y á sus hombres y con *mueras* á la República y á los jefes liberales. La plebe secundó la manifestación capitaneada por Higinio Mondragón y Magdaleno del Río. Mondragón era un fanático exaltado que siempre manifestó odio inmenso á los liberales. Se dió á conocer en la época de la revolución de Jalisco contra la República, en 1852; en esa época, una noche en Pátzcuaro, y á la cabeza de multitud de léperos, se dirigió á la casa del Dr. Simón Pueblita, hermano del que después fué el famoso general Pueblita, tratando de asesinarlo por liberal. Entre el grupo de

los amotinados pudo escapar aquel, medio desnudo y descalzo. Entonces Higinio Mondragón celebró su victoria, y entre músicas y repiques pasearon las botas de Pueblita, puestas en la punta de dos lanzas, y luego *las fusilaron*. Tan estúpida y grosera farsa hizo célebre á Mondragón y le atrajo las simpatías del vecindario. A principios de 1853 aquella revolución derrocó al Gobierno liberal y trajo al país á Santa-Anna, entronizando la más despótica dictadura que registra nuestra historia. Los pronunciados de Pátzcuaro hicieron su entrada triunfal en Morelia, y á la cabeza de ellos iba Higinio Mondragón, llevando un estandarte muy vistoso que tenía pintado en el centro un pescado cogiendo con la boca una *pata de puerco*. Este era un insulto á los liberales, porque en aquel tiempo se les daba el apodo de *patas de puerco*, apodo cuyo origen jamás he podido averiguar. Mondragón tenía una voz de tiple exageradamente aguda y femenil: era alto, de cuerpo deforme, mejor diré, contrahecho, y presentaba la particularidad de tener el pecho inmensamente abultado. Esto y su aspecto afeminado había sido causa de que se le mentase siempre con el mote de "La Chichona." Me he extendido un poco á propósito de este individuo, porque lo veremos figurar varias veces en estos apuntes.

En cuanto á D. Magdaleno, el día en que entró á Pátzcuaro la brigada Gutiérrez, hizo cuanto pudo por demostrar su odio contra los liberales.

Cuando estos dos hombres, del Río y Mondragón, se entregaban á las más entusiastas manifestaciones en favor del imperio, sucedió que el general Gutiérrez comenzó á hacer preparativos para regresar á Morelia, y lo verificó sin dejar destacamento en la plaza. Los vecinos más comprometidos tuvieron que abandonar su hogar y emigraron al lado de la tropa. Uno de ellos fué Mondragón; pero D. Magdaleno, juzgando que no habría quien lo delatase á los liberales, se quedó en Pátzcuaro, á fin de desempeñar su papel de espía, y tan luego como hubieron salido los imperiales, abrió la oficina de rentas y comenzó de nuevo á cobrar las alcabalas, haciendo gala de su ferocidad de costumbre.

Del Río había hecho la cuenta sin la huéspeda; si ningún

patzcuareño lo denunció, no fueron tan discretos dos exploradores de Servín de la Mora que presenciaron la entrada del enemigo en la ciudad y las fiestas que se le hicieron. Por ellos lo supo el general Caamaño que volvió á ocupar la plaza el día siguiente. No hubo remedio, D. Magdaleno fué aprehendido, y aquel jefe dió orden de que se le aplicase un banco de palos, lo que se ejecutó en el cuartel de la Compañía, en presencia de multitud de personas.

D. Magdaleno juró vengarse, se dirigió á Morelia y sentó plaza de guerrillero, esperando la ocasión de volver á Pátzcuaro y tomar una sangrienta revancha; pero siendo impotente, tratándose del general Caamaño, ejercitó todo su encono contra los prisioneros que hacía, fueran ó no soldados de la República. En Mayo, el mismo general Márquez condujo á Pátzcuaro la guarnición imperialista que debía cubrir la plaza. Convocó á los habitantes á que tomasen las armas en favor del imperio, habiéndose presentado en el día señalado más de ochocientos vecinos, con los que se formó un batallón de infantería á las órdenes del teniente coronel Sabás Fernández y un cuerpo de caballería con el carácter de contraguerrilla al mando de D. Magdaleno del Río, á quien Márquez dió despacho de comandante.

Ya tenemos, pues, al hombre en escena. Comenzó á hacer correrías por las inmediaciones de Pátzcuaro, á fin de sorprender á las partidas de republicanos que solían acercarse á aquella ciudad. Los jefes de la guarnición lo dejaban obrar con toda libertad, pues sabían que su hambre de venganza era el mejor estímulo para que hiciese una persecución tenaz á los liberales. Si en estas batidas de la muerte caían algunos inocentes, ¿qué importaba? En cambio, desaparecían de la arena muchos enemigos verdaderos. En obsequio de la justicia, D. Magdaleno supo escoger sus primeras víctimas.

Había en las filas del ejército liberal un joven valiente, instruído, pundonoroso, patriota, apuesto y simpático. Se llamaba Mariano Ochoa y era oriundo de Santa Clara de Portugal, población que dista de Pátzcuaro unas cuatro leguas. Casi niño, había tomado las armas contra la tiranía en la popular revolución de Ayutla; después hizo toda la campaña en la

guerra de Reforma, y cuando la patria fué invadida por las tropas francesas, Ochoa, que vivía entonces retirado en la vida privada, pues que acababa de unir su suerte á la de la joven Isabel Pérez; que veía deslizar tranquilas y felices las horas de la luna de miel; que soñaba en la dicha, ya próxima, de tener un hijo, fruto de aquella unión, no vaciló en alistarse de nuevo en el ejército para defender la independencia amenazada.

Mandando una compañía de guardia nacional concurrió al ataque de Morelia el 18 de Diciembre de 1863, y luego siguió prestando sus servicios al lado del general Carlos Salazar, que tenía su centro de operaciones en Tacámbaro.

Así las cosas, el 26 de Mayo Mariano Ochoa recibió la orden de situarse en Santa Clara, al frente de su compañía de infantes.

Imagínese el gusto con que el joven patriota emprendería su marcha de Tacámbaro. El sol lo sorprendió en camino, cuando iba atravesando la espesa serranía. A medida que avanzaba surgían más vivos y ardientes sus deseos de llegar á su pueblo. En Turiran, hacienda que está á dos leguas de Santa Clara, no pudo ya dominar su impaciencia: dió orden de que su tropa continuase la marcha al paso que llevaba, y él se adelantó haciendo trotar á su caballo. Muy pronto sus ojos divisaron el caserío. Allí residía su esposa. Allí estaba el tierno niño de seis meses á quien Mariano no había acariciado tantas veces como lo ambicionaba su amor de padre; allí, en fin, estaba su hogar, al pie del campanario, testigo de los juegos de su infancia, de sus ilusiones de joven y de sus primeros pasos en la carrera de las armas.

Se encontraba en Santa Clara una guerrilla de exploradores mandada por el comandante Rosendo Márquez (hoy general de división), con orden del general Salazar de vigilar los movimientos que desde Pátzcuaro pudiera hacer el enemigo. Era muy remoto, en consecuencia, el peligro de una sorpresa.

Serían las once de la mañana, cuando Mariano Ochoa llegó á su casa. ¿Para qué decir los transportes de alegría de la joven esposa, los largos abrazos, los besos que el padre daba al niño que sonreía inconsciente?

Pasadas aquellas efusiones, la joven madre se dirigió á preparar á toda prisa la comida á su esposo.

Ya estaba albeando el mantel en la mesa, puestos en ella el vaso con el agua cristalina, el salero, el *apilo* de tortillas; ya traía la taza con el caliente caldo, impaciente por llamar á su marido á comer, cuando aquella joven palideció, sintió las manos trémulas y pensó que iba á caer desfallecida. En la calle había horrorosa confusión, se oían gritos, carreras y repetidos disparos de mosquetes.

En estos momentos entraba precipitadamente á la casa una señora, cuñada de Ochoa, gritando despavorida:

—¡Quién sabe qué hay, Mariano! Huye, huye pronto.

Ochoa salió al patio y pudo desde luego observar que una partida de contraguerrilleros se agolpaba al zaguan. Entre ellos conoció á Camilo Pureco, que era del mismo pueblo de Santa Clara y que servía á las órdenes de Magdaleno del Río.

Ochoa apénas tuvo tiempo de poner á su hijo, que él traía en brazos, en los de su mujer, de sacar su pistola y amartillarla. Del Río y sus guerrilleros se le habían echado encima y descargaban sobre él sus mosquetes. Mariano Ochoa, sereno é impasible, buscó con sus ojos al jefe de los traidores, le apuntó con su arma y....... en aquel momento su mano y su pistola cayeron de un sablazo que le dirigió Francisco del Río, hermano del contraguerrillero. Aun quiso Ochoa montar á caballo; pero por todos lados encontraba las puntas de las lanzas de sus contrarios. Inerme, herido, impotente para toda defensa, quedó prisionero, y para mayor seguridad le ataron á la espalda el brazo que le había quedado bueno.

Entretanto, el resto de la guerrilla había logrado sorprender el cuartel de exploradores. Estos no tuvieron tiempo de ensillar, y cogiendo sus armas huyeron en todas direcciones. Sólo Rosendo Márquez se retiró, paso á paso, amagando con su pistola á tres guerrilleros que lo perseguían. De este modo, y sin disparar un tiro, se puso fuera del alcance de sus enemigos.

Magdaleno del Río había logrado dar aquella sorpresa, llegando á Santa Clara sin seguir camino alguno: así consiguió dejar atrás al alférez Antonio García y al cabo Felipe Far-

fán, á quienes Márquez tenía situados en el camino de Pátzcuaro. Al oír los disparos aquellos dos hombres se concentraron á la plaza, y se echaron sobre los contraguerrilleros, siendo los únicos que, montados y armados, se batieron en aquella jornada. Farfán quedó muerto en el combate, y García, cubierto de heridas, cayó en poder de los contrarios. Antes de llegar á Santa Clara los cien infantes de Mariano Ochoa supieron lo ocurrido, y regresaron á Tacámbaro á las órdenes del oficial Antonio Mata.[1]

Ebrios de salvaje alegría, los imperialistas condujeron á los dos prisioneros á la plaza de la población, en donde debía fusilárseles de orden de Don Magdaleno del Río: Las señoras todas de la villa se presentaron en el alojamiento de éste, impetrando gracia, en tanto que los vecinos formaban grupos numerosos que se aumentaban sin cesar. Del Río creyó prudente ofrecer que llevaría los presos á Pátzcuaro, y que allí tendrían las garantías de un proceso. El vecindario tuvo alguna esperanza de salvar á los *reos*, y en masa subscribieron un ocurso al general Don Luis Tapia, jefe de la guarnición de aquella ciudad, pidiéndole la vida de Ochoa y de García.

Los contraguerrilleros, en consecuencia, se llevaron á Ochoa gravemente herido, y casi moribundo á García. Al día siguiente ambos fueron encapillados en el ruinoso convento de San Francisco, pues Tapia vió con indiferencia la solicitud de los vecinos de Santa Clara, y fué insensible á las súplicas que en el mismo sentido, de pedir gracia, le dirigieron las señoras de Pátzcuaro.

El día 28, á punto de sonar las tres de la tarde, estaba ya formado el cuadro en la plazuela de San Francisco. Una escolta condujo á los reos. Mariano Ochoa caminó al patíbulo con paso firme, llevando el brazo herido en cabestrillo, y allí arengó á los soldados del imperio, increpándoles su traición y vitoreando á la patria. A García lo llevaron algunos soldados arrastrándolo hasta colocarlo en el sitio de la ejecución. ¡Desde una hora antes aquel infeliz había entrado en agonía!

1 Este valiente oficial fué asesinado en Zacapu el año de 1876, por la horda de bandidos llamados los *cristeros*.

Se dieron los toques de Ordenanza y se oyó la detonación de los disparos.........

El Prefecto político Don Miguel Patiño entregó el cadáver de Mariano Ochoa á la desolada familia de este mártir.

Pusieron el cuerpo en una camilla y emprendieron el camino de Santa Clara, á fin de sepultarlo en el pueblo donde había estado su hogar.

Ya habían salido de la ciudad, cúando unos contraguerrilleros de Don Magdaleno del Río fueron á alcanzar la comitiva fúnebre, y de orden del general Don Luis Tapia se hizo regresar el cadáver para que fuese inhumado en Pátzcuaro, al lado del de Antonio García.........

CAPITULO XI.

(1864)

Trabajos del clero al saberse la próxima llegada de Maximiliano.—Paseo militar de Márquez por Puruándiro y Pátzcuaro.—Excursión del mismo jefe á Maravatío.—El coronel D. Rosalío Elizondo.—Su defección.—Es ascendido por Márquez á general de brigada.—D. Pascual Miranda.

Poco antes de la ocupación de Pátzcuaro, el imperio no tenía guarniciones más que en las plazas de Morelia, La Piedad y Zamora; estas dos últimas contaban con pequeñas fuerzas francesas que servían también para dar más confianza á los destacamentos de *mexicanos*. Las contraguerrillas tenían orden de expedicionar incesantemente y de batir con energía á los chinacos: ya hemos visto que no fueron remisas en el cumplimiento de sus instrucciones. Esperanzado el clero alto de que con la llegada de Maximiliano, que venía ya en camino, cambiaría la política *herética* que habían impuesto los franceses, no cesaba de influir en que se levantasen en los pueblos actas de adhesión en favor del imperio, lo que sólo conseguía en lugares ocupados por tropas de la intervención. Unía sus esfuerzos á los de las *autoridades* imperiales, á fin de fomentar pronunciamientos en el mismo sentido; pero por entonces todos sus trabajos fueron estériles. Invirtió grandes cantidades de dinero para procurar la defección de algunos jefes que figuraban en las filas republicanas; y el mismo general D. Leonardo Márquez, ya restablecido de la herida que recibió en el ataque de Morelia, dejándole honda cicatriz que le deformó el semblante, hizo dos expediciones con la mira

de ponerse en contacto con las personas que creyó pudieran traicionar la causa liberal.

La primera de aquellas expediciones se hizo por Puruándiro y Pátzcuaro, á mediados del mes de Abril, yendo Márquez á la cabeza de más de dos mil hombres. Oigamos lo que á este propósito dice el escritor imperialista Zamacois, pues que no quiero yo juzgar á los vecinos de aquellas dos ciudades ni hacerles reproche alguno. El lector los hará en vista de las siguientes palabras:

"Satisfactoria debió ser para él (Márquez) aquella excursión, puesto que sólo halló en los habitantes de las poblaciones por donde pasaba, manifestaciones de aprecio en que revelaban su adhesión al nuevo orden y su estimación al caudillo de los principios conservadores. Al llegar á Puruándiro, varias comisiones salieron á recibirle hasta San Antonio. Dominadas las señoras por la idea religiosa, que entonces se hallaba unida á la idea política, enviaron también una comisión compuesta de las más distinguidas de ellas, pertenecientes á las principales familias, y al presentarse D. Leonardo Márquez le ciñeron una preciosa corona de triunfo. Verificado este acto, los individuos que salieron á recibirle le suplicaron que subiera á una lujosa carretela descubierta que habían llevado con ese objeto, y colocado en ella, la gente del pueblo, desunciendo los caballos, estiró el carruaje hasta la plaza principal, dando entusiastas vivas á la religión, al general que conducían y al imperio. Después de un solemne Te Deum, se le obsequió con un suntuoso banquete, y en la noche se le dió un gran baile á que concurrió lo más granado de la sociedad de Puruándiro. Una carta, escrita por un testigo ocular, decía: que había sido recibido con un entusiasmo loco, y que había sido una fiesta en la cual toda la gente estaba llena de júbilo y entusiasmo. Igual cosa decían diversas personas, vecinas unas de Puruándiro y otras de Morelia, que escribieron á sus amigos de México.

"La recepción hecha en Pátzcuaro, á donde llegó el 13 de Abril, no debió lisonjearle menos. "Ayer llegó á esta ciudad "el general Márquez;" decía en una carta escrita el 14, un "respetable vecino de Pátzcuaro, adonde le hicieron una re-

" cepción muy entusiasta. El júbilo se manifestó de una ma-
" nera indescriptible. Las calles estaban tapizadas de flores,
" así como su carretela, que materialmente la alfombraron
" con ellas, causándole *mucha ternura* ver el interés que ma-
" nifestaron estos honrados habitantes, por sus valientes sol-
" dados, á quienes hacen todas las demostraciones posibles de
" gratitud."

"El general D. Leonardo Márquez regresó á Morelia, sin que en su expedición encontrase fuerza ninguna republicana que le saliese á disputar el paso. Pocos días después salió para Acámbaro y Maravatío, á organizar la fuerza del Departamento y poner á esta última población en estado de defensa."

Hasta aquí el escritor imperialista. Ahora sigamos nuestro relato. En la primera de estas expediciones, Márquez logró ponerse al habla con D. Antonio Huerta, hermano del general D. Epitacio, logrando seducirlo, cosa que le fué fácil, porque D. Antonio ni tenía el talento ni la firmeza de principios de su hermano. Desde entonces se comprometió Huerta á escuchar las indicaciones de Uraga en el sentido de reconocer al imperio. Más adelante volveré sobre este asunto; en este capítulo seguiremos á D. Leonardo Márquez en su marcha á Maravatío. No era su objeto apoderarse de esta plaza y ponerla en estado de defensa; un fin más importante lo conducía hacia aquel rumbo.

Desde hacía dos meses, el partido liberal en Michoacán se mostraba desconfiado del coronel Rosalío Elizondo, jefe de la línea del Oriente del Estado. Este militar no era michoacano, é ignoro los motivos por que el Gobierno de aquella localidad lo distinguió sobre otros jefes, nativos de allí, valientes, patriotas y de mejor talento.

A aumentar aquella desconfianza vino un artículo publicado en la capital de la República, por el *Cronista de México*, periódico netamente partidario del imperio. El artículo de que se trata tiene por título "El jefe juarista Elizondo," y dice: "Así como lamentamos y reprobamos la conducta de varios guerrilleros que sólo viven sobre la propiedad del honrado ciudadano, así aplaudimos la que observa el general con

cuyo nombre encabezamos este párrafo, y de cuya moralidad y buenos sentimientos ya hemos tenido el gusto de ocuparnos otras veces. Escritores imparciales y justos, jamás atacamos ni denigramos á nadie, porque defienda principios contrarios á los nuestros, por muy errados que los juzguemos, siempre que para la defensa de esos principios se empleen los medios que marcan la justicia y la equidad.

"Nosotros, como nadie, respetamos las opiniones de todos, y somos los primeros que, donde quiera que encontramos una virtud la aplaudimos, así como donde hallamos el crimen lo execramos, sin deternos á examinar si aquélla reside en un adversario político, ó si el segundo ha sido perpetrado por quien pertenece á nuestra comunión política.

"Nosotros no desconocemos, ni hemos negado jamás, que en las filas juaristas militan algunos pundonorosos jefes que miran con disgusto los desmanes y tropelías cometidos por los que, en nombre de la libertad, se creen autorizados para despojar al honrado ciudadano de su propiedad. Antes hemos confesado, en uno de nuestros editoriales, que esos jefes existen; y entre ellos hemos hecho mención del general Elizondo que ahora nos ocupa, el cual, celoso del buen nombre de la causa que defiende, fusiló á mediados de Febrero, como entonces dijimos, al guerrillero Ramírez que se ocupaba, en la Venta del Aire, en despojar á los pasajeros y á los arrieros del dinero que llevaban.

"Firme en estos principios de moralidad, el Sr. Elizondo ha continuado y continúa defendiendo la causa juarista, sin extorsionar á los pueblos, guardando todas las consideraciones á los honrados individuos, y obligando á su tropa á respetar la propiedad.

"Personas que han llegado de Maravatío, donde el expresado Elizondo se encuentra con una fuerza de dos mil hombres,[1] nos dicen que ninguno más enemigo que él de aquellos cabecillas que, sin valor ni fe para combatir, sólo viven del pillaje y de la rapiña, y á los cuales persigue sin descanso,

1 El escritor imperialista exageró, sin medida, el efectivo de la tropa de Elizondo, que no pasaba de cuatrocientos hombres, de los cuales una parte expedicionaba fuera de Maravatío.

mereciendo por esto las consideraciones y el aprecio de toda la gente honrada.

"Intransigente con el crimen, parece que además del Ramírez á quien fusiló, como dijimos, por los robos cometidos en la Venta del Aire, ha fusilado últimamente á otros dos por igual delito.

"Mucho aplaudimos esa conducta del Sr. Elizondo que quisiéramos verla imitada por todos los que pertenecen á su comunión política."

Como se ve, este artículo, escrito con toda hipocresía, tenía por mira prestigiar á Elizondo é inculcar la idea de que los jefes juaristas honrados no debían hacer causa común con los guerrilleros.

En cuanto á Elizondo, no había quien no dijese que estaba ya *enyerbado*, es decir, seducido por el oro del imperio, y prueba de ello, eran las onzas españolas que le habían visto algunos de sus subalternos, entre otros el teniente coronel Pedro García que me dió estos informes.

Para quien esta situación ofrecía mayores peligros, era para los patriotas de Zitácuaro que, cuando menos lo esperaran, podían verse envueltos en una traición ó sorprendidos por ella. Para definirla, el coronel Riva Palacio escribió á Elizondo, pidiéndole su concurso, si no para resistir en aquella plaza que estaba á punto de ser amagada por el coronel Clinchant, sí al menos para defenderla por medio de combates librados fuera de ella.

Con fecha 29 de Marzo contestó Elizondo, desde Angangueo, entre otras cosas, lo que sigue: "Sr. Lic. D. Vicente Riva Palacio.—Apreciable señor de mi respeto.—...... La defensa de Zitácuaro es inútil y de estériles resultados, porque aun cuando la defensa fuera fuerte, un sitio por el enemigo es infalible, y como otras dos secciones del mismo enemigo me calculan darme un golpe á mi fuerza, me es imposible auxiliarlo á vd. y que buelvo á repetirle que una resistencia en Linia por nuestra parte es de todo punto imprudente; en este momento que son las tres de la mañana me retiro para Senguio ó para Rayón (Tlalpujahua) según las últimas noticias que me vengan de mis exploradores para saber de la fuer-

za que viene de Maravatio y Tajimaroa y como estas y las que han llegado á Tuxpan pueden serme funestas me es indispensable moverme á esta ora. Vd. podrá hacer de lo manifestádo el uso que le combenga que á mi juicio puede vd. retirarse por el camino que le quede á vd. descubierto, pues como son los momentos supremos no puedo yo calcular cual será el que á vd. combenga......"

El miedo ó la infamia habían dictado la carta que antecede; acaso ambos sentimientos juntos. Riva Palacio logró su objeto de saber que no se contaría con Elizondo para defender la línea de Oriente. A fin de evitar toda responsabilidad por su parte, puso el hecho en conocimiento de Uraga, enviándole un correo hasta Zapotlán. El general en jefe contestó con fecha 12 de Abril: "Sr. Coronel D. Vicente Riva Palacio.—Mi estimado amigo:—He recibido la apreciable de vd. fechada el 2 del corriente, y por su contenido me impongo de todo lo ocurrido últimamente respecto á la ocupación momentánea de esa ciudad por fuerza francesa...... Con franqueza, las razones expuestas por Elizondo en la carta que vd. me acompaña, y que le devuelvo, para no defender la plaza de Zitácuaro, no me parecen fuera de propósito, y por lo mismo le recomiendo haya mucha prudencia, no vaya á aparecer la discordia que divida nuestras fuerzas, etc.—*José L. Uraga.*"

Por el contenido de esta carta pudo convencerse Riva Palacio que estaba aislado en Zitácuaro, y que no debía confiar más que en sus propios esfuerzos para continuar la lucha contra la intervención y acaso contra el mismo Elizondo.

Permanecía este jefe en Maravatío con la doble investidura de Prefecto de aquel Departamento y de jefe de la línea de Oriente. No tenía á sus inmediatas órdenes más que el cuerpo "Lanceros de Huerta" compuesto de cuatro compañías de á cincuenta plazas cada una, y la magnífica charanga que dirigía el maestro Loaiza. Las demás fuerzas de su mando, el batallón que mandaba Cáceres, la guardia nacional de Zitácuaro y un escuadrón de que era jefe el coronel Almeida, expedicionaban por su propia cuenta, procurando estar lejos de Elizondo por la desconfianza que les inspiraba. A fines de

Abril evacuó este individuo la plaza de Maravatío, manifestando á sus subalternos que en combinación dos columnas de franceses y la división Márquez se dirigían á atacarlo, con el ánimo de conquistar toda la línea de Oriente y dejar guarnecidas las principales poblaciones. Elizondo trató disimuladamente de hacer entender á los suyos que el mundo se les venía encima y que ya no era posible resistir al imperio. Para lograr con mejor éxito su plan, demostrando que la huida misma era ineficaz, salió de Maravatío á media noche, con rumbo á Irimbo, tomó después la dirección de Los Reyes y siguió la marcha á Angangueo por el camino de Tajimaroa; allí le avisó el alférez Olmedo que el río estaba crecido y que del otro lado se hallaban los franceses. Elizondo contramarchó, llegando á Los Reyes á las tres de la tarde. Se dió un ligero descanso á la tropa, el suficiente para que los franceses picasen la retaguardia de los "Lanceros de Huerta," que tomaron entonces la dirección de Pomoca hasta la hacienda del Saúz, á donde llegaron á las diez de la noche. Se mandó dar pienso á los caballos; á la una de la mañana continuó la marcha, atravesando los montes y el desfiladero del puerto del *Chure*, á donde llegaron á las doce del día, y á las tres de la tarde á la hacienda de Puragua, en dirección á Maravatío; allí se volvió á tener noticia de que los franceses estaban inmediatos; se tocó botasilla, y casi á escape salió la tropa con rumbo al Paso de las Ovejas; Elizondo dispuso que los tenientes Félix Esparza y Benigno Pérez cubriesen la retaguardia, con cuarenta hombres al mando del primero de aquellos oficiales. Esparza hizo avanzar á Pérez con veinte hombres y él se quedó con los otros veinte que repartió en tiradores: los franceses los seguían á una vista sin disparar un solo tiro. Al llegar al río trataron de cortar la fuerza de Esparza. Este ordenó á Pérez que sostuviese el fuego, en tanto que él, con los veinte hombres que le acompañaban, acometió lanza en ristre contra los jinetes franceses, á quienes hizo retroceder hasta que se incorporaron al grueso de la columna.

Por lo expuesto se comprende que el enemigo no trataba de batir á Elizondo, y fácilmente se adivina que sus movimientos iban de acuerdo con la intriga premeditada con aquel jefe.

Incorporado Esparza al regimiento, éste siguió al día siguiente hasta las minas de azufre; luego por San Andrés hacia Otzumatlán y la Cañada del Agua Caliente; á otro día se continuó la marcha por Santa Rosa hasta la cañada de Papatzindán. En todo este largo y difícil trayecto, en que ya no eran perseguidos por los franceses, se marchaba de prisa, dejando perdidas las mulas que conducían el parque y no cuidando á los soldados que, por lo tanto, se desertaban en pelotones, favorecidos por lo quebrado del terreno. El día siguiente se venció la jornada en Tiquicheo, no distante ya de Huetamo: á otro día se tomó el regreso por Tuzantla, y finalmente á Tuxpan, á donde se llegó el 10 de Mayo, después de una expedición de más de cien leguas de idas y venidas incomprensibles para el que conozca la naturaleza de aquel terreno. El 11 salió de Tuxpan el coronel Elizondo con una escolta de diez hombres mandada por Esparza, y se dirigió á Irimbo, yendo á apearse á una casa, en donde se hallaban reunidos varios vecinos de los principales de Maravatío. Todos almorzaron juntos y no escasearon las copas. En los postres, y retirado Esparza, Elizondo tuvo una larga é íntima conferencia con aquellas personas, y en la tarde regresó á Tuxpan. El 13, saliendo de este lugar, llegaron á Senguio á medio día, y á las tres de la tarde se tocó llamada de honor, verificándose la junta en el alojamiento de Elizondo. Este, después de haber manifestado á sus subalternos lo difícil de la situación, los reveses que en todas partes sufrían los republicanos, las guerrillas de bandidos que á su nombre talaban el país, la opinión general que, según él, estaba decidida por el imperio, y por último, el pésimo estado de la tropa que era á sus órdenes y que estaba imposibilitada para el más insignificante combate, los invitó formalmente á reconocer al nuevo Gobierno, asegurándoles *bajo su palabra de honor* que, vencidas las gavillas, para lo cual ellos mismos contribuirían, y retirado el ejército francés, como estaba ofrecido, volverían á proclamar la República y á combatir contra el Gobierno imperial: que contando con la buena voluntad y el cariño que le tenían sus subordinados, en justa correspondencia del grande que él les profesaba, se había ya extendido el acta respectiva que él, el primero, había firmado.

Aquellos oficiales oyeron con estupor á Elizondo; todos guardaron el más profundo silencio, y acaso meditaban que en las circunstancias presentes, rodeados por numerosas fuerzas del enemigo, desmoralizada la tropa é inutilizados los caballos, no tenían más expectativa que la derrota y la muerte, y acaso también pensaron en engañar, por de pronto, á su jefe, para volver después, sin él, al campo republicano. Elizondo se aprovechó de aquellos momentos de vacilación, y fué llamándolos, uno á uno, y presentándoles el acta que firmaron sin resistencia. El único que no puso su nombre en el fatal documento, fué el teniente coronel Pedro García. Todos salieron cabizbajos, avergonzados y sin mirarse los unos á los otros, y se dirigieron á los cuarteles. Pedro García ensilló su caballo y salió de Senguio, tomando el camino de Zitácuaro.

El 14 se emprendió la marcha para Maravatío, y antes de llegar á Ichámuco (Chamuco), se presentó D. Leonardo Márquez con una escolta de cincuenta hombres del 5º de caballería. Ambas fuerzas formaron en batalla á uno y otro lado del camino. Márquez y Elizondo se apearon: el primero arengó á los *nuevos* imperialistas y con su propia mano ciñó la banda de general á D. Rosalío Elizondo, y en voz alta lo saludó con vivas que apenas contestaron los soldados. En seguida todos se dirigieron á Maravatío.

Así se consumó aquel infame acto, que fué el ejemplo dado por los jefes del imperio de comprar la traición en el campo enemigo. Ellos, más tarde, habían de recibir los frutos de este proceder indigno.

Los papeles imperialistas aseguraron en esos días que Elizondo se había presentado con una división de seiscientos hombres. Esto no es cierto; en su defección sólo arrastró consigo á los "Lanceros de Huerta," que no llegaban á doscientos, supuesta la deserción que sufrieron en sus últimas marchas que he referido.

Para concluir este capítulo transcribiré el acta de adhesión firmada por Elizondo y los suyos. Dice así:

"En el pueblo de Senguio, á los trece días del mes de Mayo de mil ochocientos sesenta y cuatro, reunidos en la casa habitación del señor general graduado coronel D. Rosalío

Elizondo, dicho señor y los señores jefes y oficiales que subscribimos ésta, y

"Considerando: que siendo mexicanos amantísimos de nuestra patria, acérrimos defensores de su independencia y soberanía, siempre hemos anhelado respetabilidad para ella en el exterior, y que sus destinos hayan sido basados conforme á los principios tutelares de las libertades públicas, del progreso y luces del siglo, que son los únicos elementos capaces de conducir á los pueblos á su engrandecimiento.

"Considerando: que en las actuales circunstancias por las que atraviesa la nación mexicana, desgarrada por crueles guerras civiles desde que consumó su independencia gloriosa, las que la han conducido al estado deplorable en que se encuentra, de no ofrecer para sus hijos ninguna garantía, ni paz, ni orden, y los pacíficos habitantes de las ciudades, pueblos y campos ven desaparecer sus propiedades sin que de ello resulte bien ninguno á la causa pública.

"Considerando: que tal estado de cosas no puede ser duradero, porque las familias no sólo tienen que lamentar la pérdida de sus intereses, sino lo que es más caro para ellas, la desaparición del padre, del esposo, de los hijos, de los hermanos, sacrificados, los unos por la saña de los partidos, víctimas los otros por los hechos de armas que diariamente tienen lugar, cosas todas que dejan en pos de sí un rastro de sangre, lágrimas, ruinas, desolación y espanto, sendas que hoy sólo tiene á la vista el mexicano sensible, de corazón humanitario.

"Considerando: que si bien la República estaba constituída bajo la forma de Gobierno federal, representativo, popular, y sus destinos, por la voluntad de los pueblos, fueron encomendados á la presidencia de D. Benito Juárez, en las actuales circunstancias este Supremo Magistrado ha sido amagado por algunos gobernadores de los Estados para que renunciara su elevado puesto en manos del presidente de la Corte de Justicia, por no merecer la confianza de los pueblos, y otros motivos que ya pertenecen á la historia para su juicio imparcial; y además, la autoridad del Sr. Juárez ha sido tácitamente desconocida en un manifiesto á la nación, subscrito por el ge-

neral en jefe del Ejército republicano, y muchos de losgobernadores de los Estados de Jalisco, Querétaro, Michoacán y Colima, cuyo documento, publicado en Marzo de este año, envuelve ideas destructoras del principio que ha servido de norma á los defensores de la legalidad y la independencia, á la lealtad y buena fe,[1] por todo lo cual la situación del Presidente es precaria, sin que su autoridad sea respetada, sin que sus órdenes sean obedecidas, viéndose, por tanto, entronizada la fiera anarquía, sin que el referido Presidente pueda conjurarla por falta de recursos, de obediencia, de fuerza armada con que hacer respetar su autoridad y los deseos que lo animan por el bien de la nación.

"Considerando: que cansados los pueblos con sus sacrificios estériles, con sostener una lucha que sólo les da por resultado su miseria y su ruina, á lo que debe seguirse necesariamente la pérdida de su nacionalidad, ansían por otro orden de cosas que, salvando la autonomía mexicana y el nombre de mexicanos, les proporcione los goces sociales para los que han sido educados, bebiendo en los raudales de la historia la manera de proporcionarse esa felicidad y los modos de adquirirla.

"Considerando: que aun cuando se le concediera al Presidente de la República todo el poder necesario para conjurar la tempestad que, cual un cataclismo, ha abortado sobre las cabezas de los republicanos, su autoridad debe cesar en Noviembre de este año, conforme á la Constitución que rige los destinos del país, sin que se haya podido verificar la elección de su sucesor por la situación que guarda la República, sin que pueda decirse que entrará á desempeñar este cargo el Presidente de la Corte de Justicia, porque ni ésta existe ni el que fungía como tal lo es en la actualidad, según disposi-

1 Se refiere aquí el autor del plan de Elizondo, al manifiesto de Uraga que subscribió el Gobernador de Colima; y el Gobernador de Querétaro, es decir, el Lic. Linares que estaba de acuerdo con Uraga, pero no firmó el documento el de Jalisco, que lo era el general Arteaga, antes bien protestó contra él. Se nota que el jesuita que redactó la acta que estoy transcribiendo, al asentar tanta falsedad y al escribir tan hipócritamente, obedecía á las instrucciones de las personas que tramaban la intriga en que quedaron envueltos Uraga, Linares, Caamaño, Elizondo y D. Antonio Huerta.

ción suprema dictada recientemente en San Luis Potosí, que hizo cesar sus destinos á ese Presidente y otros Magistrados de la referida Corte, cuya circunstancia de la acefalía de la presidencia vendría á complicar los males de la nación, creando tantas entidades ambiciosas, cuantas fueran los que aspiran al mando supremo, en ese caso que debe tener lugar próximamente.

"Considerando: que la intervencion europea y el imperio, la primera, tal como se ha anunciado, sólo busca por resultado ver cuál es libremente la voluntad de los pueblos, salvándolos del conflicto en que se encuentran, para que se constituyan del mejor modo posible que les parezca; y el segundo, en su existencia, no ataca la independencia de la nación, sino por el contrario, á la sombra de la monarquía ella se constituirá libre, soberana é independiente, salvando el abismo á que la conducían los errores de sus hijos y las aspiraciones de los partidos en que estaba dividida.

"Protestamos de la manera más solemne, y poniendo por testigos á Dios y á los hombres mis conciudadanos y los de los otros países, que nos adherimos á la intervención y al imperio, como principios salvadores de la nación mexicana; que ambas cosas las auxiliaremos y defenderemos en el modo y forma que nos lo permitan nuestros débiles esfuerzos, en bien del sagrado objeto de que la independencia de México se salve del conflicto que hoy la amaga. Con lo que concluyó la presente acta que firmaron.—General graduado coronel, *Rosalío Elizondo.*—Teniente coronel, *Miguel Camarena.*—Teniente coronel, *Vicente Solís.*—Comandante de escuadrón, *Norberto Salgado.*—Comandante de escuadrón, *Ramón Cortés.*—Capitán, *Rosalío Ruiz.*—Capitán, *Miguel González.*—Capitán, *Vicente Díaz.*—Capitán, *José Olmedo.*—Capitán, *Felipe Castro.*—Capitán, *Vicente Alvarez.*—Teniente, *Manuel Ramírez.*—Teniente, *Félix Esparza.*—Teniente, *Casiano Chávez.*—Teniente, *Francisco Alejandro.*—Teniente, *Benigno Pérez.*—Teniente, *I. Peralta.*—Teniente, *Tiburcio Zamudio.*—Teniente, *Francisco Olmos.*—Teniente, *Silverio Farfán.*—Teniente, *Felipe Chávez.*—Alférez, *Nemesio Elías.*—Alférez, *Marcos López.*—Alférez, *Antonio Salmerón.*—Alférez, *Juan Contreras.*—Alférez, *Ventura*

Orozco.—Alférez, *Manuel Llanos.*—Alférez, *Pedro Elizondo.*—Alférez, *Pedro Torja.*—Alférez, *Rafael Tapia.*—Alférez, *Miguel Mares.*—Alférez, *Juan Flores.*—Alférez, *Jesús García.*"

Después de haber apoyado Márquez la defección de Elizondo, regresó á Morelia, creyendo que la línea de Oriente quedaba pacificada. Ya lo veremos, cuando comprendiendo su error, tuvo que emprender una seria campaña sobre Zitácuaro.

Los periódicos del imperio hicieron mucho alarde de la importante adquisición de Elizondo, y de que también hubiera reconocido al imperio el general D. Pascual Miranda, quien acompañado de dos ó tres oficiales, se desertó en Pátzcuaro y se dirigió á la ciudad de México, en donde la Regencia le revalidó su despacho. Ni el imperio ganó algo ni la República perdió nada con esta conducta de Miranda. En cuanto á Elizondo, el Gobierno intruso le nombró desde luego Comandante Militar de Maravatío, con beneplácito del vecindario de aquella villa.

NICOLÁS ROMERO.

La cara de este retrato está copiada del que publica "El Libro Rojo."



NICOLAS ROMERO.

CAPÍTULO XII.

(1864)

Alegría de los traidores por la defección de Elizondo.—Indiferencia con que fué vista por los republicanos.—Aparece en escena el más notable de los jefes de guerrilla, NICOLÁS ROMERO.—Retrato y rasgos biográficos.—Acción de Nijiní.—Batalla del Tulillo.—Llegada de Maximiliano y Carlota á México.—Continúan los trabajos de zapa del bando clerical.—Intrigas de Uraga.—Actitud patriótica de Corona.—El general Arteaga al frente de los sucesos de Jalisco.—Berriozábal entrega el Gobierno de Michoacán al general D. Juan B. Caamaño.—Confidencias de este jefe al autor de la presente obra.—Desconocimiento de Uraga.—Traición de Uraga.

Gran contento produjo á las autoridades de Morelia la noticia de la defección de Elizondo. El acta de adhesión del traidor, certificada por el Lic. Alejandro Ortega, secretario general de Gobierno, fué publicada en medio de repiques y de salvas de artillería. Los partidarios del imperio en aquella ciudad, levantaban las manos al cielo, dando gracias á Dios por el próximo triunfo de la santa causa, pues no dudaban de que, antes de muchos días, los demás jefes republicanos *de orden* seguirían el ejemplo de Elizondo.

En el campo liberal la noticia no causó sorpresa ni desaliento: todo el mundo esperaba ya la defección de aquel jefe inepto y harto remiso para pelear. En Zitácuaro, al saberse el acontecimiento, se celebró con músicas y cohetes, pues todos deseaban tener á Elizondo más bien por enemigo que por compañero de armas.

Por aquellos días el coronel Riva Palacio se hizo de un poderoso auxiliar con la llegada del guerrillero más famoso entre todos, por su valor, por su astucia, por la firmeza de sus principios, por la lealtad de su carácter, por la adhesión y cariño particular que profesaba al mismo Riva Palacio, por el respeto y amor que inspiraba á sus soldados, por la popularidad, en fin, que había alcanzado en donde quiera que se conocía su nombre, NICOLÁS ROMERO, nombre que está escrito indeleblemente en las páginas de la historia, como el de un héroe cuya personalidad es y será siempre un tipo legendario de los *chinacos*, de esos guerreros audaces, pero modestos; terribles en el combate, pero generosos con los vencidos; sin disciplina militar, pero incansables en la lucha; con un entusiasmo tan grande, con una fe tan ciega en la libertad, con una abnegación tan sublime, que el pueblo ve en ellos á sus mejores soldados, á sus paladines más distinguidos.

Nicolás Romero era nativo de la municipalidad de Tlalpan, y en su juventud sirvió de obrero en una fábrica de mantas de aquella ciudad. Allí se deslizaba tranquila su existencia, cuando oyó el fragor de la guerra en la lucha por la Reforma, y llevado de su entusiasmo, sentó plaza de soldado entre los guerrilleros de Ajusco é hizo en los alrededores de la ciudad de México la campaña de los tres años.

Al principiar la intervención, servía en una fuerza del 2º Distrito del Estado de México (Distrito que es hoy el Estado de Hidalgo); allí se acabó de perfeccionar en el arte del guerrillero, entre aquellos valientes chinacos que ha producido la tierra de Pachuca.

Ocupada materialmente esta comarca por numerosas fuerzas intervencionistas, y acéfala de Gobierno legítimo, Nicolás Romero emigró de ella buscando un campo en que seguir luchando contra los enemigos de la patria. ¿Dónde mejor que en Zitácuaro, nido de águilas y guarida de leones?

Nicolás, á la cabeza de cien jinetes, se presentó al coronel Riva Palacio y se puso á sus órdenes. Era de treinta á treinta y cuatro años. Mestizo en que predominaba la sangre indígena, su color era obscuro y terso, lampiño, de ojos pardos que de cuando en cuando relampagueaban, llenos de fuego,

pero que de ordinario miraban humildemente. Era bajo de cuerpo, delgado, y tenía en el carrillo derecho una pequeña cicatriz, consecuencia de una herida que recibió, durante la guerra de Reforma, en un combate cerca de Cuernavaca. Retraído en su trato, su aspecto parecía el de un hombre enteramente pacífico. Vestía de tricot negro y sombrero de fieltro. Cualquiera, al verlo, habría creído tener al frente á un humilde vicario de cura.

Jamás he visto un jinete como Nicolás Romero. Se sentaba en el caballo con tanta naturalidad, como si así hubiese pasado toda su vida. Le gustaba á veces *menear* el *penco*, lo que significaba que nadie, como él, sabía *arrancarlo* y *sentarlo* con sin igual donaire; lo hacía andar para atrás en largo trecho, arrendar con una destreza inimitable, brincar cercas y barrancas, trepar por peñas que parecían inaccesibles. A veces, cogido de la cabeza de la silla, y corriendo caballo y jinete, Nicolás hacía una *machincuepa* desde el suelo, volteando el cuerpo sobre la cabeza del corcel y cayendo sentado en la silla. Montar cuando un caballo pasaba á escape cerca de él, sin más que apoyar sus manos en las ancas del animal, era cosa que Nicolás hacía con una galanura admirable.

Y sin embargo, aquel hombre que así *traveseaba* con un humor infantil, era una persona circunspecta, seria y hasta pudiera decirse adusta.

Así pues, si por aquellos días en Michoacán perdimos á Elizondo, ganamos á Nicolás Romero. ¡No podía ser más ventajoso el cambio!

Riva Palacio, que ya conocía los antecedentes del guerrillero, aumentó la fuerza de éste con la guerrilla Garza y una compañía de *Rifleros* que hacían, con la fuerza de Romero, un total de ciento cincuenta hombres, que desde luego salieron á expedicionar rumbo á Ixtlahuaca.

El 21 de Mayo daban pienso á la caballada en la hacienda de Nijiní, cuando á eso de la una de la tarde, el enemigo que había salido de Ixtlahuaca en número de ciento cincuenta jinetes, comenzó á tirotearse con una avanzada de nuestro guerrillero. Este, al oir los disparos, mandó reforzar aquella escolta con la guerrilla Garza, mientras que al toque de bo-

tasilla se organizaba su sección. Entretanto el enemigo se había posesionado de la altura que está al frente de la hacienda. *Garrocha* en mano se echó sobre ellos Nicolás Romero, á la cabeza de sus lanceros. Inútil es decir que la carga se dió con valor. Los traidores no resistieron largo tiempo. Aterrorizados de aquel tremendo empuje, huyeron á todo escape. Perseguidos por espacio de cuatro leguas, en que tuvieron cinco muertos, se dispersaron en todas direcciones, dejando en poder de Nicolás Romero veinticinco prisioneros, treinta caballos, igual número de mosquetes, once sables, *cinco* clarines, más de cincuenta lanzas y muchas cartucheras. El combate terminó en las goteras de Ixtlahuaca, sin que la guarnición de esta plaza saliese en auxilio de los suyos. Los nuestros no tuvieron que lamentar pérdida alguna. Este triunfo proclamó, por primera vez en Michoacán, el nombre de Nicolás Romero. Al regresar á Zitácuaro fué saludado con entusiasmo por los vecinos de la heroica ciudad.

Nadie, empero, experimentaba la satisfacción que Riva Palacio, al ver que iba en aumento la pléyade de valerosos guerreros que lo rodeaban. Tomó personalmente el mando de su fuerza, y seguido de Nicolás Romero, de Luis Carrillo, de Agustín Granda, de Carlos Castillo, de Luis Robredo, de Pedro García y de otros jefes, con un *ejército* de poco menos que quinientos hombres, salió de Zitácuaro para ir á amagar á Toluca, distante diez y ocho leguas de la ciudad de México.

Era su propósito emprender un ataque de sorpresa sobre aquella plaza en el día mismo en que Sus Majestades el *Emperador* Maximiliano y la *Emperatriz* Carlota hicieran su entrada solemne en México, la capital del *Imperio*, protestando de esta manera contra las falsas aseveraciones de la prensa intervencionista y de los informes de la Regencia, que trataban de hacer creer á los *soberanos* que el país estaba pacificado y que sólo en los confines del territorio quedaban gavillas que eran eficazmente perseguidas.

En Trojes se reunieron las fuerzas de Romero y de Castillo (trescientos jinetes) y la de Bernal (menos de doscientos infantes); mas por pocos que fueran los preparativos para la expedición, la marcha no pudo emprenderse sino hasta el 11,

tiempo suficiente para llegar á Toluca, si no el día preciso de la entrada á México de los *soberanos*, sí uno ó dos días después. Se pernoctó el 13 en la hacienda del Salitre de Urendes, y el 14 se tomó el camino de la Gavia: á las ocho de la mañana, los exploradores avisaron que el enemigo se hallaba cerca de la venta de Guadalupe. En efecto, una columna de mil hombres, al mando del coronel Morel, había salido de Toluca para ir á atacar á Riva Palacio en Zitácuaro, con instrucciones de batirlo incesantemente, á fin de disolver las guerrillas que estaban á sus órdenes, sobre todo la de Nicolás Romero, cuya audacia era la pesadilla de los traidores. Riva Palacio dispuso inmediatamente batir al enemigo en sus posiciones, y conociendo el terreno por propia experiencia y por informes de los jefes que le estaban subalternados, destacó desde luego el cuerpo de rifleros al mando de Nicolás Romero, para flanquear á los imperialistas, y él, con la caballería de Castillo y los infantes de Robredo, marchó de frente hasta avistar al enemigo y formar su línea de batalla. Morel estaba situado en el punto llamado el Tulillo, y entre su tropa y la de los republicanos había una barranca de ancho cauce.

Los traidores, viendo el reducido número de sus contrarios, bajaron rápidamente al fondo de la barranca, y ya subían á paso de carga por el lado opuesto, cuando su retaguardia que, á las órdenes del mismo Morel y del *ronco* Estrada, sostenía, desde su primitiva posición, el avance de los suyos, se vió repentinamente atacada por la fuerza de Nicolás Romero y de Acevedo. Tan rudo fué el golpe, que en unos cuantos minutos los trescientos jinetes de Morel emprendieron la fuga en completa dispersión. Entonces, la columna de infantería conducida por Pascual Muñoz, se halló entre dos fuegos é imposibilitada de salir de la profunda quiebra: Muñoz cayó herido, ocultándose entre los muertos, y los soldados voltearon las culatas de sus fusiles y se entregaron á discreción del vencedor.

Los clarines tocaban alegres dianas en el campo del Tulillo, proclamando la victoria de los chinacos. El coronel Riva Palacio no cabía en sí de gozo, y arengaba á sus soldados felicitándolos por el triunfo.

Esta acción es la que el *Diario del Imperio* dió á conocer, diciendo: "que Riva Palacio, con sus fuerzas *unidas á las del guerrillero Caamaño*, sorprendió en el rumbo de Toluca un destacamento del coronel imperialista Valdés, cerca del punto llamado de la Cabra, y que su jefe, apellidado Muñoz, pereció allí, retirándose su tropa á Toluca." Semejante modo de desfigurar los hechos, se hacía adrede en los documentos oficiales del imperio, tanto para atenuar las derrotas de sus fuerzas, como para disminuir las glorias de nuestros jefes.

Levantado el campo y no teniendo objeto la marcha á Toluca, en donde ya no era posible dar una sorpresa, pues que Morel había llevado, á uña de caballo, la voz de alarma, Riva Palacio dió la orden de regresar á Zitácuaro.

En la noche, á la hora en que el coronel en jefe estaba cenando en la hacienda del Salitre de Urendes, se le presentó el teniente coronel Luis Carrillo, segundo de Nicolás Romero, y le dijo:

—Mi coronel, no tiene vd. más novedad, sino que los traidores andan haciéndose bola.

—¿Cuáles traidores?

—¿Cómo cuáles? Los prisioneros, señor; como son seiscientos y pico, y nosotros menos de quinientos, comienzan á insolentarse.

—¡Eso no es posible!

—¡Y cómo que sí! Usted dió la orden de que ellos mismos trajeran sus fusiles y sus cartucheras para no cargar con ese peso á nuestros hombres. Ya algunos han cargado sus armas. Si vd. gusta......

—¿Qué, Carrillito?

—Les daremos una lanceada para que se les quite lo orgulloso.

—Si no lo hicimos en el acto del combate, menos lo haremos ahora.

—Pues qué, ¿cree vd. que los hemos de sosegar con arengas?

—Precisamente, Carrillito.

—Entonces esperaremos á que acabe vd. de cenar para que vaya á echarles el discurso.

—No se necesita tanto, Luis, vd. será el orador y con eso basta.

—¿Yo?

—Usted, y sobre la marcha, porque puede hacerse tarde: vaya vd., yo se lo mando.

Luis Carrillo salió rascándose una oreja, se dirigió al cuartel, mandó tocar llamada, y parándose enfrente de los prisioneros, dijo:

"Ex-traidores: de parte del coronel en jefe vengo á deciros que ya sabemos que os andáis haciendo bola. Os ciega la confianza de que sois más que nosotros; pero, ¡cuánto os equivocáis! Si vosotros pasáis de seiscientos y nosotros no llegamos á quinientos, demasiado habéis visto, y lo demuestra también la historia, que nosotros los liberales somos hombres y que vdes. los mochos son c......s! He dicho."

Parece que el discurso de Carrillito no carecía de elocuencia, pues los prisioneros entregaron espontáneamente el parque que tenían oculto y se retiraron tranquilos á dormir en sus cuadras. Al día siguiente, vencedores y vencidos, formando una sola fuerza, hicieron su entrada triunfal en Zitácuaro, en medio de nutridas salvas de cohetes y de los alegres sones de la música.

Entretanto, México, la ciudad imperial, había estado de fiesta el día 12, memorable para los partidarios de la monarquía, porque en aquella fecha los *soberanos* Maximiliano y Carlota, *emperadores* de México, tomaron posesión del palacio de Moctezuma y de Iturbide, los ajusticiados del pueblo mexicano. ¡Las sombras de aquellos dos reyes han de haber saludado al prometido del Cerro de las Campanas!

Satisfechos ya los clericales por tener entre ellos á sus emperadores, no por eso se contentaron con los triunfos adquiridos en el terreno de las armas, ni desistieron de su política de cohecho y de soborno, antes bien se tornaron exigentes y apremiaron á los *comprometidos* á que llevasen á cabo su defección. Uno de éstos, el principal, era D. José López Uraga,

según se ha podido sospechar desde los primeros capítulos de esta obra.

Como primer paso á la traición, aquel general había hecho subscribir á los jefes del Ejército del Centro un manifiesto que se publicó en la hacienda de San Marcos el día 28 de Marzo. En ese documento rechazaban los subscritos la denominación de *juaristas* y protestaban defender la independencia y la República, pero haciendo punto omiso de la Constitución y de las leyes de Reforma. "Esta circunstancia—dice el Sr. Vigil en el tomo V de *México á través de los siglos*—inspiró sospechas en los liberales acerca de la conducta de Uraga; y Corona, uno de los jefes que había firmado el manifiesto, publicó en seguida un remitido en el periódico oficial de Colima, diciendo, entre otras cosas, que en este documento se encerraba la protesta de que el ejército nacional no era un bando que sostenía á determinadas personas, sino que en él se juraba defender la libertad, la República y la independencia de la patria, identificada en la Constitución de 1857 y en las leyes de Reforma.

"La aparición de aquel remitido provocó en alto grado la cólera de Uraga, quien escribió una carta á Corona, tratándole con la mayor dureza, y acabando por decirle que esperaba pidiera su licencia, que estaba pronto á concederle. La lectura de esta carta fué para Corona un rayo de luz que justificaba sus presentimientos sobre las miras ocultas de Uraga...... En consecuencia, dirigió á Arteaga, que estaba en Cocula, un oficio en que le pedía su separación para retirarse á continuar la defensa de la patria en el lugar que la suerte le deparara, fundándose para ello en razones personales y privadas. Arteaga quiso conocer esas razones, y al mostrarle Corona la carta mencionada, exponiéndole al mismo tiempo su convicción de que el general en jefe marchaba por un camino contrario á la grandeza de la causa que defendían, y acabando por aconsejarle que se desconociera á Uraga y que Arteaga asumiese el mando del Ejército del Centro, uno de los mejores cuerpos con que contaba la República en aquella época. El Gobernador de Jalisco (Arteaga) le contestó con toda buena fe, que no estaba de acuerdo con tales apreciacio-

nes, y que no le concedería la separación hasta hablar con Uraga en Sayula, á donde se dirigió aquella misma tarde. Tres días después volvió, diciendo que iba facultado para concederle la licencia, pero que le manifestaba que el enojo de Uraga se había calmado, autorizándole para hacerle presente que estaba contento de haber encontrado un hombre tan enérgico, con quien deseaba tener una entrevista, seguro de que se entenderían, resultando acaso una ventaja para la posición militar de Corona. Pero las cosas habían ido demasiado lejos para que éste tomase en serio semejantes proposiciones; así fué que insistió en pedir su licencia, que se le concedió definitivamente, obteniendo al mismo tiempo el permiso de llevarse consigo una pequeña fuerza que en Mascota se había sublevado con motivo de haber sido depuesto el comandante Don Angel Martínez, por tomar la defensa de Corona en una discusión suscitada á propósito de los sucesos que quedan referidos. Tales fueron las causas que determinaron la marcha de este jefe desde el Sur de Jalisco hasta los Estados del Norte y de allí á Sinaloa, en donde la suerte le tenía reservado el papel importantísimo que representó más adelante en defensa de la República." Tal fué, repetiré yo, el motivo por que el Ejército del Centro perdió á uno de sus jefes más distinguidos.

En dicho ejército se levantó una grita sorda contra Uraga por tan reprobados manejos, é irritado éste, expidió su célebre circular de 10 de Junio, mandando perseguir á los descontentos y que se castigara á los individuos de la tropa que, según decía, comenzaban á relajar la disciplina militar. "En tales circunstancias, el general Arteaga, instruído á fondo de los proyectos de aquel jefe, se colocó resueltamente en el puesto que su deber le indicaba; desconoció su autoridad y retirándose á Tecolotlán, expidió un manifiesto en que le declaraba traidor y le aconsejaba que se separase si no quería ser responsable de los desastres que pudieran sobrevenir."

Pero no anticipemos los hechos. He referido la llegada de Maximiliano y los acontecimientos que pasaban en el Sur de Jalisco; porque lo primero marcó una nueva faz de la guerra en Michoacán, y lo segundo, como perteneciente al Ejér-

cito del Centro, se relaciona íntimamente con los antecedentes y elementos de la campaña en el Estado.

Los sucesos que en su territorio pasaban eran tantos y tan complicados que, por más que he procurado seguir un orden cronológico riguroso, esto no ha sido posible, y por lo tanto he tomado, por decirlo así, grupos de acontecimientos que no pueden aislarse, y he referido lo relativo á cada uno desde su principio hasta su término.

Voy ahora á tomar de nuevo el hilo de la historia que se refiere al personal del Gobierno del Estado de Michoacán, á fin de enlazarla con algunos otros hechos.

Se recordará que, retirados de Uruapan los franceses que mandaba el general Douay, el Gobernador general Berriozábal regresó á aquella ciudad y emprendió activamente trabajos de reorganización, no obstante las dificultades que le suscitaba una oposición que no sé cómo calificar, pues en ella no había más que ambiciones personales. No fué sólo éste el obstáculo con que tuvo que luchar Berriozábal. En el cuartel general se le hostilizaba, porque Uraga comprendía muy bien que jamás podría contar con él, ni seducirlo ó engañarlo para que secundase sus planes. Lo hizo, en consecuencia, objeto de intrigas, de pequeñeces y miserias que tenían el innoble objeto de hacerlo renunciar. Si, como era de temerse, las guerrillas de republicanos llegaban á ser el instrumento de los que en Michoacán ambicionaban el Gobierno del Estado, y no podía sobreponerse á ellas, por carecer del apoyo del Cuartel General, Berriozábal estaba casi en la imposibilidad de seguir una política cualquiera en el Gobierno. Resolvió, por fin, presentar su dimisión, que le fué admitida en el acto, con orden de que marchase al Cuartel General. Entregó el despacho del Gobierno al general D. Juan B. Caamaño, nombrado por el general en jefe del Ejército del Centro, Gobernador y Comandante Militar de Michoacán, y lo comunicó así á las autoridades del Estado por medio de la siguiente circular:

"Admitida por el General en Jefe del Ejército Republica-

no la renuncia que del Gobierno y Comandancia Militar del Estado he hecho, y nombrado por el mismo para substituirme el C. General Juan B. Caamaño, hoy le he hecho formal entrega de ambos mandos.—Uruapan del Progreso, Marzo 21 de 1864.—*Felipe B. Berriozábal.*—C. Prefecto del Departamento de......"

Dos ó tres días después, el general Berriozábal salió de Uruapan, emprendiendo la más cansada, difícil y peligrosa marcha que en aquellos momentos podía hacerse. No se dirigió al Cuartel General, porque ya por entonces corría muy válido el rumor de la defección de Uraga. Seguido de su familia y de otras varias, y escoltado por los cien hombres que formaban el cuerpo "Carabineros de Toluca," al mando del general D. Antonio Alvarez, emprendió el camino de Monterrey para presentarse al Presidente D. Benito Juárez. Iba, pues, á atravesar, y así lo hizo, de Sur á Norte la extensión de la República mexicana, pasando precisamente por los Estados que ya ocupaba militarmente el enemigo, cuyas columnas, además, estaban en constante movilidad. La expedición tardó más de dos meses, en medio de peligros sin cuento, acampando en los bosques ó en los desiertos, falta de recursos y sin poder siquiera cambiar la caballada. A todo se sobrepuso Berriozábal, venciendo cuantos obstáculos se le presentaron, y por fin llegó ileso á la capital de Nuevo León á ponerse á las órdenes de D. Benito Juárez. Por lo tanto, ya no tendré ocasión en estos apuntes de volver á ocuparme del caballeroso caudillo que tan gratos recuerdos dejó en Michoacán.

Tan luego como Caamaño se encargó del Gobierno, se notó mayor actividad en los diversos ramos de la administración.

En aquella época tenía Caamaño veintiocho años de edad: era de baja estatura, pero vigoroso y arrogante. Se tenían de él los antecedentes de ser un militar instruído, valeroso, infatigable, y todos sabíamos que en la célebre batalla del 5 de Mayo de 1862 su participación había sido gloriosa y casi decisiva.

Al inaugurar su administración, llevó á la Secretaría del Despacho á D. Antonio Rodríguez Gil, uno de los liberales que se mostraba más exaltado é intransigente en Michoacán, nombramiento que en aquellos momentos significaba, además, que Caamaño buscaba su apoyo entre los hombres de la zona de Coeneo, constantes batalladores por la libertad: así era la verdad, pues D. Antonio Rodríguez Gil era nativo de Quiroga, la población más importante de aquella comarca.

En el ramo civil organizó, desde luego, la administración de justicia, disponiendo que no cesasen de actuar los jueces letrados y los alcaldes en los puntos no ocupados por el enemigo ó que éste evacuara; en el administrativo dictó disposiciones para moralizar y hacer efectiva la recaudación de los impuestos, y en el militar, con una energía sin ejemplo, restableció la disciplina, creó elementos de guerra y puso en alta fuerza la división de Michoacán. En cuanto á la seguridad pública, fué atendida eficazmente, haciéndose una activa persecución contra los bandidos, muchos de los cuales fueron fusilados y otros castigados con severo rigor. Dedicó especial cuidado á la selección de las guerrillas, protegiendo las que consideró útiles y retirando la autorización á los jefes de las que, por su conducta, le parecían perjudiciales.

Esta actitud del nuevo Gobernador era bien recibida por parte de los vecinos de los pueblos y de la generalidad de los que de cualquier modo dependían del Gobierno; pero disgustó á los jefes de guerrillas que quedaron sin mando y aun á muchos de los que ya no lo podían ejercer con la suma de facultades que antes. No faltaron algunos que se pusieron en abierta rebelión contra el Gobierno; si bien, hasta cierto punto, puede disculpárseles, pues sabida como era la estrecha conexión entre Uraga y Caamaño, había el temor de que este jefe estuviese de acuerdo en las infames maquinaciones de aquél.

A agravar los males vino la política obscura y absorbente del Cuartel General que puso en circulación *forzoza é inmediata* la cantidad de cien mil pesos de papel sellado, derramándose este préstamo en los Estados de Jalisco, Colima y Michoacán; en este último, el contingente fué de treinta y cin-

co mil pesos, en la inteligencia de que el comisionado para hacer el cobro lo fué D. Juan Huerta Antón, amigo y confidente de Uraga.

Grande era este sacrificio para los pueblos que tenían que pagar periódicamente contribuciones demasiado fuertes; pero no parecía sino que el Cuartel General quería descontentarlos con los liberales que defendían la causa de la patria, y á confirmar este concepto vino también la ley de 24 de Mayo, por la que dispuso Uraga que todos los ramos de policía y administración económica fuesen encomendados á los comandantes militares, quedando suspensos los jefes políticos y ayuntamientos, y cesando los tribunales, debiendo conocer en materia penal los comandantes militares y *reservarse los expedientes civiles* para cuando se juzgara conveniente restablecer los tribunales. En virtud de esta determinación desaparecieron la administración de justicia y los ramos municipales, pues que los fondos de los ayuntamientos pasaban á las comisarías de guerra.

Tales disposiciones causaron un disgusto general, de que se aprovecharon los enemigos políticos de Caamaño en la tenaz y apasionada oposición que le hacían, suponiéndolo de acuerdo en todo con Uraga.

He dicho que Caamaño era muy joven cuando se encargó del Gobierno: agregaré ahora que era de un carácter dominador é irascible: así es que en su imaginación exageraba las dificultades de que lo rodeaban sus enemigos, y llegó á creer que tanto tenía que luchar con ellos en el terreno de las armas, como contra los imperialistas. En imbuirle estas ideas trabajaban de consuno su secretario Rodríguez Gil y algunas otras personas, siendo de advertir que de Morelia salía con frecuencia para ir á hablar con él cierta persona que estaba en las intrigas clericales y que llevaba por pretexto arreglar asuntos de contribuciones por fincas rústicas de varios hacendados que residían en aquella ciudad. La principal misión de aquel agente del imperio, era inspirar en Caamaño profunda desconfianza respecto de los liberales, y hacerle creer la impotencia á que estaba reducido el Sr. Juárez, huyendo por la frontera del Norte, en tanto que la intervención francesa y

el Gobierno establecido por ella estaban cada día más poderosos.

En estas circunstancias, el general Uraga llamó á Caamaño urgentemente á Zapotlán, á donde éste se dirigió el día 12 de Junio, dejando encargado del mando accidental al general Carlos Salazar, ya restablecido de las graves heridas que recibió en el ataque de Morelia.

En los pocos días que el denodado y entusiasta Salazar permaneció al frente del Gobierno, levantó la opinión pública é hizo renacer las esperanzas. He aquí un fragmento de una carta suya que con fecha 21 de Junio dirigió á Riva Palacio: "Yo, desesperado de la inacción en que yacíamos, hice una expedición amagando á Pátzcuaro, y me produjo el buen efecto de libertar la fuerza de Ario que iba á ser atacada por los traidores, y me he ido sobre ellos hasta tirotearse mi caballería en las calles de aquella ciudad, y los que guarnecían aquella plaza, en número de ochocientos, han llevado tal susto, que pidieron auxilio á Zires, quien se los mandó desde Zacapu. En fin, nos estamos reanimando. Entretanto, le recomiendo á vd. que trate al enemigo como nos trata. Nos han fusilado en Pátzcuaro á cuantos prisioneros nos han cogido, entre ellos á quince soldados rasos, á quienes sorprendieron en Ario. En Puruándiro han asesinado veintitrés personas, solamente por desafectas al imperio." Era verdad, y durante la guerra pudo notarse que mientras más *gananciosos* se creían los imperiales, más multiplicaban los cadalsos, y al contrario, se mostraban generosos cuando no las tenían todas consigo.

Uraga no solamente había llamado á su lado á Caamaño, sí que también ordenó á Riva Palacio que fuese á conferenciar con él, y de antemano se hallaba á su lado el Lic. José Linares, gobernador de Querétaro.

Antes de que Caamaño emprendiese su viaje á Zapotlán, hizo una expedición á Zitácuaro, y en sus conferencias con Riva Palacio aprobó la resolución de éste de no acudir al llamamiento del General en Jefe, de quien ya se sospechaba estuviese en connivencia con los enemigos de la patria. Caamaño, además, se lamentó de que por su situación especial respecto de Uraga se veía en la necesidad de ir al Cuartel General.

Así lo verificó á su regreso á Uruapan, llevando consigo á Rodríguez Gil y á algunos otros individuos que despachaban la secretaría.

Sobre los detalles de este viaje se hicieron muchas versiones, pues habiendo producido el resultado que más adelante verán los lectores, cada uno lo comentaba como mejor quería. La verdad es que los interesados, á quienes importó como actores, guardaron por entonces profunda reserva.

Voy ahora á referir lo que el mismo general Caamaño me confió el 6 de Abril de 1895, tres días antes de su muerte, una tarde en que estuve en su casa con el objeto de pedirle estos datos.

"Crea vd., me dijo, que marché á Zapotlán con entera repugnancia; pero no podía dejar de hacerlo, porque de Uraga recibí el nombramiento de gobernador y desde antes le estaba subalternado en el ejército. Vicente (Riva Palacio) había sido nombrado gobernador del 1.er Distrito del Estado de México por el mismo Presidente de la República, y aunque sus tropas figuraban como formando parte del Ejército del Centro, la verdad es que, conforme á las instrucciones del Gobierno General, Vicente tenía más amplitud de facultades y mayor libertad de acción.

"Ya en camino, me encontré en Los Reyes con Pepe Linares, gobernador de Querétaro, y con el Lic. Romero, secretario de Uraga. El primero de esos señores tuvo conmigo una conferencia privada en la que me dijo que Uraga estaba ya en pláticas con el emperador y que pronto abandonaría el campo liberal, que el Lic. Romero iba á México á arreglar definitivamente este asunto, y que él (Linares), de acuerdo en todo con Uraga, iba también á someterse al imperio. Que todo esto era inevitable, supuesta la anarquía y el desorden que reinaba en el Ejército del Centro, dada la continuada serie de derrotas que sufrían las fuerzas republicanas en toda la extensión del país, y teniendo presente que el emperador, despreciando por completo las exigencias del clero, seguía una política liberal y progresista. Por último, trató de convencerme de que era imposible luchar contra el ejército francés, enseñoreado ya de todo el territorio.

"Para nadie era un misterio que Uraga, desde hacía tiempo, venía preparando su defección; así es que las revelaciones de Linares nada nuevo me enseñaron ni influían en que yo suspendiera ó continuara mi viaje. Este estaba resuelto y lo seguí hasta Zapotlán. Linares, vista la reserva con que lo oí, debe haber enterado á Uraga de mi marcha; porque, como á unas dos leguas antes de llegar á aquella ciudad, vino éste á encontrarme, recibiéndome con sumo cariño y distinciones. En ese día había cambíado de casa para darme su propio alojamiento, que hube de aceptar á repetidas instancias que me hizo. Tuvimos en la tarde una larga conferencia sobre asuntos de la campaña, en términos que me hicieron creer que Linares me había engañado, y que solamente para justificar su propia defección atribuía á Uraga los planes de que me habló. Al despedirme del General en Jefe, terminada que fué la conferencia, en voz casi imperceptible me dijo: "esté vd. pendiente de la hora en que le mande llamar."

"Así lo hice, y me acosté muy tarde, siendo de advertir que la recámara que se me había destinado tenía ventanas que caían á la calle. Comenzaba á dormirme, cuando oí que llamaban muy suavemente á una de aquellas ventanas; me levanté á toda prisa y abrí. Era un ayudante de Uraga con orden de éste de que pasase inmediatamente á verlo, pero que fuera solo y sin que mis compañeros lo supieran. Así lo hice, vistiéndome y saliendo de la casa con mucho silencio. Ya en la de Uraga, me encontré á éste, también enteramente solo, y sin preámbulo de ninguna especie me confirmó cuanto me había referido Linares, agregando que éste llevaba instrucciones suyas para prepararme. Uraga me apremió para que le dijese si contaba conmigo, encareciéndome la necesidad de obrar en ese sentido si nosotros, militares de profesión, no queriamos convertirnos en capitanes de bandidos, y asegurándome que, si bien no le había sido posible arrastrar desde luego consigo á los jefes más distinguidos del Ejército del Centro, varios de ellos seguirían pronto su ejemplo (el de Uraga), y en cuanto al ejército mismo, no tardaría en disolverse, pues estaba ya del todo minado.

"Tan terribles revelaciones me parecieron verídicas; pero

no quise comprometerme. Dije á Uraga que el asunto era serio, y que le pedía unos dos ó tres días para resolverle. Entonces el general se puso á meditar unos momentos, y luego, hablando con la viveza y el imperio que acostumbraba, me dijo: "Está bien, para que reflexione vd. con más libertad, váyase inmediatamente á Colima y regrese en el acto. La soledad del camino será su mejor consejero."

"Me despedí de él; la conferencia había durado más de dos horas, y era ya la madrugada cuando llegué á mi alojamiento. Desperté á mis compañeros, mandé ensillar, y poco rato después caminábamos rumbo á Colima.

"En los pocos días que duró la expedición comuniqué á mi secretario y á alguna otra persona que me acompañaba, cuanto había pasado. Desde luego, la opinión de Rodríguez Gil fué que yo contestara á Uraga estar de acuerdo con él, por lo que volvería á Uruapan con el objeto de llevarme la división ó incorporarme con ella al ejército de Márquez; que Uraga, confiado en mi promesa, haría su marcha directa á León sin tocar al Estado de Michoacán, ó al menos dejando muy lejos á Uruapan, y sucedido esto, los nuevos acontecimientos marcarían mi conducta, en el concepto de que él (Rodríguez Gil) creía que en Michoacán, y contando con los guerrilleros oriundos de aquel suelo, podríamos seguir luchando contra la intervención.

"La otra persona que me acompañaba y que no quiero ni nombrar, no abría sus labios en presencia de Rodríguez; pero cuando éste nos dejaba solos, se empeñaba en que cesase yo en mi afán de lucha, que no era posible la resistencia contra el ejército francés, tan numeroso, que bastaba á ocupar militarmente todo el país, y cuanto yo hiciera se tornaría en mi daño, pues que en la facción juarista todo era falsedad, ambición, intrigas: que el verdadero patriotismo, en fin, consistía, en aquellos días, en hacerse imperialista y esperar el tiempo oportuno para restablecer la República.

"Confieso que sentía yo fiebre de tanto meditar en este asunto y que no me resolvía á tomar una resolución decisiva.

"En Colima hablé con D. Julio García, á quien también hallé en una situación de ánimo nada tranquila. Y como era

fuerza regresar á Zapotlán, al fin adopté la opinión de Rodríguez Gil, y en este sentido hablé con Uraga y quedamos convenidos.

"Antes de concluir, debo decir á vd. que los sucesos me revelaron que Rodríguez Gil era uno de los que ambicionaban el Gobierno de Michoacán, y que en Morelia supe que la otra persona de que he hecho referencia era un agente que el imperio tenía á mi lado.

"Después regresé á Uruapan; y cuando menos esperaba, un día llegó allí Uraga y precipitó los acontecimientos que vd. y todos presenciaron."

Al concluir esta relación, Caamaño se hallaba profundamente emocionado: sus ojos estaban húmedos y pálido el color de su semblante.

—Señor, le dije, cuanto vd. me acaba de referir atenúa mucho su falta......

—No, Licenciado, me contestó, eso no fué una falta, ¡fué un crimen!

—Un crimen que su conducta posterior ha disculpado.

—Tampoco, amigo mío; ese crimen sólo pudo haberse borrado, volviendo al campo de la lucha á pelear como soldado raso. Lo solicité, pero nadie entonces creyó en mi arrepentimiento. Tuve que devorar á solas mi vergüenza.

Acababa ya la tarde cuando me despedí del general Caamaño. A los tres días supe que había muerto repentinamente.

La orden de Uraga á Caamaño para que hiciese un viaje á Colima mientras reflexionaba sobre las propuestas que le había hecho, no obedecía más que al deseo de aislar al jefe de la división de Michoacán, respecto de los demás generales del Ejército del Centro residentes en Zapotlán ó en las poblaciones de aquella zona. Uraga no contaba con éstos, y temía que Caamaño se comprometiese con ellos y desbaratase sus planes.

Entre los jefes descontentos de Uraga, figuraba en primer

término el patriota y demócrata de corazón general D. José María Arteaga, quien observando la política vacilante y tortuosa de aquél, acabó por desconocer la autoridad de Uraga y de su segundo en jefe general Miguel M. Echeagaray. Dos veces dió orden Uraga para que Arteaga entregase el mando al general Neri, y las dos veces fué desobedecido. Furioso el General en Jefe, envió al general D. Tomás O'Horán con una brigada y á Neri con otra, para que por la fuerza hiciesen que Arteaga obedeciera; pero éste se retiró á Tecolotlán, en donde el 18 de Junio él y sus subalternos expidieron un manifiesto declarando traidor á Uraga, y exponiendo en él que si no habían esperado en Sayula á O'Horán y Neri, había sido por evitar un derramamiento de sangre entre tropas que seguían la misma bandera.

La actitud de Arteaga abrió los ojos de los demás jefes, y Uraga comprendió entonces que nada podría esperar de éstos y que le era imposible hacer defeccionar al Ejército. Entonces afectó en público creer que el descontento era contra su persona, por su carácter violento y por su celo exagerado por la disciplina. Dijo que no quería ser obstáculo en aquellas circunstancias para que el ejército caminase en la senda del deber, y dió orden á Echeagaray de que reuniese en Sayula á los generales de las divisiones y brigadas, y á los jefes de los cuerpos, enterándolos de la resolución tomada por el General en Jefe de resignar el mando, y previniéndoles que en votación secreta nombrasen al que debía substituirlo. La votación roló entre el mismo Echeagaray y el general Tapia, pero la mayoría se decidió por el primero, puesto que el mando le correspondía conforme á la Ordenanza. Uraga, el día 21, confirmó el nombramiento, y en la comunicación respectiva, haciendo alusión á su persona, decía: "Quiero, pues, como último sacrificio á este pobre país, separarme del mando, quitar el pretexto de discordia y enseñar con la conducta que voy á tener después, cómo concluye el hombre que tiene el sentimiento de amor á su país, y lo que es un ciudadano que estima en mucho su propio honor."

Causaría indignación este lenguaje si no fuera el que empleaban los militares del antiguo ejército que no tenían creen-

cias políticas, y que lo mismo servían y traicionaban á la causa liberal que á la del partido contrario. Uraga nunca fué republicano sincero, ni menos firme en sus principios.

Después de estos sucesos, Uraga se manifestó en público vacilante sobre si iría á presentarse al Sr. Juárez, ó si retirándose á la vida privada, marcharía al extranjero. Repentinamente se le vió tomar la dirección de Uruapan.

Arteaga y los suyos tampoco reconocieron á Echeagaray, de cuyo patriotismo y lealtad desconfiaban, y de esta opinión participó, sin duda, el Presidente Juárez, puesto que por decreto de 1º de Julio determinó que se encargase del mando del Ejército republicano del Centro el general D. José María Arteaga, revistiéndolo de facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Colima, Querétaro y los Distritos primero y tercero del Estado de México, que constituyeron, desde entonces, la extensa demarcación del Cuartel General de aquel Cuerpo de Ejército. Arteaga tomó posesión de su encargo el 21 de Julio.

¡La traición se había alejado del campo republicano!

CAPITULO XIII.

(1864)

Cinismo de Uraga.—Continúan las intrigas de los clericales.—Campaña sobre Zitácuaro.—Muerte de Elizondo.—Combate del 5 de Julio.—Albricias.—El primer canje.—Riva Palacio es ascendido á general de brigada.

No es aún tiempo de abandonar á Uraga, pues este jefe, convertido en agente del imperio, se multiplicaba escribiendo cartas, no solamente á sus subalternos, sino á otros generales republicanos que obraban en lugares remotos de la residencia de aquél. A todos quería inculcar la idea de que en el campo liberal no quedaban ya más que hordas de bandidos, en tanto que las fuerzas intervencionistas ocupaban el país entero con beneplácito de sus habitantes. Uraga se creía hombre de influencia decisiva entre los jefes del ejército republicano; pero pronto tuvo el desengaño de ver desvanecidas sus ilusiones.

Bueno es decir que no se atrevió á invitar para que lo acompañase en su defección al coronel Riva Palacio; al contrario, respetando su patriotismo, y acaso también por el cariño que había profesado á la familia de este patricio, le escribió desde Zapotlán, con fecha 18 de Junio, lo siguiente: "Querido Vicente:—He recibido su carta de fecha 4 del corriente y por ella veo con satisfacción el aumento que está haciendo de su fuerza, el buen orden en que se encuentra y las esperanzas que tiene de hacer con ella algo de provecho. —Mi situación por aquí es la continuación de la guerra que sabe usted siempre me ha hecho la canalla á quien he procurado refrenar y entonces apela á lo de siempre, que trato con

el enemigo, que traiciono y que los vendo.—A ésta del Sur de Jalisco, luego que he tratado de ver cómo gastan y de procurarle economías, inmediatamente ha comenzado á andar en ese camino trillado; y el mismo Arteaga se ha colocado á su frente, haciéndome tomar la resolución de abandonar estos hombres á su suerte, como lo haré próximamente, porque ni mi carrera, ni mis años, ni mis antecedentes me pueden permitir transigir con las gavillas y el pillaje.—Usted, querido Vicente, continúe regularizando su fuerza, y sobre todo, sujetándola á la más severa disciplina, y convénzase de que sólo de esta manera se corresponde á la institución del ejército y puede exigirse de los pueblos simpatía y aprecio.—Aun cuando hoy estas ideas no lo hagan á usted digno por el momento del aprecio público, por fin viene un tiempo en que la historia hace justicia y juzga y coloca á los hombres y á las cosas en el lugar que se merecen.—Que usted se conserve bien y mande á su afectísimo amigo y servidor Q. B. S. M.—*José L. Uraga.*"

También Caamaño, vacilante, como lo hemos observado, en tomar una resolución en vista de las insinuaciones de Uraga, escribía en 26 de Junio, ya de regreso á Uruápan, la carta siguiente al coronel Riva Palacio:—"Querido Chinacate: —He recibido tus muy pequeñas cartas sin pormenores de la situación de esos rumbos, suplicándote que otra vez que me dediques un momento sea más extenso.—Te felicito por el triunfo que alcanzaste sobre los imperialistas en tu Estado, y muchos como ese te deseo.—Por aquí estamos muy mal. El general Uraga está con el imperio, el Gobierno General nos niega toda clase de auxilios y nos abandona: sufrirémos y arrebatarémos la constancia de donde la hallémos para ser dignos.—Adios, Chinacate, sé feliz.—*J. B. Caamaño.*"

Y si Uraga no se atrevió á invitar á Riva Palacio á que defeccionase, menos lo hicieron los agentes que el imperio tenía en Michoacán para sobornar á los jefes republicanos.

Mientras la intriga infame estaba funcionando, se habían paralizado las operaciones de la guerra por parte de los imperialistas, tanto en el Sur de Jalisco como en el de Michoacán. No sucedió lo mismo en la línea de Oriente. En ella fijó

su atención el general en jefe del ejército expedicionario francés, que era quien dirigía la campaña. Persuadido de que nada ni nadie podría domar el patriotismo de los que luchaban en Zitácuaro, aprestó sus fuerzas. El 30 de Junio aparecía Márquez en Irimbo con una división de más de dos mil hombres de las tres armas, siendo jefe de una de las brigadas el ya célebre general Rosalío Elizondo: de México había salido una columna de franceses y traidores en número de mil plazas, que á marchas forzadas se dirigían también para Zitácuaro, y del Valle partía con igual dirección el famoso contraguerrillero imperialista Laureano Valdés con quinientos hombres.

Riva Palacio tenía en Zitácuaro y sus alrededores á Nicocolás Romero con sus cien Lanceros de Zaragoza, á Crescencio Morales con la "Guardia Nacional de Zitácuaro," compuesta de cien infantes y cincuenta dragones, siendo sus jefes Donaciano Ojeda y Francisco Serrato, la guerrilla Garza y los mosqueteros que mandaba Castillo con cuarenta ginetes, otra pequeña fuerza de caballería á las órdenes de Solano y tres batallones que en conjunto tenían un efectivo de ochocientas plazas, mandados por Luis Robredo, Félix Bernal y Luis Carrillo, debiéndose agregar á dichas fuerzas algunos vecinos de Zitácuaro que en aquellos momentos se presentaron, ofreciendo sus servicios. El total de las tropas no excedía de mil doscientos hombres.

Estas fuerzas estaban repartidas en Tuzantla, Laureles y la Encarnación. En Zitácuaro se encontraban Nicolás Romero con sus cien hombres y Crescencio Morales con su guardia nacional; Riva Palacio se hallaba en la referida hacienda de la Encarnación acompañado de Castillo y Solano.

Tan luego como se tuvo noticia de la aproximación del enemigo, el coronel en jefe expidió sus órdenes para que se concentrasen todas aquellas fuerzas en Zitácuaro; pero Márquez había avanzado rápidamente y se presentó en las goteras de la heroica ciudad en la mañana del día 1º de Julio. Una ligera neblina velaba el terreno y no permitió á Márquez calcular con exactitud el número de hombres que, colocados en el cerro del Hoyo de la Arena, camino de Túxpan, espiaban

sus movimientos. Aquellos hombres eran los ginetes de Nicolás Romero y de Crescencio Morales y mandando en jefe la pequeña columna el coronel Vicente Riva Palacio, quien antes de avistarse la división enemiga se había adelantado á reconocerla, regresando en seguida por la falda de la colina. Por su parte, el general Márquez, tan luego como se le avisó que los chinacos estaban posesionados de la altura, avanzó á hacer un reconocimiento, tomando con un guía y con su escolta un sendero que atraviesa el fondo de la barranca. En el campamento republicano se dió el toque de enemigo al frente, y la guerrilla de exploradores, compuesta de veinte ginetes que se hallaban al borde de la barranca, al ver dentro de ella el grupo en que iba Márquez, tendieron sus mosquetes y estaban á punto de disparar, cuando alguna voz gritó:

—No tiren, que es el coronel que vuelve de reconocer al enemigo.

Los soldados retiraron el dedo del gatillo, y los traidores, siguiendo su marcha, se ocultaron tras un recodo de la quiebra. En esos momentos, viniendo por el lado opuesto, llegaba Riva Palacio á donde estaba la guerrilla, que se quedó sorprendida al mirarlo, comprendiendo, empero, que su equivocación consistió en que tanto este jefe como Márquez, en aquel dia, montaban caballos del mismo color y vestían idéntico traje; sombrero fieltro aplomado de ala ancha, mangas de hule y botas fuertes.

Los guerrilleros se daban á todos los diablos, pensando que acababan de tener á Márquez á boca de jarro y que, sin dispararle un tiro, lo habían dejado escapar.

En ese día se incorporaron á la división imperialista la columna salida de México y la tropa de Laureano Valdés, y al día siguiente avanzó este ejército sobre Zitácuaro. La ciudad estaba desierta, pero en las alturas que la rodean se hallaban alerta los chinacos.

No bien el 5º cuerpo de caballería de la división Márquez había pasado la cañada que en el mismo camino de Tuxpan se halla en el paraje del Hoyo de la Arena, cuando Nicolás Romero, á la cabeza de sus ginetes, se echó sobre ellos, sembrando la muerte en sus filas é introduciendo la confusión

entre aquellos altivos escuadrones. El clarín de Márquez les tocó retirada, y para apoyar este movimiento se dió orden á Elizondo de situarse en el borde de la cañada y de tirotear al enemigo. Los antiguos "Lanceros de Huerta," cuya denominación se había cambiado en la de 7º de caballería, protegieron la fuga (que no fué retirada) de los restos del 5º, y cuando éstos habían acabado de pasar, Elizondo, que estaba pie á tierra cubriéndose con su caballo, trató de montar, y al levantar sobre la silla la pierna derecha, recibió en ella un balazo de los rifles de Romero.

Márquez dispuso en el acto que el 7º de caballería escoltase al herido, á quien se colocó en una camilla, y que lo condujese á Maravatío, en donde el 4 murió Elizondo, horrorosamente hinchado de todo el cuerpo. Apenas sobrevivió un mes y veinte días á su traición.

En cuanto al grueso de la división, penetró en Zitácuaro en medio de los disparos y de la gritería de los chinacos que coronaban las alturas de Camémbaro y las faldas del Cacique.

El día 3 emprendió Márquez, acompañado de los franceses, su regreso á Maravatío y Morelia, dejando en Zitácuaro una fuerza de dos mil hombres al mando de los coroneles D. Doroteo Vera, D. Paulino Gómez Lamadrid, D. Laureano Valdés y D. Antonio Díaz, los que á toda prisa levantaron trincheras y construyeron otras fortificaciones.

Entretanto, iban incorporándose á Riva Palacio las fuerzas de infantería, procedentes de Tuzantla y Laureles. Todo el día 4 los chinacos estuvieron desafiando á los imperialistas á que salieran á batirse en campo raso. El desafío no fué tomado en consideración.

En la noche, el coronel Riva Palacio organizó sus columnas y dió orden de que estuviesen listas para el ataque al amanecer del día siguiente. No debo olvidar que en los batallones de Bernal, Robredo y Luis Carrillo figuraban los prisioneros del Tulillo, convertidos ya en soldados republicanos.

Apenas había iluminado el nuevo sol las elevadas crestas de las montañas que rodean á Zitácuaro, cuando ya los chinacos de Nicolás Romero, tendidos en tiradores, penetraban en las calles de Zitácuaro, disparando sus armas sobre las trincheras

del enemigo, en tanto que Riva Palacio, posesionado del cerro de Guadalupe, formaba en ángulo su línea de batalla. Sostenía el ala derecha Julian Solano con cuarenta dragones y la pequeña fuerza de infantería de Luis Carrillo; la izquierda estaba á las órdenes de Castillo con el escuadron de su mando, y cubrían el vértice del ángulo los batallones de Robredo y Bernal, al frente de los cuales se hallaba el coronel en jefe. ¿Cómo se resolvieron los traidores á atacar el centro de aquella batalla que tenía su base en el cerro de Guadalupe? No lo puedo explicar; pero es lo cierto que una gruesa columna de infantería salió de Zitácuaro y comenzó á batir la posición de los republicanos, viéndose inmediatamente envuelta en los fuegos de las dos alas y del centro de nuestra batalla. Los traidores conocieron entonces su falta y emprendíeron una precipitada fuga hacia el centro de la plaza, dejando muchos muertos y heridos y ochenta prisioneros. A los toques de diana de los clarines revistó Riva Palacio á los referidos prisioneros; les habló de la patria, del entusiasmo y valor de los soldados que pelean por ella y del orgullo que los chinacos experimentaban, llamándose defensores de la libertad. A una voz los ochenta imperiales gritaron vivas á México y á Riva Palacio y pidieron que se les incorporase en nuestros batallones.

Entonces la infantería de Robredo y de Bernal se lanzó sobre Zitácuaro y asaltó las trincheras, no obstante el fuego nutrido que desde ellas se les hacía. En aquellos momentos acudíó la reserva del enemigo que se mantenía en la plaza de la ciudad, al mando del coronel D. Antonio Díaz. Con la premura que el tiempo demandaba, el coronel Vera organizó tres columnas de infantería y caballería y las mandó sobre los republicanos. Se trabó entre unos y otros combatientes una lucha terrible: en algunas calles se batían á balazos; en otros puntos el combate era al arma blanca, y las bayonetas todas estaban tintas en sangre. Los oficiales buscaban á los oficiales y se verificaban duelos á espada. Y cosa notable; entre los que luchaban se hacían distinguir por su valor y por su encono aquellos hombres que en la mañana habían sido imperialistas, luego prisioneros y ahora soldados de la patria.

La victoria se mantenía indecisa.

El general envió uno de sus ayudantes con orden á Crescencio Morales de que avanzase con sus guardias nacionales y con los vecinos de Zitácuaro, que todos juntos formaban la reserva de los liberales, y que atacase la plaza, penetrando en ella por el rumbo de la parroquia.

Era ya la una de la tarde: se oía el clarín de Morales tocando paso veloz; Riva Palacio estaba impaciente, nervioso, esperando que aquellos hombres volasen y acometieran para hacer un impulso general sobre las fortificaciones.

De repente se obscureció el cielo: gruesas nubes lo habían encapotado y vertían en la tierra raudales de agua, en tanto que trepidaba el fragor de los rayos que se deshacían en pavorosos relámpagos.

Pronto bajaron de los cerros torrentes que inundaron el campo: el aguacero arreciaba, el parque estaba mojado, los soldados se hundían hasta las rodillas en el lodo y los caballos detenían su paso sin que fuera posible hacerlos avanzar.

De uno y otro lado cesó la pelea; pero mientras que los imperiales podían guarecerse dentro del perímetro fortificado, los republicanos, en campo abierto, sufrían la intemperie de los elementos. Riva Palacio ordenó la retirada, que verificaron nuestros soldados en el mejor orden y sin ser molestados por el enemigo.

Los jefes subalternos rindieron sus partes: había pérdidas sensibles: varios oficiales habían muerto en el ataque y faltaban como sesenta hombres en la clase de tropa. El coronel Bernal se lamentaba de haber visto caer prisionero al comandante de batallon de su cuerpo, el denodado Carlos Borda. El Prefecto Morales avisaba haberse perdido, á la hora del ataque, la pequeña imprenta que Riva Palacio cuidaba con tanto esmero, y agregaba Morales que el cajista había muerto en el combate.

En cambio el enemigo había sufrido también pérdidas considerables, en muertos, heridos y prisioneros, figurando entre éstos el capitán D. Pedro Martínez, uno de los oficiales más distinguidos en la división Márquez, y entre los heridos el teniente coronel Pascual Rubí, segundo de Lamadrid.

Riva Palacio había cedido ante los elementos; veía inutilizado su parque; perdióse la brillante oportunidad que se le había presentado, pero lo alentaba la fe y pensaba que era cuestión de tiempo, nada más, apoderarse de la plaza de Zitácuaro. No se consolaba de la pérdida de su imprenta que tanto le servía, y lamentaba de corazón la muerte de Camilo, el cajista á quien quería por su constancia y abnegación. Recordaba que aquella imprenta la había sacado de Toluca un Sr. Quijano, quien enseñó á Camilo, que era su yerno, á manejarla con toda perfección. El desgraciado dejaba una viuda joven y un hijo recién nacido.

Con estas reflexiones pasó Riva Palacio la noche del día 5. No había amanecido aún el día 6, cuando á todo escape llegó un correo del Prefecto Crescencio Morales, quien le avisaba que el enemigo había hecho en la noche preparativos de marcha. En efecto, en las primeras horas de la mañana evacuaron los traidores la plaza de Zitácuaro, marchando á toda prisa. El coronel Doroteo Vera tomó el rumbo de Maravatío: Laureano Valdés y los que habían salido de México huyeron por el camino de los Ahorcados, y Lamadrid se dirigió á Toluca, pasando por la Sabana. De todas partes recibía Riva Palacio avisos de que los traidores, en su despecho, iban saqueando los pueblos y las haciendas, y cometiendo toda clase de tropelías con las familias.

Así concluyó la jornada del 5 de Julio, que si no fué una victoria verdadera para los republicanos, se tradujo en una derrota completa para los imperialistas.

Cuando Riva Palacio avanzaba á ocupar de nuevo á Zitácuaro, le salió al encuentro Nicolás Romero, y le dijo:

—Albricias, señor, déme vd. las albricias.

—De ellas mismas, Nicolás.

—Eso no puede ser. Imagínese vd. que ese pobre de Camilo, á quien mataron ayer los traidores, acaba de resucitar.

—¿Cómo es eso? Explíquese usted.

—Pues así; casi á mi lado cayó ayer herido. Estoy por asegurar que lo ví boquear y estirarse; lo cierto es que cuando nos retiramos estaba entre un montón de muertos. Como llovió toda la tarde y la mayor parte de la noche, es claro que

el aguacero le lavó y le curó la herida; lo cierto es que esta mañana al entrar á Zitácuaro lo ví sentarse entre los muertos, y con mucho garbo me preguntó: qué, ¿siempre ganamos?

—¿Se salvará?

—¡Cómo no! Si ya casi está bueno y sano.

En efecto, cuando Riva Palacio entró á Zitácuaro pudo ver á Camilo al lado de su ex-viuda y de su ex-huerfanito.

Parece que Márquez tenía especial predilección por el capitán D. Pedro Martínez, pues desde luego promovió el canje de éste por el del comandante Borda. Por supuesto que Riva Palacio lo admitió inmediatamente, y fué el primero que se celebró en Michoacán durante aquella época.

A este propósito, no estará por demás que los lectores conozcan la siguiente carta que el padre del capitán Martínez escribió á Riva Palacio. Dice así:—"Exmo. Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Morelia, Julio 14 de 1864.—Muy señor mío y de mi respeto: Por algunos dispersos de esta División que se han presentado aquí tengo comocimiento de los buenos y grandes servicios que le ha prestado vd. á mi hijo D. Pedro Martínez desde el momento que fué hecho prisionero por las fuerzas del digno mando de vd., y obligado por esto á manifestar á vd. mi gratitud, lo hago por medio de ésta por no estar á mi arbitrio otra manera. Reciba vd., pues, Señor General, las más expresivas gracias de un padre que ama con ternura á su hijo y el reconocimiento más sincero de una familia que cifra en éste su porvenir.—Por ofrecimiento espontáneo que el Sr. General Márquez me hizo, creo que á esta hora habrán hablado á vd. sobre canje, y por lo mismo me abstengo de extenderme sobre este punto para no distraer la atención de vd., pues creo que pronto tendrá vd. el gusto de ver á los suyos y yo al mío.—Dispense vd., Señor General, á quien desde hoy reconoce en vd. á una persona por mil títulos estimable, quedando á sus órdenes su afectísimo que su mano besa.—*Joaquín Martínez.*"

El canje se llevó á efecto, según puede verse en la siguiente carta: "Maravatío, Julio 30 de 1864.—Sr. D. Vicente Riva Palacio.—Muy señor mío:—Con arreglo á las instrucciones que tengo del Exmo. Sr. General de esta División y en

vista de lo que ha escrito el capitán del 4º batallón, D. Pedro Martínez, he dispuesto que el comandante Borda, hecho prisionero de guerra el día 5 del actual, quede en absoluta libertad, cuyo jefe piensa emprender mañana su marcha á ese punto. Espero que, en consecuencia, se servirá vd. mandar poner en completa libertad y auxiliar en lo necesario la marcha del expresado capitán Martínez para esta Plaza, en lo que dará vd. una prueba de la caballerosidad que lo distingue.—Sin otro asunto queda de vd. muy atento S. Q. S. M. B.—El general de brigada, *Carlos Oronoz.*"

Teniendo noticia el Gobierno General de la acción del Tulillo y de las jornadas de Zitácuaro del 1º al 5 de Julio, expidió en 24 del mismo mes despacho de General efectivo de Brigada al coronel Vicente Riva Palacio. Con este motivo y con el de la defección de Elizondo y acaso creyendo ya en las de Uraga y Caamaño, el Sr. Juárez escribió á Riva Palacio desde Monterrey, con fecha 24 de Julio, la carta siguiente: "Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Mi querido amigo: —Felicito á vd. por su constancia y por sus esfuerzos en favor de la independencia y libertad de la patria. Siga vd. trabajando, en el concepto de que hoy serán más eficaces nuestros trabajos, porque en nuestras filas sólo quedan hombres de fe y de corazón.—Los que vacilaban, ya se han separado. —Remito á vd. su nombramiento de general efectivo de brigada.—Soy su amigo afectísimo Q. B. S. M.—*Benito Juárez.*"

CAPÍTULO XIV.

(1864)

Situación de Caamaño.—Aleja de su lado á Eguiluz.—Llegada de Uraga.—Su viaje á Coeneo.—Junta de patriotas.—Defección de D. Antonio Huerta.—"Más tarde."—El coronel Hernández.—La marcha de Caamaño.—Prisión del Lic. Alipio Gaitán.—Una junta de jefes.—Villada á la cabeza del ejército.

Dejamos á Caamaño de regreso de Uruapan, víctima de las vacilaciones de su espíritu, fluctuando entre la idea de seguir á Uraga, adhiriéndose al imperio, ó de llamar á su lado á los patriotas de Michoacán y abrir una campaña de valor, de constancia y de patriotismo, y perecer en ella ó ver el triunfo de la República. Sus enemigos políticos lo rodeaban de obstáculos, lo hacían objeto de serias desconfianzas é iban formando contra él una verdadera tempestad.

Uraga le había asegurado que los guerrilleros todos de Coeneo estaban comprometidos á seguirlo en su cambio de bandera, y por su parte Caamaño creía que los jefes de su división obedecerían ciegamente sus órdenes. De esta creencia sólo exceptuaba al coronel D. Miguel Eguiluz, tanto porque de años atrás conocía la firmeza de sus principios, como porque sabía que estaba estrechamente unido al general Régules, retirado entonces del servicio, pero presto á saltar á la lucha cuando las circunstancias lo exigieran. Por tales consideraciones, Caamaño procuró alejar á Eguiluz de Uruapan, y al efecto, en los primeros días de Julio le dió orden de que fuera á encargarse de la línea de Ario, llevando consigo su brigada compuesta de doscientos infantes al mando del coronel Luis

G. Cáceres, doscientos de la misma arma á las órdenes del teniente coronel Antonio Domínguez, y los cien dragones "Lanceros de Toluca" de que era jefe nato el mismo Eguiluz.

Las demás fuerzas de la división se habían estado reconcentrando en Uruapan hasta completar un efectivo de dos mil plazas, poco más ó menos.

Aun era tiempo de que los consejeros íntimos de Caamaño lo condujesen por el buen camino. Había momentos en que este general se sublevaba contra la idea de traicionar; y precisamente acababa de citar una junta de honor en la mañana del día 11 de Julio, con el objeto de hacer patentes la situación política del país, el estado que guardaba el Ejército del Centro, y los proyectos de su general en jefe, cuando intempestivamente llegó un oficial que venía de camino, con el traje empolvado y jadeante de fatiga el caballo. Se dirigió á Caamaño y le pidió alojamiento para los generales Uraga, O'Horán y Emilio Rey, y para su comitiva, así como cuartel para cien hombres de infantería que los escoltaban.

Como una bomba que estalla cayó esta noticia á Caamaño quien, según sus conferencias con Uraga, suponía á este jefe marchando para León, á gran distancia de Uruapan.

Ya no se verificó la junta. El Gobernador mandó ensillar á toda prisa y fué á encontrar al General en Jefe. Ya en Uruapan, Uraga mandó llamar á Caamaño á su alojamiento, habló con él extensamente, lo apremió, lo sedujo, lo hundió en el abismo infame de la traición.

El día 13 por la mañana, Uraga salió de Uruapan con rumbo á Coeneo, escoltado por la pequeña fuerza que mandaba su hijo Ciro y por el cuerpo "Lanceros de la Libertad," á las órdenes del coronel Eugenio Ronda.

En el mismo día, formada en la plaza la división de Michoacán, estaba próxima á emprender su marcha. A fin de no hacer confusa la narración, seguiré por ahora al ex-general en jefe en su camino de la Sierra, dejando para luego la historia de Caamaño.

La comitiva pernoctó el día 13 en Nahuatzen, y llegó muy temprano á Coeneo al día siguiente. Para referir lo que pasó en aquel pueblo, tomo datos y aun párrafos íntegros de un artículo publicado por el periódico *La Municipalidad* que redactaba el Sr. Rafael Chávez Carrillo, uno de los patriotas que hicieron toda la campaña de Michoacán.

El 15 se verificó en Coeneo una junta á que concurrieron los patriotas más prominentes de aquel pueblo, de Quiroga y de Zacapu. "En la reunión, Uraga, tirando la careta, les manifestó que en aquella hora el Ejército del Centro había ya desaparecido, y que á los presentes no les quedaba otro recurso que reconocer al imperio." Con profunda indignación fueron escuchadas las palabras del general: contra ellas protestaron Garnica, Serranía y otros; y el general, reprimiendo su genio violento, procuró dar contestación reposada á cada uno de los que hablaron. Tomando un tono familiar les decía: "no sean ustedes tontos; si ahora nos hacemos traidores, es para traicionar mañana á la misma traición; vean claro las cosas; si por el momento nada podemos hacer, más tarde lo haremos todo. Sí, señores, *más tarde.*" Las últimas palabras subrayadas, llegaron á ser proverbiales, y siempre que entre la gente del pueblo se hablaba de un futuro contingente, se decía: "*Más tarde, como dijo Uraga.*"

"Ronda expuso en la junta que tenía comprometido su crédito particular en ochocientos pesos de vestuario y equipo que había gastado en su fuerza, á lo que Uraga contestó que no era esto un inconveniente, que formara el presupuesto de una quincena de *haber* para pagárselo inmediatamente; le dijo, además, que D. Antonio Huerta estaba nombrado General en Jefe de la línea, y que con él seguiría entendiéndose para todo lo relativo al servicio.

"Lo manifestado por Uraga y la salida ambigua de Ronda, produjeron tal indignación en los concurrentes, que no pudo ocultarse á Uraga, quien prosiguió diciendo: "Señores, deseo saber cuál es su última resolución......"

"Nadie contestó.

"En ese instante la veloz carrera de un caballo, cuyas pisadas cesaron en la puerta de la casa donde se verificaba la

reunión, vino á distraer á las personas que allí se encontraban. Poco después entró á la sala un individuo que traía el cuerpo ligado desde el vientre hasta el pecho,[1] quien se dirigió á Uraga y le entregó un rollito cubierto con lacre, dentro del cual estaba una carta, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—"¿De dónde vienes, hijo?

—"Vengo de Pátzcuaro, mi general.

—"¿Quién te manda?

—"El señor general Caamaño, que llegó ayer á aquella ciudad.

"Uraga comenzó á leer en secreto, y repentinamente exclamó, enseñando la carta á los que estaban cerca de él: "No queda un solo soldado en el Ejército republicano en todo Michoacán."

"Pero al decir esto, Uraga palidecía intensamente. Se puso en pie, y sin poderse contener, se dirigió á su hijo Ciro primero, y luego á los concurrentes:

—"Manda ensillar y que carguen las mulas. Señores, se da por terminada la junta."

La agradable noticia que contenía aquella carta y que Uraga recibió con tanta cólera como despecho, fué adivinada por los vecinos patriotas que estaban presentes, quienes en seguida se dirigieron á la casa del comandante Antonio Lara, en donde se improvisó un banquete animado en que reinaron la alegría y el entusiasmo. Hubo abrazos, brindis, juramentos de pelear por la patria.

"En la calle y en las demás casas se participaba del gozo. Los soldados del cuerpo "Lanceros de la Libertad," que andaban francos, pretendían desarmar las fuerzas de Uraga, embargar las cargas y matarlo, lo mismo que á Huerta y á Ronda, pues se había divulgado la noticia de que estos dos últimos estaban solemnemente comprometidos con el primero á pasarse á los traidores.

"Lo cual, observado por Garnica y Rangel, fueron á conferenciar sobre el particular con Ronda.

1 Así se ceñían el cuerpo los correos de á caballo, cuando caminaban á todo escape.—(Nota del autor.)

"Este, que se ocupaba de formar la cuenta y el presupuesto de que hemos hecho mérito, alarmado por lo que aquellos le acababan de decir, mandó tocar reunión, y una vez estando formada la fuerza dentro del cuartel, les dirigió la palabra á sus soldados, dándoles una satisfactoria explicación de su conducta, y protestándoles que derramaría á su lado hasta la última gota de su sangre por la independencia de su patria.

"En esa misma tarde salió Uraga para Zipimeo, acompañado de D. Antonio Huerta y escoltado por la fuerza de su hijo Ciro."

Ronda no desistió de recoger los ochocientos pesos que le había prometido Uraga, y envió al comandante Manuel Barboza, su secretario, y á su pagador el capitán Juan Delgado, á la hacienda de Zipimeo, en donde Uraga, todavía confiando en atraerse á Ronda, entregó el dinero que...... sirvió para haberes de los chinacos.

En Zipimeo esperó Uraga á Márquez. Ambos hablaron largamente en conferencia secreta. En seguida aquél presentó al jefe imperialista á D. Antonio Huerta, hermano del general D. Epitacio del mismo apellido, que habiendo caído prisionero en Puebla se hallaba entonces en Francia. Uraga dijo á Márquez que D. Antonio Huerta figuraba como coronel en las filas de los liberales, que había militado siempre en el partido de la República y había sido uno de los hombres que tenazmente había luchado por las leyes de Reforma; pero que, convencido de que la mayoría de la nación era contraria á la causa que hasta entonces había defendido, venía á ponerse á las órdenes del imperio, y que en premio de esta adhesión le había concedido el grado de general.

D. Antonio Huerta, que no tenía más méritos que ser un hombre valiente y la honra de ser hermano de D. Epitacio, pero que carecía de talento, oyó impasible el discurso apologético de su persona, y no salió de sus labios una sola palabra. Hecha la presentación, se le confirió el mando de la línea de la Piedad á Coeneo, que no llegó á desempeñar, porque se fué á vivir á Morelia durante algún tiempo, y ya lo veremos aparecer en escena, *¡más tarde, como dijo Uraga!*

Los dos generales se ocuparon en Zipimeo de escribir va-

rias cartas á Echeagaray y á otros jefes del Ejército del Centro, invitándolos á que se unieran al imperio. Después Márquez regresó á Morelia y Uraga se dirigió á León, despreciado por el partido liberal y juzgado mal por sus nuevos correligionarios. Véase cómo se expresa de él un historiador, el general Thoumas, en su obra "Les français au Mexique:" "Sometiéndose al partido del imperio, Uraga no arrastró consigo su división, cuyos jefes y oficiales protestaron contra la monarquía. Estuvo á punto de ser arrestado y se salió con una escolta de cien jinetes, hasta llegar á la línea de la división Márquez. Uraga perdió toda su influencia, porque su probidad recibió una tremenda herida, cuando se supo que había depositado en poder de algunos comerciantes alemanes de Colima una suma de doscientos mil pesos, provinientes de dilapidaciones." Si esta imputación es cierta, fuerza es desmentirla en lo que toca al origen del dinero, pues que eran tan exiguos los recursos con que contaba el Ejército del Centro, que jamás se contó con una cantidad en efectivo tan considerable. De otras arcas ha de haber salido esa suma.

Fíjense los lectores en que la traición de los jefes que militaban en el campo liberal, fué impotente para derrocar la República, en tanto que la de Maximiliano y López en Querétaro, y la de Márquez en no ir á auxiliar á aquella plaza, como se le había ordenado, fueron mortales para el imperio.

El mismo día 13 en que Uraga salió de Uruapan para Coeneo, la división de Michoacán, compuesta como he dicho de dos mil hombres y doce piezas de artillería de montaña, emprendió su marcha, según decía la orden general, rumbo hacia Ario.

Caamaño dejó en Uruapan nombrado Comandante Militar del Departamento, al coronel D. José María Hernández, jefe del batallón de guardia nacional de Toluca.

Era Hernández un hombre de edad senil, de quien diré unas cuantas palabras. Al avanzar al interior de México las fuerzas de la intervención, Hernández, que había sido nombrado por los oficiales y la tropa de aquel cuerpo, coronel del

batallón, abandonó una panadería de que era propietario, y con recursos propios equipó á sus soldados y marchó á la campaña. Fué en ella constante, batiéndose siempre con valor y conduciéndose con dignidad. Se le consideraba como el tipo más puro del patriotismo, y todos lo queríamos con respeto y ternura, y le llamábamos *Don Josecito*. En los tres años y medio que duró la campaña en Michoacán, el coronel Hernández sirvió siempre en aquel Estado. Ocupada por nuestras tropas la ciudad de Morelia, en las postrimerías del imperio, el coronel Hernández regresaba á Toluca cuando lo sorprendió la muerte en Acámbaro la noche del 15 de Mayo de 1867, pero habiendo tenido antes el gusto de saber por un extraordinario violento que iba á Morelia, que Querétaro había caído ya en poder de los republicanos.

Ahora bien: nombrado el coronel Hernández Prefecto de Uruapan, tuvo que dejar el mando del segundo batallón de Toluca, haciendo entrega de él interinamente al comandante José Vicente Villada. Me acuerdo que ví entonces á Don Josecito presa de una inquietud terrible, que no se calmó sino después de hablar con el Lic. D. Antonio Florentino Mercado. Su conversación en voz baja, era muy animada, y observé que el coronel Hernández asentía en todo á las indicaciones ó consejos del Sr. Mercado.

Como una circunstancia importante para el desarrollo de los sucesos que estoy ahora refiriendo, hay que advertir que el general Caamaño había confiado al coronel Hernández el secreto de sus proyectos, manifestándole que precisamente lo dejaba en Uruapan para no complicarlo en su realización. Hernández, á su vez, después de la conferencia con Mercado, impuso de ellos á Villada y habló con este jefe extensa y reservadamente.

La tropa, como he dicho, salió en la mañana del día 13. Caamaño permaneció allí hasta después del medio día. Se paseaba taciturno en el portal de las casas consistoriales, no lejos de sus caballos que estaban ensillados. Durante la comida, que le llevaron á la secretaría del Ayuntamiento, estuvo silencioso, sin mirar siquiera á las dos ó tres personas que lo acompañaban á la mesa.

Serían las dos de la tarde cuando emprendió también su marcha en pos de la división.

En Taretan, Caamaño se alojó en la hacienda de aquel nombre, mientras que su tropa lo hacía en la población y en el ingenio de azúcar de Acúmbaro. No parecía sino que el general tenía empeño de aislarse de sus soldados.

En esa noche mandó reducir á prisión al Lic. Alipio Gaitán, oficial mayor de la Secretaría de Gobierno, quien en la mañana de aquel día había estado poniendo comunicaciones reservadas que le dictó el mismo Caamaño. Gaitán fué conducido al cuartel de Villada, con orden á este jefe de que lo vigilara cuidadosamente. Ambos, el guardián y el preso, se hicieron mutuas confidencias acerca de la próxima defección del general.

Es de llamar la atención que Caamaño obrase con tanta ligereza, cuando era él tan cauto y tan reservado.

Antes de continuar el relato, es justo tributar un recuerdo á Gaitán. Era este joven abogado oriundo de Tacámbaro, había hecho sus estudios en el colegio de San Nicolás de Hidalgo, cultivaba las letras y tenía un corazón henchido de amor patrio. Sirvió al Gobierno legítimo durante toda la campaña, ya sucesivamente como juez de letras en varios distritos, ya como asesor en el ejército, ó como empleado en la Secretaría de Gobierno. Al triunfo de la República, el Presidente Juárez lo nombró juez de Distrito de Michoacán, y desempeñando este cargo, falleció algunos meses después del triunfo de la República.

Como resultado de la conferencia entre Gaitán y Villada, este último citó á su alojamiento al coronel Francisco Landa, mayor general de la división, al teniente coronel Espiridión Trejo y al comandante de escuadrón Justo Trejo. Tuvieron una larga conversación y se despidieron, manifestando grande alegría.

Al día siguiente se continuó la marcha rumbo á Ario. En la hacienda de Chuen, el general Caamaño mandó tocar alto, y por su parte el mayor general Landa dió orden de que la fuerza formase en batalla sobre una loma inmediata. Como esta orden no había sido dada por Caamaño, llamó la aten-

ción de este jefe, quien por algunos instantes permaneció indeciso ante aquella inexplicable actitud de sus soldados.

Caamaño estaba rodeado de un grupo de cinco personas.

Había llegado para él el momento supremo. Su mirada era hosca, siniestra; más de una vez se limpió con el pañuelo el sudor de la frente; apretaba, sin saber lo que hacía, los ijares de su caballo; tenía el rostro encendido, y con voz trémula por la emoción, mandó á su clarín de órdenes que diese el toque de marcha. Los clarines de los cuerpos iban ya á repetirlo, cuando el general observó que Villada y los Trejos recorrían las filas, hablando con los jefes y oficiales. Con acento nervioso mandó de nuevo al clarín que repitiese el toque, pero de nuevo, por orden de Villada, guardaron silencio los de los cuerpos.

Entonces Caamaño se puso intensamente pálido, habló en voz baja con el comisario general D. Miguel Bernal y con el pagador M. Valenzuela, quienes en el acto arrearon las mulas del *equipaje* y á trote largo se alejaron del sitio. Caamaño, en seguida, envió á su ayudante Martín Acevedo para que comunicara la orden de marcha. Acevedo transmitió el mandato á Landa; pero agregó de su cuenta que él también se quedaba al lado de la tropa. El general desprendió luego de su lado, con la misma comisión, á Miguel Adorno, jefe de su Estado Mayor, y este apuesto oficial, de quien hablaré más tarde, llegó á las filas gritando: "¡Viva la patria! ¡Viva Michoacán!" Finalmente envió á la última persona que le acompañaba, al coronel de Lanceros de Toluca, Manuel García, quien llegó á la columna exclamando también en alta voz: "¡Viva México! ¡Mueran sus malos hijos!"

Todos los cuerpos secundaron con entusiasmo aquellos vivas y aplaudieron de la misma manera una pequeña, pero enérgica arenga, que les dirigió el comandante Villada.

Al observar esta actitud de las tropas, Caamaño había tomado á trote largo el camino de Pátzcuaro. Márquez que, con una parte de la división de su mando, había salido de aquella ciudad, para apoyar el movimiento, ó mejor dicho, la defección, estaba situado en el cerro de Coporito, terrenos de

Santa Clara. Al presentársele Caamaño, y sabiendo por boca de éste lo que había sucedido en Chucn, lleno de cólera le ofrecía la fuerza allí presente para que fuera á batir inmediatamente á los facciosos. Caamaño, profundamente abatido y avergonzado por lo que acababa de pasar, se excusó, y después de su llegada á Pátzcuaro, emprendió su marcha á la ciudad de México, á perderse en las obscuridades del imperio.

En cuanto á la división de Michoacán, corrió por un momento el peligro de quedar acéfala; empero Villada, con un rasgo atrevido de energía, se puso á la cabeza de los soldados y mandó tocar orden de marcha, que se emprendió en el acto hacia Ario.

Desde que se tuvo en esta población la noticia de que Caamaño se dirigía á ella, abandonando á Uruapan, el coronel Eguiluz, con la brigada de su mando, se había retirado á la hacienda del Tejamanil; el mismo día 14 reunió una junta de jefes y oficiales, y poniendo en conocimiento de ellos el rumor que ya corría como exacto de la defección del general en jefe de la división, les propuso que desconociendo la autoridad de éste, se pusieran á las órdenes del general D. Nicolás de Régules. Todos aceptaron con entusiasmo la idea, y protestaron seguir luchando, aun contra sus propios compañeros de antes.

Mientras esto pasaba en el Tejamanil, la división, conducida por Villada, había llegado á Ario.

Comenzaba ya á despertarse la ambición entre los jefes superiores que había en aquella tropa. Para evitar á tiempo los males consiguientes, Villada convocó una junta de honor que se celebró el dia 15. En ella propuso que, conforme á la Ordenanza militar, el mando de la división debía conferirse al coronel D. Manuel García, que era el más antiguo entre los de la misma categoría que existían en aquella fuerza. Corría contra el mencionado coronel un viento de desconfianza, tanto por su amistad íntima con Caamaño, como porque se aseguraba que en sus opiniones políticas era más bien adicto á

las ideas conservadoras que á los principios republicanos. Villada acalló estos rumores, invocando la disciplina militar; expresando que si el ejército no había seguido á Caamaño, que tenía más prestigio, menos se dejaría arrastrar por García, y finalmente, que el mando de éste iba á ser interino, mientras se presentaba un jefe de mayor graduación ó el nombrado por el Cuartel General. García quedó, por de pronto, al frente de la división.

En cuanto á Villada, el Gobierno premió su lealtad y este importante servicio, ascendiéndolo á teniente coronel.

CAPÍTULO XV.

(1864)

Desaliento general que se convierte en alegría.—Entusiasmo en Uruapan.—El general Pueblita.—Reorganización del Ejército.—Rehusa Pueblita el encargo de Gobernador del Estado.—Lo acepta D. Antonio Rodríguez Gil.—Marcha Pueblita sobre Pátzcuaro.—Reseña histórica de esta ciudad.—El ataque.—Son rechazados los liberales.—Efectos del desastre de Pátzcuaro.—Salazar, Gobernador del Estado.—Nombra secretario de Gobierno al Lic. Justo Mendoza.—Reorganizan ambos la administración pública.—Prodigiosa actividad de Salazar.

En todo el Estado se daba como cierto que Caamaño estaba ya con sus tropas del lado del imperio. Al extenderse esta noticia, cundió el desaliento, y los agentes clericales afirmaban que antes de un mes se habría consolidado el nuevo orden de cosas y reinaría la paz, profundamente arraigada.

En Uruapan, la ansiedad era terrible, pues no se tenían noticias exactas de la marcha de la división. La ciudad estaba silenciosa, las calles solitarias. Solamente en el portal de las casas consistoriales se paseaba D. Josecito Hernández, meditabundo, triste, acongojado, sufriendo los tormentos de la duda.

Era la una de la tarde del día 15 (Julio).

Repentinamente oyó el galope de dos caballos que venían por distintos rumbos: uno que desembocaba por la calle de San Francisco y otro que bajaba á todo escape por la de Santiago. Al llegar al portal se apearon los jinetes y cada uno de ellos entregó al coronel Hernández un rollito de papel encerado en lacre. Con mano trémula rompió el sello, y sin disimular su emoción, leyó......

Sus mejillas se pusieron rojas, sus ojos se avivaron despidiendo rayos de alegría, y miró en torno suyo como buscando á algún conocido.

En aquel instante pasaba por allí una persona, cuyo nombre no hay necesidad de mencionar.

—Licenciadito, dijo el anciano, lo hago á vd. mi ayudante; nos hemos salvado; vaya vd. á la parroquia y diga que repiquen.

Al oir que las campanas soltaban sus lenguas de bronce, con aquella alegría, con aquella sonoridad que tienen las de Uruapan, los vecinos salieron apresuradamente de sus casas. El coronel Hernández les comunicó las noticias; la que procedía de Ario, avisando que Caamaño se había ido solo y que el ejército permanecía fiel, y la otra, participando que á los dos días estaría en la ciudad el general Pueblita con su valiente brigada. ¡El sol de la esperanza se alzaba de nuevo en el cielo de la patria!

Las calles se reanimaron; por todas partes había grupos de gente que platicaba con entusiasmo; en la noche hubo iluminación, abundaron los *puestos* y se verificó una *serenata.*

El día 17 entraron en Uruapan las fuerzas de la antigua división Caamaño; el general Pueblita llegó el día 18, y el 19 se verificó una junta numerosa de jefes superiores, en la que se acordó unánimemente nombrar Gobernador y Comandante Militar del Estado al general D. Manuel García Pueblita.

Este denodado campeón del pueblo era uno de esos hombres en quienes el patriotismo es todo un culto. Valiente, batallador incansable, inteligente y astuto guerrillero, el partido clerical lo odiaba con un rencor profundo, como lo sabe hacer cuando aborrece á alguien; por esto se ensañaba en calumniarlo. Más adelante me ocuparé un poco más de Pueblita; por ahora baste decir que era modesto en alto grado, ajeno al mezquino interés del dinero, leal, franco y comunicativo. Todas estas cualidades no fueron parte á evitar que el partido clerical lo difamara.

Cuando en aquella tarde del 19 de Julio, una comisión de la junta mencionada fué á comunicar á Pueblita su nombra-

miento de Gobernador, el general, enternecido por aquella manifestación de sus compañeros de armas, les dió las gracias por el honor que se le hacía; pero les dijo que de ninguna manera aceptaba el encargo, porque conocía su insuficiencia para desempeñarlo; que él sería el primero en obedecer con gusto á cualquiera otra persona que designara la junta con el carácter de interino, pues que sólo al Cuartel General del Ejército incumbía la facultad de hacer tal nombramiento. Expuso, por último, que tomaría el mando de la división por corresponderle del momento conforme á la Ordenanza militar, á reserva de entregarlo al jefe que fuese promovido por el mismo Cuartel General.

Aquellas palabras eran la expresión humilde, pero sincera y firme, del general Pueblita. La junta, en consecuencia, avisó al General en Jefe del Ejército del Centro, D. José María Arteaga, el estado de acefalía del Gobierno de Michoacán, y entretanto, nombró Gobernador provisional á D. Antonio Rodríguez Gil, á quien hemos conocido de secretario de Caamaño.

Rodríguez Gil era un hombre vanidoso, incapaz de desempeñar un cargo de importancia. Adrede se refería de él que, interpelado una vez sobre su programa político, contestó: "Me reservo mis opiniones y mis procedimientos," opiniones y procedimientos que, en efecto, quedaron reservados para siempre. Por lo demás, la frase se divulgó, sirviendo para denotar la nulidad de talento en alguna persona.

En virtud de los acuerdos de la junta, pudo Pueblita ponerse inmediatamente en campaña. La división se componía entonces de los dos mil hombres y las doce piezas de montaña que sacó de Uruapan Caamaño, de quinientos que constituían la brigada Pueblita, y de otros tantos que se hallaban en Ario á las órdenes de Eguiluz.

El general dejó en Uruapan como seiscientos hombres, y con el resto marchó sobre Pátzcuaro, dando orden á Eguiluz para que á las ocho de la mañana del día 24 estuviese con su tropa al frente de dicha plaza.

Antes de entrar en materia, haré una ligera reseña de la ciudad de Pátzcuaro.

En los días de la conquista, en que Cristóbal de Olid invadió por orden de Hernán Cortés el reino de Michoacán, Pátzcuaro era una ciudad de recreo de los emperadores tarascos. El desventurado Tzimtzicha (el Caltzontzin que reinaba en aquella época), después de haber estado oculto en Uruapan, por temor á los españoles, malaconsejado y no pudiendo vencer su pusilanimidad, se rindió humildemente á aquel capitán, saliendo á encontrarlo á orillas de Pátzcuaro, en el sitio en que está la capilla llamada "El Cristo," lugar que fué conocido desde entonces con el nombre de "El Humilladero,"[1] por la indigna sumisión del monarca.

Desde los primeros días de la conquista (1522), el venerable padre franciscano Fr. Martín de Jesús fundó en Pátzcuaro un convento de su orden, dedicándose los frailes, con todo celo, á la evangelización de los indios.

El obispo Quiroga llegó á Michoacán, con su carácter de prelado, en 1537, y viendo que la ciudad de Tzintzuntzan era muy sombría y falta de aguas manantiales, trasladó á Pátzcuaro la silla episcopal en 1540, "por haber en este último lugar muchos *nacimientos* de agua y estar más descubierto el paisaje, tanto á la salida del sol como á su puesta, por lo que es su cielo más alegre. Muy pronto la nueva corte episcopal llegó á tener treinta mil vecinos y se consideró como la metrópoli michoacana."[2] En cédula de 28 de Febrero de 1534, Tzintzuntzan recibió de Carlos V el título de *ciudad de Michoacán*, y el mismo monarca, á solicitud del obispo Quiroga, concedió á Pátzcuaro, en 20 de Junio de 1553, escudo de armas para ennoblecerla.

La primera catedral fué el templo que hoy se llama de la Compañía; pero poco después comenzó D. Vasco á edificar en la parte alta de la ciudad la suntuosa basílica con que quería dotar á su diócesi: su proyecto era el de un templo colosal, con cinco naves en forma de mano, aisladas una de otra, de tal modo, que las gentes que estuvieran en una no pudie-

1 Villaseñor. "Teatro Americano."

2 Basalenque. "Historia de la provincia de San Nicolás Tolentino."

sen ver á las de las otras. Llegó á España la noticia de la fundación de esta nueva Babel, y el emperador ordenó que se suspendiera la obra, dando así un golpe á la vanidad del obispo michoacano. Unicamente llegó á cerrarse, no con bóveda, sino con artesonado de madera, la nave de en medio, cuya capacidad es tal, que puede contener tres mil personas.

Para subir á la torre tenía unas escaleras de caracol construídas tan artificiosamente, que por una de ellas se subía y por la otra se bajaba, sin que pudiesen verse las gentes que las ocupaban. En el pueblo comenzó á decirse que aquel monumento era obra del diablo (¡pobre D. Vasco!), y en 1846, el cura párroco y algunos vecinos piadosos mandaron derribar los soberbios caracoles que no tenían rival en la República, lo que el canónigo D. José Guadalupe Romero califica de acto de barbarie.[1]

En Pátzcuaro, y en el antes citado año de 1540, fundó el obispo Quiroga el colegio de San Nicolás que se unió después al de San Miguel, establecido desde mucho antes en Guayángareo (después Valladolid y hoy Morelia) por el venerable Fr. Juan de San Miguel.

Los frailes agustinos, por orden del venerable Fr. Alonso de la Veracruz, fundaron en 1576 un convento de su religión, sujeto al priorato de Tiripitío.

En el mismo año se establecieron en Pátzcuaro los padres jesuitas, siendo su casa la segunda de la América, pues la primera se había establecido poco antes en la ciudad de México. De advertir es que el ilustrísimo D. Vasco fué el primero que pensó traer este rico presente de humildad, de abnegación, de desinterés, de ninguna hipocresía y de ningún afecto terrenal, á la tierra descubierta por Cristóbal Colón. El sitio en que se levanta en Pátzcuaro el edificio de la Compañía, es el que lo había sido del templo mayor en tiempo de la gentilidad, según afirma el padre Alegre: de modo que aquel lugar estuvo destinado primero á mansión de los demonios y después de los jesuitas.

Cuando llegaron éstos á Pátzcuaro, gobernaba á Tzintzun-

1 Estadística del Obispado de Michoacán.

tzan y sus dependencias D. Pablo Huitziméngari, nieto del último Caltzontzin: no tenía más hijos que el llamado D. Pedro, único en quien pudiera seguir la progenie de los reyes tarascos. Los jesuitas lograron hacer entrar á su orden al joven heredero de aquellos dominios, y en él se extinguió la antigua familia reinante de Michoacán. Sus cuantiosos bienes, como era natural, pasaron á poder de la desinteresada Compañía.

A mediados del siglo XVII fundaron convento de su orden los religiosos de San Juan de Dios, estableciendo un hospital, según los estatutos de su religión.

Finalmente, en 1748 se fundó una casa de monjas Catarinas, contigua al Santuario de Nuestra Señora de la Salud. Llegó á tener este convento hasta sesenta profesas y mayor número de niñas educandas, que en su mayor parte renunciaban al mundo para mayor honra y gloria de Dios.

Contiene la ciudad en su recinto más de doce templos consagrados al culto, siendo de notar que todos ellos funcionan en la actualidad, á pesar de que la población no excede de seis mil habitantes.

Pátzcuaro encierra notabilidades en materia de religión. La imagen de Nuestra Señora de la Salud está hecha de médula de la caña de maíz batida hasta formar pasta. La construyeron unos escultores indígenas, de orden de D. Vasco de Quiroga. El mismo prelado la bendijo é hizo grabar en el cuerpo las palabras "*Salus infirmorum.*" Se le atribuyen prodigiosos y continuados milagros, y acerca de muchos de ellos escribió un libro el padre jesuita Pedro Sarmiento. La Virgen de la Salud es muy venerada en todo aquel país.

En el convento de San Francisco existe un cuadro pintado en una pared. No obstante datar de la época de la conquista, esta pintura se conserva en muy buen estado y es una obra de arte. Representa al sublime asceta de Asís, con los ojos marchitos de tanto llorar y elevados al cielo, las heridas manando sangre y los brazos extendidos: dos frailes le acompañan y un papa está de rodillas á sus plantas. Este cuadro fué encontrado, no há muchos años, en una de dos paredes que estaban adheridas la una á la otra, en donde permaneció oculto por espacio de más de tres siglos.

En Pátzcuaro se conservan muchas tradiciones relativas al Sr. Quiroga. Una es la de que con un golpe de su báculo hizo brotar el agua potable de la ciudad, motivo por que la veneración común logró que se pusiese en el golpe de las aguas una ara consagrada, que subsiste todavía, después de trescientos años. Más necesitaban los de Tzintzuntzan de este milagro que no los de Pátzcuaro, pues que, precisamente por haber en este lugar muchos nacimientos de agua, se decidió D. Vasco á trasladar allí la sede episcopal.

La ciudad guarda con veneración los restos del tantas veces referido obispo, y el sombrero que usaba, hechura de los indios de Nurío.

Pátzcuaro posee también una campana consagrada por la mano del mismo Sr. D. Vasco de Quiroga, y cuyo tañido sirve para disipar las tempestades y para hacer cesar los temblores.

Volviendo ahora á la famosa parroquia, diré que con el transcurso del tiempo fué deteriorándose por los temblores, hasta que se desplomó en el terremoto de 7 de Abril de 1845, y reedificada por los vecinos, volvió á destruirse á causa del temblor de 19 de Junio de 1858.

En una población así, tan llena de monumentos y de recuerdos religiosos y heráldicos, es natural que los habitantes sean y hayan sido siempre partidarios del antiguo régimen, si bien es justo manifestar que, en lo general, han abrigado sentimientos humanitarios. Debo hacer especial mención de las señoras, cuya alma piadosa y corazón sensible son reconocidos en Michoacán, y de grata memoria para los desvalidos.

Pátzcuaro dejó de ser la capital de la provincia de Michoacán por decreto de 25 de Diciembre de 1575, dictado por el virrey D. Martín Enríquez, quien mandó que las autoridades se trasladasen á Valladolid. Este fué el origen de la rivalidad entre patzcuareños y vallesolitanos, rivalidad que no se ha extinguido en tres siglos.

Durante el Gobierno colonial no registra la historia ningún hecho notable acaecido en Pátzcuaro. La existencia se deslizaba allí tranquila y con cierto bienestar, merced á la situa-

ción del lugar, rodeado de pueblos productores, y gracias también á que residían allí los ricos propietàrios de las mejores haciendas de la tierra caliente de Michoacán. Desde la guerra de insurrección, y después, en el largo período de nuestras revoluciones, muchos de aquellos hacendados fueron á radicarse á Morelia, Guanajuato, México y otras grandes ciudades de la República, huyendo de los préstamos forzosos y de otras tropelías, no siendo pocos los que por las mismas causas quedaron allí completamente arruinados. Por tal motivo, la ciudad ha ido decayendo hasta llegar al estado lastimoso. que hoy guarda, cuando podía ser la población más pintoresca de la tierra mexicana por su espléndido lago, por lo quebrado del sitio en que se alza, por los bosques profundos y las altas montañas que la rodean, así como por su clima dulce, bienhechor y propicio á la salud. El día en que los rayos de la libertad despierten del marasmo de las antiguas ideas á los habitantes de Pátzcuaro, será el principio de una encantadora metamórfosis.

Mirándola bajo otro aspecto, la ciudad ha sido el baluarte de los Gobiernos reaccionarios de Michoacán, el punto avanzado de Morelia sobre los revolucionarios. Depende esto de que, situada á corta distancia de la capital del Estado, recibe de ella prontos y eficaces auxilios. Y como además es un centro de donde parten los caminos para Tacámbaro, Ario, Taretan, Uruapan, Apatzingán, Zacapu, Quiroga y Coeneo, lugares todos que han sido campamentos de los liberales, de Pátzcuaro se pueden enviar expediciones para aquellos rumbos; de allí salían tropas para dar *albazos* ó para acudir en auxilio de las guarniciones. Han favorecido esta actitud de la plaza, su situación como centro de aquella gran zona y las opiniones políticas de sus habitantes. Los patzcuareños, además, han sido siempre hombres valientes y decididos.

¿Podemos considerar á Pátzcuaro como una plaza militar? De ninguna manera, si las fuerzas que la atacan están provistas de artillería de batir. La ciudad está rodeada de alturas: por el Oriente se alzan las lomas de San José; por el Sur se eleva el fragoso pedregal; por el Poniente el cerro del Calvario, y por el Norte el Colorado, que dominan no sólo la ciu-

Santa Clara. Al presentársele Caamaño, y sabiendo por boca de éste lo que había sucedido en Chucn, lleno de cólera le ofrecía la fuerza allí presente para que fuera á batir inmediatamente á los facciosos. Caamaño, profundamente abatido y avergonzado por lo que acababa de pasar, se excusó, y después de su llegada á Pátzcuaro, emprendió su marcha á la ciudad de México, á perderse en las obscuridades del imperio.

En cuanto á la división de Michoacán, corrió por un momento el peligro de quedar acéfala; empero Villada, con un rasgo atrevido de energía, se puso á la cabeza de los soldados y mandó tocar orden de marcha, que se emprendió en el acto hacia Ario.

Desde que se tuvo en esta población la noticia de que Caamaño se dirigía á ella, abandonando á Uruapan, el coronel Eguiluz, con la brigada de su mando, se había retirado á la hacienda del Tejamanil; el mismo día 14 reunió una junta de jefes y oficiales, y poniendo en conocimiento de ellos el rumor que ya corría como exacto de la defección del general en jefe de la división, les propuso que desconociendo la autoridad de éste, se pusieran á las órdenes del general D. Nicolás de Régules. Todos aceptaron con entusiasmo la idea, y protestaron seguir luchando, aun contra sus propios compañeros de antes.

Mientras esto pasaba en el Tejamanil, la división, conducida por Villada, había llegado á Ario.

Comenzaba ya á despertarse la ambición entre los jefes superiores que había en aquella tropa. Para evitar á tiempo los males consiguientes, Villada convocó una junta de honor que se celebró el dia 15. En ella propuso que, conforme á la Ordenanza militar, el mando de la división debía conferirse al coronel D. Manuel García, que era el más antiguo entre los de la misma categoría que existían en aquella fuerza. Corría contra el mencionado coronel un viento de desconfianza, tanto por su amistad íntima con Caamaño, como porque se aseguraba que en sus opiniones políticas era más bien adicto á

las ideas conservadoras que á los principios republicanos. Villada acalló estos rumores, invocando la disciplina militar; expresando que si el ejército no había seguido á Caamaño, que tenía más prestigio, menos se dejaría arrastrar por García, y finalmente, que el mando de éste iba á ser interino, mientras se presentaba un jefe de mayor graduación ó el nombrado por el Cuartel General. García quedó, por de pronto, al frente de la división.

En cuanto á Villada, el Gobierno premió su lealtad y este importante servicio, ascendiéndolo á teniente coronel.

---

con la instrucción de tomar este edificio, mientras que Villada asaltaba la trinchera de San Francisco. Genaro Román, con la mitad de su batallón, avanzando por la calle del Santuario, tomó el reducto fortificado del *cerrito de Acha*, distante ochenta metros de la plaza principal de la población. Pueblita con el resto del batallón Matamoros, y Rocha con el que era á sus órdenes, apoyaban á aquellas tres columnas, haciendo uso incesante de la artillería.

El éxito estaba á punto de coronar sus afanes, cuando apareció la reserva, situada como he dicho en la parte alta de la ciudad, por donde debía presentarse Eguiluz. Libre de todo amago, el 3.er batallón del imperio se lanzó hacia el reducto de San Francisco, rebasó los fosos y dió una brillante carga sobre los soldados de Méndez Cardona, de Villada y de Gaona, casi ya dueños de las trincheras. Las columnas republicanas se retiraron ante aquel ataque brusco, hecho por tropas de refresco. Se dejaban en poder del enemigo cinco piezas de artillería; pero observado esto por Gaona, volvió con sus guardias nacionales y logró recobrar una de ellas.

En el mismo tiempo cargaron impetuosamente sobre la pequeña fuerza de Genaro Román las contraguerrillas y un piquete de infantería de los imperiales. El jefe liberal sostuvo largo rato el combate, y observando que nadie acudía en su auxilio, retrocedió paso á paso, haciéndose respetar del enemigo.

El ataque había fracasado. Pueblita se retiró, dejando treinta y dos muertos, como sesenta prisioneros, cuatro piezas de artillería, más de cien fusiles y considerable cantidad de pertrechos de guerra. Fueron muchos los dispersos y no pocos los heridos.

En el Calvario, y á la vista del enemigo, se reorganizaron los restos de la división que apenas llegaba ya á mil cuatrocientos hombres. En aquel momento, las once de la mañana, aparecía Eguiluz por el camino de Ario y tomaba posiciones cerca del edificio de la Compañía. Era ya imposible un segundo ataque. La tropa de Pueblita estaba fatigada, sin parque y perdida la moral, en tanto que la guarnición de Pátzcuaro estaba justamente orgullosa de su victoria, si bien su

jefe, el general Tapia, no había recobrado enteramente la confianza. Sus subalternos le instaban á que saliese en persecución de los liberales; él se contentó con enviar sobre ellos á las contraguerrillas.

Los ciento cincuenta jinetes salieron de Pátzcuaro y se dirigieron al Calvario seguidos de dos compañías del 3.er batallón, al mando de su comandante. Pueblita los dejó acercar, y en el momento oportuno, lanzó sobre ellos la caballería de Toluca, á la cabeza de la cual iba el comandante José María Ménez. El encuentro fué espantoso; por una y otra parte se trabó un verdadero combate de chinacos, en que las lanzas quedaron tintas de sangre. La infantería del imperio estaba imposibilitada de obrar, por no hacer fuego sobre sus compañeros de armas. De repente aquella confusa masa de combatientes se arrojó sobre los infantes del 3.er batallón. Los nuestros habían triunfado y *echaban en corrida* al enemigo, arrollando la infantería y haciéndola participar de la derrota. En esa acción quedó mortalmente herido el comandante del 3.er batallón del imperio, y prisionera la primera compañía.

Este suceso aumentó la desconfianza del general Tapia, quien en su parte oficial á la Comandancia superior de Morelia, decía:

"Son las doce del día, y las armas del Imperio acaban de triunfar de la horda de bandidos que intentaban posesionarse de esta plaza: el enemigo, en número de dos mil hombres y trece piezas, rompió sus fuegos á las siete de la mañana, pero tuvo que emprender una vergonzosa fuga ante el valor de una columna del 3.er batallón de línea que salió á impedir que colocaran sus piezas en el punto que intentaban.

"Han quedado en nuestro poder cinco piezas, multitud de fusiles, parque, equipo y sesenta y siete prisioneros, hasta este momento en que me ocupo de levantar el campo. Es de lamentarse la grave herida que ha recibido el Señor Comandante del 3.er batallón, quien probablemente sucumbirá. Oportunamente daré á vd. el parte detallado, entretanto sírvase elevar lo expuesto á conocimiento del E. S. General en Jefe para su conocimiento y satisfacción.

"Recomiendo á vd. que la infantería que debe venir á ésta,

redoble su marcha, á fin de evitar que el enemigo pueda rehacerse. Todos han cumplido con su deber, y *la población entera* ha tomado parte con un entusiasmo y decisión que la honra en este nuevo triunfo.—*Luis Tapia.*"

Las pérdidas de los imperialistas fueron también considerables. No lo dice Tapia, pero en aquellos días se aseguró que su baja fué de más de doscientos, entre muertos y heridos.

Por sabido se calla que una gran parte de nuestros prisioneros fueron fusilados en masa.

En la tarde, todo había vuelto á quedar tranquilo en la hermosa ciudad del lago.

La derrota de Pueblita causó profundo desaliento en el campo liberal, en donde día á día iban disminuyéndose nuestras fuerzas. Como sucede siempre después de un desastre, se multiplicaban los comentarios. Era voz general que el coronel Manuel García, jefe de los "Lanceros de Toluca," de acuerdo con Márquez, había inducido á Pueblita á dar el ataque de Pátzcuaro para que sufriese allí un descalabro completo. Hablábase de que Eguiluz disolvería su fuerza y se alejaría del teatro de la guerra. Se rumoraba aún que Ronda y otros jefes de Coeneo estaban comprometidos con D. Antonio Huerta, y que en consecuencia aquella importante zona de Zacapu caería definitivamente en poder del imperio.

De esta situación se aprovechaban los agentes secretos del imperio para recorrer las poblaciones, introduciendo el desaliento y procurando fomentar el espíritu de la defección.

Soplaba un viento de tristeza y desconfianza.

D. Antonio Rodríguez Gil seguía reservándose sus opiniones y sus procedimientos. A su lado levantaba la cabeza la ambición del mando, y se intrigaba por algunos para apoderarse del Gobierno y explotar sus postrimerías.

Pueblita, enemigo de este juego mezquino, abandonó á su propia suerte á los politicastros, y pocos días después de su regreso á Uruapan marchó con su pequeña fuerza á expedicionar en los Estados de Guanajuato y Querétaro, siguiendo

su táctica de una movilidad incesante para fatigar al enemigo y sorprenderlo y batirlo.

La derrota de Pátzcuaro no sólo produjo los efectos de que acabo de hablar, sino que, en virtud de la acefalía de hecho que reinaba en Michoacán, la división quedó reducida á menos de ochocientos hombres, en tanto que el imperio tenía en Morelia, Maravatío, Puruándiro, La Piedad, Zamora y Pátzcuaro, un efectivo de más de cinco mil plazas, á las órdenes de D. Leonardo Márquez. Con excepción de Uruapan, ocupaba las poblaciones más importantes del Estado.

Todo hacía creer que el partido liberal caminaba rápidamente á la decadencia.

En aquellas circunstancias (26 de Julio) llegó á Uruapan el general Carlos Salazar, á quien Arteaga había nombrado Gobernador y Comandante Militar de Michoacán.

Se tenía el concepto de que Salazar era un soldado valiente; pero siendo poco conocido en cuanto á sus aptitudes para el mando civil, los ambiciosos hallaron medio de hacer recaer sobre su conducta graves sospechas, atribuyéndosele que, por sus ligas con Uraga y Caamaño, no sería difícil que siguiera el ejemplo de éstos. Los politicastros se reunieron en junta con la resolución de desconocerle. Por fortuna para los intereses de la República, uno de los citados á aquella reunión fué el Dr. Leonides Gaona, patriota intachable y de cuya lealtad nadie dudaba. Gaona conocía íntimamente á Salazar, desde que éste, herido en el ataque de Morelia, había tenido á aquél como médico de cabecera. Pues bien, Gaona manifestó que Salazar era digno de toda confianza, intransigente con el enemigo, hombre de valor y de talento, y que además era un deber de los buenos michoacanos aceptar como Gobernador al que legítimamente se presentaba nombrado por quien correspondía. Si las palabras de Gaona no fueron un argumento del todo convincente para los individuos de la junta, al menos bastaron para que cesase su oposición, influyendo no poco en este ánimo ver que la tropa aclamaba con entusiasmo á su nuevo General en Jefe.

En las primeras horas de la noche de aquel mismo día, Salazar y Gaona se dirigieron á la casa del que escribe estas lí-

neas, buscando al Lic. D. Justo Mendoza, uno de los liberales más distinguidos y abnegados de Michoacán. Salazar le dió un abrazo, y sin preámbulos le dijo que lo había nombrado Secretario de Gobierno, porque quería rodearse de hombres de reconocido saber y patriotismo. Larga fué aquella conferencia, íntimas las expansiones de cariño, ardientes las promesas de luchar sin descanso contra el imperio, y amplio el programa de la administración. Mendoza, reservado al principio, fué poco á poco convenciéndose de la sinceridad de sentimientos de Salazar, vió en éste á un luchador infatigable y á un hombre de patriotismo puro y ardiente. Aceptó el encargo, quedando constituído el Gobierno con Salazar como Gobernador; con Mendoza como Secretario del Despacho; el Lic. Manuel A. Mercado como Oficial mayor; al frente de la secretaría particular, José Felipe Cortés, y Comisario general del Estado el teniente coronel Narciso Garcilaso.

Al día siguiente se expidió una ley restableciendo las Prefecturas, los Juzgados y los Ayuntamientos, suprimidos, como he dicho, por disposición de Uraga. Es aquí oportuno decir que, con la corta interrupción expresada, las autoridades municipales funcionaron en Michoacán durante toda la campaña, en los lugares ocupados ó que ocupaban transitoriamente los republicanos; sus fondos especiales no fueron distraídos de su objeto, y más bien, á veces, el Gobierno les ayudaba para que llevasen á cabo algunas mejoras de importancia administrativa ó de mero ornato. Los presidentes de los ayuntamientos eran el órgano de comunicación entre las fuerzas y los particulares, resultando de aquí que los pueblos estaban garantizados contra las arbitrariedades de los militares. La administración de justicia funcionaba regularmente y los tribunales estaban siempre expeditos. Y digno de consideración es el hecho de que nuestras autoridades actuaban, hubiera ó no fuerzas liberales en las poblaciones no ocupadas por el enemigo, mientras que los empleados del imperio, muchos de ellos compelidos por la fuerza á aceptar el encargo, sólo lo desempeñaban habiendo en el lugar alguna guarnición, y huyendo con ella cuando la población era abandonada por la tropa.

En cuanto al ramo de guerra, como era natural, quedó al cargo exclusivo de Salazar, y á este propósito me acuerdo que el día 6 de Agosto, el general pasó revista en la plaza de Uruapan á la división, reducida entonces á ochocientos hombres, y no se me olvida que Manuel Mercado y yo vimos llegar al general montado en su arrogante caballo tordillo que se llamaba el "Recuerdo," que se colocó enfrente de la línea que estaba en orden de parada, y con voz clara, fuerte y marcial, arengó á los soldados en los siguientes términos que ha conservado mi memoria:

"Soldados del pueblo:—Acabáis de sufrir una derrota ante la superioridad numérica del enemigo; pero cualesquiera que sean las vicisitudes de la guerra, vuestro compañero Carlos Salazar, contando con valientes como vosotros, no soltará jamás de las manos las armas de la patria. Peleando hemos de derrocar al imperio; vosotros mismos lo decís siempre, "México, perdiendo gana; si no es hoy será mañana." Si nos toca morir en el campo de batalla, será arrancando con las uñas el corazón á los traidores.

"Con vosotros, compañeros de armas, que formáis la tropa de línea, soy el último de los soldados, el más sumiso á la Ordenanza, y con vosotros, valientes y atrevidos guerrilleros, soy el primero de los *chinacos* que pelean con los ojos cerrados y el corazón despierto.

"Y os juro á todos que Carlos Salazar os acompañará siempre en el peligro, y os estrechará la mano cuando nuestros clarines toquen diana, anunciando la victoria!"

Así era Salazar. Le gustaba hablar á su tropa con palabras que entendían los soldados: sabía electrizarlos con el fuego de sus ojos y con el entusiasmo que brotaba de su pecho.

Desde luego entró en actividad. Llamó de nuevo al servicio al general Régules, ordenándole que pusiera en alta fuerza la brigada de Eguiluz, disponiendo de los recursos de Ario y de Tacámbaro. Envió á Villada rumbo á los Reyes para que cubriese aquel puesto avanzado hacia Zamora, al mismo tiempo que para que integrase su batallón. La presencia en los Reyes de una fuerza nuestra era tanto más necesaria, cuanto que en aquellos días el jefe imperialista Carriedo ha-

bía derrotado, dejándolo muerto, al general D. Antonio Ortíz que cubría el punto. A Ronda, que figuraba como segundo en jefe de Garnica, lo autorizó para que formara un cuerpo á su exclusivo mando. El coronel Hernández (Cantaritos) recibió orden de salir á expedicionar por el Bajío; Gil Abarca, con los restos del batallón que antes mandaba Méndez Cardona, se dirigió á Apatzingán á aumentar su fuerza. En Uruapan quedó con el mismo objeto y nombrado Prefecto del Departamento, el coronel D. José María Hernández.

Todos estos jefes trabajaron con empeño en cumplir sus respectivas comisiones, que llenaron con éxito, excepción sea hecha de *Cantaritos*, quien apenas pisó el territorio de Guanajuato, cuando el 13 de Agosto fué batido en Yuriria, y el 17 sufrió una sorpresa en el rancho del Rodeo por una partida de franceses. Cantaritos murió en el combate y su guerrilla desapareció por de pronto, reuniéndose más tarde los soldados que la formaban y poniéndose á las órdenes de Agustín García que heredó el apodo de Hernández.

En todas partes se reclutaba gente, se adquiría armamento, se construían el parque y el vestuario.

Antes de un mes, la primera división, al mando de Régules, tenía más de mil hombres, y la segunda, á las inmediatas órdenes de Salazar, contaba con mil quinientas plazas. De nuevo, pues, el Ejército Republicano de Michoacán tomaba la iniciativa, expedicionando por los lugares ocupados por el enemigo y haciéndose allí de recursos. Los pueblos recobraban la esperanza de que la patria se salvaría.

CAPÍTULO XVI.

(1864)

Episodios en Zitácuaro.—Riva Palacio ejerciendo el patronato real.—El cura González.—Una sorpresa.—Una joven zitacuarense.—Los zuavos, jinetes en mulas.—Situación angustiada de las familias de Zitácuaro.—Fuga de los imperialistas.—El cura de Santo Tomás.—Los dos volúmenes de una obra.—La biblioteca entera.—Las dos ediciones de la obra.—Peligro de una escisión entre Riva Palacio y Salazar.—Cobro de contribuciones y peligros á que estaban expuestos los comisionados de Hacienda.—Resistencia en Queréndaro.—Acciones de la hacienda de Ayala y del puerto de Medina.—El prisionero Becker.—Su canje.—Una carta del general Arteaga.—Pliegos interceptados al enemigo.

Mientras se verificaban estos sucesos en el centro y Sur de Michoacán, en el Oriente el general Riva Palacio adquiría mayor prestigio con sus últimos hechos de armas, siendo notable el incremento que iban tomando sus fuerzas. Ni lo desmoralizó la noticia que por todas partes circulaba de la defección de Caamaño con las tropas de su mando: y como al referirse aquel acontecimiento se agregaba que solamente habían logrado salvarse de la catástrofe las fuerzas de Eguiluz y las del coronel D. José María Hernández, el general Riva Palacio escribió á estos dos jefes invitándolos á que se le unieran para seguir combatiendo. Ambos contestaron rectificando la noticia y manifestando que, en consecuencia, no les parecía conveniente separarse de las fuerzas en que estaban militando, ni menos en los momentos en que la división acababa de sufrir un golpe rudo en el ataque de Pátzcuaro.

En aquellos días Márquez fué llamado á México, de donde regresó el 12 de Agosto. Se dijo entonces que Bazaine le hizo graves cargos por su impotencia en aniquilar las *gavillas* de Michoacán, disculpándose aquel jefe con el pretexto de que sus tropas no bastaban á cubrir las guarniciones, y además con el hecho de haberse retirado de aquella región las columnas francesas. Márquez volvió descontento á Morelia.

Llegamos á una época en que abundan en Zitácuaro los episodios de la campaña, ya sean ó no de carácter militar. Para una historia general son de poca importancia sus detalles; pero en el género anecdótico de la que estoy narrando, sintetizan bien aquella guerra, la saña de los imperialistas, el valor heroico de los soldados republicanos y el patriotismo exaltado de los habitantes de aquella magnánima ciudad.

El día 10 de Agosto se presentó al general Riva Palacio un anciano como de sesenta años, acompañado de un soldado con divisas de sargento. El primero, el anciano, vestía traje negro, y por un pequeño cuello de chaquira que usaba, se conocía que era un clérigo. Dijo llamarse Manuel Nicolás González y que era cura párroco de Zinacantepec (Estado de México). Refirió que, como lo tenía de costumbre, el domingo anterior había subido al púlpito en su iglesia y predicado á sus feligreses. Que después del sermón les había manifestado que no debían acceder á las pretensiones del jefe de la guarnición imperalista que acababa de establecerse en el pueblo, el cual les exigía que firmasen una acta de adhesión al imperio, y que se comprometiesen á tomar las armas contra los chinacos; les había dicho que aquel Gobierno, fundado en las bayonetas extranjeras, era un poder intruso que más tarde había de arrebatar sus derechos á los habitantes del país, y por último, que los chinacos, lejos de ser bandidos, eran los defensores de la independencia nacional. Contó, además, que concluída la misa, iba saliendo del templo, cuando se vió rodeado por una escolta de soldados y conducido á presencia del comandante Calleja, jefe del destacamento; que este oficial lo insultó cobardemente y lo mandó preso, dando orden de que al siguiente día fuese pasado por las armas y colgado su cadáver en la puerta del atrio de la parroquia: que en virtud de estas

disposiciones fué encapillado en el cuartel, y en la noche solicitó se le permitiera ir al corral á satisfacer una necesidad, y que yendo acompañado del jefe de la guardia, ya en el sitio mencionado, dicho jefe le propuso que salvasen ambos las tapias y huyesen á lugares ocupados por los liberales: que así lo hicieron, andando toda la noche, sin seguir camino practicado, sino tomando solamente la dirección, y que habían logrado llegar sanos y salvos á Zitácuaro.

El general oía atentamente este relato, sin contestar palabra, cuando Nicolás Romero dijo que conocía de fama al cura González y sabía que, en efecto, era partidario de la causa liberal. Riva Palacio entonces mandó que se ministrasen veinticinco pesos al sargento, gratificando así su buena acción; pero éste se rehusó á recibirlos, y entonces el general, otorgándole el ascenso á alférez, lo mandó incorporar al escuadrón Zaragoza. Con gran sorpresa de todos, el sargento tampoco quiso admitir la charretera, manifestando que serviría en su clase hasta ganar el grado en el combate.

En cuanto al padre González, Riva Palacio le dió orden de que fuese á encargarse de la parroquia de la ciudad, como cura propietario; el eclesiástico abrió desmesuradamente los ojos, y apenas balbuceó unas cuantas palabras de excusa. Bien comprendió el general los escrúpulos de González, pues era evidente que él podría mandar en su tropa y en el ramo civil, pero no tenía que ver nada en lo tocante á la iglesia. El general se sonrió, y sacando de su cartera un papel, lo mostró al clérigo, quien á medida que iba leyendo, cambiaba su sorpresa en alegría, acabando por exclamar:

—Justo, muy justo, mi general; estoy á las órdenes de vd.

—Pues á la parroquia á administrar los sacramentos. No dirá vd. que tiene tan mal obispo.

—¡Oh! ¡Si así fueran todos!

Explicaré el caso. Cuando Márquez emprendió su expedición sobre Zitácuaro, en los primeros días del mes anterior, expedición que terminó con la gloriosa jornada del 5 de Julio, había contado con el auxilio moral del cura, que si mal no recuerdo, era el padre Carreón. Este desempeñaba funciones de espía entre los liberales é informaba de todo á Már-

quez, y al mismo tiempo no cesaba de querer atraer á los indios al *buen camino*, haciéndolos traidores. Después que los imperialistas evacuaron la plaza, el cura no volvió á aparecer en Zitácuaro, porque el miedo le despertó los remordimientos. Riva Palacio, temeroso sin embargo, de verlo regresar más tarde, escribió una carta al canónigo D. Pedro Rafael Conejo, Gobernador de la Mitra de Michoacán, poniendo en su conocimiento la conducta antievangélica del cura, y manifestándole que, contra su carácter y su voluntad, se vería estrechado á proceder contra el padre Carreón si volvía á Zitácuaro. Era el Sr. Conejo un sacerdote virtuoso, inteligente, ajeno al espíritu de partido, y como en aquellos días el clero no estaba muy conforme con la política del imperio que seguía una marcha liberal, el Gobernador de la Mitra se apresuró á contestar á Riva Palacio que no volvería á Zitácuaro el antiguo párroco; no sólo, sino que le ofrecía que, á cualquier otro eclesiástico que quisiera servir el curato, tan luego como se encargase de él se le confirmaría en el encargo. He aquí á Riva Palacio ejerciendo el patronato en Zitácuaro, no obstante la independencia entre la Iglesia y el Estado.

El padre González fué muy bien recibido por sus nuevos feligreses, y llegaron á profesarle gran cariño, porque lo vieron siempre consagrado á su ministerio, humilde, laborioso, desinteresado y patriota. Después llegó á aquella ciudad el famoso cura Traspeña, liberal descamisado que se había hecho coronel en la revolución de Ayutla y que, de genio díscolo, había llegado á no tener cabida ni entre los republicanos ni entre los clericales. El cura Traspeña, viendo que se le rehusaba el mando de algún cuerpo de caballería, solicitado con fastidiosa necedad, tuvo en mala hora la idea de tener á su cargo el curato de Zitácuaro, y como no pudiera conseguirlo de Riva Palacio, obtuvo una orden terminante de Salazar (quien deseaba quitárselo de encima), para que el Prefecto Morales le entregara la cura de almas con tanto ardor ambicionada. Aunque la orden fué desobedecida, el padre González, por exceso de delicadeza, se retiró de Zitácuaro para no volver más, y tomó el rumbo del Estado de Guerrero. Se dijo después que llevaba la vida del solitario en uno de los

más escondidos ranchos de la Sierra Madre, y no faltó quien, contradiciendo esta noticia, asegurase que se había ahogado al atravesar el río de Mezcala. Yo consigno estos recuerdos de aquel mártir ignorado de la libertad!

El 13 de Agosto se hallaban reunidos muchos jefes y oficiales de la brigada Riva Palacio, en una fonda que había en Zitácuaro y que se denominaba "La Sociedad del Veneno." Aquella reunión era motivada por un borrego tatemado al estilo de la frontera, con que obsequiaba á sus compañeros de armas el teniente coronel Garza. Era toda una *borregada* y nada más, pues que primero se sirvió el *mondongo ó menudo*, en seguida las *costillitas* asadas, y por último la *cabeza*, todos estos platillos sazonados con sal y pimienta y oliendo á orégano; en aquel día hubo lujo en la bebida, pues circularon copas de tequila y no faltó una que otra de cognac para los jefes superiores. Había llegado la hora de los brindis, proponiéndose por la patria, por el Sr. Juárez, por el general Riva Palacio, por Crescencio Morales, por Nicolás Romero....... cuando de repente sonó el clarín tocando botasilla!

El toque se reprodujo en los cuarteles, tan apremiante, tan sin cesar, que todos exclamaron: ¡el enemigo encima!

¡Y *no salió borrego!* Casi no hubo tiempo de ensillar; nuestras tropas en desorden y cortados los diversos cuerpos, salieron á escape de la ciudad, al mismo tiempo que más de mil hombres del imperio penetraban á paso veloz por las calles de la entrada de Guadalupe. Eran las columnas de Lamadrid y de Laureano Valdés que, verificando una de sus innumerables combinaciones, trataban de sorprender á los soldados de Zitácuaro.

Estos tomaron posiciones en las alturas inmediatas. Riva Palacio, que en esos días estaba enfermo, dictó, sin embargo, desde luego sus disposiciones. La guerrilla de Julián Solano quedó de avanzada en el puente de la salida del Sur; el teniente coronel Joaquín Urquiza se situó en el molino de Herrerías; Morales, con la fuerza de Zitácuaro, ocupó á Camémbaro; Castillo la loma de la Palma; Acevedo y Garza por el rumbo

de Guadalupe, y Riva Palacio con Romero tomaron el camino de Jungapeo. Algunos piquetes, formando la reserva, quedaron colocados tras de Camémbaro, en la Encarnación y en Jesús del Río.

Tan inesperadamente invadió el enemigo la población, que el vecindario no pudo abandonarla, según su costumbre, contentándose ese día, por de pronto, con permanecer en sus casas á puertas cerradas. Además, en los momentos de la alarma comenzó á caer una de esas lluvias abundantes que casi se convierten en aguaceros. Pronto pasó el chubasco: la tarde se llenó de rayos de sol, una de esas tardes en que el azul del cielo, la pureza del aire, los perfumes que saturan el ambiente, invitan á dar un paseo para contemplar las alegrías de la naturaleza.

Los oficiales francos de la fuerza invasora salieron á recorrer las calles, lamentándose de que la tarde no estuviese embellecida también con la presencia de las hijas de Zitácuaro que, si tenían la fama de ser muy chinacas, también era sabido que eran guapas por su hermosura y su donaire.

Un grupo de tres oficiales se atrevió á retirarse un poco de las calles céntricas, y habían tomado la dirección del Sur, cuando tuvieron la fortuna de divisar en una ventana á cierta linda zitacuarense, hija de D. Juan Antonio Rodríguez.

—De seguro que nos da el ventanazo, dijo uno de ellos.

—Pues yo creo que antes de que la veamos bien, se nos esconde.

—Sí; todas nos aborrecen de muerte, exclamó el tercero, pero yo les apuesto un par de pesos, que si no se mete le hablo.

—La apuesta debía consistir en que contestara.

—Se entiende.

—Lo veremos.

Durante esta breve conversación se habían acercado los oficiales á la ventana. La joven permaneció en su puesto, vuelto el rostro en dirección contraria. Por más que los oficiales hacían ruido arrastrando los sables, ella no se movía. Por fin, al llegar al pie de la ventana, el que había apostado, dijo:

—Señorita, buenas tardes.

La joven siguió como estatua.

—Si tuviera vd. la bondad de regalarme un vaso de agua....

La niña les dirigió entónces una mirada que no significó otra cosa, sino que practicaría la obra de caridad de *dar de beber al sediento*. Entró apresuradamente á la casa.

—Ya lo ves: has perdido la apuesta; te dará agua, pero no te habla.

El oficial no tuvo tiempo de contestar, porque la joven apareció llevando en la mano, sobre un plato, una copa de agua cristalina. Aquél apuró el contenido é iba á dar las gracias, cuando la hija de Zitácuaro, tomando el plato y la copa, los arrojó en medio de la calle:

—Esos trastos están manchados de traición! dijo, y cerró estrepitosamente la ventana.

El oficial, lívido de cólera, sin pensar en que había ganado la apuesta, prorrumpió en una blasfemia é iba á penetrar por el zaguan, cuando en la bocacalle aparecieron Tito Flores é Ignacio Jaimes, disparando sus mosquetes y avanzando á trote largo. Los oficiales, como si les hubieran nacido alas en los pies, huyeron á las volandas hacia el centro de la ciudad.

Amedrentados los traidores por el *santiaguito*, se encerraron en el recinto de la plaza, aprovechándose de esta circunstancia el vecindario para abandonar la ciudad, que quedó silenciosa, en tanto que el campamento liberal presentaba una simpática animación. Había tiendas de campaña construídas de ramas verdes, en donde se agrupaban las familias; puestos que eran verdaderas tiendas; plazas de mercado; músicas á cuyo compás se bailaba y se cantaban himnos á la patria. Aquella población alegre y entusiasta era el mismo Zitácuaro que estaba allí á mayor elevación por su patriotismo.

Amaneció el día 14. Cuando las bandas militares tocaban en Camémbaro las alegres notas de la diana, se oyó el disparo de un esmeril que envió su bala á la torre de la parroquia de Zitácuaro. Los imperialistas fueron tan descorteses que no se dignaron contestar este saludo militar, motivo bas-

tante para que todo el día estuviese jugando el esmeril; siendo causa de estrepitosas risotadas en el campo republicano, cada vez que la bala hería algunas de las campanas dejando oir un tañido lúgubre.

Los exploradores de Castillo aprehendieron un correo de Toluca dirigido á Lamadrid. En la comunicación que se le recogió y que fué enviada inmediatamente al general Riva Palacio, se avisaba al jefe imperialista que por circunstancias imprevistas, no concurriría á la combinación sobre Zitácuaro la columna móvil de zuavos y cazadores de Africa que á las órdenes del capitán de La Hayrie debía haber llegado á aquel punto el 11 de Agosto. Se le prevenía, en consecuencia, que defendiese la plaza hasta recibir el auxilio indicado.

Aquella expedición no solamente tenía por objeto dar una sorpresa á los republicanos: se trataba además de establecer definitivamente guarnición en Zitácuaro, fuerte en más de mil hombres de tropas *mexicanas* y en trescientos franceses que debían expedicionar en el Distrito, acabando así con aquella guarida de tenaces guerrilleros.

Todo estaba pensado en regla. El imperio había nombrado prefecto de Zitácuaro á un Sr. Paulin que hizo su entrada juntamente con Lamadrid, abriendo desde luego su oficina y tratando de funcionar. Esto último era un problema de difícil solución, pues no aparecía por ninguna parte alguno de sus gobernados.

En cuanto á los franceses que deberían formar parte de la expedición, eran dos compañías de zuavos y un piquete de cazadores de Africa. Bazaine había comprendido que los guerrilleros de Zitácuaro, conocedores del terreno quebrado y áspero en que vivían, no podrían ser vencidos por tropas que no marchasen con la misma velocidad que ellos, siguiéndolos hasta en los últimos vericuetos de la montaña, cosa imposible para la infantería y difícil para la caballería que no podía hacer frecuentes requisiciones de caballos, como sobre el campo las hacían los guerrilleros. Además de la conveniencia de acabar con aquel foco de revolución, había la circunstancia de que el *Emperador* Maximiliano proyectaba un viaje al interior del país y era fuerza alejar de su camino á

aquellas audaces guerrillas que bien podrían dar un susto á "su majestad." Entonces ideó Bazaine que con una pequeña fuerza de jinetes en caballos escogidos marchase una columna de zuavos montados en *mulas*, á fin de que pudiesen caminar al paso de la caballería, de hacer con ella largas jornadas de día y de noche y de escudriñar hasta el último escondite de las montañas de Zitácuaro.

Una vez concebido el pensamiento, se puso manos á la obra en su ejecución. Fueron escogidos los zuavos que tenían mejores piernas para jinetes; por de pronto, se buscaron entre los cuerpos de la guarnición de México las mulas más mansas; y los vencedores de Sebastopol se dirigieron con sus acémilas al paseo de Bucareli á hacer sus ensayos de equitación. Imagínense los lectores á aquellos hombres que usaban unos pantalones anchos y cosidos de ambas piernas, que al montar se les alzaban como enaguas quedando con las piernas desnudas, agarrados de la cabeza y del tejo de la silla, bamboleándose al paso de la mula y flotando airosa la borla de la coleta. Francamente, yo creo que hacían muy mal los muchos espectadores que iban á ver el ejercicio en soltar la carcajada, cuando los zuavos, unos tras de otros, tenían la desgracia de caerse. Era por lo menos una falta de circunspección muy censurable.

Pero como los golpes hacen al jinete; mal que bien, al mes ó á los dos meses, los zuavos se tenían en la silla y hasta trataron de ostentar *á mula* aquella arrogancia de que hacían alarde *á pie*.

Mientras ellos se perfeccionan en la equitación, volvamos á Zitácuaro, advirtiendo que esta digresión no será del todo inútil.

En la tarde de aquel día (14 de Agosto), se presentaron al prefecto Morales unos indígenas de las inmediaciones, manifestándole que habían recibido orden del titulado prefecto Paulin para que llevasen á Zitácuaro algunas cabezas de ganado, maíz, paja y otros efectos, con la amenaza de irles á arrasar sus pueblos si no cumplían lo mandado: que en consecuencia pedían á Morales auxilio de tropas para resistir á los traidores. Morales dió algunos infantes á los in-

dígenas, ordenó á Solano que se situase con treinta ginetes en tiradores al pie de Camémbaro, y él con los guardias nacionales se dirigió al molino de Herrerías. Como una hora después se vió salir de Zitácuaro una fuerte columna de caballería que tomó el rumbo del pueblo de San Miguel, cayendo en la emboscada que le había preparado Solano; entonces el enemigo retrocedió hacia el cercano pueblo de San Francisco, donde fué recibido á balazos por los infantes que había proporcionado Morales y por gran número de indígenas, armados de fusiles, de lanzas y de hondas; rechazada también de aquel punto, la caballería se lanzó á escape tratando de apoderarse del puente; pero ya se encontró en él á Solano que lo defendía con sus tiradores.

Entretanto, se habían puesto en movimiento los guardias nacionales y la gente de los pueblos mencionados sobre la retaguardia del enemigo, lo cual, observado por éste, lo determinó á retirarse en verdadera fuga hacia la ciudad.

No sé quién dió la noticia en el campamento de Camémbaro de que aquel movimiento de la caballería enemiga sólo había tenido por objeto distraer la atención de los republicanos, mientras que el grueso de las fuerzas traidoras hacía su retirada á Toluca. Oir esto las familias de Zitácuaro en el momento en que aquella caballería penetraba á la plaza y descender todas en confusión para volver á su hogar, fué cosa que se hizo impremeditadamente. Ya iban diseminadas por las calles de la ciudad, cuando salió de la plaza una columna, casi toda la guarnición, haciendo fuego sobre las familias y sobre los republicanos que habían derrotado á la caballería enemiga.

Fueron aquellos unos instantes de terrible angustia: las familias se encontraban en medio de las dos tropas combatientes, recibiendo un fuego nutrido de parte de los imperialistas, en tanto que los nuestros habían cesado de disparar por no causar daño á la gente de Zitácuaro: la fuga en aquellos momentos era el recurso más peligroso.

Por fortuna esta situación llegó á oídos de Francisco Serrato, quien inmediatamente se puso á la cabeza de algunos mozos de su hacienda y de algunos vecinos que andaban á caballo, y rápido se dirigió por una calle, atacando al ene-

migo en la mitad de su columna é imposibilitándolo, por lo mismo, de hacer fuego, mientras que él y los suyos disparaban sus armas en todas direcciones. Este rasgo de audacia y de valor de sólo veinte hombres bastó para introducir el desorden entre los imperialistas, y sobre todo, fué la salvación de las familias de Zitácuaro. Permitió también á Morales y á los suyos retirarse en buen orden á volver á tomar sus posiciones. Serrato, á su vez, salió paso á paso por rumbo distinto, sin dejar de batirse con los que lo perseguían.

El enemigo se situó en la loma del Calvario y estuvo haciendo fuego con su artillería toda la tarde sobre el campamento de Camémbaro.

En la noche estuvo cayendo una lluvia torrencial que cesó á las cuatro de la mañana. A esas horas recibió Morales una comunicación subscrita por Nicolás Romero, cuyo contenido se comprenderá en el curso de esta narración.

En caso de evacuar la plaza, el camino más expedito para el enemigo era el del rumbo de la Asunción Malacatepec. En la angostura del punto llamado "Los Ahorcados," el general Riva Palacio había dispuesto una emboscada á las órdenes de Castillo, Acevedo y Garza, con un efectivo de ciento cincuenta hombres escogidos, auxiliados por otros tantos indígenas de Zitácuaro, esparcidos en tiradores en los linderos del bosque. Solano se situó en el puente de la salida para la Encarnación; Granda estaba en la mesa de la Palma; Morales en Camémbaro, á la vista del enemigo. El camino de Tuxpan y Angangueo quedó cubierto con los indios de Zirahuato, una pequeña partida de caballería y algunos rancheros de Púcuaro y de San José Purúa.

El total de estas fuerzas, "Brigadas unidas" de Riva Palacio y de Morales, alcanzaba un efectivo de ochocientos hombres.

Al rayar el alba del día 16, el último de los jefes mencionados simuló un ataqne sobre Zitácuaro, penetrando algunas guerrillas á las calles de la ciudad.

Entretanto Nicolás Romero, con su escuadrón Zaragoza, se acercaba cautelosamente. Montó quince infantes á la grupa de otros tantos caballos, y llamando por sus nombres á siete de sus soldados, les dijo:

—Negritos, me van á hacer un favor. ¿Me lo hacen?

—Ni lo pregunte, mi coronel.

—Es que ahora necesito más de la maña que del valor.

—Pues según como vd. nos tantee.

—Pues bueno: se me van pian, pianito, á pie; escondiendo sus mosquetes; dispersos, pero á una vista, y me agarran á la avanzada de los mochos, sin disparar un tiro, ni soltar un grito, los amarran, les echan una mordaza en la boca y me los azorrillan á la orilla del camino: en seguida se uniforman ustedes con los vestidos de los mochos, se montan en sus caballos y se arman con sus mosquetes y sus sables. Uno de ustedes se queda cuidando á los azorrillados y los demás se van á esperarme á la izquierda del camino. ¿Lo hacen?

—Haga de cuenta que lo está viendo, mi coronel, pierda cuidado.

—¡Ah! se me olvidaba. Para que vayan mejor disfrazados, llévense tres ó cuatro viejas para que los crean rancheros, con eso con ellas me mandan avisar que están listos.

—Pues con permiso de usted.

Aquellos hombres y cuatro soldaderas partieron en cumplimiento de su comisión. Dos de las mujeres se adelantaron, llevando ostensiblemente cada una en la espalda una *damajuana* de aguardiente refino: á los lados iban los demás adivinando, mejor que viendo, que marchaban todos sin desviarse de la línea.

Llegaron las mujeres á donde estaba la avanzada, compuesta de siete hombres, entre ellos un sargento: al descubrirlos fingieron aquellas asustarse y trataron de retroceder, pero en un momento se vieron rodeadas.

—Ustedes son espías, dijo el sargento.

—¡La virgen de Zitácuaro me valga! Como en este tiempo no pueden caminar los hombres, nosotros salíamos á buscar la vida, vendiendo el aguardiente. Mire su merced, aquí lo traimos.

—Será aguardiente que les llevan á los chinacos.

—¿Para qué hemos de engañar á su merced? á ellos se lo vendemos, pero caro.

—Tan buenos que son ellos para pagar.

—Pues lo cierto es que nos lo mercan, pues si no lo hicieran así, no les volveríamos á llevar.

—Lo que les llevan ústedes es alguna comunicación.

—Pues si quiere, mándenos esculcar, salvo la parte.

El sargento se rió, y ya menos adusto, dijo:

—De todos modos ustedes están en connivencia con los chinacos, puesto que les llevan víveres; dénse de santos con perder no más el refino.

Al oir esto los soldados, echaron pie á tierra y se apoderaron de las *damajuanas*, y de sargento abajo apuraron sendos tragos. Entonces se armó una disputa entre ellos y las mujeres, tratando éstas de arrebatar las vasijas y aquéllos queriendo agotar el contenido, por temor de que el sargento les ordenara devolver el resto á las mujeres.

Naturalmente esta escena duró algunos minutos, los bastantes para que los soldados vieran nublado y sintieran que se les doblaban las corvas.

En aquellos momentos aparecieron los siete chinacos y las otras dos mujeres, como brotados del suelo. Las cuatro mujeres, con una rapidez increíble, cortaron los caballos á un lado del camino, en tanto que los hombres se echaron sobre sus contrarios, los derribaron en tierra, les ataron la boca con los pañuelos y los amarraron de pies y manos. Todo esto fué obra de unos cuantos instantes; más tardaron los chinacos en vestirse después los uniformes de los soldados. El que hacía de jefe de aquéllos designó á uno de sus subalternos para que se quedase cuidando á los prisioneros y dió orden á las mujeres de que fuesen á dar parte al coronel.

Esta disposición se cumplió en términos distintos de los ordenados. Veamos cómo.

Riva Palacio estaba impaciente de saber el resultado é interrogaba á cada momento á Romero. Por fin se vió venir corriendo á todo escape á una de las soldaderas. Romero se puso más adusto y Riva Palacio rojo de cólera.

—Ya fracasó el plan, no viene más que una sola mujer.

—Pues si no era tan fácil, general.

En esto llegó la soldadera, y sin poder hablar por lo precipitado de la respiración, entrecortadas las palabras, dijo á Romero:

—No tiene usted más novedad, mi coronel, que ya están azorrillados los traidores y los siete hombres de usted ya lo esperan en la orilla de Zitácuaro.

—¿Cómo los siete? ¿qué, no se quedó alguno cuidando á los mochos?

—No, mi coronel, todos los hombres marcharon, pues sólo las otras tres viejas los tienen acorralados como borregos de *trasquila!*

—Adelante, gritó Romero á sus doscientos jinetes, y como una avalancha se precipitó sobre Zitácuaro. En los suburbios recogió á los siete *dragones uniformados* y poniéndolos de descubierta á larga distancia de la tropa, penetró en las calles.

La avanzada siguió paso á paso en dirección á la plaza, y aunque fué vista por el enemigo, éste creyó que era alguna partida exploradora de su propia tropa y nadie se alarmó.

Romero tomó á la izquierda, yéndose á situar á un callejón angosto y escondido.

Los quince chinacos, que llevaban á la grupa otros tantos infantes, tomaron el rumbo del acueducto, y volviendo luego hasta la espalda del templo, llegaron á la puerta falsa del ruinoso convento y se internaron en él. Allí desmontaron los infantes.

Trasladémonos ahora al lugar donde estaban los imperialistas. Aunque las guerrillas de Morales se habían reconcentrado á su campamento, después de haber ido á tirotear á los imperialistas, éstos creían aún ser atacados por el Sur. En espera, pues, del nuevo ataque, estaban formados en los cuatro lados de la plaza, teniendo en el centro la artillería. A gran prisa cargaban las mulas con el equipaje y el parque. Las soldaderas tenían puestos sus sombreros y remangadas las enaguas. Todos estos preparativos indicaban que el enemigo se hallaba próximo á evacuar la ciudad; pero mientras estaban temerosos de verse acometidos de nuevo por la fuerza de Morales, motivo por el cual aún no retiraban el retén de un oficial, un cabo y diez soldados que estaba puesto en la torre de la parroquia.

A este punto se dirigieron silenciosamente los quince infantes que se habían internado al convento. Al acabar de as-

cender la escalera, se agruparon hasta donde fué posible y cayeron á bayonetazos sobre el retén, cuyos soldados fueron hechos prisioneros, quedando todos heridos. En el acto los nuestros soltaron un repique á vuelo.

Señal que sirvió á Nicolás Romero para lanzarse súbitamente sobre la plaza, en donde habían entrado la confusión y el pánico de lo desconocido. Muchos hombres cayeron bajo la lanza de los guerrilleros, y acaso la derrota se habría pronunciado entre los traidores, si el jefe de la artillería no hubiera enfilado los cañones sobre los guerrilleros, soltándoles botes de metralla, aun á riesgo de herir ó matar á los mismos imperiales. Nicolás Romero mandó tocar reunión, hizo todavía una tentativa de ataque sobre la batalla del enemigo que se había ya reorganizado, y afectando un temor inusitado, se retiró á gran prisa por el Norte de la ciudad, habiéndosele reunido antes los hombres que habían tomado la torre.

El enemigo esperó más de una hora que se repitiera el ataque; pero observando que los de Camémbaro permanecían quietos, y sabiendo por sus exploradores que Romero regresaba hacia Tuxpan, determinó hacer su retirada.

Se supo después por unos espías, que en aquellos instantes había recibido Laureano Valdés un correo envíado por el cura de Santo Tomás, avisándole que en el camino de los Ahorcados los esperaban chusmas numerosas de indios y chinacos. En consecuencia, los dos jefes de la columna imperialista resolvieron cambiar el rumbo de su retirada.

En efecto, Lamadrid y Valdés, dejando más de cincuenta soldados muertos en la plaza y calles de Zitácuaro, y llevándose siete cadáveres de sus oficiales, emprendieron resueltos el camino del Sur, abandonando á la izquierda el de la Asunción. En vano envió Morales á Solano para que los detuviera, en vano él mismo con su fuerza descendió de Camémbaro; la columna compacta del enemigo, protegida por los fuegos de artillería que *iba á la prolonga*, pudo abrirse paso y avanzar velozmente hasta Laureles. Serían las diez de la mañana, cuando los imperialistas evacuaron la ciudad, y la una de la tarde cuando Romero, Castillo y Acevedo se reunieron á Morales y, forzando la marcha, emprendieron la persecución del enemigo.

A las seis de la tarde llegaban nuestras guerrillas á Laureles, creyendo encontrar allí á los imperialistas; pero hacía media hora que éstos, sintiéndolas llegar, emprendieron una fuga precipitada en dirección de Zuzupuato, dejando en la hacienda cuatro reses destazadas para la tropa y dispuesta en el comedor la mesa para los jefes. Tanto los manjares de éstos, como la humilde troncha, no hicieron más que cambiar de bandera, sirviendo á pedir de boca á los republicanos.

Estos descansaron en Laureles todo el tiempo que la caballada tardó en consumir el pienso. Se emprendió en seguida la marcha, llegando á Zuzupuato en las altas horas de la noche y en medio de un aguacero torrencial. Los traidores habían pasado poco antes por allí y, sin detenerse, fueron á vencer la jornada hasta el pueblo de Santo Tomás. El miedo les había dado alas; el diluvio que cayó los había salvado!

Morales y sus compañeros pasaron el resto de la noche en Zuzupuato. Al día siguiente los exploradores avisaron que el enemigo había enterrado en Santo Tomás los cadáveres que llevaba y que inmediatamente después había continuado su marcha.

Al día siguiente (17), á las diez de la mañana, Romero y Morales llegaron á Santo Tomás (Estado de México), los vecinos se ocultaron y no se hallaron víveres ni para los jefes ni para la tropa. En aquel pueblo dominaba el cura, cuyas ideas eran exageradamente intervencionistas. Ese clérigo era el mismo que había enviado á Laureano Valdés el aviso de que se le tenía puesta una emboscada en el camino de Toluca. Los jefes creyeron necesario infligirle un castigo.

Iba al lado del Prefecto Morales un empleado superior de Hacienda de Michoacán, quien por aquellos días había ido á Zitácuaro á asuntos del servicio. Liberal, de ideas arraigadas, intransigente, altivo y, como entonces se decía, *díscolo y patriota como un demonio.* Su honradez, su laboriosidad y su inteligencia eran apreciadas por todos, y el Gobierno, conociendo su valor, lo enviaba á comisiones de Hacienda, difíciles y peligrosas, en lugares ocupados por el enemigo. Vive aún este buen patriota. Se llama Ignacio Cerda; es bajo de cuerpo y entonces ostentaba una exuberante obesidad, y tanto

por esto, como por su carácter dulce y chancero con sus amigos, todos le decíamos *el curita.*

Hago mención de él, tanto porque lo merece su patriotismo, como porque va á ser un personaje importante en el episodio siguiente:

A la hora en que hubiera concluído el desayuno, si lo hubiesen hallado, los jefes deliberaron entre sí, y en seguida, volviéndose Romero hacia donde estaba Cerda,

—Oiga vd., curita, le dijo, el señor Prefecto Morales desea que vaya vd. á traernos al párraco de este pueblo.

—Como vdes. lo dispongan, que no hay peor cuña que la del propio palo.

—Eso es, dijo Morales, por razón de compañerismo va vd. á tratarlo con toda clase de consideraciones.

Ya iba á partir Cerda, cuando Romero agregó:

—Oiga, curita, llévese á Acevedo y á Pascual Rubio para que le sirvan de acólitos.

Así formada la comisión, se dirigió al curato. ¿Quién entre nosotros no sabe lo que es un cura de pueblo de indios? Irreligiosos en el fondo y fanáticos en la apariencia, ávidos de enriquecerse, glotones, intemperantes y sensuales, ninguno de esos curas vive sin mujeres, aunque hay excepciones honrosas, la de los monógamos, por ejemplo. Estas poridades, comunes y corrientes en la vida íntima del país, no han pasado á la historia universal, sino hasta que los historiadores franceses de la intervención las han dado á conocer. Así el general Du Barail, en su interesante libro titulado "Mes souvenirs," al recordar sus episodios de la expedición á México, emite el juicio que va á leerse:

"Mi boleta de alojamiento me condujo (en Cholula) á la casa del señor cura...... Allí, si yo no hubiese tenido otras ocupaciones, habría podido escribir una monografía completa sobre las costumbres del clero mexicano. Creo que no exageraría si pretendiese que esa conducta en nada se parece á la manera de vivir de nuestro buen clero francés.

"Había en el curato no sé cuántas mujeres, jóvenes, viejas, criollas, indias, y jamás pude desentrañar exactamente el carácter de sus funciones. En la noche las oía charlar á todas

en una recámara contigua á la mía, y de cuando en cuando, la voz del padre, en bajo profundo, dominaba en el palomar, porque aquel bravo hombre no desdeñaba mezclarse en la conversación. Yo me dormía recordando otra historia que se me había referido:

"Un capellán tenía á su servicio dos recamareras, una de veintidós años y otra de veinticuatro. Y como el obispo le hiciese observar que debía haberse contentado con una sola que tuviese la edad *canónica*,

—"Ilustrísimo señor, respondió el clérigo, yo no infrinjo la regla. Solamente que he tomado mi criada en dos volúmenes.

"Pero no eran dos volúmenes, era una biblioteca entera la que poseía el buen cura de Cholula."

Mucho más pudiera referirse de nuestros clérigos; pero para que no se nos tache de parciales, basta la cita del escritor francés, aliado del clero mexicano.

El cura párroco de Santo Tomás tendría á lo sumo unos treinta y cuatro años; era robusto, sanguíneo y de movimientos fáciles: moreno, de pelo lacio, de frente angosta, de mirada persistente, de labios gruesos, de nariz recta y ancha.

Habitaban con él en el curato una señora como de cuarenta años de edad, jamona persistente, alta, delgada, de color rosado, de ojos ligeramente azules, de labios abultados y nariz fina, un poco remangada, y una joven á lo más de veinte años, que era el vivo retrato de la señora ya descrita, sin más diferencia que la de los años y la de tener un poco más levantada la nariz y más delgados los labios, que imprimían á su semblante cierto sello de malicia y audacia. De ambas señoras, diría Mr. de Barail, que eran la primera y la segunda edición de una misma obra.

Refiere Cerda que él y sus compañeros llegaron al zaguán de la casa del curato, que llamaron repetidas veces y que al fin abrió la puerta la señora mayor y les preguntó:

—¿Qué se les ofrece á vdes.?

—¿Está el señor cura?

—Sí; pero está rezando el oficio divino.

—Lo esperaremos, mientras concluye.

No hubo remedio, la señora condujo á la visita á la sala, en donde apenas los tres comisionados tomaban asiento, cuando se abrió la mampara que comunicaba con una alcoba en que había una cama ancha, muy limpia, y dejando adivinar la suavidad de sus colchones. La joven de veinte años entró en la sala, se dirigió á los recién llegados, les tendió su blanca mano, saludándolos afectuosamente, y se sentó en una mecedora.

—¿Esperan vdes. á Javierito? Ya no tarda; y sacando de un bolsillo de la bata una cigarrera de oro, ofreció cigarros á Çerda y á sus compañeros, encendiendo ella el suyo en el cerillo que éstos le ofrecieron.

—¿Conque vdes. son los que andan defendiendo á la patria? dijo desplegando una sonrisa que tanto tenía de burlona como de bondadosa.

—Sí, señorita, tenemos esa honra.

—Y militan vdes. á las órdenes de Nicolás Romero, el león de las montañas.

—Sí, señorita.

—¡Esa también es una grande honra!

Acaso la joven iba á soltar la risa, pero se contuvo viendo aparecer al señor cura, que avanzó lentamente, fruncido el entrecejo y arrogante la mirada. Hizo una pequeña caravana y tomó asiento.

—Mándenme vdes.

—Señor, perdone vd. la visita, dijo Cerda; venimos de parte del Prefecto de Zitácuaro D. Crescencio Morales y de la del coronel D. Nicolás Romero, para suplicar á vd. se sirva dispensarles una palabrita.

—¿Nicolás Romero? exclamó el cura poniéndose más y más adusto. Y ¿por qué esos señores no se sirven pasar á esta su casa? se les serviría algo de comer. Pero ya que no se dignaron venir, pasen vdes. á la mesa.

—No podemos detenernos; la tropa está de marcha; ruego á vd. se sirva acompañarnos.

Al cura le relampaguearon de coraje los ojos, y con voz firme dijo á la joven:

—María Luisa, dile á tu mamá que me dé el sombrero.

La señora de la primera edición llevó el sombrero: se lo puso el clérigo y dijo:

—Vamos.

Las señoras los acompañaron hasta la puerta: mientras la de más edad estaba pálida y llorosa, la joven revelaba estar poseída de la cólera. Procuró dominarse y dijo á Cerda:

—Le recomiendo á vd. á mi *hermano.* Si vd. lo salva, *cuente vd. con mi gratitud.*

Al *curita* (Cerda) le bailaron los ojos y ofreció bajar la luna de los cuernos.

El verdadero cura fué llevado á la presencia de Morales, quien con su voz pausada y tranquila le dijo:

—Conque vd., señor cura, ha proporcionado avisos á los traidores, librándolos de caer todos en nuestro poder?

—Si así fuera, no habría hecho más que cumplir con mi deber. De la misma manera que vdes. como soldados obedecen á sus jefes, yo cumplo con las órdenes de mis superiores.

—¿Y las consecuencias?

—Haga vd. de mí lo que quiera.

—Pues es claro, dijo aún más tranquilo Morales, y dió orden á Romero de que mandase fusilar al preso. Este, sin inmutarse, entró al centro de una escolta de diez soldados.

Entonces intervino el curita, y encarándose á los jefes,

—Señores, les dijo, nosotros no somos asesinos, y además, ya saben vdes. que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

—Dejara vd. de ser *cura* para ser labioso; que se lleven á ese fraile al cuartel, lo *tusen* y le pongan la *chaca*, exclamó Romero, hallando un medio de salvar al prisionero, pues que veía inflexible á Morales.

La orden fué obedecida. La fuerza emprendió su marcha de regreso, y el padre Javierito iba con su fusil al hombro. Habían caminado como una legua, cuando los alcanzó un mozo montado que llevaba una preciosa yegua ricamente ensillada. Se presentó á Morales y le suplicó que permitiese al cura ir á caballo. Morales llamó á su ayudante Jorge Wood y le ordenó que tomase el caballo del mozo, y que éste ingresara á la infantería; á Cerda le dijo:

—Que ahí traen esa yegua para el curita; remude su caballo, amigo, que ya le tocó esa chiripa.

No se hizo del rogar Cerda. Montó la yegua y registrando las cantinas tuvo la agradable sorpresa de encontrarse un *itacate* abundante, y atado en una esquina de la servilleta un papelito que decía: "Javierito mío, ya damos pasos para rescatarte. Convida del almuerzo al *chaparrito* á quien le dicen el cura.—*María Luisa.*"

Cerda se puso orgulloso con el recuerdo de la *hermana* de Javierito, y hasta le convidó á éste un poco del itacate; el resto del almuerzo fué devorado por Morales, Romero y el mismo curita.

Sin más novedad, la expedición regresó á Zitácuaro el día 20. Allí los Sres. Lic. Luis Couto, Lorenzo Rodríguez y José Colín, comisionados por el cura de Santo Tomás para conseguir su rescate, ofrecieron tres días de haber para la tropa, y quedaron de fiadores de que el padre guardaría neutralidad en lo sucesivo. Aceptadas estas condiciones, Javierito quedó en completa libertad. Al despedirse de Cerda, diciéndole "*compañerito*, que Dios le saque sano y salvo de estas *tingas*," le deslizó en la mano un rollito de papel que contenía dos onzas de oro americanas. Por su parte, el *curita* ha conservado siempre vivo el recuerdo de María Luisa.

Los recursos escaseaban en Zitácuaro, no siendo bastante la recaudación de aquel Departamento para cubrir siquiera los gastos de la guardia nacional. Tal escasez estorbaba las operaciones militares. Además, por buena que fuese ya la armonía entre las fuerzas del 1.er Distrito del Estado de México y las de la línea Oriente de Michoacán, como éstas se hallaban subalternadas á su propio Gobierno, residente en Uruapan, á más de sesenta leguas, faltaba la unidad en el plan ó se comprometía su éxito por la tardanza en las comunicaciones.

Para obviar este inconveniente, el general Riva Palacio solicitó y obtuvo del Cuartel General que el Departamento de Zitácuaro quedase provisionalmente anexado al 1.er Distrito

del Estado de México; pero sabida la disposición, el general Salazar reclamó en nombre de la integridad del territorio de Michoacán, que se revocase aquel acuerdo, si bien por deferencia, y convencido de la necesidad de que aquellas tropas estuviesen sujetas á una sola dirección, permitió que siguiesen á las órdenes de Riva Palacio, mientras no se necesitase de ellas. Así se conjuró un conflicto que amenazaba exaltar los ánimos y que hubiera sido de fatales consecuencias.

Quedaba pendiente la cuestión de recursos. Esta se resolvía, no sin peligros ni dificultades, por medio de comisionados que hacían efectivo el cobro de los impuestos sobre la propiedad raíz, impuestos que eran de un cuarto por ciento mensual sobre fincas urbanas, y medio por ciento, también mensual, sobre las fincas rústicas. Se cobraban, además, los derechos de importación á los efectos extranjeros, por estar ocupados todos los puertos por el enemigo. En Michoacán no se ocurría en aquella época al sistema de préstamos forzosos ni á otra clase de exacciones, sino en casos de extrema necesidad, y aun entonces se abonaba una parte de los documentos que los comprobaban en el pago de las contribuciones. El Gobierno tenía establecida la recaudación por medio de comisionados de Hacienda que recorrían el país, llevando citatorios para el pago á todas las fincas rurales, aunque estuviesen situadas á orillas de las poblaciones ocupadas por el enemigo. Había hacendados que por su patriotismo ocurrían á la Comisaría general á satisfacer el impuesto íntegramente ó por abonos; mas no escasearon los remisos por egoismo ó por ser partidarios del imperio, los cuales ponían en juego toda clase de medios para evadir el pago. De ellos, los que principalmente se resistían á contribuir, eran los dueños de fincas inmediatas á los lugares que tenían guarnición imperialista; y cuando llegaba alguna partida republicana, escoltando al comisionado de Hacienda, daban aviso inmediatamente al jefe del destacamento enemigo, no siendo pocas las ocasiones en que aquellas pequeñas fuerzas fuesen batidas y destrozadas.

De la misma manera se hacía la recaudación fiscal en el 1.er Distrito del Estado de México. De esta eficacia y actividad en el cobro de los impuestos, abonándose en ellos lo cau-

sado por préstamos forzosos para las urgentes atenciones de la guerra, ha resultado que en el reconocimiento de la deuda pública nacional aparezcan hoy muy pocas reclamaciones hechas por michoacanos.

Decíamos que había en Zitácuaro grande escasez de recursos, y aunque esto era el pan cuotidiano, por aquellos días la situación se había agravado á consecuencia de los últimos acontecimientos. Era, pues, preciso enviar expediciones á verificar el cobro, y á este efecto se organizaron dos partidas, una á las órdenes de Granda, que se dirigió á las inmediaciones de Toluca, y la otra al mando de Nicolás Romero, á quien seguiremos, dando cuenta brevemente de sus operaciones.

En medio de una lluvia torrencial salió de Zitácuaro nuestro guerrillero el día 23 de Agosto, acompañado de Crescencio Morales y de Donaciano Ojeda, con un total de fuerza de cuatrocientos hombres. El 24 estaba en Irimbo, y el 25 llegaba á la hacienda de Queréndaro, á eso de las dos de la tarde.

Queréndaro, antigua hacienda de los jesuitas, es la más rica y valiosa finca de labor en el Oriente de Michoacán: dista nueve leguas de Morelia, tres de Zinapécuaro y está contigua á un pueblecito que lleva su nombre. Pertenecía entonces á la familia Pimentel, de México, cuya adhesión al imperio era notoria. Tan luego como el administrador de la finca supo la aproximación de los *chinacos*, pidió auxilio al general Márquez y le fué enviada la guerrilla de Jesús González (a) el Ranchero, á la que se agregó el numeroso personal de peones perfectamente armados y municionados. El edificio, por su parte, estaba convertido en una verdadera fortaleza.

Al presentarse Romero, envió á un indígena con una comunicación al administrador de la finca, incluyendo la boleta de contribuciones y solicitando el pago. Aquel infeliz indio fué fusilado en el acto en el patio de la hacienda y colgado su cadáver á un lado del zaguán, con un letrero que decía: "Por bandido."

Indignados Romero y Morales, ordenaron el ataque, y ya lanzaban dos pequeñas columnas de infantería sobre la ha-

cienda, cuando se presentó el padre Guevara, cura del inmediato pueblecito de Queréndaro, advirtiendo á los liberales que dentro de la hacienda había más de quinientos hombres, ocupando las alturas y detrás de todas las aspilleras. Hubiera sido exponer la tropa á una derrota segura, y en consecuencia se ordenó la retirada. Romero se limitó á enviar al alférez Tito Flores para que con seis hombres fuera á recoger el cadáver del indígena, lo que verificó entre un torrente de balas que le dirigieron de la casa. El cuerpo del desgraciado mensajero fué sepultado en el cementerio de Queréndaro. La tropa de Zitácuaro continuó en el acto su retirada; pero de repente se oyeron tiros y se echó de menos, entre los jefes, á Nicolás Romero. La angustia fué general; por fortuna duró pocos minutos, porque el guerrillero, con diez ó doce de los suyos, no tardó en aparecer arreando treinta magníficos potros que estaban en un potrero contiguo á la hacienda. Dirigiéndose al comisionado fiscal, le preguntó:

—¿De cuánto era la boleta que debía pagar Queréndaro?

—De mil pesos.

—Pues aquí tiene vd. estos caballos que valen más de dos mil. ¡A ver con quién manda vd. el recibo!

Todos acogieron con risotadas y vivas estas palabras de Nicolás Romero.

Después de este suceso, nuestro guerrillero desvió la marcha y tomó el camino de Ucareo. Serían las nueve de la noche cuando llegaron á las cercanías de aquel pueblo. Romero llamó al teniente Pascual Rubio y le dió orden de que con veinte infantes, y marchando con mucho silencio, fuese á apoderarse de la guerrilla del tuerto Espinosa, subalterno del Ranchero, que estaba allí de avanzada. Nicolás había tenido esta noticia de uno de los caballerangos que cuidaban los potros recogidos en Queréndaro.

Pascual Rubio no logró apoderarse de la partida, porque fué sentido por ella al llegar al zaguán del cuartel. No hubo más remedio que batirla; pero con tan buen éxito, que de los quince hombres que la formaban, diez quedaron muertos, y se recogieron quince caballos, quince mosquetes, dos pistolas giratorias y un rifle Sharp. De Ucareo siguió la tropa por las

haciendas de San Isidro, Los Dolores y otras que pagaron sus contribuciones, regresando nuestros guerrilleros á Zitácuaro el día 30 de Agosto con recursos pecuniarios y un rico botín de armas y caballos.

El general Riva Palacio ordenó que Nicolás Romero hiciese una nueva salida, encargándole una comisión delicada. En esta vez acompañaban al león de la montaña sus cabos Acevedo, Garza, Castillo, Solano y Limón, y además la caballería de Zitácuaro á las órdenes de Pedro Ruiz.

El general encaminó á Romero hasta cerca de Tierra Quemada, y habló larga y reservadamente con él.

Pasaba esto el día 12 de Septiembre. En la tarde llegó la fuerza á la hacienda de Ayala. Administraban la finca unos dos españoles, á quienes desde luego se pidió un día de haber para la tropa, en cuenta de contribuciones. Los *paidzanos*, atentos, serviciales y haciendo gala de afabilidad, dijeron al coronel que no tenían dinero en aquel acto, pero que pernoctase allí y antes de amanecer ya estaría de vuelta el mozo que iba á conseguirlo. Romero halló natural la respuesta y mandó alojar su tropa.

La hacienda de Ayala está situada al pie de un monte y al frente se dilata una llanura árida. La finca estaba sólidamente amurallada.

Sería la una de la mañana, cuando el capitán de vigilancia avisó que se percibía rumor de tropa. Era sin duda una fuerza enemiga que trataba de sorprender á los republicanos. El coronel dió orden de despertar á la gente y de que con el menor ruido ensillasen los caballos.

La noche estaba profundamente obscura, á causa de gruesos nubarrones que amenazaban deshacerse en lluvia.

En tanto, el grueso de los imperialistas se había posesionado de la era y de una cerca de piedra situadas frente á la hacienda. Un jinete avanzó hasta el zaguán, que estaba entreabierto, y al grito de ¿quién vive? contestó: ¡La República!

Se le dijo que avanzara, y al penetrar por el zaguán, descargó su pistola y mató al centinela; en el acto se cerró la

puerta; el jinete quedó cortado de los que le seguían, y fué hecho prisionero. Aquel hombre era un terrible contraguerrillero, apodado *Chalmita*, el cual fué fusilado inmediatamente.

En ese momento los centinelas apostados en la tapia de la huerta que está detrás de la casa, hicieron fuego sobre algunos pelotones del enemigo que intentaban dar una sorpresa por aquel punto.

La presencia de *Chalmita* había hecho conocer á Romero que la fuerza que lo atacaba era la del general Cuevas. Sin pérdida de momento dió sus instrucciones á los jefes subalternos.

En aquel instante se oyó el disparo de una pieza de artillería, cuya bala agujereó el zaguán. Entonces se escuchó la voz del guerrillero:

—¡Muchachos, á caballo! ¡El que quedó, quedó!

Al mismo tiempo Tito Flores había abierto de par en par la puerta; y como si no esperasen más que esto los traidores, su cañón vomitó metralla que hirió caballos y soldados.

Tras de la metralla se había lanzado la caballería enemiga. ¡Qué confusión! ¡qué gritería de imprecaciones horrorosas! La sangrienta lucha se veía á la vislumbre de los tiros; se oía crujir la carne partida con el fierro de las lanzas; chocar los sables, desprendiendo chispas de luz; gemían los heridos y se oía el ruido sordo de los hombres que caían en tierra.

Al fin los chinacos rechazaron á los dragones imperialistas, que perseguidos por aquéllos, huyeron hacia la cerca en que estaba la infanteria, la que no pudo hacer fuego por no matar á los mismos suyos. Limón avanzaba á escape para cortarles la retirada; al observarlo, se introdujo entre ellos el desorden, y en medio de la espantosa confusión, los infantes tiraron los fusiles y huyeron á la desbandada.

Tras de la hacienda se hallaba el general Cuevas con una reserva de caballería de cien hombres. Acevedo se batía con ella, mientras al frente pasaba la acción que he descrito; concluída la cual, Romero acudió á reforzar á Acevedo y sus treinta jinetes, y los imperialistas no pudieron resistir el tremendo choque.

Entonces comenzó la persecución. Romero dividió su tropa en pelotones y se lanzó tras de los fugitivos. Confieso que en circunstancias como esas, los chinacos son terribles y crueles. Se embriagan al olor de la sangre, y su gusto es prender con la lanza al enemigo que alcanzan, quedando el cadáver horriblemente mutilado de tantas heridas que, uno tras otro, le infieren los perseguidores. El único que hacía prisioneros era Nicolás Romero; pero sus soldados eran inexorables.

En un espacio de más do tres leguas se dió el alcance, quedando marcado el camino con numerosos muertos. Los chinacos regresaron á la hacienda á las seis de la mañana; allí recogieron la pieza de artillería, cuarenta y tres cadáveres de soldados imperialistas y tres de republicanos; cincuenta mosquetes, ochenta y tres fusiles, sesenta y dos lanzas, treinta sables, muchas prendas de vestuario y cuarenta caballos. Quedaban en poder de los liberales treinta prisioneros.

Los españoles de Ayala, que nunca se imaginaron que fracasara su plan, pálidos y temblándoles las manos, entregaron á Romero, no uno, sino tres días de haber para su tropa. Por todo reproche, aquel hombre prudente y benigno les hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuántos eran los traidores que mandaron vdes. llamar?

—Mi coronel, por Dios, que nosotros no dimos ningún aviso......

—¿Cuántos eran?

—Ochocientos, señor, cuatrocientos infantes y otros tantos jinetes.

—¡Pues no estuvo tan mala la emboscada que vdes. les pusieron!

Los españoles abrieron tantos ojos, pensando en que la cosa podría ser juzgada así por los imperialistas.

Romero se dirigió al patio de la hacienda, y en voz alta exclamó:

—¡Que formen los prisioneros!

Ya se puede uno figurar cuál fué la angustia que se apoderó de aquellos infelices. La fiebre patibular invadió su cuerpo: tenían la boca seca, los ojos extravíados, el cabello erizado, la tez pálida y áspera.

—Teniente Rubio, cumpla vd. mis órdenes.

Rubio se adelantó hacia los prisioneros, y dió á cada uno un peso; en seguida les entregó treinta caballos del deshecho. Romero volvió á hablar:

—¡Váyanse vdes. y no sigan siendo traidores!

No intento describir las muestras de gratitud que los prisioneros hicieron al jefe de los chinacos, ni el entusiasmo de la tropa. ¡Sólo afirmo que así de noble y generoso era Nicolás Romero!

Voy ahora á referir el hecho principal de este capítulo. Antes transcribiré lo que acerca de él dice la Memoria del Gobierno de Michoacán, de 1890, en la página 13 de las "Noticias históricas y estadísticas."

"El *once* de Agosto de 1864, las fuerzas de *D. Carlos Castillo*, en número de trescientos y tantos hombres, dieron alcance en la ranchería del puerto de Medina á las del jefe imperialista D. Miguel Camarena, que se componían de *doscientos cincuenta* hombres. El combate comenzó en jurisdicción de Contepec y terminó en el territorio del Estado de México, y fué desfavorable á las fuerzas imperialistas, habiendo muerto en la acción el referido Camarena."

En el conciso párrafo que antecede, es notorio el afán de desfigurar los hechos y de debilitar el mérito de los soldados republicanos, á quienes se atribuye superioridad numérica; ni siquiera se menciona á Nicolás Romero, héroe de la jornada. Si el autor de esas notas se hubiera tomado el trabajo de consultar algunas obras de historia, siquiera fuesen las de escritores imperialistas, habría podido hacer justicia al valor y generosidad de los *chinacos* de Zitácuaro, y habría comprendido la importancia de aquel hecho de armas que se verificaba en nuestro Estado en los mismos días en que Maximiliano, creyendo pacificado el país, hacía su viaje al interior.

Veamos cómo pasaron los hechos.

De México habían avisado á Riva Palacio que el capitán Becker saldría de aquella capital, con una pequeña escolta, rumbo á Morelia, llevando de parte de Bazaine pliegos é instrucciones verbales para D. Leonardo Márquez. Becker, que

es hoy general de la más alta graduación en el ejército de su país, es ruso de origen y vino á México en los días de la intervención francesa á hacer su práctica de la guerra. Era entonces muy joven, pero se distinguía ya por sus talentos é instrucción en la ciencia militar. Forey lo colocó de ayudante de Márquez, y con este jefe hizo gran parte de la campaña.

Riva Palacio, comprendiendo la importancia de los documentos de que era portador aquel oficial, y deseando sorprender de viva voz algunas de las instrucciones de que era depositario, dió orden á Romero de que se apoderase de él y se lo llevara á Zitácuaro.

Pero mientras el general dictaba estas disposiciones, Márquez, desde Morelia, tomaba por su parte toda clase de precauciones para que Becker llegara sano y salvo á aquella ciudad. A este efecto dispuso que Oronoz saliese de Maravatío con quinientos hombres que dividiría en dos columnas, una de doscientos infantes á sus inmediatas órdenes, y el resto de caballería (trescientos dragones) al mando del coronel Miguel Camarena, llevando entre ambas una distancia de dos ó tres leguas hasta encontrar á Becker en el camino de Ixtlahuaca.

Camarena había sido el segundo en jefe de Elizondo cuando éste servía á la República, y conservó el mismo empleo después de la defección de esa fuerza. Muerto Elizondo, Camarena lo substituyó en el mando, y en la ocasión presente llevaba á sus órdenes el 7º cuerpo de caballería y dos escuadrones del 2º y 13 de la misma arma.

Inútil es decir que desde que Romero salió de Zitácuaro, sus espías marcharon á Maravatío é Ixtlahuaca, y que varios de los exploradores hacían un servicio activo de correos.

Así las cosas, Romero partió de Ayala á la una de la tarde del día 13, yendo á pernoctar en la hacienda del Mayorazgo. El 14 continuó su marcha por el rumbo de Tapasco y llegó al puerto de Medina como á las dos de la tarde, hora en que Camarena, escoltando ya á Becker, regresaba de la Jordana, y en que Oronoz, rumbo á esa hacienda, había salido de la de Tepetongo. Tenía, pues, Romero á su disposición un amplio espacio entre las dos fuerzas enemigas, y supo aprovecharse de esta circunstancia.

Escogiendo cien hombres de los más valientes de su tropa, avanzó rápidamente al encuentro de Oronoz, logrando caer de sorpresa sobre esta columna que en unos cuantos minutos quedó derrotada, retrocediendo los restos de ella hacia Tepetongo, en donde se encerraron é hicieron fuertes en la casa de la hacienda. Esto bastaba á Romero; y para conservar la situación dejó al frente de aquella fortaleza improvisada unos veinticinco jinetes al mando de Lino Basurto, con orden de que no cesasen de hostilizar á los allí encerrados, quienes esperaban el regreso de su caballería para hacer una salida. Refiriéndose á este episodio es por lo que dice la *Memoria* de Michoacán que el ataque comenzó en jurisdicción de Contepec, y agrega que terminó en territorio del Estado de México.

En efecto, Romero volvió á incorporarse á su fuerza, y ocultándose tras de una curva del cerro en que está el puerto de Medina, se adelantó siguiendo en rumbo paralelo el camino de la Jordana.

Becker y su grande escolta mandada por Camarena había pasado ya de la Venta del Aire, cuando sintieron la proximidad de los chinacos. Nada haré mejor que transcribir aquí los datos que sobre este particular me ha proporcionado el comandante Félix Esparza, que en aquellos días, con el empleo de teniente, militaba á las órdenes de Camarena. Estos datos, además, están confirmados con la relación que me ha hecho el teniente coronel José Acevedo, uno de los cabos de Romero.

"Llegamos á la Jordana, dice Esparza, y allí se nos incorporó un capitán extranjero á quien íbamos á recibir. Al siguiente día salimos de aquel punto tomando el rumbo de Maravatío. A poco andar se tuvo noticia de que no estaba lejos una partida de chinacos. Camarena me nombró de vanguardia con una pequeña fuerza, y aunque le pedí que la reforzara, no logré que lo hiciera.

"Apenas habíamos pasado la Venta del Aire, cuando ví salir un gran número de guerrilleros que sin más ni más se nos echaron encima. Apenas alcancé á desplegar en tiradores mi pequeña fuerza; pero nos envolvieron y rebasaron,

yendo á caer sobre el grueso de la tropa. Poco duró la acción, en que se dispararon unos cuantos tiros, pues el combate se decidió á la lanza, quedando prisioneros muchos de nuestros soldados y dispersos los demás. Camarena y el capitán González murieron en el acto de la pelea, y fueron heridos muchos de nuestros oficiales, pues que Romero y los suyos procuraban en el combate buscar á los jefes enemigos y exterminarlos.

"Yo me batí hasta donde pude, pero ya cansado de manejar el sable, hube de retirarme, abriéndome paso entre los chinacos, y á poco se me reunió el capitán Díaz y ambos proseguimos nuestra retirada, no sin haber dado media vuelta sobre un grupo de cuatro jinetes que nos iban quemando la espalda. Así logramos deshacernos de ellos, nos internamos en el monte por la hacienda de Solís, y después de haber refrescado nuestros caballos, fuimos muy lejos á tomar el camino de Maravatío."

Nada nos dice el verídico Esparza de lo que sucedió con Becker, y es natural, porque éste caminaba á retaguardia de la tropa de Camarena. A la hora del combate, el oficial ruso se batió con valor. Al comprender que los suyos iban á ser derrotados, se cortó de la tropa, entrándose al monte rumbo á Tapasco. Varios guerrilleros, distinguiéndolo por su buen caballo y lujoso traje, se lanzaron sobre él, y lo hubieran sacrificado, pues ya de un lanzazo le habían agujereado el dormán, si no hubiera sido por Romero que, á carrera tendida, se dirigió á aquel punto, en momentos en que los guerrilleros tenían rodeado al extranjero, puesta la lanza sobre el pecho y la espalda, y gozándose en oir sus palabras suplicatorias, *pidiendo perdón*. Becker rindió su espada á Romero y, requerido por éste, le entregó los documentos que llevaba ocultos en el pecho. El coronel lo colocó á su lado para protegerlo contra cualquier insulto, y el prisionero marchó ya tranquilo y sereno.

Una circunstancia notable: el enemigo, en las dos acciones, tuvo más de cuarenta muertos; de los nuestros no murió uno solo, si bien hubo muchos heridos.

Eran más de las cuatro de la tarde. Se tocó reunión, y los

chinacos, después de haber obtenido dos importantes victorias en el espacio de menos de tres horas, y recogido un cuantioso botín, emprendieron su marcha yendo á pernoctar al Oro. Al día siguiente hizo Romero su entrada á Zitácuaro, en medio del entusiasmo de aquel heroico pueblo que aclamaba á los vencedores.

Aunque incurriendo en algunas inexactitudes, el escritor imperialista Zamacois da cuenta de este hecho de armas, haciendo más justicia á los republicanos que la misma Memoria del Gobierno de Michoacán.

Hé aquí cómo se expresa aquel autor en su "Historia de México," tomo 17, páginas de la 506 á la 509:

"Cerca de la hacienda del Mayorazgo, los jefes de guerrillas Romero, Solano y Castillo, lograron dar otro golpe á los imperialistas. Sabiendo que un capitán ruso apellidado Becker, ayudante del general mexicano D. Leonardo Márquez, conducía de México para éste algunas comunicaciones, se propusieron hacerle prisionero. La escolta que se le había dado era muy corta; pero iba mandada por un valiente oficial. Para evitar, por lo mismo, que alguna fuerza contraria le atacase en el camino, salió de Maravatío, á su encuentro, una sección de caballería. Sabedor el jefe republicano Romero de lo que pasaba, situó una parte de sus tropas en emboscada en el puerto de Medina y se dirigió con el resto al encuentro de Becker. La sorpresa de la corta fuerza que escoltaba á éste, fué completa al verse acometida de repente. La lucha fué corta: el jefe de la escolta, D. Miguel Camarena, perdió la vida batiéndose con denuedo; varios oficiales, compañeros de Becker, murieron también, entre ellos uno muy valiente apellidado Esparza;[1] Becker vió atravesado su uniforme de un lanzazo dirigido al pecho, sin que, por fortuna suya, lo hiriera, y fué hecho prisionero con los que no habían perecido.

"Entonces llegó á verse lo injustos que con frecuencia son los hombres de todos los partidos, al calificar á los que combaten en el campo opuesto. La prensa imperialista había pintado siempre á Romero como un hombre sin piedad. Becker,

1 Ya hemos visto que Esparza salió ileso: antes de un año este oficial había vuelto al campo republicano en donde hizo una buena carrera militar.

en consecuencia, al verse hecho prisionero, no dudó que sería fusilado en el acto. Su sorpresa fué, por lo mismo, grande, cuando en vez de rigor y de saña, se encontró tratado con la mayor consideración. Romero se mostró con él sumamente atento y le dijo que le iba á conducir á Zitácuaro, donde se hallaba el general D. Vicente Riva Palacio. Esta noticia acabó de tranquilizar completamente al bravo militar ruso. Don Vicente Riva Palacio, de quien ya tengo hablado varias veces, era un joven de fina educación, de sentimientos nobles y caballerosos, no menos humano que valiente, excelente abogado, distinguido literato y bravo militar. Becker no temió por su vida.

"Grato es al escritor encontrar en medio de los horrores de las batallas sangrientas que se ve obligado á describir, algunos de esos rasgos generosos que llenan de grata emoción el alma. El corazón siente desaparecer el peso que le oprime como una plancha de hierro, y respira libremente como si aspirase una atmósfera embalsamada y dulce. Una carta escrita por Becker pocos días después de hallarse prisionero, me hizo sentir ese grato placer que experimenta todo hombre que no tiene la desgracia de haber perdido los tiernos sentimientos de humanidad, cuando encuentra en otros un bello rasgo de hidalguía: la carta de Becker decía así:

"Estarán vdes. sorprendidos de ver el lugar de donde es- "cribo; pero esto es consecuencia de nuestro estado: imposi- "ble es al hombre prever al salir de un punto lo que le acon- "tecerá después.

"Las fuerzas de Romero, Solano y Castillo cayeron impro- "visadamente sobre nosotros. El jefe de nuestra escolta per- "dió la vida. La fuerza del enemigo era superior á la nuestra. "Nosotros nos defendimos, pero acabamos por ser batidos. "Yo he salido muy bien librado, pues pasando por alto un "lanzazo que me pasó el vestido del lado del corazón, todos "se sorprenden de que no haya sido víctima del primer mo- "mento de furor de los soldados ó pasado por las armas des- "pués de haber caído en sus manos. Cierto que ninguno está "más sorprendido que yo mismo.

"En fin, heme aquí sano y salvo.

"Desde el momento me trató Romero perfectamente y con-
"versé con él en el camino. En Zitácuaro encontré á Riva
"Palacio, que me recibió, á fe mía, con la mayor amabilidad
"y me dió alojamiento con su mayor general García, del cual
"sólo puedo hacer elogios. Riva Palacio viene algunas veces
"á visitarme, y su conversación espiritual me hace pasar ho-
"ras muy agradables. Si añado que he hecho otros conoci-
"mientos con otras personas de buena educación, vdes. com-
"prenderán que el prisionero se halla, relativamente á su
"enfadosa situación, lo más bien posible."

"Un mes después de haber caído prisionero, el día 16 de Octubre, le dió D. Vicente Riva Palacio la grata sorpresa de decirle que desde aquel momento quedaba en libertad. Becker había sido canjeado por otro jefe republicano, y volvió á sus filas lleno de gratitud hacia el hombre que le había tratado, no como á un contrario vencido, sino como á un amigo." Hasta aquí Zamacois.

Por mi parte, y como complemento de este capítulo, transcribo á continuación dos cartas, una de Becker y otra del general Arteaga. La primera dice:

"Sr. D. Vicente Riva Palacio.—Zitácuaro.—Maravatío, Octubre 8 de 1864.—Muy señor mío de mi aprecio.—Me aprovecho de esta oportunidad para manifestarle á vd. que he llegado á ésta sin novedad, y para repetirle á vd. mis muy expresivas gracias por la cortesía y consideración con que he sido tratado en Zitácuaro.

"Siento mucho que los señores que han sido canjeados por mí hayan sido detenidos aquí hasta mi llegada, pero ahora están ya en completa libertad y han tenido la bondad de prometerme llevar esta carta para vd.

"Suplicando á vd. haga presente á los Sres. García, Romero, Lebrija, Parada y Jaime mis más finas memorias, me repito de vd. su atento y S. S. Q. S. M. B.—*Waldemaro Becker.*"

Los canjeados por el capitán ruso fueron el teniente coronel Juan García y un capitán cuyo nombre no he podido averiguar, ambos hechos prisioneros en el ataque dado á Pátzcuaro por el general Pueblita.

La carta del general Arteaga es como sigue:

"General Arteaga.—C. Guzmán, Octubre 8 de 1864.—Señor Gobernador D. Vicente Riva Palacio.—Muy estimado amigo y compañero:—Ayer fueron publicados y solemnizados debidamente los partes que vd. me remitió y que yo he acogido con mucho placer.

"Sírvase vd. manifestar á los vencedores de la hacienda de Ayala y puerto de Medina, la complacencia con que he recibido la noticia de sus triunfos, y cómo lo he mandado comunicar al Ejército para su conocimiento y emulación. Admita vd. á la vez mis plácemes porque las armas de sus órdenes inmediatas están ilustrando la segunda época de nuestra independencia, y gracias por el digno comportamiento de vd. y de sus fuerzas, de que ya dí ayer conocimiento al Supremo Gobierno Nacional.

"El envíado de vd., teniente coronel Carrillo, me ha entregado los mismos partes y las importantes comunicaciones quitadas al oficial prusiano prisionero, que me han servido en gran manera para estos momentos, y de cuya remisión pronta y eficaz doy á vd. las debidas gracias, etc., etc.—Soy de vd. atento amigo, compañero y s. s. q. b. s. m.—*José María Arteaga.*"

Los pliegos interceptados al oficial ruso contenían nada menos que las instrucciones dadas al general Márquez para concurrir al plan de campaña de Bazaine sobre el Cuartel General republicano situado en el Sur de Jalisco. Este plan abortó por de pronto y sirvió para que Maximiliano no hubiese podido prolongar su viaje de recreo hasta Guadalajara. Ya veremos en el capítulo siguiente cómo cambió de rumbo, dirigiéndose á Michoacán.

CAPÍTULO XVII.

(1864)

Reorganízase la administración pública.—Protección decidida á la enseñanza primaria.—Energía de Salazar sobre los politicastros.—Los gastos del imperio.—Viaje del *Emperador*.—Comedia que representó en Dolores Hidalgo.—En León mandó que la música tocase los cangrejos.—Su entrada en Morelia, vestido de chinaco.—Su permanencia en la ciudad y durante ella algunas escenas trágico-cómicas.—Nombramiento de del Moral para prefecto del Departamento.—D. Alejandro Ortega, Secretario del Gobierno.—Despedida de Maximiliano.

Ya es tiempo de que volvamos á ocuparnos de Salazar y de sus fuerzas que operaban en el centro y Sur del Estado.

El general, no obstante su deseo de mandar personalmente algunas de las expediciones que llevaba á cabo, se veía en la necesidad de permanecer al frente del Gobierno y de atender, no sólo al ramo de guerra, lo que hacía de preferencia, sino á los demás de la administración pública.

Ya vimos cómo la defección de Caamaño había producido honda desmoralización y desconfianza entre los jefes del ejército, acefalía en los pueblos, y en consecuencia, una falta casi completa de recursos.

La presencia de D. Justo Mendoza en la Secretaría de Gobierno fué provechosa y eficaz para reorganizar la acción administrativa: se nombraron nuevos prefectos y comandantes militares en los departamentos del Estado, yendo á funcionar los nombrados en las cabeceras de aquellas demarcaciones, si no estaban ocupadas por el enemigo, y en las que tenían destacamentos de éste, iban á situarse dentro de su jurisdicción,

haciendo la campaña, siquiera fuese como guerrilleros. La administración de justicia tenía siempre expeditos los tribunales, consistentes entonces en los juzgados de 1ª Instancia y en los alcaldes, lo cual bastaba para llenar en está línea las más urgentes necesidades de los pueblos. Se establecieron administraciones de rentas y se diputaban comisionados de hacienda que fuesen á hacer el cobro del impuesto único. Los Ayuntamientos, restablecidos, como ya hemos dicho, se consagraban á sus trabajos municipales y ayudaban con importante cooperación á los jefes militares. Por último, y como cosa muy digna de mencionarse, consagró el Gobierno una atención esmerada al sostenimiento de las escuelas públicas primarias, cuidando de que no faltasen los profesores, ni en las de hombres ni en las de niñas, y hasta donde era posible, las proveía de libros y de útiles. Creo de justicia y como un legítimo orgullo del partido liberal michoacano, consignar estos rasgos salientes de los gobernantes de aquel Estado en la dilatada época que duró la campaña.

La energía y el carácter indomable de Salazar pusieron en quietud á los politicastros que habían hecho la oposición á Berriozábal y á Caamaño, y permitieron á aquel jefe consagrarse tranquilamente á organizar y disciplinar su ejército.

Como Márquez, desde Morelia, no podía distraer su atención en varias partes al mismo tiempo, ni contaba con fuerzas suficientes para ello, se había limitado á su campaña de Zitácuaro, ya porque colocado este baluarte de los liberales muy cerca del camino de México á Morelia, constantemente se interrumpian las comunicaciones entre ambas ciudades, ya por la audacia y el valor de los guerrilleros que allí tenían su cuartel general y que eran tanto más temibles, cuanto que estaban bajo la dirección de una inteligencia clara y pronta.

Por este motivo hubo una especie de tregua en las operaciones militares en el resto del Estado, lo que favoreció las miras de Salazar, quien se dedicó á instruir y disciplinar la división de Michoacán, á fin de que pudiese entrar luego en una campaña activa.

Las dos siguientes cartas nos darán á conocer cuál era la marcha de su política y el desarrollo de su táctica. Dicen así:

"Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio.—Uruapan, Septiembre 9 de 1864.—Muy querido chinaco:—Parece que los traidores se han propuesto molestarte, porque, según las comunicaciones que he recibido del comandante militar de esa plaza (Zitácuaro), Valdés y Lamadrid te han visitado (se refiere á las jornadas del 14 y 15 de Agosto). De preferencia te recomiendo al Sr. Morales para que me lo auxilies con armas y hombres, con objeto de que su fuerza adelante, pues creo que sin estos elementos está expuesto á sufrir un descalabro.—Los veinte quintales de plomo que te pedí son para el Cuartel General, y espero por lo mismo que me los mandes violentamente. Por acá no ha ocurrido novedad notable, pues el general Régules que expedicionaba por el Departamento de Zamora, ha llegado sin novedad, logrando la ventaja de alentar á los pueblos que visitó y tener en constante alarma al enemigo que ya nos creía muertos.—Sabes que te quiere bien tu amigo y compañero.—*C. Salazar.*"

"Correspondencia particular de Carlos Salazar.—Zitácuaro.—Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio.—Uruapan, Octubre 4 de 1864.—Mi muy querido chinaco:—He recibido tus dos gratas, fechas 12 y 20 del mes próximo pasado, y tengo el mayor gusto, porque veo en ellas que sigues dándoles la función á los traidores; sigue así, pues te estás portando como la gente. Felicita en mi nombre á Romero y dale un fuerte abrazo. —Inmediatamente remito tu parte al Cuartel General por un correo expreso, para que cuanto antes tenga conocimiento el General en Jefe de ese glorioso hecho de armas.[1]—Me dices en la tuya del 19, que mientras que los traidores no tengan otro punto de vista que tú, no han de molestarme: á esto te diré que el comisionado tuyo y el mío han marchado ya al Cuartel General y espero que dentro de muy poco podré mover fuerzas para que obren en combinación con las tuyas, pues te he dicho ya que mis deseos son de que nos ayudemos mutuamente.—Se sabe que Maximiliano, después de haber ido á Dolores Hidalgo á representar la comedia del grito de independencia el 16 del pasado, ha regresado á Guanajuato y llega de un momento á otro á Morelia. Viene escoltado por fran-

1 El del Puerto de Medina.

ceses, y los traidores de Morelia creen que con ellos abrirá la campaña en este Estado.—El general Régules expediciona por el Sur del Estado y ha llegado hasta Santa María (goteras de Morelia), haciendo encerrar á todos los traidores en su plaza, y ha regresado á Tacámbaro sin novedad. He recibido el plomo á que te refieres, y según me dice Morales espero más.—Vuelvo á felicitarte por tus triunfos y repito que deseo que estemos muy pronto obrando en combinación y en perfecta armonía, pues así debe ser, porque conviene al bien general de nuestra santa causa y muy particularmente á quien se repite tuyo afmo. amigo que mucho te quiere y B. T. M.—El chinaco *Carlos Salazar.*"

En lo que he venido refiriendo se han hecho alusiones al viaje emprendido por Maximiliano al interior del país. Prescindiría de narrar esta puerilidad del *Emperador*, si no fuera porque entre los puntos que recorrió el *tourista* real, estuvo Michoacán, ó más bien dicho Morelia, la ciudad cabecera del Departamento. Entra, pues, en los límites de esta historia que nos ocupemos de este grande acontecimiento. Antes haré una rápida reseña de la política imperial.

Desde que Maximiliano tomó posesión de su *imperio*, inició una marcha liberal, haciendo alarde de despreciar á los clericales, á quienes llamaba *cangrejos* y *pelucas*, burlándose él y su esposa, la *emperatriz* Carlota, de las ideas retrógradas de sus ardientes partidarios. Todo su afán era rodearse de liberales, y con hombres que habían figurado en ese partido formó su ministerio. Hacía alarde de ideas democráticas, lo que no le impidió asignarse para él y para su esposa sueldos colosales, fuera de los inmensos gastos de la casa imperial. El *emperador* tenía millón y medio de pesos cada año y señaló á la *emperatriz* doscientos mil para alfileres. Se aplicó quinientos mil para su viaje de Miramar á México, y fijó crecidas sumas para la retribución anual del Mariscal de la Corte, chambelanes, médicos, caballerangos, damas de honor y demás servidumbre. Imagínese el lector lo que costaba esa farsa que, por

cierto, no era pagada de los fondos de diezmos ni de las obvenciones parroquiales, sino de los dineros de la nación: de modo que, el solo personal del ejecutivo del imperio, costaba más del doble de lo que hoy, bajo la República, cuestan el Presidente, los diputados y los senadores y sus respectivos empleados. Todo esto sin contar los gastos extraordinarios de recepciones, viajes y demás fiestas *que exije el decoro real.*

En medio de todo esto ideó Maximiliano el viaje á que me refiero, protestando que le serviría para estudiar las necesidades del país. Naturalmente esta excursión se hizo por lugares ocupados por fuerzas de la intervención, y las ovaciones con que fué recibido el *Emperador* estaban dirigidas por las autoridades imperialistas. Encomendando la regencia del imperio á su augusta esposa la *Emperatriz* Carlota, salió de México el día 10 de Agosto, acompañado de un consejero de Estado, de un chambelán de la corte, de un secretario, de varios escribientes y de algunos oficiales franceses. Lo escoltaba una columna de caballería franco-mexicana, á las órdenes del comandante Loysel, de quien iba como subalterno el famoso coronel Miguel López, confidente íntimo de Maximiliano en aventuras amorosas y en la trágica de Querétaro.

El 15 de Agosto, día del santo del emperador Napoleón, Maximiliano ofreció en San Juan del Río un banquete á las tropas francesas, en el que expresó su gratitud al protector del imperio mexicano. El 17 llegó á Querétaro, permaneciendo en aquella ciudad seis días. De la llegada á esta ciudad, dice M. Gaulot en su libro "L'Empire de Maximilien:"—"Al entrar á Querétaro, Maximiliano quedó sorprendido de no ver entre las autoridades que salieron á recibirlo al obispo Monseñor Gárate: su sorpresa aumentó cuando supo que desde hacía mucho tiempo que aquel prelado vivía tranquilamente en México con el pretexto de que su palacio episcopal estaba inhabitable, y que no era decoroso para su alta dignidad arrendar una casa particular.—A poco tuvo otra prueba de la apatía del clero en todo aquello que no afectara sus intereses y bienestar: supo que desde hacía veinticinco años no recibían el bautismo algunos indios residentes en los alrededores. Manifestó en el acto su deseo de ir á ver á aquellos abandona-

dos, de hacer que fuesen bautizados y anunció su intención de servirles de padrino. A estas nuevas, el obispo creyó necesario salir de su torpeza y despachó dos sacerdotes para administrar el bautismo, lo que se hizo como decía Maximiliano "con bombas de incendio" riéndose de los singulares efectos que había producido su intervención." El 23 siguió su viaje por Apaseo, Celaya, Salamanca é Irapuato, en donde volvió á detenerse por una ligera inflamación de garganta. El 10 de Septiembre recibió al general Uraga, invitándolo á su mesa. El 13 llegó á San Miguel de Allende y el 16 entró en Dolores Hidalgo, en donde con aparato dramático solemnizó el aniversario del grito de independencia, á las once de la noche, pronunciando un discurso que no brilla por su literatura. El 17 salió de Dolores y llegó el 18 á Guanajuato: allí permaneció hasta el 26, el 27 estuvo en Silao, en donde no se le hizo manifestación alguna. El 28 llegó á León: allí pasó un caso curioso que refiere el clerical Arrangoiz en los siguientes términos: "La autoridad había prohibido una canción en que se injuriaba á los conservadores y que se titula *Los Cangrejos:* sabida por Maximiliano la prohibición, la levantó, mandando que la tocaran mientras Su Majestad Imperial almorzaba: era un insulto manifiesto al partido que le había llevado al poder." El 29 le correspondió Uraga el banquete, y el 1º de Octubre salió para La Piedad, de donde prosiguió su viaje el día 8; el 9 pernoctó en Panindícuaro, el 10 en Tecacho y el 11, á las diez de la mañana, hacía su entrada en Morelia, vestido de *charro* y *con corbata roja*, lo que no halagó á los republicanos y sí llenó de despecho á los clericales.

Antes de narrar la permanencia del *Emperador* en Morelia, diré que los periódicos imperialistas de la época hacían alarde de que Maximiliano recorría el interior del país con una sola escolta, sin haber sido molestado con la presencia de ninguna fuerza regular ni guerrillas de los liberales en el largo camino recorrido. Yo no sé si desde México á la Piedad bastaron para esa tranquilidad las numerosas guarniciones del imperio que había en los pueblos y ciudades del trayecto; lo que puedo afirmar es, que desde antes de que entrara al territorio de Michoacán y durante su viaje desde la Piedad hasta Morelia se

movían columnas de franceses y traidores en toda aquella parte del Estado, y se hallaban estacionadas las fuerzas de Márquez en Zacapu, Coeneo, Puruándiro, Quiroga y Pátzcuaro, formando una muralla de hombres de uno y otro lado y á muy corta distancia de la vía por donde caminaba el usurpador.

El general Salazar, curioso de saber lo que pasaría en Morelia con motivo de las fiestas preparadas allí para la recepción de Maximiliano, y no queriendo atenerse á informes de simples espías, envió al teniente coronel Antonio Mejía, nativo y vecino de aquella ciudad, para que procurase presenciarlo todo. Igual comisión recibieron otros oficiales inteligentes. La narración de éstos, la de D. Francisco Otero, comerciante de la misma ciudad, conservador recalcitrante y que fué á Uruapan después de aquellos días y platicaba públicamente del asunto, y una carta de la esposa de D. Justo Mendoza, están de perfecto acuerdo en los detalles que caracterizaron la permanencia de Maximiliano en Morelia; pero yo los tomaré de una carta interceptada en la diligencia de México; porque ese documento, conforme en todo con aquellos datos, es curioso por más de un título. La susodicha carta está escrita por un vecino de la misma ciudad de Morelia, conservador por los cuatro costados, pero que ha sido siempre un hombre veraz, intransigente y justo, si bien irónico y acre en su estilo. La carta iba dirigida á un amigo suyo, persona muy respetable, que por aquella época residía en México, y dice así:

"Morelia, Octubre 18 de 1864.—Sr. D. J. M. C. D.—México.—Estimado amigo:—Ni envidia le tengo á vd. con sus recepciones, sus bailes y sus solemnes fiestas reales en esa capital. Las que aquí han tenido lugar con motivo de la entrada de nuestro *Empeorador*, no se parecen á nada por lo estupendas, magníficas y demás cosas. La verdad es que todos aguardábamos con ansia al susodicho *Empeorador* para ver si remediaba esta situación, porque ya le he dicho á vd. desde antes, que vivimos con la misma jeringa, aunque con distinto palo. Antes eran los *chinacos* los que nos extorsionaban, ahora son nuestros *mochos* los que hacen lo mismo. ¡Sea por Dios y

venga más! Del Moral ha sido nombrado Prefecto Político y Alejandro Ortega es su Secretario. Al saberlo dimos las gracias al cielo; pero esto no es más que una ilusión, porque los han dejado con las manos atadas y los tiene vd. como los ciegos, conduciéndose el uno al otro. Todo es aquí militarismo, arbitrariedad, altanería y corrupción.

"Pero vamos al caso.

"Todo el día 10 se pasó en preparativos, levantando arcos y adornando las calles en la carrera de la Merced con mascadas, gallardetes y fajas de los tres colores nacionales. En la mañana del 11 la vía estaba tapizada de mirasoles y había músicas de todas partes, hasta de Jesús del Monte.

"Entre los arcos, uno que estaba por La Bandera Blanca, era el que más llamaba la atención, pues de lo alto colgaba una niña rubia como el sol, vestida de ángel y teniendo en las manos un letrero que decía: "Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad." Esa infeliz, expuesta á la insolación, es hija del Lic. R. C., partidario del imperio y de la desecación de la laguna de ....

"En otro arco figuraba el famoso lema de "Equidad en la justicia:" y en los demás había dísticos, parto del cacumen de nuestro poeta seráfico, ya sabe vd., el gongórico.

"Por supuesto, como vd. conoce á esta gente, en la mañana aparecieron parodiados los dísticos, escritas las parodias con carbón en las paredes de las casas inmediatas á los arcos.

"Una cabalgata de más de cien de los jóvenes de nuestra más escogida sociedad, fué hasta Cuto de la *Esperanza* (mal nombre que le puso á aquel rancho D. Epitacio Huerta): allí hicieron la *topa* y al regreso se les fueron incorporando más jinetes, que en su mayor parte parecían vaqueros que iban al encuentro de la torada, pues vd. comprenderá que no todos llevaban trajes decentes.

"Por fin apareció el *Emperador* en la garita de Chicácuaro, con pantalonera con botones de plata, chaqueta y chaleco blanco, sombrero galoneado y una escandalosa corbata roja: montaba un caballo negro con silla vaquera. Por supuesto que á la *mochitanga* no le cayó muy en gracia ver al *güero* disfrazado de *chinaco*. En cuanto á él, venía muy *ancho* y no

quiso aceptar la carroza que le enviaron hasta más allá de la garita.

"En todas las ventanas, en las calles y hasta en las azoteas, había mucha gente que por espíritu de partido ó por simple curiosidad se agolpó en el rumbo de la Merced. Él veía todo esto con viva satisfacción é iba saludando á uno y otro lado, principalmente á los grupos encargados de gritarle vivas.

"Hubo otra nota discordante. Al llegar á la plaza, frente á la casa de D. Francisco Grande, una comisión del clero lo invitó á dirigirse á la Catedral en donde estaba preparado el Te Deum. Su Majestad manifestó que estaba ya muy fatigado y que deseaba llegar á su alojamiento. Los *mochitos* nos tragamos este nuevo desaire.

"Había una inmensa muchedumbre, y no sin trabajo llegó por fin á la casa de Pachita Román, convertida en Palacio Imperial. Allí, al entrar, hizo un gesto de indignación, y á mí se me pusieron coloradas de vergüenza las orejas. Los comisionados para recibirlo en su alojamiento, tan luego como llegó á la puerta, se *hincaron de rodillas.* Esos comisionados eran A. J. y D. M.; E. A. C.; M. de E.; J. M. de H. y Don I. A. Lo peor del caso fué que una parte del pueblo siguió el ejemplo; pero no faltaron voces que gritaran: "no es el viático, no se hinquen!"

"Apenas acababa de instalarse Maximiliano, cuando llegó el cabildo eclesiástico en masa, vestidos los señores canónigos con sus sotanas moradas y sus sombreros acanalados con borlas del mismo color. Ese día supe que ése se llama traje *prelaticio*, y aunque siempre los había visto así, mucho subieron á mis ojos con ese nombre retumbante de *prelaticio*, de que todo el mundo hablaba como de una novedad. Los canónigos no tuvieron en consideración el cansancio ni el hambre de S. M. y lo fastidiaron cerca de media hora.

"En la comida estuvo, puedo decir, en familia, lo que no fué poca fortuna para él, recibiendo las finas y esmeradas atenciones de Pachita Román, á quien en esa hora preconizó Dama de Honor de Palacio, cuya noticia circuló en el acto por la ciudad y á porfía exclamaban con orgullo los nuestros: "ya tenemos dama de honor moreliana."

"En la tarde salió á visitar las cárceles: en la de hombres le dijeron que había muchos chinacos presos, lo que no le hizo fuerza. Al regresar de las Recogidas se dirigió á la catedral. No creía yo que hubiera tantos clérigos en Morelia; lo cierto es que estaba el atrio lleno, haciéndose notables los antiguos frailes exclaustrados, todos con sus trajes de reglamento. Los canónigos lo recibieron bajo de palio, y él apenas podía dar paso, pues que pelados y mujeres se le acercaban para verle la cara, deseosos de saber en qué se diferencia un emperador de los demás hombres. No faltaron algunos malcriados que decían casi en voz alta: ¡Vaya! si se parece todo entero á D. Víctor Backhaussen.[1] Esta frase aumentó la curiosidad, y la muchedumbre creció para cerciorarse de la semejanza.

"Aquí va lo bueno. En la noche se organizó en el portal de Matamoros un vítor de señoras y de señoritas. Lo más granado de la sociedad, la aristocracia, digamoslo así. Todas las casas del centro estaban iluminadas con vasos de colores y cazuelejas de manteca, y las torres de catedral parecían una ascua de oro. Había más de veinte músicas que todas tocaban al mismo tiempo diversas piezas. ¡Aquello era encantador!

"Por fin salió la procesión. En medio las señoras y señoritas con cirios de cera, y á los lados los hombres, llevando banderas tricolores, precedidos por uno que llevaba un estandarte con el retrato del Emperador, y una que conducía un pendón con el de la emperatriz. La muchedumbre acudió, como en el día, á contemplar este nuevo espectáculo. La comitiva se dirigió á la casa de Pachita Román y hubo muchos vivas á Maximiliano y á Carlota. Su Majestad salió al balcón y contestó emocionado á aquellas muestras de cariño. Luego hizo que se invitara á las señoras á pasar á la casa, en donde de nuevo les dió las gracias y se dejó abrazar de algunas. Ya fuera del salón, se destaparon centenares de botellas de champaña y se ofrecían á señoras y caballeros que apuraban las copas con entusiasmo real.

"Siguió el vítor por los portales y las calles: llovía á cántaros y tronaba el cielo, lo mismo que las botellas de cham-

1 Este señor era un prusiano, maquinista, residente en Morelia y que en efecto tenía cierto parecido con Maximiliano.

paña que parecían inagotables. La comitiva se había engrosado con muchos oficiales de la guarnición que se mezclaron en ella, lo mismo que la muchedumbre, introduciéndose una espantosa confusión en las filas. Y como el aguacero había apagado la iluminación é inundado las calles, la noche estaba profundamente obscura y las señoritas y las señoras pisaban un suelo *lodudo*, atascándose de una manera lamentable, y se extraviaron de sus respectivas familias algunas de ellas, hasta el grado de que en los cuarteles se mostraban al día siguiente algunas prendas de ropa interior. Así terminó la fiesta; y vamos á otra cosa.

"Decididamente el Emperador es más chinaco que su traje. ¿Qué piensa vd. que hizo? Pues en primer lugar no asistió á la misa solemne que le tenía preparado el cabildo para el día siguiente y puesto en el coro un dosel, el mejor que hay en la catedral y en el que á toda prisa se había bordado la corona imperial. No, señor; Maximiliano vestido modestamente con un traje color de haba, se dirigió á las seis de la mañana al Sagrario, acompañado sólo de un chambelán; preguntó por un clérigo, y presentándose uno de los vicarios, le manifestó su deseo de que le dijera una misa rezada, cuyo acto se verificó inmediatamente, y concluído que fué, el chambelán gratificó al presbítero con una onza de oro.

"En segundo lugar, el Emperador hace alarde de acoger con distinción á los liberales y de manifestar cierta prevención contra los *cangrejos*, como tiene la bondad de llamarnos á nosotros los *mochitos:* á tal grado es esto, que ha estado evitando recibir á Márquez, y este general se habría quedado sin verlo en Morelia, á no ser porque le ocurrió presentarle al paso, en una de las calles, á sus tropas, como para que le hicieran honores. Maximiliano apenas se detuvo unos instantes y saludando friamente al general, siguió adelante.

"Todos los demás días los ha pasado en otorgar gracias, en hacer que le lean solicitudes, en visitar las escuelas y las iglesias y en conferenciar, sin acordar nada definitivo, con las nuevas autoridades nombradas. Todos lo elogian aquí, porque se levanta muy temprano. Yo no me hago ilusiones. ¿Quien sabe si los chinacos le madruguen más?

"Si ha leído vd. toda esta inmensa carta, sepa vd. que lo quiere su afmo.—*P. A.*"

Al transcribir la carta anterior, he omitido párrafos y frases por la demasiada viveza de color, y algunos chistes oportunos y picantes contra personas que viven todavía. Por lo demás, repito que el contenido es una fiel narración y que está de acuerdo con los informes que rindieron los oficiales republicanos que estuvieron en Morelia de orden del general Salazar, presenciando todos estos acontecimientos. Ahora continuemos.

Pasada la novedad del primer día, en los otros seis que Maximiliano permaneció en Morelia, la población se manifestó fria é indiferente, actitud en que no se ha de haber fijado aquél, tanto por sus ocupaciones, como porque se veía rodeado constantemente de un pequeño círculo de aduladores.

Entre los asuntos á que Maximiliano dió preferencia, fué el principal el cambio de la primera autoridad política. Hacía tiempo que había sido separado de la prefectura el general D. José de Ugarte, por su exaltación en las ideas clericales, y nombrado D. Dionisio del Castillo, conservador también y que pronto cayó bajo la influencia de los más intransigentes imperialistas de Morelia. Maximiliano, por aquel entonces despreciaba profundamente á los reaccionarios, y queriendo atraerse á los liberales que hacían la guerra en el Estado, ilusión obstinada de su alma, desde que había salido de México, llevaba como candidato para la Prefectura Política de Michoacán, al Lic. D. Antonio del Moral. Era éste un ciudadano respetable por su saber, por su energía, por su honradez, por tantas prendas personales que lo adornaban. Tenía entonces cuarenta años; de modo que estaba en la edad del vigor y de la plenitud de la vida.

Del Moral se decía conservador; pero entre los hombres de este partido había y hay muchos que, conociendo los vicios y las bastardas ambiciones del clero, no podían ni pueden ser partidarios de éste. Así era D. Antonio, y además fué siempre enemigo de la intervención extranjera, indignándose su patriotismo á la presencia de los franceses, desde que pisaron el país.

En la comunicación en que se le participó su nombramiento, se le decía: "que queriendo el emperador ver realizados sus deseos, que tendían exclusivamente á la reorganización social, en todos los ramos que una justa y prudente administración abraza, y que siendo necesario que las personas de arraigo, de intereses y honradez probada, tomasen parte en los asuntos administrativos, había tenido á bien nombrarlo prefecto político de aquel departamento, teniendo la satisfacción de haber encontrado en él aquellas cualidades."

D. Antonio del Moral rehusó aceptar el nombramiento; pero llamado por el archiduque, tuvieron ambos una larga conferencia. Maximiliano era muy insinuante y en su trato sabía captarse las simpatías de las personas con quienes hablaba. Del Moral, no por debilidad, sino por una especie de compasión hacia aquel hombre, aislado en México, combatido por la codicia de los que en Francia favorecían la intervención, por las absurdas y exageradas exigencias del clero, y por la patriótica intransigencia del partido liberal, cedió al fin á las repetidas instancias, poniendo empero por condición que el gobierno imperial sacudiría toda influencia extranjera y seguiría además una marcha libre de las aspiraciones clericales. En este último punto estaban de acuerdo ambos personajes, y respecto del primero, Maximiliano ofreció á del Moral que su gobierno sería enteramente nacional y libre de influencias extrañas, tan luego como fuese posible organizarlo definitivamente, con el concurso de los mexicanos honrados y patriotas de todos los partidos, lo que no podía dudarse, puesto que se veía el empeño que él, Maximiliano, tenía en seguir esa política desde el momento en que se había fijado en del Moral, como en uno de aquellos hombres cuya cooperación le era necesaria para sacar avante su propósito. Agregó que todo era cuestión de tiempo, de muy corto tiempo, y así se lo aseguraba.

El Sr. del Moral aceptó el encargo y nombró secretario al Lic. D. Alejandro Ortega, persona de toda la confianza del partido clerical, que había aceptado la intervención extranjera, pero que á tiempo supo apartarse de su política por no ir de acuerdo con la opinión de los obispos. En consecuencia,

en la época á que me estoy refiriendo, Ortega estaba de acuerdo con del Moral. Además, aunque exaltado monarquista, Ortega poseía sentimientos generosos y nobles, era ilustrado y de una honradez acrisolada. Ambos atenuaron, como en más de una ocasión lo veremos, la tiranía y sed de sangre de los militares del imperio.

Maximiliano abandonó á Morelia el día 18: antes de partir dirigió al prefecto político la siguiente carta, que indica cómo duraba en su alma la impresión favorable que le produjo el recibimiento que le hizo Morelia el día de su entrada en aquella ciudad.

"Señor Prefecto: Morelia se ha distinguído en sus manifestaciones de afecto hacia mí, haciéndome una entusiasta y cordial acogida que no olvidaré jamás. No puede mi corazón ser indiferente á estas pruebas de simpatía, y faltaría á los deberes que impone la gratitud, si no diera por conducto de vd. las más expresivas gracias á todos los habitantes de esta hermosa ciudad por su amable conducta. Manifiésteles vd. que correspondo á sus simpatías y que me esmeraré en conseguir la felicidad de este departamento, que deseo ver pronto tranquilo y disfrutando de la inmensa riqueza con que la naturaleza ha dotado su fértil suelo. Pronto espero volver con la emperatriz para darle á conocer una ciudad tan leal y de tan buen sentido, y entretanto, conservaré el recuerdo de su amabilidad.—*Maximiliano.*"

Del viaje de Maximiliano á Michoacán, sólo me resta decir que en su camino hacia Toluca, los comisionados de la Prefectura Política de Morelia le ofrecieron un último banquete, al pie y á la sombra de aquella colosal y frondosa encina que existe ó que al menos existía en la mesa del puerto de Medina, precisamente en la raya que divide nuestro Estado del de México. Era un sitio agreste y pintoresco que marcaba bien la diferencia en la topografía de ambos territorios. Por allí pasaba el camino carretero de Morelia á Toluca,[1] y los viajeros tenían la preocupación de creer que era tan notable el contraste entre los dos paisajes, que hasta el aire era más suave y más sabroso

1 Hoy, el ferrocarril sigue un trayecto distinto, y en aquel punto ha ganado en hermosura, pues atraviesa el espléndido cañón de Tultenango.

del lado de Michoacán. Maximiliano estuvo allí más de una hora, manifestando hallarse contento de contemplar aquel panorama.

Maximiliano siguió después su camino. En Toluca lo esperaba la *Emperatriz*, que había hecho á caballo gran parte del camino que conduce de México á aquella ciudad. Tanto en Toluca, como en México, los dos *soberanos* fueron recibidos friamente.

CAPÍTULO XVIII.

(1864)

Actividad de las tropas republicanas.—Crescencio Morales.—Su muerte.—Combates.—Otra vez Zitácuaro.—Un bosque de zirandas.—El rey de los guerrilleros.—Los tres combates.—Guanoro.—Francisco Serrato y Donaciano Ojeda.—Derrota y muerte de Laureano Valdés.—Nicolás Romero, tres veces vencedor en un mismo día.

Mientras el *emperador* permanecía en Morelia, las fuerzas de Zitácuaro no estaban ociosas. Romero y sus subalternos habían emprendido una expedición rumbo á Toluca: atacaron á Tenango, en donde hicieron capitular á la guarnición, mandada por un capitán de apellido Trujillo: Ojeda y Tenorio recorrían las inmediaciones del camino de Maravatío á México, y Morales avanzaba por Tuxpan hacia el interior del Estado.

Por el Poniente se movían las guerrillas de Garnica y Ronda, entre Puruándiro y Morelia; Régules amagaba de nuevo á Zamora, aunque sin tratar de atacarla; Servín de la Mora se acercaba á Pátzcuaro, poniendo en alarma á la población; Gil Abarca había penetrado hasta Coalcomán y expelía de allí al contraguerrillero Francisco Suárez, quien otra vez tuvo que reconcentrarse en Pátzcuaro, y en los alrededores de Morelia se movían, sin que se les pudiese dar alcance, los tres hermanos González.

Salazar, en Uruapan formaba una columna móvil compuesta de unos ochocientos hombres y se preparaba á emprender la expedición de que hablaré en el capítulo siguiente.

Con razón Maximiliano, al despedirse de los habitantes de la capital del departamento de Michoacán, expresaba sus deseos de verlo pronto tranquilo.

El general Bazaine no descuidaba al protegido de la Francia. Temeroso de que en el camino de Morelia á Toluca fuese á pasar un mal rato encontrándose con las bandas de Zitácuaro, movió numerosas tropas por Ixtlahuaca, San Felipe del Obraje y otros puntos de aquella línea. El 5 de Octubre llegaba Lamadrid al Mineral del Oro con ochocientos hombres de las tres armas; el 6 aparecía una columna de franceses en Tlalpujahua; en la Asunción Malacatepec se situaba Laureano Valdés con mil hombres; á Irimbo había llegado el capitán de la Hayrie con una columna ligera, compuesta de una compañía de cazadores de Africa y de los doscientos zuavos montados en mulas, los que hacían su primera aparición en aquel terreno.

Así pues, al mismo tiempo que se daba plena seguridad á Maximiliano, en su regreso á México, Zitácuaro estaba amenazado por todas partes.

Según queda dicho, la brigada del primer Distrito del Estado de México expedicionaba por Toluca, á las órdenes de Nicolás Romero. Por este motivo, el general Riva Palacio se retiró á Tuzantla, acompañado solamente de los oficiales de su Estado Mayor.

La guardia nacional de Zitácuaro, compuesta de doscientos infantes al mando de Donaciano Ojeda y de Francisco Serrato; sesenta caballos á las órdenes de Pedro Ruiz, y una partida de cuarenta ginetes á las de Castillo, formaban la fuerza expedicionaria de Crescencio Morales, casi materialmente cercada por las del enemigo. Antes de narrar el atrevido proyecto que concibió Morales para batir en detall á los imperialistas, diré algunas palabras respecto de tan valiente jefe.

Conocí á Morales el año de 1852 en el colegio de San Nicolás de Hidalgo de Morelia: comenzaba yo mi carrera literaria y él concluía la suya. Aunque parecía de un carácter adusto, era en el fondo franco, benévolo y alegre. Desde joven, tenía la cabeza llena de canas, por lo que le decíamos "tío Morales."

Era de mucho talento y de un patriotismo ardiente. Después del triunfo de la revolución de Ayutla fué á radicarse en Zitácuaro, compró la pequeña hacienda de la Palma que cultivaba personalmente, y más tarde se casó allí con una hija del Lic. Luis Couto. Después supe que se había agriado su carácter, que tenía momentos de verdadera misantropía y que era sumamente parco en sus palabras; su única distracción consistía en tocar aires populares en la *jaranita*, instrumento que pulsaba con mucha habilidad. Tal era *el tío Morales*.

Morales vió que tenía expedita la salida por Jungapeo y que en caso de necesidad podría retirarse al famoso cerro de Cóporo. Esto supuesto, dió orden á Ojeda y á Serrato de que se emboscaran en determinado punto cerca de Tuxpan, y él con treinta hombres de caballería, al mando de Pedro Ruiz, los cuarenta ginetes de Castillo y veinticinco infantes á las órdenes del teniente Archundia, salió de aquel pueblo á las cuatro de la tarde del día 12 en dirección á Irimbo, á donde llegaron á las nueve de la noche, formándose en el puente á orillas del lugar, en espera de que saliese el enemigo á atacarlos, y entonces simular ellos una fuga y atraer á los franceses al sitio señalado para el combate; pero sea que los soldados del capitán de la Hayrie no sintieran aquel movimiento, sea que anduviesen cautos, lo cierto es que no se movieron; viendo lo cual Morales, dió orden á la fuerza de que lo esperase en aquel punto, y él, acompañado de dos asistentes, penetró después de media noche á la población, y se echó sobre el cuartel de los franceses matando al centinela. Creyeron por de pronto los invasores que los atacaba una chusma numerosa y cerraron la puerta de su alojamiento; mas reponiéndose del susto, abrieron para dar paso á un pelotón de cazadores de Africa que se lanzó sobre Morales. Él y sus asistentes se batieron denodadamente é iban retirándose, cuando al pasar por otro cuartel, donde había una partida de traidores, éstos hicieron fuego sobre los tres patriotas, cayendo exánime Morales, acribillado el cuerpo á balazos.

La fuerza de Morales estuvo esperando á su jefe por espacio de media hora, y viendo que no aparecía ni se movía el enemigo, Castillo y Ruiz trataron de internarse á la pobla-

ción en busca de aquél; mas los hizo desistir Archundia, ofreciéndose á ir personalmente á averiguar lo acaecido. Así lo verificó, y una hora después volvió acompañado de los asistentes y con la infausta nueva del sacrificio de Morales.

La fuerza de Zitácuaro se retiró sin que en el trayecto hasta Tuxpan se entablara conversación alguna ni entre los oficiales ni entre los soldados. ¡Tan profundc era el pesar que los agobiaba!

Al día siguiente un explorador que se había quedado en Irimbo se incorporó á la fuerza y refirió que Morales tenía un balazo sobre el ojo derecho, otro en el pecho y otro en el estómago; que su cadáver permaneció todo el día abandonado á media calle; que los franceses tuvieron cinco muertos y tres heridos, y que estuvieron toda la noche en grande alarma.

¿Será necesario decir el inmenso duelo que reinó en Zitácuaro al saberse la muerte de Morales? En todo Michoacán causó honda pena el fatal suceso y se consideró como una de las mayores pérdidas que sufriera el Estado.

Las diversas columnas del enemigo se dirigieron á Zitácuaro á donde llegaron el día 16, y al siguiente salieron á escoltar, á cierta distancia, el camino de México por el cual iba á pasar Maximiliano en su regreso á la Capital.

De ese gran movimiento de tropas que se operó en el Estado en aquellos días, resultaron naturalmente algunos hechos de armas que no pasaron de meras escaramuzas. Tales fueron el en que Acevedo derrotó á Izasi en San Mateo el día 18; un encuentro entre el coronel Morel y Nicolás Romero, en el Mineral del Oro en el mismo día; la derrota que el *Ranchero* hizo sufrir en Tuxpan á Izazaga y otros vecinos de Zitácuaro; la del coronel Yarza en Taretan, el día 29, sorprendido pcr la contraguerrilla de Suárez, y la de Ayala por el imperialista Tapia, el 31, á inmediaciones de Aguililla.

Por donde quiera tronaba el cañón. Michoacán era un reguero de pólvora, y el humo de los combates obscurecía el cielo de su dilatado territorio.

El Sur de Jalisco iba á convertirse también en teatro de una activa campaña. Numerosas columnas de franceses mar-

chaban dentro de aquel Estado, y la división Márquez abandonaba á Morelia para dirigirse al mismo rumbo.

Pero antes de que estallase allí la guerra con el núcleo del Ejército del Centro, todavía sucedieron en Michoacán algunos episodios interesantes.

Las siguientes líneas están tomadas de un *carnet*, lleno de notas escritas en aquella época; copio íntegramente el pasaje que sigue:

"Eran los últimos días de Octubre. El general Riva Palacio, que había permanecido en Tuzantla, esperando que pasara la penosa impresión que en todos produjo la muerte de Morales, se dirigió á Zitácuaro para organizar nuevas expediciones.

"El día 28 salimos de Tiripitío, rumbo á Laureles. No hay que confundir á Tiripitío, pueblo del Distrito de Morelia, con la hacienda del mismo nombre, sita en la Municipalidad de Tuzantla. Esta finca posee una inmensa extensión de terreno, con muchos ranchos que disfrutan, por su diversa situación, los más variados climas: en los de tierra caliente hay grandes desiertos áridos, así como oasis de eterna y exuberante verdura. En la parte geológica del terreno, las capas, visibles en las quebradas, son de una estructura tan novedosa que encantan al viajero. Posee algunos minerales, y acaso de algunos de ellos se haya extraído el oro, dando esta circunstancia nombre á aquella comarca, pues Tiripitío significa en el idioma tarasco, *lugar de oro.* Perteneció la finca á los jesuitas, lo que no es extraño, pues es bien sabido que los padres de la Compañía escogieron lo mejor de las encomiendas, y eran hasta lujosos en fundar y explotar sus bienes terrenales. Aún se ven en Tiripitío ruinas de soberbios edificios que ni el tiempo ni la poderosa vegetación han hecho desaparecer.

"Entre esta hacienda y la de Laureles hay un bosque tupido de zirandas, de esos árboles corpulentos que son los gigantes en las florestas de la tierra caliente. La hojarasca cubre el suelo y borra los senderos; de tal suerte que, para se-

guir una dirección, los conocedores del terreno hacen su marcha guiados nada más por la fisonomía de los árboles, hasta salir de aquella selva obscura é imponente, al par que perfumada y hermosa.

"Caminábamos de prisa, porque la noche estaba próxima: apenas algunos de los últimos rayos del sol lograban filtrarse por entre los intersticios de las ramas, medio iluminando aquel recinto, tan misteriosamente, como la luz de una lámpara solitaria la nave de una iglesia.

"Todos guardábamos silencio, como si quisiéramos contemplar con atención religiosa aquel espectáculo de la naturaleza. Repentinamente se oyó una voz varonil, pero dulce y melancólica, que entonaba un canto popular de aquellos días:

"Una mujer angustiada
Llora por su prisionero:
¡Que le vuelvan á su hachero
El de blusa colorada!"

—Es Nicolás Romero, dijo Riva Palacio, lo he oído cantar algunas, aunque pocas veces, cuando él se cree solo en medio del desierto.

En efecto, era el león de la montaña, que venía ginete en una yegua retinta que había quitado á los franceses. No había observado nuestra aproximación, porque la mullida capa de hojas de las zirandas apagaba el ruido de pisadas de los caballos. Cuando nos vió, cesó de cantar y, sombrero en mano, se acereó á saludar al general.

—No tiene usted más novedad, le dijo, sino que mis exploradores me avisan que pronto estará otra vez el enemigo sobre nosotros.

—¿Por dónde viene?

—Por todas partes. Del Valle saldrá una columna de franceses, doscientos hombres, cazadores de Africa y los zuavos montados en mulas; por Laureles aparecerá Laureano Valdés con novecientos hombres; de Angangueo vendrá Lamadrid con ochocientos, y de Maravatío cuatrocientos de la antigua fuerza de Oronoz.

—Es una batida general. ¿Cuándo los tendremos por aquí?

—Antes de tres días.

—Bueno, habrá tiempo de descansar uno ó dos en Zitácuaro.

"Entretanto que ambos interlocutores hablaban, yo no me cansaba de mirar á Romero, á aquel hombre extraordinario que llenaba la República con su fama de guerrillero. Me admiraba ver que bajo aquella apariencia humilde se ocultase un corazón tan grande y generoso. Si no hubiera sabido sus proezas, jamás habría creído que fuera capaz de ellas aquel cuerpo endeble, aquel conjunto de facciones vulgares. Y sin embargo, cuantos lo habían visto á la hora del combate, decían que entonces su mirada era brillante, fascinadora y magnética!

"Llegamos á Zitácuaro en la mañana del siguiente día. El 29, el 30 y el 31 se pasaron en construir parque, en limpiar las armas, en preparar con el descanso y la buena alimentación la caballada. Nadie ignoraba la combinación del enemigo ni las numerosas fuerzas con que contaba. Reinaban el entusiasmo y la impaciencia.

"Al amanecer del día 1º de Noviembre había gran movimiento en la plaza. Acevedo con sesenta jinetes salía por el camino de Tierra Quemada, D. Esteban León por el de Tuxpan con ciento cincuenta caballos, y hacia el rumbo de Laureles Riva Palacio con las fuerzas de caballería de Romero y Limón, fuertes en trescientos hombres y con doscientos infantes al mando de Donaciano Ojeda y de Francisco Serrato. Castillo se dirigió al rumbo de los Ahorcados; Robredo y Bernal con sus dos pequeños batallones y con el piquete de caballería de Solano permanecieron en la hacienda del Bosque.

"El plan de Riva Palacio era el de detener la marcha de las columnas que venían de Angangueo, Maravatío y el Valle y avanzar al encuentro de Laureano Valdés con el mayor número posible de tropas y derrotarlo en el terreno escogido de antemano.

"En efecto, mientras que llegaba la hora de emprender el combate, Acevedo se había encontrado con Lamadrid en Barranca Honda. El jefe republicano mandó echar pie á tierra

á sus soldados, y colocándolos en tiradores por parejas, después de haber hecho derribar muchos árboles para estorbar el camino, estuvo tiroteando á los traidores desde las nueve de la mañana hasta las doce del día, hora en que retrocedió Lamadrid para ir á buscar más lejos otro camino que le permitiese llegar á Zitácuaro.

"Castillo y los suyos avanzaron hasta los Ahorcados, regresando luego paso á paso, á vista de los franceses que tampoco pudieron llegar á Zitácuaro á la hora convenida.

"En cuanto á D. Esteban León, con sus ciento cincuenta jinetes se situó en el Hoyo de la Arena y se batió tan bizarramente aquel anciano patriota, que impidió la marcha de las fuerzas de Maravatío, hasta las últimas horas de la tarde en que se les unió la de Lamadrid.

"Veamos ahora lo que pasaba al Sur de Zitácuaro. Riva Palacio se había posesionado de Guanoro, una cuesta de suave declive, por donde atraviesa un camino semejante á una calzada, acotado por uno y otro lado de peñascos y en medio de dos barrancas profundas.

"Tras de una cerca de piedra se colocó la infantería de Zitácuaro, perfectamente oculta; un poco á retaguardia estaba emboscada la guerrilla de Limón; Bernal, Robredo y Solano, como reserva, se hallaban en la hacienda del Bosque prontos á ocurrir á donde y á la hora que fuera necesario; en el lado opuesto de la barranca, á la derecha, estaba un guerrillero, José María Barrera, conocido por el apodo de *El Amilpeño*, quien capitaneaba cincuenta indios del inmediato pueblo de Enandio, y por último, el general y Romero se situaron ostensiblemente en la mesa del Encinal, como si fuesen la sola fuerza con quien tenía que habérselas Valdés.

"Ya entraba este jefe con sus novecientos infantes en medio de aquel campo cubierto de emboscadas, cuando desgraciadamente se le cayó el fusil á uno de los guardias nacionales de Zitácuaro y se disparó el tiro, acusando la presencia de la tropa situada tras de la cerca y haciendo ya ineficaz la emboscada. Entonces Riva Palació ocurrió á todo escape á aquel lugar y dictó órdenes para cambiar el plan, y la primera fué la de retirar la infantería que hubiera sido destrozada; empe-

ro ya estaba empeñado el combate, en el que los guardias nacionales hacían prodigios de valor; el enemigo sufría grandes pérdidas, no sólo causadas por las fuerzas que tenía al frente, sino por los indios de Enandio, cuyos tiros eran certeros. Había momentos en que nuestros hombres se cogían á la lucha personal con los contrarios, y las parejas, asidas como con anillos de hierro, rodaban al abismo en una ú otra barranca. Entre los que pelearon, de hombre á hombre, se hallaban Laureano Valdés y Francisco Serrato. Aquél descargaba á boca de jarro su revólver y éste disparó dos veces su rifle contra su adversario, causándole una lesión ligera; pero no teniendo ya parque, le lanzó una pedrada que lo hirió mortalmente: entonces, los ayudantes de Valdés se lanzaron sobre Serrato, vomitaron sobre él un torrente de fuego, y el denodado patriota quedó muerto en el acto.

"Más de una hora hacía que duraba esta sangrienta lucha. Entretanto, cumpliendo las nuevas órdenes de Riva Palacio, Robredo y sus compañeros se dirigían á toda prisa por el lado derecho de la barranca de Enandio y tomaban posiciones en el cerro de la Coyota, inmediato á aquel pueblo. Para allá marcharon también Romero y Riva Palacio con los restos de la infantería de Zitácuaro y formaron una nueva línea de batalla, provocando al enemigo. Pero éste no aceptó el reto, sino que con toda precipitación y llevando en una camilla á su jefe Valdés, tomó el camino de Zitácuaro, á donde llegó á las últimas horas de la tarde.

"No sólo tuvimos que lamentar nosotros la muerte de Serrato, sino que también quedaron en el campo de batalla los cadáveres del coronel Donaciano Ojeda, y los de los oficiales Archundia y Mora. El teniente Ignacio Linares salió herido de alguna gravedad. Perdimos más de treinta infantes, si bien las bajas del enemigo excedieron de doscientos entre muertos, heridos y dispersos.

"Las cuatro columnas combinadas contra Zitácuaro, ocuparon la ciudad en aquel mismo día, siendo los franceses los últimos en llegar y los únicos que no se habían batido. En la noche, nuestras tropas estaban posesionadas de las alturas que rodean la población. Riva Palacio, Romero, León, Ro-

bredo, Bernal y sus subalternos ocupaban á Camémbaro, y Acevedo el cerrito de Guadalupe. Desde allí estuvieron tiroteando al enemigo hasta que amaneció. A esa hora parte de los imperialistas evacuaron la plaza, tomando el camino de Barranca Honda, siendo perseguidos por Acevedo hasta más allá de Tierra Quemada. Después Lamadrid con su tropa y la de Maravatío buscó el camino de Angangueo, y los franceses y la fuerza de Valdés, llevando á éste en una camilla, siguieron por el Salitre de Urendes y llegaron dos días más tarde á Toluca.

"En el hospital de San Juan de Dios de dicha ciudad y en una pieza de distinción falleció, á consecuencia de sus heridas, el general Laureano Valdés, el más constante y más tenaz enemigo de Zitácuaro.

"Por mucho tiempo duró vivo entre nosotros el recuerdo de aquel día, 1º de Noviembre de 1864, en el que en un radio de seis leguas se libraron á una misma hora tres combates por las fuerzas de Zitácuaro y las del primer Distrito del Estado de México, contra un enemigo cuatro veces superior en número. En aquella jornada, aunque repartidos en tres lugares distintos, estuvieron todos los jefes y todos los soldados defensores de Zitácuaro. Si la victoria no los favoreció por completo, probaron una vez más su valor y de nuevo se cubrieron de gloria!"

De estos sucesos no dijo el Diario Oficial del Imperio, sino que Lamadrid había batido á Don Esteban León: por su parte los historiadores franceses sólo refieren que "en aquellos días el capitán de la Hayrie continuaba recorriendo aquel país con las tropas mexicanas de los coroneles Lamadrid y Valdés, y que el 1º de Noviembre tuvieron un encuentro los contingentes aliados y la banda de Romero, siendo herido mortalmente Valdés, en cuya fidelidad podía confiarse."

Voy á referir otra de las más brillantes acciones de Romero, y que fué una de las últimas llamaradas de aquel sol que iba á apagarse.

El capitán de la Hayrie era infatigable con sus zuavos montados en mulas y con sus cien cazadores de Africa, pero al

mismo tiempo no le gustaba expedicionar solo: así es que de nuevo citó á Lamadrid, al Ranchero, á Gómez y á Zerecero, que formaban con los franceses un total de mil ochocientos hombres. Reunidos en Zitácuaro el día 15 tuvieron noticia de que Romero se hallaba en la Florida, y allá se dirigieron forzando la marcha. Romero, que estaba emboscado, los dejó pasar, logrando apoderarse de un oficial que se había quedado á retaguardia. Con este individuo les mandó unas cuantas líneas escritas en un papel y que decían: *No me busquen tan lejos, los espero en el camino de Zitácuaro.* Imagínense los lectores con qué furor y despecho recibirían la noticia los imperiales. Era ya tarde y tuvieron que pasar la noche en la Florida. Al amanecer del día 16 emprendieron su marcha retrógrada á Zitácuaro, y á las siete de la mañana la vanguardia descubrió á Romero situado en el cerro de la Coyota, arriba de la hacienda de Jesús del Río. Los chinacos eran los cien carabineros de Nicolás Romero y ciento cincuenta infantes de la guardia nacional de Zitácuaro, al mando de Félix Bernal. Mencionar estos nombres es tanto como decir que aquellos doscientos cincuenta hombres eran una legión de valientes. Como rayo cayeron sobre el enemigo que no había tenido tiempo de formar en batalla y cuya retaguardia venía aún lejos. Media hora duró el combate; el enemigo fué rechazado, y entonces comprendieron los zuavos la utilidad de las mulas, pues se les vió desaparecer á toda prisa por entre aquellos vericuetos. Romero se retiró paso á paso, y, viendo que no se le perseguía, mandó dar un pienso á sus caballos en un potrero de Jesús del Río. Repentinamente cayeron sobre él los traidores de Lamadrid, á eso de medio día.

Los caballos de Romero estaban ensillados, y según la costumbre de los guerrilleros, mientras que los animales comían, los jinetes se terciaban en el pecho las riendas para estar más listos. Todo, pues, fué cuestión de embridar, y una vez montados, se fueron replegando hasta la hacienda de San Antonio del Llano; luego apresuró el paso nuestro guerrillero, adelantándose con sus jinetes y dejando como cansada la infantería, la que en el momento oportuno, se desplegó en tirado-

res, oblicuando á un lado del camino, al mismo tiempo que Romero daba media vuelta y se arrojaba sobre la caballería enemiga: la hizo retroceder y la habría aniquilado, si no se hubiese replegado hasta donde estaban los cazadores de Africa y la infantería de los imperialistas.

Romero marchó entonces á Zitácuaro con los prisioneros que había hecho. Los vecinos lo recibieron con una ovación más entusiasta que nunca. Duraban aún las calurosas felicitaciones, cuando á todo escape llegaron los exploradores, avisando que el enemigo aparecía de nuevo y se aproximaba á paso veloz por el camino de la Encarnación. Sin perder un momento salieron los infantes de Bernal y los carabineros de Romero, encontrándose á poco con los imperiales en el punto llamado la Garita, inmediato al pueblo de San Francisco. Inconcebible fué la lucha que entonces se trabó; el arrojo y valor de nuestros guerrilleros, el despecho, el deseo de venganza, la confianza en la disciplina de los franceses y traidores. Pero la victoria acompañaba, con más constancia en ese día, al león de la montaña. El enemigo se pronunció en completa derrota; la dispersión fué general, el campo quedó regado de cadáveres, y un cuantioso botín complementó el triunfo de Romero. Eran las cinco de la tarde.

Ya en la noche, mientras los vecinos de Zitácuaro solemnizaban aquel memorable día en que tres veces nuestro guerrillero hizo morder el polvo á un adversario tan superior en número, los chinacos, profundamente dormidos, descansaban de sus fatigas, sin pensar que la gloria derramaba sobre ellos efluvios de su luz inmortal.

CAPÍTULO XIX.

(1864)

El Ejército del Centro.—Sucesos de Jalisco.—El desastre de Jiquilpan.—Arteaga se retira al interior de Michoacán.—Acción de Tingüindín.—Auxilio de Pueblita.—Retirada vergonzosa de los franceses al mando de De Potier.—Arteaga en Uruapan.—Expedición de Salazar.—En plena campaña de guerrillas.—La presencia del Lic. Blas José Gutiérrez Flores Alatorre en el ejército liberal.—El cura Juárez de Carácuaro.—Cartas llenas de falsedades.—Actitud del imperio.—Las Cortes marciales en Michoacán.

No he seguido paso á paso la narración relativa al núcleo del Ejército del Centro, acantonado en el Sur de Jalisco, porque en mi propósito sólo cabe tomar de la historia general del país lo que tiene exacta conexión con la de Michoacán. Esto sucede ahora con los acontecimientos que se verificaron en aquel Estado en el mes de Noviembre, y que vinieron á tener un fatal desenlace en Jiquilpan. Para ello me servirá el siguiente resumen que tomo de "México á través de los siglos," capítulo XVI, lib. II, tomo V. Dice así:

"Durante aquel tiempo habían ocurrido en Jalisco graves sucesos de que pasamos á hacer un buen relato. Después de la defección de Uraga, el general Arteaga había logrado mantenerse en el Sur del Estado, sin que en la estación de las lluvias hubiese más accion notable que un encuentro en el Chiflón (9 de Agosto) donde el coronel Clinchant derrotó una fuerza republicana. El 15 de Octubre, el general Douay salió de Guadalajara marchando directamente al Sur, mientras que algunos cuerpos de imperialistas se movían á su derecha para explorar el país hasta el mar, y que Márquez, cu-

briendo su izquierda, se dirigía de Zamora por el camino de los Reyes con mil quinientos infantes, trescientos caballos y algunas piezas de artillería. Esta columna se incorporó con Douay en Zapoltitic el 26, y dejando una fuerza al frente de las barrancas, en observación de los republicanos, parapetados en el lado opuesto; el general en jefe hizo un gran rodeo á la izquierda, y siguió un camino de montaña que le permitía, según las circunstancias, voltear la posición ó marchar directamente á Colima. Luego que los liberales supieron este movimiento, se retiraron precipitadamente arrojando en las barrancas sus piezas de grueso calibre, y salieron por el paso del Jabalí que rodea el volcán al Sudoeste: así fué que el 5 de Noviembre llegó Douay sin obstáculo á Colima, en donde había entrado Márquez tres días antes. El general francés dejó á sus aliados en aquella ciudad y retrocedió para emprender la persecución del enemigo que había tomado el camino de Autlán, concentrándose en seguida en Tecolotlán, y el 15 se supo con sorpresa en Guadalajara que había cortado la línea avanzada entre Cocula y Ameca y que se dirigía á marchas forzadas hacia el Este. Ya varias veces Rojas y Gutiérrez habían atacado á los destacamentos franco-mexicanos de aquel rumbo, y Rivas, jefe de Lozada, apenas pudo escapar el 7 en Ameca, merced al auxilio oportuno que le prestó el capitán Berthelin. Luego que el general Neigre, á quien había dejado Douay en Guadalajara, tuvo noticia de aquel movimiento, mandó que las fuerzas diseminadas se replegasen en Santa Ana Acatlán, y envió á apoyarlas una columna á las órdenes del coronel Lepage, el cual siguió á los republicanos que se dirigían por el lado Sur del lago de Chapala y que en su camino habían sorprendido y hecho prisionero, la noche del 16 al 17, un destacamento de ochenta franceses. Entretanto el mariscal había hecho mover rápidamente una fuerza de León sobre Jalpa, con el fin de cubrir la salida del Norte, y Douay dirigía tres destacamentos por tres caminos paralelos: el teniente coronel Cottat, que partió de Zapotlán; el coronel De Potier, que salió de Zacoalco, sobre Teocuitatlán, y el coronel Clinchant, que siguió una dirección intermedia entre De Potier y Lepage."

Hasta aquí "México á través de los siglos." Seguiré ahora otras fuentes que detallan los sucesos posteriores y rectifican uno de los comprendidos en el relato anterior.

Al pasar el ejército cerca de Jonotepec, tuvo noticia el general Arteaga de que en aquel pueblo había una fuerza de doscientos hombres de caballería de los traidores, á las órdenes de Rito Sabalsa, más de cien franceses del 81 de línea que mandaba el teniente Barbieri, y una media batería de artillería. Arteaga dispuso en el acto batir aquella fuerza. En efecto, Ornelas y Rioseco cayeron de sorpresa sobre el destacamento favorecidos por la obscuridad de la noche, y la tropa enemiga fué completamente derrotada, perdiendo más de sesenta hombres que fueron muertos en el terrible alcance que les dió el coronel Ignacio Zepeda, más los ochenta prisioneros de que ya se hizo mención, las piezas de montaña y gran cantidad de armamento.

Hacía tiempo que el general Arteaga era víctima de ataques epileptiformes que se presentaban cuando se recrudecían los males que sufría á consecuencia de las heridas que había recibido en la acción de las cumbres de Acultzingo. Al finalizar la marcha descrita, el general tuvo uno de esos ataques y fué preciso llevarlo en camilla, logrando sus amigos que se adelantara, como lo verificó, entrando á Jiquilpan á las once del día 21, escoltado por el general Cuervo y el regimiento Lanceros de Jalisco.

Algunas horas después llegó el Ejército, quedando el Cuartel General en la plaza, y por orden del segundo en jefe, general Miguel María Echegaray, se hizo el campamento de la manera siguiente: la División compuesta de fuerzas de Jalisco y San Luis Potosí que mandaba este jefe, se situó en el camino que conduce á Mazamitla, al pie de un cerro; las brigadas de caballería marcharon hasta Guaracha, distante más de dos leguas de Jiquilpan, y la cuarta División al mando del general Herrera y Cairo se alojó la mayor parte en la población y el resto en una loma inmediata que se llama la "Trasquila."

El total del Ejército era de cuatro mil plazas, poco más ó menos, y de ellos la cuarta División se componía de dos mil

hombres, inclusa la brigada de caballería que, como he dicho, marchó á forrajear á Guaracha.

Toda la noche estuvo lloviendo, y en consecuencia reinaba una profunda obscuridad.

Entretanto Clinchant forzaba su marcha. Tenía á sus órdenes seiscientos zuavos, doscientos jinetes del 18 de cazadores, más de cuatrocientos contraguerrilleros mexicanos capitaneados por Remigio Tovar y Rito Sabalsa, y una sección de artillería de montaña.

En esta situación se pasó la noche, y á las cuatro de la mañana del día 22, el teniente Arcadio Ruiz Zepeda, que estaba de avanzada, oyó el ruido de una tropa que atravesaba una milpa inmediata, lo que puso en el acto en conocimiento del Mayor General Pedro Rioseco, quien inmediatamente corrió al campo de la Trasquila para detener el paso al enemigo. La fuerza de Ornelas que allí estaba, no obstante la bizarra resistencia de este jefe que se batió hasta caer muerto, se desbandó, y entonces el enemigo penetró á la plaza de Jiquilpan y sorprendió al grueso de las fuerzas que estaban acuarteladas, y que apenas dispararon unos cuantos tiros, huyendo en seguida hacia el Sur, fuera de la población.

Una circunstancia determinó el triunfo de los imperiales. Se recordará que el ejército traía los ochenta prisioneros franceses, cogidos en Jonotepec; muchos de ellos eran artilleros y estaban en el campamento de la Trasquila. Pues bien, al oír el toque de ataque de los zuavos, aquéllos se apoderaron precipitadamente de los cañones de los republicanos y comenzaron á batir á éstos, introduciendo en sus filas el más espantoso desorden. Además, en tan angustiados momentos, llegó el teniente coronel Lepage con una columna de quinientos hombres, que todavía alcanzaron á participar de la pelea.

En el combate murieron también el general Pedro Rioseco, varios oficiales y gran número de soldados. Los franceses y traidores tuvieron igualmente muchas pérdidas. Clinchant recibió uno herida en una pierna, y al principio del combate le mataron el caballo que montaba.

La derrota de Jiquilpan, de que tanto alarde hacen los mi-

perialistas y sobre todo los escritores franceses, se redujo á la sorpresa dada á la cuarta División; las caballerías estuvieron fuera de los sucesos, y la División de Echeagaray, que bien pudo haber auxiliado á los de Jiquilpan, recogió dispersos y se retiró hasta llegar al lejano pueblo de Coalcomán. Allí, en un cerro, estableció su campamento, y por muchos días los soldados, sin necesidad alguna, estuvieron á la intemperie, sin haberes y con escaso rancho. Entontes crecieron las desconfianzas que se tenían de aquel jefe, se aumentó el disgusto de la tropa, la que, viendo que Echeagaray reasumía el mando del Ejército, comenzó á desertarse, acaso favorecida secretamente.

En cuanto al general Arteaga, sus ayudantes lograron llevarlo de nuevo en una camilla, aprovechándose de que los jefes Gorgonio Bustamante, Miguel Salcedo y Miguel Topete habían organizado una pequeña columna compuesta de Lanceros de Jalisco y de otros piquetes de caballería, de restos de los batallones y de la artillería y se retiraban paso á paso, batiéndose en buen orden, con el enemigo que los perseguía. Acompañado de aquellas valientes tropas, el general Arteaga se reunió en aquel día con el general Florentino Cuervo que con seiscientos caballos lo esperaba en San Antonio Guaracha.

En el mismo día, al llegar al rancho de San Juanico, se tuvo noticia de que los franceses y traidores se aproximaban á gran prisa. Arteaga mandó hacer alto y disponer la línea de batalla, cuando un nuevo ataque de epilepsia volvió á privarlo del conocimiento, siendo necesario que sus ayudantes lo pusiesen otra vez en camilla y con toda rapidez tomaran el camino de Tingüindín, escoltados por un grupo de oficiales escogidos, entre los que habían perdido su tropa en la sorpresa de la mañana. La camilla estuvo á punto de ser capturada á la salida de Tingüindín por cuarenta jinetes franceses que, sin tocar la población, avanzaban á cortar la retirada. Mas la pequeña escolta de oficiales, compuesta del comandante Guzmán, de los capitanes Felipe Montenegro, Miguel Cailer, Jesús Ornelas y Miguel Sánchez Román y los tenientes Eduardo Mendizábal, Francisco Ramírez y Arcadio Ruiz

Zepeda, sin vacilar, sin contar el número de los enemigos, se lanzaron sobre éstos, mezclándose entre ellos y peleando con verdadera furia. Les hicieron seis muertos y el resto huyó á incorporarse con la columna. De nuestros valientes, murió Sánchez Román.

Apenas acababan de pasar de este peligro, cuando otro mayor se presentó. El grueso de la tropa republicana venía en completo desorden y á carrera abierta perseguida por el enemigo. Los que han visto á una caballería sobrecogida de pánico, huyendo á todo escape, saben que es casi imposible contenerla. Guzmán y sus oficiales acometieron sin embargo la empresa. Lograron que los jinetes más avanzados hicieran alto, los reorganizaron, y con ellos contuvieron á los que venían en seguida, entretanto que la camilla proseguía su camino escoltada por el comandante Manuel García de León y ocho soldados de infantería.

La derrota de las caballerías y la de los restos de la infantería habría sido inevitable, si en aquellos momentos no se hubiese presentado un auxilio que nadie esperaba. Era el general Pueblita con quinientos hombres, infantería y caballería, procedente de Cotija. Tomó posiciones en la hacienda de Tocumbo, impidiendo el paso de la columna enemiga. La noticia de la llegada de Pueblita circuló de un extremo á otro de la línea de fugitivos. Por sí solos se reorganizaron éstos y, cubierta su retaguardia por la fuerza que acababa de llegar de refresco, continuaron su marcha, recobrada ya la moral. Los franceses y traidores, en vista de este auxilio, regresaron á Jiquilpan. Eran éstos los que formaban la columna de De Potier con el 81 de línea, fuerte en ochocientas plazas, una caballería de quinientos jinetes *mexicanos* y un escuadrón del 12 de cazadores. Desde ese día el despecho y el odio germinaron en el corazón de De Potier contra los republicanos que peleaban en Michoacán, pues tuvo que levantar ciento ochenta cadáveres de los suyos en su vuelta de Tocumbo á Jiquilpan. Ya lo veremos ejerciendo más tarde actos de salvaje barbatie y de infame venganza.

El general Arteaga llegó á los Reyes y el día 23 citó en su alojamiento (casa de D. Jesús Valladares) una junta de ho-

nor. En ella manifestó á los jefes que supuesto el desastre que acababa de sufrir el Ejército, desde aquel día variaba el plan de campaña, adoptándose el sistema de guerrillas y de pequeñas columnas móviles que obrarían sin descanso, en medio de toda clase de penalidades, principalmente de la falta de recursos; que no quería forzar la voluntad de ninguno de los generales presentes en adoptar por pura sumisión á la disciplina, este cambio de operaciones, y que en consecuencia los dejaba libres para obrar como quisiesen. Unánimemente contestaron los jefes de la junta que seguirían la suerte del general Arteaga y que estaban dispuestos á hacer la guerra de montaña en Michoacán. El general Arteaga fué abrazando á cada uno de sus fieles camaradas y se concertó la marcha á Uruapan para el día siguiente.

El día 14, el general Salazar había salido de aquella ciudad á expedicionar por el Sur del Estado en persecución de las contraguerrillas de Magdaleno del Río, José María Orozco y Camilo Pureco que amagaban constantemente las poblaciones de Ario y Tacámbaro; el general Régules recorría el interior; las fuerzas de Arias, Garnica y Ronda eran dueñas de la zona de Zacapu, Coeneo y Quiroga, y el teniente coronel Gil Abarca buscaba en la tierra caliente de Apatzingán las guerrillas de Gutiérrez y Espinosa. Se estaba en plena campaña.

Había sin embargo en la política algo que no era del agrado de los patriotas. Por aquellos días había aparecido en Uruapan el Lic. Blas José Gutiérrez Flores Alatorre y había logrado insinuarse de tal modo en el ánimo de Salazar, que éste no dictaba ninguna disposición administrativa que no fuera inspirada por aquél. El Lic. D. Justo Mendoza, Secretario de Gobierno, que no veía pureza de conducta en los consejos de D. Blas, renunció la Secretaría y prefirió vivir en la miseria. Lo libertaron de ella sus amigos de Uruapan, disputándose entre sí brindarle una franca y amistosa hospitalidad.

Salazar nombró Secretario de Gobierno á D. Blas José Gutiérrez con gran disgusto del Ejército y de los pueblos, pues desde luego comenzaron las extorsiones y los préstamos for-

zosos que, como he dicho antes, sólo se imponían en casos extraordinarios.

En tal estado de cosas y hallándose Salazar en Tacámbaro, llegó á Uruapan el general D. José María Arteaga, siendo recibido con muestras de respeto y simpatía por aquel vecindario que ya tenía conocimiento de su valor, de su patriotismo y de sus virtudes cívicas desde la gloriosa revolución de Ayutla.

Acompañaban á Arteaga, como jefes de brigada, los generales Pueblita, Cuervo, Canto y Herrera y Cairo, los coroneles Galván, Zepeda, Ruiz Zuavia, tenientes coroneles Bustamante, Gómez Humarán y otros varios cuyos nombres no recuerdo. En el Estado Mayor figuraba la célebre amazona Ignacia Riechy, vestida de hombre, y que disfrutába el empleo de comandante de escuadrón. Entre las fuerzas iba un pequeño batallón de jóvenes, alumnos del Colegio militar de Guadalajara y que fué un semillero de mártires de la libertad que regaron con su sangre el suelo de Michoacán.

De cada uno de los mencionados se hablará en estos apuntes cuando llegue la ocasión: por ahora sólo diré que en la guerra de Reforma conocimos los de Uruapan á Gómez Humarán que militaba en las fuerzas del general Juan N. Rocha; que sabía manejar la espada tan bien como la pluma, que era de un carácter alegre y decidor, pero bondadoso, patriota y entusiasta como el que más, y que había dejado en aquella tierra gratos recuerdos y numerosos amigos. Más adelante contaré de él un episodio de tristeza y desconsuelo.

El general Arteaga permaneció dos días en Uruapan, consagrado con toda actividad y acierto á la reorganización del ejército y á la acción administrativa, en la extensa zona que le estaba confiada. Nombró Secretario del Cuartel General al Lic. Justo Mendoza, cuya aptitud, patriotismo y absoluta honradez eran de todos conocidos. Después, el general se dirigió á Tacámbaro; desde ese punto hizo regresar á Jalisco la brigada de caballería, á las órdenes del general Cuervo, para que apoyara al Gobierno de aquel Estado, no quedando á su lado más que el cuerpo "Lanceros de Jalisco" mandado por el coronel Ruíz Zuavia, y el segundo escuadrón, cuyo jefe era el coronel Ignacio Zepeda.

En Tacámbaro se recibió también con mucho entusiasmo al general Arteaga, y el día 29 pasó revista á la pequeña brigada móvil de Salazar y á las fuerzas de Servín de la Mora y Maximiano Rocha. El general Pueblita fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de Querétaro, acéfalo desde la defección del Lic. Linares; y aunque aquel jefe rehusaba el encargo, en su parte meramente civil, Arteaga le ordenó que lo aceptara, agregando que siempre que tocara el territorio del Estado de Michoacán en la línea del Oriente, se pusiera á las órdenes del general Riva Palacio, para la mayor unidad de acción en la campaña.

Para que se conozca el carácter humilde y subordinado de Pueblita, diré que cumplió exactamente con esta prevención siempre que tuvo que tocar á Zitácuaro. Y á este propósito recuerdo el episodio siguiente:

La primera vez que Pueblita se puso en Zitácuaro á las órdenes de Riva Palacio, sucedió que un ayudante de aquél, apellidado Bustamente, sin saber estos antecedentes, vió de casualidad á Riva Palacio en su alojamiento, y como lo había conocido en México, no teniendo de él más noticia sino que era literato, lo creyó simplemente emigrado, y entabló con él la siguiente conversación:

—Chente; ¿conque vd. se salió también de México?

—¡Que quiere vd.! por no vivir entre los traidores.

—Bien hecho, bien hecho! pero ha de estar vd. en la chilla.

—Es claro, la vamos pasando como se puede.

—No se apure vd., Chente, yo tengo influencia con el general Pueblita. Le diré quién es vd., á ver si lo hace su secretario.

—¡Cuánto se lo he de agradecer á vd.!

En aquellos momentos llegó el general Pueblita, y dirigiéndose á Riva Palacio, le dijo:

—No tiene vd. novedad en la brigada.

Ambos jefes conversaron durante algunos instantes, y luego Pueblita, al despedirse, dijo á Riva Palacio:

—¿No tiene vd. nada que ordenar?

Bustamante, entretanto, abría tamaños ojos y acabó por comprenderlo todo.

El general Arteaga encomendó á Riva Palacio una expedición sobre Toluca; al general Régules, entonces en Tacámbaro, que amagara las guarniciones imperialistas de Acámbaro, Maravatío, Tajimaroa, Tuxpan y Angangueo, y á Salazar que recorriera rápidamente las poblaciones del Sur, fingiendo que su punto objetivo era un ataque á Pátzcuaro. Todos estos movimientos, operados en la dilatada extensión que se indica, tenían por mira distraer la atención de las columnas francesas que ocupaban á Jalisco, y dar tiempo para que en aquel Estado pudiese formarse de nuevo la 4ª División, mandada por el general Herrera y Cairo, y que pudiera moverse con seguridad la que era á las órdenes de Echeagaray, quien seguía estacionado en Coalcomán y Trojes del Estado de Michoacán. Comenzaba pues á efectuarse el nuevo plan de campaña ideado por el general Arteaga.

Salazar, bajo la influencia del Lic. Blas José Gutiérrez, no veía con ojos serenos que su acción quedase limitada por la presencia del Cuartel General y que se disminuyesen sus recursos por tener que repartirse entre el personal que acompañaba al General en Jefe y el del Gobierno del Estado. Para hacer creer en la escasez de fondos, pretextó que se veía obligado á imponer préstamos, y en efecto, el secretario D. Blas José Gutiérrez expidió órdenes para que fuesen exigidos á varias poblaciones y haciendas. No se escapó á la mirada penetrante de Arteaga esta política inspirada por aquel abogado; pero aguardó prudentemente á poner más tarde un remedio radical.

Uno de los pueblos señalados para exhibir el préstamo fué Carácuaro, donde contábamos con sinceras simpatías y que era punto de tránsito en la comunicación con Huetamo y Zitácuaro. A cumplir tal encargo marchó el comisionado de Hacienda Ignacio Cerda, de cuyos apuntes me permito extractar el siguiente relato:

"Entre las instrucciones reservadas que recibí, fué una la de cargarle la mano al cura, por lo que, del préstamo de mil pesos, le expedí boleta por quinientos. Carácuaro es un pueblo muy pequeño y las rancherías de su demarcación están situadas á grandes distancias, por lo que tenía que enviar va-

rios mozos á que llevaran las boletas. El cura, luego que se vió asignado con quinientos pesos, ocurrió á mí, manifestándome que no poseía más que una casa, cuyo valor no alcanzaba á aquella suma, ni contaba con obvenciones parroquiales, sino con los insignificantes donativos de sus feligreses, pues que éstos, desde que fué su párraco el cura D. José María Morelos, estaban acostumbrados á que les administrasen gratuitamente los sacramentos: que de todos modos, la cantidad que se le pedía era excesiva, y á menos que se tratase de hostilizarlo ó de castigarlo por algo que no fuese sino una calumnia, su cuota era notoriamente injusta. Suplicó se le enseñara la lista, y al verla, dijo que había en ella varias personas cuotizadas con veinticinco pesos que no podían dar ni cinco, y otras con diez que podían dar hasta cien; que si yo le daba permiso reformaría él la lista para que diese mejor y más pronto resultado. Conociendo yo que el cura hablaba con sinceridad, lo dejé hacer: se expidieron nuevas boletas que se enviaron á los rancheros, y el resultado fué haber reunido el préstamo con toda facilidad, siendo de advertir que la cuota más alta fué la del mismo cura que enteró cuarenta pesos. De los informes que recibí en Carácuaro, vine en conocimiento de que el cura D. Donaciano Juárez era todo un patriota, y que en sus conversaciones con los feligreses maldecía la intervención francesa y protestaba contra el establecimiento del Imperio."

Yo he transcrito el episodio que antecede, no sólo para censurar la conducta de D. Blas José Gutiérrez, sino para ratificar mis opiniones sobre que el bajo clero de Michoacán, en su mayoría, era partidario de la independencia.

De lo expuesto se ve, que si por un lado el general Arteaga imprimía actividad á la campaña, de otro el Gobierno de Salazar quería recayese sobre el Cuartel General el descontento por exacciones no acostumbradas. Confirman estas ideas los siguientes párrafos de la Historia de México por Zamacois.[1] En ellos aparecen algunas cartas que contienen falsedad sobre unos puntos y exageraciones ó inexactitudes sobre

1 Tomo 17, cap. IX.

otros, pero que en el fondo, y tratándose de aquellos días, tenían algo de verdad.

Los párrafos dicen así:

"En el Estado de Michoacán, cuyo terreno se presta extraordinariamente á la campaña de guerrillas, se habían reunido varias de otros departamentos, donde les era más fácil sostenerse. Las partidas se presentaban en los sitios menos esperados, y desaparecían en las montañas en los instantes que se movía alguna fuerza contra ellas. La inquietud en que se hallaban las cortas poblaciones y los habitantes de las haciendas, la expresaban algunos individuos de ellas en numerosas cartas que enviaban á la capital para que las publicasen los periódicos, y llegasen las noticias á conocimiento del Gobierno. Varios hacendados, afligidos por la penosa situación en que se encontraban, enviaron algunas representaciones al prefecto político de Morelia D. Antonio del Moral, para que éste las dirigiera al emperador Maximiliano. Cumpliendo con su deber obsequió el deseo de los que las enviaron, y el 21 de Noviembre dirigió las expresadas representaciones al soberano. En ellas suplicaban á éste que diese órdenes para que se hiciese una persecución activa á las partidas que con frecuencia se presentaban en sus haciendas. "Solamente á N......... decía una carta, le cuestàn las visitas de las guerrillas desde el 1º al 18 de este mes, once mil doscientos cincuenta y cuatro pesos (esta era mentira que le contaban al *emperador*), á lo que se agrega que, no obstante lo caro que se compran algunos *salvo-conductos* para extraer frutos (no había tales salvoconductos, pues que sólo se pagaba el derecho de extracción que estaba vigente desde antes de la guerra), las guerrillas se apoderan, cuando les hacen falta, de las mulas de los arrieros (lo mismo hacían los franceses y los traidores, para conducir los bagajes de la tropa), y no quieren éstos entrar á sacar efectos, aun cuando se les pague triple el precio del flete."

"En otra carta decía su autor, refiriéndose á las sumas frecuentes de dinero, semillas y ganado que exigían los jefes de guerrillas republicanas para poder sostener sus fuerzas, pues carecían de otros recursos: "son increibles los impuestos y préstamos que los disidentes han exigido y demandan cada se-

mana á las haciendas cañavereras de Tacámbaro. En veintidos días ha pagado Chupio cinco mil pesos (exageración), Pedernales ocho mil (grande exageración), y por el mismo estilo las demás fincas. Las rayas semanales se hacen con graves esfuerzos, merced á tanta exigencia. Las plantadas han héchose á medias ó tardías por falta de jornaleros, á quienes por la fuerza se hacen entrar en el servicio de las armas. Si la pacificación de ese y otros distritos del Sur se retarda, concluyen esas fuentes de riqueza pública (cómo no concluyeron en los dos años y medio que todavía después duró la guerra, es claro que no era cierto lo que aseveraba el autor de la carta, á propósito de impuestos y de préstamos). Los propietarios están huyendo, porque no siendo ya posible conseguir el dinero que se les pide, se alejan de la pena que los amaga. (Los propietarios de aquellas fincas nunca vivían en ellas, ni en tiempo de paz. Habitaban allí sólo los administradores, y aquéllos residían en Morelia.) *Se habla ahora de un decreto de Salazar que declara república el terreno que ocupa* (Ya veremos más adelante el fundamento de este extraño rumor. Lo que sigue sólo prueba la falta de criterio del autor de la carta): *prohibe, bajo pena de muerte, la comunicación con el imperio, á menos que el transeunte justifique previamente la necesidad y utilidad de su viaje, proteste regresar pronto y saque pasaporte con esas condiciones, y declara por ahora bienes nacionales la tercera parte de los frutos de los bienes raíces que ocupa la república. Hay personas que aseguran que los términos del dicho decreto, son más apremiantes.*" Todo este cúmulo de disparatadas mentiras sirvió á Bazaine para desarrollar en Michoacán el sistema del terror. "Poniendo en juego esa influencia, dice Zamacois, logró que el emperador Maximiliano le ordenase el 15 de Noviembre, por medio de una comunicación del ministro de la Guerra D. Juan Peza, que se estableciese en Morelia una corte marcial *francesa*, para que fuesen juzgados por ella los presos por robos cometidos en cuadrilla *que se hallaban en la cárcel.*" Como la disposición era preciso ponerla en conocimiento del prefecto político del Estado, que era entonces, como tengo dicho ya, el abogado D. Antonio del Moral, el expresado ministro de la Guerra le envió una comunicación en

que le decía que, con aquella fecha decía al mariscal Bazaine, comandante en jefe del ejército franco-mexicano, que habiendo sabido el emperador el número de reos que existían en aquel departamento por haber cometido robos en cuadrilla, y que siendo muy urgente que se les juzgase desde luego por tales delitos, deseaba S. M. que á la mayor brevedad posible se estableciese en aquella ciudad una corte marcial francesa, y que al efecto se sirviese nombrarla, lo que tenía el honor de comunicarle para su conocimiento.

"El digno prefecto político, cuya rectitud y sentimientos humanitarios le hacían altamente apreciable, contestó con fecha 21 del mismo mes, en los siguientes términos: "De enterado; y que esta prefectura se abstiene de hacer observaciones á la disposición que se le comunica, por haberlas hecho ya directamente á S. M. en la exposición que le dirigió al efecto, en la que cree haber demostrado la inconveniencia de tales tribunales, con especialidad en este departamento."

Lo cierto del caso es que se establecieron cortes marciales de franceses, no sólo en Morelia, sino en Zamora y Pátzcuaro, en las que los oficiales del ejército de Napoleón se convirtieron en verdugos de los patriotas mexicanos! Es patente el efecto retroactivo que se dió á tales disposiciones.

CAPITULO XX.

(1864)

La situación de Michoacán juzgada por un imperialista.—El coronel D. Ramón Méndez.—Su primera expedición sobre Tacámbaro.—Actitud de Régules ante la cual emprende Méndez su retirada.—Robo de ganado á D. Rafael Trejo.—Méndez amaga á Ario y tiene que retroceder.—Abundantes recursos de los imperialistas y miseria de los republicanos.—Movimiento general en la campaña.—Los agentes del imperio.—Pronunciamiento en Parácuaro y derrota de los pronunciados por el jefe liberal Gil Abarca.—Pronunciamiento en Uruapan.—Saqueo.—Nueva expedición de Méndez sobre Ario.—Nieves Sosa y Villafuerte.—Brillante triunfo de Salazar en Santa Clara.—La venganza de un indio.—Triunfos de Pueblita en Tajimaroa y Tuxpan.—Régules en Temascaltepec.—Riva Palacio y Romero en las puertas de Toluca.—Combate en las calles de la ciudad.—Intrepidez de la Barragana.

El desastre de Jiquilpan no había hecho en Michoacán más que impulsar la actividad de los patriotas y aumentar el pánico y la desmoralización de los partidarios del imperio que vivían en Morelia. Uno de éstos escribía con fecha 9 de Diciembre: "Nada se adelanta en la pacificación del Departamento. Es una cosa muy triste, muy sensible, muy dolorosa, y del todo inexplicable por la razón, la filosofía, la política y hasta el buen sentido, que después de un año de haber sido ocupado este desventurado Departamento por las fuerzas de la intervención y del imperio, y de haber costado *tantas víctimas* y tanta sangre, haber defendido la causa del nuevo orden el 18 de Diciembre de 1863, de haber contado en todo este tiempo con tan *brillantes elementos* para establecer la paz y seguridad en su seno, estemos aún amenazados á cada momento *hasta en la seguridad de la capital* y no cuenten, no ya

los vecinos de los pueblos y haciendas, sino aun los de esta ciudad, ni con sus intereses ni con su vida seguros. El triunfo de Jiquilpan, tan importante como fué, se va á convertir en contra de Michoacán, si no se persiguen estas fuerzas, porque lo que se les quitó allí lo vienen á reponer con usura en los infelices pueblos y haciendas del Departamento. La razón, la filosofía, la moral, la política y el buen sentido exigen imperiosamente que se obre ya con actividad y con constancia en la pacificación de Michoacán, si no se quiere que este Departamento desaparezca del mapa del imperio mexicano." Como se ve, no faltaba algo de buen sentido al autor de la patética carta que se acaba de leer; sólo que inculpaba al gobierno imperial de lo que creía apatía, cuando no era más que impotencia. Precisamente en esos días acababa de pasar la infructuosa expedición del coronel Méndez sobre Tacámbaro, de que voy á hablar en seguida.

Antes empero, se me permitirá presentar á mis lectores al coronel D. Ramón Méndez que ahora aparece por primera vez mandando en jefe una columna y que en el curso de esta historia va á hacer un papel muy importante.

Ramón Méndez nació en Ario: era hijo de un velero y en su mocedad ejerció él mismo este oficio; mas pareciéndole muy humilde para su ambición, solicitó entrar como escribiente (tenía muy buena letra) en la oficina de rentas de aquel pueblo, pasando luego con el mismo empleo á la de Huetamo: sin embargo como le agradaban más los gallos, la *paseada*, las aventuras de todo género, abandonó su empleo y fué á buscar la suerte en la ciudad de México. Al comenzar el gobierno de Santa-Anna en 1853, fué cogido de leva é ingresó á la fuerza que mandaba el general Tavera: se desertó una vez, y aprehendido, fué castigado con un banco de palos. Se propuso entonces servir bien en el ejército, y su instrucción en la escritura y en la contabilidad, su talento natural, su audacia, su valor nunca desmentido y su vocación á la carrera de las armas que entonces se reveló en él, lo colocaron sobre el nivel de sus compañeros. Al triunfo de la revolución de Ayutla era capitán en el ejército del dictador, desempeñando el empleo de pagador en tiradores de la guardia de que era je-

fe el mismo Tavera; en la guerra de Reforma militó á las órdenes de Márquez, conquistando sus charreteras de comandante de batallón. Siempre al lado de Márquez, hizo la campaña contra el Gobierno en 1861 y 1862 y se unió luego al ejército invasor, figurando en el sitio de Puebla con el empleo de teniente coronel. Lo vemos aparecer luego en Michoacán con el grado de coronel, mandando el batallón que se llamó después del Emperador, la mejor tropa *mexicana* del imperio, que contaba en su seno á los veteranos del antiguo ejército reaccionario.

Con esta fuerza y el 4º regimiento de "Lanceros" que formaba un total de ochocientos hombres, salió Méndez de Morelia, á fines de Noviembre, á su primera expedición sobre los chinacos del Sur. El general Arteaga con los restos de la 4ª División (trescientos hombres), con la brigada de Pueblita (quinientos), y con cuatrocientos hombres á las órdenes del general Régules se hallaba en Tacámbaro; Salazar con su brigada móvil, alejándose del Cuartel general, se había ido á situar en la Huacana; Eguiluz estaba en Ario y Cuervo con otros jefes de Jalisco, en la distante villa de Huetamo.

A las doce del día 1º de Diciembre se tuvo en Tacámbaro la noticia de la aproximación del enemigo. Arteaga, considerando que su pequeña fuerza, salvada en Jiquilpan, no estaba aún en condiciones de batirse, se retiró por Chupio á Pedernales, dejando en la plaza al general Régules con su brigada y la de Pueblita. En aquellos instantes se presentaba Méndez. Régules con cien infantes del batallón activo de Michoacán y cien caballos á las órdenes del teniente coronel Espiridión Trejo, salió al encuentro de los imperialistas, los estuvo tiroteando, al mismo tiempo que se replegaba paso á paso, atravesaba la población é iba á incorporarse á su fuerza que había ya tomado posiciones en la alberca de Chupio y rancho de la Estacada.

Los imperialistas habían seguido á Régules hasta la calle que se llama de la Ziranda. Después se concentraron en la plaza de la ciudad. Al anochecer la evacuaron retirándose hasta el mesón de Taracatío, cinco leguas distante de Tacámbaro. Régules á su vez emprendió una marcha cuyo objeto veremos más adelante.

No debo omitir aquí un rasgo de conducta de Méndez. Se recordará que en las primeras páginas de este libro hice mención de D. Rafael Trejo, anciano patriota de Tlalnepantla, que acompañaba, como simple paisano, á sus hijos Espiridión, Justo y Eutimio Trejo, que militaban en las filas de los republicanos. D. Rafael traía consigo, trashumando desde Tlalnepantla, una ordeña de vacas y un hatajo de mulas. Pues bien, el coronel Ramón Méndez recogió el resto que aún quedaba del ganado y cuarenta mulas, allanó el domicilio del Sr. Trejo para extraer de el los aparejos y arreó todo, considerándolo como botín de guerra, lo que no le impedía llamar bandidos á los liberales.

Viendo este jefe que no había podido dar una sorpresa en Tacámbaro, simuló que se retiraba á Morelia y por esto fué á pernoctar en Taracatío, luego siguió aquel rumbo y el 3 en la mañana caía sobre Ario; pero con tal desgracia, que llegó después de que Eguiluz con su tropa había salido de la plaza. Al día siguiente evacuó Méndez la población, forzando su marcha hasta Pátzcuaro. Era que sus espías le habían avisado que Régules, con Pueblita y Eguiluz que se le había reunido, se dirigían á Santa Clara á cortarle la retirada. Méndez procuró siempre atacar á sus contrarios con una fuerza que, por lo menos, fuera igual en número á la de éstos. Jamás fraccionó su columna, no obstante que tenía á sus órdenes muy buenos subalternos.

Y de una vez por todas digo aquí que mientras los defensores del imperio contaban en sus filas con viejos soldados aguerridos, con magnífico armamento, con abundancia de parque, con el prets pagado con puntualidad, con apoyo oportuno y poderoso de las columnas francesas; los republicanos de Michoacán en sus fuerzas regulares, con excepción de los sargentos y de algunos cabos y soldados, los demás de estas dos últimas clases eran gente acabada de coger de leva, sus fusiles y mosquetes antiguos y muchos de ellos casi inservibles; que el parque escaseaba; que carecían de sueldo, pues que las pocas veces que lo recibían era económico, es decir, reducido á la mitad, y que no contaban con auxilio ninguno, siendo enteramente falso lo que aseveran algunos escritores

imperialistas, de que en casos desgraciados "pasaban el río de las Balsas y hallaban un refugio en el viejo Alvarez, rey de los *pintos*, quien los protegía hasta el momento en que podían aprovechar la ocasión de volver á las tierras frías ó templadas de Michoacán." Esta mentira, inventada por el *historiador* de Querétaro Alberto Hans, ha sido copiada maliciosamente por los escritores franceses y *mexicanos* del bando imperialista.

Volvamos ya al teatro de los acontecimientos. Régules, viendo que había fracasado su plan de cortar á Méndez, volvió á Tacámbaro, ocupado de nuevo por el general Arteaga, quien estaba ansioso de enviar las expediciones de que antes he hablado. En efecto, Pueblita salió el primero tomando el rumbo de Taretan, Purépero y Zacapu para dirigirse al Norte y Oriente del Estado. El día 9, el teniente coronel Espiridión Trejo con sus cien jinetes y cincuenta infantes, á las órdenes del capitán Jesús Rubio, marcharon á Santa Clara de Portugal, con objeto de distraer á la guarnición de Pátzcuaro, en tanto que el general Régules, por Tingambato hacía su marcha al interior del Estado. Trejo y Rubio lograron su objeto haciendo salir de Pátzcuaro las guerrilas de Suárez, del Río y Orozco, y batiéndose con ellas en retirada, regresaron el día 11 á Tacámbaro.

También Riva Palacio, en cumplimiento de las órdenes recibidas de Arteaga, concentraba sus fuerzas para operar en el centro del Estado de México. En esta virtud, el 17 de Diciembre se retiraba el comandante Julián Solano de Trojes (hoy Ocampo), á Tuxpan con treinta y dos hombres para incorporarse al coronel Limón. Los imperialistas á su vez se ponían en movimiento. En efecto, ese mismo día, en el llano del rancho de los Remedios, cargaron sobre Solano quinientos traidores, vanguardia de Lamadrid que iba de Angangueo á Zitácuaro. Solano afectó huir, pero de pronto dió media vuelta, se arrojó sobre el enemigo y lo puso en fuga, haciéndole muchos muertos y heridos, sin detenerse en levantar el campo, porque Lamadrid se acercaba con el grueso de su tropa; pero sabiendo este jefe que en Zitácuaro estaban reuniéndose varias fuerzas republicanas, se apresuró á regresar

á Angangueo. Ese día fué ascendido Solano por el general Riva Palacio al empleo de teniente coronel.

Por lo expuesto se comprende que los patriotas habían redoblado su actividad, y por lo tanto los partidarios del imperio en Michoacán clamaban á grito abierto, pidiendo que el ejército que apoyaba á Maximiliano ocupase militarmente la extensión del Estado. Consecuente con estos deseos, el mariscal Bazaine dispuso que la División Douay marchara á cumplir aquella misión. No se contentaron con esto los que dirigían la política de bastidores: de nuevo enviaron sus agentes á las poblaciones del Sur para fomentar pronunciamientos entre los vecinos, ya que nada podían conseguir en materia de defecciones por parte de los jefes liberales. El más activo de aquellos emisarios era el padre D. Manuel Bruno Gutiérrez, criollo de Uruapan, de ideas exaltadísimas en favor de la monarquía extranjera, fanático en extremo y cuya constante ambición era llegar á ser canónigo. Gutiérrez era rico, lo que le daba cierta influencia entre los conservadores de Uruapan y los rancheros de Parácuaro, pueblo en cuya comprensión poseía una finca de campo. Tenía un hermano, D. Florencio, hombre de valor, de buenas prendas personales y que profesaba al padre D. Bruno respeto y adhesión. Para comprometer á sus amigos de Uruapan y Taretan á que se pronunciasen contra la República, les ofreció que lo haría primero en Parácuaro su referido hermano D. Florencio, quien con una fuerza respetable de rancheros, ya apalabrados, iría á apoyar el movimiento revolucionario de aquellas dos poblaciones.

Así concertadas las cosas, D. Florencio marchó á Parácuaro; pero en esta población había algunos liberales que además del interés de partido, eran enemigos de Gutiérrez y espiaban sus pasos. Sin descubrir las ramificaciones del complot comprendieron, sin embargo, que aquel individuo preparaba á sus sirvientes y á algunos rancheros para lanzar el grito á favor del imperio. Se apresuraron á comunicarlo al general Salazar, quien sin pérdida de tiempo envió directamente de Ario á Parácuaro una sección al mando del teniente coronel Gil Abarca.

El día 18, sostenidos por la contraguerrilla de Francisco Suárez, se pronunciaron en Parácuaro D. Florencio Gutiérrez y Julián Espinosa (a) el *manco*, reuniendo en el acto más de doscientos hombres.

Recibida esta noticia en Uruapan, el padre D. Bruno la comunicó á los comprometidos de esta ciudad y de Taretan y les enseñó además cartas de Morelia en que se le avisaba que no tuvieran temor de Salazar, porque el coronel Méndez salía en su persecución, á la vez que las columnas de franceses que permanecían en Jiquilpan tomaban ya el camino hacia Morelia por Los Reyes y Uruapan. Inmenso fué el gusto y grande la confianza que inspiraron estas nuevas á los conspiradores de Uruapan y Taretan, y hasta puede decirse que experimentaron un entusiasmo juvenil aquellos hombres, de los cuales el menor de edad no bajaba de cincuenta años. Se acordó en consecuencia que el pronunciamiento se verificaría simultáneamente en ambas poblaciones el 20 del mes en curso.

Al amanecer del día 19 llegaba el teniente coronel Abarca á la vista de Parácuaro, distante de Uruapan más de catorce leguas. A las doce del día, aquel jefe remitía al Gobernador Salazar el siguiente parte: "Cumpliendo las órdenes de esa superioridad llegué á este punto, me informé del paradero del enemigo y distribuí mis exploradores: como á las diez de la mañana de hoy, las gavillas traidoras capitaneadas por Florencio Gutiérrez y Julián Espinosa, en número como de doscientos cincuenta, se presentaron en la orilla Norte de este pueblo en actitud amenazadora: inmediatamente ordené que el comandante José Menez con veinticinco Lanceros de Toluca, se situara al frente del enemigo; el comandante Maximiano Rocha con veinticinco infantes del batallón Zaragoza se situó á la izquierda, ocultándose tras de un cerrito, y el comandante Manuel Treviño con veinte guerrilleros se puso al flanco derecho, dejándome yo los otros veinticinco infantes al mando del teniente Domingo Herrera. El comandante Menez mandó al alférez Borbolla que pasase una barranquilla y provocara al enemigo, haciéndole fuego. Ejecutada esta orden, los traidores se precipitaron con furia sobre Me-

nez, quien no sólo resistió el empuje, sino que acometió vigorosamente, rechazando á los contrarios que intentaron posesionarse del cerrito; pero Rocha con su infantería de tiradores les salió al encuentro haciendo fuego vivísimo y obligando á la chusma á retroceder: entretanto Treviño colocándose á retaguardia del enemigo, y en los momentos en que éste era rechazado, dió carga brusca á la lanza secundado valientemente por Menez, lo que produjo el desorden y la completa dispersión de las gavillas, cuyos fugitivos fueron perseguidos en distintas direcciones. Se recogieron veintitres muertos y diez y siete heridos del enemigo, cuarenta mosquetes, muchas lanzas y machetes costeños y cuarenta y seis caballos: en uno de éstos se halló la correspondencia de Gutiérrez que adjunto. Por nuestra parte tenemos que lamentar la pérdida del capitán Manuel Villanueva que murió luchando personalmente con Gutiérrez, un soldado muerto de la fuerza de Menez, dos de la de Treviño y nueve heridos. Lo que tengo el honor de participar, etc."

D. Florencio Gutiérrez metió espuelas á su caballo, y á las nueve de la noche del mismo día llegó á Uruapan y avisó á su hermano el padre D. Bruno la catástrofe de Parácuaro. El clérigo le encargó la reserva, y por su parte con mucha actividad recorrió las casas de sus amigos, citándolos para las cinco de la mañana del día siguiente y diciéndoles que teniendo que entrar los franceses muy temprano y habiendo pernoctado á medio camino los pronunciados de Parácuaro, era conveniente y satisfactorio que ambas fuerzas los hallasen ya con las armas en las manos.

Al amanecer del día 20 estaban reunidos en el portal de las casas consistoriales doce señores respetables, cada uno acompañado de sus dependientes, de sus mozos y de algunos amigos, formando un total de sesenta hombres. Nadie extrañó ver al frente, para lanzar el grito de *¡viva el imperio!* á D. Florencio Gutiérrez, pues se les había dicho que la tropa de éste se hallaba en marcha para Uruapan.

Apenas se proclamó el plan del pronunciamiento, cuando aquella fuerza se dividió en pelotones para ir á aprehender á los liberales. Estos tuvieron oportuno aviso y se ocultaron,

con excepción de D. Miguel Treviño que fué conducido á la cárcel y del Lic. D. Antonio Florentino Mercado á quien dispararon algunos tiros y redujeron también á prisión. En muchas casas sacaron caballos y armas, siendo uno de los que en estas especies sufrieron un robo considerable el coronel jalisciense Sabás Lomelí. Pasado este furor belicoso llamaron lista y reunidos los jefes, tuvieron una junta en la sala de acuerdos del Ayuntamiento, en la que quedaron nombrados prefecto municipal D. Isidro Paz y comandante militar D. Florencio Gutiérrez. Entretanto, sus familias se dirigían á misa que celebraba el padre vicario (el cura se negó á hacerlo), para pedir la protección del Dios de los Ejércitos, á fin de que sus deudos fuesen conducidos á la victoria. Como la misa se llamó con cierta pompa, algunas familias de los liberales quisieron asistir por curiosidad, y en la puerta de la iglesia fué detenida la joven E. S. (republicana), por su amiguita L. Z. (mochita), quien le dijo:

"Un padrenuestro y una avemaría
Por la chinaca que está en agonía."

La primera se mordió los labios de despecho, y ambas entraron en el templo.

A la una de la tarde, con músicas, cohetes y repiques, salió una comitiva á fijar en las esquinas las actas del pronunciamiento, haciéndose esto con toda la solemnidad posible.

El pueblo de Uruapan protestó con su ausencia contra aquel pronunciamiento que le pareció ridículo por estar capitaneado por puros ancianos, motivo por el cual se bautizó aquel motín con el nombre de "el pronunciamiento de los doce apóstoles," que se vulgarizó á tal grado que nadie lo llamó de otra manera.

Después del bando se ocuparon en organiznr la fuerza, dividiéndola en infantería y caballería, quince hombres de la primera y cuarenta y cinco de la segunda. Los doce apóstoles se declararon jefes y nombraron subalternos de entre sus dependientes.

Bueno es decir que Gutiérrez y Paz, que no las tenían todas consigo por la derrota de Parácuaro, pusieron de avan-

zada sobre el camino de aquella Villa á D. Justo Contreras al frente de una pequeña escolta, ordenaron á los que suponían pronunciados en Taretan á que fuesen en el acto á incorporárseles, y por último, enviaron al menos anciano de los doce apóstoles al encuentro de los franceses que la víspera habían salido de los Reyes y á quienes se suponía rumbo á Uruapan. Era la columna de De Potier que desviando el camino dejaba á un lado á Uruapan y se dirigía por la vía más recta á Pátzcuaro. El comisionado fué á encontrar á los franceses al pequeño pueblo de San Lorenzo y encareció á De Potier la necesidad de su auxilio; pero este jefe no se dignó contestarle siquiera, pues siempre trataba con el mayor desprecio á los *mexicanos* aliados.

Mientras estos sucesos pasaban, Salazar había salido de Ario y se dirigía á Uruapan como centro de operaciones. Entre once y doce de la mañana llegó á Taretan, precisamente en los momentos en que se reunían también los ancianos del lugar para hacer su pronunciamiento. Esta circunstancia salvó á los conspiradores, quienes lejos de hacer ninguna manifestación hostil, recibieron con pruebas de simpatía al general y le brindaron el mejor alojamiento en la hacienda que lleva el mismo nombre del pueblo.

Aun no se acuartelaba la tropa, cuando Salazar recibía el parte de Gil Abarca, leía la correspondencia interceptada á Gutiérrez y oía de los labios del correo, que en la mañana había pasado por Uruapan, la estupenda noticia del pronunciamiento de aquella ciudad. En el acto dió orden á Agustín García, uno de aquellos terribles chinacos, compañero de Cantaritos, de que con sus cuarenta hombres marchase al trote sobre Uruapan y aniquilara á los pronunciados. Sería natural creer que los comprometidos de Taretan avisarían á sus colegas de aquella ciudad la presencia de Salazar; pero no sucedió así, pues ya se sabe que los *mochitos* son egoistas por carácter.

Serían las cinco de la tarde. Los imperialistas de Uruapan estaban llenos de satisfacción creyendo que su pueblo quedaría libre para siempre de las depredaciones de la *chinaca*, cuando uno de los que se habían pronunciado, que por nego-

cios particulares había salido al llano, llegó á todo correr y avisó á D. Isidro Paz que por el camino de Taretan venía una tropa, avanzando rápidamente.

—No tengan ustedes cuidado, le contestó el jefe, son los señores de Taretan que vienen á reunirse con nosotros.

No habían pasado de esto cinco minutos, cuando Agustín García llegaba á las goteras de Uruapan: dividió su pequeña fuerza en tres secciones, y conocedor de la población, no envió ninguno de los grupos por la calle de San Francisco, que es la entrada del camino de Taretan, sino que dió orden de que unos penetraran por las calles de Cupatitzio, como si llegasen de Parácuaro, otros por el barrio de la Trinidad y el tercer grupo por la Canoa alta.

Al divisar al primer grupo, los pronunciados se agolparon á la esquina de la plaza, contentos, creyendo que eran sus correligionarios de Parácuaro. De repente oyeron á sus espaldas tiros repetidos y vieron á los terribles chinacos de blusa colorada, que harto conocían como pertenecientes á la *gavilla de Cantaritos*. Decir el pánico de que fueron acometidos, referir cómo arrojaban las armas y cómo huían en todas direcciones para ocultarse en las huertas, sería ocupar más tiempo del que duró para ellos el horroroso susto, lo cual no fué obstáculo para que cuatro quedasen muertos en las calles, siendo de este número el *comandante* D. Gabriel Hurtado, uno de los doce apóstoles.

Me he extendido en estos detalles, porque se trata de un suceso ocurrido en mi tierra y porque es fuerza rectificar lo que sobre este punto asevera la Memoria del Gobierno de Michoacán al asentar que los pronunciados se replegaron á Pátzcuaro. No: la fuerza de éstos fué completamente disuelta; algunos de los ancianos fueron los que, habiendo salido de sus escondites, llegaron uno por uno y en distintos días á la expresada ciudad de Pátzcuaro; los demás permanecieron ocultos, sin que nadie los buscara. No faltó quien quisiera ejercer venganza, pero por fortuna no consiguió su objeto. Se me olvidaba: la joven E. S. se vengó también de su amiguita L. Z. enviándole, después de lo acaecido, un papelito que contenía el siguiente dístico:

"Fué el padrenuestro que se rezó
Por el imperio que se murió."

En aquella época las señoras no eran ajenas á las pasiones políticas.

A las seis de la tarde llegó Salazar con el resto de su pequeña brigada. Entonces se dió por la Secretaría de Gobierno, á cargo siempre de D. Blas José Gutiérrez, una orden que sirvió de borrón en la página que la historia había escrito en aquel día. Se dispuso, y así se verificó, que algunos empleados de hacienda abrieran la casa de comercio de D. Isidro Paz y que repartiesen las existencias entre los oficiales y la tropa. La plebe se aglomeró á las puertas y participó del saqueo, pues no otro nombre merece aquel acto que se llevó á cabo en la noche, á la luz de hachones de ocote.

En el mismo día en que estos sucesos pasaban en Uruapan, Méndez, el jefe imperialista, llegó otra vez á Ario con setecientos hombres. El coronel Eguiluz, que ocupaba la población con una fuerza de trescientos y que había recibido orden del General en Jefe de retirarse á la vista del enemigo, evacuó la plaza, saliendo de ella paso á paso. Méndez, al entrar á Ario, destacó en seguimiento de Eguiluz la contraguerrilla mandada por Modesto Villafuerte, apoyándola á retaguardia el 4º regimiento de caballería al mando del coronel Wenceslao Santa Cruz. A poco Villafuerte se vió detenido por el valiente Nieves Sosa, que con menos de veinte hombres hizo retroceder á la contraguerrilla; mas incorporada ésta al 4º regimiento, así como la nuestra se había unido á Eguiluz, ambas fuerzas avanzaron hasta la cuesta de Zinzongo en que se trabó una corta, pero reñida refriega, de la que resultaron algunos muertos y heridcs de una y otra parte. Los traidores regresaron á Ario y Eguiluz, con todo orden, continuó su marcha para la hacienda del Tejamanil. Méndez permaneció en Ario hasta el día 24 en que tuvo que salir inopinadamente, en virtud de lo que va á referirse en el siguiente párrafo. [1]

El día 23 como á las once del día había llegado á Santa

1 Tomado de la Memoria del Gobierno de Michoacán, rectificado en parte conforme á los datos que obran en mi poder.

Clara una fuerza imperialista, trescientos cincuenta hombres de caballería é infantería al mando del comandante Evaristo Dávalos, que iba á obrar en combinación con la de Méndez. Salazar había salido de Uruapan el 22, y el 23 sin tener noticia de aquella fuerza, se dirigió también á Santa Clara, al frente de su pequeña brigada, compuesta de ciento cincuenta hombres del batallón Zaragoza al mando del teniente coronel José Dolores Vargas, igual número de jinetes del escuadron "Lanceros de Toluca" á las órdenes del coronel Manuel García, los cuarenta de la guerrilla de Agustín García, treinta de los que capitaneaba Margarito Próspero, quince mandados por el capitán Emeterio Pérez que servían de escolta á la Comisaría, y los veinte exploradores del comandante Rosendo Márquez. Eran las doce del día, cuando Salazar llegaba á las puertas de la Villa; en aquel momento se oyó el toque de lista que sonaban las bandas de infantería y caballería dentro de la plaza.

—¡Los mochos! exclamaron los chinacos; y Salazar con su voz de trueno, dirigiéndose á Márquez, le dijo:

—Rosendo, á ellos; entreténgamelos mientras llego.

La guerrilla de exploradores se dirigió al galope hacia la población, y habiéndose encontrado con la avanzada de los imperialistas, la hizo replegar hasta los cuarteles. El tiroteo puso en alarma á la fuerza de Dávalos, quien con toda su caballería cargó sobre la guerrilla republicana hasta hacerla incorporar á la tropa de Salazar. Este jefe mandó al encuentro del enemigo al coronel Manuel García, quien á la cabeza de los "Lanceros de Toluca" se arrojó con denuedo: el choque fué terrible, dando por resultado que los traidores retrocedieran, si bien por parte de los patriotas se tuvo que lamentar en aquel acto la muerte del expresado coronel Manuel García.[1] El comandante Menez tomó el mando de los Lanceros y continuó la carga. Entretanto, Salazar había fraccionado en dos secciones el resto de su fuerza, dejando una á sus inmediatas órdenes y confiando la otra al teniente coro-

1 Se recordará que el coronel García fué el jefe que se encargó del mando de la división de Michoacán, cuando defeccionó Caamaño, y no habrán olvidado los lectores que García inspiraba desconfianza á los patriotas. La conducta de este jefe y su gloriosa muerte borraron aquellas impresiones.

nel Vargas. Ambos por diversas calles desembocaron en la plaza en donde estaba formada en batalla la infantería enemiga, la que viéndose flanqueada, después de un corto y vivo tiroteo, ocupó el atrio de la parroquia y continuó allí su defensa. Salazar envió uno de sus ayudantes á comunicar una orden á Vargas, y formando su tropa en columna atacó por el frente al enemigo, mientras que Vargas, á paso gimnástico, daba un rodeo, penetraba al atrio por la sacristía y caía sobre la retaguardia de los infantes imperialistas que tuvieron que rendirse á discreción. Rosendo Márquez y Menez no habían permanecido ociosos: su carga á la lanza sobre los dragones de Dávalos introdujo entre éstos el desorden y acabó por precipitarlos en fuga hacia Pátzcuaro.

Todo esto pasaba á la vista de los vecinos de Santa Clara, siempre liberales y patriotas, que aplaudían el valor de los republicanos. Por sus opiniones, les profesaba un odio feroz el prefecto político de Pátzcuaro, D. Miguel Patiño, y por su conducta de ese día, halló medio de satisfacer el rencor que les tenía, como se echa de ver en el mismo parte oficial que esta autoridad rindió á su superior y que en lo conducente es como sigue:[1]

"En tan tristes acontecimientos han tenido activísima parte los vecinos de Santa Clara, porque sabiendo la venida de Salazar no lo avisaron al Sr. Dávalos, y cuando se presentó el enemigo hubo un infame que tratara de persuadirlo de que era fuerza del Sr. Méndez la que llegaba. A más de este dato para creer culpable á la población, hay los siguientes: el puente de la salida para esta ciudad lo halló el Sr. Dávalos, á su regreso, de tal manera obstruido, que solo podía pasar un hombre; el alojamiento que le proporcionaron fué á una larga distancia del cuartel, y en fin, otras varias circunstansias que sería por demás referir, demuestran claramente la culpabilidad de un pueblo enemigo del Supremo Gobierno."

La intención del prefecto era que los vecinos le indemnizasen de la pérdida que sufrió en esa vez y que se refiere en seguida.

Salazar envió en persecución de los fugitivos á Agustín

1 México á traves de los Siglos, pág. 681.

García y á Margarito Próspero. Aquéllos habían tomado el rumbo de Pátzcuaro que sólo dista cuatro leguas de Santa Clara. García y Próspero marcharon á escape, no dando cuartel á los infelices que alcanzaban. Un grupo de once de ellos trató de hacerse fuerte en el Molino del Refugio, propiedad de D. Miguel Patiño. García dió orden á Próspero de que se apoderase de ellos y él continuó en la persecución. Margarito Próspero, indígena del cercano pueblo de Tingambato, había sido preso una vez, á causa de sus opiniones liberales, por orden de D. Miguel Patiño: este recuerdo que jamás se borró de su alma y la circunstancia de que los refugiados en el molino hicieron fuego al acercarse los chinacos de Próspero, enardecieron á éste, quien mandó á los suyos echar pie á tierra, y dándoles el ejemplo, salvaron el foso que rodeaba la finca, encendieron las teas de ocote que llevaban preparadas, y en medio de los disparos de los que allí se defendían, prendieron fuego al edificio por varias partes. Al salir aterrados entre las llamas aquellos infelices, uno á uno fueron pasados por las armas! ¡El edificio quedó convertido en pavesas!

García siguió á los demás fugitivos hasta las goteras de Pátzcuaro, en donde se produjo una grande alarma, cubriendo la guarnición los puntos fortificados.

Tuvo el enemigo más de cuarenta muertos, se le hicieron noventa prisioneros; la caja de su pagaduría con dos mil quinientos pesos, pasó á poder de la Comisaría de Salazar, lo mismo que el equipaje de Dávalos y de sus oficiales, más de doscientos fusiles, parque, lanzas, mosquetes y sables. Los prisioneros fueron puestos en libertad al siguiente día, pero en su mayor parte quisieron prestar sus servicios á las órdenes del valiente y simpático general Carlos Salazar.

El vecindario de Santa Clara fué multado por orden de la Comandancia Militar de Morelia.

Por el Oriente, el general Pueblita, espiando la ocasión de penetrar en el Estado de Querétaro, expedicionaba por los departamentos de Zinapécuaro y Zitácuaro. "El 24 atacó la guarnición imperialista del pueblo de Tajimaroa, que era á las órdenes de los coroneles Vicente Patiño y Jesús González, el *Ranchero*. En este pequeño hecho de armas fué nota-

ble la heroica resistencia que por más de una hora sostuvo el sargento Fortino Flores en la puerta oriental del cementerio; pues él solo, en virtud de que Gonzáles había desertado con la mayor parte de la fuerza, estuvo conteniendo á los soldados de Pueblita, á quien le hizo varios muertos y heridos." La Memoria del Gobierno de Michoacán, de donde he tomado este párrafo, no dice cuál fué el paradero de Flores; pero de algunos informes, resulta que Pueblita se empeñó en tomar prisionero á aquel valiente soldado, lo que consiguió logrando inducirlo á que ingresara á sus filas.

"En la madrugada del 25 del mismo mes, Pueblita, que contaba con cuatrocientos hombres, fué asaltado en Tuxpan por Lamadrid y el Ranchero, unidos éstos á una fuerza francesa (la del capitán Clary) y formando un total de mil hombres. Sabedor Pueblita de que el enemigo se acercaba, hizo colocar una pieza de montaña en el puente que hoy lleva su nombre y mandó disparar dos tiros sobre el enemigo, que por esto detuvo su marcha, dando tiempo al general para organizar su fuerza y salir en todo orden de la población. El alférez Antonio Vega y un guerrillero cuyo nombre se ignora, lazaron la pieza, y á vuelta de cabeza de silla, se la llevaron hasta reincorporarse con la fuerza de Pueblita en el arroyo del Salitre." [1]

Régules en tanto, había llegado al extremo Oriente de Michoacán, infundiendo la alarma en las poblaciones ocupadas por el imperio; se internó luego en el Sur del Estado de México y amagó los destacamentos de Temascaltepec y el Valle, batiéndose y rechazando el del primero de estos pueblos que se atrevió á hacer una salida el día 26. Esta expedición tenía por objeto impedir que aquellas fuerzas se movieran en auxilio de Toluca, á donde se había dirigido Riva Palacio con su brigada, compuesta del pequeño batallón que mandaba Robredo, los cuerpos de caballería de Romero, Acevedo y Solano, formando todo un grueso de cuatrocientos hombres. El 25 llegó esta tropa á las inmediaciones de Toluca.

Riva Palacio no trataba de tomar la plaza por asalto, pues que estando perfectamente fortificada, su fuerza era insufi-

1 Memoria del Gobierno de Michoacán.

ciente para ello; su plan consistió en hacer que saliese á batirlo la mayor parte de la guarnición, y derrotada ésta, apoderarse de la ciudad en los momentos de confusión y de desorden.

A este efecto, en el día expresado se situó con la mayor parte de su fuerza, tras del pequeño monte de Coatepec y destacó sobre la plaza á Nicolás Romero con sus cien hombres y á Acevedo con cincuenta. Ambos penetraron por las calles de la Tenería, pero desde la garita se cortó Acevedo á la derecha, atravesó la alameda y fué á tirotear los retenes que había en las trincheras de San Juan de Dios, mientras Romero llegaba hasta los parapetos de la plaza, y desde allí, haciendo una retirada falsa, consiguió en parte su objeto, atrayendo en su persecución sólo la caballería del enemigo, fuerte en más de trescientos hombres, pues que los seiscientos infantes imperialistas se quedaron detrás de las trincheras. La retirada se hizo por las mismas calles de la Tenería, y viendo que no salía más fuerza, Romero dió media vuelta y cargó á la lanza sobre el enemigo, batiéndolo con el denuedo que acostubraba. Los jinetes de Toluca retrocedieron en buen orden, pero de repente sintieron á retaguardia el empuje de Acevedo. Entonces se consumó entre ellos la derrota, en la que tuvieron treinta y ocho muertos y multitud de heridos. A Romero no le faltó un solo hombre, y su pérdida consistió en dos caballos que quedaron mutilados.

En aquella jornada se distinguió por su arrojo y serenidad la *barragana*, Dª Ignacia Riechy, que peleó al lado de Romero, llenando de admiración á este jefe.

No era posible hacer más, porque la guarnición, á pesar del descalabro sufrido en su caballería, excedía en número á la tropa de Riva Palacio. El general regresó en consecuencia á Zitácuaro.

El material de este capítulo habrá dado á conocer al lector que la campaña en Michoacán entraba en plena efervescencia, siendo los republicanos los que tomaban la iniciativa. Así concluyó el año de 1864.

CAPÍTULO XXI.

(1865)

Numerosas fuerzas de franceses y traidores en Michoacán al comenzar el año de 1865.—Patriotismo de los republicanos.—Riva Palacio es nombrado Gobernador de Michoacán.—Indisciplina de Salazar.—Riva Palacio nombra Secretario de Gobierno al Lic. Luis González Gutiérrez.—Pronunciamiento de Fermín Valdés en favor de la República.—Ataque y toma de Metepec por Nicolás Romero.—Descontento general contra la intervención.—Primera renuncia del prefecto político de Morelia.—Un suicidio.—Ataque y toma del Mineral del Oro.—Los últimos combates de Romero.—Es sorprendido y hecho prisionero en Papasindan.—Patriotismo de los presos de Huetamo.—El patíbulo de Mixcalco.

Si los restos del Ejército del Centro daban muestra á fines de 1864 de una actividad asombrosa, las fuerzas del imperio afluían en cuantioso número á Michoacán para abrir allí una campaña vigorosa. La 2ª División de infantería del ejército expedicionario francés se estableció en Morelia el 27 de Diciembre, bajo el mando provisional del coronel du Preuil, por haber vuelto á Francia su jefe nato el general Douay. Esta tropa se componía de tres mil hombres. Por Zitácuaro aparecía una columna de zuavos y cazadores de Africa á las órdenes del contraguerrillero capitan Clary, de quien Alberto Hans, en su historia del sitio de Querétaro, dice que él solo, con su compañía francesa, habría bastado para derrotar á todo el ejército republicano que mandaba el tenaz Régules. Esta fuerza que, sea dicho de paso, nunca realizó los sueños del oficial de Maximiliano, contaba con cuatrocientos hombres. El general Neigre, además de la guarnición francesa que tenía en Zamora y La Piedad (trescientos hombres),

llevó consigo á Michoacán una parte del regimiento de húsares, doscientos jinetes. Si á estas fuerzas se agregan los cuatro mil soldados del ejército *aliado mexicano* repartidos en Morelia, Maravatío, Acámbaro, Angangueo, Pátzcuaro, Puruándiro, La Piedad, Zamora, Cuitzeo y otros puntos, se verá que el imperio tenía en Michoacán, al principiar el año de 1865, un ejército de más de ocho mil hombres.

En cambio eran reducidas las tropas con que en la misma época contaban los republicanos que peleaban en Michoacán. El general en jefe, Arteaga, no tenía en Huetamo donde había fijado su residencia, más que una escolta de veinte hombres; la tercera División al mando de Salazar, en la que estaba incluída la tropa del general Régules, alcanzaba apenas á mil cuatrocientos, con una pieza de montaña; el general Riva Palacio, á cuyas órdenes militaba el cuerpo "Lanceros de Jalisco," según disposición reciente, mandaba una brigada de setecientos hombres; Pueblita, su fuerza de cuatrocientos de las tres armas; y fuera de esta enumeración, estaban las guerrillas de Ronda, Garnica, Solorio, Sosa y algunos otros más, que en conjunto no excedían de cuatrocientos jinetes. El total no llegaba á tres mil soldados, si bien podía contarse con una buena reserva de quinientos á seiscientos de la guardia nacional de Huetamo; pero con la circunstancia de que sólo estaba dispuesta á batirse en su propio terreno.

Vamos ahora á ver cómo muy pronto iba á disminuirse considerablemente esta fuerza, al menos para el general Arteaga. Este jefe meritísimo se veía obligado en aquellos días á permanecer lejos del teatro de la guerra á causa de sus enfermedades habituales que entonces se habían agravado, lo que no podía menos que perjudicar la unidad de acción y la disciplina del Ejército. Y sin embargo, la campaña no experimentaba obstáculos serios. Se operaba esto como por un milagro: no se puede comprender hoy aquella prodigiosa actividad. Desde los lugares más desiertos y remotos se enviaban ó se recibían cartas y comunicaciones. Hoy en medio de la paz que por fortuna impera en la nación, no se obraría en aquellos sitios con tanta prontitud. Esto indica también que las simpatías de los pueblos estaban en favor de los republi-

canos; donde quiera se nos proporcionaban correos, exploradores ó bagajes. Nuestros oficiales que en el desempeño de alguna comisión caminaban solos sin un asistente, jamás eran molestados en el tránsito, sino al contrario, se les facilitaban los recursos que necesitaban para continuar su marcha. De esta manera se comunicaban rápidamente las órdenes de un extremo á otro de Michoacán. Esto lo he confirmado hoy que he vuelto á tener á la vista la correspondencia del General Riva Palacio. Siempre que abro uno de esos tomos, lo devoro como si fuese un libro romancesco, no obstante el lenguaje duro é incorrecto de las cartas. A pesar de que escribo estas páginas á larga distancia del lugar de los sucesos y cuando la pesada bruma del tiempo desvanece los recuerdos, aún respira en mí el entusiasmo de la juventud, se reviven las alegrías del triunfo, despierta la tristeza de los días amargos y experimento el sobresalto del peligro; aún me parece que surge de nuevo en mi cerebro la imagen de tantos valientes que fueron á recibir su corona de mártires en la ingrata obscuridad de la historia!

Cuando Riva Palacio regresó de su expedición sobre Toluca, halló en Zitácuaro varias cartas del general Arteaga: en una de ellas se hacía referencia á la orden del Cuartel General para que los generales Pueblita y Canto, gobernadores respectivamente de Querétaro y Guanajuato, quedasen sujetos al mando del mismo Riva Palacio, mientras permaneciesen en Michoacán; en otra le recomendaba que fuese á conferenciar con él á Huetamo, á fin de que la situación del mismo Estado quedase definitivamente arreglada, y en la última, de 22 de Diciembre de 1864, le decía entre otras cosas: "Consecuente con mis ideas y viendo el malestar de este Estado, quiero poner término á esa situación y utilizar los elementos que existen todavía en él. A este fin he pensado confiar á vd. el gobierno de Michoacán, y espero que á la mayor posible brevedad me conteste si está conforme en recibirlo, en cuyo caso dispondrá vd. inmediatamente su venida á ésta para que tengamos una conferencia en la cual dé yo á vd. mis instrucciones y se arregle todo lo relativo á ese Gobierno y al del primer Distrito del Estado de México."

Motivaba estas ideas del general Arteaga la actitud hasta cierto punto independiente que había tomado Salazar por consejos de Don Blas José Gutiérrez. Era preciso reprimir enérgica y oportunamente aquel ejemplo de indisciplina.

Cumpliendo con las órdenes del General Arteaga, Riva Palacio marchó á Huetamo, en donde el 11 de Enero se le entregaron el nombramiento de Gobernador de Michoacán, una comunicación para que continuase al frente del primer Distrito del Estado de México, y la orden del Cuartel General para que se encargara del mando en Jefe de la 3ª División del Ejército Republicano del Centro. En seguida se dirigió en busca de Salazar para que le hiciese la entrega respectiva, habiendo encontrado á aquel jefe con su fuerza y la de Régules en la ciudad de Uruapan, distante de Huetamo más de sesenta leguas. Lo que se va á referir es digno de relatarse detalladamente.

Hacía tiempo que Don Blas José Gutiérrez instaba á Salazar para que, desconociendo á Arteaga, marchase á ponerse á las órdenes de Echeagaray, quien en el Sur de Jalisco había asumido, sin título alguno, el carácter de general en Jefe del Ejército del Centro. "Cuando Arteaga desaparezca de la escena, le decía, podrá vd. volver á Michoacán con mejores elementos de los que hoy tiene." Salazar no tomaba sobre este particular ninguna resolución, pero no faltó quien desde Huetamo le avisase que se le había destituído del cargo de Gobernador y del mando en Jefe de la División. Salazar era de un carácter violento de que sabía sacar partido su consejero Gutiérrez. Por desgracia en el mismo día—16 de Enero—en que recibió la expresada noticia, el comandante Jesús Verduzco, se apeó del caballo en el portal de la casa, alojamiento de Salazar, presentándose á éste y avisándole que el general Riva Palacio acababa de llegar y solicitaba desde luego una conferencia para tratar asuntos de importancia.

Mientras que Riva Palacio se instalaba en la casa de Don Ramón Farías, contigua al alojamiento de Salazar, éste hacía que su clarín de órdenes tocase *junta de honor*, á la que acudieron presurosos los jefes de la División. Pocos momentos después llegaba Riva Palacio y era recibido en medio de

aquel concurso grave é imponente: presentó las comunicaciones del Cuartel General, y entonces uno de los jefes pidió se diese lectura al acta levantada y firmada ya por los que componían la junta. En aquel documento se reconocía al general Riva Palacio como gobernador del Estado; pero con el pretexto de que Salazar había formado la 3ª División, "organizándola hasta ponerla en el brillante estado que tenía," los jefes y oficiales de la misma no reconocían otro general en Jefe de la expresada División.

Me acuerdo que Riva Palacio, al escuchar la lectura del acta, encendido el color del semblante, pero con voz tranquila, increpó á los presentes su falta de disciplina que era un verdadero acto de rebelión, les hizo patente la falta de consecuencia en que incurrían, pues que, reconociendo la facultád del general en Jefe para nombrar el gobernador, le negaban la de designar los jefes de la fuerza que formaba el ejército; les manifestó que la 3ª División se había creado con recursos y con hombres del Estado de Michoacán, y les dijo por último que, sin hacer un balance de los hechos de armas sostenidos por aquella fuerza y por las que á las órdenes del que hablaba hacían la campaña en Zitácuaro, manifestaba que él, sin tener una carrera militar, pero cumpliendo con el deber que le imponía el patriotismo, había sostenido una lucha incesante contra los invasores y sus aliados, conducta que era una garantía para los jefes que lo escuchaban, á quienes suponía animados del deseo de pelear por su patria. Nadie osó levantar la voz para contradecir á Riva Palacio, nadie alzó siquiera la cabeza para mirarlo frente á frente. Entonces el general tomó su sombrero que había dejado en una mesa y salió del salón, seguido de Salazar que le dirigía sus excusas. En el portal esperaban ya á Riva Palacio tres individuos de su Estado Mayor y su mozo Abraham, únicos que lo acompañaban. Allí se acercó á su caballo, y al montar, recuerdo que Salazar, quitándose el sombrero para saludarlo, estaba pálido de emoción, acaso de vergüenza. Eran las once de la mañana: Riva Palacio y sus cuatro compañeros tomaron el camino de Taretan. No habían andado media legua, cuando observaron que á todo galope los seguía una

fuerza como de cien ginetes. Por un momento creyeron que los rebeldes iban á consumar su atentado, reduciendo á prisión á Riva Palacio, pero adelantándose á los suyos, llegó á escape el teniente coronel Espiridión Trejo, y con todo respeto dijo:

—Mi general, vengo á ponerme á las órdenes de vd. para escoltarlo.

—Gracias, yo no necesito escolta.

—Ya sabe vd. señor, que los traidores, en muchas partidas, han salido de Morelia; nada difícil es que alguna de ellas haya llegado á Taretan......

—¿Y qué? ¿No estamos expuestos á todos estos azares?

—Pues dispense vd., mi general, yo siempre escoltaré á vd.

—¿Lo han puesto á vd. á mis órdenes?

—Sí, mi general.

—Pues le ordeno á vd. que se incorpore á su fuerza.

Espiridión Trejo, abatido ante aquella firme actitud, obedeció, regresando á Uruapan.

Salazar, en la orden del día que se publicó aquella tarde, manifestaba á sus soldados que iban á hacer la campaña en Colima y Jalisco y agregaba: "Amplio campo nos presenta el enemigo para luchar con él. Iremos en pos del peligro, y acometiéndolo con denuedo. Cualesquiera que sean las vicisitudes de la guerra, serán para la 3ª División los laureles de la victoria que yo ofrezco con el sacrificio de mi propia existencia." Dos días después los rebeldes abandonaron á Uruapan y emprendieron su marcha por el rumbo de Tancítaro. Salazar iba triste, abatido, silencioso, estado de ánimo tanto más notable en él, cuanto que era inquieto, jovial y expansivo. El general Régules, segundo en Jefe de la División, no ocultaba su mal humor; los jefes, la oficialidad y la tropa participaban de estas impresiones.

Después de su salida de Uruapan, Riva Palacio se dirigió por Ario á la Huacana; allí nombró Secretario de Gobierno al ilustrado patriota Lic. Luis González Gutiérrez, venciendo las dificultades que éste, con su genial modestia, le oponía. En seguida emprendió su marcha por Jorullo, la Lagunilla y Turicato, á donde llegó el día 14 de Febrero, continuando luego á Huetamo.

En este último lugar recibió parte de que Fermín Valdés se había rebelado contra el imperio al frente de la fuerza que antes mandaba su padre, el coronel Laureano Valdés, á quien hemos visto caer herido en Guanoro. El nuevo republicano inspiraba sospechas á los liberales viejos, quienes llegaron á suponer que aquella defección sólo tenía por objeto apoderarse traidoramente de Nicolás Romero: viéndose rechazado Valdés, se limitó á recorrer el Sur del primer Distrito del Estado de México, y el 17 de Enero era derrotado en Texcatitlán por el capitan Du Bassol. Fermín Valdés continuó sin embargo, prestando sus servicios en las filas republicanas que hacían la guerra en aquella comarca.

Mientras Riva Palacio se dirigía á Huetamo para conferenciar con el general Arteaga, Romero había vuelto á expedicionar por el rumbo de Toluca. El 11 atacó la guarnición de Metepec, logrando, tras reñidísimo combate, tomar el pueblo y apoderarse de los elementos de guerra allí existentes. Durante la lucha, de la casa de un vecino, que fungía de autoridad, se hizo un fuego nutrido sobre los soldados de Nicolás Romero, batiéndolos á retaguardia, cuando más empeñados estaban en el combate. Quienes esto hicieron eran Don Julián Gutiérrez, dos hijos suyos y varios mozos. También pelearon valientemente tres hijas del mismo señor. Los chinacos, furiosos por este ataque inesperado, desprendieron un grupo de ellos sobre la casa, que fué acometida vigorosamente y tomada á costa de la vida de algunos de los asaltantes. En los momentos del triunfo Gutiérrez y los suyos quedaron muertos en su propia morada. Este hecho ameritó uno de los cargos que se hicieron á Romero en la corte marcial francesa. Romero ni ejecutó ni mandó aquel acto de sangrienta venganza; pero aun cuando así hubiera sido, semejantes hechos son disculpables en el furor de la guerra. Cuántos rasgos más horribles aún, pudiéramos citar de parte de los franceses en las guerras qué han llevado á otros pueblos y cuya independencia éstos han defendido. Me basta referir un caso. En la conquista de Argelia, los generales Pélissier y Iusuf sitiaban á Laghout. "La ciudad fué tomada por asalto, dice el general Du Barail que era uno de los asaltantes.

Sufrió todos los horrores de la guerra: conoció todos los excesos que pueden cometer los soldados, poseídos de la pasión por una lucha terrible, furiosos por los peligros que acababan de pasar, por las pérdidas sufridas y exaltados por una victoria vivamente disputada y caramente comprada. ¡Hubo escenas espantosas! Las calles y *las casas* estaban llenas de cadáveres de hombres, *de mujeres* y AUN DE NIÑOS........" No llegaron á tanto los horrores de Metepec.

Mientras pasaban estos acontecimientos en el teatro de la guerra, en el de la política se hacían notar el desaliento, la falta de confianza y cierta secreta hostilidad contra los franceses, sentimientos que reinaban en el bando conservador. Precisamente en los días en que más activa hacían la campaña de Michoacán las huestes invasoras y sus *aliados*, el Prefecto político de Morelia, Lic. del Moral, dirigía su renuncia á Maximiliano, en oficio del día 18, en los términos siguientes: "Señor.—En comunicación de hoy, que acabo de firmar, informo á V. M. sobre varios puntos de la administración pública, y concluyo haciendo formal dimisión de la jefatura política. Las razones ostensibles en que la fundo, constan en dicha comunicación, habiendo intencionalmente omitido otras que deben figurar en primer término, porque las creo reservadas tan sólo al Soberano.—Cuando S. M. tuvo la dignación de instarme para que aceptara el cargo de Prefecto, queriendo desvanecer los motivos de mi absoluta negativa, me aseguró V. M. que su gobierno sería todo nacional y libre de influencias extrañas; que antes de dos meses, los mexicanos todos, sin distinción de opiniones, rodearían el trono y serían su mejor y único apoyo, y que para el evento inesperado de que las combinaciones, ya bien meditadas, no dieran el pleno y satisfactorio resultado que tantos hechos importantes hacíon prometer, V. M. estaba resuelto á consultar el sufragio público, convocando á los pueblos de una manera franca y leal, y someterse á su decisión. ¿Es esto exacto, Señor? Pues bien, han transcurrido tres meses, y aquella esperanza no se realiza; la guerra toma mayores proporciones; los odios se exacerban, y cada día se hacen más perceptibles las resistencias, sin que hasta ahora, al menos que yo sepa, se dicte providen-

cia alguna para explorar la voluntad del país.—V. M. tendrá altas y poderosas razones de Estado para no apelar de presente al indicado medio; yo debo respetarlas; pero cualesquiera que ellas sean, consecuente con lo que expuse á V. M. misma en el acto de admitir la prefectura, no me es decoroso permanecer en ella, cuando faltan las bases de mi condición á la aceptación.—Por tanto, confiando en vuestra augusta palabra, suplico á V. M. se sirva admitirme desde luego la solemne renuncia que hago de tal encargo, quedando reconocido personalmente á V. M. por los altos testimonios de su benevolencia."

Esta enérgica nota que las prácticas cortesanas calificarían de insolente, no indignó á *Su Majestad.* Se limitó á no admitir la renuncia de del Moral y las cosas continuaron por el camino que les trazaba la política francesa.

En el orden cronológico que sigo, debo otra vez conducir al lector á las tierras de Zitácuaro, en donde pasaron fatales acontecimientos.

Antes de relatarlos, referiré que el día 14, el teniente coronel Luis Bernal, con la infantería de Zitácuaro y llevando á sus órdenes el piquete de caballería que mandaba Castillo, atacó y venció á la guarnición del Mineral del Oro, apoderándose de cuarenta carabinas Minier y tres cajones de parque.

Riva Palacio permaneció en Zitácuaro sólo dos días, dictando disposiciones; en seguida regresó á Carácuaro.

En uno de aquellos días, el 16, si mal no recuerdo, los oficiales de Lanceros de Jalisco tuvieron un *banquete;* entre los concurrentes estaba aquella célebre amazona, de quien ya he hecho ligera referencia. Dije entonces, que figuraba como ayudante del general Arteaga, y agregaré ahora que era jalisciense; que estuvo en el Ejército de Oriente, al mando del general Zaragoza, y en el sitio de Puebla con González Ortega, y después de estos acontecimientos regresó á Jalisco. Cuando el general Arteaga desconoció á Uraga, aquella mujer patriota le sirvió de emisario, con talento y eficacia, para

poner de acuerdo á los jefes del Ejército, motivo por el cual Uraga la mandó perseguir con encarnizamiento. De alta estatura, de robustas formas, de aspecto varonil y vestida de hombre con una blusa ancha que le bajaba hasta las rodillas, era preciso fijarse mucho en sus facciones para comprender que pertenecía al sexo débil. Se llamaba Ignacia Riechy, era conocida por "La Barragana,"[1] y se referían de ella rasgos de valor, á veces contados con cierta ironía; por ejemplo, se decía que durante un hecho de armas, pasado en Jalisco, la caballería en que la Riechy figuraba como alférez, huyó cobardemente. Nuestra amazona trataba de contener á los fugitivos y al fin lo consiguió mediante este apóstrofe:

—Media vuelta! .... ¿qué no somos hombres?

Desde la batalla de Jiquilpan andaba aquella mujer triste y descorazonada; le parecía que la causa nacional estaba perdida y experimentaba además los síntomas de la nostalgia. Entusiasta é impresionable, admiraba las proezas de Nicolás Romero, á quien apenas tuvo tiempo de conocer, pero el bastante para llenarla de admiración. Se hizo después de un carácter huraño é irascible y no soportaba, como en otro tiempo, las bromas que le dirigían los oficiales.

Durante la comida á que me he referido, los comensales estuvieron pesados en sus chistes contra su persona, principalmente el coronel José Gómez Humaran, que la trató hasta con crueldad y de quien se sintió más, por ser Humaran el comandante del cuerpo en que ella servía, su paisano, su antiguo amigo y correligionario.

Concluído el banquete, la Riechy se dirigió á su alojamiento, entró á su cuarto, y allí escribió tres cartas, una para Romero, otra para Ruiz Suavia y la tercera para la Sra. Felipa Rojas de Guadalajara. Escribió también un papel con apuntes de pequeñas cantidades que debía, suplicando al habilitado del Cuerpo á que ella pertenecía que, á cuenta de sus alcances, las pagara á sus acreedores. Después se sentó en la orilla de la cama, ató con una punta de su pañuelo el llamador de un mosquete y con el extremo opuesto su pie derecho,

1 Nombre que nuestros chinacos dan á las mujeres que, con las armas en la mano, forman parte de una tropa. Viene esto de que en la guerra de insurrección, una mujer, apellidada Barragán, era soldado de los independientes.

y colocando el arma en dirección al corazón, tiró fuertemente del pañuelo, se disparó el arma y la Riechy cayó bañada en su propia sangre.

El suicidio causó honda sensación. Al día siguiente fué inhumado el cadáver con honores militares, y los vecinos de Zitácuaro cubrieron la tumba de flores.

En cuanto á Gómez Humaran, de alma noble y generosa, no se perdonó jamás la participación que tuvo en las causas que determinaron aquel suceso. Desde ese día anduvo cabizbajo y adusto, él que era tan alegre y comunicativo, y esta tristeza lo acompañó hasta el 28 de Julio de 1866, en que sus amigos lo hallaron muerto en una hamaca en su alojamiento de Apatzingan.

El 26 del mismo mes de Enero aparecía De Potier á la vista de Zitácuaro con mil hombres del 81 de línea, dos compañías de cazadores de Africa y media batería de piezas rayadas. Esta fuerza obraba en combinación con la de Lamadrid, que no llegó el día de la cita. El siguiente, observando Nicolás Romero que los franceses no avanzaban, salió de Zitácuaro y se encontró con ellos en el Hoyo de la Arena. Romero traia consigo sesenta lanceros y cien infantes de la guardia nacional de aquella ciudad. Los franceses tomaron posesión de la loma del Aguacate y rompieron sus fuegos de cañón para proteger la carga de una columna de doscientos hombres que se dirigió contra los republicanos. Esta columna, con pérdida de su jefe y de algunos soldados, logró ocupar las posiciones de Romero, quien se retiró al cerro de Camémbaro en donde estaba situado el grueso de su brigada. De Potier ocupó á Zitácuaro, al mismo tiempo que Lamadrid, al frente de ochocientos hombres, hacía su entrada á la misma plaza.

Romero permaneció aquella tarde y parte de la noche en la loma de Camémbaro. Al siguiente día 28, emprendió su retirada rumbo á Carácuaro, de orden del Cuartel General y con instrucciones de unirse á la 2ª brigada de caballería para marchar en busca de Salazar y batirlo por su inobediencia.

Después que Romero recibió estas instrucciones, andaba meditabundo é inquieto y más de una vez se le oyó decir, "¿por qué me mandan á mí á pelear contra liberales, cuando hay por aquí tantos franceses y traidores?"

El segundo día de marcha, observó Romero que su amigo el coronel Pedro García le pasaba con frecuencia su mano por la espalda, como tratando de quitarle algún insecto ponzoñoso. Después de muchas veces de esta operación, preguntó Romero:

—¿Qué me quita vd? ¿son *jicotes?*

—No, coronel; es una mariposa negra que vuela y vuelve á pararse en la espalda de vd.

—¿Una mariposa negra? Con razón digo yo que en esta expedición me va á ir mal.

Ambos interlocutores guardaron silencio y continuaron su camino.

En la correspondencia de Riva Palacio estoy leyendo la última comunicación de Nicolás Romero. Dice así:—"Ejército Republicano. División de operaciones. 1ª Brigada.—Hoy á las once de la mañana he llegado á este punto y mañana continuaré mi marcha para Carácuaro, trayendo la fuerza de mi mando, compuesta del 1º y 2º escuadrón y el batallón de tiradores. La fuerza de Jalisco también viene, y creo también continuará su marcha. Lo que pongo en conocimiento de vd. para su inteligencia y fines consiguientes.—Patria, Libertad y Reforma. PAPASINDAN,[1] Enero 29 de 1865.—*Nicolás Romero.*—C. General Vicente Riva Palacio."

Ahora bien, Papasindan es el nombre de un miserable rancho, situado entre Tuzantla y Carácuaro en el Oriente de Michoacán, un rancho oculto enmedio de elevadas montañas; para llegar á él por cualquier lado, el terreno va haciendo ondulaciones, campo triste en que la vegetación apenas se muestra por uno que otro grangeno llamados en el país *chaparros.* El suelo es un yacimiento de rocas, y por lo tanto es-

1 He subrayado la palabra *Papasindan* que es el verdadero nombre del rancho de que habla Romero: los escritores imperialistas, y aun la misma obra monumental "México á través de los siglos," lo confunde con el de *Apatzingan* situada al sudeste del Estado y que dista de Papasindan más de ochenta leguas.

caso, si no falto de vegetación. Esta última circunstancia determinó á Romero á enviar el grueso de su fuerza á las rancherías inmediatas, rumbo al camino de Carácuaro, más provistas de recursos para los hombres y de forrajes para la caballada. Él se quedó en Papasindan con cincuenta guerrilleros del primer escuadrón que era su antiguo Cuerpo. El efectivo de la brigada se componía de cien jinetes del primer escuadrón, al mando del Coronel Pedro García; sesenta del segundo escuadrón á las órdenes del Coronel Limón, y doscientos infantes, de quienes era jefe el Teniente Coronel Félix Bernal. "Los Lanceros de Jalisco," á las órdenes del Coronel Ruíz Suavia, tenían cien plazas. Total, cuatrocientos sesenta hombres.

Casualmente había en Papasindan en aquel día una de esas fiestas anuales que celebran los *campiranos* del país y á la cual concurren los rancheros de los contornos. Se trataba de unos *herraderos*, es decir, de poner á los becerros la marca del ganado perteneciente al rancho, lo que se hace en vísperas de soltar las ordeñas; con este motivo había música, cohetes, *comelitón* y *fandango*. En la tarde se procedió á herrar, y es bien sabido que la gente de *á caballo* se divierte lazando y coleando toros. Ya he dicho que entre los de á caballo debía considerarse, como uno de los más hábiles y viciosos, á Nicolás Romero. Se entusiasmó al ver el ganado encorralado, al oír los bramidos de las reses y al ver á los rancheros *revoleando* la reata. Montó en su mejor caballo, escogió el toro más corpulento, y lanzando un grito cogió la cola de la fiera, y ésta y el caballo y el jinete arrancaron á carrera abierta. De repente los circunstantes vieron caer á Romero y á su corcel, maniatado éste por unas raíces. El Coronel se levantó en el acto, pero tenía una pierna horriblemente lastimada. Fué necesario llevarlo en peso á una de las chozas que había en el rancho. Romero juzgó que esto era otro mal presagio y volvió á dejarse dominar por la tristeza.

Todo el día 30 lo pasó en cama, presa de los dolores que sentía en la pierna. La brigada no continuó su marcha y siguió alojada de la misma manera, á tres leguas de distancia el grueso de la tropa y con Romero cincuenta hombres.

En tanto De Potier había parmanecido un día entero en Zitácuaro, y al emprender su marcha, ya tarde, el día 29, nadie se preocupó de enviar un aviso á Romero, á quien suponían haciendo su última jornada en Carácuaro, lejos, muy lejos ya de los franceses.

Amaneció el día 31. Serían las diez de la mañana: la caballada estaba aún en los potreros, los chinacos reposaban á la sombra de los escasos árboles de Papasindan. Romero, apoyado en un bastón, ensayaba algunos pasos cerca de la choza.

Se oyó un tiro y al mismo tiempo el clarín que tocaba á carga. Los cazadores de Africa, sable en mano, acuchillaban á los chinacos. Los franceses del 81 de línea, los traidores de Lamadrid, como brotados del infierno, aparecieron por todas partes, exhalando alaridos salvajes. En menos de diez minutos había pasado aquella escena de pánico para unos, de odio sanguinario para los otros.

Los franceses preguntaban por Romero á los treinta y dos prisioneros que habían hecho. Nicolás había desaparecido. Sólo se tuvo noticia de que el Coronel Bernal, herido, se había retirado entre los dispersos.

Repentinamente se oyó una nueva gritería de venganza satisfecha.

Veamos lo que había pasado. Uno de los soldados franceses había querido coger un gallo para preparar su comida. El gallo se escapó de sus manos y huyó, volando luego á ocultarse entre las espesas ramas de un *chaparro*. "El soldado que lo perseguía alzó la cabeza y lanzó un grito. Muchos lo oyeron y un gran círculo de tropa se reunió en derredor." La gritería llegó á su colmo, cuando se vió salir del tupido matorral á un hombre á quien uno de los traidores de Lamadrid reconoció y nombró en alta voz.

Aquel hombre era Nicolás Romero.

Decir la satisfacción que se pintó en el semblante de los *vencedores* sería inútil, si se recuerda el odio, la envidia, el miedo que tenían al Leon de la montaña, á quien ahora pretendían humillar. De Potier se imaginó ser, con *ese hecho de armas*, uno de los más grandes capitanes del ejército francés:

no le brillaron de alegría los ojos, porque aquellos ojos eran opacos, incoloros, fijos, siniestros; pero sí se apresuró á dar al mariscal Bazaine un parte lleno de fatuidad y de mentiras, en que decía haber hecho al enemigo "doscientos muertos, ciento sesenta prisioneros y todos los demás huyendo dispersos; un considerable número de caballos, de armas y de municiones caídas en poder del destacamento franco-mexicano, que perdió solamente unos cuantos heridos."

Muchos de los dispersos huyeron hacia las rancherías en que estaban alojados los cuerpos de la brigada de Romero, la que emprendió desde luego su marcha llegando al día siguiente á Carácuaro á ponerse á las órdenes del general Riva Palacio, y á avisarle la captura de Romero.

Aunque me adelante un poco al orden natural de las fechas, no concluiré este capítulo sin relatar el desenlace de la vida del hombre extraordinario que por su valor, su audacia, su astucia, su popularidad, puede con justicia llamarse el rey de los guerrilleros.

Trasladado á México, fué puesto á disposición de una corte marcial francesa presidida por el coronel de artillería M. de Saille: era fiscal ó relator un tal Lafontaine, que respiraba sangre por todos los poros de su cuerpo. Ante este terrible tribunal comparecieron Romero, sus soldados y algunos otros prisioneros hechos en distintas acciones. Once fueron condenados á muerte, veintidos á ser deportados, y los demás salieron absueltos.

De enmedio del partido clerical no se levantó una sola voz pidiendo gracia para Romero; tal era el odio y el miedo que le tenían. La prensa liberal, que apenas osaba proclamar los derechos de la patria, no pudo contenerse esa vez, y en *La Cuchara*, en *La Sombra*, *La Orquesta*, *Los Espejuelos del Diablo* y *El Buscapié* se publicaron artículos enérgicos en favor del héroe, por cuyo motivo el mariscal Bazaine redujo á prisión á sus redactores en la Acordada, como si entre sus facultades estuviera la de juzgar de los delitos de imprenta.

Del lado del enemigo, sólo el capitán Becker que cayó en poder de Romero en el puerto de Medina y que fué tratado por él con tantas consideraciones, no omitió medio alguno

para obtener el indulto del noble enemigo: en vano suplicaba á Maximiliano que fuera generoso; el *emperador* contestaba que nada podía hacer porque Bazaine estaba inflexible; el mariscal alegaba que la justicia debía ser severa y que la muerte de aquel hombre era una garantía de paz; que Romero estaba condenado desde que en Febrero de 1864 había atacado cerca de San Juan del Río un convoy escoltado por franceses, sin dejar á uno solo de éstos con vida, en la heroica resistencia que hicieron.

Maximiliano apenas se atrevió á indultar á siete de los guerrilleros: el jefe y otros cuatro debían marchar al patíbulo.

El 17 de Marzo á las diez de la noche se les leyó la sentencia: á Romero le preguntaron si quería recibir los auxilios espirituales, y dijo que prefería dormir.[1]

En la mañana del día 18 salieron los presos de la capilla y caminaron hasta la plazuela de Mixcalco, lugar de la ejecución. La guarnición estaba sobre las armas, la artillería lista, las patrullas de la Gendarmería en movimiento y la policía secreta inoculada en la multitud.

"Romero iba fumando un puro; á su lado el comandante Higinio Alvarez, jefe que había sido de sus exploradores, y detrás el alférez Encarnación Rojas y el mariscal Roque Flores, sus compañeros de martirio.

"Los cuatro se presentaron con tanta sangre fría y con tan orgulloso desdén, como si no fueran á morir.

"Un sargento francés dió á Romero el tiro de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero á su última morada, hizo un movimiento tan fuerte, que rompió el atahud en que lo conducían sus verdugos.

"El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo!"

1 Efemérides publicadas en el Calendario de Galván para el año de 1866.

CAPITULO XXII.

(1865)

Los presos de Huetamo.—Fusilamiento de Margarito Próspero.—Ocupación de Uruapan por los imperialistas.—A propósito de un reloj.—Regreso del general Régules al Cuartel General·—Derrota de guerrillas.—El Sur de Jalisco.—Ataque á Zapotlán.—Echeagaray depone las armas.—Expedición de Salazar.—Batalla de Los Reyes.—¡Fuego, Señor!—Episodios.—La palabra de honor de los prisioneros franceses.—Depredaciones de los franceses en Zitácuaro.—Robos, asesinatos é incendios.—Los tres hermanos Alzati.—Una carta del general Alvarez.—Movimientos del guerrillero Garnica.—Cae prisionero D. Benigno Canto.—Ataque y toma de Coeneo.

La noticia de la captura de Romero causó una impresión profunda de dolor entre los republicanos por las simpatías de que gozaba aquel jefe y porque su pérdida era un triunfo para los imperialistas; pero no produjo el desaliento en el campo liberal ni disminuyó la actividad de sus caudillos.

Para volver á tomar el hilo de los sucesos, tenemos que retroceder respecto de lo referido en el capítulo anterior.

De Potier y los traidores que lo acompañaron en la sorpresa de Papasindan no regresaron á Zitácuaro, sino que llevando su presa, hicieron una marcha rápida á Huetamo, siguiendo el camino de Tiquicheo. Al saber este movimiento el coronel D. Leonardo Valdés, evacuó aquella plaza con la guardia nacional del Departamento y se situó como á dos leguas de distancia, permaneciendo allí en actitud de resistir el ataque de los franceses. No debo pasar en silencio un interesante episodio de aquel día. En los momentos en que el coronel Valdés preparaba su salida, todos los presos que había en la cárcel solicitaron, como mexicanos y patriotas, que se les die-

sen armas y se les incorporase á las fuerzas del coronel Valdés para hacer frente al enemigo, á lo cual se accedió. La columna francesa ocupó á Huetamo por espacio de dos días, esquivando todo ataque, y en seguida evacuó la población y se retiró por el mismo camino de Zitácuaro. Valdés volvió á ocupar la plaza, siendo de notar que entraron de nuevo á la cárcel todos los presos, pues ninguno quiso aprovechar la ocasión de desertarse. Esta patriótica conducta fué premiada por Riva Palacio que les condonó la cuarta parte del tiempo de su pena.

De Potier siguió con sus prisioneros hasta Toluca, en donde los recibió una fuerza de los belgas para conducirlos á la ciudad de México. Queda ya relatado el drama de Mixcalco que fué el desenlace de la sorpresa de Papasindan.

La dilatada expedición de De Potier hasta Huetamo sólo pudo haber tenido por objeto una intentona de apoderarse también del general Arteaga.

El general en jefe se había retirado por el rumbo de Churumuco, en tanto que el general Riva Palacio permaneció en Carácuaro, dictando las disposiciones que las circunstancias hacían urgentes. Pueblita, que ocupaba á Tacámbaro, se internó en la Tierra Caliente, para ponerse fuera del alcance de las columnas francesas que, obrando en combinación con De Potier, habían salido de Morelia. Estos movimientos de los republicanos se operaron en los primeros días de Febrero. El 23 del mes anterior (Enero) una de las columnas de franceses, al mando del coronel Du Preuil, escoltando la brigada del general D. Luis Tapia, salía de Pátzcuaro rumbo al Poniente; al pasar por la cuesta de Tingambato fué tiroteada esta fuerza por la guerrilla de Margarito Próspero, el *indio* que había incendiado el molino del Refugio, propiedad del prefecto de Pátzcuaro. La mala suerte de Próspero lo hizo caer prisionero, y reconocido por algunos amigos de Patiño, fué fusilado en el acto, quedando su cadáver colgado de un árbol. Tapia dejó una guarnición de trescientos hombres en Taretan, á la que se agregaron los contraguerrilleros de Jesús Alatorre y Blas Garibay, como contingente de aquella Villa.

El dia 25 la repetida fuerza entró á Uruapan, abandonada por los republicanos, y tomó posesión de ella cometiendo muchas tropelías como si hubiera sido una plaza conquistada por las armas. Inmediatamente los ingenieros franceses trazaron la línea de fortificaciones y se dió manos á la obra, empleando en los trabajos á la gente del pueblo, á quien se obligaba á ello por medio de la violencia y sin retribución alguna. La guarnición que se instaló en la ciudad estaba formada de tropas de infantería, caballería y artillería á las órdenes del coronel D. Francisco de P. Lemus, uno de los jefes más valientes y experimentados del ejército reaccionario.

Con aquella expedición regresaron á Uruapan D. Isidro Paz, quien tomó posesión de la codiciada prefectura política, y D. Florencio Gutiérrez, que formó allí una pequeña contraguerrilla, en la que figuraban Arcadio Pérez, el manco Espinosa, Ramón Pasalle, Cipriano Corsa y Florencio Morón, cajeros ó dependientes de aquellos señores. No omitiré un pequeño episodio que servirá para realzar la conducta de los franceses en México. Se había alojado en la casa de D. Luis Ocaranza un capitán francés, el cual, para mayor comodidad, se apoderó de las mejores piezas de la casa, relegando á la familia del propietario á los cuartos más inservibles. A los ocho días que la columna francesa, después de dejar la guarnición en Uruapan, salió de esta ciudad, el capitán francés echó de menos un reloj de faltriquera. Convertido en energúmeno y vomitando insultos, quería obligar á D. Luis Ocaranza á que le entregara el reloj. Por más que algunos vecinos manifestaban con energía que aquel anciano era incapaz de cometer el menor robo, y que además era ferviente partidario del imperio, el oficial nada quiso oir y dió orden á una escolta de que se llevase preso á aquel *chinaco zarragoza*. En efecto, D. Luis Ocaranza, á pie y cargado con el peso de los años, marchó entre filas. Lo acompañaba, también á pie, su hijo, el conocido pintor Manuel Ocaranza.

La columna iba ya en camino: varios vecinos de Uruapan reunieron en suscrición cien pesos que eran el valor del reloj, según el dicho del capitán francés, y enviaron un mozo á que alcanzase la fuerza y entregara el dinero. Los france-

ses habían acampado en el pequeño pueblo de Capacuaro, cuando llegó el mozo y puso en manos del capitán la suma que éste pedía. En aquel momento el asistente desenvolvía el catre de su jefe, y ¡dentro aparecía el reloj!

Es increíble; pero al ver su alhaja el oficial, se volvió con gesto sañudo hacia Ocaranza y le gritó:

—¡Está bien, vaya vd. libre; pero que no vuelva á suceder!

Era tal el furor que ardía en la mirada de aquel hombre, que ni D. Luis, ni Manuel, ni el mozo se atrevieron á pedirle los cien pesos.........!

Durante aquellos días, los generales Arteaga y Riva Palacio, comprendiendo cuánta falta podían hacer las fuerzas que Salazar retiraba de la campaña de Michoacán, habían escrito al general Régules, invocando su patriotismo y los antecedentes de su carrera militar, é invitándolo á que volviese sobre sus pasos y continuara prestando en el Estado sus importantes servicios, bajo la bandera de la legalidad. El general Régules, desde Apatzingán y con fecha 31 de Enero, contestó á Riva Palacio lo siguiente: "Inmediatamente que fué en mi poder la comunicación de vd. fecha 27, comencé á dictar mis disposiciones para cumplimentarla, quedando seguro de que de cuanto ocurra daré á vd. parte para su conocimiento." En efecto, dos ó tres días después, Régules y Eguiluz manifestaron á Salazar que, conformes con las inspiraciones de su deber, dejaban de marchar á su lado y reconocían la autoridad del general Arteaga. Salazar no les hizo objeción alguna. Aquellos jefes emprendieron una marcha penosa y dilatada á través de la Tierra Caliente, hasta ir á incorporarse á la exigua división de Riva Palacio, en Tacámbaro.

Entretanto, en Morelia había tomado el mando en jefe el general Neigre, y para garantizar á aquella ciudad de un golpe de mano de los republicanos, organizó una línea de destacamentos en Ario, Santa Clara, Acuitzio y Quiroga, apoyados por una columna móvil que avanzó hasta las inmediaciones de Tacámbaro, pero que no se atrevió á atacar esta plaza.

Más audaces eran los contraguerrilleros imperialistas. El manco Espinosa salió de Uruapan á expedicionar por sus te-

leno Martínez, que entonces fué muy útil, pues en una de aquellas acciones deshizo la gavilla imperialista de Pedro Avila, quien, con un compañero suyo, fué pasado por las armas el día 7 en el valle de Mazamitla. Este Avila era un famoso bandido, feroz y sanguinario, que tenía sentados sus reales en la cuesta del Zapatero.

El día 8 llegó Salazar al pueblo de Teocuitatlán; la población había huido en masa, y en la noche tuvo noticia de que una considerable fuerza del enemigo tomaba posiciones, no lejos del lugar. Esto, y la noticia de que el ejército de Echeagaray se había disuelto, determinaron á Salazar á emprender la retirada. Atravesó por veredas la sierra del Favor, y caminando tres días y tres noches, en medio de toda suerte de privaciones, llegó por fin á Tepalcatepec, ya en territorio de Michoacán, y el día 19 á la villa de Los Reyes: allí descansaron sus soldados toda la noche. Para referir lo que pasó al día siguiente, copiaré íntegro el relato que escribí dos años después de los acontecimientos y cuando mi memoria estaba aún fresca y vivas las impresiones.

"Era el 20 de Febrero de 1865.

"Los soldados de la columna que mandaba el valiente general Carlos Salazar, habían llegado á Los Reyes, después de una larga y fatigosa expedición por el Sur de Jalisco. Aquel jefe envió la brigada de caballería á proveerse de recursos en algunas poblaciones cercanas, quedándose con ochenta jinetes al mando del teniente coronel Espiridión Trejo y treinta de la partida de Agustín García. La infantería estaba compuesta de los batallones "Guías del Ejército," á las órdenes del teniente coronel José Vicente Villada; del 1º de Toluca, que mandaba el coronel José María Hernández; de "Tiradores de Codallos," su coronel Hipólito Ortiz, y de "Rifleros de Zaragoza," mandado por el teniente coronel José Dolores Vargas. Estos cuerpos no llegaban en conjunto á setecientos hombres. Tenía esta brigada una pieza de montaña, servida por seis artilleros á las órdenes del teniente Ignacio Pineda.

"En la mañana ordenó Salazar que se aseara la tropa. Los cuerpos se dirigieron al río, y dejando sus fusiles en pabellón, se entregaron al lavado y á bañarse. Se tomó esta determi-

nación, porque los exploradores aseguraron que el enemigo se hallaba en Zamora, Paracho, Uruapan y Taretan; la menor distancia no bajaba de catorce leguas.

"Estaban los soldados en el baño; tranquilos, contentos, porque sabían que el general velaba por ellos. En efecto, éste, sin fiarse en los informes recibidos, colocó un vigía en la torre y él mismo salió á vigilar los puntos por donde pudiera presentarse alguna fuerza contraria.

"Serían las dos de la tarde, cuando se oyó sonar la campana mayor de la parroquia. El general subió á la torre y observó que una tropa descendía de la sierra. Salazar bajó y él mismo tomó un clarín y tocó generala, pues en su mocedad había aprendido los toques de Ordenanza. Una segunda llamada hizo comprender á nuestros soldados que no había tiempo que perder.

"Por de pronto comenzaron á oirse disparos. Era que los exploradores se tiroteaban con el enemigo en la orilla de San Gabriel, barrio de Los Reyes. En aquel momento, comenzaban á llegar del río los infantes de Salazar, que los colocaba en situación de presentar batalla.

"Terrible era el aspecto de aquellos hombres. El toque de generala los había sorprendido en el baño: la llamada fué tan apremiante, que no tuvieron tiempo de vestirse; y la mayor parte de ellos, desnudos, con el fusil á discreción y atándose las cartucheras, parecían demonios brotados del infierno.

"El enemigo á su vez, se presentaba por la calle principal (la del Olmo). Su primera columna, compuesta de dos compañías de zuavos del 3er. regimiento (trescientos hombres) avanzaba á paso de carga.

"Salazar ordenó al teniente coronel Antonio Domínguez, que con el batallón de Toluca saliera al encuentro del enemigo. Domínguez, luego que se avistó con la columna contraria, exclamó lleno de terror: "muchachos, son franceses; media vuelta!" Y uniendo el ejemplo á la palabra, huyó cobardemente. Entonces el coronel Méndez Olivarez, mayor general de la división, acompañado del teniente coronel Narciso Garcilaso, comisario de guerra, y del capitán de Estado Mayor Francisco Ramírez, salieron al encuentro de los fugi-

tivos, lograron contenerlos, y poniéndose á la cabeza del cuerpo volvieron á la carga. En este acto, Salazar les dirigió la palabra: "soldados de la patria, les dijo, sólo á los cobardes se oculta el peligro, aquí teneis á los franceses. ¡Valientes hijos míos, á derrotarlos ó á morir." "Viva la República, contestaron los soldados, viva el general Salazar!"

"Entretanto, los franceses desembocaban en la plaza. Veníán orgullosos y seguros del triunfo, batiendo sus tambores el toque de carga. Al mirar á los chinacos, á aquella turba de hombres desnudos, de tez bronceada y de ojos centelleantes por el valor y el patriotismo, los soldados extranjeros se quedaron atónitos.

"Rompen sin embargo el fuego de fusilería y se precipitan en columnas cerradas. Entonces, de enmedio del fragor de los disparos, se alza la voz de trueno de Salazar que manda al oficial de artillería

—Fuego, señor!

"El cañón escupe metralla, abriendo ancha calle en las filas de los zuavos.

"Se cierra de nuevo la columna, y otra vez se oye la voz de Salazar:

—Fuego, señor!

"Entonces los franceses, sin ocuparse de cerrar filas, se lanzan sobre los chinacos, haciendo un fuego nutrido en pelotones. Ignacio Pineda, con tres artilleros que le quedaban vivos, volvió á cargar la pieza. Los zuavos estaban encima, despidiendo una lluvia de balas. Salazar gritó:

—Fuego, fuego, señor!

"El cañón permaneció mudo. Salazar repitió la orden. Igual silencio. Entonces el general se acercó á la pieza: á sus pies yacian muertos los seis artilleros y herido el teniente Pineda. A diez pasos de distancia estaban ya los zuavos.

"Salazar, en sublime arranque, gritó de nuevo:

—Fuego, señor!"

"Y apoderándose del estopín, él mismo descargó la pieza, que vomitó un torrente de metralla, al propio tiempo que Villada, Jesús Ocampo y Vargas se empeñaban también en el combate al frente de sus soldados.

"De la reserva que mandaba Hipólito Ortiz se habían destinado algunos hombres que desde la torre hacían disparos certeros sobre el enemigo.

"Abajo, el fuego de fusilería era compacto, incesante, se oía como el rumor sordo de la tempestad. Los quinientos traidores que formaban parte de la columna enemiga, habían llegado por las calles laterales á participar de las postrimerías del combate y de la derrota. Aquella lucha se dilató por más de una hora en que la sangre corrió como agua. Yo no sé cómo no quedaron muertos todos los combatientes.

"Por la salida de Los Reyes, rumbo á Paracho, se veían los pelotones de zuavos y traidores que huían á la desbandada. En su alcance iban Espiridión Trejo y Agustín García. Se veían flotar las banderolas de sus lanzas.

"En el primer momento de la victoria, Salazar, al ver que el *teniente* Pineda recobraba el sentido, le dió la mano para que se incorporase y con voz emocionada exclamó:

—Levántese vd., *señor capitán*, para que vea correr á los primeros soldados del mundo.

Los toques de diana pueblan los aires; se oyen entusiastas vivas á la República, á Juárez y á Salazar. Es inmenso el regocijo de aquella fiesta de la patria en la que el humo se eleva al cielo, desprendido del campo de batalla, como el incienso de la victoria."

El jefe que mandaba á los zuavos era el capitán Vanderback, que ya herido, fué hecho prisionero, juntamente con el sargento Lesuerier, el cabo Rouchon y tres soldados del mismo regimiento de zuavos; también quedaron en poder de nuestras tropas el teniente coronel Gabriel Padilla, jefe de los imperialistas *mexicanos*, un sargento y doce individuos de tropa de los traidores, y entre franceses y traidores, tuvieron cuarenta y un muertos. En el parte rendido por el general Salazar, cuyo documento está de acuerdo con la narración hecha aquí, se afirma que entre las mochilas de los suavos se hallaron algunas medallas de Magenta, Solferino y Montebello. Al levantarse el campo, las fuerzas republicanas recogie-

ron carabinas, fusiles, marrazos, bayonetas, cajones de parque, mochilas y prendas de vestuario.

De la fuerza de Salazar, murieron los tenientes Estrada y Elizarrarás, dos sargentos, un cabo y veinte soldados.

En la noche, el jefe imperialista Padilla, entregó la caja con los fondos que traía de Zamora para los haberes de su fuerza, motivo por el cual Salazar mandó ponerlo en libertad.

Al expirar la tarde, avisaron al general que un soldado francés acababa de presentarse expontáneamente como prisionero. Llevado á la presencia de Salazar, le preguntó el motivo de su proceder. El zuavo, soldado de primera clase, respondió que era asistente del capitán Vanderback y que venía á constituirse prisionero para tener ocasión de prestar sus servicios á su jefe. Salazar elogió su fidelidad y le dijo que con calidad de libre, podía peamanecer al lado de su capitán. Algunos días después, incorporados los prisioneros franceses á una columa de los suyos, aquel generoso soldado fué ascendido á cabo en el mismo pueblo de los Reyes y, cuentan algunos vecinos que lo vieron, que fué tal el gusto que le causó el ascenso, que en ese día quedó casi agotada en las tiendas *l'eau de vie*, consumida por él y sus camaradas los otros cabos.

Después del triunfo, en el cuartel de Villada, se oían gritos lastimeros. El oficial de guardia dió parte al jefe del cuerpo de que uno de los soldados franceses prisioneros, tenía una herida espantosa en una pierna y pedía á grandes voces que lo acabaran de matar. Villada examinó al paciente y observó en efecto que tenía la extremidad de la pierna convertida en una masa informe: fué en busca del teniente coronel José Dolores Vargas, que poseía conocimientos de medicina, y lo invitó á que hiciera la amputación. En un momento se proveyó Vargas de un cuchillo de matancero y de una mala sierra, y teniendo por ayudante á Villada, el *Doctor* hizo sin piedad una verdadera mutilación; en vez de cloroformo, que no lo había, se aprovecharon los operantes de un desmayo del paciente. El zuavo fué abandonado en Los Reyes cuando nuestras tropas, al día siguiente, emprendieron la marcha. Andando el tiempo, Villada recibió una car-

ta escrita en México y firmada por un tal Rousseau, en que de la manera más expresiva se le daban las gracias por la feliz operación, que había proporcionado al suscrito la dicha de recibir durante su vida una pensión de inválido, pudiendo disfrutarla en el seno de su familia.

Ya entrada la noche de aquel mismo día, había en los portales de la plaza de Los Reyes una profusión de luces. Las soldaderas habían comprado ó sacado de las tiendas cuantas velas de cera encontraron y las habían encendido junto á los cadáveres de los republicanos, recogidos y colocados en fila en aquel lugar. Era el duelo que á nombre de la patria tributaban aquellas abnegadas mujeres á los héroes de la libertad.

La división de Salazar abandonó á Los Reyes el día 21 dirigiéndose á Apatzingán. Desde esta última población este jefe envió á los tenientes coroneles José Vicente Villada y Espiridión Trejo á que llevasen al general Arteaga el parte de la batalla de Los Reyes y la sumisión de las tropas vencedoras al Cuartel General del Ejército del Centro.

De esta manera concluyó la rebelión de Salazar. En cuanto á D. Blas José Gutiérrez, instigador y mal consejero de aquel jefe, desapareció de la escena y nadie volvió á verlo en Michoacán.

No quiero concluir esta parte de mi relato sin dejar consignado que, deseando Salazar verificar un canje con los franceses que traía prisioneros, los dejó en Tancítaro, bajo palabra de honor, y con el compromiso que espontáneamente contrajeron de procurar ellos mismos la negociación. Al efecto firmaron una acta, protestando en toda forma no violarla y ofreciendo que el Sr. general barón Neigre la apoyaría por ser conforme á los derechos de la guerra. Pues bien, tan luego como se vieron solos los prisioneros, se fugaron rumbo á Los Reyes, incorporándose á una columna del ejército invasor que acababa de ocupar aquella plaza.

Por Zitácuaro, desde la captura de Romero, había cambiado la situación. Los franceses y traidores, en número considerable, ocupaban aquella ciudad y las poblaciones y haciendas cercanas, como Jungapeo, Túxpan, Trojes, La Encarnación

y La Florida, y hacían frecuentes excursiones por el rumbo de Laureles. Ya dije al principio de este capítulo que incendiaron algunos pueblos de indios, y agregaré ahora que habiendo aprehendido á los alcaldes de San Mateo y San Bartolo, los fusilaron con el pretesto de que no entregaban las armas. De Potier impuso á los vecinos de aquellos pueblos fuertes multas, logrando recabar la suma de veintitres mil pesos, y creyendo que la campaña de México era como la que con tanta barbarie hacían sus paisanos en Africa, se llevó todo el ganado que desde Laureles hasta Túxpan pudo recojer.

De nuestra parte no quedaban en aquel rumbo más que los restos de las partidas que mandaban D. Esteban Leon, Agustín Granda y Carlos Castillo, rodeados de enemigos y por lo tanto en constante alarma.

Las autoridades legítimas de Zitácuaro se habían retirado á Tuzantla. Después de la muerte de Crescencio Morales, el gobierno había nombrado prefecto de aquel Departamento á Donaciano Ojeda, á quien también perdimos en Guanoro. Sustituyó á Ojeda Darío Alzati. Este y sus dos hermanos, José María, que era el mayor y Marcos, el más jóven, eran batalladores incansables, patriotas como el que más y adheridos á Riva Palacio por una amistad sincera. En el mes de Febrero se situaron en Tuzantla, allí reorganizaban la guardia nacional de infantería y caballería de Zitácuaro, y á tan corta distancia del enemigo, influían en la moral de aquellos pueblos manteniendo viva la chispa del patriotismo. Además, colocados en aquel lugar, eran como la avanzada del Ejército del Centro. Con los Alzati estaban los hermanos Arias, los Coutos y muchos otros vecinos de la heroica ciudad, prontos á recobrarla, cuando disminuyera el cuantioso efectivo de los invasores.

El general Riva Palacio, tanto por el afecto que profesaba á Zitácuaro, cuanto por cambiar allí la faz de la situación, escribió al general D. Diego Alvarez, indicándole la conveniencia de que algunas de sus fuerzas pasaran á Michoacán á auxiliar á las del Estado, siquiera fuese en una campaña rápida. Aquel general, jefe de la División del Sur, en carta

que tengo á la vista, contestó que no le era posible disponer de la brigada que mandaba el general Pinzón, única con que contaba para disputar al enemigo el paso del Mescala, en caso dado, y que el resto de las fuerzas se ocupaba en cuidar las costas y la frontera de Guerrero con Puebla. Por esto verán los historiadores imperialistas que los republicanos de Michoacán no llegaron á contar nunca más que con sus propios esfuerzos para hacer la campaña.

Por aquellos días, el general Canto, nombrado Gobernador y Comandante Militar de Guanajuato, no pudiendo penetrar al Estado de su mando, se había refugiado en Zitácuaro. Dicho jefe no contaba con un solo soldado; pero en cambio traía un numeroso personal en su Estado Mayor. Difícil y peligrosa era su permanencia en aquella zona, por lo que trataba de buscar refugio en otras partes, y atravesando por entre las columnas enemigas, se dirigió á Coeneo á fin de colocarse bajo la protección de los coroneles Garnica y Ronda: allí podía esperar más fácilmente la oportunidad de ponerse de acuerdo con los pocos guerrilleros que había en Guanajuato.

Garnica, con su cuerpo "Lanceros de la Libertad" que servía de centro á varias guerrillas, había permanecido expedicionando en la zona que se extiende entre Pátzcuaro, Quiroga, Coeneo, Puruándiro, Zacapu, Purépero y Paracho, en el corazón del Estado, sosteniendo algunas pequeñas acciones con los imperialistas, verdaderos tiroteos, que por no ser de importancia no creo necesario consignar, así como por la misma razón he omitido y omitiré otros muchos que en distintas veces se verificaron en aquella campaña.

En la gran batida que las columnas francesas y *aliadas* hicieron en Michoacán en la época á que me vengo refiriendo, Garnica sufrió una obstinada persecución, por lo que el 15 de Febrero se dirigió á la Tierra Caliente, rumbo á Apatzingán. En la hacienda del Pilón se encontró con el general Salazar, y sabiendo por éste que venía resuelto á librar batalla á la primera fuerza enemiga que encontrara, se le incor-

poró, cubriendo la retaguardia de la División, hasta que, llegando á Los Reyes, recibió orden de retirarse á Peribán en observación de las fuerzas que pudieran salir de Uruapan. Por esta circunstancia no concurrió á la jornada de Los Reyes, pero por orden de Salazar emprendió la persecución á los restos de la columna enemiga, marchando en consecuencia con toda rapidez por el camino de Paracho. Ya no le fué posible alcanzarlos, porque habían ganado terreno é iban en completa dispersión, sabiendo después por sus espías que á Morelia no llegaron más que sesenta zuavos.

En seguida se le mandó por el mismo general Salazar que volviera á situarse en su línea en espera de órdenes del Cuartel General, cosa que verificó, no obstante estar cubiertas con guarniciones del imperio todas las poblaciones y hasta lugares insignificantes como Tecacho, Huaniqueo y Zipimeo. Expedicionó los primeros días de montaña en montaña, tocando uno que otro rancho. Pocos días antes de su expedición á la Tierra Caliente se le habían presentado el general Canto y sus ayudantes, quienes no acostumbrados á aquella vida, un día que por haber gastado dicho general mucho tiempo en su *tocador*, salió con su comitiva un poco más tarde que la tropa, al tratar de seguirla, extraviaron el camino y llegaron á las inmediaciones de Coeneo, en donde fueron sorprendidos y hechos prisioneros por una columna de franceses y la fuerza del jefe imperialista Luis Avalos. Acompañaban al general Canto los coroneles Joaquín Zubeldía y Albino Vidal, los tenientes coroneles José María Callejo y Juan García, los comandantes Espiridión Espinosa y José María Méndez Cuevas, y los oficiales Maldonado, Linares, Balcázar, Hernández, Rodríguez, Cárdenas y Macías. Los chinacos, refiriéndose á la torpeza de Canto y los suyos, cuya consecuencia fué su captura, llamaron en lo sucesivo á aquel general "El niño perdido."

Deseoso Garnica de ir reconquistando su línea, atacó la madrugada del día 27 á Coeneo, en donde había una guarnición de doscientos cincuenta hombres. Dió un asalto brusco, y después de media hora de un fuego vivísimo logró tomar la plaza. Con excepción de dos capitanes que quedaron

prisioneros, todos los demás oficiales y la mayor parte de los soldados imperialistas fueron muertos en el ataque. Se salvaron setenta y cinco individuos de la clase de tropa, ocultos en las casas y en una barranca, contigua á la población, los cuales después se presentaron á Ronda. Aquella fuerza imperialista quedó totalmente destruída, y la republicana vencedora recogió todo el armamento y el parque. En el mismo día Garnica marchó sobre Tecacho, pero al llegar había huido ya la guarnición. Así fué recobrando su línea, que era un importante punto de apoyo en las operaciones militares de los republicanos.

"Era práctica invariable de los imperiales, franceses ó mexicanos, la de pasar por las armas á todos los jefes republicanos que hacían prisioneros: esta suerte esperaba á Canto y á sus ayudantes; pero al saber el prefecto político de Michoacán, D. Antonio del Moral, la aprehensión de los expresados jefes, dominado por sus sentimientos de humanidad, se dirigió á la casa en que vivía el general francés, barón Neigre, con objeto de salvarles de la muerte. Habiéndolo hallado en ella, le habló con el acento del hombre que tiene la conciencia de cumplir con una misión noble, en favor de los prisioneros: le informó confidencial y muy reservadamente, del verdadero carácter con que los jefes aprehendidos habían andado en la revolución; le marcó la diferencia que existía entre ellos y los puramente malhechores; le demostró la conveniencia de conservarlos; rogó, suplicó, se esforzó en alcanzar su humanitario objeto, y empleó todas sus razones para conseguirlo. El general barón Neigre, que conocía la nobleza de carácter del digno prefecto y que abrigaba la convicción de que sólo guiado de su firme amor á la verdad y á la justicia podía haberse resuelto á suplicar en favor de los presos, le manifestó que quedaba obsequiado su deseo. El general francés había escrito y firmado ya la orden de muerte contra los prisioneros, y esa orden debía ser ejecutada por el jefe que estaba en la población en que se hallaban aquéllos. El paso dado por el prefecto detuvo el terrible golpe. El general barón Neigre revocó inmediatamente la orden de muerte y dispuso que los prisioneros fuesen conducidos á Morelia,

prometiendo á D. Antonio del Moral que allí permanecerían hasta que el gobierno ordenase lo conveniente, atentas todas las circunstancias que se pondrían en su conocimiento."[1]

"Pero no fué éste el solo servicio prestado á la humanidad por D. Antonio del Moral.—Estando el coronel francés Duprey en Tacámbaro, redujo á prisión á dos extranjeros llamados Coiffier y Jeannotard, acusados de estar en inteligencia con los republicanos y de haber cooperado directamente á la deserción de dos soldados franceses.—En consecuencia de esto fueron conducidos á Morelia y puestos en el convento del Carmen.[2] La muerte les esperaba en el breve plazo de tres días. El prefecto D. Antonio del Moral logró que á sus instancias y emitiendo su opinión, se le diese al negocio otro giro que, en su concepto, correspondía que se diese en justicia. La inocencia de los acusados llegó á ponerse en claro, y reconocida por las autoridades francesas, los presos fueron puestos inmediatamente en libertad."

Los dos párrafos anteriores pertenecen á la Historia de México por Zamacois, y los he copiado por ser un relato fiel: agregaré que Canto y sus compañeros quedaron en la cárcel de Morelia hasta que los libertó el canje celebrado entre el general Riva Palacio y el Mariscal Bazaine.

Así acabó el mes de Febrero de aquel año, pudiendo decirse que Michoacán estaba en plena conflagración. Refiriéndose á esta época dice Mr. Niox en su obra "Expédition du Mexique:" "Como lo hemos dicho, la pacificación del Estado de Michoacán ofrecía dificultades que le eran especiales, por consecuencia de la configuración del país y de la posibilidad por parte de las guerrillas de abastecerse de víveres y de reorganizarse en el valle del río de las Balsas." Ya los lectores saben que esto último no es cierto; decíanlo los imperialistas para disculpar su impotencia de aniquilar á los republicanos.

1 Como Avalos mismo fué quien condujo á Morelia á los presos, no se halló al frente de su fuerza en el ataque que ésta sufrió en Coeneo.

2 En la plazuela del Carmen de Morelia era donde se fusilaba á los republicanos que caían en poder del imperio. Incontables fueron las víctimas.

CAPÍTULO XXIII.

(1865)

León Ugalde y su guerrilla.—Derrota de la guarnición de Zitácuaro.—Derrota de los republicanos.—Fusilamiento del coronel Juan Valencia.—Política del general Riva Palacio.—Toma á Zitácuaro.—Ataque y ocupación de Quiroga por el general Pueblita.—Multa impuesta al vecindario por el comandante francés.—Derrota del jefe republicano Vargas.—Pueblita triunfa de Isassi.—Destierro de las familias de Quiroga.—Diez onzas de oro.—Ley sobre división territorial del imperio.—Fraccionamiento de Michoacán.—Las fuerzas francesas se retiran de Michoacán.—Segunda renuncia del prefecto del Moral.—Remoción de los jueces de Morelia y protesta del prefecto contra esta disposición.—Combate entre dos fuerzas imperialistas.

Al comenzar el mes de Marzo, las guerrillas de Zitácuaro, á iniciativa del coronel José María Alzati, Prefecto interino del departamento, unían sus esfuerzos, á fin de dar un golpe seguro á los imperialistas. Tocó esta fortuna á León Ugalde; pero antes de referir el hecho de armas, diré dos palabras acerca de ese jefe.

Procedente del Estado de Querétaro, de donde era nativo, llegó á Zitácuaro, buscando un refugio contra la persecución de que fué objeto en sus propios terrenos. Ugalde traía una tropa muy desmoralizada, una verdadera chusma de bandidos que comenzaron á cometer toda clase de tropelías en la región en que se les recibía con franca hospitalidad y con el deseo de tener un contingente más para luchar contra los invasores. Por más advertencias que se hicieron á Ugalde, sus soldados no cesaban de robar y de cometer otros actos que tenían indignadas á las familias. Entonces, el general Riva

Palacio ordenó al teniente coronel José Acevedo que batiese á Ugalde hasta exterminar su gavilla, y en caso de hacerlo prisionero, que se juzgase con toda severidad. Acevedo alcanzó á los bandidos en el rancho de San Antonio, camino de Laureles, les hizo muchos muertos, y la chusma quedó disuelta. Ugalde, que pudo salvarse huyendo á pie, marchó al Cuartel General, se presentó al general Arteaga y le hizo mil protestas de conducirse bien, pidiendo que lo autorizase para entrar á Querétaro y formar una nueva guerrilla con gente moralizada. El general conocía á Ugalde, y aunque no tenía de él buen concepto como hombre honrado, sabía que siempre había prestado servicios á la causa liberal, desde la revolución de Ayutla, que era audaz y de un valor á toda prueba y que contaba con buenas amistades entre la gente de pelea. Admitiendo sus propuestas de mejorar de conducta y de que serviría bajo las órdenes de un jefe caracterizado, le expidió la autorización pedida, y á solicitud del mismo Ugalde dió á Acevedo la comisión de acompañarlo hasta el centro del territorio de Querétaro. Ambos guerrilleros atravesaron lugares ocupados por tropas enemigas y entre columnas móviles que por allí expedicionaban, hasta llegar al pueblo de Huimilpan, en donde en efecto se unieron á Ugalde sus hermanos y parientes y un gran número de amigos, antiguos soldados suyos, y tan luego como formó una guerrilla de más de cien hombres, unidos á los sesenta de Acevedo regresaron las dos fuerzas á Zitácuaro, burlando la persecución que les hacían varias columnas, entre ellas una compañía de Cazadores de Africa que los siguió hasta el Mineral del Oro.

Veamos ya los sucesos del mes de Marzo. Para perseguir á los republicanos que expedicionaban en el centro y Sur del Estado, el general Neigre retiró de Zitácuaro las columnas francesas, no dejando en la línea oriental más que la contraguerrilla de Clary, situada en Queréndaro, desde donde podía ocurrir en un caso dado á Morelia ó á Zitácuaro. Para esta última plaza marchaba Don Ramón Méndez con su batallón del Emperador, y debía encontrar en ella una columna de la legión belga que tenía orden de salir de Toluca. Entre-

tanto Zitácuaro permaneció durante tres días sin más fuerza imperialista que cuatrocientos hombres que mandaba un comandante de apellido Rivero.

No hicieron más que saber esta circunstancia los guerrilleros de aquel rumbo, que al momento se reunieron con Ugalde, y el día 7 se situaron en las lomas de Camémbaro, provocando á la guarnición. Rivero, confiado en que su enemigo era inferior en número y sin cohesión alguna por formarse de diversas partidas, salió de la ciudad en són de ataque con la totalidad de sus hombres. Ugalde se retiró tiroteándose con los imperialistas, y cuando estaban ya lejos de la población, mandó dar media vuelta y cargó á la lanza. Los chinacos ese día tenían ganas de pelear, y la acometida fué tan furiosa que, según los datos de los documentos imperiales, éstos tuvieron cincuenta muertos, otros tantos heridos y doscientos prisioneros, entre los cuales estaba Don Pedro Martínez que fungía de prefecto político de Zitácuaro.

Por desgracia la alegría de este triunfo duró setenta y dos horas. El día 10 llegaba Méndez á Zitácuaro. Hallábanse en la plaza, Ugalde, Juan Valencia y Carlos Castillo con poco más de cuatrocientos hombres, y á la noticia de la aproximación del enemigo salieron á situarse en el cerrito de Guadalupe. Los traidores tomaron sus alojamientos en la ciudad, y creyendo entonces los republicanos que Méndez esperaba la llegada de los belgas, se retiraron á Barranca Honda. La falta de unidad en el mando de las guerrillas permitió á Méndez darles una sorpresa. En efecto, á las dos de la mañana del 11 marchó sobre los republicanos; una de sus columnas, al mando del teniente coronel del *Batallón del Emperador*, Don Juan de Dios Rodríguez, entró en la barranca con el mayor silencio, y cuando se hallaba á treinta pasos distante de sus contrarios atacó de una manera pronta y vigorosa. Aquéllos entraron en desorden, si bien resistiendo individualmente con mucho valor. Entonces Méndez lanzó sobre ellos la caballería del comandante Manuel Muñoz, la que logró poner en derrota á los guerrilleros, que dejaron en el campo cuarenta muertos y más de cincuenta prisioneros, entre estos gravemente herido al coronel Juan Valencia, el cual

por orden de Méndez fué fusilado en Zitácuaro y colgado en el poste de un farol en una de las esquinas de la plaza. La muerte de Valencia fué muy sentida entre los republicanos, pues era un jefe valiente, modesto y firme en su patriotismo.

Hacía tiempo que el estado de cosas en Zitácuaro llamaba hondamente la atención del general Riva Palacio. Desde la captura de Romero, las guerrillas de aquella comarca habían quedado sin un jefe que sirviera de centro y cuya superioridad no fuese disputada por ninguno de los que mandaban las diversas partidas. Coincidía esto con la invasión de columnas de franceses y traidores que en gran número ocupaban los pueblos y grandes haciendas del Departamento ó que expedicionaban sin cesar dentro de sus límites. Además, el general Arteaga seguía estacionado en Huetamo, sin poderse mover, á causa de sus enfermedades, si bien no desatendía la construcción de parque; mantenía con los jefes del ejército una correspondencia incesante que avivaba la fe é influía en la actividad de las operaciones, y no cesaba de enviar comisionados á Morelia, Guanajuato, León y otras ciudades ocupadas por el enemigo, con el objeto que más adelante se verá. La dirección general de la campaña estaba á cargo de Riva Palacio que recorría la línea desde Carácuaro, San Antonio de las Huertas, Tacámbaro y la Huacana, en donde se organizaban fuerzas y se procuraba dar alguna disciplina á los soldados. Su comunicación con los jefes de Coeneo y Zacapu era frecuente y eficaz. Así, en mediode tantas dificultades, en plena campaña contra el mayor número de fuerzas enemigas que nunca había habido en Michoacán, y casi enmedio de la disolución de nuestras exiguas tropas, tendía en todo el Estado los hilos de una cohesión que pronto iba á producir sus frutos.

Urgido, sin embargo, por los jefes de Zitácuaro, se propuso ir á inspeccionar aquella línea, aunque fuese con mucha rapidez, y á este efecto salió de Carácuaro el 18 de Marzo con la infantería de Robredo y los Lanceros de Jalisco, que mandaba el teniente coronel Gorgonio Bustamante por separación de su antiguo coronel Ruiz Suavia; ambas fuerzas for-

maban un total de cuatrocientos hombres. La visita de inspección era tanto más necesaria en aquellos momentos, cuanto que la derrota de Ugalde y la muerte de Valencia habían infundido el pánico entre los habitantes del Departamento de Zitácuaro.

Riva Palacio avisó á Arteaga su movimiento, y este jefe, en carta del 15, le avisaba que en aquellos días debía haber salido de Toluca, rumbo á Michoacán, una considerable fuerza de franceses (eran los belgas), y que en consecuencia, le recomendaba mucha cautela y que se apresurase en su expedición. En Tusantla se incorporaron los restos de las guerrillas de Ugalde y Castillo y cincuenta infantes que tenía organizados José María Alzati.

El día 14 había salido Méndez de Zitácuaro con rumbo á Valle de Bravo, siendo hostilizado en el camino por una pequeña fuerza de infantería compuesta de los indios de San Miguel Chichimequillas. En la ciudad quedó una guarnición de cuatrocientos infantes y cien caballos al mando del teniente coronel Antonio Díaz (a) el *Tlachiquero*, segundo de Lamadrid.

El 16 se avistó Riva Palacio á Zitácuaro con su columna fuerte en seiscientos hombres. En el camino se le había destroncado su caballo, el único que traía, pues otro de refresco estaba en esos días reponiéndose en la hacienda de Tultenango. Al llegar á Zitácuaro estaba el caballo tan inútil, que el general montó en una mula tordilla que le servía para caminar en los desfiladeros, hermoso animal, de figura arrogante, pero de una pereza invencible: los soldados le habían puesto el nombre de *Carlota!* Y ese día, al ver que el general montaba en la mula en los momentos de llegar á Zitácuaro, los soldados decían:—La cosa está buena, la lleva tan segura el general, que ni siquiera ha remudado en su caballo; les va á ganar con *Carlota!*

Riva Palacio envió á Ugalde á que atacara por Guadalupe y él avanzó por el Calvario. Después de un tiroteo de media hora, el *Tlachiquero* evacuó la plaza, saliendo por el Hoyo de la Arena y batiéndose en retirada. El general lanzó sobre él sus cuerpos de caballería, y aunque el enemigo se formó en

cuadro, no pudo resistir el choque de los republicanos, cayendo en poder de éstos, doscientos infantes y cien ginetes prisioneros que en seguida fueron refundidos respectivamente en el batallón de Robredo, y en los cuerpos de caballería. El *Tlachiquero* logró escapar con unos cuantos. [1]

Riva Palacio permaneció en Zitácuaro sólo dos días, dictando disposiciones, y luego regresó á Carácuaro, moralizadas ya las guerrillas de Zitácuaro.

Mientras pasaban estos acontecimientos, el general Pueblita había penetrado al centro del Estado, y uniendo á su fuerza la del coronel D. Rafael Garnica y la infantería del comandante Jesús Villanueva, formando un total de ochocientos hombres, atacó la villa de Quiroga al amanecer del día 13. La plaza estaba guarnecida por trescientos hombres entre franceses y *mexicanos* al mando del jefe Santiago Béguerisse. El combate duró hasta las seis de la tarde en que los republicanos hicieron una retirada falsa, quedando al fin en posesión de la plaza por haberla abandonado en la noche de ese día las tropas imperialistas. El general Neigre impuso á los vecinos de Quiroga una multa de cuatro mil pesos por no haber auxiliado á Béguerisse. Esto de imponer multas á los pueblos era común y muy frecuente por parte de los imperiales, sobre todo de los franceses, diferenciándose estas multas de los préstamos forzosos exigidos por los *chinacos*, en que éstos (los préstamos) se abonaban á los particulares en el pago de contribuciones, mientras que aquéllas (las multas) desaparecían en las cajas de la Intendencia francesa.

El 22, una contraguerrilla desprendida de la columna francesa que había llegado á Tacámbaro, dió alcance en Santa Rosa á la fuerza del teniente coronel Vargas, que tuvo tres muertos y cinco heridos.

El 25 caía Pueblita sobre la columna imperialista que mandaba Isasi, en las inmediaciones de Puruándiro. Este último fué derrotado dejando diez muertos y treinta prisioneros. Acompañaban á Pueblita en este hecho de armas, Ronda, Garnica y Villanueva, dando por resultado este golpe que la

1 La Memoria de Michoacán equivocadamente da á este jefe el nombre de Ceballos y pone el suceso con fecha 12 de Marzo.

comarca que tiene por centro á Coeneo quedase por entonces en poder de los liberales.

Después de estos sucesos, no contento Béguerisse con que los vecinos de Quiroga fuesen castigados tan benignamente con la sola multa que les impuso Neigre, al volver á cubrir aquella plaza, "quiso que en ella no hubiese más que personas adictas al imperio, y expidió una orden apremiante para que en el breve y perentorio término que fijaba (tres días), se trasladasen á Pátzcuaro todas las familias pertenecientes á individuos que militaban en las filas republicanas. Avisado el Prefecto político D. Antonio del Moral, por una carta que recibió de uno de los vecinos, de la disposición dada, se dirigió inmediatamente á ver al general barón Neigre, á fin de que no se llevase á efecto la orden expedida. El general francés, siempre dispuesto á escuchar la razón, mandó inmediatamente que se revocara la referida orden y que se suspendieran sus efectos." Esto refiere Zamacois, pero hay que decir que muchas de aquellas familias tuvieron, sin embargo, que abandonar á Quiroga, porque Béguerisse no dió entero cumplimiento á lo que se le mandaba. Referiré otro hecho de este oficial. Habiendo recibido orden de Loissillon, jefe de la columna francesa, de aprehender á un vecino de Quiroga llamado D. Martín Mercado, y de recoger todos los documentos que encontrase en su poder, se dirigió inmediatamente á la casa de aquél, quedando en el acto ejecutada la orden.

"Como en la casa del aprehendido—dice Zamacois—vivía la mujer de un guerrillero llamado Ronda, el oficial francés procedió á registrar los baúles que en la habitación tenía. No habiendo encontrado en ellos documento alguno, pero sí diez onzas en oro, le pareció prudente recogerlas para ver lo que disponía respecto de esa cantidad el Prefecto político. Con este motivo envió de Pátzcuaro con fecha 19 de Marzo, una nota á D. Antonio del Moral, dándole parte de lo que había practicado, que tenía en su poder las diez onzas encontradas en los baúles de la mujer de Ronda, y diciéndole que ordenase lo que creyese conveniente hacer con aquella cantidad." El digno Prefecto (en vez de decir á Beguerisse simplemen-

te: "en buenas manos están las onzas,") contestó con fecha 21 del mismo mes: "que supuesto que en la orden á que se refería sólo se le previno que aprehendiera á Martín Mercado y recogiera los documentos que pudieran encontrarse en su poder, no había debido extraer las diez onzas de oro de los baúles de la mujer de Ronda, porque no eran documentos, ni armas, ni pertrechos de guerra; que en tal virtud, procediese inmediatamente á la devolución de las referidas diez onzas, entregándolas á la misma mujer de Ronda en presencia de la autoridad política y recogiendo de la interesada el correspondiente recibo, que visado por el subprefecto remitiría á la Prefectura dentro del perentorio término de seis días, advirtiéndole que para lo sucesivo se abstuviese de cometer semejantes atentados."

Por aquellos días (3 de Marzo) expidió Maximiliano su célebre decreto de división territorial, por el que se establecían en el país cincuenta Departamentos. Michoacán dió contingente para cuatro, uno conservando el mismo nombre con su capital en Morelia, el otro el de Tancítaro con la cabecera en el pueblo de esta denominación, y el de Coalcomán, capital Coalcomán. Lo más raro de esto era que la ciudad de Uruapan se fraccionaba en dos partes, por el curso del río Cupatitzio, una perteneciendo á Michoacán y la otra á Tancítaro. El autor de este famoso decreto fué el canónigo D. Guadalupe Romero, que era también autor de una estadística del obispado de Michoacán. Zitácuaro se agregó al valle de Bravos: el objeto de tal fraccionamiento era nulificar á Michoacán.

Los franceses veían que la campaña de Michoacán era fatigosa é interminable. En los tres meses corridos del año de 1865 no habían podido obtener una ventaja sólida, no obstante los diez mil hombres que traían en acción, y no podían jactarse de que reinase el imperio más que en el terreno materialmente ocupado por ellos. No obstante que los cuerpos franceses que allí hacían la guerra, pertenecían á las celebradas tropas de Africa, habituadas á la guerra de montaña y contra los árabes, comparables á los guerrilleros, estaban convencidos de la imposibilidad, al menos por espacio de pocos años, de vencer y aniquilar á aquellos mexicanos indomables

que derrotados hoy, mañana á veinte leguas de distancia iban á buscar al enemigo para ofrecerle nuevo combate.

Bazaine no podía menos que desesperarse de semejante estado de cosas, y como por otra parte las fuerzas republicanas de Occidente habían obtenido brillantes victorias sobre los franceses en el Norte del litoral del Pacífico, y estaba amenazada la Sonora de quedar libre de invasores, al mismo tiempo que el general Escobedo emprendía una vigorosa campaña en Tamaulipas, el Mariscal, á riesgo de que no se le creyese la mentira, escribía al emperador Napoleón dando por terminada la campaña de Michoacán, puesto que sólo quedaban guerrillas que esquivaban el combate. Y preocupado con la posesión de Sonora, cuyas minas eran el sueño dorado del gobierno de Francia, dirigió rápidamente fuertes columnas en dirección de aquella parte de la República. El general Neigre, entre otros, recibió orden de dejar el mando provisional de la 2ª División, y en consecuencia salió de Michoacán, llevando consigo gran parte de sus fuerzas. Quedaron en el Estado De Potier con el 81 de línea, un regimiento de húsares, la contraguerrilla de Clary y un cuerpo de argelinos. Estaba próxima á llegar la legión belga, y á las órdenes del general Portilla, comandante militar de Michoacán, quedaron los cuatro mil hombres que formaban la tropa *mexicana* que defendía el imperio en el Estado.

Ya he dicho que el Prefecto del Moral no era partidario de los franceses; pero como veía que el aumento del ejército *mexicano* se dilataba indefinidamente, renunció por segunda vez en un documento notable que á la letra dice:

"Señor:—La fuerza francesa, por orden superior, abandona los puntos que ocupaba en el Departamento para dirigirse al de Guanajuato; y las inmensas ventajas adquiridas en dos meses de campaña á fuerza de sacrificios, de actividad y extraordinarios esfuerzos, se han perdido en un solo día.

"Las poblaciones ocupadas por las armas del imperio y que con sinceridad y entusiasmo se acogieron á su bandera, están cayendo en poder del enemigo; y las autoridades perseguidas, y los propietarios arruinados, y las familias errantes y fugitivas, se dirigen por diversos conductos á esta Prefectura

reclamando la protección que demandan el decoro del gobierno, los compromisos contraídos con ellos y la humanidad misma.

"Igual solicitud y con los mismos títulos, elevan las poblaciones que se encuentran en peligro próximo, como Puruándiro, La Piedad, Purépero, Pátzcuaro y Zamora; y no sabiendo qué contestar á tan justa demanda, me he decidido á nombrar una comisión compuesta de los tres señores portadores de esta nota, para que, acercándose á V. M., le manifiesten con lealtad y con desnuda franqueza, la deplorable situación del Departamento, las verdaderas causas que la producen y la urgente necesidad de apelar al gran pensamiento de V. M. de que hice mención en mi primera renuncia, para poner término al hondo padecimiento de los pueblos.

"Fiel á los compromisos que contraje cuando acepté la prefectura, y atento sólo á los deberes de este encargo, hice á un lado mis opiniones particulares, sofoqué mis más íntimos pensamientos, sacrificando mi propio dictamen en los difíciles negocios y cediendo en mi calidad de empleado, á la dirección que V. M. ha querido darles. Entre muchos, citaré el relativo á la guardia rural.

"Luego que me informé del decreto, comprendí las graves dificultades que debían presentarse para su cumplimiento. Sin embargo, me limité á manifestar mis observaciones al Ministro de la Guerra, sin dejar por eso de procurar con actividad y constancia el cambio de dichas fuerzas, como estaba prevenido; y aunque mis indicaciones al fin hubieron de adoptarse, esto fué cuando ya los auxiliares habían sufrido una fuerte baja y difundídose entre ellos la desconfianza, el descontento y la alarma, por el aleve golpe que se les preparaba: de modo que el gobierno reportó los costosos sacrificios de su sostenimiento, sin haber obtenido las ventajas de sus servicios.

"Tolerante por carácter y por convencimiento, me he cuidado poco ó nada de las opiniones políticas para la ocupación de las personas; y firme, como el que más, en el gran pensamiento de procurar nuestra sincera y sólida reconciliación, he seguido por regla invariable en todos mis actos, no esta-

blecer diferencia alguna entre individuos de diversos bandos, ni consultar para el servicio público otras cualidades que el saber, la probidad y el amor al orden, pero siempre me ha parecido político, justo y necesario, no contar con hombres manchados de crímenes, ni menos colocarlos con carácter público en el teatro mismo de sus violencias y excesos, persuadido profundamente, como lo estoy, de que tales hombres serán siempre la muerte de todo gobierno, y de que no hay poder humano capaz de conciliar los ánimos cuando los hechos aún están palpitantes, cuando las pasiones agitan el corazón, y cuando se escucha todavía el lamento de las víctimas.

"La comisión lleva el encargo de manifestar á V. M. los tristes y funestos resultados que han producido todos los actos del gobierno, ejercidos sin tener en cuenta las consideraciones expuestas, así como los peligros que amenazan, al menos en este Departamento, si no se observa un sistema prudente, filosófico y justo.

"Orden, paz y justicia quieren los pueblos: todo lo demás lo ven como secundario.

"Después de lo expuesto, suplico á V. M. se digne admitirme la renuncia de la prefectura, que dirigí desde el 18 de Enero último. Las razones en que entonces me fundé, son hoy en mayor escala, y los hechos las sancionan: no puedo, no debo permanecer ejerciendo una autoridad de todo punto ineficaz para contribuir al bien de mi país, á cuyo servicio únicamente sacrifiqué con entera abnegación mi tranquilidad y sosiego.—Morelia, Marzo 10 de 1865.—*Antonio del Moral.*"

El contenido del documento anterior, en el párrafo que comienza: "Tolerante por carácter y por convencimiento...." estaba inspirado en los rumores que corrían en Morelia, sobre que sería nombrado prefecto superior político del Departamento, el Lic. D. Bruno Patiño, antiguo Secretario de Gobierno del general Huerta y del general Uraga; pero el Sr. Patiño no merecía el concepto que de su persona expresa del Moral.

Maximiliano escuchó atentamente á los individuos de la comisión, les prometió se pondría remedio á todo, y no admi-

tió la renuncia de D. Antonio del Moral, con gran contento de los habitantes de Morelia.

El partido clerical estaba cada día menos satisfecho de la marcha política del imperio. El descontento subió de punto con el destierro disimulado que Maximiliano impuso á los dos generales que figuraban como jefes del partido reaccionario, si bien entre ambos reinaba una inextinguible enemistad. Me refiero á Márquez y á Miramón. El primero fué enviado á Constantinopla como embajador cerca de la Sublime Puerta y encargado de una misión poco definida en los Santos Lugares; el segundo fué á Berlín como ministro diplomático con encargo de hacer estudios sobre la artillería prusiana. El general Taboada, clerical neto, cayó también en desgracia. Decididamente Maximiliano se convertía en *Jacobino*, como se dice hoy.

Y para confirmar esta opinión, se recordará que el *emperador*, no obstante cierto compromiso contraído con Pio IX, no devolvió á los obispos y al clero los bienes que retiraron de la mano muerta las leyes de Reforma; que á la protesta que elevaron ante él el arzobispo de México, D. Pelagio Antonio de Labastida, el de Michoacán, D. Clemente de Jesús Munguía y los obispos de Oaxaca, de Querétaro y de Tulancingo "por la inconveniente y violenta solución que trataba de darse á los asuntos relativos á la Iglesia, respondió en una nota dura y mordaz (como nunca lo hizo Juárez), entre otras cosas, con las siguientes líneas: "La gran mayoría de la nación exige, y tiene derecho á exigir esta solución, y en este punto, yo estoy seguramente en situación de juzgar con más acierto que el episcopado, porque acabo de recorrer la mayor parte de vuestras diócesis, entre tanto que vosotros permanecéis tranquilos en la capital después de vuestro destierro, sin que os importe el estado de vuestras diócesis;" y por último, cuando llegó el nuncio apostólico, Monseñor Meglia, con las instrucciones esperadas de Roma y que consistían *en no traer ninguna*, indignado Maximiliano, confirmó las leyes de Reforma y dió con esto un bofetón á los *cangrejos*. El clero alto se consideró traicionado por el soberano que era su hechura, se declaró en hostilidad contra el imperio; pero conservando

su odio feroz contra los liberales. Acaso abrigó siempre la esperanza de hacer caer más tarde en sus redes al infeliz soñador de Miramar.

En otra clase de actos administrativos, el *emperador* recibía también la censura de sus adeptos. El enérgico é independiente D. Antonio del Moral, que no omitía medio de reprochar á Maximiliano su ignorancia en el arte de gobernar, disgustado por algunas providencias dictadas por el visitador imperial de Michoacán, Sr. Hernández, las reclamó en términos duros. Es el caso que "cuando el expresado Visitador imperial llegó á aquella ciudad, obrando sin duda con facultades reservadas que se le habían dado, removió á los jueces de paz, y en su lugar nombró á otras personas que juzgó conveniente. El presidente de segunda instancia dió parte á la prefectura, con fecha 13 de Marzo, de lo dispuesto por el visitador imperial, y el prefecto político D. Antonio del Moral dió cuenta al Ministro de Justicia, el día 15 del mismo mes, de lo acaecido, transcribiendo en su oficio la comunicación del presidente de la segunda instancia. "Por dicha comunicación verá V. E." decía el expresado prefecto D. Antonio del Moral al Ministro de Justicia "que los seis jueces de Paz de esta ciudad y los suplentes respectivos, han sido removidos por el señor visitador sin formación de causa, sin averiguación previa, y sin motivos justificados; y que han sido nombradas otras personas que los sustituyan sin haberse observado las formalidades que para tales casos previene la ley.

"Estos son los hechos.

"V. E. conoce perfectamente bien las disposiciones legales que rigen sobre la materia. Según el art. 81 de la ley de 29 de Noviembre de 1858, mandada observar por la Serenísima Regencia, ningún Magistrado, Juez ni empleado de los Tribunales superiores y Supremo, puede ser depuesto, ni suspenso de su destino, sino en los casos, forma y modo que establecen las leyes; y los trámites y forma de ésta son bastante conocidos.

"El art. 5º de la citada ley dispone que los jueces sean nombrados por el Gobernador del Departamento á que corresponde el lugar donde se han de establecer, á propuesta

del Tribunal Superior respectivo, el cual oirá al Prefecto de la demarcación sobre la persona ó personas que hayan de proponerse." La práctica ha sido constante y enteramente conforme con esta disposición.

"Los Prefectos superiores de los Departamentos tienen exactamente las facultades que los gobernadores de los antiguos Estados, por expresa declaración de la Regencia expedida en 26 de Octubre de 1863.

"Como el primer deber de tales funcionarios es observar y hacer guardar las leyes; y siendo enteramente contrarios á ellas los actos del señor Visitador, suplico á V. E. se sirva comunicarme las facultades de que está investido aquel funcionario, para acatar debidamente las disposiciones que de ellas emanen, ó hacer valer mi autoridad en caso contrario.

"Por el decreto de su creación se ve que puede exigir á todas las autoridades las noticias y documentos que estimare necesarios; visitar los tribunales y establecimientos públicos; visar las causas pendientes ó concluídas, residenciar á los funcionarios públicos y empleados; pero con la restricción que esta misma facultad establece, de instruir por sí, ó mandar instruir la correspondiente información: suspender á los mismos de empleo y sueldo y nombrarles sustituto, *dando cuenta con justificación á S. M.;* lo que desde luego supone haberse abierto el juicio de residencia é instruído la información sumaria y gubernativa con audiencia de los interesados: dictar las providencias convenientes para asegurar la responsabilidad de los que administran rentas públicas y hacer efectiva la de sus deudores; y proponer las medidas que crea convenientes á fin de dar y conservar á las autoridades constituídas, la respetabilidad que les es necesaria para ejercer sus funciones, con el decoro, energía é independencia que reclaman el buen orden y servicio públicos.

"En las referidas facultades no se encuentra por cierto la de remover á los empleados judiciales, sin las formalidades que en ellas mismas se previenen y que están establecidas por las leyes como la única garantía del poder judicial; la última más bien les impone el deber de respetar á las autoridades constituídas y dejarlas en el libre ejercicio de sus funciones.

"Es verdad que según el art. 4º del decreto de 9 de Noviembre de 1864, los Comisarios, y en su caso los Visitadores, á más de las facultades expresadas, podrán ejercer las especiales que el Soberano tenga á bien concederles por sus órdenes ó instrucciones. En el título del Sr. Hernández que V. E. se sirvió comunicarme en 21 de Noviembre último, no aparece que se le hayan cometido otras facultades que las consignadas en el decreto citado; y aunque podría ser muy bien que, en órdenes ó instrucciones reservadas, se le hubieran ampliado aquéllas, la Prefectura no puede persuadirse de que sean bastantes para ejercer los actos de que se ha hecho referencia, fundándose en que el Soberano ni ha querido ni debido hacerlo. No lo primero, porque en su tránsito para esta Capital exhibió un bello testimonio del respeto que le merecen la ley y de las garantías de los funcionarios públicos; pues acusados algunos de ellos de faltas en el desempeño de su ministerio, á ninguno removió, á ninguno suspendió, ni se hizo demostración alguna, resolviendo en los casos que se le presentaron, que ocurrieran los quejosos á los tribunales competentes á usar de sus derechos; y al disponer la renovación del Ayuntamiento, por consideraciones de justicia á sus miembros y de conveniencia pública, no procedió por sí al nombramiento de las personas que debieran sustituirlas, sino que, respetando los órganos de la ley, lo encomendó á los funcionarios respectivos. No lo segundo, porque en sus instrucciones á los Prefectos ha declarado de una manera solemne que la ley será en adelante la base del Imperio: que sólo en ella y por ella deben obrar los órganos del gobierno; y que mientras una ley esté vigente de derecho, debe ser religiosamente respetada. No es de suponerse, por lo mismo, que las órdenes ó instrucciones de S. M. fueran tan amplias que en su virtud pudiera atropellarse con disposiciones vigentes, sin haber acordado antes su derogación en el modo y forma establecidos.

"Todavía más: al decretar la institución de los Comisarios Imperiales y Visitadores, se propuso un objeto grandioso y de alta importancia para el bien público: cortar de raíz los abusos introducidos y los que en lo sucesivo se puedan des-

lizar en los ramos de la administración pública; y no es creíble, por lo mismo, que en sus instrucciones reservadas diera órdenes contrarias á este fin tan interesante, para que lejos de corregir y cortar los abusos, vinieran á establecerse á su nombre y con su autoridad, conculcando leyes que han recibido la doble sanción de la República y el Imperio.

"Pero sea como fuere: la Prefectura desea que se le diga de una manera terminante y explícita, si las órdenes que expida el señor Visitador Imperial, según el art. 5º del Decreto relativo, han de ser obedecidas por las autoridades y habitantes del Departamento, aun cuando conocidamente no sean conformes con sus facultades; si deben ser cumplidas aun cuando sean contrarias á la ley; y si los michoacanos debemos callar aun cuando no sean conformes á la conveniencia pública; pues en todo caso desea la Prefectura tener una regla segura á que normar su conducta, sin menoscabo de la autoridad que representa y sin mengua de los grandes respetos que se deben al Supremo Gobierno.

"Todo lo que tengo la honra de decir á V. E., para su conocimiento y fines indicados."

Al oficio anterior contestó el Gobierno, diciendo: que "el emperador se había servido aprobar la separación de los jueces de paz de Morelia, y que se dispusiera que los nuevos nombramientos, para llenar las vacantes que habían resultado por la separación de dichos jueces, se hicieran por los funcionarios que debían proceder á ellos con arreglo á las leyes."

El motivo que el visitador imperial tuvo para remover á los jueces menores, fué el de que todos ellos eran *cangrejos*. El Sr. del Moral estaba conforme en el fondo con dicha remoción; pero no aceptó la forma por creer que se menospreciaba su propia autoridad.

No concluiré este capítulo sin referir otro episodio. En los últimos días del mes (Marzo), el general Tapia, jefe de la guarnición de Pátzcuaro, trató de sorprender al comandante Jesús Villanueva, que organizaba y daba instrucción en Qui-

roga á un piquete de infantería, compuesto casi en su totalidad de voluntarios, pues que el jefe republicano era muy popular y contaba con el cariño de aquella clase del pueblo que rinde el contingente de sangre.

Tapia envió, al efecto, por distintos rumbos para que cayesen sobre Quiroga, á los guerrilleros Francisco Suárez y Magdaleno del Río, y para guardar mejor el secreto de la combinación, cada uno de ellos creía que iba obrando por sí solo, sin tener noticia del otro. El resultado fué que ambos al amanecer penetraron al mismo tiempo en las calles de Quiroga, y tomándose mutuamente por enemigos, se batieron encarnizadamente, resultando derrotado Suárez. Tapia atribuyó toda la culpa de este incidente á Magdaleno del Río, á quien profesaba cierta antipatía, y con este pretexto lo mandó dar de baja. En cuanto á Villanueva, sabedor de que se aproximaban los traidores, había tenido tiempo de salir tranquilamente de la población, y tranquilamente fué testigo presencial de la lucha entre ambas fuerzas imperialistas. Villanueva es muy adusto; pero dicen que en aquella vez se reía de todas ganas.

CAPITULO XXIV.

(1865)

Abnegación y firmeza de los republicanos.—Tacámbaro, centro de las operaciones.—Breve reseña histórica de la ciudad.—Nueva campaña.—Bosquejo biográfico de Régules.—Marcha triunfal de este jefe.—El coronel Garnica.—Derrota y muerte del contraguerrillero Suárez.—Ataque y toma de Puruándiro.—"El Boletín del Ejército del Centro."—Ocupación de Angamacutiro.—Régules en el Poniente del Estado.—Marcha rápidamente hacia el Norte.—Ataque y toma de Cuitzeo.—Fusilamiento del comandante de la guarnición, Severiano Izquierdo.—Régules en el Oriente de Michoacán.—Ocupa á Zinapécuaro.—Simón Garnica.—Combate de "Agua caliente."—Fuga precipitada de un destacamento de húsares.—Régules en las goteras de Morelia.

Para los republicanos de principios arraigados, de patriotismo firme y de fe en el triunfo de la causa nacional, nada significaba que el imperio siguiese una política liberal y opuesta á las exigencias del clero. Ellos permanecieron constantes en el campo de la lucha, peleando por la autonomía de México y no viendo en el imperio más que un gobierno implantado por las armas extranjeras y por las intrigas de la traición. Ni les arredró á los que combatían en Michoacán ver invadido el Estado por fuerzas cinco veces superiores á las que, mal vestidas, casi sin armas y reducidas á la miseria, defendían allí la independencia. No les importaba tampoco ser considerados como bandidos, y como tales enviados al patíbulo, cuando caían prisioneros. Su conciencia estaba sobre estas calumnias infames de sus cobardes verdugos. Me acuerdo que los oficiales y muchos de los soldados repetían con frecuencia una cuarteta del general Riva Palacio, en su drama "El abrazo de Acantempan."

Desnudos y con hambre; pero erguidos,
Sólo ante Dios doblegan la rodilla;
Si es bandido, Señor, quien no se humilla,
Pertenezco desde hoy á los bandidos.

Por eso los soldados eran admirables en su valor estoico, los oficiales en su heroica abnegación, y los jefes en su inquebrantable actividad.

El general Arteaga, que se veía en la necesidad de permanecer aún en Huetamo, á causa de sus enfermedades, había autorizado á Riva Palacio para dictar cuantas medidas estimase convenientes á la reorganización del ejército y á la movilización de sus fuerzas. En muy corto tiempo había puesto la primera división en un pie respetable de fuerza.

A fin de llevar á término todos estos trabajos, se había situado Riva Palacio en Tacámbaro, como punto céntrico para mantener la comunicación con Zitácuaro, Huetamo, el Poniente y el centro de Michoacán. De hecho quedaba Tacámbaro convertido en la Capital del Estado.

Esta hermosa ciudad lleva el nombre de *Codallos*, en memoria del benemérito general Juan José Codallos, que fué el primero que proclamó en Michoacán el establecimiento de la Federación. Codallos era venezolano, fué soldado de Bolívar, después vino al país, en donde militó á las órdenes de Iturbide en el ejército de las tres garantías. Al proclamarse el plan de Casa Mata (Febrero de 1823), marchó á propagar la revolución en Michoacán, y allí combatió largos años contra el gobierno de los conservadores, hasta que, hecho prisionero, fué fusilado en Pátzcuaro el 11 de Julio de 1831.

Tacámbaro ha sido siempre una tierra de patriotas, y en la época á que se refiere esta narración, los habitantes eran manifiestamente hostiles al imperio; y todo lo contrario, como dice un escritor belga que nombraré más adelante, "ofrecían cordialmente el pan y la sal á los chinacos," es decir, les daban una franca hospitalidad.

En su aspecto físico, la ciudad es un lugar de delicias. Situada al pie de la sierra, en un ramal de la cordillera andina, se asienta á la falda de la *Mesa*, erguida loma cubierta de vegetación que se alza al Norte del caserío. Tiene hacia el Sur magníficos paisajes de la naturaleza tropical; no lejos se des-

tacan el aislado cono de Caricho y la colina pintoresca, cuyo seno guarda la inagotable alberca de Chupio. Allí están el Cerro Hueco de triste memoria, la hacienda de "La Loma" desde donde se contempla un espléndido panorama; los apiñados cerros que ocultan á Caracha, y más allá los picachos de la Joya y la mole gigantesca del "Mariana."

Entre campos de verdura se levanta la ciudad, formando un bosque de árboles frutales y un conjunto de casas, cubiertas de coloradas tejas, que hacen contraste con la gualda de los plátanos y de las cañas de azúcar y con el brillante matiz de los cafés.

La ciudad, en su fundación es anterior á los días de la conquista, pero fué evangelizada, poco después de que se estableció en Michoacán la dominación española por el Venerable Fray Juan Bautista, *el apóstol de la tierra caliente,* quien edificó en la misma ciudad de Tacámbaro un sólido edificio del orden de "Agustinos" con lo que, dice Basalenque, quedó Tacámbaro hecho un paraíso en lo espiritual, como lo era en lo material por sus huertas.

Tacámbaro por su situación topográfica, está de tal suerte colocado entre la tierra caliente y las templadas y frías de Michoacán que, como he dicho, era entonces un magnífico centro de comunicaciones con las diversas partidas que operaban en el Estado; allí era más fácil tener noticias ciertas del enemigo por medio de agentes que se enviaban á los lugares ocupados por el imperio; allí llegaban periódicos de México y de otros puntos; allí se recibía con entusiasmo á las tropas republicanas, y allí se les proporcionaba toda clase de elementos. Por esto el general Riva Palacio estableció en ella su Gobierno y, pocos días después, Arteaga el Cuartel General del Ejército del Centro.

Se iba á emprender una nueva campaña. El general Arteaga confió á Régules este importante encargo, encomendándole al efecto el mando provisional de la División, y se dió á Pueblita la orden de hacer una excursión rápida por algunos puntos del Estado, á fin de llamar sobre sí la atención del enemigo, ó por lo menos de desorientarlo, respecto de los movimientos de Régules.

Tenemos otra vez en escena á este jefe, y voy á reseñar en las siguientes líneas la más grande de sus proezas, la campaña en que lo guió la fortuna como en una marcha triunfal; pero antes haré un rápido bosquejo del soldado humilde, pero valeroso; del subalterno fiel en el cumplimiento de las órdenes que recibía, pero audaz en grado heroico al llevarlas á cabo. Su nombre pertenece á la historia, como su corazón perteneció á Michoacán.

D. Nicolás de Régules era español de origen y mexicano por naturalización: nació el 21 de Agosto de 1822 en Quintanilla Sopeña, provincia de Burgos. En su juventud hizo en España la guerra contra los carlistas. Después estuvo en la Habana y en los Estados Unidos, y vino á México en 1845. A punto de estallar la guerra contra los americanos, Régules comenzó á prestar sus servicios en nuestro ejército con el empleo de teniente. Se encontró en algunas de aquellas guerras, y ajustada la paz con la República vecina, siguió sirviendo en el ejército mexicano, del que no se separó sino hasta que, á consecuencia de los convenios de Arroyo Zarco, se elevó al poder al general Santa-Anna. Comenzó la revolución de Ayutla y Régules marchó á Michoacán á incorporarse en la tropa del general Epitacio Huerta, á cuyas órdenes se distinguió por su valor y conocimientos militares. En la guerra de Reforma fué uno de los jefes más conspicuos, entre los que Michoacán enviaba á los campos del combate. En aquella época alcanzó el empleo de general efectivo, que le otorgó el general González Ortega, al terminarse la batalla de Silao, por el comportamiento que en ella había tenido.

Jamás el general Régules militó en las tropas reaccionarias, jamás desempeñó empleo alguno en los gobiernos conservadores. La firmeza de sus principios políticos, su lealtad, su honradez y sus dotes de soldado lo hicieron acreedor á la estimación pública.

Alberto Hans en su libro titulado "Querétaro," con el ánimo de deprimir á Régules, inventó que era español de las provincias vascongadas, que sirvió en otro tiempo en las tropas de Don Carlos, en calidad de sargento, y que emigró á México después de la ruina del partido carlista.

Régules en cuanto á su físico, era de estatura regular, de músculos de hierro, de una salud á toda prueba. Había en su semblante la expresión del mando, y en sus ojos el brillo de una mirada enérgica. En la vida privada fué siempre dechado de virtudes: allí su carácter era dulce y alegre. Su esposa y sus hijos no podrían haber deseado ni mejor marido ni mejor padre.

Hé aquí los rasgos principales para el retrato del general Régules. Agregaré un detalle. Cuando aparecieron en Veracruz los ejércitos de la convención tripartita, Régules solicitó su retiro, no queriendo combatir contra España, su antigua y noble patria, por más que ya no se considerase sino como mexicano; pero desde el momento en que el general Prim apartó al gobierno ibero de la injusta agresión, Régules no insistió ya en su solicitud. Entonces con más ardor que nunca, con todo el patriotismo de su alma corrió á empuñar las armas para combatir, como lo hizo sin descanso, sin vacilación, con una fe invencible en el triunfo, contra las huestes de Napoleón III y contra los traidores á la patria.

Ya es tiempo de referir la marcha triunfal del general Régules.

El 21 de Marzo abandonó á Tacámbaro, venciendo su jornada en Acuitzio. En la madrugada del 22 se dirigió rumbo á Quiroga. Sobre el camino tuvo noticia de que un convoy del enemigo iba de Pátzcuaro á Morelia. La ruta llevada por el general y la que practicaban los imperialistas se cruza en Fontezuelas; pero nuestras tropas se hallaban todavía distantes de aquel punto, aunque la simple vista alcanzase ya á divisar la columna enemiga, que yendo por un camino más amplio y más recto, no tardaría en ponerse fuera del alcance de los republicanos: Régules no quiso que se le escapase la presa: ordenó que la vanguardia de la división al mando, del coronel Garnica, partiese inmediatamente á estorbar el paso del convoy.

En Michoacán se sabe bien cuánto valía Garnica. El patriotismo era en él ingénito, la guerra un placer, y el valor

la cosa más sencilla del mundo. Conocía á palmo el terreno en todo el Estado; pero aquel día estaba en sus *comederos*, como él decía; no había *mogote*, ni *encrucijada*, ni *barbecho* que no supiese de memoria.

Recibir la orden y empuñar la *garrocha* (la lanza) fué obra de un momento. Se oyó la voz de Garnica que gritaba con todos sus pulmones: "el que sea hombre, que me siga." Y como todos sus soldados eran *hombres*, no hubo uno que no lo siguiera.

Cuando el enemigo acordó, ya tenía encima á aquellos famosos rancheros de Coeneo, inimitables ginetes, en ágiles caballos, guerrilleros valientes y astutos como su jefe. Se percibía el zumbar de las banderolas de las lanzas y el estrépito de los caballos.

Los cien hombres de Garnica cayeron como rayo sobre los doscientos dragones imperialistas. Corta, pero reñida y sangrienta fué la lucha. La escolta del convoy desapareció para no volver á reunirse: su jefe, el coronel Francisco Suárez, quedó muerto en la calzada del Obispo, en lo más recio de la pelea. El camino se vió regado de cadáveres, pues no se hicieron más que once prisioneros.

Cuando el general Régules llegó, pocos momentos después, ya todo había concluído. Garnica puso á su disposición veinticinco mulas cargadas de parque y de vestuario: el mejor botín al iniciarse aquella expedición.

La división continuó su marcha rumbo á Quiroga, pero se encontró la plaza ocupada por trescientos zuavos. La tropa republicana había hecho una larga y penosa jornada y sufría las consecuencias de las fatigas ocasionadas por los acontecimientos del día. No estaba, pues, en aptitud de atacar á una fuerza de refresco y que además estaba defendida por buenos parapetos. Se contentó el general con enviar algunas partidas que tiroteasen al enemigo, en tanto que él, con el grueso de su división, pasaba por las goteras de aquella villa, yendo á acampar no lejos de allí, sin que los franceses, por su parte, intentaran salir á batirlo.

El día 25 llegó á Coeneo, dió un corto descanso á su gente, y el 26 por la mañana se presentó á las puertas de Pu-

ruándiro, en donde había una guarnición de más de quinientos hombres. Defendía la plaza el teniente coronel Macario Silva. Este jefe, uno de los más valientes entre los imperialistas, salió con una fuerza de caballería al encuentro de la división, llegando hasta una hacienda que creo se llama la Presa, distante un cuarto de legua de la ciudad: allí estaba ya Garnica esperándolo: el choque fué terrible; los soldados de uno y otro bando se batieron con arrojo, dejando bien puesta la fama que tenían. Silva, empero, fué rechazado y nuestros guerrilleros lo persiguieron hasta la finca de labor llamada de Sedano, más allá de Puruándiro.

Entretanto, el general con el grueso de la división atacaba bruscamente la plaza. No disparó sobre ella más que dos cañonazos y lanzó una columna al asalto de las trincheras. Los jefes de la guarnición, que no esperaban tanta rapidez en el ataque, tenían la mayor parte de la fuerza tendida en tiradores sobre las azoteas de las casas, y no pudieron reforzar oportunamente los parapetos. La ciudad fué tomada y las armas y el parque pasaron á poder de los nuestros. Hubo pocos muertos y menos prisioneros, porque los defensores de la plaza lograron fácilmente huir en todas direcciones, por hallarse, como he dicho, fuera del recinto fortificado.

En ese día se apoderó José Vicente Villada de una pequeña imprenta que tenían los imperialistas en Puruándiro. Villada en su juventud fué impresor, lo que le sirvió entonces para publicar un pequeño periódico que él mismo redactaba con el título de "Boletín del Ejército del Centro en campaña."

Increíble parece la actividad del general Régules. No había amanecido aún el día siguiente, cuando ya buscaba nuevo campo de combate. Otra vez fué Garnica el encargado de iniciarlo, marchando al trote largo sobre Angamacutiro. Había en aquel pueblo una fuerza de vecinos en número de doscientos. El Imperio acostumbraba obligar á los habitantes pacíficos á que se armaran y defendiesen sus respectivas poblaciones: la cárcel, las multas, todo género de persecuciones eran el castigo de los remisos. Bueno es decir, sin embargo, que esto se hacía solamente en los lugares ocupados por guar-

niciones imperialistas, ó en los que no distaban de éstas y podían ser fácilmente auxiliados.

En este último caso se hallaba Angamacutiro. Régules destacó á Garnica con objeto de impedir que aquella fuerza se retirase, al tener noticia de la ocupación de Puruándiro. Conseguido este propósito, apenas se presentó la División, como á las siete de la mañana, cuando los defensores de la plaza se rindieron incondicionalmente, entregando sus fusiles y seis cargas de parque. Las municiones de guerra de la tropa de Régules se iban reponiendo así en cada uno de estos triunfos parciales. El general, que no vió en los vecinos de Angamacutiro traidores á la patria, sino víctimas de la tiranía del Imperio, declaró que estaban libres y que podían volver á sus casas.

La marcha que iba verificando la división, podía revelar cuál era el plan de su jefe. En las conferencias que éste había tenido con el general Arteaga, había manifestado la seguridad de que el Imperio cubriría muy pronto las plazas de Ario y Tacámbaro, tan importantes para las operaciones del Ejército del Centro é indispensables para proveerlo de recursos, así como para dejarle libre la extensa línea de la tierra caliente. Destruir las guarniciones de la tierra fría y desorientar al enemigo, hé aquí el pensamiento preconcebido de nuestros jefes. Si á pesar de esto, se realizaba la ocupación de Tacámbaro, el general, dejando muy lejos á las columnas expedicionarias, que de seguro lo perseguirían, caería sobre aquella ciudad, la tomaría indefectiblemente, y quedaría logrado el plan de la campaña.

Estaba ya batida y conquistada una parte de la zona Norte del Estado. Para desviar al enemigo, Régules, saliendo de Angamacutiro, siguió por Santa Fe del Río. Con una rapidez asombrosa tomó el rumbo del Poniente; amagó á Zamora pasando por las inmediaciones de la ciudad; se encaminó por Chavinda hasta Jiquilpan, y allí dió dos días de respiro á sus tropas. Había tocado el extremo de Michoacán por el Oeste. Las columnas que lo perseguían, creyendo que se dirigía hacia el Sur, como lo indicaba su marcha, se inclinaron de aquel lado, apresurándose á llegar á los Reyes y á Cotija;

pero Régules había ya retrocedido; de nuevo volvía al corazón del Estado por Tangancícuaro y Purépero. En este último punto desbarató una partida de traidores que osó estorbarle el paso. Continuó por Caurio, Zacapu, Huaniqueo y Huango. Otra vez se hallaba en el Norte, cerca de Puruándiro.

El día 7 (Abril) fué á amanecer en Cuitzeo de la Laguna. La plaza estaba defendida por más de doscientos imperialistas al mando de Severiano Izquierdo. Era este jefe nativo de Cuitzeo, hombre de pasiones violentas y de un valor á toda prueba. Los defensores de la plaza ocupaban el inexpugnable convento de San Agustín y el Santuario de Guadalupe. La fatigada tropa de Régules comenzó el ataque por este último punto, entreteniendo, sin embargo, con un tiroteo á los que sostenían aquel otro grande edificio. Después de una hora de combate se rindió la fuerza que se defendía en Guadalupe: los soldados del imperio arrojaron desde lo alto del Santuario sus cartucheras y el vestuario, y bajaron á entregar sus fusiles y el parque, constituyéndose prisioneros.

Obtenido este triunfo, el general Régules se dirigió con toda la división hacia el convento de Agustinos.

Sabido es que los frailes de esta religión construían sus casas monacales para que sirvieran de fortalezas en caso ofrecido, distinguiéndose en esto de los franciscanos, que se contentaron en los primeros días de la conquista con humildes habitaciones que más bien parecían chozas.

La fábrica de Cuitzeo se hizo para resistir las incursiones de las tribus chichimecas. Tanto el templo como los claustros tienen muros espesos y de una solidez á toda prueba; todo está embovedado, inclusas las caballerizas, y según el cronista Basalenque, "no hay casa en toda la provincia tan uniforme como la de Cuitzeo, ni tan fuerte." Era, por lo tanto, ineficaz el empleo de la artillería de poco calibre con que contaba el general Régules, y este jefe se decidió desde luego por el asalto y formó sus columnas de ataque. En alta voz preguntó si había un hombre que se atreviese á romper á hachazos la puerta principal. De entre las filas salió un soldado, cuyo nombre no ha sido posible averiguar, empuñó

una hacha, y en medio de una lluvia de balas, se arrojó al zaguán, lo rompió en astillas, é incólume fué á tomar su puesto entre la tropa.

Las columnas, formando una masa compacta, penetraron en el convento: el fuego de la fusilería era incesante: se oía como el fragor de las nubes á punto de estallar una tempestad de granizo. Poco menos de una hora duró el combate en el interior de los claustros. Las bayonetas chorreaban sangre. Se luchaba sobre las bóvedas y á lo largo de los sombríos corredores. En todas partes la resistencia era tenaz. Izquierdo, parapetado tras de un montón de cadáveres, se batía sin descanso y sin pedir cuartel, é imitaban su ejemplo los pocos soldados que le quedaban. Por fin, la falta de parque y el gran número de asaltantes obligaron á aquellos valientes á dejarse coger prisioneros. Y como nada es más cierto que el adagio de que en la guerra como en la guerra, Izquierdo fué inmediatamente pasado por las armas.

En aquellos momentos llegaban á escape Santiago Hernández y Antonio Calderón, los dos más hábiles y audaces exploradores, en quienes el general tenía plena confianza. Llevaban la noticia de que el coronel De Potier, con su columna de franceses, avanzaba á toda prisa en dirección de Cuitzeo. No creyó Régules prudente comprometer á su tropa en un nuevo hecho de armas, en aquellos momentos en que, si vencedora, estaba agobiada por la fatiga del combate y por las marchas forzadas que acababa de hacer. Era probable, por otra parte, que la noticia del ataque á Cuitzeo hubiese llegado á Morelia, que dista de aquella población menos de ocho leguas, y en este caso había seguridad de que de dicha ciudad se desprendiesen también algunas fuerzas á cortar la retirada de la División.

Contentóse, pues, por de pronto, con el triunfo que acababa de obtener, y para tener expeditos á sus soldados, les dió un descanso de algunas horas, y mientras tanto, los vecinos de la población destruían las trincheras, daban sepultura á los muertos y recogían los heridos.

A las nueve de la noche, la división prosiguió su ruta, llegando al amanecer á Santa Ana Maya, en camino para Zinapécuaro.

Los exploradores avisaron que esta última plaza había sido cubierta el día anterior con una guarnición imperialista.

Ya se ha visto que Garnica era el paladín de Régules, cuando éste necesitaba dar un ataque brusco de caballería. Previendo el general que el destacamento de Zinapécuaro emprendería su retirada á Morelia, al tener noticia de los sucesos de Cuitzeo, y más que todo sabiendo que los republicanos avanzaban sobre la población, destacó al incansable guerrillero á impedir la fuga ó á batir á los ciento cincuenta dragones de aquella guarnición.

En efecto, esta tropa había salido ya de Zinapécuaro y huía apresuradamente. Garnica desprendió algunos de sus hombres, al mando de su hermano Simón, para que á carrera abierta alcanzasen á los fugitivos y los entretuviesen mientras él llegaba. Simón Garnica, que para obedecer cumplidamente no tenía rival, se precipitó como un huracán, alcanzó al enemigo en "La Agua Caliente," y á cada bote de la lanza, él y los suyos hacían morder el polvo á los imperiales. Cuando el coronel llegó á aquel sitio, ya su hermano había quedado vencedor. Un gran número de caballos y de excelentes mosquetes fueron el botín de los rancheros de Coeneo.

Hay que decirlo otra vez: las marchas forzadas, los repetidos combates, las continuas vigilias, tenían fatigada hasta el extremo á la división de Régules. El general se vió en la necesidad de conceder un nuevo reposo á sus soldados, y permaneció el día 9 en Zinapécuaro, no obstante los frecuentes avisos que recibía de que dos columnas de franceses lo perseguían muy de cerca. La más inmediata era la de De Potier.

Anocheció: los exploradores de Régules se batían á media legua de distancia de Zinapécuaro con los soldados extranjeros. El general dió la orden de marcha. La tropa caminó silenciosa, pasando por entre las dos columnas enemigas, y luego, con toda rapidez, se dirigió hasta Charo. Desde allí envió Régules la infantería rumbo á Atécuaro, por las fragosidades de las montañas y aprovechando las tinieblas reinantes aún, para que no fuese vista. Se puso entonces él mismo á la cabeza de los quinientos jinetes que formaban su caballería, y tomó el camino de Morelia. En la hacienda de la Goleta

había una escolta avanzada de húsares: nuestros chinacos se arrojaron sobre ellos, los pusieron en precipitada fuga y los llevaron en corrida hasta la garita del Zapote, al Oriente de Morelia. Inmensa cundió la alarma en la ciudad. Se creía que Régules con numerosas fuerzas formalizaría el ataque: la artillería rodaba por las calles; las alturas eran ocupadas por reforzados pelotones; las trincheras estaban coronadas de soldados; las gentes huían á encerrarse en sus casas; los correos salían en todas direcciones, en solicitud de auxilio. El pánico era general.

Entretanto la tropa de Régules escalaba la colina de Santa María, trasponiendo á poco el alto lomerío de Santiago Undameo.

Al día siguiente entró De Potier á Morelia, afirmando que Régules iba derrotado. Dió orden de que sus tropas se acuartelasen y se entregaran al descanso, y por la tarde, de gran uniforme, salió á hacer su paseo acostumbrado en la calzada de San Pedro.

En la ciudad, empero, corrían rumores alarmantes, y se creía ver reaparecer á Régules de un momento á otro. El mismo De Potier participaba de esta creencia, y no intentó la persecución de su astuto adversario.

En la extensión del territorio michoacano había expectación de grandes sucesos. En los lugares ocupados por guarniciones imperialistas reinaban la inquietud y el sobresalto. Todos se creían amagados por el batallador republicano.

CAPÍTULO XXV.

(1865)

La "Legión Belga."—Llega á Morelia el "Regimiento de la Emperatriz Carlota."—Salida de los belgas hacia Tacámbaro.—Impiedad de los defensores de la religión.—¡Enemigo al frente!—Tacámbaro como plaza militar.—Alarma.—Prisión de la señora de Régules y de sus tres hijos.—Marcha de la División republicana.—Vivac en Cruz de Caminos.—El indio Acosta —Las columnas de ataque.—El primer asalto.—El joven Jáuregui.—El coronel Luis Robredo.—El segundo asalto.—Toque de parlamento.—Infame traición.—El tercer asalto.—¡El incendio! —¡Locos de terror!—El martirio de una madre.—El sordo Molina.—El último asalto.—Régules en medio del exterminio.—La victoria.—¡Venganza!—El ángel salvador de los belgas.—Asesinato del Dr. Lejeune.—Un día de haber.—El hijo del Ministro de la Guerra de Bélgica.—¡Palabra de honor!

En el curso de este capítulo va á prestarme poderoso contingente un libro publicado por Ch. Loomans, sub-oficial belga que fué prisionero de nuestras tropas. La obra se titula "Ocho meses de cautividad entre los indios de México." Aunque el autor incurre en el vicio, común á muchos escritores extranjeros, de juzgar de las cosas y de los habitantes de México sin exacto conocimiento de causa, de llevarse de impresiones puramente personales, y además, se deja arrastrar con frecuencia del despecho que á él y á sus compañeros produjo la derrota que voy á narrar, contiene, sin embargo, revelaciones de grande importancia, datos curiosos y preciosas confesiones.

Los destacamentos belgas habían comenzado á llegar á México en fines de 1864. Al principiar el de 1865 estaba ya íntegra la legión. Tenía un jefe de primer orden, el tenien-

te coronel Van der Smissen, hoy general en jefe del ejército de Bélgica, y los oficiales eran excelentes. La legión belga, llamada también "Regimiento de la Emperatriz Carlota," fué enviada á Michoacán: parte tomó el camino de Zitácuaro y la otra avanzó hasta Morelia, á donde llegó el día 1º de Abril. Serían las once de la mañana cuando hizo su entrada, tambor batiente y flotando al viento la bandera. Los apuestos soldados llamaron la atención por su elevada estatura, su juventud, su gallardía y su marcial continente. No dejaba de ser parte en esta simpática impresión su uniforme, que consistía en pantalón corto y pelliza de paño azul, polainas blancas que subían hasta el extremo inferior del pantalón, y un sombrero de fieltro negro, de figura cónica, con un plumaje de vistosas plumas de gallo.

La columna se componía de dos batallones. Uno de éstos, al mando del mayor Tydgat, salió de Morelia rumbo á Tacámbaro en la mañana del 3 de Abril; marchó con ellos un escuadrón de dragones *mexicanos*, y llevaban un pelotón de artilleros con una pieza rayada. Al abandonar la plaza salieron por la calle que conduce á la garita de Santa Catarina, tocando sus clarines y tambores. Revelaban en sus semblantes el juvenil entusiasmo de los que piensan que van á cumplir gloriosos destinos.

Vencieron la primera jornada en Acuitzio. Los belgas y la artillería se alojaron en el cementerio, por estar sólidamente bardeado, aunque no había necesidad de esta precaución, supuesto que el enemigo estaba lejos.

En general los soldados extranjeros de la intervención no eran muy respetuosos que digamos con las cosas sagradas, no obstante que vinieron á México como defensores de la religión. Semejante conducta causó más de un desengaño.

Hé aquí cómo da cuenta el escritor belga de la llegada á Acuitzio:

"Acampamos en el cementerio, y para hacer nuestras fogatas nos apoderamos de todas las cruces de madera que había en los sepulcros...... Es demasiado iconoclasta el hecho; pero la verdad es que, sin tener en cuenta la devoción, quemamos las cruces de las sepulturas de Acuitzio, á fin de pro-

veernos en aquel lugar fúnebre de una agradable taza de café."

Tres días permanecieron los belgas en aquella población, cuyo nombre les es hoy de grata memoria por haberse celebrado allí, ocho meses después, su canje con los prisioneros republicanos.

A las ocho de la noche del día 6 se mandó levantar el campo y marchar con el mayor silencio. La tropa penetró con bravura en la densa obscuridad de los bosques.

"¡Qué noche! dice el escritor belga: no se veían unos á otros los soldados. Marchaban como ciegos, chocando contra las ramas de los árboles, haciendo pedazos el calzado en las piedras de la ruta, estorbándose al andar.

"De repente se oyó un disparo!"

"El enemigo! Un enemigo invisible: los belgas experimentaron todas las sensaciones del peligro de lo desconocido. A la orden de cargar las carabinas sintieron como si hubiesen recibido un choque eléctrico. Por donde quiera se oían estas palabras: ahí está el enemigo!"

El clarín dió el toque de carga!

Los belgas se lanzaron con denuedo hacia delante empujándose en medio de las tinieblas, prorrumpiendo en gritos de entusiasmo, deseando cada uno ser el primero en disparar su arma. En aquella confusión arrollaron el piquete de artillería tan precipitadamente y con tal empuje, que artilleros, cañón y cajas de parque rodaron á una barranca; pero el campo quedó libre para batir al enemigo, á aquel fantasma que se presentaba en el profundo bosque de pinos. Llenos de cólera marcial, estaban ansiosos de escuchar el toque de *fuego.*

Sonó el clarín mandando hacer *alto.* Un oficial *mexicano* del escuadrón de caballería se presentó en medio de la columna y con voz de trueno exclamó que *no había enemigo!*

Algún cazador errante había disparado aquel tiro que causó la alarma, alarma que produjo en el jefe de la columna la persuasión de que contaba con soldados decididos y prontos al combate.

Al día siguiente (7 de Abril), los expedicionarios hicieron

su entrada en Tacámbaro y se instalaron en los portales de la gran plaza de la ciudad, entregándose á poco en brazos del sueño y de un reposo dulce y reparador. La jornada había sido fatigosa.

Estaba por fin ocupada aquella población, asilo hospitalario de las fuerzas republicanas.

Pero si aquella mansión es un verjel primoroso, en cambio como plaza militar no puede ser más detestable. Es casi un embudo, merced á las montañas y colinas que la rodean. Por tal motivo, nuestras tropas jamás esperaron al enemigo dentro de la ciudad, sino que le ofrecían la batalla en los alrededores. Los belgas han querido alegar esta circunstancia para atenuar su derrota del 11 de Abril, atribuyendo á perfidia del jefe que mandaba en Morelia haberlos enviado á Tacámbaro de guarnición. Acaso haya en efecto algo de verdad en este modo de juzgar; ni desmiento ni confirmo la especie; pero los *chinacos* no batieron la plaza desde los puntos dominantes. Penetraron en la ciudad y, á pecho descubierto dieron el asalto á las inexpugnables fortificaciones, colocándose los asaltantes dentro del mismo embudo en que se hallaban los defensores.

Apenas amaneció el día 8, cuando los belgas tomaron sus posiciones, ocupando la parroquia con sus dependencias, todo lo cual pertenecía al antiguo convento de agustinos. Ocuparon también una casa contigua y el atrio del templo, bajo la protección de un muro de dos metros de altura que aspilleraron inmediatamente. Además, á otro día los soldados levantaron un segundo parapeto enfrente del atrio, completando así un buen sistema de obras de defensa. Entretanto, sus exploradores reconocían minuciosamente el terreno, dentro y fuera de la ciudad, "convenciéndose la tropa de que nada por allí tenía el aire de ocultar la serpiente bajo la hierba."

Sin embargo, los belgas no estaban tranquilos, ni siquiera por las noticias exactas que tenían de que la única fuerza respetable de los disidentes, la que mandaba el general Régules, se había internado en el corazón de Michoacán y era activamente perseguida por el coronel, conde De Potier. Por

otra parte, en caso de ser atacados, podrían contar con el auxilio de las tropas imperiales de Morelia y más prontamente con el de las de Pátzcuaro que sólo dista de Tacámbaro unas catorce leguas.

No hay que olvidar que el "Regimiento de la Emperatriz" tenía el mejor armamento y que contaba con un gran depósito de municiones de guerra. Nuestras tropas, en cambio, estaban compuestas de soldados en una gran parte recién cogidos de leva, con poco y mal armamento y sin mas parque que el que contenían las cartucheras.

Había, pues, motivo bastante para que la guarnición estuviese tranquila; pero vagos rumores, cuyo origen era desconocido y que, sin saberse por qué, tomaban más y más consistencia, hacían pensar á los belgas en un próximo peligro.

En la tarde del día 10 creyeron observar que los vecinos entraban en inusitada animación y formaban corrillos: no faltó quien dijese á los belgas que los chinacos tan pronto estaban á cien leguas de distancia, como, cuando menos se les esperaba, aparecían en las goteras de la ciudad.

De repente, en el interior del atrio, los caballos y acémilas de la fuerza comenzaron á relinchar y daban muestras de espanto, sin que hubiese causa para ello, lo cual entre los soldados es señal de que no está lejos el enemigo.

En virtud de semejante estado de alarma, las partidas de exploradores batieron de nuevo el campo y se retiraron sin novedad, replegándose, empero, dentro del recinto fortificado. Parecía como si el genio invisible del pánico, semejante á un vampiro siniestro, cerniese sus alas sobre los defensores de la plaza.

Entonces pasó un hecho que jamás podrán justificar los partidarios del Imperio.

Vivía en Tacámbaro la familia del general Régules, no habiendo podido permanecer en Morelia, porque en su odio contra los disidentes, nada perdonaban los jefes intervencionistas. La familia se componía de la Sra. Soledad Solórzano, esposa del general, y de sus tres hijos, Fidel, Juanita y Teresa. En mala hora había entre los belgas un médico militar,

el Doctor Lejeune, impresionable hasta la nerviosidad y precavido en toda la extensión de la palabra. Este hombre aconsejó al mayor Tydgat que se apoderase de aquella familia, conservándola dentro de la fortaleza, como una garantía contra todo ataque.

Advierto que en esta parte de la narración tomo los datos que suministra Mr. Ch. Loomans, en su libro ya citado, y repito que aquel escritor se hallaba formando parte de la fuerza belga, de guarnición en Tacámbaro. Para disculpar el atentado dice que aquella señora estaba señalada como sospechosa; que en su casa se encontraron algunas armas y monturas, y que interrogada sobre la procedencia de tales objetos, no quiso dar respuesta alguna. Como si en la casa de un general en campaña y en una población que servía de cuartel á sus tropas fuera extraño que hubiese algún material de guerra.

Tomada, pues, tan importante y necesaria precaución, ya pudieron los belgas dormir tranquilamente la noche del 10 de Abril de 1865, dentro de la iglesia parroquial de Tacámbaro.

Por su parte, Régules, á quien dejamos en el capítulo anterior trasponiendo el alto lomerío de Santiago Undameo ante la vista atónita de los morelianos, continuó su camino, y al anochecer se incorporó á su infantería que se encontraba en Atécuaro.

Desde Zinapécuaro había sabido que un regimiento belga se hallaba de Tacámbaro, y mientras los soldados de su División descansaban unas cuantas horas, estuvo dictando algunas órdenes: varios oficiales de su confianza, disfrazados de *ancheteros*, salieron de Atécuaro hacia Morelia y Tacámbaro.

El general emprendió la marcha á las once de la noche, y entre siete y ocho de la mañana del día 10 estaba en la Congregación de Cruz de Caminos, en aquel paraje agreste y solitario en que una naturaleza llena de majestad convida al silencio.

Allí vivaquearon nuestras tropas durante el día, y se recomendó á los soldados que durmiesen el mayor tiempo que

quisieran. A la hora oportuna se les sirvió un rancho abundante. En la tarde estaban ya todos despiertos. Los sargentos dieron el ejemplo de limpiar las armas, de surtir las cartucheras, de arreglar los *guaraches*. Aquellos preparativos anunciaban un grande acontecimiento.

A las siete de la noche, el general ordenó la marcha, y de nuevo se puso la tropa en movimiento. El terreno es montañoso; así es que el camino bajaba y subía por pendientes cubiertas de pinares. Los soldados comprendían que estaba próxima la hora del combate, y que en esta vez la lucha iba á ser terrible. En circunstancias como aquellas, los soldados por intuición saben, tanto como sus jefes, á dónde se dirigen, cuál es el enemigo con quien tienen que habérsela, y hasta adivinan el resultado de la lucha. Y sucede también generalmente que, cuando un ejército conoce que se va acercando la hora de dar la batalla, reina silencio en las filas y se camina más de prisa. Los soldados, aun los más valientes, experimentan una sensación que pudiéramos llamar dolorosa: cada uno siente en su alma presentimientos más ó menos vagos, y un cuadro completo de recuerdos se desarrolla en su memoria. Pero en aquella noche—la del 10 al 11 de Abril—se escuchaban las pláticas animadas y las risas alegres de los *chinacos:* de cuando en cuando una voz más alta exclamaba: *á Tacámbaro, á Tacámbaro!*

Faltaría media legua para llegar á la ciudad, cuando se acercaron al general unos exploradores acompañados del indio Acosta.

Acosta era el vigía que los republicanos tenían siempre situado en el rumbo Norte de Tacámbaro, para avisar la aproximación del enemigo, procedente de Morelia ó de Pátzcuaro. Acosta era un Argos. Bajo de cuerpo, de fisonomía en que se revelaba la pureza de la raza indígena. Era uno de esos hombres leales en la extensión de la palabra. No sólo servía por fidelidad, sino que había en su pecho un gran fondo de patriotismo, y en su alma mucha inteligencia. Los que estuvimos en Tacámbaro, durante la intervención francesa, debemos recordar con gratitud á cuántos peligros se expuso Acosta para dar un aviso oportuno y cómo lo veíamos llegar co-



SRA. SOLEDAD SOLÓRZANO DE RÉGULES.—1865.

rriendo, en solicitud del general en jefe; lo que nòs servía para ensillar á toda prisa nuestros caballos y estar en espera de órdenes. Una vez sucedió que el enemigo se aproximaba á todo correr. Acosta comprendió que no tenía tiempo para bajar á Tacámbaro, y desde la Mesa se puso á hacer señales con su frazada y su sombrero. No faltó quien lo viera, y la sorpresa no se llevó á cabo.

Volvamos á la narración. Acosta llegó con los exploradores á donde estaba el general Régules con sus ayudantes. La voz del indio temblaba de cólera.

—Señor, le dijo, los belgas tienen presa á la señora y á los niños de usted: están dentro de las trincheras.

Un grito de indignación se escapó de los labios de los presentes. La voz serena del general preguntó:

—¿Cuántos son los belgas? ¿Qué armamento tienen? ¿Cómo están las fortificaciones que han construído? Dímelo todo; después hablaremos de Chole.

—Los belgas son trescientos; hay además ochenta dragones de los traidores, y tienen una pieza rayada. Están alarmados porque no conocen el terreno, pero no tienen miedo de batirse. En cuanto á su armamento es magnífico. Antier que fué día de *tianguis* había mucha gente en la plaza, y los belgas se paseaban en grupos: yo, haciéndome disimulado, me acerqué á una de aquellas escoltas de *gringos*, les ofrecí un traguito de aguardiente, y la verdad que no se hicieron del rogar; repitieron las copas, y cuando estaban ya muy alegres, les pedí prestada una de sus armas para verla detenidamente. Mi curiosidad les pareció tan sencilla que no pusieron obstáculo y pude examinar sus carabinas que son de gran finura, muy ligeras y todas nuevecitas. Los belgas me dijeron que tienen más alcance que los fusiles de los franceses. ¡Qué buenas están para usted, mi general! Lo del largo alcance sólo puede asustar á los que se ponen lejos ¿ó nó, mi general?

Régules no pudo menos de sonreir al escuchar estas palabras del indio, no obstante los encontrados pensamientos que bullían en su alma, viendo presentarse la victoria con el sacrificio de la inocente familia aprisionada. En tanto, los jefes

de la División que habían ido llegando, unánimes suplicaron á Régules que desistiese del ataque proyectado, á fin de no comprometer la existencia de aquellos séres tan queridos. La luna se había ocultado en aquel momento entre las nubes. Nadie pudo ver el semblante de aquel hombre. Sólo se oyó su voz firme y tranquila que mandaba:

—Adelante!

Más de doscientas leguas había recorrido el general Régules en la marcha triunfal que queda referida. Estaba ahora enfrente de Tacámbaro, punto de partida, y objeto final de su expedición.

Iba á librar tremendo asalto contra una tropa compuesta de soldados que deseaban el combate, ansiando medir sus armas contra los terribles chinacos, contra los guerrilleros á quienes su imaginación convertía en paladines fantásticos; y en su ambición de gloria, ambicionaban los belgas sobrepujar á los franceses en disciplina y valentía. Provistos de abundantes provisiones y de gran cantidad de parque, y parapetados en inexpugnable y sólido edificio, esperaban la hora de la pelea.

Esta hora iba acercándose por momentos: de nuevo los jefes subalternos de Régules le instaron que cambiara su itinerario, dirigiéndose sobre alguna otra de las poblaciones ocupadas por el enemigo. Le hacían patente el riesgo á que iba á exponer á su esposa y á sus hijos, encerrados en el interior del recinto fortificado. El general contestó:

—Señores, á su puesto; todos á cumplir con su deber. Primero es la patria!

Se organizaron las columnas de ataque. Eran cuatro, mandadas por los coroneles Luis Cáceres, Luis Robredo, José María Méndez Olivares y teniente coronel José Vicente Villada. Los caminos de Pátzcuaro, Ario y Morelia quedaron cubiertos por la caballería, mandada por el coronel Miguel Eguiluz, por Garnica y por el teniente coronel Espiridión Trejo.

Había amanecido el día 11. Quien quiera que desde la plaza de Tacámbaro hubiese tenido fija la mirada en la Mesa, habría podido divisar la vislumbre de las bayonetas y la masa

obscura y compacta de nuestras tropas formadas en lo alto de aquella colina.

A las cinco de la mañana, el estallido del cañón despertó á los belgas que dormían tranquilamente, y que se levantaron de un brinco. Aún duraba el eco del disparo, repercutiéndose en los montes vecinos, cuando se dejó oir el segundo cañonazo, que hizo saltar algunas de las piedras de sillería de la truncada torre de la parroquia.

Las avanzadas de los belgas se replegaron á la vista de los primeros chinacos que aparecieron en las calles. Eran éstos los tiradores mandados por el comandante Jesús Villanueva que avanzaba explorando el terreno.

Al mismo tiempo, las columnas de infantería descendían de la Mesa, con el arma en el brazo, impetuosas como un torrente desbordado. Se dejó oír un grito inmenso: "¡Viva México!"

Los belgas se concentraron en el atrio de la parroquia y en una casa próxima. Sus tiradores ocupaban la torre.

La primera columna de asalto de las tropas republicanas, desembocó frente á las fortificaciones, apareciendo por la esquina de la calle paralela á la fachada de la iglesia.

Entonces el mayor Tydgat dijo á uno de sus oficiales:

—Capitán de Lannoy, creo que la compañía de usted bastará para derrotar á esa *canalla*. ¿Lo oye usted?

—Ciertamente, mayor; y dirigiéndose á sus soldados exclamó:

—Mis amigos, pongámonos á la altura de la misión con que se nos honra. Adelante, ¡á la bayoneta!

La compañía se lanzó fuera de la iglesia como un torbellino. Furiosos, con la cabeza inclinada, á paso de carga, corrieron los belgas al encuentro de los republicanos.

El encuentro fué espantoso. A los disparos de la fusilería, al ataque que inmediatamente se siguió al arma blanca, los hombres caían como soldados de plomo: el suelo se teñía de sangre; se oían horribles maldiciones.

Entretanto seguían bajando las otras columnas de Régules: á los belgas les pareció que aquellos mil quinientos infantes era un ejército incontable, que llegaba como una marea creciente.

Los soldados del capitán de Lannoy fueron reforzados con una nueva compañía para que pudiesen replegarse. Magníficos y serenos ante el peligro, hacían blanco de sus carabinas á nuestros jefes y oficiales.

El general Régules estaba al frente de sus fuerzas: su corcel alazán cayó acribillado por las balas. En el acto montó en el de refresco que tenía de mano su asistente, y el noble animal recibió en aquel momento una bala de cañón que le dejó muerto. Entonces el general ocupó el caballo de uno de sus oficiales, y siguió dictando órdenes.

Las dos compañías de belgas se reconcentraron en el atrio, dejando en el lugar del combate el cuerpo inanimado del valiente capitán de Lannoy, que aún tenía el sable en su mano crispada. Estaba rodeado de cadáveres de los suyos.

Encerrados ya los belgas dentro de sus parapetos, el ataque cambió de sistema. Se reforzaron los tiradores de la torre que hacían un fuego graneado. El resto, á través de las aspilleras de la fortificación, sostenía también un fuego nutrido. Heridos por aquellos disparos certeros, nuestros soldados caían como cañas abatidas por el huracán. El cañón del enemigo, perfectamente apuntado, enfilaba á nuestros hombres desplegados sobre las aceras y que, por su parte, no dejaban descansar el fusil.

En este asalto, el teniente coronel Villada recibió una herida en la cabeza, lo que no le impidió seguir combatiendo.[1] No debo omitir un interesante episodio, cuya oportunidad me parece del momento.

Se hallaba junto á Villada un joven pálido y endeble, á consecuencia de las calenturas intermitentes que sufría; pero, animoso y respirando cólera, no cesaba de descargar su fusil sobre el enemigo. Aquel joven se llamaba Rosendo, y era hijo del Lic. D. Agustín Jáuregui, una de las víctimas inocentes sacrificadas por la Reacción en Tacubaya, el 11 de Abril de 1859. El joven oficial estaba recién incorporado al ejército republicano, en donde aún no tenía colocación; pero en aquel día del ataque á Tacámbaro suplicó á Villada que le permitiese ir á su lado.

1 Villada fué ascendido por su comportamiento al empleo de coronel en Tacámbaro.

—Hoy es—le decía—el aniversario del fusilamiento de mi padre: quiero vengarle!

Villada nó tuvo qué replicar á esta justa demanda. Jáuregui se batió denodadamente, hasta que cayó herido de muerte.

Tres horas duraba ya la tremenda lucha: los belgas parecían invencibles; nuestros cañones no habían logrado abrir una brecha en los duros parapetos. El general Régules mandó entonces al coronel Robredo que se apoderase de la casa contigua á la parroquia, desde donde una fuerza enemiga hacía un fuego vivísimo cruzado con el del reducto principal.

Robredo dió el asalto. Los de la casa la disputaron con obstinado valor. Robredo el primero, al avanzar, gritaba á sus soldados:

—Adentro, los de Zitácuaro! ¡Los que no saben volver la espalda al enemigo!

—Adentro! contestó la tropa: ¡Viva el coronel Robredo! ¡Viva Zitácuaro!

"Una descarga cerrada contestó á estos gritos, y Robredo cayó atravesado de dos balazos: uno de los suyos lo arrebató en sus brazos y lo sacó del combate. Un cuarto de hora después, Luis Robredo no existía."

—A vengar al coronel, exclamó Bernal, ocupando el puesto de Robredo.

La tropa contestó con un rugido de rabia, las puertas de la casa cayeron, y los *chinacos* quedaron dueños del punto.

Luis Robredo era originario de Nopala, Estado de Hidalgo: él, Romero y Bernal, fueron los jefes de mayor confianza para Riva Palacio, á quien siempre acompañaron, desde las primeras campañas de Zitácuaro.

Entretanto nuestra artillería funcionaba sobre los parapetos de los belgas: sus disparos eran eficaces, como que estaban dirigidos por aquellos tan valientes como tan instruídos artilleros, León, Zavala, Pineda y Cortés que en servicio de Michoacán habían hecho tantas campañas, los dos primeros desde la guerra contra los americanos y los últimos desde la revolución de Ayutla.

En el instante que creyó oportuno el general, ordenó un nuevo asalto sobre el atrio. Se oyó el unísono fuego de la fu-

silería; las columnas, á paso de carga, se precipitaron sobre las trincheras; el ataque se empeñó reñidísimo. La plaza estaba llena de humo denso, pesado, obscuro: de cuando en cuando algunos rayos del sol se reflejaban en las bayonetas, produciendo un brillo intermitente y siniestro.

Nuestros soldados luchaban como leones; los belgas se defendían como águilas heridas.

De repente surgió de los parapetos una bandera blanca. Los clarines tocaron parlamento. Cesó el fuego en toda la línea del combate.

En medio de aquel silencio momentáneo y solemne, parecía como que bajaba á la tierra el Ángel de la paz.

No quiero ser yo quien refiera lo que pasó en seguida. Oigamos al escritor belga:

"Decididamente ya no teníamos esperanza de salvar de aquel avispero: fué preciso parlamentar.

"Se enarboló la bandera blanca en el extremo de una carabina.......

"Del lado del enemigo cesó completamente el fuego.

"Un jinete *chinaco* llegó á galope frente á la fachada, sin duda para escuchar nuestras condiciones de capitulación, cuando de nuestro lado pasó alguna cosa de una estupidez imprudente....... se rompió el fuego sobre el parlamentario!

"Declaro que este acto insensato fué cometido por algunos de nuestros camaradas, soldados bisoños que no conocían absolutamente las leyes de la guerra, ni las prácticas internacionales que rigen la exhibición de una bandera blanca, ni la significación que esto tiene.

"Pero la fatal imprudencia estaba realizada, y el jinete indio, que dichosamente salió ileso de la descarga, no se detuvo á pedir explicaciones. Arrendó su caballo con un movimiento furioso y fué á decir á los suyos la manera con que los belgas observaban los usos de la guerra en materia de rendición."

Debo rectificar en ciertos puntos la versión del escritor belga. No faltó uno de los prisioneros que en aquel día cayeron en poder de nuestra tropa, que, por temor ó por simple delación, manifestase que la orden de romper el fuego, al estar izada la bandera blanca, había procedido del doctor Lejeune. El general Régules no envió á ningún parlamentario á tratar con los belgas. El coronel Jesús Gómez lo hizo sin misión especial. Lo que de parte de nuestras tropas pasó, fué que nuestros soldados más avanzados, á inmediaciones del foso, llenos de confianza al ver la bandera, se levantaron, pues estaban pecho á tierra, y al verificarlo fué cuando el enemigo rompió el fuego, siendo de advertir que las bandas de los republicanos tocaban la aceptación del parlamento. Más de treinta de nuestros soldados cayeron muertos ó heridos á consecuencia de aquella felonía.

Un grito de furor y de venganza salió de las filas de nuestro Ejército!

El parque estaba ya casi agotado, y sin embargo, todos los batallones avanzaron en un solo movimiento y treparon sobre los parapetos. Villada por el frente, Cáceres por el costado derecho, por el izquierdo Méndez Olivares, y por la espalda de la parroquia el comandante Pablo Jiménez. No se escuchaba más que un solo disparo, sordo, amenazador, como el aliento jadeante de la muerte; el espacio parecía saturado de blasfemias; se oía el silbido de las balas que se esparcían por todos los ámbitos de la ciudad.

En aquel solemne instante, del techo de una casa contigua se vió surgir, elevándose al cielo, una inmensa llamarada desprendida de una nube de humo. Era la casa del comandante de batallón D. Tiburcio Mejía, incendiada por él mismo para que se trasmitiese el fuego al templo parroquial. Un grito unámime de los asaltantes y de los sitiados acogió, con entusiasmo por los unos, y con terror por los otros, aquel acto de una sublime abnegación.

El ejemplo fué seguido. El valiente Jesús Villanueva, comandante de los patriotas de Quiroga, traspasó el parapeto con el fusil armado de bayoneta en una mano y en la otra una tea inflamada, y envuelto en la lluvia de proyectiles puso fue-

go á la puerta de la parroquia. Aquel jefe, Jiménez y Rivera, penetraron los primeros por entre las llamas, batiéndose palmo á palmo con los belgas: unos y otros jugaban el todo por el todo. El recinto se llenó de cadáveres empapados en la sangre que corría por el pavimento.

"Los cañones vomitaban metralla, dice el escritor belga; metralla fuera del recinto fortificado, metralla en el interior de la iglesia; el incendio crujía sobre nuestras cabezas; estábamos rodeados de moribundos, de heridos que gemían clamando por un trago de agua que no teníamos; se escuchaban gritos de cólera, de dolor, de agonía! Yo oí todo esto! Por intervalos el eco de las burlas salvajes de nuestros vencedores llegaba hasta nosotros á pesar del inmenso ruido del combate. Oh! todo esto era espantoso! Hubo un momento en que creí que todos íbamos á volvernos locos de terror, de rábia impotente......"

En aquella hora se vió algo que es horroroso, inaudito; que parece imposible.

La esposa del general Régules y sus tres hijos fueron colocados por los belgas sobre la trinchera, á la vista y en medio del fuego de los republicanos......

¿Era aquello una infamia? ¿ó sencillamente una cobardía?

El rostro de Régules se puso intensamente pálido....... Sus labios lanzaron una imprecación espantosa y gritó:

—Adentro......

Ya no eran simplemente gritos de indignación los que salían del pecho de los chinacos. Eran alaridos de salvajes, era el rugir de la venganza, la maldición del exterminio!

Un hombre entre los asaltantes se desprendió de las filas y se adelantó hasta el parapeto: era un artesano de la ciudad, el *sordo* Molina. Llegó al muro, brincó sobre él y ayudó á la madre heroina y martir á bajar á sus hijos y á descender ella misma. Las balas respetaron aquel sublime grupo. ¡Lo cubría la egida de la Providencia!

Se dió el último asalto. Los soldados trepaban como tigres sobre las fortificaciones y peleaban haciendo uso de los fusi-

les como si fueran *macanas*. La muerte, impía y satisfecha, contemplaba aquel cuadro de espanto y desolación!

El incendio, mientras, se había enseñoreado del edificio. Los belgas se replegaron al interior de la sacristía, á donde aún no habían llegado las llamas: quedaban todavía poco menos de trescientos hombres, decididos á vender caras sus vidas.

Por un momento reinó un profundo silencio.

"Repentinamente, dice Mr. Loomans, imprevisto como una visión, un hombre á caballo apareció en medio del humo, entre los escombros convertidos en brasas: audaz, pero tranquilo, penetró en la sacristía, en donde nos hallábamos, dispuestos todos á disparar sobre cualquiera que se presentase.

"Este hombre, este jinete envuelto en un sarape de un color rojo escarlata, tenía un aspecto varonil, enérgico, y en aquel momento estaba imponente......!

"Era el general Régules!

"Llevaba la espada inclinada hacia el suelo y el sombrero en la mano. ¿Cómo no recibió en aquel acto diez golpes de bayoneta? Es cosa que aún hoy día me pregunto......

"En voz alta y vibrante, nos dijo:

—"Seamos todos amigos...... viva la libertad!

"Dimos un paso hacia adelante, volteando culatas arriba en señal de que cesaban las hostilidades.

"Pero el teniente Walton, que estaba más prómimo á la puerta y que en casos como éste, era extremadamente desconfiado, detuvo nuestro movimiento, gritando:

—"Atención! No hay que rendirse, este es un ardid de guerra!

"Y exasperado, iba á disparar su revólver contra el jefe enemigo......

Afortunadamente el capitán mexicano Miñón, que había combatido valientemente á nuestro lado, desvió el arma, y acercándose á Régules:

—"¿Cuáles son las condiciones de la rendición? le preguntó en español.

—"Capitulación honrosa, contestó Régules.

"Esto era aceptable: nos constituímos prisioneros de guerra."

Ya era tiempo. Apenas acababan de salir del recinto los prisioneros, cuando se hundió el techo de la iglesia, produciendo un estruendo pavoroso: gigantesca columna de humo obscureció el espacio, y al desprenderse de lo alto del templo, se vió como un torbellino de chispas y de brasas encendidas que caían sobre los cadáveres que poco después quedaron carbonizados.........

Reinó un silencio lúgubre!

Era la hora entre las diez y las once de la mañana. La victoria había coronado de laurel las sienes del general Régules.

El olor de la pólvora y de la sangre, el humo que saturaba el ambiente, el fragor del incendio, las pasiones que se exaltan siempre á la hora del triunfo, la gritería que por todas partes se alzaba, la ausencia de los vecinos de la ciudad que, encerrados en su hogar, dejaban desiertas las calles; todo hacía de aquella escena que pasaba en la plaza de Tacámbaro, un cuadro indescriptible, aterrador y siniestro.

En medio de él se presentaron los prisioneros belgas, conducidos por un batallón. A su vista la tropa prorrumpía en gritos amenazadores de venganza: algunos soldados cargaban sus fusiles; las soldaderas gesticulaban con furor pidiendo la muerte de los que traidoramente habían asesinado á sus hombres. Los mismos jefes y oficiales no podían dominar su odio. Acaso habría sido imposible á Régules contener el tumulto.

Pero en aquellos instantes se presentó ante la muchedumbre la noble esposa del caudillo, llevando de la mano á sus hijos...... Todos callaron, y se oyó la voz tranquila y dulce de aquel ángel que dijo al general:

—Hijo, yo no quiero que les hagan nada á los belgas.

Y con esa facilidad que tienen las multitudes para cambiar sus sentimientos, y con esa generosidad propia del pueblo mexicano, apenas se escucharon aquellas santas palabras, cuando todos aclamaron perdón, lanzando vivas prolongados y entusiastas á Régules y á su esposa.

Los prisioneros estaban salvados!

Y sin embargo, hubo por nuestra parte un hecho injustificable. Antes de referirlo debemos recordar que el Dr. Lejeune, médico militar de la legión belga, había sido quien aconsejó la prisión de la esposa é hijos del general Régules, y que alguno de los mismos prisioneros le imputaba haber dado la orden de romper el fuego al estar izada la bandera blanca del parlamento.

Oigamos lo que acerca del episodio que estoy refiriendo, dice Mr. Loomans.

"Cosa extraña: en el momento de nuestra salida de la iglesia, se nos hizo formar en uno de los portales de la plaza; el Dr. Lejeune iba y venía entre nosotros y nos regalaba cigarritos. Estaba pálido y parecía *terriblemente inquieto*."

Con referencia á un testigo presencial, agrega:

"Después, y cuando los belgas estábamos ya alojados y el doctor curaba á los heridos, alguien lo llamó afuera, á una calle lateral. En ese momento llegó el coronel Jesús Gómez, y frunciendo el ceño se dirigió al médico:

—"Doctor, le dijo, ¿cuál sería según la opinión de usted, la manera más expedita de matar á un hombre?

"Lejeune cayó un instante y luego contestó:

—"Un tiro de revólver.

"Apenas había pronunciado estas palabras, cuando oímos una detonación y vimos caer á plomo al doctor. El coronel Gómez había puesto en ejecución la receta, y hecho pedazos el cráneo de Lejeune.

"Después de este acto de sumaria y fría ferocidad, Gómez se alejó......

"Cuando recuerdo este lúgubre detalle, al mismo tiempo que los antecedentes que, se nos asegura, motivaron esta instantánea ejecución, no tengo corazón para hacer comentarios, y opto por correr el velo del olvido sobre esta aventura......"

El hecho aparece en efecto infame. Bueno será, sin embargo, decir que Jesús Gómez tenía la desgracia de embriagarse, y que su beodez, como la que lo embargaba en aquel día, era completa y lo trastornaba hasta la locura, motivo por que no tenía colocación fija en el ejército. Cuantos lo conocieron podrán ratificar este informe y afirmar, como yo lo hago, que

Gómez era patriota en la extensión de la palabra, valiente y sufrido, y que cuando estaba en su juicio era generoso y atento en sumo grado. En aquella época siempre acompañó á nuestras tropas, sirviendo en cuanto se le ocupaba y peleando á la hora del combate como bueno. Jesús Gómez fué el último de los republicanos muertos en el sitio de Querétaro á la hora en que se tomó la plaza.

¿No podrán estas líneas atenuar, al menos, el asesinato del Dr. Lejeune cometido por Jesús Gómez?

Al comenzar la tarde de aquel día llegaron á Tacámbaro los generales Arteaga y Riva Palacio. Era en los momentos en que Régules mandaba repartir un dia de haber á los jefes, oficiales y tropa de su División. Hacía muchos días que no habían recibido sueldo. El general Arteaga ordenó que aquella suma fuese entregada á los prisioneros. Los vencedores no tuvieron ese día más que la *troncha* de costumbre. La comieron sin exhalar una queja.

Mientras estos acontecimientos pasaban, los vecinos de la ciudad espontáneamente levantaron los cadáveres para darles sepultura. Nuestras pérdidas fueron inmensas: los belgas por su parte vieron morir á muchos de los suyos, entre los cuales estaba el joven capitán Chazal, hijo del ministro de guerra en Bélgica.

El general Arteaga dispuso que los prisioneros fuesen conducidos á Huetamo, en donde podrían ser más fácilmente vigilados. El caballeroso y valiente coronel Trinidad Villagómez fué el encargado de escoltarlos.

Antes de terminar estas líneas, debo decir que entre los prisioneros belgas había varios heridos de gravedad, los cuales suplicaron al General en Jefe que no se les enviase al lado de los demás, por el temor de que el largo camino, lo in-

salubre del clima y la falta de elementos para su curación, agravasen sus males. Así lo acordó Arteaga, y ellos espontáneamente subscribieron una protesta que publicó entonces "La República," periódico Oficial del Cuartel General del Ejército del Centro. Aquel documento estaba concebido en los siguientes términos:

"Los que subscribimos, encontrándonos heridos en esta plaza, por resultado de la acción de armas verificada en la mañana de hoy, y aceptando el ofrecimiento que el Ciudadano General en Jefe del Ejército republicano del Centro nos ha hecho, de que permaneciésemos en esta plaza por consideración á nuestro estado, por no poder caminar, y á las leyes de la guerra, nos comprometemos bajo nuestra palabra de honor á permanecer en esta plaza, y nos constituímos prisioneros de guerra del mismo ciudadano General en Jefe, sin que podamos abandonar la plaza ó hacer armas contra el ejército de la República, aun cuando sea invadida por tropas enemigas del mismo Ejército.

"En particular, el mayor comandante de la fuerza belga que se hallaba en la plaza, antes del referido hecho de armas, se obliga y compromete bajo su palabra de honor, á que los cuatro soldados que se le han concedido estén á su servicio para asistirlo en su curación, permanezcan también en la plaza en calidad de prisioneros y sujetos á las mismas obligaciones que los demás heridos belgas que subscribimos, firmando ellos también esta protesta.

"Declaramos también que esta protesta la subscribimos sin coacción de ninguna especie, y sólo por la manifestación que nos ha hecho el ciudadano General, Jefe del Ejército republicano del Centro, de que sabe respetar las leyes de la humanidad y del derecho de gentes. Es dado en Tacámbaro de Codallos, á 11 de Abril de 1865.—Mayor, Tydgat.—Capitán, Sherimajeur.—Teniente, Carlot.—Soldados, Shvos, Pierre. —Soldado, Corthout.—Sargento, Delange.—Soldado, Briast. —Soldado, Peters.—Soldado, Spendress Joseph.—Soldado, Frevens Frederic.—Clarín, Desmit.—Caporal, Kalles.—Soldado, Ziffars.—Soldado, Jik.—Soldado, Kolback.—Soldado, Deyfin. — Soldado, Melker. — Soldado, Evrard. — Caporal, Van Ophyps.—Gorard, caporal tambour."

A pesar de esta protesta y sobre su palabra de honor, el mayor Tydgat y sus veinte compañeros se fugaron de Tacámbaro, incorporándose á la fuerza de De Potier, cuando este jefe, dos días después de los sucesos que acabo de referir, ocupó aquella plaza. Tydgat falleció á poco, á consecuencia de sus heridas.

CAPITULO XXVI.

(1865)

Ocupación de Zitácuaro por los imperialistas.—Atentados, ruina y miseria.—El incendio.—Nueva expedición de Régules.—La tropa envenenada.—Amagos á la plaza de Uruapan.—Acción del puente de San Isidro.—El ejército republicano en Quiroga.—Agentes de Arteaga en Morelia.—Conducta noble del prefecto del Moral.—Tropelías de Ugalde en Zitácuaro.—Pueblita marcha á reducirlo al orden.—Enemistad de Arteaga y Salazar.—De Potier en Quiroga.—Multa impuesta á los vecinos de esta villa.—Destierro de una señora.—Regreso de De Potier á Morelia.—Los tres hermanos González.—Prisión de señoras.—Infamia del jefe francés.—Protesta de del Moral.—Renuncia por tercera vez.—Trabajos fructuosos de los agentes de Arteaga.—Ugalde derrota á Clary.—Función de armas entre Pueblita y De Potier.—Depredaciones de este jefe en el Departamento de Zitácuaro.—Pueblita ataca el Valle de Santiago.—Acción de Tingüindín.—Cuarta y última renuncia de del Moral.

Queda dicho que la legión belga salió de México para Michoacán, dividida en dos fracciones, una de las cuales había marchado á Zitácuaro, á donde llegó el 20 de Marzo, reuniéndose allí con la sección del coronel Méndez que regresaba del Valle de Bravos. Ambas fuerzas formaron la guarnición de la ciudad.

Belgas y *mexicanos* vivían en constante alarma, porque las pequeñas partidas de chinacos se acercaban todos los días á tirotearlos, siendo impotentes los imperialistas para apoderarse de un solo guerrillero. Juzgaron, no sin acierto, que los habitantes de los pueblos y ranchos circunvecinos estaban en connivencia con ellos. Entonces la guarnición adoptó el sistema de desprender columnas ligeras para que cayesen inopinadamente á las aldeas y fincas de campo, las incendia-

ran é hicieran prisioneros á sus habitantes. Casi todos los días se veía en algún punto de los alrededores de Zitácuaro una columna de humo densa y obscura. Las familias que vagaban por los cerros inmediatos, exclamaban: "¡Ya están quemando á San Francisco!" "¡Ya se acabó San José del Molino!" y así respecto de los demás caseríos. Después se veían huír por los bosques mujeres y niños espantados aún al recuerdo de sus chozas incendiadas. En seguida entraba en Zitácuaro la expedición, conduciendo hombres con las manos atadas á la espalda ó arreando partidas de ganado y mulas cargadas de maíz. La ruina y la miseria sentaban sus reales en aquellos campos, un día antes abastecidos y risueños.

Los jefes republicanos que había en el Departamento mandaban partidas tan pequeñas, que no podían dar un golpe á la plaza ni batir las fuerzas que salían de ella, contentándose con tiroteos y escaramuzas que sólo servían para tener siempre fatigada á la guarnición. Por su parte los imperialistas quisieron ensayar el medio de disfrazar de guerrilleros á algunos de sus soldados, pero les fué funesto, pues en Tuxpan tuvieron un encuentro la banda del *Ranchero* y una partida de las de Angangueo, resultando del choque veinte muertos y mayor número de heridos.

La noticia de los sucesos de Tacámbaro se difundió con suma rapidez, y al llegar á Zitácuaro, enardecidos de venganza ú obedeciendo órdenes superiores, Méndez y los belgas llevaron á cabo un acto de barbarie. El día 15 la heroica ciudad fué entregada al incendio. El humo, negro, compacto, de inmenso volumen, se elevaba sobre las montañas, divisándose desde muy lejos; las familias de aquella población, ocultas entonces en los bosques vecinos, eran espectadoras de aquel cuadro espantoso, veían su hogar convertido en cenizas y su fortuna en humo y en pavesas.

Para que el incendio fuera completo, varios pelotones de belgas y de soldados *mexicanos* se diseminaron por las calles, avivando el fuego ó llevándolo á las casas que aún permanecían ilesas. En la plaza amontonaron los efectos que sacaron de las tiendas, barriles de aguardiente, manteca, aceites, cohetes. Se carcajeaban al ver las lenguas de fuego que se des-

prendían de aquel foco de combustión y al oir el estruendo que producían las explosiones.

De toda la ciudad no quedaron más que las casas de D. Lorenzo y de D. Juan Antonio Rodríguez, por hallarse alojados en ellas los jefes imperialistas. Libertóse también la parroquia que servía de cuartel á la fuerza.

Después de este hecho infame, el destacamento se retiró tranquilo á Morelia. El incendio continuó por sí solo durante una semana.

Llamo la atención de los lectores sobre lo que sigue. Por aquellos días, el coronel Alzati, algunos otros jefes y varios vecinos de Zitácuaro, habían concertado entregar la ciudad á las llamas, á fin de que no sirviese de guarida al enemigo. Sólo se esperaba para realizar este sublime proyecto, el consentimiento de las familias, y á este efecto, los comisionados recorrían los montes en busca de aquellas personas, cuando Méndez y los belgas lo hicieron al impulso del odio y del despecho. Esta circunstancia ha dado pretexto á algunos historiadores imperialistas para imputar el incendio á los patriotas de Zitácuaro; pero hay que consignar la verdad, y ésta es la que aparece en mi relato.

La toma de Tacámbaro produjo en Morelia la sensación que era consiguiente á un hecho de tanta importancia. De Potier, que se había jactado de que Régules, al pasar por las goteras de la capital, iba en completa derrota, recibió la noticia como una bofetada. Inmediatamente salió para Tacámbaro al frente de una columna de franceses y traidores. Los republicanos habían ya evacuado aquella población, dirigiéndose el día 13 á Puruarán. En esta hacienda se quedó el general Arteaga, imposibilitado de caminar y sin más fuerza que el cuerpo "Lanceros de Jalisco." Riva Palacio y Régules, con el grueso del ejército, tomaron la dirección de Uruapan. Bueno es advertir desde ahora que no entraba en el plan de campaña atacar esta plaza; debía simplemente ser amagada, al propio tiempo que Pueblita, acercándose á Zamora y la Piedad, tenía la misión de atraer hacia el Poniente del Estado las columnas de De Potier, á fin de que Riva Palacio y

Régules pudiesen acercarse rápidamente á Morelia. Sobre este particular dice Zamacois:

"En Morelia, los agentes que tenía Régules (Arteaga que era el jefe) empezaron á trabajar en secreto, pero activamente, en disponer el ánimo de una parte del pueblo en favor de la causa republicana, y lograron que un número crecido se comprometiese á batir la guarnición que había en la ciudad en el momento que ésta fuese atacada por aquel jefe republicano, al cual comunicaron lo que se había dispuesto. Régules, deseoso de dar otro golpe, como el que había dado á los belgas, se puso de acuerdo con los agentes para caer de repente sobre Morelia."

Este era el plan: veamos cómo lo modificaron los acontecimientos.

La tropa republicana tuvo que pasar á medio día (el 14) por un punto que se llama Urapa: los soldados iban fatigados, sedientos y sin haber tomado su rancho. Caminaban en plena tierra caliente y en una llanura en que no había más que pequeños arbustos esparcidos escasamente. Estas plantas ostentaban unas bayas de color carmesí, muy simpáticas á la vista.[1] Hacía ese calor insoportable que indica la proximidad del aguacero. Uno de los soldados cortó frutilla, la devoró con ansia, y dijo á sus camaradas que estaba dulce y aguanosa. En el acto muchos imitaron su ejemplo y comieron hasta hartarse. Cuando el general Régules y algunos oficiales trataron de impedírselo, ya no era tiempo. Antes de una hora comenzaron aquellos hombres á lanzar gritos extraños; soltaban de las manos los fusiles, caían en tierra con espantosas convulsiones. ¡La tropa estaba envenenada!

Ninguna medicina, ningún auxilio eran posibles en aquel desierto. Ario, que era la población más inmediata, tenía guarnición de imperialistas: no pasaban de doscientos soldados los que habían quedado en pie; más de mil y casi todas las soldaderas eran presa del tósigo.

Por fortuna se desató en aquel momento un formidable aguacero. Como no había donde guarecerse, los soldados recibieron el chubasco en su cuerpo, y sedientos aún, se echa-

1 Tanto la planta como el fruto se conocen con el nombre de *petatillo.*

ron á beber el agua de los charcos. Esto los salvó. El agua es el antídoto de aquel veneno. Algunos, sin embargo, estuvieron varios días como locos, y seis de ellos fallecieron. Mucho tiempo duró vivo en la tropa el recuerdo de aquella escena espantosa.

Después de la tempestad, la División alcanzó á llegar al rancho de Urapa, donde pernoctó. De allí se dirigió el general Riva Palacio á Turicato, llamado por el general Arteaga, quien, por causa de sus enfermedades, necesitaba que le auxiliase en las labores del Cuartel General.

En cuanto á Régules, continuó al día siguiente su marcha por Pueblo Nuevo. El 16 estaba en la hacienda de la Purísima, y el 17 en la madrugada alcanzó á tirotear á la guarnición de Taretan que huía precipitadamente hacia Uruapan, dejando abandonados algunos fusiles y municiones que recogieron los republicanos. Estos avanzaron por el mismo camino que llevaban los fugitivos.

A eso de las once de la mañana, los exploradores de la guarnición de Uruapan avisaron al jefe de ésta, coronel Lemus, que los chinacos bajaban ya la cuesta de Taretan. Lemus salió inmediatamente á reconocerlos, llevando consigo un escuadrón de lanceros, al sub-prefecto D. Isidro Paz y á varios vecinos de la ciudad. A medio llano se encontraron con Garnica que los hizo regresar á toda prisa, persiguiéndolos á la lanza. Los imperialistas tuvieron un muerto y dos heridos. Don Isidro Paz *se dispersó* y no pudo presenciar los acontecimientos. En cambio, Lemus, que era un jefe de valor, en el acto y con toda sangre fría dispuso la defensa de la plaza, haciendo que su tropa cubriese el perímetro fortificado. A los vecinos, á quienes por la fuerza se sacó de sus casas, los puso avanzados fuera de las trincheras, en las esquinas de las dos plazas.

Régules penetraba ya en la población: desde San Francisco destacó una compañía de infantes que llegó hasta media cuadra distante de la plaza principal; allí se trabó un combate rápido en que los chinacos estrenaron las carabinas quitadas á los belgas. Los vecinos que defendían el punto se reconcentraron dentro de los parapetos, teniendo que lamentar

la muerte de uno de ellos, el recomendable joven D. Manuel Orozco.

Mientras esto pasaba, el grueso de la División seguía atravesando la ciudad por las calles de la Canoa Alta, San Miguel, San Juan Bautista y otras, para ir á acampar á la Quinta. Al pasar por las bocacalles que enfilaba el perímetro fortificado, la artillería de Lemus lanzaba sus proyectiles, por fortuna sin causar ningún daño á los liberales.

Régules vivaqueó y pernoctó en la calzada de la Quinta, á tiro de fusil del enemigo. Durante la noche no cesó el tiroteo entre los exploradores de ambas fuerzas.

Muy de mañana se dió el toque de levante en el campamento republicano, y después del de diana, ejecutó nuestra charanga aquel himno patriótico muy usado entonces entre los chinacos: "Zaragoza, á la vanguardia!" Como los traidores nunca han tenido un aire de guerra que se haya hecho popular, no pudiendo, por lo mismo, contestar con algo suyo, tocaron también y por vía de burla, "Zaragoza, á la vanguardia!" pero no se atrevieron á salir y batir á los republicanos. Régules levantó el campo y fué á vencer la jornada en Paracho.

Lemus estaba furioso de no haber podido salir á atacar á los chinacos, por no contar más que con cuatrocientos hombres de pelea; y su cólera llegó al colmo al ver que se retiraban, pues que si hubiesen batido la plaza, los habría rechazado con grandes pérdidas. Era déspota y arbitrario, y descargó su coraje en los vecinos que no se presentaron: puso presos á varios, multó á muchos é insultó á todos. Con quien estuvo implacable fué con D. Isidro Paz que apareció cuando el peligro había pasado, y á quien trató de cobarde y recluta.

También mostró Lemus un profundo disgusto contra su jefe superior, el general D. Luis Tapia, comandante de la línea de Pátzcuaro, porque habiendo salido de esta ciudad en persecución de Régules, en vez de ir en auxilio de Uruapan, se estuvo dando ejercicio á su tropa en la hacienda de Tomendán hasta el día 18, en cuya tarde, á hora muy avanzada, llegó á la plaza que había sido amagada. Lemus sacó, empe-

ro, la ventaja de que el general Tapia le dejara de refuerzo el batallón de Pátzcuaro.

El 19 salió Régules de Paracho; el 20 permaneció en Nahuatzen; el 21 pernoctó en Zacapu; el 22, pasando por Panindícuaro, llegó á la hacienda de Ururuta, y allí tuvo aviso de que De Potier, con mil ochocientos hombres, iba de Zipimeo por Copándaro, rumbo al Caulote, á donde llegaron el día 23, casi juntas, las dos fuerzas enemigas.

Antes de seguir narrando esta expedición, diré el motivo de haber cambiado Régules su ruta, sin marchar directamente sobre Morelia. Quiso primero ocultar su movimiento y luego hacer que se le incorporaran, como lo hicieron en efecto, en Zacapu, Domenzain, Bermúdez, Bravo y otros guerrilleros de Guanajuato. Se recordará que Pueblita recorría el Norte y Poniente de Michoacán. Ahora bien, De Potier tuvo oportunamente el aviso de que dicho jefe amagaba á Zamora, así como de que Régules marchaba sobre Uruapan. En auxilio de esta plaza mandó al general Tapia; pero temiendo que el objeto principal de Régules fuese unirse á la empresa de Pueblita, salió rápidamente rumbo á Zamora, y, cuando menos lo esperaba, se encontró con la primera División del Ejército del Centro en el pueblo del Cacalote, según queda dicho.

Régules, que había llegado primero, ordenó que su tropa forzase la marcha, y él se quedó á retaguardia con unos cien jinetes, cien hombres en la extensión de la palabra: eran Garnica y su hermano Simón, Rafael Domenzain, Juan Bermúdez, Estéban Bravo, Antonio Ledesma y oficiales y soldados escogidos en los cuerpos de caballería. ¡La flor y nata de los valientes!

El general *se paró* en el Puerto y allí estuvo tiroteando á la columna extranjera, hasta que la División trastumbó el cerro de la Leonera: entonces se retiró, tomando el camino del llano del Cuatro, con el fin de que los franceses lo persiguieran, en el supuesto de que por allí iba el grueso de la tropa republicana. En un momento oportuno, se les perdió detrás de un *mogote*. De Potier se quedó mirando por todos lados. El enemigo se le había evaporado, y no teniendo plan fijo, se di-

rigió á Huaniqueo, como si hubiese adivinado que allí iba á encontrarse de nuevo con Régules, al frente ya de su División.

Este jefe no podía librar una batalla formal, pues aunque tenía un efectivo de fuerza igual al de los franceses, sus soldados estaban fatigados con trece días de camino incesante, mal armados, con poco parque, y no teniendo la disciplina de sus contrarios. Pero al mismo tiempo quería dar á éstos una lección de audacia y de valor. Incorporado, pues, á los suyos, recogió de los depósitos y de los mismos soldados de filas la mayor parte de los cartuchos, y municionó con ellos doscientos hombres del batallón de Villada que, con los jinetes antes mencionados, eran los escogidos para la pelea. Dió orden de que el resto de la tropa, al mando del coronel D. José María Hernández, avanzase hasta Quiroga.

De Potier pretendió cortar la retirada de la División y destacó una pequeña fuerza á apoderarse del puente que está sobre el camino; pero Régules, á su vez, envió á Villanueva á que antes se posesionase de aquel punto, lo que hizo el valiente jefe, protegiendo á vivo fuego la retirada de los republicanos.

Entretanto Régules con su pequeña columna fué á colocarse frente al enemigo. Verlo De Potier, y lanzar sobre él el regimiento de húsares, dos escuadrones de argelinos y la contraguerrilla de Jorge Alejandre, fué obra del momento.

Régules fingió que retrocedía. "Las caballerías de éste me perseguían á todo escape (me contaba el mismo general), corrían tan desaforados, que me parecían los que van á quitar la espuela á los novios."[1]

De repente el general mandó tocar media vuelta: se detuvo en el paraje donde está el puente de San Isidro. Presentó en batalla su infantería, en los momentos en que su caballería y quince infantes se emboscaban allí cerca. Régules rechazó la carga de los ginetes imperialistas, y en ese acto los infantes emboscados hicieron por el flanco de los fugitivos una descarga que aumentó la confusión de éstos. Entonces salieron los chinacos de caballería y fueron lanceando franceses por más

1 Alusión á una costumbre en el casamiento de rancheros.

de un cuarto de legua. Al regreso vieron á algunos húsares que vagaban á caballo, dispersos aquí y allá. "¡A lazarlos!" gritaron los chinacos; pero ¿cuál no sería su sorpresa al ver que aquellos hombres estaban muertos, sostenidos por correas á los arzones de la silla? Con razón no habían visto caer á ninguno de los heridos franceses, en tanto que habían hallado en el suelo veinte cadáveres de los contraguerrilleros *mexicanos.*

Se venía ya la noche. El general emprendió lentamente su retirada, siguiendo también el camino de Quiroga.

A poco, sus exploradores le avisaron que una partida del enemigo se acercaba por retaguardia. Esto sucedía al franquear los terrenos montañosos de Zipiajo. Allí entre dos *mogotes* colocó Régules en emboscada á sus doscientos infantes y siguió con la caballería, al ruido de cuyas pisadas marchaban los franceses, creyendo no haber sido sentidos, merced á las profundas tinieblas que reinaban. A su tiempo dió media vuelta la chinaca y se echó sobre los contrarios, cambiando con ellos un fuego nutrido, al mismo tiempo que comenzaron á retaguardia los disparos de la infantería emboscada; los franceses, pensando que eran los suyos, gritaban que cesase el fuego, y comprendiendo luego que estaban cortados, entraron en espantoso desorden y huyeron á incorporarse al grueso de la columna. Allí quedaron muertos más de cuarenta de los invasores y se les hicieron veintitrés prisioneros. De Potier, bramando de cólera, tomó el camino de Pátzcuaro, desde donde dirigió al prefecto de Morelia el parte de su *victoria,* concebido en los siguientes términos:

"Tengo el honor de suplicar á vd. ponga en conocimiento de la población que hoy, á la una de la tarde, he dado alcance en Huaniqueo á las fuerzas de Régules, compuestas de *tres mil quinientos hombres.* Después de un empeñado y vigoroso combate en que la caballería francesa se ha distinguído por su arrojo extraordinario, el ejército de Régules ha sido completamente derrotado y perseguido á balazos y cañonazos *hasta las siete y media de la noche,* no obstante una fuerte lluvia. Sólo la noche ha podido salvar á esta fuerza de su total y completa destrucción. Las pérdidas del enemigo en esta acción se elevan á *quinientos* hombres entre muertos y heridos, y ha tenido

además *setecientos* dispersos de su infantería. La nuestra consiste en quince muertos y veinte heridos.—Coronel, *conde De Potier*."

Este brillante parte no fué creído ni por los mismos imperialistas. En Morelia se burlaba de él públicamente el barón Vauder Smissen,[1] y lo cierto es, que De Potier no tuvo un ascenso ni mereció condecoración alguna por este hecho de armas.

Régules alcanzó á incorporarse esa misma noche con el grueso de la División y entró en Quiroga á las once. Ni jefes ni soldados habían tomado alimento alguno en el curso del día. Por fortuna los habitantes de la villa, patriotas y decididos por la libertad, al escuchar en medio del sueño el rumor de una tropa, se levantaron, y antes de media hora el soldado preparaba su rancho y los jefes y oficiales recibían de las familias humilde, pero abundante cena: la plaza se vió invadida de vendedores, é iluminada por multitud de hachones de ocote, parecía animado *tidnguis* en víspera de una gran fiesta.

El general ordenó á los trescientos guerrilleros de Guanajuato que volvieran al terreno en que expedicionaban, y él con sus mil seiscientos hombres emprendió el camino de regreso á Tacámbaro, no siendo ya posible atacar á Morelia, pues era seguro que los franceses se dirigirían á aquella plaza. Régules abandonó á Quiroga en la mañana del día 25: al llegar al rancho de Paredones tuvo que detenerse allí, pues que gran parte de la columna de De Potier pasaba de Pátzcuaro, rumbo á la capital, por la calzada del Obispo. Esta fuerza conducía muchas camillas de su ambulancia ocupadas por los heridos franceses en la acción del puente de Huaniqueo y en la de Zipiajo.

Ya que había pasado esta tropa, el general Régules mandó detener un *chinchorro* de burros que seguía el mismo camino, hizo que montaran en ellos los prisioneros que traía consigo y les dijo que quedaban en absoluta libertad, pudiendo ir á reunirse con sus camaradas. Los franceses lanzaron exclamaciones de alegría, azotaron sus burros y se fueron á escape, entonando la Marsellesa.

1 "México á través de los siglos," tom. V., pág. 710.

Informado De Potier de que en Morelia había agentes de los republicanos para ayudar á Régules en su proyectado ataque sobre esta plaza, dirigió desde Pátzcuaro un oficio al prefecto político D. Antonio del Moral, en que le decía: "Señor Prefecto:—Cuando marché sobre Régules sabía muy bien que él tenía intención de ir á atacar á Morelia en connivencia con tres ó cuatrocientos hombres de la ciudad que debían procurar sorprender la guarnición en sus cuarteles.—Hay pruebas de este hecho y algunos arrestos han tenido lugar; pero no se han podido aprehender sino algunos desgraciados: no me contento con esto, *quiero* los jefes del complot. Suplico á vd., pues, busque á los culpables, *sin ruído*, sin llamar la atención y que *me los remita.* Haga vd. arrestar á la familia de Pueblita, á sus criados y á las personas que tienen costumbre de frecuentar esa casa.—Hágales vd. poner en cuartos separados é interrógueles de manera que se descubra la verdad. —Luego que la investigación esté terminada, le suplico me envíe las diligencias respectivas: haré reunir entonces una corte marcial *francesa* para juzgar á los que se han hecho culpables del crimen de conspiración.—Llamo muy particularmente la atención de vd. sobre los deberes de la policía, en circunstancias tales como las que acaban de presentarse. Ella debe sernos de grande utilidad, ocupándose imperiosamente de sus funciones, y obrando así, descubrirá fácilmente los complots de los enemigos del orden y del bien público.—Reciba vd., Señor Prefecto, las seguridades de mi consideración."

El tono de este oficio no es el del vencedor que se inclina á la generosidad con sus enemigos; es el lenguaje inspirado por el despecho de quien acaba de sufrir una derrota y que, impotente respecto de sus contrarios en la lucha, desea saciar su venganza en los inermes é indefensos.

Es verdad que había en Morelia agentes del general Arteaga que desempeñaban satisfactoriamente diversas comisiones. Sin la nota de De Potier, acaso el prefecto político habría procedido contra ellos; pero la insolencia en las palabras del jefe francés y su amenaza de someter á los culpables á una corte marcial extranjera, es decir, de condenarlos á muerte, suble-

varon en el Lic. del Moral los sentimientos de decoro en cuanto á su propia personalidad y de conmiseración respecto de los agentes á quienes perseguía De Potier. Del Moral no sólo no procedió contra ellos, sino que trató de salvarlos de la ferocidad de aquellos sangrientos tribunales, para cuyo noble fin empleó diversos modos. Hay quien recuerde todavía con inmensa gratitud la generosa conducta de aquel caballero. Al oficio que se acaba de insertar, contestó el día 26 diciendo: "que la comisión á que se refería en su nota no le era posible desempeñarla por ser extraña á sus facultades, por no ser compatible con el decoro de la autoridad que ejercía y porque sería altamente alarmente para los habitantes de la capital de Michoacán, que verían en tal hecho, subvertido de un golpe el orden legal, y amenazadas en consecuencia sus garantías: que las operaciones que deseaba el señor comandante De Potier, bien podría practicarlas por sí mismo, según el tenor de sus facultades, ó encomendarlas á la policía, ó bien á la autoridad judicial que procedería con más circunspección y tino en casos tan graves." [1]

En vista de este oficio insistió De Potier con fecha 28: "Estamos en una situación en que es preciso frecuentemente hacer á un lado las cuestiones de forma para llegar á un resultado más pronto y sobre todo más conforme á las necesidades de la posición. En virtud de este principio, tengo el honor de suplicar á vd. se sirva no hacer caso de las observaciones del juez de lo criminal, que nada tienen que ver con las instrucciones que he enviado á vd. en mi carta de 25 de Abril último.—Debe vd. arrestar á todas las personas que le parezcan sospechosas, y *yo decidiré de su suerte* á mi llegada á Morelia."

El Señor del Moral acordó el día 30 la siguiente contestación: "Dígase que por crítica que sea la situación, el que subscribe no puede ni debe traspasar la línea de sus facultades, ni dará jamás el escándalo de atropellar la ley, debiendo ser el primero en respetarla; que ya tiene manifestado á S. S. que ha hecho renuncia de la prefectura, asegurándole que insistirá hasta que se le admita; pero que si aún en los pocos días que pueda permanecer en el mando, se juzgare conveniente su se-

1 Zamacois.—Historia de México.

paración, podrá hacerlo dejando encargado del gobierno al prefecto municipal."

Como se ve, la actitud del Sr. del Moral, siempre digna y cada vez más enérgica, había llegado á tal punto, que era de preverse una pronta solución, respecto de su renuncia. Los conservadores de Morelia, aquellos que no eran ciegos partidarios del clericalismo, deseando que se prolongase la permanencia de aquél en el puesto que desempeñaba, dieron á entender á Maximiliano que quien aconsejaba á del Moral la actitud hostil contra el gobierno, era su secretario, el Lic. Alejandro Ortega, cuyas conexiones con el alto clero eran muy conocidas. Esto bastó para que el Ministerio de Gobernación ordenase *de parte del Emperador* al prefecto de Morelia, el reemplazo del secretario y de los oficiales primero, segundo y tercero de la Secretaría. He dicho que Ortega poseía un carácter independiente, un corazón honrado y generoso, instrucción y una inteligencia clara. Impuesto de la nota del Ministerio, puso en el acto su renuncia, que aceptó el prefecto, resuelto como estaba á separarse él mismo muy pronto de su encargo. Al avisarlo al gobierno imperial, dijo: "En cuanto á los oficiales primero, segundo y tercero, debo informar á V. S. que están en posesión de sus empleos sin habérseles removido y sin que hayan renunciado sus destinos, sino que continúan desempeñándolos con celo, lealtad é inteligencia, por cuyas cualidades no han desmerecido la confianza de esta prefectura."

En la forma debida comunicó del Moral el nombramiento que había hecho en la persona del Lic. D. Francisco Lama para que sustituyese á Ortega, lo que no fué del agrado del *emperador*, puesto que, en nota de 25 de Abril, le decía el *Ministro de Gobernación:* "El gobierno de S. M. ha tenido á bien disponer que diga á vd. que no aprueba el nombramiento hecho por esa prefectura en el Lic. D. Francisco Lama, para jefe de su Secretaría." Del Moral contestó, en acuerdo de 5 de Mayo: "Dígase al Ministerio de Gobernación que la probidad incontestable de D. Francisco Lama, su sincera y firme adhesión al orden existente, y su recto juicio para el conocimiento y despacho de los negocios, me decidieron á nombrar-

lo jefe de la secretaría de esta prefectura. Enemigo aquel señor de figurar en los puestos públicos, por carácter y por convencimiento, cedió en esta vez á consideraciones de amistad y á las vivas instancias que se le hicieron, cuyas instancias por mi parte no tuvieron otro origen que el buen deseo de acercar al imperio uno de los *muy pocos amigos que ya le quedan en este departamento.*—Tales antecedentes es seguro que los ignora S. M., y ruego a V. E. tenga la dignación de hacerlos presentes, manifestándole á la vez, que de cualquier modo, el Señor Lama deberá separarse de la Secretaría, porque debiendo yo ser sustituído en breve, á virtud de la reiterada renuncia que tengo hecha de la prefectura, la persona que se nombre, usando de la amplia libertad que le da la ley, nombrará y removerá á su arbitrio al secretario del despacho."

Y como si fuera pleito interminable entre aquellas autoridades, Cortés Esparza replicó: "El gobierno de S. M. se ha servido disponer se esté á lo que con anterioridad se sirvió determinar, desaprobando el nombramiento que hizo esa prefectura en la persona de D. Francisco Lama para secretario de la misma."

A caprichos nadie le ganaba á del Moral: acordó lo siguiente: "Estése á la ley, y comuníquese este acuerdo al ministerio."

Por supuesto que aplaudo á dos manos el comportamiento de D. Antonio del Moral; pero también hay que poner por las nubes la paciencia y mansedumbre de Maximiliano, respecto de un súbdito tan independiente de carácter.

El general Régules, después de las acciones que principiaron en el puente de Huaniqueo y terminaron en el malpaís de Zipiajo, es decir, después de la batalla de Huaniqueo, como la llamó De Potier, se dirigió á Tacámbaro, recibiendo allí las felicitaciones de los generales Arteaga y Riva Palacio. En seguida fué á tomar cuarteles en Santa Rosa y otras haciendas inmediatas, á fin de evitar una sorpresa que pudiera darle el enemigo en la ciudad. El acuartelamiento tenía otros dos

objetos: dar descanso á la tropa y esperar se construyera alguna cantidad de parque. En Huetamo, en Turicato, y en el mismo Tacámbaro, había mucha gente ocupada en hacer cartuchos, siendo fácil en aquellas localidades conseguir la pólvora. En cuanto al plomo, los Alzati, Heimburger, Vicente Guzmán y otros vecinos de Zitácuaro, exponiéndose á serios peligros, lograban extraerlo de Trojes, población situada cerca de Angangueo que casi siempre tenía destacamento de franceses ó traidores; por fortuna los alemanes dueños de la negociación de beneficiar metales en aquel lugar, eran adictos á la causa mexicana y proporcionaban á los republicanos grandes cantidades de plomo.

Por aquellos días, Zitácuaro, Angangueo, Tlalpujahua, El Oro, Tuxpan y Tajimaroa, tenían guarniciones de franceses, de belgas ó de traidores. Las columnas de Méndez y de Lamadrid recorrían la zona en activa persecución de las guerrillas. Aquel constante estado de guerra se prestaba á las depredaciones; y Ugalde, sin respetar el patriotismo de todos y de cada uno de los habitantes de aquellos pueblos, había vuelto á cometer toda clase de excesos, y por desgracia su tropa era superior en número á la de los demás guerrilleros.

El general Riva Palacio recibía frecuentes quejas de los desmanes causados por la gente de Ugalde, y no encontró otro remedio que dar orden á Pueblita de que al marchar á su nueva expedición, pasase por los terrenos de Zitácuaro é incorporase á su fuerza la de Ugalde.

El general Pueblita había llegado también á Tacámbaro en los primeros días de Mayo, de vuelta de su correría por el poniente del Estado. Dió unos días de descanso á su tropa y luego hizo una excursión por la Huacana, Pueblo Nuevo y otros lugares de la tierra caliente, para proveerse de elementos, y á mediados del mes emprendió su marcha al departamento de Zitácuaro. Pueblita iba contento como siempre que había que pelear.

Tiempo hace que hemos perdido de vista á Salazar, y es preciso decir algo de aquel jefe tan simpático y valiente. El 13 de Marzo llegó á Tacámbaro y entregó su fuerza al general

Riva Palacio, siendo acogido por éste con la efusión de su antigua y mútua amistad; no así por parte de Arteaga que no le quería perdonar aún su rebelión y que por lo tanto le dió orden de que quedase en cuartel. Para Salazar que amaba el combate, que sentía arder en las venas el patriotismo más exaltado, que, en su carácter, era para él un suplicio el reposo, aquella orden lo exasperó. Tuvo que obedecerla, pero no la prudencia de soportarla en silencio, y no omitía ocasión de censurar los actos de Arteaga, su impericia, y hasta su inutilidad á causa de sus heridas. Estalló entre ambos, como era necesaria consecuencia, una enemistad que parecía inextinguible y que hubiera sido de fatales resultados, sin el buen juicio de los demás jefes del ejército. El rencor, la mala inteligencia, aguijoneaban en ambos aquella fatal pasión. Esto sucede siempre en toda clase de corporaciones; pero parece que es inevitable en el ejército. Durante aquella campaña hay varios ejemplos de este género: así, en el cuerpo expedicionario francés, Forey tuvo por enemigo á Bazaine; para éste lo fué el general Douay. En las tropas reaccionarias ¿quien ignora el odio profundo que se profesaban Márquez y Miramón? La envidia, llevada al último extremo, de Méndez á Miramón, fué tal vez la causa del desenlace de Querétaro, pues se sabe que siguiendo el parecer de Miramón, Maximiliano con los suyos debía intentar una salida general la noche del 14 de Mayo de 1867 y abandonar la plaza á toda costa, pero Méndez para contrariar á su rival, consiguió que la salida se fijase para la noche del 15 al 16. Se sabe también que Miramón se manifestó muy contrariado de este retardo y que Maximiliano le dijo: "No se aflija vd., Miguel, ¿qué importan veinticuatro horas para el éxito de la operación?" "Señor, yo no soy de la opinión de V. M.; Dios nos guarde durante estas veinticuatro horas!" En efecto, durante aquel intervalo, Maximiliano pensó que ni la opinión de Méndez ni la de Miramón valían la pena y que la suya era la preferible: en consecuencia, envió á Miguel López al campo republicano......... para morir en un cadalso mejor que en la pelea ó en el acto de evacuar la plaza!

Esta envidia, estos celos entre los jefes superiores de un

ejército suelen tener fatales consecuencias, fuera de que empequeñecen á los que los alientan. Jamás un general reconoce las glorias de su émulo, y cuando todo el mundo las proclama, él las califica de fábulas ó de falsedades.

Por fortuna, repito, la enemistad entre Arteaga y Salazar no produjo otro mal que el de privar á nuestro ejército por algún tiempo del concurso de aquel jefe valiente, audaz y amado hasta el delirio por sus soldados.

En el carácter episódico de estos apuntes cabe muy bien entrar en pormenores de esta clase que tienen cierto interés local de importancia. Los consigno aquí, siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, y más adelante insistiré en este asunto.

Por ahora voy á seguir ocupándome de De Potier y de lo que pasaba en Morelia. El jefe francés permaneció en Pátzcuaro hasta los últimos días de Abril, descansando de sus fatigas y saboreando (amargamente) su triunfo de Huaniqueo. Algún imperialista pacífico de Quiroga, de esos que los soldados llaman *hojalateros*, porque todos sus servicios consisten en decir ¡*ojalá* que ganen los nuestros! llevó á Pátzcuaro el *chisme* de que la población había recibido con entusiasmo á Régules y á su tropa, y proporcionádole toda clase de recursos en la famosa noche del día 23. No se necesitaba tanto para que el *comandante superior* de Michoacán, respirando odio y venganza, quisiese castigar á los vecinos de aquella villa, y al efecto, marchó á ella é impuso al vecindario una multa de cuatro mil pesos, que hizo efectiva con rigor y crueldad, sin que valiesen las súplicas de las señoras ni el llanto de los niños. Allí mismo redujo á prisión á la esposa del teniente coronel republicano Narciso Garcilaso, y la mandó á Pátzcuaro bajo la vigilancia del sub-prefecto D. Miguel Patiño, que era el reverso de la medalla de D. Antonio del Moral. En seguida la columna francesa emprendió el camino de Morelia. De Potier no podía contener su cólera é iba ansioso de ejecutar en aquella ciudad otros actos inicuos. Para mayor desgracia de sus víctimas, durante su marcha no cesaron de tirotearlo y de burlarse de él, escapándosele y ocultándose en el bosque para reaparecer de nuevo, aquellos famosos guerrilleros que

no se apartaban de las goteras de Morelia, interceptando correos, quitando convoyes y teniendo siempre en alarma á la ciudad. Me refiero á los tres hermanos Manuel, Víctor y Gerardo González, que no traían á sus órdenes arriba de treinta chinacos, que se hacían invisibles cuando les convenía y que se dejaban ver cada vez que querían fastidiar á los *mochos*. En aquella ocasión acompañaron á De Potier hasta que tuvieron el honor de dejarlo en la garita de Morelia, despidiéndose de él con un fuego inesperado.

Furioso entró De Potier en la Capital de Michoacán. Inmediatamente mandó reducir á prisión á las familias de los generales Arteaga, Salazar y Pueblita, y á la esposa del comandante Jesús Ocampo, y las puso incomunicadas y con centinelas de vista: la primera de esas familias se componía de la señora Octaviana Valdovinos y de su sobrina Desideria; la segunda, de la señora Mariana Porrua y de su hija Vicenta, y la tercera, de la señora Francisca Buitrón y de su hija Salud. Todas sufrieron los rigores de la prisión sin exhalar una queja. El pretexto de De Potier fué que las presas mantenían correspondencia con los jefes de cada una de aquellas familias.

De este hecho infame, cometido contra débiles mujeres que eran á la vez señoras honorables, no hablan los escritores imperialistas.—Los jefes franceses acostumbran publicar sus *memorias:* ¿qué dirá De Potier cuando llegue á este capítulo de las suyas? Que lo hizo sin conocimiento del Prefecto del Moral para que no se le pusiesen obstáculos.

Pero no pararon en esto sus atentados. En cuerpo de patrulla llevaron á su alojamiento á los señores D. Jesús Marmolejo y D. Miguel Caballero, á quienes supuso agentes de los republicanos, y allí, en medio del patio de la casa, contraesquina del colegio de San Nicolás, y presenciándolo De Potier, los soldados franceses aplicaron un banco de palos á cada uno de aquellos mexicanos.

Chorreando aún la sangre, en la noche del mismo día, Jesús Marmolejo fué á incorporarse en Tacámbaro á las fuerzas liberales, é hizo con constancia y distinguido valor todo el resto de la campaña.

Tal procedimiento, más expedito que el de las cortes marciales, provocó un grito general de indignación, primero en Morelia y después en la República entera.

Al tener noticia de este hecho y de la multa impuesta á los vecinos de Quiroga, el prefecto político D. Antonio del Moral pasó un oficio lleno de energía, como todos los suyos, al comandante superior, pidiendo que no se llevase á efecto la multa y protestando contra el castigo aplicado á los dos individuos referidos.

De Potier rehusó tratar oficialmente aquel asunto, y del Moral pasó en persona en la mañana del día 10 del mismo mes de Mayo al alojamiento de aquel jefe, llevando una comunicación del Mariscal Bazaine, en contestación á otra que él le había enviado, dándole noticia de aquel desagradable suceso.

El oficial que estaba de servicio, al preguntar el Señor del Moral por el jefe francés, le contestó que no estaba en casa, que hacía un momento que había salido. Persuadido el prefecto político de que el coronel De Potier estaba dentro y de que aquello era una evasiva para no hablar del asunto que llevaba, se retiró, y en la tarde del mismo día 10 le dirigió la siguiente comunicación:

"Señor coronel De Potier.—Asuntos del servicio público que V. S. ha rehusado tratar oficialmente, me pusieron en la penosa necesidad de ocurrir hoy á las once á su habitación.

"La multa impuesta y exigida por esa comandancia á los vecinos de Quiroga, y el severo y humillante castigo aplicado á dos personas de esta capital, han causado honda y amarga sensación en el público que espera con ansiedad la solución de estas graves cuestiones, solicitada por la autoridad civil. Con este objeto y con vista de lo que sobre el particular se sirve decirme el señor Mariscal Bazaine, en comunicación que recibí ayer, me apresuré á acercarme á V. S. en la hora que dejo indicada; pero habiéndome anunciado por medio del oficial de servicio, tuve el desagrado de que se me mandara contestar que V. S. andaba afuera, cuando estaba seguro y tenía la evidencia de que en aquel momento se encontraba en su habitación.

"En tal concepto, debo anunciar á V. S. que en lo sucesivo

esta prefectura no tratará negocio alguno con esa comandancia, sino por escrito, y en el lugar, modo y forma que corresponden á su dignidad."

Tan luego como De Potier vió que había de por medio una comunicación del Mariscal Bazaine, afectó mucha deferencia con el señor del Moral, apresurándose á contestarle con el siguiente oficio:

"Señor Prefecto:—Estoy verdaderamente apenado por lo que ha sucedido, y le suplico crea que no tengo parte alguna en esta equivocación. Siento que no me haya usted hecho llamar por medio del centinela (!). Para no molestar á usted, pasaré á su casa á los tres cuartos para las cinco, al irme al paseo. Le suplico me diga si estará usted en su casa á esa hora.

"Reciba usted, señor prefecto, las seguridades de mi alta consideración."

Este desagradable incidente determinó al señor del Moral á repetir su renuncia. Como las demás, esta comunicación es digna de ser conocida. Hé aquí sus términos:

"Señor.—Es ya de todo punto inútil mi permanencia en la prefectura. Desde que tomé posesión de ella, he estado manifestando sin cesar, por todos los Ministerios, con especialidad por los de Gobernación y Guerra, y á V. M. directamente, los inmensos males que afligen al Departamento, y no se remedian: he dirigido repetidos informes sobre los varios ramos de la administración pública, y no se me escucha; hago consultas en negocios graves, y no se resuelven; hablo, en fin, y no se me contesta ó se me dan tardías y lastimosas contestaciones. ¿Qué quiere decir esto? ¿qué significa? No lo comprendo.

"Entretanto, el Departamento en su agonía fija sus miradas sobre la autoridad pública, acusándola de inepta, ó de indolente al menos á los desastres de los pueblos. De cualquier modo, ni la conveniencia, ni el honor permiten permanecer en un puesto en que nada puede hacerse en bien de la sociedad.

"Suplico por lo expuesto á V. M., y se lo suplico por tercera vez, se sirva admitirme la renuncia que tengo hecha de

la prefectura política, previniendo al prefecto municipal se reciba del mando, mientras V. M. tiene á bien nombrar persona que definitivamente lo ejerza."

El lenguaje del Licenciado del Moral debía haber hecho comprender á Maximiliano que aun los conservadores en México hablaban el idioma franco y enérgico de la democracia, y que desconocían todos los hábitos de las monarquías. Preciso es confesar que Maximiliano toleró demasiado á su prefecto. Todavía en esta vez lo conservó en el poder.

De Potier, en su papel de verdugo, anduvo tan desacertado como en sus hechos militares. Ni Marmolejo ni menos Caballero, las víctimas á quienes mandó azotar, figuraban entre los agentes que Arteaga tenía en Morelia. En cuanto á los verdaderos, ni llegó á saber sus nombres: alguno de ellos estuvo á punto de caer en sus garras; pero el señor del Moral logró salvarlo, poniéndolo bajo su protección oficial, para desviar de esta manera la mirada del jefe francés.

Eran varios los agentes: unos se entendían con los jefes de grupos del pueblo y habían conseguido en efecto que, en caso de que se acercase Régules á Morelia, le prestarían ayuda eficaz; otros hablaban con oficiales de la fuerza imperialista *mexicana*, y algunos otros que podían explicarse en francés, lograron que muchos soldados franceses y belgas se desertaran, yendo algunos á incorporarse al ejército republicano, y los demás, pasando el río de las Balsas, fueron á establecerse en el Estado de Guerrero.

Los agentes enviados á Guanajuato lograron ponerse en comunicación con algunos oficiales de fuerzas del imperio, y el resultado fué que de León se sacase el capitán Jesús Aguilar un cuerpo de caballería denominado el 13; y el capitán José María Macías y el teniente Calvillo, dos compañías de infantería del batallón de Yuriria. Estos oficiales obtuvieron el ascenso inmediato y prestaron desde luego importantes servicios á la causa nacional. Por de pronto dichas fuerzas formaron parte de la sección Garnica y expedicionaban por lo tanto en el centro del Estado.

El general Régules, en sus conversaciones íntimas con sus subalternos, se lamentaba siempre de que no anduviese á su

lado el cuerpo de caballería "Lanceros de Huerta," cuya oficialidad y tropa se componía de soldados valientes, disciplinados, y que en otro tiempo habían dado pruebas de patriotismo. Recordará el lector que esa fuerza era la que Elizondo había arrastrado consigo en su defección. Uno de los oficiales de Régules, oyendo á este general, le ofreció ir á hablar con el teniente coronel Norberto Salgado, que entonces mandaba aquella tropa. Régules lo puso en conocimiento del general Arteaga, quien desde luego aceptó. Casiano Chávez, que así se llama el referido oficial, se dirigió á Ario, en donde se hallaba de guarnición el antiguo cuerpo de que se trata, y que entonces tenía la denominación de 7º de caballería. La comisión era peligrosa, pues que los dos jefes principales del destacamento, coronel Jerónimo Casa Rubias y teniente coronel Luis Madrigal, eran celosos partidarios del imperio y enemigos á muerte de los liberales.

Casiano Chávez entró á Ario de noche: se alojó en la casa de un amigo suyo manifestando que estaba tan gravemente enfermo (tenía, como casi todos sus compañeros, las terribles calenturas de la tierra caliente), que se veía en la necesidad de separarse de las filas y guarecerse en una población de elementos, aunque estuviese ocupada por el enemigo; pero que, deseando tener algunas garantías, iba á ponerse bajo la protección de Salgado.

En efecto, envió á llamar á éste, que se sorprendió al verlo: en el acto entraron en explicaciones y fácilmente se entendieron, porque ni Salgado ni sus oficiales estaban contentos en el imperio.

Ahora, oigamos lo que sobre este particular dice Esparza, el mismo Félix Esparza que, militando en el 7º, nos dió en otra vez la narración del hecho de armas del puerto de Medina.

"El 17 de Mayo, á las siete de la noche, fuí llamado por el teniente coronel Norberto Salgado, y muy reservadamente me dió instrucciones, ordenándome que al toque de silencio encerrara en una pieza del cuartel á todas las soldaderas, que encargara mucha vigilancia á la guardia, y que á media noche en punto mandara ensillar con mucho silencio; así lo hi-

ce, y en aquella hora se presentó Salgado y dió la orden de montar y de salir. Tomamos el camino de Zinzongo, cubriendo yo la retaguardia con diez hombres. Nadie nos persiguió; pero al llegar al rancho de las Escobas vimos un grupo numeroso de gente. Se le mandó reconocer, y ¡cuál fué nuestra sorpresa al distinguir allí á todas las soldaderas! Al sentir que el Cuerpo salía del cuartel con todo silencio, comprendieron ellas que volvíamos á nuestras banderas, y á poco rato, sin hacer el menor ruido, forzaron la puerta, y como sombras se deslizaron repegándose á la acera de las calles, y desde la orilla de la población abandonaron el camino y tomaron veredas, lo que les permitió llegar al rancho pocos minutos antes que nosotros. Esas mujeres adivinan el movimiento de las tropas, y son más listas que los soldados. Llegamos al amanecer al Caulote y seguimos de frente el día 18. En el mismo día encontramos en Pedernales al teniente coronel Julián Solano, y el 19 entramos en Tacámbaro, en donde fuimos muy bien recibidos por el general Arteaga, quien luego expidió una proclama en que nos felicitaba por haber vuelto al lado de los defensores de la Patria."

En Zitácuaro se había reanudado por aquellos días la lucha.

"En 15 de Mayo, una columna de cuatrocientos franceses al mando del coronel Clary, se desprendió de Toluca en busca del coronel Ugalde, quien, sabedor de que se le perseguía y de que se había capturado á su familia, fué con la fuerza de su mando al encuentro de Clary, auxiliado aquél por el cuerpo de lanceros de Jalisco, de que era jefe el coronel Zuavia, por las fuerzas de los coroneles García, Acevedo, Martínez y Granda, y por un piquete de caballería del general Pueblita; y habiendo trabado un combate muy reñido entre la hacienda del Manzanillo y Barranca Honda, obligó á Clary á contramarchar, con pérdida de doce muertos y veintitrés heridos, salvándose la familia de Ugalde.[1]

1 Memoria del Gobierno de Michoacán.

El general Pueblita acababa de llegar á la hacienda de la Encarnación, muy poco distante de Zitácuaro, y pudo por lo tanto prestar á Ugalde un pequeño contingente para que lo auxiliara.

Por aquellos días, De Potier preparaba su regreso á México, llamado por el general Bazaine. En su marcha debía tocar primero á Zitácuaro, en donde la presencia de Pueblita había reanimado el espíritu público y contentado á todos los habitantes que sabían que Ugalde quedaba refundido en aquella fuerza y que pronto saldría á expedicionar por el Estado de Guanajuato.

La brigada de Pueblita, con la guerrilla de Ugalde, alcanzó un efectivo de poco más de quinientos hombres, y ya se preparaba á salir de Zitácuaro, cuando se tuvo noticia de la aproximación de De Potier con el 81 de línea y una fuerza de Angangueo, formando en conjunto un total de mil cuatrocientos hombres.

Pueblita envió por el camino de la Florida á Zuavia, Acevedo, Castillo, Granda, Martínez y Ruiz que se le incorporaron, para hacer frente á De Potier, y que en número de cuatrocientos hombres fueron á situarse en el cerro de la Coyota; y Pueblita con el resto de la fuerza, también de cuatrocientos hombres, esperó al enemigo en la hacienda de la Encarnación. Al ver á los imperialistas, el general republicano dispuso su tropa en batalla. Eran las siete de la mañana del día 25 cuando se dió principio al combate, luchándose con valor por una y otra parte. A la hora, Pueblita emprendió su retirada en buen orden, rumbo á la Florida. Por de pronto lo persiguió De Potier; pero sabedor sin duda de que había otra fuerza de chinacos en el camino, desistió de su empresa, regresando á toda prisa á Zitácuaro, desde donde dió el parte de haber derrotado á Pueblita, "que dejó sobre el campo de batalla setenta hombres muertos, muchos heridos, algunos prisioneros, ochenta caballos, sillas de montar y algunas armas." Ya se sabe el crédito que merecen los partes de De Potier.

Antes de emprender éste su marcha hacia México, cometió toda clase de depredaciones en los pueblos del contorno,

haciendo una recogida general de ganado que luego vendió á ínfimo precio, tratando como enemigos á los que no querían comprarlo.

Por fin, el prefecto de Zitácuaro dió al general en jefe el siguiente lacónico parte:

"De Potier con el bandido Lamadrid y otros traidores se han marchado para México, llevando una conducta de ochenta y tantas mulas cargadas de reales, y un pesado carro que no se sabe asertivamente qué contiene."

En esos mismos días el *derrotado* Pueblita, despidiéndose de sus compañeros de armas de Zitácuaro, emprendía su marcha rumbo al Estado de Guanajuato, para cumplir así las instrucciones del Cuartel General. Vamos á seguir á este jefe en esta expedición, para no volvernos á ocupar de él sino en supremo y aciago momento.

Si hemos de creer á De Potier, en el hecho de armas de la Encarnación tenía Pueblita ochocientos hombres, de los cuales fueron muertos setenta, heridos y prisioneros otros muchos: no habla de dispersos, pero es de suponer que los hubo: de modo que no hay exageración en calcular que la pérdida total, según el parte oficial del jefe francés, fué de ciento cincuenta, y si además descontamos cosa de doscientos hombres de los de Zitácuaro que se quedaron en su propio terreno, Pueblita no contaba ya más que con cuatrocientos para marchar á Guanajuato.

Ahora bien, á los ocho días de *su derrota* en la Encarnación, "á las doce del 2 de Junio, llegó al Valle de Santiago al frente de una fuerza de *mil hombres de caballería*, *quinientos infantes y una pieza de artillería*, en unión de otros jefes republicanos, decidido á tomar la población que se hallaba guarnecida por una corta fuerza de zuavos y por tropas auxiliares mexicanas. El ataque fué impetuoso y fuerte. La lucha se trabó con igual ardor por una y otra parte. Los republicanos hicieron notables esfuerzos por penetrar en las calles, acometiendo con extraordinario brío; pero viendo mermadas notablemente sus filas por las balas de sus contrarios, se vieron precisados á retirarse, á las once de la noche, dejando muchos muertos sobre el campo de batalla. La guarnición

tuvo cinco soldados zuavos heridos; el teniente también de zuavos, Durvidier, herido gravemente, y de los auxiliares, tres soldados muertos y tres oficiales heridos."

Lo anterior está tomado de la obra de Zamacois, quien copió el parte oficial rendido por el capitán Namois, jefe de la guarnición, que debe haber sido discípulo de De Potier en este género de literatura. Lo que hubo de cierto fué que Pueblita atacó el Valle con los setecientos hombres de su brigada, en la que ya estaba refundida la guerrilla de Ugalde, y con doscientos *chinacos* de los Potreros, al mando de Bermúdez, de Bravo y de Ledesma que fueron, como ellos decían, "á darle una manita al general." También es cierto que Pueblita fué rechazado con grandes pérdidas, pues tuvo cuarenta muertos y mayor número de heridos, y es verdad también que la guarnición se componía de dos compañías de zuavos y de trescientos *mexicanos*, muriendo cinco de los primeros y más de treinta de los segundos, pues los franceses ponían siempre á sus aliados de *carnaza.* Entre los heridos, que no fueron pocos, estaba en efecto el teniente Durvidier de quien se dijo que á los pocos días había fallecido.

Después de este fracaso, continuó Pueblita expedicionando por el Sur de Guanajuato, pasando en seguida al Poniente de Michoacán por Sahuayo, Cotija y Tingüindín, en donde en la noche del día 16 trató de sorprenderlo una fuerza imperialista, procedente de Los Reyes, al mando de los jefes Simón Diosdado y Antonio Marín, compuesta de trescientos jinetes y setenta y dos infantes. Se trabó el combate en las calles de aquel pueblo, combate que dió por resultado la completa derrota de los traidores y la captura de Antonio Marín que mandaba la caballería, y el cual fué pasado por las armas en el acto.

La brigada Pueblita permaneció en Tingüindín y Los Reyes, y el 22 llegó hasta San Juan Parangaricutiro. Lo dejaremos aquí, mientras concluyo este capítulo y se narran, al principio del siguiente, sucesos de mayor importancia.

El licenciado del Moral, que veía que en Michoacán iban acabando los partidarios del imperio, y que los republicanos contaban más y más con la opinión pública, insistió en su

taimada renuncia y la hizo por cuarta vez en los siguientes términos, en que me voy á permitir subrayar algunas frases:

"Señor.—La política que V. M. ha tenido á bien imprimir á su gobierno, no ha correspondido á los altos fines que, sin duda, se propuso V. M. al adoptarla. Bien al contrario: los pueblos la han visto con suma desconfianza y *la revolución con marcado desdén.*

"Extinguido el entusiasmo de los primeros, han caído en la indiferencia, de la que luego pasarán al odio.

"La revolución, reconocidos sus títulos por V. M. de un modo explícito y solemne, desprecia las concesiones, porque está autorizada competentemente para estimarlas como justas reparaciones de legítimos derechos; marcha á su fin; nada la detiene, y triunfará tal vez en el Departamento.

"Y no es que sea fuerte por el poder de las armas: su fuerza consiste en la debilidad del Gobierno. No tiene éste pensamiento fijo, no hay acuerdo en sus disposiciones, faltan en todo la oportunidad y la unidad de acción: en suma, Señor, *se echan de menos la inteligencia superior que dirija, la voluntad firme que decida, y la mano vigorosa que ejecute.* El caos, por tanto, es la consecuencia necesaria. Tal es la situación de Michoacán. Cumple á mi deber como autoridad, y á mi lealtad como caballero, manifestarlo con franqueza á V. M. al insistir por cuarta vez en la renuncia que hago de la prefectura.

"Ruego á V. M. se digne admitirla, para librarme al menos del *ridículo, que es la suerte que está reservada á los funcionarios públicos de este desventurado Departamento.*—Morelia, Junio 5 de 1865.—*Antonio del Moral.*"

Por de pronto no recibió del Moral contestación alguna, viéndose precisado á continuar al frente de la prefectura.

CAPITULO XXVII.

(1865)

Los prisioneros de Francia.—Expedición del general Arteaga.—¡A Uruapan! —Ataque y toma de la ciudad.—Fusilamientos.—El padre Pachito.—Una columna de franceses.—Pueblita.—Asesinato de este jefe.—Rasgos biográficos.

Mejor de lo que mi memoria pudiera hacerlo, la siguiente orden general del Cuartel General del Ejército del Centro, dará á conocer á los lectores la organización de nuestras fuerzas al comenzar el mes de Junio de 1865.

"Orden general del Ejército Republicano del Centro, del 2 al 3 de Junio de 1865.—Jefe de día para hoy el C. teniente coronel Carlos Borda.—Ayudantes de guardia en el Cuartel General el C. comandante de batallón Antonio Beltrán y teniente Epitacio Gaona, y en esta Mayoría general el C. capitán Miguel García Aguirre......... El C. general en jefe del ejército ha dispuesto que la primera división quede organizada de la manera siguiente:

"Es general en jefe de ella el C. general Vicente Riva Palacio, y su segundo el C. general Nicolás de Régules.—La primera brigada, al mando del general Nicolás de Régules, segundo en jefe de la división, la formarán los batallones 1º, 2º, 3º y 4º de Michoacán, 2º Cuerpo Lanceros permanente del Ejército, 2º Lanceros de Toluca y 3º de Michoacán (antes Lanceros de Codallos), y la sección Solorio, con media batería de montaña.

"La segunda brigada la compondrán los batallones 5º, 6º y 7º de Michoacán, primer cuerpo "Lanceros de Toluca" y

3º del mismo, antes "Escuadrón de Pachuca," con una sección de artillería de montaña; siendo jefe de esta brigada el C. coronel Pedro García.

"La tercera brigada, al mando del C. coronel Ignacio Zepeda, la formarán el 8º batallón de Michoacán, 7º Cuerpo de Lanceros permanente y el cuerpo activo "Lanceros de Jalisco" con una sección de artillería de montaña.

"La cuarta brigada, al mando del C. general Esteban V. León, la compondrán las fuerzas de Zitácuaro y cuerpo de "Lanceros de Guerrero," que manda el C. teniente coronel Castillo, así como la sección expedicionaria del Sur de Toluca.

"La quinta brigada, al mando del C. coronel Leonardo Valdés, la compondrán el "Batallón de Núñez" y 1º y 2º escuadrón "Fieles de Huetamo," con una sección de artillería de montaña.

"La sección Garnica la compondrán el 10º batallón de Michoacán y el primer cuerpo Lanceros del mismo Estado, antes "Lanceros de la Libertad."

"La sección Ronda se compondrá del 9º batallón de Michoacán y 2º Lanceros del mismo Estado, antes "Lanceros de Puruándiro."

"Será mayor general de la división el C. coronel José María Méndez Olivares; mayor de órdenes de la primera brigada, el C. teniente coronel Luis Santa María Cruzado; mayor de órdenes de la segunda brigada, el comandante de escuadrón Lorenzo Contreras; de la tercera brigada es mayor de órdenes el C. teniente coronel José María Gómez Humarán; de la cuarta brigada, el teniente coronel Carlos Castillo; y de la quinta, el comandante de escuadrón Jesús Barajas.......... De orden general, el mayor general *M. G. Aguirre.*[1]—Comunicada.—*F. G. Aguirre.*"

La segunda división, de que era jefe el general Manuel García Pueblita, se componía de los dos batallones 1º y 2º de

1 Hago mención en esta nota del general Miguel García Aguirre, nombrado Cuartelmaestre del Ejército Republicano del Centro. Era un jefe patriota y valiente que, enfermo y de una edad muy avanzada, no quería abandonar las filas. A poco tiempo, agravados sus males, falleció en Huetamo el 12 de Septiembre del mismo año (1865).

Matamoros, y de tres cuerpos de caballería que formaban la 1ª brigada; la 2ª era la de Querétaro, á las órdenes del coronel León Ugalde; y la 3ª, la de Guanajuato, compuesta de diversas guerrillas que mandaban Bermúdez, Domenzain, Bravo y algunos otros jefes.

Puede calcularse que el total del ejército del Centro era de cuatro mil hombres, advirtiendo que en la enumeración hecha había batallones tan pequeños que apenas llegaban á cien plazas, y ninguno tan grande que excediese de cuatrocientas. Digo lo mismo respecto de la caballería: ni podían refundirse unos cuerpos en otros, porque era preciso guardar consideraciones á los respectivos jefes, á cuya iniciativa, actividad y buenas relaciones se debía la existencia de aquellas fuerzas. Por otra parte, en la guerra de montaña era muy útil el fraccionamiento de tropas y el envío de éstas á las localidades de que tenían especial conocimiento los que las mandaban.

Copiaré en seguida otras dos órdenes generales que recuerdan el valioso contingente que por aquellos días recibió nuestro ejército. Dicen así: "Tacámbaro, etc. — Orden general del Ejército del 24 al 25 de Mayo de 1865.—Jefe de día para hoy, el coronel Ignacio Zepeda. — Ayudante de guardia en el Cuartel General, el C. subteniente Andrés Frías, y en esta Mayoría General el C. capitán Felipe Aguirre.

"Lanceros de Jalisco nombrará una patrulla y el 2º escuadrón del Ejército otra.

"Con esta fecha me dice el C. general en jefe del Ejército lo siguiente: "Con fecha de ayer se han incorporado á este ejército los ciudadanos comandante de batallón graduado Francisco María Ortega y capitán Antonio Beltrán, prisioneros en Francia, del benemérito ejército de Oriente, quienes, después de un largo y penoso viaje, han vuelto á su patria, deseando prestarle sus servicios. Este Cuartel General, apreciando en su justo valor la abnegación y patriotismo de los referidos ciudadanos, comprende que son dignos de la estimación de todos los mexicanos, porque, á pesar de la miseria y privaciones que sufrieron durante su destierro, no aceptaron las condiciones deshonrosas que se les proponían para recobrar su libertad, prefiriendo vivir del mezquino producto

de su trabajo personal. En consideración á tan digna y patriótica conducta, este Cuartel general les concede el ascenso inmediato, y entretanto son colocados, pasan al Estado Mayor del que subscribe.—*Arteaga.*"

"Lo que se participa á vd. para que, por la orden general del día, lo haga saber á todo el ejército, haciendo de ellos mención honorífica.

"Lo que se hace saber por la orden general del día para conocimiento de todos los individuos del ejército.—De orden superior, *Aguirre.*—Se comunicó, *Felipe García Aguirre.*"

El segundo documento dice: "Ejército Republicano del Centro.—Mayoría General.—Orden general del Ejército del 13 al 14 de Junio de 1865.—Jefes de día para hoy, el C. coronel Ignacio Zepeda y teniente coronel Luis G. Carrillo.—Ayudantes de guardia en el Cuartel General, el C. coronel graduado, teniente coronel Margarito Cárdenas y capitán Feliciano Cárdenas, y en esta Mayoría general el capitán Felipe García Aguirre.

"Las tropas que se encuentran en esta plaza estarán dispuestas para marchar á la hora de costumbre.

"Los ciudadanos José María Pérez Milicua, teniente coronel de caballería; Jesús M. Romo, comandante; Crispín Solís, subteniente de Artillería; Rafael Cano, capitán de infantería; Francisco de P. Güido, Jesús Cordero y José Guadalupe Caldelas, tenientes de infantería; Juan M. del Castillo, Agustín Garduño, Ramón Ontañón, Francisco Paredes y Felipe Rivera, subtenientes de la misma arma; Antonio de León y Florentino Valencia, capitán el primero y el segundo teniente de caballería, con fecha de ayer se han incorporado al Ejército del Centro, en donde continuarán prestando sus servicios.

"Este Cuartel General ha visto con satisfacción la digna y patriótica conducta del referido jefe y oficiales, porque perteneciendo al benemérito Ejército de Oriente, fueron hechos prisioneros en el sitio de Puebla, y con ese carácter marcharon á Francia, en donde estuvieron expatriados. A pesar de los sufrimientos consiguientes á su situación, con el valor que habían manifestado en el peligro resistieron enérgicamente las amenazas y halagos del gobierno francés, y formando una

excepción honrosa entre sus demás compañeros, sin reconocer el imperio de Maximiliano, prefirieron emigrar á España, en donde por largo tiempo vivieron en la miseria con el fruto de su trabajo personal.

"En recompensa de tan acrisolada conducta, y como una muestra de gratitud á que se han hecho acreedores, este Cuartel general, por virtud de las facultades con que se halla investido, concede á cada uno de ellos el ascenso inmediato, y así lo hará vd. saber en la orden general del día, después de la mención honorífica que corresponde.[1]

1 Como un curioso documento histórico, reproduzco en seguida el acta que aquellos patriotas subscribieron en San Sebastián, en España:

"Asociación de los emigrados mexicanos.—Los abajo firmados nos comprometemos, formando una asociación, á lo siguiente:

"1º Todos procuraremos trabajar en arte, oficio ú otro trabajo personal.

"2º El producto de nuestro trabajo se depositará en una Caja común, sin reservar para sí ninguna parte.

"3º El sobrante que resulte en caja cada semana, después de los gastos indispensables, será depositado en una casa de comercio ó banco, para formar un fondo con que transportarnos á nuestra patria. En este mismo fondo ingresará todo el demás dinero que se pueda agenciar, sea cual fuere su procedencia, á menos de no venir ya destinado para el exclusivo objeto de pago de deudas anteriores.

"4º Los individuos que por algún motivo no pudiesen dedicarse á trabajos fuertes, lo harán en los mecánicos de la asociación.

"5º Si aconteciere la desgracia de que algún socio enfermase, se le condonará para sus gastos menores y el transporte, como si hubiese trabajado.

"6º En el evento de que un socio deseare separarse y pidiese la parte que le corresponda, se le dará, renunciando por este hecho al transporte, aun cuando no fuese á separarse de la asociación, sino debido á crédito ú otro motivo.

"7º Todos los emigrados nos comprometemos á permanecer unidos y salvarnos todos juntos, salvo el caso de que transportados por cuenta de otra ú otras personas, se haga el viaje por fracciones. En este caso se sortearán los que deban marchar, á menos que la persona remitente no eligiese expresamente los que debiesen ser los primeros.

"8º Se nombra presidente de la asociación al C. José M. Pérez Milicua.—San Sebastián, Enero 9 de 1865.—Jesús María Romo, Urbano Delgado, Víctor López, José María Herrera, Francisco G. Güido y Zaragoza, Norberto Garrido, Pablo D. Mejía, E. M. Castillón, Francisco María Ortega, Juan M. del Castillo, Antonio Beltrán, José Guadalupe Caldelas, Francisco Rivera, Tomás R. Pizarro, Modesto Medina, Ramón Ontañón, Agustín Garduño, Crispín Solís, Florentino Valencia, José M. Obando, Rafael Cano, Eugenio Guzmán, Juan N. Guzmán, Francisco Paredes, Luis G. Aponte, Felipe Rivera, Jesús Cordero, Miguel Aponte, Antonio de León, Guadalupe Gallardo, Ramón Adalberto López, Felipe Bridas, Emeterio Ramírez, Luz Fernández, José M. Pérez Milicua, José Montesinos, Pablo Rocha, Manuel Aburto."

"Lo que se hace saber en la orden general del día, para conocimiento del Ejército y satisfacción de los interesados. De orden superior.—*Aguirre.*—Comunicada.—*M. G. Aguirre.*"

Sólo me resta decir, á propósito de aquellos ameritados jefes y oficiales, que, desembarcados en Acapulco, el general Alvarez les proporcionó algunos recursos y les dió su pasaporte para Michoacán. Así fué como llegaron á Tacámbaro.

Con dos mil hombres de la 1ª División, descontadas la 4ª y 5ª brigadas, que permanecieron en sus respectivos terrenos, emprendió el general Arteaga una nneva campaña que quiso mandar personalmente. En aquellos días estaban ocupadas por el imperio todas las poblaciones de importancia del Estado, con excepción de Ario y Tacámbaro: las guarniciones enemigas, según el cálculo del escritor D. Jesús Rubio, no bajaban de tener en conjunto un efectivo de cerca de seis mil quinientos hombres; además, había las columnas expedicionarias de Van der Smissen con seiscientos, la de Ramón Méndez con mil, la del general Luis Tapia con otros tantos; y aunque De Potier había ya regresado á México, quedaba de observación en Puruándiro la columna del coronel Clinchant, fuerte en más de ochocientos hombres, que eran un batallón de zuavos, un escuadrón de cazadores de Africa y una contraguerrilla de *mexicanos.* Contaba, pues, el imperio con diez mil soldados en el territorio de Michoacán, en el mes de Junio de 1865.

Todavía así, á instancias del prefecto político de Morelia, "Maximiliano—dice el historiador Niox—reclamaba de Bazaine el envío á Michoacán de una fuerte columna francesa, para *terminar* allí la pacificación. Pero—agrega—¿cómo pacificar un país en el que los liberales estaban seguros de encontrar en cada casa un abrigo, en cada habitante un amigo?" Fíjense los partidarios póstumos del imperio en esta ingenua confesión del coronel francés Niox, y vamos adelante.

Arteaga salió de Tacámbaro el 14 de Junio y venció su primera jornada en Acuitzio, simulando seguir el camino de Morelia, en donde cundió el pánico; el 15 estaba en Quiroga, y entonces la guarnición de Pátzcuaro se puso en alarma; el

16 avanzó á Zacapu, en donde se le unieron las secciones de Garnica y de Ronda, y desde allí los espías del imperio corrieron á prevenir á los jefes de los destacamentos de Zamora, La Piedad y Puruándiro, que el enemigo, *la chinaca*, podía dirigirse sobre cualquiera de aquellas plazas.

El 17 el ejército penetró en la obscura y profunda sierra del Sur de Zacapu, yendo á tomar su *rancho* en el agreste paisaje en que se halla el ojo de agua del Pajarito. Allí Régules, al rendir á Riva Palacio el parte "sin novedad," preguntó por el general Arteaga. El general Arteaga no estaba en el campamento. Se le había visto todavía una hora antes; pero después nadie daba razón de él. Riva Palacio envió varios oficiales á buscarle, Régules confió la misma misión á sus exploradores, y guiado por uno de éstos fué el que logró encontrarlo en lo más espeso del bosque. El general en jefe estaba acostado en el suelo, y un ayudante suyo le curaba las antiguas heridas que las fatigas de la marcha habían vuelto á abrir. "A la vista de aquel lastimero cuadro—refiere Rubio—el general Régules le decía: "señor, regrese vd. á Tacámbaro y de allí trasládese á Huetamo para entregarse á una formal curación. Allá servirá vd. más todavía disponiendo las operaciones, que aquí precipitando el término de su vida." El general se rehusó á seguir estos consejos, y poco después apareció en el sitio en que se hallaba la tropa.

En la tarde llegó la división á Nahuatzen. En la noche se verificó una junta de guerra, y allí fué unánime el pensamiento de dar al día siguiente el ataque: ¿á dónde? Los soldados lo decían ya en los cuarteles, asando su *troncha* en los fogones improvisados.

—¡A Uruapan!

—¡A Uruapan! repetían las soldaderas, yendo y viniendo muy contentas y cantando:

"Chatita, vamos á Uruapan,
Ya verás qué bonito es;
Muchos ríos, muchas frutas,
Muchas huertas de café."

En la misma noche salieron para Uruapan algunos exploradores, hombres y mujeres, que, disfrazados de rancheros,

llegaron al día siguiente, muy de mañana á la ciudad, entraron á la iglesia á oir misa, y con este pretexto y luego con el de comprar su *recaudo*, pues era día domingo, inspeccionaron las fortificaciones y tomaron los demás datos que se les había encargado. A las nueve a. m. salieron por el camino de la Quinta, *chicoteando* sus *matalotes*.

Como á las doce del día (18) recorrió las calles principales un *convite* de gallos para las peleas que había ajustado con algunos vecinos el coronel D. Francisco de P. Lemus, comandante de la guarnición, pues aquel jefe tenía vicio por esta clase de juego, como casi todos los militares del tiempo de Santa-Anna, que era el rey de los galleros.

No omito este incidente del convite, para manifestar que en la plaza no se tenía noticia alguna de la aproximación de los republicanos. Repentinamente, á todo escape, bajó por las calles de Santiago uno de los contraguerrilleros de Lemus, el llamado Florencio Morón, gritando desaforadamente:

—¡Ahí vienen! ahí vienen! son muuuchos!

Con aquella calma que engendra la verdadera presteza, Lemus mandó tocar generala; los clarines de la caballería sonaban botasilla; uno de los ayudantes comunicaba al prefecto D. Isidro Paz (que en esta vez se resolvió á quedarse en la plaza) la orden de que enviara patrullas á recoger vecinos y transeuntes para encerrarlos en el atrio, á fin de que ayudasen á la defensa.

Mientras esto se ejecutaba, Lemus con unos treinta jinetes subía hacia la Quinta á reconocer al enemigo.

En aquellos momentos se desató un fuerte aguacero: esta circunstancia y la voz de alarma dada por Morón, favorecieron á los paisanos, que pudieron huir, no cayendo de *leva* más que unos diez ó doce, en tanto que se cerraban con estrépito los zaguanes de las casas y las puertas de las tiendas.

La guarnición, compuesta de quinientos infantes, doscientos caballos y cuatro piezas de artillería, ocupó los puntos fortificados, que eran: la Parroquia y sus dependencias, comprendiendo una manzana aislada circuída de ancho y profundo foso; calle de por medio, por el Norte, la casa de D. Ambrosio Madrigal convertida en fortín, que se denominaba

"Rangel;" por el Oriente, también calle en medio, la manzana llamada entonces de *Sierra*, con dos fortines, el primero con el nombre de "Lemus," á la mitad del portal que está al Norte de la plaza, en cuyo fortín tenía su alojamiento el jefe de la guarnición, y el segundo en la esquina Noreste, llamado "Fortín Paz," por ser la casa del subprefecto D. Isidro Paz, y por último, el Parián, entre las dos plazas, comunicado con las demás fortificaciones por medio de un camino cubierto. Las cuatro piezas de artillería estaban colocadas, una en la puerta principal del atrio, la que ve al Sur, y teniendo al frente la plazuela que hoy se llama de los *Mártires;* otra en la puerta que mira al ángulo de la plaza principal; otra en la barda que cierra al Norte el perímetro de la Parroquia, y la última en el fortín "Lemus."

Quien conozca la localidad comprenderá á primera vista que las fortificaciones eran formidables, no habiendo un sólo punto para el ataque, en donde no se cruzasen los fuegos y por donde no quedasen los asaltantes á pecho descubierto.

Cuando Lemus llegó con sus treinta ginetes á la calzada de la Quinta, ya estaba allí la vanguardia de los republicanos formada de los cuerpos de caballería de Garnica y de Ronda con el general Riva Palacio á la cabeza. Este jefe al ver al enemigo, dirigió la palabra al joven comandante Antonio Huerta, sobrino del general D. Epitacio Huerta:

—Huertita, le dijo: escoja vd. algunos amigos y vaya al encuentro de Lemus, que de seguro es el que ahí viene.

Antonio llamó á su lado á Margarito Cárdenas, á Isidro Díaz, á Rafael Aguilar y á otros veinte de los oficiales de Coeneo: saludaron al general, se afirmaron los barboquejos, empuñaron la *garrocha* y fueron á darse el *encontrón.* Pocos minutos duró el combate, lo bastante para que de uno y otro lado hubiera algunos muertos y heridos. Lemus retrocedió, pero los chinacos no se le apartaron, cargándosele en la extensión de las calles de Santiago hasta llegar al atrio: allí se trabó nueva lucha; las lanzas estaban tintas de sangre; los imperialistas casi todos heridos y agolpados á la puerta para poder entrar; un sargento de Lemus, á fin de dar tiempo de

que su jefe penetrase á la fortificación, empeñó un combate personal con Antonio Huerta, recibiendo de éste un lanzazo tan terrible, que al retirar el arma salió violentamente un chorro de sangre que bañó el rostro del jefe chinaco.

No todos los compañeros de Lemus pudieron penetrar al recinto fortificado: el capitán Lara, el teniente López y cuatro soldados quedaron cortados, y al huir por las calles de San Francisco, cayeron en poder del teniente coronel Salgado, quien incorporó en su cuerpo á los soldados y dejó libres á los oficiales, sus antiguos camaradas.

De los compañeros de Huerta murieron Margarito Cárdenas, Isidro Díaz y otros tres oficiales cuyo nombre no recuerdo.

Lemus se encontraba ya dentro de la fortificación, ileso, grande el corazón y serena el alma, animando á sus soldados más con el ejemplo que con la palabra.

Era la una de la tarde. Los republicanos estaban en las calles de la ciudad: tres columnas de infantería se desprendieron á paso veloz y emprendieron el ataque por las calles de San Miguel, la de Santiago al costado de la iglesia y la que desemboca al ángulo Suroeste de la plazuela. Tras de una descarga de la artillería, los infantes dieron el asalto brusco, haciendo un fuego nutrido y llegando algunos hasta introducir las bayonetas en las aspilleras de los muros del atrio, después de atravesar el foso metidos en el agua hasta el cuello. No cesaba el fragor de los disparos; las campanas de la torre, heridas por las balas, producían un tañido lúgubre; las plazas y las calles ofrecían á la vista regueros de sangre, y de trecho en trecho había cadáveres é infelices moribundos.

El general en jefe mandó tocar retirada. Habíamos sufrido grandes pérdidas en asalto tan espantoso. La más sensible de todas fué la de aquel valiente hijo de Zitácuaro, el coronel Félix Bernal, el mismo que recordarán los lectores sustituyó en Tacámbaro, durante el combate con los belgas, al coronel Luis Robredo, muerto en el acto de tomar una fortificación. Al sentirse herido Bernal, y comprendiendo que su fin estaba próximo, se hizo conducir á presencia del general Riva Palacio, que se hallaba en la primera calle de Santiago,

le pidió que le diese un abrazo y se despidió de él con palabras llenas de ternura. El teniente coronel Luis Carrillo tomó el mando del batallón, huérfano de su jefe.

Las columnas asaltantes ocuparon varias casas de las que están en las plazas; se pusieron pelotones de soldados en los techos y en las ventanas, se improvisaron pequeñas trincheras, y entonces comenzó entre sitiadores y sitiados un tiroteo lento pero incesante. El cañón de uno y otro lado no dejaba de oírse.

En la tarde volvió á llover. Se había desatado una lluvia de esas tenaces y abundantes, propias de aquella zona. Nubes gruesas y que casi rozaban la tierra, obscurecían el ámbito de la ciudad; de cuando en cuando se veía, hacia el Norte, el zig-zag del relámpago y se escuchaba el eco lejano del trueno, rodando con estrépito por las crestas de la sierra.

Por varios puntos del perímetro fortificado se empeñaron combates parciales, pues que republicanos é imperialistas, fastidiados de permanecer tras de las trincheras, hacían salidas audaces, y después de un corto fuego volvían á sus posiciones. Los batalloncitos de los tenientes coroneles Pablo Jiménez y Andrés Huerta, atacaron é incendiaron la casa de D. Ambrosio Madrigal, en que estaba el "Fortín Rangel," quedando el campo abierto para poder batir el Norte de la Parroquia. Dichos jefes se situaron en las casas del frente, y desde allí dirigían sus fuegos sobre el edificio. En aquel punto se verificó un curioso desafío: dos oficiales, uno del imperio y otro de la república, que respectivamente mandaban los retenes más avanzados, se propusieron cazarse uno al otro, y espiándose los movimientos, disparaban sin resultado, porque ambos estaban listos para ocultarse en el instante preciso de salir el tiro: muchas balas pasaron tangentes á su cuerpo; algunas les agujerearon los sombreros y los trajes. Al principio del duelo se provocaban con insultos, luego se dirigieron palabras de cortesía y acabaron por chancearse cariñosamente tratándose de *tú*, sin dejar por esto cada uno de procurar acertar en el otro el disparo de su arma.

—A mí me gustan los valientes como tú, dijo el republicano.

—Es que donde tú te paras se han de parar muy pocos, contestó el imperialista.

—¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?

—Vicente Acha; soy *cuerepo* de Pátzcuaro; ¿y tú?

—Soy *jarocho* veracruzano, de Tlacotalpan: me llamo José Guadalupe Caldelas.

Al par que estos dos oficiales, sus soldados se platicaban, procurando empero la ocasión de despachar á su amigo al otro mundo.

Seguía diluviando. El General Arteaga, sea por carácter, ó por el estado de su salud, era hombre á quien cansaba una situación crítica, y en aquella vez le desesperaba la taimada é inteligente resistencia de Lemus, veía lo difícil de dar con éxito un segundo asalto, con la circunstancia de que mientras los sitiados estaban á cubierto, los republicanos, para atacar, hubieran tenido que soportar el aguacero y ver acaso inutilizado su parque. Además, era probable que el general Tapia se desprendiera de Pátzcuaro, y uniéndose á la guarnición de Taretan que mandaba el teniente coronel Andrés Pineda, uno de los más distinguidos jefes del ejército imperial, viniese en auxilio de la plaza, siendo entonces indefectible la derrota de los republicanos. Manifestó sus impresiones á Riva Palacio, quien temeroso de que se diese la orden de prescindir del ataque, inclinó al general en jefe á celebrar una junta de guerra. Eran las diez de la noche cuando se reunieron en el alojamiento de Arteaga, en la calle de San Juan, una cuadra distante de la plaza, el mismo general en jefe y los generales Riva Palacio y Régules. Éste opinó desde luego por que debía darse el ataque decisivo, manifestando que él conocía á palmo la ciudad y que podía hallar algún punto débil para penetrar á las fortificaciones. El lenguaje de Régules era de suyo áspero y rudamente franco: sus palabras hirieron la susceptibilidad de Arteaga, quien con acento vibrante, dijo:

—¿Es decir que vd. se compromete á tomar la plaza?

Riva Palacio hizo á Régules una indicación imperceptible para Arteaga. Régules contestó:

—Sí señor, me comprometo.

—¿Y con qué me responde vd.?

—Con mi cadáver, pues si no tomo la plaza será porque habré muerto.

Arteaga se doblegó ante aquella convicción enérgica, y en el acto dictó la orden, confiando el mando de la división al general Régules. Los ayudantes del Cuartel General y los de Riva Palacio corrieron á comunicarla á todos los cuerpos.

Régules se dirigió inmediatamente á donde estaba el grueso de la infantería, y tomando los pequeños batallones de los comandantes Jesús Villanueva y José María Macías, los condujo dando un rodeo para pasar entre las calles 1ª y 2ª de San Francisco, hasta entrar con ellos por el Oriente del Hospital, manzana contigua á la en que estaban los fortines "Lemus" y "Paz." Aquel era el punto vulnerable. Desde luego dejó sus instrucciones á ambos jefes, y mientras Villanueva desalojaba á los defensores del segundo fortín é incendiaba la casa que era propiedad de D. Isidro Paz, y mientras Macías atacaba un retén que estaba en la extremidad opuesta de la calle, casa de D. Ramón Farías, procurando también incendiarla, lo que no consiguió porque un capitán del imperio, á costa de su vida, cortó á tiempo el fuego, Régules con su reducido Estado Mayor fué á recorrer la línea y á formar sus columnas de ataque. Èstas fueron las siguientes:

1ª A las órdenes del coronel José Vicente Villada, que debía acometer por el Sur de la plaza principal el camino cubierto y el fortín Lemus. Esta columna se situó en la manzana del frente.

2ª Mandada por el coronel José María Hernández, para atacar por el Sur de la plazuela de la Parroquia. Ocupó la casa, esquina de la calle de San Juan y el portal conocido entonces con el nombre de Gutiérrez (hoy Rafael Carrillo).

3ª Su jefe el teniente coronel Felipe Montenegro, por la misma plazuela: se situó en la casa esquina de la calle de San Juan y el portal Solís (hoy Gordiano Guzmán).

4ª Al mando del teniente coronel Luis Carrillo, la cual ocupó el mesón Morelos (Avenida Ocampo) para atacar el costado derecho de la Parroquia.

5ª A las órdenes del teniente coronel Pablo Jiménez, en

la casa de Eiquihua, 1ª calle de la Independencia, para asaltar el lado Norte de la Parroquia.

6ª A las órdenes del comandante Jesús Villanueva, que ocupó la parte Norte del Hospital, y que acababa de destruir el fortín "Paz;" y

7ª Al mando del comandante José María Macías, al Sur del mismo Hospital, con orden de ayudar en el ataque del fortín "Lemus."

Había además otra pequeña columna compuesta de cuerpos dé infantería, verdaderos piquetes, que mandaban el teniente coronel Andrés Huerta y los comandantes Genaro Román y Pablo Conejo. Esta columna obraba á las inmediatas órdenes del general Régules.

Las cuatro piezas de artillería se repartieron, una al coronel Villada, otra al teniente coronel Felipe Montenegro, otra al de igual grado Pablo Jiménez, y la última quedó en poder del comandante de artillería Martiniano León.

Cada uno de los jefes de columna fué á situarse en sus nuevas posiciones, no sin que procurasen estorbárselo los imperiales. Villada tuvo que ocupar la casa de D. Juan Gil, á doce varas de distancia del Parián y del camino cubierto de que he hablado: en consecuencia, se vió precisado á emprender sus trabajos enmedio del fuego cruzado que desde ambos puntos le dirigían, casi á quema ropa. Atrincheró por el interior las puertas de las dos tiendas laterales del zaguán y aspilleró las paredes; en el pasillo del zaguán construyó una pequeña trinchera de adobes tomados de un horno que había en la casa y colocó en ella la pieza de artillería. Se ocupaba en esta obra cuando llegaron los generales Arteaga y Riva Palacio, que recorrían la línea de circunvalación. Villada los invitó á tomar una taza de café y les suplicó que esperasen hasta ver disparar el primer cañonazo: en efecto, concluída la trinchera, mandó abrir rápidamente el zaguán, disparó el cañón, y al ver que los que defendían el camino cubierto huían de la metralla, lanzó sobre ellos un piquete de infantería que tuvo que regresar, porque Lemus, con una fuerza de dragones, á pie, obligó á los fugitivos á retroceder y á improvisar un nuevo parapeto. Al separarse Arteaga de aquel punto recomen-

dó á Villada que se ajustase á las instrucciones del general Régules. En consecuencia, el coronel se limitó á seguir el tiroteo, disparando de cuando en cuando la pieza de artillería, para lo que en el momento oportuno, se abría repentinamente el zaguán.

Poco más ó menos, seguían la misma táctica los jefes de las demás columnas, posesionados de las casas circunvecinas á las fortificaciones, haciendo y recibiendo un fuego incesante. Las puertas del atrio y de todas las casas ocupadas por los combatientes de uno y otro partido estaban de tal modo agujereadas por las balas, que parecían cribas, y las paredes, según la expresión de un chinaco, estaban *como picadas de virgüelas.*

Amaneció el día 19; el cielo estaba de un azul limpio y transparente y el sol brillaba en todo su esplendor; el fuego no se interrumpía, y sitiados y sitiadores permanecían en sus puestos. A eso de las ocho de la mañana, el general Régules, á pie, con el fuete en la mano, volvió á recorrer la línea. A Montenegro le dijo:

—¿Güerito, ya sabe vd. cuál es la señal?

—Sí, mi general, estoy pendiente de ella.

—Pues bien, en el acto dispara vd. su cañón y, al frente de su columna, se va tras de la bala.

—Con ella me meteré.

A Villada:

—Al oir la señal me toma vd. el Parián y el camino cubierto, y asalta la puerta del atrio que cae para la esquina. Fuego graneado sobre lo que se le presente por delante, aunque sea yo mismo.

—Sí, ya comprendo, general, vd. y yo entraremos juntos por ese lado.

A los demás jefes hizo parecidas recomendaciones, encargando á todos que no se moviesen de sus puntos sino á la hora de la señal, aunque antes oyeran ó vieran cualquier cosa por notable que fuese.

A las diez y media atravesó solo, paso á paso, azotándose con el fuete la bota, desde la esquina de la calle de San Francisco hasta el Hospital, en medio de la lluvia de balas que le disparaban desde el Parián y desde el fortín Lemus.

Pocos minutos después, á la cabeza de los batallones de Villanueva y de Macías, pasaba el callejón del Hospital, penetraba en la manzana de Sierra y caía sobre el fortín Lemus. La lucha fué allí reñidísima. Republicanos é imperiales combatieron á bayoneta calada, cuerpo á cuerpo, con encarnizamiento de tigres. Los pocos defensores del punto que quedaron vivos, se replegaron en precipitada fuga al atrio de la iglesia. Sin perder un momento, Régules colocó á los soldados de Villanueva en el tapanco de las casas fronteras al templo, dominando así á los que defendían el atrio.

Lemus organizaba á gran prisa una columna para ir á recobrar la manzana perdida, cuando repicaron alegremente las dos campanas del campanario del Hospital, y tronaba á media plaza el cañón de Martiniano León.

Entonces, las casas del perímetro de las dos plazas vomitaron las columnas de ataque; parte de los soldados hacía un fuego vivísimo; los restantes apoyaban en los muros centenares de escaleras de mano. Montenegro entraba en el atrio tras de la bala de su cañón. Villada atravesaba el camino cubierto, arrollando al enemigo, y se unía con Régules para penetrar en el atrio. Por la espalda de la iglesia saltaban los soldados de Pablo Jiménez; por el costado los de Luis Carrillo. Toda nuestra infantería estaba dentro del recinto amurallado. Las caballerías se desplegaban en ala en las dos plazas. ¡Aquello fué soberbio!

Lemus se replegó al interior del templo, pero con él entraron los chinacos: desde cada altar, desde el púlpito, desde el presbiterio, desde el coro, enmedio de la nave, se disparaban simultaneamente: más de mil fusiles fulminaban los fogonazos entre la nube negra del humo, en el fondo de la cual se veía la vislumbre de las bayonetas; se tropezaban los combatientes entre los cadáveres. Por fin los imperialistas abandonaron el templo, huyendo por la sacristía: sólo quedó al pié del altar mayor el cura D. Francisco García Ortiz, rodeado de una soldadesca desenfrenada.

El epílogo del combate se verificaba en el patio de la casa cural: más de cuatrocientos imperialistas se habían agrupado allí y estaban sin salida; las soldaderas gritaban y gemían de-

soladas; algunos clarines tocaban parlamento; Lemus y varios de sus oficiales querían que continuase la lucha: los republicanos podían ametrallarlos á mansalva, pero se contentaron con hacerlos prisioneros. Caldelas fué el primero en tomar el suyo, estrechando entre sus brazos á Vicente Acha!

El coronel D. Ignacio Zepeda recibió la orden de levantar el campo: todo el armamento, todo el vestuario y el equipo, todos los caballos de los imperialistas pasaron á poder de los republicanos. Además, veinte cajones de parque ¡vacíos! como estaban también vacías las cartucheras de los republicanos. ¡Unos y otros habían quemado el último cartucho!

La lucha concluyó á las doce del día.

Los prisioneros, cerca de quinientos, fueron conducidos á la plaza principal y presentados á Arteaga. La pasión cegaba á los vencedores, y de los grupos salían gritos de muerte contra los oficiales del imperio; los nuestros pedían que se ejerciesen represalias por las víctimas sacrificadas en las cortes marciales, en Morelia, en Zamora, en Pátzcuaro, en todas partes. No sé quién alzó la voz, afirmando que Lemus había formado el cuadro en el fusilamiento de D. Melchor Ocampo, y no faltó alguien que recordara la cruel persecución que había hecho á los liberales, durante la guerra de Reforma, en Tetecala, Yautepec y Cuautla, sacrificando á muchos de ellos en el patíbulo. Entonces redoblaron las exclamaciones de venganza. Algunos jefes de cuerpos, acaudillados por el coronel Méndez Olivares, pidieron con instancia que se fusilase á Lemus y á los Sres. Isidro Paz y Florencio Gutiérrez; estos últimos por su pronunciamiento de Uruapan y de Parácuaro. En vano Villada suplicó en sentido contrario; el general Arteaga pronunció la orden terrible.

En el acto aquellos tres hombres fueron separados del resto de sus compañeros. Llevados al portal del Norte, Gutiérrez y Paz fueron conducidos al extremo Oriente y se les notificó la *sentencia:* Gutiérrez la oyó con serenidad y murió como los valientes; en tanto que Paz, lleno de desesperación y de terror, imploraba perdón, ofrecía dinero en rescate, y sollozando, clamaba que no lo fusilaran porque estaba en pecado mortal: su cuerpo quedó horriblemente mutilado, y deshechos el semblante y el cráneo.

Entretanto, Lémus fué llevado al extremo opuesto del portal; la muchedumbre lo seguía enfurecida y se oían los gritos de muerte. El coronel imperialista estaba sereno, impasible: ni el más ligero temblor, ni palidez en el semblante, ni vacilación en el paso, traicionaban el inmenso valor de aquel hombre.

—Hínquese vd., le dijo Méndez Olivares.

—Desearía hablar con el general Arteaga.

—Lo de siempre: vd. quiere hacer revelaciones importantes. Con ellas y sin ellas hemos de triunfar nosotros.

En aquel momento el coronel Eguiluz, á caballo, llegaba al grupo. Lemus se dirigió á él.

—¿Me será permitido escribir una carta? le preguntó.

—Sí, señor, aquí tiene vd. papel y lápiz, contestó Eguiluz, sacando de su cartera ambas cosas.

Lemus se acercó, y poniendo el papel en el cuello del caballo de Eguiluz, escribió con pulso firme una carta para su esposa, la dobló y la entregó á aquel jefe. Luego apuró un vaso de agua que alguien le ofrecía y exclamó:

—Ya está.

—Por detrás, como traidor, dijo Méndez Olivares.

—Lo mismo da, contestó Lemus; y girando media vuelta, murmuró: "¡Perdóname, Dios mío......!"

En la fisonomía del cadáver de Lemus no quedó una contracción. Estaba tan sólo intensamente pálido.

En medio de la plaza sucedía algo que había atraído un grupo numeroso de militares y de paisanos. Una escolta de soldados había conducido á la presencia de Arteaga al cura D. Francisco García Ortiz, acusándolo falsamente de que á la hora del ataque en el templo se le había visto exhortando á los imperiales para que no se rindiesen. Arteaga estaba en momentos supremos de sufrir el ataque de epilepsia, y en tales circunstancias, su carácter se agriaba hasta la irascibilidad.

—¡Que lo fusilen! gritó, rojo de cólera.

—No, señor, vd. no conoce al señor, dijo una voz cuyo eco sagrado resuena aún en mi corazón, la voz de D. Toribio Ruiz. El señor cura es el único sacerdote evangélico que conozco, es un hombre enteramente ajeno á la política.

—Es verdad, es verdad, gritaron muchas voces en el grupo.

—Es verdad, y yo respondo de él, repitió Villada. Le pido á vd. que lo dé libre.

—Que lo registren, dijo un soldado de horrible aspecto; debe traer alguna arma en el pecho, porque yo ví cuando la ocultaba.

El cura se desabotonó la sotana y mostró la piedra del ara sagrada que había recogido del altar mayor.

—Vaya! ese hombre estaba en su puesto, como nosotros en el nuestro, exclamó Arteaga. Queda libre!

Un aplauso general acogió aquellas palabras, y el *padre Pachito*, como lo llamaba el pueblo de Uruapan, con los ojos llenos de lágrimas, temblando como un azogado, y sin embargo con la sonrisa en los labios, fué á instalarse en la casa de D. Toribio Ruiz, porque el templo y el curato estaban llenos de cadáveres.

Como que de una y de otra parte murieron en el ataque y toma de Uruapan más de trescientos hombres.

La noticia de que los republicanos estaban el 18 sobre Uruapan, llegó á Taretan y á Pátzcuaro en el mismo día. Al siguiente salió de la última de las expresadas poblaciones la columna del general D. Luis Tapia en auxilio de la plaza amagada: en la cuesta de Tingambato encontró al teniente coronel Pineda, quien con su fuerza había evacuado á Taretan. Ambos jefes siguieron sobre Uruapan, pero á las tres leguas de camino comenzaron á tener noticia de que la ciudad había sido tomada. Retrocedieron pernoctando en el pueblecito de San Angel Surumucapio, en donde aquella tropa imperialista sufrió en la noche una deserción de más de doscientos hombres; tales fueron la alarma y el pánico que introdujo en los soldados la fatal nueva. El 20 entraron en

Pátzcuaro, llevando la consternación á los habitantes de la ciudad imperialita.

Miéntras Arteaga y Riva Palacio se ocuparon en Uruapan con toda actividad en la construcción de parque, mandando recoger el poco plomo que se pudo encontrar en las tiendas; se consagraron también á reorganizar los Departamentos de Uruapan y Apatzingán, segregados hacía meses de la acción administrativa del Gobierno republicano. Al coronel D. Jesús Díaz se encargó el mando de aquella línea, y este jefe levantó desde luego entre sus paisanos de Paracho una fuerza de trescientos hombres de infantería y caballería.

El triunfo de Uruapan y los fusilamientos de Paz y de Gutiérrez, infundieron tal desaliento y tanto espanto en los vecinos que se habían comprometido con el imperio, principalmente en el resto de los *doce apóstoles*, que desde luego movieron influencias, solicitando el perdón, que les acordó el Cuartel General por decreto de 21 de aquel mes de Junio. Todo volvió por de pronto á la vida tranquila en aquella ciudad, en donde la causa nacional tenía tantos partidaríos como simpatías sus defensores.

El 21 en la tarde circuló el rumor de que el ejército republicano iba á marchar inmediatamente. Los exploradores que habían quedado por el rumbo de Zacapu, llegaron á matacaballo avisando que la columna de franceses que se hallaba en Puruándiro se movía á marchas forzadas sobre Uruapan. La carencia de parque, la fatiga de la tropa y la necesidad de cuidar de los prisioneros, determinaron á nuestros jefes á levantar el campo en aquella misma noche y á emprender la marcha hacia Taretan. La ciudad quedó en un silencio y un aislamiento profundos, porque el mismo coronel Díaz, jefe del Departamento se dirigió á la Sierra en observación del enemigo.

Quisiera que mi pluma no tuviese motivo para escribir las siguientes líneas. Después de treinta años, aún se desliza de mis ojos una lágrima brotada con la intensidad del recuerdo.

El día 23 la ciudad de Uruapan presentaba aspecto de de-

solación, de ruinas y de luto, que en los tres días anteriores habían hecho poco sensibles la animación que producía en las calles la presencia de las tropas, la alegría por el triunfo que se acaba de adquirir y la actividad en el comercio.

Poco antes de las once de la mañana interrumpió el silencio que reinaba en la población el ruido de caballos que bajaban por la calle de Santiago. Era que el general Pueblita ocurría á Uruapan de orden de Arteaga á recibir instrucciones del Cuartel General. Lo acompañaba una escolta de quince hombres, pues había dejado su fuerza en Parangaricutiro.

Pueblita fué á alojarse á la casa de D. Hermenegildo Solís, en el portal que hoy se llama "Gordiano Guzmán." Algunos vecinos, entre ellos los Sres. Lic. Eugenio Acha, Dr. Teodoro Herrera, Trinidad Bravo y Toribio Ruiz, ocurrieron á saludarlo y le avisaron que el general Arteaga había salido inopinadamente en la noche anterior, á causa de la noticia, enteramente cierta, de que una columna de franceses se dirigía á marchas forzadas sobre Uruapan. Pueblita mandó que se le preparase el almuerzo y que los soldados de la escolta echasen pie á tierra. Los vecinos le instaban á que no se detuviese y que ni siquiera tomara de regreso el mismo derrotero que había traído, por ser el que debería traer el enemigo; se lo mandaron decir varias personas que no se atrevieron á irlo á saludar, temerosos de la llegada de los franceses; hasta una señora, ferviente partidaria del imperio, Doña Ramona Izazaga, le envió igual aviso: Pueblita nada quiso creer y tranquilamente esperaba que se le sirviese la mesa. En aquellos instantes D. Toribio Ruíz habló en tarasco con un indio de Nahuatzen que venía entrando de camino, y luego, sin pérdida de tiempo, dijo á Pueblita que aquel hombre había dejado á los franceses preparando su salida de Nahuatzen.

—¿A qué hora salió éste? preguntó Pueblita.

—A las cinco de la mañana.

—¿Qué clase de fuerza viene?

—Zuavos, cazadores de África y una partida de *jineles mexicanos*, más de mil hombres.



ARTEAGA.

RÉGULES. SALAZAR.

PUEBLITA. TAPIA.

—Sí, es Clinchant, que me busca desde el ataque del Valle de Santiago. Por muy aprisa que caminen llegarán dentro de dos horas. Hay tiempo de almorzar.

No había ya ese tiempo; eran cerca de las doce, y los vecinos mencionados, no pudiendo vencer la obstinación de Pueblita, se retiraron á sus casas.

Pocos minutos después se oyó el tropel de caballos y el rumor sordo del paso veloz de una infantería.

Los franceses estaban frente á la casa de Solís. En su primera descarga dejaron muerto al capitán Salas y á dos ó tres soldados de la escolta del general, y rápidos como el pensamiento rodearon la manzana en que estaba Pueblita. Éste, que no había tenido tiempo de montar á caballo y de salvarse, como se salvaron el coronel García y otros que anduvieron más listos, brincó primero algunas bardas, recorriendo así varias casas; después se subió por una escalera al interior del tejado de otra que está situada en la calle Poniente de la manzana, y allí se ocultó.

Entre tanto las patrullas de franceses cateaban las habitaciones, buscando al general.

Todo se verificaba en unos cuantos minutos que parecían siglos. La valla de zuavos permanecía cercando la manzana.

Por frente á la casa donde estaba Pueblita, pasó una mujer llamada Gabriela, soldadera de las de Lemus. Un zuavo le dirigió la palabra:

—Tú sabes de Pueblita. ¿Dónde está Pueblita?

—Vaya! pues ¿no no lo ve? y aquél que está sacando la cabeza por entre las tejas, ¿quién es?

Decir esto, tender el zuavo su fusil, disparar y quedar exánime Pueblita, fué todo uno.

En el acto se oyó una gritería salvaje entre los franceses. Prorrumpían en *hurras* como si hubiesen alcanzado una gran victoria, y no, como era la verdad, por haber cometido un asesinato.

Muchos soldados se habían subido al tapanco, y apartando las tejas, dejaron caer á la calle el cadáver de Pueblita, ya medio desnudo merced á la rapiña de los *vencedores.* Luego dos zuavos lo cogieron de los pies y arrastrándolo y rebotando la

cabeza en las piedras, lo fueron á tirar convertido ya en una masa sanguinolenta, en el portal mencionado. [1] No creían en su dicha los jefes de la columna: á cuantos pasaban les hacían la pregunta de si aquel cadáver era el de Pueblita, y á cada respuesta afirmativa repetían sus *hurras* de entusiasmo.

Ahora, para que se vea como escriben la historia propia los franceses, voy á copiar la sucinta narración que de los hechos de este capítulo escribe Mr. Paul Gaulot en su libro *L'Empire de Maximilien*, y advertiré que este autor pasa por ser uno de los más imparciales:

"Arteaga y Pueblita, dice, habían atacado y tomado el 19 de Junio la ciudad de Uruapan, y allí, entregándose á su crueldad habitual, habían hecho fusilar, sobre la marcha, al subprefecto Isidoro Paz y al comandante de la plaza, coronel Lemus.

"A la noticia de esto, el coronel Clinchant se puso en marcha: en tres días llega á Uruapan, *recobra la ciudad, persigue á Pueblita, lo alcanza, lo derrota y lo mata.*"

Para que el parte fuera verídico, debería concluir así: "A la noticia de esto, el coronel Clinchant se puso en marcha: en tres días llega á Uruapan; ya no estaba en ella Arteaga; la encuentra abandonada, pero sorprende á Pueblita solo, lo caza, lo asesina y profana su cadáver."

Aquel humilde y valeroso patriota, á quien el partido clerical infamaba llamándolo bandido, era por el contrario un hombre modesto, generoso, desinteresado, que vivió y murió pobre. Lo calumniaban por su constancia y fidelidad á los principios, por su habilidad y valor como guerrillero, por la inmensa popularidad de que gozaba entre las masas. Era nativo de Pátzcuaro; obscuro artesano en 1847, se inscribió en el batallón Matamoros, Guardia Nacional del Estado, é hizo la campaña contra los americanos volviendo en seguida á la vida privada. Al resonar en Michoacán el grito de la

1 El padre del que escribe estas líneas, oculto en una casa de la manzana contigua, presenció todo lo que se acaba de referir.

revolución de Ayutla, en el mismo día en que D. Epitacio Huerta lo proclamaba en Coeneo, Pueblita lo secundó en Quiroga y fué en toda aquella guerra el más constante paladín del pueblo. Desde entonces no soltó las armas. En las campañas contra los reaccionarios de Puebla (1856), en toda la guerra de Reforma, en la lucha contra Márquez y Zuloaga (1860–1862) y en la intervención francesa, siempre se vió al ínclito Pueblita batallando sin cesar, buscando el combate; incansable, sufrido, subordinado y humilde entre los suyos; intransigente y aguerrido con el enemigo; siempre el tipo más puro de la abnegación y el patriotismo.

Cuando Clinchant, al día siguiente, regresó á Puruándiro, dejó tirado en la calle el cadáver de Pueblita, que el *padre Pachito* mandó enterrar en el interior de la iglesia.

CAPÍTULO XXVIII.

(1865)

Donativo de la archiduquesa Carlota á las familias pobres de Zitácuaro.—Retirada del General Arteaga.—El desierto de la tierra caliente.—La insolación.—Regreso á Tacámbaro.—Alarma.—El campamento.—La presencia de Salazar.—Batalla de Cerro Hueco.—La derrota.—Ferocidad del enemigo.—Episodio masónico.—Después del desastre.—Desaparición de Arteaga.—Don Procopio Rodríguez. —La victoria de Cerro Hueco para los imperialistas.—Enemistad entre Méndez y Van der Smissen.—Caballerosidad de este Jefe.—Digna conducta de Arteaga.—La renuncia de Del Moral.

Desde que se tuvo noticia en Morelia de la expedición que hacía nuestro ejército por el interior del Estado, el teniente coronel Van der Smissen, jefe de la legión belga, trató de tomar la *revancha* por el revés que una parte de sus fuerzas había sufrido en Tacámbaro el 11 de Abril. A este efecto mandó que se le incorporase el destacamento que se hallaba en Zitácuaro. Dispuso al mismo tiempo que la fuerza de Méndez formara parte de la sección con que iba á salir á campaña. Todo estaba dispuesto, cuando la archiduquesa Carlota, deseando dar una muestra pública de sentimientos generosos, determinó que se repartiese entre las familias de Zitácuaro que habían sufrido mayor pérdida en el incendio de aquella ciudad, la suma de *tres mil pesos, de su caja particular.* Méndez fué el escogido para hacer esa obra de caridad, y en consecuencia Van der Smissen difirió su expedición.

Las pocas familias que vivían en Zitácuaro, habitaban debajo de cobertizos provisionales, sin muebles, afrontando los rigores de las estaciones y sufriendó los estragos de la miseria.

En aquellas circunstancias llegó Méndez á la expresada población y desde luego nombró una junta de señoras para que designaran las familias que debían socorrerse: mas como ninguna quiso aceptar, personalmente se dirigió al aduar de la señora viuda del Dr. Víctor Izazaga y le ofreció su parte de donativo, en nombre de *S. M. la Emperatriz.*

—Mucho agradezco á esa noble señora su generosa caridad; mas no puedo ni debo aceptarla, porque cuando los belgas incendiaron nuestro hogar, acogimos el hecho como un sacrificio á nuestra patria.

—¿Y no tuviera vd. al menos la bondad de indicarme entre quiénes pudiera yo hacer el reparto?

—Todas las familias que conozco se componen de personas dignas, y no sería yo quien les hiciera la ofensa de creer que aceptarían esa limosna.

Méndez, mordiéndose los labios de despecho, se retiró á su alojamiento. En seguida mandó publicar avisos en las esquinas invitando á los indigentes á que fuesen á recibir el auxilio pecuniario que se les ofrecía. Ni una alma se presentó. "Los indomables y heróicos hijos de este país,—dice una carta de Darío Alzati—que están resueltos á sucumbir primero bajo el peso de la miseria, se negaron á recibir la protección de las manos de sus verdugos; todavía más, el citado Méndez, viendo que nada adelantaba en su comisión, ha querido dejar el dinero en poder de Don Juan Antonio Rodríguez para que éste haga el reparto; pero dicho señor se ha rehusado aceptar el encargo, manifestándole que era inútil aquella medida, porque estaba seguro que nada se conseguiría, pues conocía perfectamente el carácter de sus paisanos y creía que era en vano todo esfuerzo sobre el particular." Así pues, Méndez devolvió á Carlota *los tres mil pesos.*

Vuelvo ahora á seguir mi narración sobre la marcha del ejército del general Arteaga. Entre los papeles que tengo en mi poder hallo en un *carnet* de aquella época los siguientes apuntes que copio literalmente:

"A nuestra salida de Uruapan, la división se formaba de igual número de hombres que la componían cuando atacamos la plaza, pues que habíamos cubierto las bajas con los

soldados que cayeron prisioneros. Esto no siempre es conveniente, porque en la tropa veterana del ejército reaccionario, las clases participan del odio de los jefes contra los liberales, y la fuerza que mandaba el coronel Lemus se componía toda de los antiguos soldados de Márquez y Miramón. Así es que desde luego se introdujo en las filas el espíritu de partido, se manifestaron el celo y la envidia y reinó la indisciplina.

"Por lo demás, la salida precipitada en la noche; la necesidad de huir, cuando se acababa de alcanzar un triunfo; el regreso á lugares faltos de recursos, cuando se tenía la ilusión de permanecer en Uruápan, donde había abundancia de todo, abatieron la moral del soldado, y la marcha se hizo en medio de la tristeza y de la confusión, que aumentaban las fatigas.

"El 23 continuamos nuestra retirada, penetrando en la tierra caliente, en aquella parte que pertenece al plan de Urecho, la más cálida é insalubre de la zona. La marcha era lenta, á causa de lo fangoso de los caminos, si caminos pueden llamarse semejantes veredas, pedregosas y desiertas. No cesaba de llover; los ríos estaban invadeables y los arroyos convertidos en torrentes. Apenas pudimos llegar á Pueblo Nuevo en la tarde del día 24. La deserción había cundido en el ejército, iniciada por los soldados prisioneros y comunicada en nuestras filas, como una de esas enfermedades que invaden agrupaciones enteras de hombres. En el camino quedaban regadas las armas y, de trecho en trecho, se veían caballos próximos á expirar por el cansancio, y bandadas de zopilotes posados tétricamente en los árboles, esperando que su presa exhalara el último aliento para caer sobre ella y desgarrarla.

"De Pueblo Nuevo se desprendieron las secciones de Garnica y Ronda que obtuvieron el permiso de volver á sus terrenos (línea de Quiroga á Puruándiro), tanto por no dejar abandonado el centro del Estado, como para evitar que se les destroncase su caballada. Recibieron orden de dirigirse primero á Tacámbaro y permanecer en aquella ciudad unos cuantos días, en observación del enemigo.

"El resto de la división siguió su marcha por la tierra caliente; el 26 pernoctó en el rancho del Atuto y el 27 llegó á la hacienda de Tamo.

"Las jornadas eran cada día más fatigosas. Al día siguiente nos dirigimos á Sinagua. Aquella tarde presencié una de las escenas que varias veces se verificaron en nuestro ejército.

"El calor era insoportable: nuestros soldados no habían comido desde la víspera, y más que el hambre, la sed los devoraba. No había en aquel desierto ni un manantial, ni el más pequeño arroyo, ni una charca siquiera.

"De repente se oyó un grito agudo; un soldado se tambaleaba y en seguida se desplomó: después caían grupos de hombres soltando de la mano los fusiles. Eran presa de horribles convulsiones, con el semblante amoratado y la boca escupiendo una saliva sanguinolenta. Como si todos ellos estuvieran acometidos de la terrible meningitis y de la despiadada oftalmía, tenían los ojos inyectados y salientes y se notaba en ellos lastimoso abatimiento. Cuando el único remedio hubiera sido la baja de la temperatura, un sol de fuego parecía complacerse en causar aquella espantosa hecatombe. En vano el General Riva Palacio, seguido de muchos oficiales, ministraba dosis de alcohol á los enfermos; en vano, haciéndonos apear, daba nuestros caballos á muchos de aquellos infelices; la insolación hacía estragos. Más de trescientos soldados yacían tendidos en el suelo. Sólo la noche puso término á aquella escena de espanto y de desolación, en que quedaron muertos más de sesenta hombres, muchos de los cuales se enterraron en Sinagua, en donde los soldados abrieron sepulturas con sus bayonetas.

"En tan aflictivas circunstancias llegamos el día 28 á Churumuco. Habíamos sufrido innumerables bajas por deserción. por enfermedades y por la muerte de nuestros soldados.

"En Churumuco todo era confusión: el general Régules estaba postrado en cama acometido de intermitentes, que, como se le fueron agravando, lo hicieron permanecer en aquel pueblo por espacio de más de un mes; el general Riva Palacio insistía en que se continuase la marcha hasta Huetamo para proveer al Ejército de toda clase de recursos y levantar su moral decaída, y el general Arteaga, obedeciendo á la irresolución de su carácter, á veces defería á esta opinión, á veces expresaba la de ir á tomar cuarteles en Tacámbaro para

aprovechar mejores elementos, á fin de que, en caso de un nuevo combate, nuestros soldados estuviesen en aptitud de pelear.

"Por último, prevaleció este parecer: El general en jefe dispuso que marchasen para Huetamo los oficiales prisioneros hechos en Uruapan, los cuales fueron conducidos por una escolta que mandaba el comandante Crescenciano López. El Ejército tomó el camino de Tacámbaro, haciendo una marcha sinuosa, por senderos impracticables, atravesando desiertos, escalando las pendientes de los ramales que se desprenden de la Sierra Madre y llegando al término del viaje al anochecer del 14 de Julio.

"Aquella noche dormimos acuartelados en Tacámbaro. Al día siguiente hubo una alarma por noticias venidas de Morelia. En virtud de ellas se nos mandó situar en la Loma á corta distancia hacia el Sur. Salimos á las seis de la tarde y acampamos allí. Toda la noche estuvo diluviando y reinaba una obscuridad profunda que favoreció la deserción en pelotones. No hubo quien durmiera, ni era posible hacerlo en aquella noche en que se desataron los torrentes del cielo.

"Muy de mañana se nos hizo regresar á Tacámbaro, pues que la alarma había cesado.

"El 16 fué domingo, día de *tianguis*: las dos plazas en que se verificaba el mercado estaban llenas de gente. No recuerdo con qué objeto acudí muy temprano á aquellos sitios, pero sí que observé en todos los semblantes cierta inquietud, y en el gentío no se escuchaba ese rumor simpático y lleno de animación, como el de un colmenar, que se alza á la hora del mercado. Las señoras que, como es costumbre, van en esos días á surtirse de *recaudo* (provisiones de verdura y semillas), hacían sus compras á toda prisa y regresaban apresuradamente á su casa. Nada había que determinase semejante alarma de que estaba saturado el aire de Tacámbaro, pues no se tenían noticias de la aproximación de fuerzas enemigas. Sin embargo, en la campaña, mas de una vez observé que precede á las batallas algo misterioso que las anuncia, y casi siempre es justificado el presentimiento.

"Así sucedió en esta ocasión. Se había dado orden, que se

ejecutó puntualmente, de que los soldados desarmaran sus fusiles y diesen *badanazo*. Esto indicaba que los jefes no creían que el enemigo pudiera sorprendernos. Serían las diez de la mañana cuando se produjo una horrible *alta*[1] en la población. Bastó que se hubiese visto llegar corriendo al indio Victoriano Acosta, nuestro famoso explorador, para que comenzaran á levantarse los *puestos* en las plazas, á cerrarse las tiendas y la gente á correr en todas direcciones. Unos minutos después reinaba el silencio en la ciudad. La tropa armaba precipitadamente los fusiles, y salía rumbo al Sur, abandonando el *rancho* que en aquellos momentos se preparaba en los cuarteles. Fué á tomar posiciones á Cerro Hueco, menos de una legua distante de la ciudad. A reconocer al enemigo se envió al teniente coronel Norberto Salgado, jefe del 7° Escuadrón, quien á la cabeza de los suyos subió el camino de la Mesa.

"Desde el viernes, día de nuestra llegada á Tacámbaro, el general Riva Palacio había insistido en que se formase el campamento en la *Cuesta del Toro*, lugar que tiene todas las condiciones necesarias para hacer una defensa ventajosa, distante de la ciudad, pero, pudiéndose comunicar con ella en unas cuantas horas y situado además en un paraje que se presta á la comodidad y al descanso. Arteaga no aceptó este pensamiento sino á última hora, cuando la retirada á aquel punto hubiera sido una verdadera fuga y en consecuencia una derrota completa. Ante estas observaciones de Riva Palacio, Arteaga comprendió que no había ya más recurso que librar la batalla, ni punto que tuviese menos inconvenientes para localizarla que *Cerro Hueco.*

"Formaban en él su línea nuestras exiguas tropas, cuando se oyeron salir de las filas muchos *vivas* de entusiasmo. Era que los soldados acababan de ver llegar enfrente de ellos al general Salazar, y la sola presencia de este jefe les infundió ánimo y les presagiaba la victoria. Desgraciadamente, aunque Salazar, sobreponiéndose á sus resentimientos contra Arteaga, se le había presentado en la mañana, ofreciéndole sus servicios, el general en jefe no quiso aceptarlos. Salazar, que

1 Nombre vulgar que sustituye al de *alarma*.

no podía permanecer en Tacámbaro, tomó el camino de Turicato, teniendo que pasar por frente á las tropas. Entonces fué cuando lo vieron los soldados y lo saludaron con aclamaciones de alegría. Salazar, hondamente conmovido y lleno de tristeza, contestó el saludo y continuó su marcha. Como sucede en esos casos, lo mismo al individuo que á la colectividad, se operó en el ánimo de los soldados una funesta reacción. A la confianza que les había inspirado la llegada de aquel jefe sucedieron el desaliento y el temor. Entonces se recordó en las conversaciones que tenían entre sí, que el general Arteaga estaba perseguido por la desgracia, que la fortuna le era siempre adversa, y hasta hubo voces que indicaran duda respecto de su lealtad. Todo el mundo presentía la derrota.

"Bajo estas impresiones se acabó de formar la línea de batalla. Entretanto, como la proveeduría había hecho trasladar el *rancho* á la loma, los rancheros comenzaban á repartir las cacerolas, cuando se oyó nutrido fuego en el Norte de la ciudad y se vió la fuerza del teniente coronel Salgado, batiéndose con la vanguardia del enemigo: entonces tampoco hubo tiempo de tomar el alimento; un ayudante del general Arteaga comunicó la orden de rectificar la línea de batalla, disponiendo que las caballerías se situasen al pie de la loma. En medio de la confusión consiguiente, se ejecutaba mal este movimiento. Arteaga y Riva Palacio, que acababan de salir de Tacámbaro, se presentaron en Cerro Hueco y se procedió á concluir la organización de la línea de batalla que estaba incorrecta: los batallones confundidos; las piezas de artillería unas desmontadas y otras todavía en el lomo de las mulas.

"Definitivamente quedaron instaladas nuestras tropas: la infantería y la artillería un poco abajo de la cima de la loma, la caballería al pie hacia la derecha. Nuestro ejército se componía á lo sumo de mil quinientos hombres.

"El del enemigo estaba formado de los seiscientos de la legión belga, de igual número de plazas que tenía el batallón del "Emperador," á las ordenes del coronel Méndez, y de trescientos jinetes del 4º regimiento de caballería que mandaba el coronel W. Santa Cruz. Como jefe de esta columna iba el

teniente coronel Van der Smissen, sin que nos extrañe que dos jefes de superior grado le estuviesen subalternados, pues es una de las humillaciones que tienen que sufrir los imperialistas *mexicanos*, la de que reunidos á una fuerza extranjera, el *mexicano* por alto que sea su empleo en la jerarqüía del ejército, debe reconocer como superior al oficial, francés, belga ó austriaco, aunque sea inferior á él.

"Al avistarse ya el enemigo en la orilla Sur de Tacámbaro, los generales Arteaga y Riva Palacio recorrieron el frente de su batalla. Arteaga, con un anteojo en la mano, iba montado en un caballo negro que apenas podía soportar el peso de aquel jefe, cuya obesidad era extraordinaria.

"El general Riva Palacio se detuvo en el centro de la línea, y alzando la voz, dirigió la palabra á los soldados, recordándoles sus recientes triunfos, en especial el que habían ad quirido sobre los belgas. El general estuvo feliz, pues logró despertar por un momento el entusiasmo de las tropas.

"Entre Tacámbaro y la cordillera en que nos hallábamos, media una llanura: había allí algunos cañaverales (campos de caña de azúcar). El enemigo apareció en el llano: avanzaba en buen orden, y formando su línea de batalla entre las plantaciones referidas, se parapetó detrás de unos vallados. Desde allí rompieron el fuego de artillería y fusilería, y viendo que los nuestros permanecían impávidos, Van der Smissen destacó en columnas cerradas á sus belgas, que se lanzaron valerosos ascendiendo la pendiente, vomitando sobre los nuestros una lluvia de certeras balas.

"No puedo referir con orden todo lo que pasó en aquella jornada, que se desarrolló en diversos episodios acaecidos á la misma hora.

"El general Arteaga ordenó con su clarín una carga de caballería para flanquear al enemigo, al propio tiempo que los regimientos de éste se lanzaban á su vez sobre nuestros escuadrones. El choque fué terrible pero instantáneo: nuestros jinetes, no contando con sus caballos, hambrientos y endebles, huyeron, abandonando unos sus cabalgaduras y los otros introduciendo una confusión lamentable.

"Entretanto los belgas seguían ascendiendo; parte de nues-

tra infantería había salido á su encuentro, trabándose un reñido combate á la bayoneta. Los chinacos se batían con encarnizamiento, oponiendo á la disciplina de los extranjeros el valor indomable del guerrillero mexicano. Nuestros soldados lucharon con tal bravura, que los belgas cejaron. Ya se sabe lo que en estos casos hacen nuestros chinacos: un torrente que se despeña de lo alto es menos impetuoso, las olas del mar están menos embravecidas. Se arrojaron sobre la legión extranjera: muchos de los belgas tiraron sus carabinas y emprendieron la fuga.

"¿Qué pasó entonces? El clarín del Cuartel General sonó repetidas veces la orden de retirada y "alto el fuego." Los cuerpos liberales vencedores se detuvieron estupefactos, y repentinamente de entre ellos salieron los gritos de *traición! traición!* Los soldados se decían unos á otros que era *entrega* del general Arteaga. El pánico fué espantoso.

"Lo repito, todo esto pasaba á un mismo tiempo: lo abarcaba el general Arteaga de un golpe de vista desde donde dirigía la batalla: la derrota de nuestra caballería; los regimientos del enemigo que avanzaban tratando de cortarnos la retirada; las columnas de Méndez ascendiendo con admirable disciplina en auxilio de los belgas; nuestra artillería que no funcionaba con regularidad; nuestros batallones, los que no habían entrado en combate, pidiendo, exigiendo parque; gritos de desorden y de angustia, soldados cayendo desmayados por el hambre y la sed. ¿Qué importaba que una parte de nuestra tropa hubiese alcanzado un pequeño triunfo? La derrota se venía encima, inevitable, absoluta. En aquellas circunstancias, el general Arteaga no hizo más que lo que le aconsejaban la prudencia y el deber.

"El combate había comenzado á las doce de la mañana, y concluía antes de las dos de la tarde.

"Digo bien: el combate había concluído, pero comenzó luego la matanza: aquello era una batida general. El coronel Ramón Méndez destacó al coronel Wenceslao Santa Cruz sobre la muchedumbre de dispersos. Santa Cruz era un jefe español que había abrazado la causa del imperio y que odiaba á los mexicanos. Mandaba, como he dicho, el 4º cuerpo de ca-

ballería, y en aquel día hizo montar á la grupa de sus jinetes otros tantos infantes. A medida que iban alcanzando á los fugitivos, los mataban sin piedad, bajándose los infantes á fusilarlos. Creo que en nuestras revueltas jamás se había dado caso de una carnicería igual. Los pocos prisioneros debieron su vida á la intervención de los belgas.

"A este propósito referiré un curioso episodio: José G. Caldelas, aquel simpático prisionero de Puebla, se hallaba entre un grupo de traidores que pretendían que se arrodillase para fusilarlo, prodigándole al mismo tiempo toda clase de insultos. Caldelas permanecía de pie, sereno y altivo. Ya preparaban los imperialistas sus fusiles para hacerle fuego, cuando se aproximó un joven oficial belga. Al verlo, hizo Caldelas el signo masónico de socorro, y en el acto el oficial extranjero, repitiendo el signo, penetró al grupo, y tomando del brazo al capitán republicano, dijo que aquel hombre le pertenecía, y lo condujo al lugar donde se hallaban los demás prisioneros.

"Nuestra derrota fué un verdadero desastre. Perdimos toda nuestra artillería, la mayor parte del armamento, las cargas todas. Tuvimos más de trescientos muertos y heridos y como ciento cincuenta prisioneros: entre los primeros se debe contar al teniente coronel Luis Santa María Cruzado, y entre los segundos al coronel José María Hernández, y á muchos jefes y oficiales.

"Si entre muertos, heridos y prisioneros faltaban más de quinientos hombres, calcúlese cuál sería el número de los dispersos. Podía decirse que la división había concluído.

"La desbandada se hizo en todas direcciones. El general Riva Palacio, seguido de tres individuos de su Estado Mayor, se dirigió por el camino de Chupio á Turicato. Caminábamos á escape porque nos seguía un piquete de caballería del enemigo. Por fortuna comenzó á caer un fuerte aguacero y pudimos tomarles la delantera.

"Grande fué nuestro gusto cuando al bajar por la pendiente de San Rafael descubrimos á Turicato, á ese oasis, uno de los más fértiles, de los más hermosamente situados en la tierra caliente. Contemplamos los centenares de palmeras que

mecen al aire sus penachos; sus tamarindos colosales de obscuras frondas; sus mameyes cuajados de frutos, y los cimbradores platanares; divisamos los dos caudalosos ríos, el *Caliente* y el *Frío*, que lo circundan como con dos bandas de plata y que se juntan hacia el Sur para formar una poderosa corriente.

"Cuando entramos al pueblo la tempestad había cesado, y el crepúsculo se ostentaba en un cielo despejado. En aquel momento uno de los ayudantes gritó:

"—¡Los mochos!

"En efecto, la partida que nos perseguía asomaba en lo más alto de la cuesta de San Rafael.

"—¡Estamos perdidos! gritamos todos.

"—¡Estamos salvados! dijo el general; síganme. Corrimos con toda la velocidad posible sin comprender nosotros dónde estaría nuestra salvación, puesto que la distancia del enemigo se acortaba más y más. Llegamos al río Caliente y lo vadeamos. Avanzamos medio cuarto de legua y el general mandó hacer alto.

"—Echen pie á tierra y paseen los caballos.

"—Nos miramos sorprendidos. El enemigo no tardaría en llegar.

"—Pie á tierra, repitió el general. Estamos salvados. ¿No oyen el ruido del río?

"Lo comprendimos todo. La creciente había bajado, tremenda, impetuosa, con un inmenso caudal de agua. Cuando los imperialistas llegaron á Turicato, los dos ríos estaban invadeables, y aquéllos, respirando despecho y viéndose burlados, tuvieron que regresar á Tacámbaro.

"Riva Palacio y los suyos continuaron su camino por el río del Olvido y Oropeo hasta la Huacana. Allí se incorporó Villada con su batallón en cuadro, y después de dos días de descanso pasaron á la hacienda del Tejamanil, en donde hallaron al teniente coronel Leonides Gaona, que había salvado íntegro su pequeño batallón. En Turicato, Eguiluz y otros jefes estaban ya reorganizando sus fuerzas de caballería. En Pedernales un grupo de jefes y oficiales de los dispersos, oyendo la noticia que circulaba como válida de que el general

Arteaga había muerto en una barranca al huir de Cerro Hueco, trataron de proclamar general en jefe del Ejército al general Salazar. Riva Palacio se dirigió á aquel punto y pudo sofocar en su cuna este germen de rebelión.

"En Pedernales y Puruarán se incorporaron al general algunos otros jefes, cada uno de ellos con los soldados que había podido recoger; de modo que al hacer su entrada Riva Palacio en Tacámbaro el 22 del mismo mes de Julio, llevaba ya á sus órdenes cerca de seiscientos hombres. Desde la Huacana había puesto una circular á los jefes de línea y á los prefectos del Estado, avisándoles la derrota de Cerro Hueco, manifestándoles que desde luego procedía á la reorganización del Ejército, y expresándoles la confianza que tenía de no ser cierta la noticia de la muerte del general Arteaga, quien debería encontrarse en aquellos días en Turicato.

"Diré ahora lo que había pasado con el general Arteaga. Desconfiando del vigor de su cabalgadura, en los momentos de pronunciarse la derrota, el general no siguió el camino de Chupio, sino que tomó la dirección á la izquierda, acaso con el objeto de ocultarse en unas milpas que allí había; mas viéndose perseguido, metió espuelas á su caballo haciéndolo galopar. Al llegar á un punto llamado la Bartolina, el caballo y el jinete cayeron á una profunda barranca, quedando inmóviles. Los imperialistas que lo seguían, sin conocerlo, acaso juzgaron muerto á aquel hombre, acaso no lo vieron caer, lo cierto es que nadie descendió al abismo, y el general Arteaga, privado de conocimiento algunas horas, permaneció en el fondo de la barranca, hasta que al día siguiente unos mozos de la hacienda de Chupio avisaron al Administrador de la finca, D. Procopio Rodríguez, el paradero de Arteaga. Rodríguez envió inmediatamente por él y lo trasladaron en camilla, porque estaba lleno de contusiones. Pocas horas permaneció el general en la hacienda, pues los imperialistas recorrían aún el campo de Cerro Hueco, á menos de una legua de distancia de la hacienda. Recuerdo haber oído contar al mismo general Arteaga que al salir de Chupio se le acercó un ranchero y le entregó su reloj de oro y un anillo de plata que había encontrado en la barranca de la Bartolina. El

general decía que más que el reloj, había agradecido la entrega del anillo por ser un recuerdo de su adorada madre, y que, no teniendo con qué gratificar al ranchero, lo había estrechado entre sus brazos.

"El general permaneció unos cuantos días en Turicato y luego se trasladó á Huetamo para atender á sus antiguas heridas y á las nuevas que acababa de recibir con la caída. En Huetamo se distraía inspeccionando los trabajos de la maestranza, y en aquella vez llevó consigo á Martiniano León, comandante de artillería, para que se encargase de la dirección del establecimiento."

He referido la historia fiel de la batalla de Cerro Hueco, copiando el relato anterior escrito en aquellos días. Zamacois asevera que Arteaga había reforzado su división con mil hombres enviados de Huetamo. Ni un solo hombre vino de aquel pueblo ni de su comarca, y lejos de estar reforzada la división, había sufrido grandes bajas, como lo hemos visto. Con esto queda también rectificado el parte de Van der Smissen en cuanto á que nuestra fuerza era de tres mil quinientos hombres. Tampoco es cierto que los belga-mexicanos eran ochocientos, pues que sólo el batallón del "Emperador" tenía algo más de seiscientas plazas, el cuerpo de caballería de Santa Cruz más de trescientas: ¿cuántos eran entonces los belgas? Tampoco es cierto que al levantar el campo hubiese recogido cien cajas de cartuchos de fusil. Jamás tuvieron tal cantidad los republicanos de Michoacán, y sería mucho afirmar que en Cerro Hueco nuestros soldados trajesen llenas sus cartucheras.

Y luego, comentando la acción de Cerro Hueco, escribe Zamacois:

"Aunque Van der Smissen decía al terminar el parte, que belgas y mexicanos habían rivalizado en ardor y entusiasmo, sin embargo, parecía que en él trataba de darse á sí propio la principal gloria, pues no llegaba ni á mencionar al coronel mexicano D. Ramón Méndez, que había combatido con el valor que le era propio al frente de sus soldados. Ofendido de una omisión que pudiera atribuirse á mal comportamiento en la batalla, dirigió una carta llena de dignidad á Van

der Smissen, manifestándole que los belgas hubieran sido derrotados sin el auxilio de los mexicanos. El coronel D. Ramón Méndez, aunque modesto, igualmente que valiente, tenía sobrada justicia en darse por sentido de la omisión hecha de su individuo en el parte del jefe belga.

"Van der Smissen, aunque militar entendido y de valor, tenía la debilidad de atribuir á su acertada dirección en los combates el buen éxito de éstos, cuando eran favorables; y esto lo hacía poco simpático hacia los jefes mexicanos que combatían á su lado. Sin embargo de esto, el emperador Maximiliano, teniendo una elevada idea de sus conocimientos militares, dió orden al general Rosas Landa, que mandaba la división militar en Morelia, de que Van der Smissen se encargara del mando de Michoacán. Esta disposición del emperador no era justa ni acertada. No era el grado de Van der Smissen bastante elevado para mandar uno de los Estados más importantes del país, y en donde además había distritos mandados por jefes mexicanos de mucha más graduación, en quienes concurrían las más distinguidas cualidades militares, que no era posible que se resolvieran á estar bajo las órdenes de un inferior en categoría militar. Así sucedió en efecto: el general mexicano D. Luis Tapia, que se hallaba de comandante de Pátzcuaro, se negó á dar al jefe belga el estado que le pidió de su brigada, y pidió que se le relevara y se le permitiese pasar á México, pues no podía estar á las órdenes de un oficial de inferior graduación á la suya. Esto, que debía haber llamado la atención del gobierno, haciéndole comprender que no había obrado con justicia al hacer el nombramiento referido, pasó desapercibido en medio del poco orden que reinaba en el Ministerio de la Guerra. La renuncia del general D. Luis Tapia fué admitida; y el barón Van der Smissen quedó de comandante del distrito de Morelia, recibiendo á poco la cruz de Comendador de Guadalupe. El coronel D. Ramón Méndez fué nombrado el 23 de Julio comandante militar del departamento de Michoacán y jefe de la brigada del general Tapia, dejando en Morelia al jefe belga. El emperador Maximiliano concedió pocos días después, el 13 de Agosto, al coronel D. Ramón Méndez, la

cruz de Comendador de Guadalupe, y la de caballeros á cinco jefes y oficiales mexicanos, en atención á su brillante comportamiento y bizarría en la gloriosa acción del 16 de Julio, dada en Tacámbaro."

Mientras Méndez y Van der Smissen se disputaban la gloria exclusiva para cada uno de ellos del triunfo de Cerro Hueco, naciendo entre ambos una enemistad que nunca se extinguió, el jefe belga, caballeroso y justiciero, reconocía el mérito del general Arteaga y solicitaba su amistad, por más que en el terreno de la guerra los separasen campos distintos.

Hé aquí unas cartas cambiadas entre ellos, y que con gusto reproduzco en estos apuntes:

"Morelia, Julio 25 de 1865.—General: Remito á vd. con el portador la cadena y reloj pertenecientes al coronel Santa María, suplicándole tenga la bondad de hacer que llegue á podér de su familia este doloroso recuerdo.

"Antes de retirarme de Tacámbaro autoricé á los oficiales prisioneros para que escribieran á vd. su nombre y el de los demás compañeros suyos que pudieran haber muerto á su lado.

"Uno sólo de los heridos ha sido trasladado á Pátzcuaro por orden mía, pero solamente en obsequio de su salud; pues á un herido no lo considero como prisionero de guerra, y este oficial, que es hermano de uno de los oficiales prisioneros, podrá, según le agrade, después de terminada su curación, ó permanecer en el seno de su familia, ó incorporarse á sus filas.

"En fin, general, por lo que concierne á vd., tomando toda la parte posible en el accidente que le aconteció el domingo, ofrezco á vd., si cree que la temperatura de Tacámbaro sea perjudicial á su curación, que venga á Morelia, en donde en el seno de su familia será asistido por mis médicos.—Inútil me parece añadir que terminada la curación de vd. le daré un salvoconducto hasta Tacámbaro.

"Muchas familias belgas me piden noticias detalladas de sus hijos, y ruego á vd. tenga á bien mandarme una lista de los oficiales y soldados muertos el día 11 de Abril y una lista nominal de los oficiales, sargentos y soldados prisioneros.

"Reciba vd., general, la expresión de mi distinguida consideración.—El teniente coronel de los belgas, *Barón Van der Smissen.*"

"General: Tuve el honor de escribir á vd. el 23 del próximo pasado, por conducto de la Sra. Arteaga que mandó un correo. Siento que éste no lo haya vd. recibido, y con tanta más razón, cuanto que el objeto principal de mi carta era el de manifestar á vd. que si carecía de los cirujanos necesarios, ó si el clima del Sur era perjudicial á su curación, yo le ofrecía á vd. de todo corazón que viniera á Morelia para ser asistido por su familia, y que pondría á la disposición de vd. á mis médicos, hasta el día en que vd. juzgara conveniente volver á ocupar su puesto. Reitero á vd. en ésta ese mismo ofrecimiento.

"Con el mismo correo extraviado mandé á vd. la cadena y reloj del coronel Santa María, que murió combatiendo bizarramente el día 16, y rogaba á vd. hiciera llegar á poder de su familia estos dolorosos recuerdos que creo ya desgraciadamente perdidos para ella.

"El capitán Visart de Bocarmé remitirá á vd. esta carta.

"Reciba vd., general, las expresiones de mi más alta consideración.

Morelia, Agosto 12 de 1865."

"Morelia, 19 de Agosto de 1865.—General: Con sincera satisfacción he sabido el restablecimiento de vd.

"Espero que las negociaciones de canje, tratadas directamente entre nosotros, podrán llegar á una conclusión satisfactoria. En tal virtud, si vd. quiere mandar una escolta hasta Acuitzio, el capitán de mi regimiento Visart de Bocarmé, marchará para ese lugar al día siguiente del en que reciba su respuesta.

"Reciba vd., general, las expresiones de mi más alta consideración.—*Barón Van der Smissen.*"

"Chupio, 16 de Agosto de 1865.—Sr. Barón Van der Smissen, teniente coronel de belgas.—Muy señor mío: Por el primer correo que vd. se sirvió mandarme de Morelia, recibí su apreciable carta de 25 del pasado, la cual tendré la satisfacción, muy en breve y con el mismo enviado, de contestarle

separadamente, acompañándole las listas de los muertos y prisioneros belgas habidos el 11 de Abril último, que he pedido á Zirándaro, y que vd. solicita. Recibí además el reloj y la cadena que vd. me remitió, con el fin de que estos objetos lleguen á poder de la familia del finado coronel Santa María, como un doloroso recuerdo.

"Respecto de la nueva invitación que con tan buena voluntad vd. me hace para que pase á Morelia al lado de mi familia, por las atenciones que pudieran demandar mis enfermedades, diré á vd. que á la fecha estoy casi enteramente restablecido; manifestándole como caballero, que le agradezco sus sinceras ofertas, que de ninguna manera podría aceptar en obsequio de las leyes de mi país, y que en consecuencia tengo, como soldado y como mexicano, la necesidad de sufrir todas las peripecias de la presente guerra.

"La carta de fecha 12 del presente que hoy tengo el honor de contestarle, la he recibido por conducto del señor coronel Corella y no por el del señor capitán Visart de Bocarmé. En tal virtud, digo al referido Sr. Corella, que si fuese urgente por alguna circunstancia la presentación del citado señor en este Cuartel General, puede vd. anticipadamente darme aviso para mandar una escolta hasta Acuitzio, para que lo reciba y conduzca con las seguridades necesarias.

"Cuente vd., señor barón, con el aprecio y consideraciones de su atento servidor Q. B. S. M.—*José María Arteaga.*"

"Señor teniente coronel de belgas, Barón Van der Smissen.—Nocupétaro, á ... de Agosto de 1865.—Morelia.—Mi estimado señor: Hasta hoy puedo contestar la apreciable de vd. de fecha 25 del pasado, con la que se sirvió mandarme el reloj y la cadena del finado coronel Santa María, para que hiciese llegar á poder de su familia estas prendas, que serán muy estimadas por ella. Algunas dificultades de pormenores me habían impedido remitirle con la oportunidad debida las listas que me pide, mas ahora lo hago recomendándole se sirva disimular este retardo.

"Agradezco á vd. sinceramente el permiso que concedió á los oficiales prisioneros en Tacámbaro el día 16 del pasado para que me escribieran, sabiendo con gusto, por sus cartas,

que son tratados con la consideración que merece su estado.

"El accidente ocurrido con mi persona el referido día 16, demasiado común en las funciones de armas, por de pronto me hizo temer por mi vida; pero hoy felizmente me encuentro del todo restablecido, conservando para vd. un recuerdo de gratitud por la parte que en él toma y por los generosos ofrecimientos que se sirve hacerme para que pase á curarme á Morelia al lado de mi familia. Tal circunstancia, y la muy principal de que las leyes de mi país no me permiten vivir en el seno del enemigo, me deciden á no aceptar, teniendo necesidad, por mi honor como soldado y como mexicano, de sufrir todas las consecuencias de la presente guerra, sean cuales fueren.

"Me es satisfactorio saber no considere vd. como prisionero de guerra al oficial herido, que por su orden fué conducido á Pátzcuaro, pues aunque las leyes de la guerra no conceden esta gracia, al fin se van otorgando al ejército mexicano, por las tropas invasoras, siquiera los derechos de humanidad, ya que abundan tantos ejemplos en contrario.

"Con la debida atención, señor barón, me repito de vd. su atento servidor Q. B. S. M.—*José María Arteaga.*"

"Tacámbaro, 19 de Agosto de 1865.—Señor Barón: A las seis de la mañana de hoy me ha sido presentada la última carta de vd., relativa á la comisión que vendrá á desempeñar cerca de este Cuartel General el capitán Visart de Bocarmé.

"Ya he dado mis órdenes para que marche mañana á Acuitzio la escolta que deberá recibir y custodiar hasta esta plaza al referido señor capitán, para quien adjunto á vd. el pasaporte respectivo.

"Acepte vd., señor Barón, las consideraciones de mi distinguido aprecio.—*José María Arteaga.*"

"Señor Barón Van der Smissen, coronel de belgas.—Tacámbaro, Agosto 22 de 1865.—Morelia.—Muy señor mío: Por el apreciable conducto del señor capitán Visart de Bocarmé recibirá vd. dos listas, una de los prisioneros belgas y otra de los muertos y heridos habidos en esta ciudad el 11 de Abril del corriente año, las que me pide vd. en su favorecida de 25 de Julio último, y las que hasta ahora puedo remitirle.

"El referido señor capitán, cumpliendo con la comisión de vd., ha hablado conmigo respecto del canje de prisioneros, y creo que las negociaciones abiertas podrán llegar á feliz término, allanadas que sean por parte de vd. las dificultades que ahora se presentan y de que le instruirá su comisionado.

"Tengo el honor de repetirme su atento servidor Q. B. S. M.—*José María Arteaga.*"

Al terminar el mes de Julio fué al fin admitida la renuncia del prefecto político de Michoacán D. Antonio del Moral.

A este propósito dice Zamacois:

"Considerándola entonces el emperador como inconveniente, no sólo admitió la renuncia, sino que ordenó á su autor que se presentase á dar cuenta en la capital. Por una de esas cosas incomprensibles que pasan, la renuncia, á pesar de ir dirigida expresamente al emperador, fué publicada, bien á pesar del renunciante y con harto disgusto de Maximiliano, el cual dijo y escribió, según asegura D. Francisco de Paula de Arrangoiz, que "la publicación de la carta era una vil traición, y había llamado á la corte á su autor para que respondiera; que el partido conservador hacía traición al imperio, pero que el gobierno tenía los ojos abiertos para castigar á los traidores, lo mismo en México, que *á los que influían en Roma,*" aludiendo al arzobispo.

"Recibida en Julio por D. Antonio del Moral la orden de presentarse en México, procuró hacerse de los principales documentos que patentizaban la noble conducta que había observado con los hombres de todos los colores políticos durante el desempeño de su alto empleo, para responder con ellos á los cargos que se le hicieran por el gobierno. Con este objeto escribió el 21 de Julio, estando aún en Morelia, una carta al general Barón Neigre. Después de hacerle saber en ella que habiendo insistido en la renuncia de la prefectura por las razones que en lo confidencial le había manifestado, al fin le había sido admitida la que con fecha 5 de Junio dirigió al gobierno, quedando, en consecuencia, en la vida privada; le decía: "Desgraciadamente, y muy á mi pesar, mi cuarta co-

municación dirigida al soberano con aquel objeto, ha tenido una plena publicidad. No temo, en general, el juicio de mis compatriotas; pero tampoco debo disimular que me inquieta la susceptibilidad de las personas que rodean y sirven al trono. De éstos los afiliados por sus antecedentes en el partido liberal, sé que me califican de intolerante é intransigible; y que los otros me acusan de defección y de haber dado el primero, entre los empleados, la voz de alarma contra el actual orden público existente. Estos son mis temores.

"Sin embargo, antes de todo procedimiento, creo que se me someterá á un juicio. Si así fuere, como lo prescriben el derecho y la razón, allí probaré dos cosas: que no soy ni he sido partidario, ni menos partidario ciego, y que no he faltado á compromiso alguno, porque ninguno me liga con el imperio.

"Para lo primero procuro recoger y comprobar algunos hechos: bastará para lo segundo el testimonio altamente autorizado del mismo soberano, que no podrá rehusarme, sobre los motivos por que me negaba á admitir la prefectura, y las esenciales condiciones con que hube de aceptarla: condiciones y motivos que S. M. tuvo á bien calificar de nobles, patrióticos y dignos. Si pues tales condiciones que afectan al honor y bienestar de mi país no se han cumplido, yo estoy libre, y en el caso, expedito de mi derecho para prestar ó no mis servicios sin nota de inconsecuencia.

"Como tratándose de hechos, señor general, vd. es testigo caracterizado de algunos privadísimos que han debido pasar desapercibidos para la generalidad, paso á consignarlos aquí, para que si los encontrare exactos, se sirva vd. poner su respetable firma de conformidad al calce de la presente carta, pues es el objeto con que se la dirijo y molesto su atención.

"El tiempo urge; escribo de prisa, bajo impresiones amargas y mi memoria no es fiel: no extrañe vd. por esto que no puntualice fechas ni cite nombres, ó que invierta tal vez el orden de los acontecimientos; vale que nada de ello es substancial."

"En seguida D. Antonio del Moral enumeró varios hechos que tengo dados ya á conocer en diversos capítulos de esta

obra; entre ellos, el haber impedido que fuesen fusilados, juzgándoles conspiradores, los extranjeros Coiffier y Jeannotard, que prolongado el juicio por instancias de él, se vió que eran inocentes; haber alcanzado que el capitán francés Béguerisse no hiciese salir de la población llamada Quiroga á las familias de los individuos que combatían en las filas republicanas; haber logrado que el general republicano Canto y otros doce oficiales que con él fueron aprehendidos, no fuesen juzgados por la corte marcial francesa como guerrilleros sin bandera, logrando así salvarlos de la muerte que estaba ya decretada, y haber evitado muchos actos injustos de que no hago mención por haberlos dado ya á conocer en sus respectivas fechas. El único hecho de que no he llegado á hacer mención y del que D. Antonio del Moral hacía memoria en su carta al general Barón Neigre, es uno que revela el buen concepto que de su probidad tenían todos. Existía en la Mayoría de plaza francesa un legajo de papeles y cartas que se le recogieron al general D. José López Uraga, cuando fué derrotado en las Barrancas por el general Douay. Este legajo, que aún conservaba en su poder D. Antonio del Moral, le fué entregado por orden del general Barón Neigre para que de él hiciera el uso que le conviniese, confiando de esta manera á su discreción la suerte de muchas personas que se encontraban comprometidas. D. Antonio del Moral, obrando como correspondía á un hombre de sentimientos nobles, generosos y cristianos, ni siquiera quiso leer aquellos pliegos, para evitar así persecuciones y castigos. Rasgo verdaderamente laudable, que patentiza que México cuenta en su seno con hijos que no ceden en hidalgos sentimientos á ningún otro país civilizado.

"La contestación del general francés barón Neigre, fechada el 28 de Julio, fué altamente satisfactoria para D. Antonio del Moral.

"Mi querido Prefecto:" le decía en ella: Recibo en este instante mismo la carta que os devuelvo por el mismo correo: al aprobar su contenido, tengo perfecto conocimiento de los hechos de que me habláis; y si no fuí más severo, fué gracias á vuestra humanidad para con las gentes de todos los parti-

dos. Yo me complazco en reconocer que vos no habéis aceptado las funciones de prefecto político, sino para hacer el bien: y agregaré que me repetíais sin cesar, "si no puedo hacer el bien me retiraré." Conservamos de vos, mi querido prefecto, los mejores recuerdos; y en cuanto á mí, hago votos por encontrar quien se os parezca, porque, en general, la elección ha sido desgraciada."

"Esta conducta generosa usada por D. Antonio del Moral con los hombres de las diversas comuniones políticas, manifiesta que el calificativo de intransigentes que algunos daban á los conservadores, era no menos inmerecido, que otros altamente ofensivos que los jefes franceses aplicaban á los hombres que luchaban contra el imperio, nivelando á los verdaderos defensores de la causa republicana, con algunos guerrilleros cuyas exacciones lamentaba el mismo partido liberal.

"D. Antonio del Moral, desde que aceptó la prefectura hasta que le fué admitida su renuncia, no hizo más que procurar que se evitase el derramamiento de sangre y que se guardasen con todos los vecinos de los pueblos las consideraciones debidas, sin ver el color político á que pertenecían. Habiendo recibido el capitán francés Loissillon orden de la comandancia superior de Morelia de salir el día siguiente para Coeneo y Quiroga á guarnecer estos pueblos, constituir las autoridades y nombrar los empleados de hacienda, fué en la noche anterior al día de su salida á la casa de D. Antonio del Moral, pidiéndole instrucciones para el mejor desempeño de su encargo. Como Loissillon no estaba ejercitado en el idioma español, y D. Antonio del Moral temía no expresarse en francés con la claridad que juzgaba conveniente en aquel asunto, tomó la pluma y escribió lo siguiente, de que reservó copia. "Señor capitán: va usted á pueblos dominados por el partido liberal. Sus habitantes son de acción, entendidos y resueltos; á pocos conozco en lo personal; pero creo que acertaría usted en su elección, procediendo de acuerdo con sus vecindarios, pues al fin se trata de su propio bien. ¡Qué hermoso sería para la misión que usted lleva, evitar toda clase de persecuciones y violencias, y sobre todo la efusión hasta de una gota de sangre! Muchos de los que andan con las armas,

se mueven tal vez, sin comprenderlo ellos mismos, por un generoso sentimiento de que sólo los franceses son justos apreciadores. Esto no quiere decir que falten criminales, por desgracia, ni que se les deje impunes; pero que éstos se conduzcan aquí para que se les imponga el condigno castigo, cómo y por quien corresponda."

"Estos consejos fueron seguidos fielmente por el capitán Loissillon; y cuando cumplida su misión volvió á Morelia, fué á dar las gracias al prefecto político D. Antonio del Moral, diciendo que le habían dado los mejores resultados.

"Con el mismo objeto que había escrito al general barón Neigre D. Antonio del Moral, pidiéndole que dijese si eran ciertos los hechos que le recordaba, escribió también á Loissillon recordándole las instrucciones referidas que le dió, diciéndole que le contestase si era así, pues su contestación le serviría de dato para contestar á los cargos que le hiciera el gobierno imperial que le había llamado á la capital admitiendo su cuarta renuncia. La contestación de Loissillon fué la siguiente:

"Sr. Moral.—Reconozco con gran placer que los hechos que vos me referís en vuestra carta son exactos. Añadiré que por el conocimiento que he podido tener de vuestro carácter, estoy seguro de que no habéis aceptado las funciones de prefecto de Michoacán, sino con la esperanza de hacer reinar el orden, como todo buen ciudadano debe hacerlo.

"Durante todo el tiempo que he tenido el honor de estar en relaciones con vos, me he convencido que erais más bien el hombre del deber, que el hombre de partido.

"Recibid, mi querido Sr. Moral, la seguridad de mi más alta y afectuosa consideración."

"Bien necesitaban algunos jefes de columnas francesas, y muy particularmente los que mandaban contraguerrillas en diversos Estados, que los aconsejasen como lo había hecho D. Antonio del Moral en Michoacán."

Me he ocupado extensamente de cuanto concierne al Señor del Moral, porque su conducta fué digna en alto grado, y además, porque al poner en relieve sus nobles prendas cumplo, por mi parte, un deber de gratitud.

CAPÍTULO XXIX.

(1865)

Nuevas depredaciones de Ugalde.—Fusilamiento de los Troncosos.—Expedición de Carácuaro, Nocupétaro y las torres de Cucha.—El río del Atascadero.—La Cascada.—El naufragio.—Magdalena la exploradora.—Insubordinación de Ugalde.—Dos traidores.—Los zuavos, jinetes en mulas.—Combates de León Ugalde con las fuerzas de Méndez.—Una escaramuza en Patámban.—Empeño que tenía D. Juan Alvarez de que Arteaga y Salazar se reconciliasen.—Ardid de Riva Palacio con este mismo objeto.—"Amigos hasta la muerte."—Que Méndez intentaba pasarse á la república.—Es nombrado comandante general de Michoacán.—Situación del Estado en Septiembre de 1865.—Renace el Ejército del Centro.—Fiesta cívica del 16 de Septiembre.

Después del asesinato de Pueblita, Ugalde, que se quedó al frente de la segunda División, hizo una retirada hábil entre puntos ocupados por el enemigo, y, atravesando el centro del Estado, llegó á Zitácuaro, haciéndolo de nuevo teatro de sus depredaciones, sin considerar que aquellos habitantes eran todos gente que prestaba los más útiles servicios en favor de la patria. No sólo imponía préstamos á las haciendas, sino que hacía una leva espantosa entre los hombres del campo y tenía en constante estado de alarma á las familias.

Por aquellos días (21 de Julio) una partida, perteneciente á su fuerza, asaltó en el punto llamado "Los Oratorios," cerca de Ixtlahuaca, un tren de carros del comercio de Morelia que iba de México á esta última ciudad. Sea que Ugalde quisiese manifestar que introducia el orden en su tropa, á fin de que Arteaga no lo destituyese del mando, ó sea, lo que acaso es más probable, que no haya tenido en el *botín* toda la parte

que le correspondía, porque Ugalde se llamaba *León* (*quia nominor leo*), lo cierto es que estando ya en Zitácuaro aquella partida, Ugalde cayó sobre ella la noche del día 26, apoderándose de los cabecillas, de los oficiales y de los soldados. El día 29 fusiló en aquella ciudad á Juan y Tiburcio Troncoso, á Francisco Figueroa y á Mariano Tafolla (los cabecillas), y dos días después, en Laureles, á doce oficiales más. Los soldados fueron distribuídos en los otros cuerpos de la División.

Numerosa como era ésta, Ugalde logró imponerse con ella á los demás jefes que había en la zona de Zitácuaro y trataba de refundirlos, lo que produjo en ellos el descontento y el espíritu de hostilidad, que podrían ser causa de serios desastres.

Supo esta situación el general Arteaga, al hacer su camino de Tacámbaro á Huetamo, y desde Nocupétaro escribió el día 25 á Riva Palacio, diciéndole entre otras cosas:

"La presencia de usted en Zitácuaro me parece hoy más necesaria, pues he hablado con el señor general León (D. Esteban), quien instruirá á usted de todo cuanto pasa por allá.

"Es menester que se traiga usted á Ugalde, sin que pueda servir de obstáculo el tránsito de los ríos, porque según los informes que tengo, si no hay balsas, se pueden procurar."

En cumplimiento de esta orden salimos de Tacámbaro en la mañana del 28 de Julio.

Nos encaminamos, pues, rumbo á Zitácuaro: la marcha había sido en extremo fatigosa y algunos soldados se habían quedado rezagados en la vía, acometidos de insolación, al atravesar el árido desierto de la "Loma Larga." No era menos penoso lo que nos faltaba aún que recorrer en aquella travesía, pero el general pensaba estar cuanto antes de regreso en Tacámbaro, y no había más que resignarse.

Esto que voy á referir no es un hecho de armas ni un asunto culminante de la guerra: se trata simplemente de detallar tipos de nuestras revoluciones, de fotografiar en una, muchas de nuestras marchas y de referir ciertos episodios que no carecen de interés.

En aquel año llovió tanto, que por todas partes hubo terribles inundaciones. Por lo mismo nada extraño fué que el camino estuviera atascoso en algunos lugares y resbaladizo en otros, ni que sobre nuestras cabezas se cerniesen nubes negras y amenazadoras.

Nos faltaban todavía algunas leguas para llegar á Carácuaro, y ya la noche se venía encima. Por fin se presentó obscura y pavorosa. Entre los equipajes iban unas cargas de ocote, pues era necesario no perder el camino por causa de la obscuridad y vigilar á los reclutas para impedir que se desertasen favorecidos por las tinieblas. Se encendieron muchísimas antorchas que llevaban los cabos, tanto los de caballería como los del pequeño batallón de infantes que iba en la columna. Era fantástica la procesión de aquella tropa que parecía formada de soldados de cuerpos negros y faz enrojecida, pues los destellos de las hachas sólo alcanzaban á iluminar los semblantes.

El trueno y los relámpagos se sucedían sin interrupción: la bóveda celeste estaba profundamente obscura y la tierra lo estaba más, porque las tinieblas se espesaban con las frondas de los árboles que bordaban el camino. Por momentos creíamos que iban á desatarse sobre nosotros los raudales de que estaban preñadas las nubes. En la tierra caliente los aguaceros caen por lo común en la noche, y de minuto en minuto se ve la formación de rayos arborescentes que se dividen en muchas ramificaciones cintilantes; de tiempo en tiempo se escucha el ruido sordo de los truenos que estalla cerca de nosotros, y que va repercutiéndose y extinguiéndose á medida que se aleja.

Por fortuna llegamos á Carácuaro sin novedad, á eso de las once de la noche.

Al resplandor de los hachones ví dibujarse vagamente aquí y allá algunas chozas techadas de zacate, destacándose en los claros que dejaban los árboles de las huertas.

Los soldados se dividieron en grupos para asar la carne que se les repartió: así es que por todas partes había fogatas, apareciendo el caserío como si estuviera iluminado para una fiesta.

De este modo se presentó á mis ojos aquella población, en donde el hombre más grande de nuestra independencia había pensado en sacudir el yugo español y hacía preparativos con este objeto, desde antes de que Hidalgo lanzara el grito de libertad en el pueblo de Dolores. Por lo tanto, los nombres de Morelos y Carácuaro están identificados en nuestra historia.

El general, que desde en la tarde estaba sufriendo una fuerte jaqueca, tan luego como se apeó en el alojamiento, se tumbó á dormir. Su asistente, Abraham, no se preocupó ya de preparar cena, y yo que, en vez de dolor de cabeza, tenía una hambre devoradora, no tuve otro recurso que dirigirme á una de las fogatas con la esperanza de que los soldados me ofrecieran un trozo de *troncha:* me acerqué á un grupo y formulé mi deseo.

—Mi oficial, me respondió uno de ellos, como nos tratan de reclutas no nos dieron más que huesos; pero, mire, allí enfrente está una señora que hasta tiene frijoles. ¡Oiga no más cómo chilla la manteca!

En efecto, el chirrido era provocador, y además se oía el palmoteo de manos, *torteando* las tortillas.

Me dirigí al sitio indicado y me encontré con una mujer que al mismo tiempo que asaba un pedazo de carne, atendía á una cazuela en que se freían frijoles y echaba tortillas en un pedazo de comal. Le rogué que me vendiese de cenar.

—Cómo nó, jefecito! Arrímese; precisamente hacía yo la cena para mi hombre, cuando le dieron orden de que se fuera de partida, pues como ya sabe usted, es explorador. Apenas se llevó unas cuantas gordas, y gracias á esto, aquí tiene usted con que darse gusto.

Había tan dulce sonoridad en la voz de aquella mujer que, olvidándome un momento de mi hambre, fijé la mirada en sus facciones; pero el humo denso que desprendía el ocote velaba por completo su semblante y llenaba de lágrimas mis ojos, por lo que no me ocupé más que de satisfacer el apetito que me devoraba. Le pagué la cena y me retiré á mi alojamiento. Tardé mucho en dormirme, y confieso que no dejaba de ser parte en mi insomnio el recuerdo de aquel timbre de voz tan dulce y apacible.

Al día siguiente, muy temprano, continuamos nuestra marcha, no sin que yo hubiese espaciado mi mirada sobre Carácuaro y sobre Nocupétaro que se extiende á sus pies, sobre el caudaloso río de aguas cristalinas que fertiliza el terreno, y sobre las huertas de ciruelos y mameyes que circundan las chozas.

Hacía más de tres horas que caminábamos, cuando nos detuvimos en un rancho, en donde las soldaderas habían ya dispuesto un desayuno de tortillas y chile para esperar á sus respectivos soldados.

A riesgo de pasar ante mis lectores con la nota de glotón, no debo ocultar que piqué mi caballo para ir á ver qué me tocaba. No hubo por de pronto quien quisiera venderme una ración; pero oí *tortear* y ví debajo de un árbol á una mujer inclinada sobre el metate. Acerquéme; mas ¡cuál no sería mi desconsuelo cuando ví la batea de la masa rodeada de reptiles, unos verdes y otros negros, que al menor descuido de la molendera daban mordiscos en la pasta del maíz destinada para hacer tortillas! Aquellos animales eran horribles y asquerosos.

—Arrímese, señor, me dijo la mujer, no le tenga tirria á estos animalitos: son *iguanas*, y si me logra agarrar alguno, se lo coceré, y ya verá ¡qué gallina ni qué nada!

Fijé horrorizado los ojos en mi interlocutora, y ¡oh Dios mío! era una vieja *pinta*. Veía yo caer de su rostro sobre el metate, á veces grandes gotas de sudor, á veces el *tamo*, ese polvo áspero que cubre las manchas de la *quiricua*.[1] Debe ella haber observado en mi fisonomía la amarga impresión que mi estómago acababa de recibir, pues riendo de todas ganas me dijo:

—¡Adiós, señor, en qué poca agua se ahoga! Ya verá cómo muy pronto se le ha de acabar el asco y comerá iguanas y tortillas de *quiricuenta*.

Esta maldición se cumplió al pie de la letra durante la campaña.

¡Cuánto eché de menos á mi desconocida de la noche anterior!

1 Nombre tarasco del mal del pinto.

Y como si yo fuese un *medium* poderoso, parece que mi eficacia no sólo evocó el espíritu de aquella mujer, sino también su cuerpo gentil. En aquel acto la ví sentada al pie de un árbol corpulento, cuyo tronco la había ocultado á mi vista, y de repente se incorporó y me ofreció un pedazo de carne y una *gorda dorada.*

—Coma usted esto, jefecito, murmuró con aquel acento que me fascinaba; tome de esta carne que no es de iguana y de estas gordas que yo misma eché anoche y que acabo de recalentar.

—Mil gracias! Dios se lo pague á usted, le dije.

Entonces pude verla á toda mi satisfacción: veinte años, esbelta, con ojos de águila, de color moreno, boca pequeña, de labios abultados que hacían pensar involuntariamente en un beso; duras las formas y gracioso el andar, no obstante su *estado*, del que se hallaba próxima á salir.

Decididamente aquella mujer era interesante.

Se despidió de mí, y poniéndose en camino, iba cantando con su voz hechicera la siguiente canción que gustaba mucho á las soldaderas:

Ursula, ¿qué andas haciendo
Por la calle real borracha?
Si quieres tener dinero
Vámonos con los de la hacha.

Cuando me incorporé á la columna, mis compañeros me bromeaban por *mi conquista;* pero el coronel Alzati, tomando las cosas á lo serio, me dijo:

—Cuídese usted, compadre; esa mujer es funesta. Ya van dos hombres muertos por su causa.

—Pero si ni siquiera sé cómo se llama!

—Siempre cuídese: esa mujer se llama Magdalena, y ya le contaré su historia.

—Ahora mismo.

—Ahora no, porque voy á ver qué se le ofrece al general.

Aquel día estuvo diluviando: la marcha se hizo más fatigosa, principalmente para los soldados de caballería que, habiendo echado pie á tierra, porque subíamos una cuesta, no sólo llevaban el peligro de resbalarse por sí solos, sino el de ser arrastrados por la caída de los caballos, ya fuese el propio que conducían de la brida, ya el de su compañero que iba delante.

A eso de las tres de la tarde abrió un poco el tiempo y se presentó á nuestra vista una soberbia montaña que cerraba el horizonte. Por de pronto y viendo las enhiestas cúspides destacadas de los bosques que delante de nosotros se extendían, me parecieron el panorama de una ciudad, cuya inmensa catedral escalaba los cielos con sus dos torres: otras pequeñas cimas se me figuraron los campanarios de otros tantos templos.

Supe luego que aquellos elevados montes tienen por nombre "Los picachos de Cucha," y el barón de Humboldt los llama en una de sus obras "Las torres de Cucha."

He dicho que la mayor parte del día estuvo diluviando, y bien lo echamos de ver cuando nos aproximamos al río del Atascadero, que es de ordinario un arroyo franqueable sin la menor dificultad. Al llegar á la orilla nos sorprendió el aparato tumultuoso de las olas que se empujaban las unas á las otras sin cesar. Corría el agua cenagosa cubierta de espuma sucia, y se veían pasar árboles descuajados de los cerros, que arrastraba la corriente como débiles aristas de paja. Un rumor sordo y amenazador completaba la escena.

Después de haber estado detenidos allí, poco más de una hora, las olas comenzaron á borrarse, cesó el estruendo de las aguas, y por último los postreros rayos del sol dieron cierto tinte risueño al paisaje. Sin embargo, yo por mí sé decir que aquella superficie tranquila, pero enturbiada del río, me produjo más pavor que cuando el torrente, poco antes, presentaba con franqueza toda su terrible majestad.

No sé quién dijo al general que en un rancho inmediato había una *balsa* recién hecha para que sirviera en el paso del río de San Pedro. Riva Palacio dió orden de que la condujeran al lugar en que nos hallábamos, mandó que la botasen

al agua, y haciendo que lo acompañaran José María Alzati y Jesús Verduzco, se sentó en aquel inseguro esquife y se propuso ganar la orilla opuesta. Muy pronto los dos nadadores que impelían la *balsa* fueron arrebatados por la corriente y no pensaron más que en salvarse, lo que lograron á duras penas, retrocediendo al punto de partida.

Ya sin dirección la *balsa*, á veces era arrastrada rápidamente río abajo, á veces giraba sobre sí misma como ebria de espanto. Llegó un momento en que la perdimos de vista, tras de un recodo cubierto de árboles. Entonces oí á mi lado una voz que clamaba:

—Allá abajo hay un salto donde todos se van á ahogar.

Quien esto decía era el explorador, el hombre de Magdalena, muy práctico en el terreno. Todos corrimos por la pendiente y llegamos ansiosos al recodo. No hubo uno de nosotros que no escuchara con terror el ruido sordo y monótono de la cascada. Temíamos salir á campo abierto y no descubrir la balsa en la extensión de la corriente.

Avanzamos...... el general y sus dos compañeros estaban sanos y salvos en la opuesta orilla. Hé aquí lo que había sucedido: La balsa, llevada hasta un remanso por el mismo impulso de las aguas, se había varado entre las raíces de una ziranda, como á un metro distante de la tierra. El general advirtió á Alzati y á Verduzco que los tres debían brincar al mismo tiempo y sin pérdida de momento.

Así lo hicieron, y sucedió, como era natural, que aquel impulso, desprendió el esquife, ligeramente encallado, y que la balsa, volviendo al centro de la corriente, siguiese el curso de ésta y á poco desapareciera hundiéndose en la cascada.[1]

Nuestras exclamaciones de alegría saludaron al general y á sus ayudantes. Luego regresamos nosotros al punto de partida.

El río seguía bajando, y como sucede con aquellos torrentes impetuosos, el descenso de las aguas es rápido y muy pronto desaparece el obstáculo que se opone al paso.

1 El general Riva Palacio refiere este suceso en "Calvario y Tabor," como acaecido á uno de los personajes de la novela. La verdad es que él mismo fué el protagonista del episodio.



UN CHINACO.—1864.

Tomado de un boceto pintado por Manuel Ocaranza.

El primero que intentó el vado fué Ireneo, el explorador, quien llevando su caballo de un lado á otro, halló por fin el sendero que buscaba y atravesó el río con felicidad. Siguiéronlo los jinetes del cuerpo "Lanceros de Jalisco" con su teniente coronel Gorgonio Bustamante. Los infantes, atándose el vestido y la cartuchera en la cabeza, y llevando el fusil en el brazo levantado, pasaron también sin novedad, llegándoles el agua á más de medio cuerpo.

Tocó su turno á las mujeres. Por fortuna el agua seguía bajando y no tuvieron más que levantarse la ropa hasta la faja de la cintura. Formaron una cadena con sus manos y, capitaneadas por Magdalena, fueron más valientes que las judías cuando pasaron *á pie enjuto* el Mar Rojo.

Sería largo referir los episodios de aquella marcha: los dicharachos que salían de los labios de las soldaderas, y las no pulcras palabras que se escapaban de la boca de los soldados, testigos presenciales del cuadro. A veces alguna de aquéllas se resbalaba y desaparecía debajo de la corriente, pero se levantaba furiosa, más por las carcajadas que oía, que por el peligro á que se había expuesto.

Sólo Magdalena avanzaba impávida: su alta estatura, lo macizo de sus piernas y mucho de amor propio, la sostenían sin que una sola vez llegase á vacilar. Las demás la miraban con envidia, y no faltó una entre todas que exclamase:

—¡Como la exploradora lleva por delante una balsa! Así, qué gracia! Todas hallaron justo motivo para reir á costa de Magdalena.

Ella iba á contestar; pero en aquel momento se contrajeron sus facciones y lanzó un grito de desesperación. Apresuró el paso para llegar á la orilla y se introdujo en una choza. Oímos sus lastimeros quejidos y en seguida el llanto de un niño.........

—Por poco se ahoga la criatura, dijo una soldadera.

—Pero Magdalena es tan afortunada, repuso otra, que ya no tiene ni necesidad de bautizarla.

Cuando llegamos á Tuzantla, donde tuvimos un día de descanso, rogué á Alzati que me refiriera la historia de Magdalena la *exploradora*.

—"Es muy sencilla, me dijo: con diferencia de algunos detalles, es la misma en substancia que la de todas las soldaderas.

"Estas mujeres sirven á sus hombres con entera abnegación; para alimentarlos saquean los víveres de las casas; se desvelan para atenderlos en sus enfermedades; les ayudan á cargar el fusil en las marchas; durante una acción de guerra no cesan de acarrear agua para dar de beber á su *hombre* y á sus compañeros; son *soldadas, cabas* ó *sargentas*, según la jerarquía de sus queridos; si alguna de ellas *tiene* un niño, todas lo cuidan, por más que á veces se aborrezcan entre sí. Cuántas ocasiones se les utiliza para que repartan el parque á la hora del combate. No temen las balas, y se las ha visto curar á su herido ó sacarlo en hombros durante lo recio de la pelea. Algunas son tan listas que sirven admirablemente de espías, cualquiera que sea el peligro que puedan correr; siendo tan reservadas, que inspiran toda confianza, pues su lema es "primero mártires que confesoras." Son suspicaces y vigilantes, y muchas sorpresas se han evitado por los avisos oportunos que dan.

"Ha de saber vd. que Magdalena es el nombre de guerra de esta muchacha. Prescindió del suyo por respeto á su familia, honrada, aunque humilde.

"Vivía ella en el pueblo de T.......[1] al lado de su madre, que era dueña de una fonda. Además del aseo en el servicio y de lo bien condimentado de la comida, el establecimiento era muy concurrido á causa de la belleza de Magdalena. Si el estómago quedaba satisfecho, no lo quedaba menos la vista, porque, créalo vd., se la comía uno de ojos.

"Con frecuencia pasaban las tropas por aquel lugar, y puedo asegurarle que desde el jefe hasta el último oficial le dirigían sus tiros: jamás se ha visto una plaza mejor sitiada.

—"¡Plaza sitiada, plaza tomada!

—"Pues se equivoca vd. Esa plaza no se rindió jamás, ni siquiera cayeron sus muros ante las trompetas de Jericó. Ni

1 Omito el nombre del pueblo, porque no quiero que en él se hagan indagaciones que puedan afectar á la familia de Magdalena, algunos de cuyos miembros viven aún.

el dinero de los generales, ni las tiernas miradas de los subalternos, fueron bastantes para abrir brecha. ¡Vaya! ni el cura ni el vicario, que son las trompetas á que hice alusión, pudieron nunca conseguir que flaqueara la fortaleza.

—"¿Entonces?......

—Entonces sucedió lo que sucede en estos malditos tiempos de guerra. La culpa la tienen los que se oponen á que el pueblo satisfaga su necesidad y sus instintos de libertad. Si no nos quisieran meter á fuerza la monarquía y el predominio clerical, no tendríamos revoluciones, ni tantos horrores que son su consecuencia. Eso es no conocer al pueblo. Se hacen la ilusión de que lo tienen fanatizado, y cuando menos acuerdan respinga y les tira de coces como una bestia brava.

"Todo tiene su razón de ser. Junto á los hombres de bien que se lanzan á la lucha para sostener sus opiniones, están los bandidos que vienen entre nosotros á dar curso á sus pasiones criminales. Esto es inevitable, porque no nos habíamos de ocupar en hacer el papel de policía, y porque á veces nos prestan servicios importantes, fuera de que de todos modos ganamos con ellos, pues si los matan, bandidos menos, y si salen victoriosos, el triunfo es nuestro.

"Una noche....... No había tropas ni del imperio ni nuestras en el pueblo de T...... Era tal la obscuridad, que las calles parecían boca de lobo; no había una sola puerta abierta en alguna casa. Miento; en la fonda estaba una ventana entornada y se percibía un bulto á la luz de una vela encendida en el interior. Por fuera, en la calle, un hombre á caballo dirigía tiernas palabras á la persona que se hallaba en la ventana.

"Aquel hombre se llamaba Miguel....... Era un joven artesano del mismo pueblo; se había alistado en una de nuestras guerrillas, y por su valor había ascendido á oficial; de cuando en cuando, acompañado de sus soldados, llegaba á T.. ... sin otro objeto que el de ver á Magdalena. Era un guapo mozo: usaba sombrero ancho jarano, corbata tricolor, chaqueta de cuero y chaparreras negras; en el cinto, el revólver; el sable, terciado en las aciones de la silla; en la cuja la lanza, y el mosquete en el carcax: todo un *chinaco*.

"Y sigo la historia: los dos enamorados se estaban diciendo muchas ternezas, cuando de repente se oyó un tropel de caballos. Magdalena lanzó un grito de angustia.

—"¡Ay! vete, corre! No vayan á ser los traidores!

—"No tengas miedo; cierra tu ventana, ya me voy.

"Magdalena se encerró en su casa, y Miguel, en vez de huir, sacó y preparó su mosquete. Avanzó hacia donde se oía el tropel.

—"¿Quién vive? gritó.

—"¡Libertad! contestaron varias voces de entre el grupo de jinetes.

—"¡Alto ahí!

"Los jinetes se detuvieron.

—"¿Qué gente?

—"Simón Gutiérrez, contestaron los de la tropa.

"Al oir aquel nombre, Miguel se quedó frío. Aquella partida era la de los terribles bandidos de Jalisco, que después de la muerte de su jefe Antonio Rojas había pasado á Michoacán. La partida vino capitaneada por aquel hombre de aspecto humilde y alma feroz, que se llamaba *Simón Gutiérrez.*[1] Para ellos el robo era un juguete, el estupro un pasatiempo, el incendio un placer y el asesinato una diversión. Cuando se unían á un jefe de orden, los contenía el respeto á la tropa de éste, pero cuando andaban de *bola suelta*, eran una horda de foragidos. ¡Desgraciado el pueblo en que querían hacer de las suyas!

"Por eso Miguel se estremeció. Avanzó, sin embargo, á darse á reconocer con el *coronel*, y en seguida, incorporado con la guerrilla, todos penetraron hasta la plaza del pueblo.

"Simón Gutiérrez dió orden de que fueran á despertar al presidente municipal para que proporcionase *miniestra*,[2] forraje y alojamientos.

"Supongo que la ronda advirtió la llegada de la gavilla, y lo puso en conocimiento de aquella autoridad y de los *señores* de las tiendas; el caso es que el ayudante volvió á decir al *coronel* que el presidente se había escondido.

1 *La Simona* le decían los franceses, y este nombre se generalizó después.

2 La menestra.

—Entonces, toquen en esa tienda y arréglense con el dueño.

"Pero por más golpes que se dieron nadie contestó. En tales circunstancias, los vecinos prefieren que les echen abajo las puertas á no abrirlas ellos. Es tal el pánico, que cada uno sólo piensa en ocultarse. Reina el egoísmo. ¡Cuántas veces he visto que cesa toda animación en los pueblos! Las familias se encierran en el interior de las casas! Queda paralizado el comercio, desiertos los talleres y abandonadas las labores del campo! Tan completo es el silencio, que puede escucharse el vuelo de una mosca. Usted sabe que no hay exageración en este relato.

"Puesto que no quieren abrir, ellos tienen la culpa, exclamó Simón Gutiérrez. Muchachos, *manos libres!*

"Se oyó un alarido de salvaje alegría. La turba de bandidos rompió filas, y divididos en grupos, se lanzaron sobre la tienda y las casas. Se oían los golpes de las hachas rompiendo las puertas, las blasfemias de los asaltantes, los ayes suplicatorios de las víctimas, los gritos de las mujeres que defendían su honra, los disparos de los mosquetes y el lejano galope de algún caballo que huía espantado. Para completar el cuadro, se veían surgir del techo de alguna casa las siniestras llamas del incendio!

"Uno de aquellos grupos se dirigió á la fonda. Junto á la puerta estaba Miguel, mosquete en mano.

—"Aquí nadie entra, porque esta es mi casa.

—"¿Y qué nos importa?

—"Es que yo también soy *chinaco.*

—"Vaya vd. á......! Vd. será......! Hágase á un lado!

"Miguel comprendió que estaban por demás las palabras; disparó el mosquete y dejó muerto á uno de los bandidos; pero aún no se extinguía el fogonazo de su arma, cuando cayó del caballo acribillado á balazos. Pasando sobre su cadáver, hicieron astillas la puerta de la fonda; y mientras algunos se ocupaban en saquear, el que hacía de jefe del grupo, hombre de mirada torva y con una cicatriz que le dividía diagonalmente la cara, se apoderó de Magdalena arrancándola de los brazos de la madre, la colocó sobre el mismo caballo de Mi-

guel y fué á ocultarse con ella en una de las casas que ya habían saqueado los bandidos. Aquel hombre era de una musculación de hierro; Magdalena se doblegó á la fuerza y sólo exhaló un grito de rabia que, al lado de Miguel, habría sido de inmensa felicidad.

"Al día siguiente, la gavilla abandonó el pueblo: la mula del equipaje de Simón Gutiérrez iba cargada de dinero; los soldados llevaban sendas maletas á la grupa, y entre filas caminaban descalzas, llorosas, con los vestidos ensangrentados, muchas mujeres del lugar. En su seguimiento iban las madres, los esposos, los hijos, suplicando, con las lágrimas en los ojos, que les volviesen aquellas prendas de su amor. Algunos lo consiguieron por medio del rescate; otros, golpeados por la soldadesca, regresaron huérfanos ó solitarios á sus casas vacías.

"Arrogante en el caballo de Miguel iba Magdalena. Después de haber sucumbido á la fuerza, hizo, como dicen, de tripas corazón, y resignada á su suerte, perdida toda esperanza de un porvenir digno, ya sólo trató de sacar partido de su desgraciada situación. ¡Acaso en su alma se haya abrigado el deseo de la venganza! Sea de ello lo que fuere, Magdalena sonreía de cuando en cuando á su *oficial*, y éste, envanecido de su *conquista*, la montó en el mejor caballo, la mostró con orgullo á sus compañeros y la proclamó su mujer.

"En estos tiempos de *bola*, la gracia está en que las tropas que hacen la revolución no se estacionen en ninguna parte. La rapidez en los movimientos es el único medio de contrarrestar la superioridad numérica y la disciplina del enemigo. Y si esto se dice de las tropas de línea, ¿cuánta mayor movilidad necesitan las guerrillas, y sobre todo esas bandas como la de Simón Gutiérrez? Cuan presto merodeaban en el Sur de Jalisco se les veía aparecer en el Poniente de Guanajuato ó en el corazón de Michoacán. Por esto, no obstante las cincuenta leguas que hay desde el pueblo de T...... hasta Puruándiro, al segundo día de los sucesos referidos entraba la gavilla en esta última ciudad.

"Se encontraron en Puruándiro con una de las temibles partidas de "Los Potreros," que no iban en zaga á Simón

Gutiérrez, pero que en aquel lugar tenían numerosos amigos, motivo por el cual respetaban la población. Los recién llegados, no pudiendo hacer de las suyas por temor á las guerrillas del terreno, se limitaron á reñir unos con otros, á embriagarse y á pasear por las calles, *raspando* los caballos.

"No sé cómo uno de los oficiales de Casimiro Alonso, que era el jefe de la gavilla de Los Potreros, acertó á ver á Magdalena. Fijarse en ella y desearla, fué todo uno, y ya había desenvainado el sable para *arredrsela* á cintarazos, cuando llegó el poseedor de mejor derecho.

—"Oiga, amigo, le dijo al *potrereño*, ¿pues qué se le ofrece?

—"Lo que ve, me llevo á la niña. ¿Le parece mal?

—"Pues no se la lleva así no más; la jugaremos. ¿Qué va, pares ó nones?

—"Voy pares.

"Los dos habían sacado sus pistolas giratorias.

"Más listo el de los Potreros, disparó primero, pero erró el tiro. El de Jalisco hizo fuego á su vez y le voló el sombrero á su adversario. No tuvo tiempo para más; el segundo disparo del potrereño despedazó el cráneo de su rival, y el cadáver se desplomó en un charco de sangre. Magdalena se reía de aquel juego, y sin oponer el menor obstáculo siguió al que había ganado á los *pares*.

"Andando los días, el oficial de Casimiro Alonso vió en poder de Ireneo el explorador un caballo árabe que éste había logrado cortar de una columna de franceses; le gustó el *penco*, y más á fuerza que de ganas, Ireneo tuvo que cambiarlo por Magdalena.

"Desde entonces Magdalena ha sido constante, si no fiel, con el valiente explorador, y queda justificado que por su causa han muerto dos hombres, y por ende le digo á vd. que es una mujer funesta.

"Por lo demás, ha prestado muy buenos servicios, pues que en sus frecuentes viajes por orden del general, á Pátzcuaro y á Morelia, se ha relacionado con los oficiales del imperio y nos ha traído noticias importantes."

Esta fué la historia que me refirió Alzati.

Al día siguiente, en camino para Zitácuaro, ya iba Magdalena entre las demás soldaderas, como si no le hubiera pasado nada, sin más señales del lance de la antevíspera que llevar en los brazos á su recién nacido. Esas mujeres son así, tienen una naturaleza de hierro.

Por más de seis meses ví á Magdalena siempre al lado de su explorador, alegre, decidora con sus compañeras. Me gustaba oirla durante las marchas, entonando aquellas dulces y picarescas canciones populares que no todas deben transmitirse al papel.

Después se me olvidó; porque no volvió á presentarse á mis ojos.

Pasados los días de la guerra, una vez hacíamos memoria de aquellos tiempos. Se habló de la catástrofe de Tengüecho y alguien preguntó:

—¿Recuerdan ustedes á Magdalena, la exploradora?

—¿Qué fué de ella?

—Hacía muchos días que Ireneo no abandonaba el servicio, y como atravesábamos por país enemigo, era necesario mucha vigilancia. Nos perseguían dos columnas de franceses. Al llegar cerca de Patamban creímos haberles hecho perder la pista y adquirimos cierta confianza, pues que además, estábamos en nuestros terrenos. Sin embargo, el general dió orden á los exploradores de situarse convenientemente. Esa noche Magdalena fué á llevar la cena á Ireneo, colocado en su puesto. Ustedes saben que la sorpresa que nos dió el Barón Aimard fué espantosa.

Al día siguiente algunas soldaderas recorrían el campo, tratando de inquirir si habían muerto sus hombres. Allí encontraron los cadáveres de Ireneo y de Magdalena; la cena estaba intacta: el *tengüechazo* no les había dado tiempo de probar bocado.

—¡Pobre Magdalena!

—Sí, le tocó la suerte que á tantas otras de las soldaderas: morir al lado de su hombre; mártires ignoradas, pero sublimes!

—¿Y el niño?

—Lo recogieron las mujeres y todavía lo ví en el sitio de Querétaro. Si ese sér desgraciado vive aún, acaso sepa el nombre de la que fué su madre: jamás, empero, sabrá el del autor de sus días, indescifrable para la misma Magdalena.

Reanudando ya mi narración, diré que desde Tuzantla envió orden el general Riva Palacio á León Ugalde para que inmediatamente se le incorporase; pero este jefe contestó desde Laureles con fecha 1º de Agosto:

"Por el Prefecto de Zitácuaro D. Darío Arzati he sabido la llegada de vd. á Tuzantla, así como también los deseos de vd. de una entrevista conmigo. Siento mucho que el enemigo se halle tan cerca, según noticia del mismo Sr. Arzati, por privarme del gusto de ir á encontrar á vd., como era mi intención, si no me lo impidiera el interés de evitar un descalabro á la división que es hoy á mis órdenes."

No bien había enviado Ugalde la carta anterior, cuando salió de Laureles retirándose rápidamente por el Norte: de suerte que el general Riva Palacio no pudo alcanzarlo en el camino de Zitácuaro.

Pocos días permanecimos en esta ciudad, pues la principal atención se hallaba en Tacámbaro, en donde los jefes subalternos necesitaban de la presencia del general para el logro de la reorganización del ejército. En Zitácuaro se dictaron, sin embargo, las disposiciones que se creyeron necesarias para dar cohesión á aquellas fuerzas, repitiéndose la orden de que quedaban al mando del general D. Esteban León, con instrucciones á éste de reducir á la disciplina al guerrillero León Ugalde, entretanto el general Arteaga hacía el nombramiento de jefe para la 2ª división.

D. Zeferino Gómez Gallardo quedó encargado por el general Riva Palacio de los asuntos económicos del primer distrito del Estado de México y de las fuerzas pertenecientes á esta demarcación que existían en Zitácuaro, en donde también residía aquel jefe.

Un día del mes de Julio se le presentaron un español llamado Pío Monge y un mexicano de quien sólo recuerdo el apodo "El Mariscal," diciéndole que se habían salido de la

ciudad de México para ir á prestar sus servicios á la causa liberal. Gómez Gallardo les ofreció colocarlos en las fuerzas cuando se presentara la ocasión, y entretanto andaban en ellas como *plazas supuestas*. Procuraban servir en cuanto se ofrecía, se manifestaban diligentes, y en alguna acción de armas se batieron con valor, motivo por el cual se les permitió agregarse, aunque sin empleo determinado, al cuerpo de caballería que mandaba Acevedo. Un día envió éste su caballada al baño, para lo que la tropa tuvo que ensillar, pues el punto á propósito del río quedaba algo distante.

Muy quitado de la pena estaba Acevedo en la plaza de Zitácuaro, cuando un vecino de Trojes se acercó á saludarlo y le preguntó por qué no iba al frente de su tropa.

—¿Cómo mi tropa?

—Sí; va por el camino de Trojes, y me llamó la atención no ver con ella más que dos oficiales desconocidos.

Un rayo que hubiera caído cerca de Acevedo no le hubiera hecho la impresión que aquella noticia. En el acto ocurrió á dar parte á Gómez Gallardo. En unos cuantos minutos ensilló la fuerza de Granda, y éste, con sus soldados que no llegaban á cuarenta, y Acevedo con sus oficiales, partieron á galope tendido en persecución de los doscientos hombres, poco menos, que formaban el cuerpo.

Lo alcanzaron llegando á Trojes, y cuando Monge y el Mariscal vieron acercarse á Acevedo, huyeron á matacaballo. Pocas palabras cambiadas con un sargento revelaron á Acevedo y Granda lo acontecido; por lo que sin perder un instante corrieron tras de los fugitivos, logrando alcanzarlos en la orilla de Trojes: Granda atacó á Monge, quien murió sin defenderse; y Acevedo al "Mariscal," que hizo una obstinada resistencia hasta el último momento de su vida. Ya se habrá comprendido que aquellos dos aventureros fingieron una orden de Acevedo, y que con este engaño se llevaban la tropa para entregarla al enemigo. Todo esto apareció en las diligencias practicadas por el comandante en jefe D. Zeferino Gómez Gallardo, como resultó también probada la complicidad de un tal Marcos Covian, que fué fusilado en Zitácuaro.

Hacia mediados de Agosto esta ciudad volvió á ser invadida por la contraguerrilla de Clary, á la que acompañaba el activo contraguerrillero *mexicano* Pascual Muñoz. La fuerza del jefe francés se componía de los doscientos zuavos montados en mulas y de un escuadrón de argelinos, y la de Muñoz de cerca de cien jinetes. Esta columna asaltó en la hacienda de Tiripitío, de la municipalidad de Tuzantla, á las partidas republicanas mandadas por el coronel Carlos Castillo, el teniente coronel Agustín Granda y el capitán Bonifacio Pardo. Sucedió que, sabedor Clary de que los chinacos se hallaban en la referida hacienda, se dirigió rápidamente sobre ella, y antes de llegar destacó sobre los republicanos la contraguerrilla de Muñoz; los zuavos fueron á cubrir el camino de Tuzantla, ocultándose tras un monte inmediato. Muñoz atacó con brío á los chinacos que de la misma manera se defendieron, logrando rechazar á su contrario; pero en aquel momento aparecieron los zuavos, y como habían echado pie á tierra, viniendo detrás de ellos las mulas y el escuadrón de argelinos, parecían una tropa de más de quinientos hombres. Esto desconcertó á Castillo y sus compañeros, que huyeron á la desbandada. Así lo dijo con toda verdad el jefe francés en su parte oficial respectivo, omitiendo tan sólo que antes de tres días se habían ya reunido los dispersos.

A mediados de Agosto apareció también en Zitácuaro la columna del coronel D. Ramón Méndez, y el día 14 tuvo un encuentro en el llano de San Miguelito con la fuerza de caballería de León Ugalde, que ascendía á trescientos hombres. Estos fueron derrotados con grandes pérdidas, sobre todo en el alcance que les hizo Méndez persiguiéndolos hasta la Escondida. La mayor parte de los dispersos, hallando la ocasión de separarse de Ugalde, fueron á reunirse á Castillo, Granda y los otros jefes de Zitácuaro. Ugalde, con los restos, fué á incorporarse á la infantería, que no había entrado en acción.

Ugalde tomó la *revancha* el día 28 del mismo mes de Agosto, atacando en San Felipe del Obraje un destacamento de Méndez, en número de doscientos hombres, de los que hizo cien prisioneros. Y después, convencido de que su permanen-

cia en Zitácuaro le ofrecía muchas dificultades, salió del Estado, dirigiéndose rumbo al Mesquital, con cuatrocientos infantes y cien caballos, restos de la segunda división que fuerte en más de mil hombres, había estado á las órdenes del malogrado general Pueblita.

Otro encuentro se había verificado en Patamban, municipalidad de Zamora, entre el guerrillero republicano Cárdenas y el capitán imperialista D. Rafael Alcázar. Declarada la victoria por este último, el jefe de la guerrilla fué perseguido por espacio de tres leguas, quitándole los vencedores cincuenta caballos, varias lanzas, algunos fusiles y muchas piezas de ropa. El número de muertos fué, afortunadamente, corto.

Si el anciano caudillo D. Juan Alvarez no podía prestar ningún apoyo material á los republicanos que hacían la guerra en Michoacán, no por esto le era indiferente lo que en ese Estado pasaba; y el interés con que veía la marcha de los sucesos se demuestra en la correspondencia que mantenía con los jefes principales del Ejército del Centro. Habiendo llegado á su noticia la enemistad cada día más acerba entre Arteaga y Salazar, no se limitó á escribir directamente á estos generales, sino que con fecha 16 de Agosto envió una carta confidencial á Riva Palacio, en la cual le aconsejaba que pusiera todos los medios que estuviesen á su alcance para procurar la reconciliación de aquellos buenos patriotas. Riva Palacio, que ya había estado trabajando en ese sentido sin éxito alguno, tomó nuevo empeño, y para conseguir su objeto se valió de un ardid aventurado que pudo haber sido contraproducente y de fatales consecuencias.

Lo difícil para conseguir la reconciliación era procurar una entrevista entre Arteaga y Salazar, pues cuando se hablaba á cada uno de ellos, manifestaba que por su parte no existía odio ni rencor alguno; pero por nada se lograba reunir á los dos, porque ambos huían del encuentro.

En estas circunstancias, hallándose todos en Tacámbaro en los primeros días de Septiembre, Riva Palacio habló primero con Arteaga y luego con Salazar, conviniendo con cada

uno de ellos en que el otro le había cometido graves ultrajes, y agregaba que precisamente en aquel día el aludido había hecho cargos terribles á su adversario. El resultado natural fué la exaltación más violenta en cada uno de los dos, hasta el grado de salir ambos á buscarse, encontrándose bien pronto en la plaza de la ciudad. Riva Palacio, que desde la casa de D. Antonio Gutiérrez no los perdía de vista, tan luego como observó que estaban á punto de reunirse, corrió hacia ellos y les dijo:

—He conseguido mi objeto: cuanto he dicho á cada uno de ustedes no tenía más mira que obtener por este medio la entrevista que ustedes han rehusado siempre que he procurado su reconciliación. Todo ha sido, pues, invención mía, y á ustedes no les toca ahora más que darse un abrazo y ¡viva la patria!

—¡Vicente! exclamaron los dos; pero obedeciendo instintivamente á la sugestión, se echaron los brazos y repitieron: ¡Por la Patria! ¡Amigos hasta la muerte!

Si hubiera uno de creer en la personificación de ciertas entidades morales, se podría decir que en aquel acto la Patria y la Muerte habían recogido las palabras de los héroes.

El escritor Jesús Rubio, que, como tengo dicho en algún lugar de esta historia, formaba parte de la Secretaría de Gobierno, y por la amistad especial que le profesaba Arteaga tenía la confianza de este jefe, cuenta que por aquellos mismos días corría muy válida la especie de que Méndez, el célebre coronel imperialista, había hecho gestiones para pasarse á las filas republicanas. Tal rumor no carecía de fundamento, pues ya he dicho que, después de la acción de Cerro Hueco, surgió entre Van der Smissen y aquel jefe una de esas enemistades profundas é irreconciliables que el orgullo y la vanidad despiertan en los hombres. Méndez había reclamado en términos de energía su derecho á no estar subalternado á un oficial de menor graduación que la suya.

A estas justas reclamaciones contestó por de pronto Maximiliano, nombrando al jefe belga comandante militar de Michoacán, es decir, dándole un título más para que obrara co-

mo superior, no sólo de aquel jefe, sino aun de otros de grado más alto.

Hé aquí cómo consigna Rubio estos rumores respecto de Méndez:

"Hallándose en Pátzcuaro (Méndez) provocó, con gran sorpresa para el general Arteaga, arreglos reservados de alta trascendencia, pretendiendo ponerse al servicio de la República.

"Las condiciones que para abandonar el imperio sentaba Méndez eran estas: que se le daría el ascenso inmediato á general de brigada, y se le conservaría, invariablemente, en el mando de las tropas con que ingresara al ejército nacional.

"En las difíciles circunstancias por que los independientes atravesaban, después de haber perdido la mayor parte de sus elementos en la jornada de 16 de Julio, y cuando no podían esperar ningún auxilio extraño, era de creerse que la proposición los sedujese sin dar tiempo á reticencias ni á regateos. Sin embargo, la desgracia había traído consigo una prudente desconfianza: bien pudiera ser que las redes de Miramar quisiesen envolver á las tropas de la República para sacrificarlas indefensas. Méndez lo dejaba entender muy claramente, al imponer por condición que sus tropas no mantendrían otra autoridad que la suya.

"Discutíase el punto indicado, cuando el cabecilla Méndez, queriendo sin duda explanar verbalmente sus proposiciones para que se le admitiese en las filas de la República, invitaba al general D. Nicolás de Régules para una conferencia privada en cercanías de Pátzcuaro. Dado por este jefe conocimiento de tal llamado al Cuartel General, Arteaga se inclinaba á que acudiera á la cita, que no podía traer ningún compromiso; pero Régules se excusó rehusando semejante conferencia, y allí quedó todo."

Había, pues, algo de consistencia en estos rumores si es que fueron esparcidos por los mismos imperialistas, á fin de amenazar con ellos á Maximiliano para que removiese de su puesto á Van der Smissen y se colocara en él á Méndez, sin émulo alguno. En tal caso, la intriga produjo todo su objeto, y por principio de ella fué admitida la renuncia del general D.

Luis Tapia, no muy bien quisto entre sus compañeros, que no le concedían valor ni pericia. En seguida Méndez fué nombrado comandante militar del departamento y jefe único de la brigada. Van der Smissen quedó simplemente de comandante del distrito de Morelia.

Esto cambiaba por completo la situación entre el jefe belga y el coronel *mexicano*, quedando ahora aquél subalternado á éste. Van der Smissen no se sometió á este cambio inusitado en las prácticas del imperio, pues hemos visto que allí los *mexicanos* eran pospuestos á los extranjeros: se negó á obedecer las órdenes de Méndez, devolviéndole, sin abrirlas, todas las comunicaciones que le dirigía. Méndez se quejó de esta conducta al mariscal Bazaine y al Ministro de la Guerra, que opinaron por retirar de Michoacán al teniente coronel belga, á quien consideraron digno de castigo; pero en vez de obrar así, contestó Maximiliano con estas palabras: "Me parece muy buena la idea de que Van der Smissen venga á México; cuando venga veremos si puede ó no puede quedarse en el país." Llamado á la capital, la mayor parte de los oficiales de su cuerpo renunciaron; pero todo quedó arreglado merced á la parcialidad con que la archiduquesa Carlota veía á sus compatriotas belgas."

Desde fines de Agosto quedó, pues, Méndez de comandante general de Michoacán, teniendo á sus órdenes su columna, compuesta de más de dos mil hombres, y las guarniciones que había en distintos puntos del Estado: por todo más de cinco mil soldados. Era una situación bonancible para el imperio, como lo afirma el mismo historiador monarquista Zamacois, atribuyéndola "á que las guerrillas habían disminuído y los jefes de ellas carecían de elementos para poder entrar en combate contra tropas disciplinadas," y agrega: "Los que sostenían la lucha, como Riva Palacio, Régules, Arteaga, Pueblita[1] y otros, careciendo de ese consolador recurso de los auxilios en armas y otros que podían proporcionar los norte-americanos,[2] y acosados por todas partes de contrarios, tenían su tro-

1 Se olvida Zamacois de que él mismo refirió la muerte de Pueblita, ocurrida tres meses antes de esta fecha.

2 Los americanos jamás proporcionaron armas ni auxilios de ninguna otra clase á los patriotas de Michoacán.

pa casi en la desnudez, estropeado el armamento y siempre escaseando las municiones." Todas estas consideraciones, y especialmente el nombramiento de Méndez, tenían llenos de júbilo á los partidarios de la monarquía en Morelia, creyendo que había llegado la hora del triunfo de sus ideas y la del escarmiento de los chinacos. No faltarían pronto sucesos que los confirmaran en esta creencia.

Por su parte los liberales, para quienes la guerra era un deber, y los reveses contingencias naturales de toda campaña, jamás perdieron la fe en la victoria completa de la República, y lejos de esquivar el combate, apenas se rehacían de una derrota, cuando eran los primeros en ir á buscar al enemigo, unas veces venciéndolo, otras saliendo derrotados; pero peleando siempre. Sólo al escritor francés Alberto Hans pudo ocurrírsele, en odio y despecho contra los republicanos, decir "que la táctica de Régules y de los demás jefes liberales era evitar á toda costa el combate, huir días enteros y existir así mientras partían los franceses para quedar entonces enfrente de los imperialistas y exterminarlos en una lucha sin cuartel." Régules era la pesadilla de Méndez, y por tanto, el panegirista de éste pone en primer lugar á aquel jefe, cuando se ha visto que él no tenía el mando superior. Revela, sin embargo, un criterio sano el Sr. Hans cuando, al predecir la ida de los franceses, creyó lógico asegurar la derrota de los imperiales y la caída de su efímero gobierno. Aunque Hans haya hecho la campaña en Michoacán, quien lea con detenimiento su libro, comprenderá que no conoció el territorio del Estado ni á los patriotas que allí hacían la guerra en aquella época, ni el espíritu de los pueblos que los protegían con su apoyo moral; lo que sí hizo justamente el historiador Niox.

No están fuera de lugar estas observaciones, cuando voy á ocuparme del renacimiento del ejército del centro, que hemos visto extinguirse en Cerro Hueco.

El general Arteaga, durante su permanencia en Huetamo, había presidido á la fabricación de parque, vestuario y equipo de la tropa; Riva Palacio dictaba providencias para que volviesen á formarse los batallones y cuerpos de caballería; pro-

veyendo de recursos pecuniarios á las respectivas pagadurías, y de fusiles, bayonetas, mosquetes y lanzas para su armamento, adquiriendo todo esto con tanta inteligencia, como con una energía y una actividad sin ejemplo. Situaba á cada jefe subalterno en el punto en que por sus relaciones ó por motivos de otro género era seguro que tendría mayores facilidades para reclutar gente. Por su parte, los jefes subalternos secundaban admirablemente la iniciativa y dirección del general Riva Palacio, sin que entre ellos se despertara la envidia, sino más bien una patriótica emulación: en la caballería debo mencionar al coronel Trinidad Villagómez, al coronel Gorgonio Bustamante, al coronel Eguiluz, al de igual clase Ignacio Zepeda; á los tenientes coroneles Espiridión Trejo y Norberto Salgado; y en la infantería, á Villada, Gaona, Cáceres,[1] Méndez, Olivares, Pablo Jiménez y Espinosa D. Francisco, á quien poco antes había proporcionado recursos en México el Lic. D. Manuel Romero Rubio para que fuese á hacer la campaña en Michoacán, recomendándolo con el general Riva Palacio.

A dar cohesión técnica á estas fuerzas concurrió el general Salazar, nombrado Cuartelmaestre del Ejército del Centro. En el personal de éste sólo faltaba en aquellos días el general Régules, que se hallaba en Tacámbaro enfermo aún de intermitentes, que lo imposibilitaban para el servicio.

Ahora voy á hacer recuerdo de los dignos oficiales que formaban el Estado Mayor de aquellos jefes. Con el general Arteaga servían, como jefe de Estado Mayor el coronel José María Pérez Milicua, y como ayudantes el teniente coronel Manuel García de León, los comandantes Francisco M. Ortega y Antonio Beltrán, capitanes Manuel Herrasti, Manuel y Felipe García Aguirre, Miguel y Luis Aponte. Con Salazar el comandante Jesús Ocampo y los subalternos Segura, Pichardo y Zerecero; y con Riva Palacio el coronel José María Alzati, los comandantes Bonifacio Topete y Jesús Ver-

1 Aunque los redactores de "La Municipalidad" afirman que este jefe se separó del ejército y marchó al Norte de la República, después del 11 de Abril, encuentro en la correspondencia del general Riva Palacio datos seguros para afirmar que todavía en Agosto y Septiembre se hallaba en Tacámbaro y trabajaba en reconstruir su batallón.

duzco y los capitanes Jorge Wood, Jesús Marmolejo y Luis Anselmo Salazar. Todos y cada uno de estos distinguidos patriotas merecen una especial mención: me limitaré, sin embargo, á hacerla tan sólo respecto de los que formaban el Estado Mayor del general Riva Palacio, por haber sido á los que traté más familiarmente y durante mayor tiempo.

El coronel Alzati aparecía como jefe de esa pequeña corporación, pero su puesto era en realidad nominal ú honorario, pues que, careciendo de conocimientos militares, el general lo ocupaba siempre en otras comisiones, por lo que frecuentemente se ausentaba de nosotros. Alzati era uno de los vecinos principales de Zitácuaro, honrado á carta cabal, trabajador, inteligente, bien relacionado y de un carácter insinuante, comunicativo, alegre. Tenía en arrendamiento la pequeña pero bonita hacienda de caña La Florida, en la municipalidad de Jungapeo, distrito de Zitácuaro. En los trabajos de esa finca lo halló la guerra de intervención; soltó la *tarecua*[1] y empuñó en el acto la espada para defender con valor la independencia nacional, siguiéndolo en esta patriótica tarea sus hermanos Darío y Marcos.

El jefe efectivo del Estado Mayor de Riva Palacio era el comandante Bonifacio Topete, militar por principios científicos, valiente por temperamento y por deber, pundonoroso, de maneras corteses, de carácter afable, cumplido hasta la religiosidad, correcto en su conducta civil, irreprochable hasta en su traje, que era siempre el uniforme de su clase: Topete era querido y respetado de todos nosotros. El general, al hablar de él, le auguraba el porvenir brillante que supo alcanzar.

Del comandante Jesús Verduzco tengo idea de que era originario de Toluca: el general lo estimaba por su adhesión y fidelidad, y por la entereza con que afrontaba los peligros. Jorge Wood, como lo indica su apellido, descendía de una familia inglesa: era muy joven, de figura arrogante y simpática, que nos hacía recordar el retrato de Lord Byron; muy

1 Azada. Este nombre tarasco se conserva invariablemente en Michoacán para designar el tosco y primitivo implemento con que se hace el cultivo de la caña.

circunspecto á pesar de sus pocos años, leal, cumplido, valiente, de una educación esmerada y elegante en su traje. Jesús Marmolejo era una especie de coloso, por lo que siempre se le cansaba el caballo en las marchas. Pertenecía á una honorable familia de Guanajuato, radicada en Morelia, y era digno miembro de ella. Este oficial fué, en esa época, una de las víctimas que De Potier mandó azotar en Morelia, y ya tengo referido cómo, chorreando aún la sangre, Marmolejo fué á sentar plaza en las filas republicanas, en donde, no sólo por venganza sino por ardiente patriotismo, se distinguió por su valor y por la abnegación con que afrontó las privaciones de la campaña.

¿Quién de los patriotas del Ejército del Centro, de los pocos que sobreviven, podrá haberse olvidado de Luis Anselmo Salazar? Todos le decíamos *Tanta Lancha*, porque por un defecto de pronunciación no podía decir de otro modo *¡tanta lanza!* El general lo conoció en una noche lluviosa en que salían las fuerzas de Zitácuaro para situarse en Camémbaro. Tanta-Lancha se acercó á él, alumbrándole el camino con un hachón de ocote, y como se pusiera á platicar con su media lengua, le cayó en gracia á Riva Palacio y le preguntó sobre el origen y manera de haber llegado al ejército. Es imposible, al menos para mí, imitar por escrito las palabras de Salazar, describir sus gestos y parodiar siquiera sus frases. Básteme decir en extracto que Tanta-Lancha había nacido en Cutzamala y que muy niño fué llevado á México, en donde siguió sus estudios escolares, siendo de notar que el defecto indicado se le echaba de ver en el acto, no sólo en la lectura, sino también en lo que escribía. Andando el tiempo y siendo ya adulto, entró de dependiente en el café del Cazador, que aún existe en el portal de Mercaderes de la ciudad de México. Contaba que al estallar la guerra de intervención, comprendió la idea de patria de tanto oir hablar de ella á los parroquianos, y que de aquí le vino la resolución de ir á pelear contra los extranjeros y sus aliados, lo que verificó cuando los franceses hicieron su entrada en aquella capital. Fué á presentarse en la fuerza que mandaba D. Esteban León, que era su tío, lo que explica la ocasión de su encuentro con el

general Riva Palacio, á cuyas órdenes militaba dicho jefe. Desde aquella misma noche el general agregó á su Estado Mayor á Tanta-Lancha, y se divertía mucho con él hablándole con el solo movimiento de sus labios, sin pronunciar una sola sílaba, y siendo perfectamente entendido por Tanta-Lancha. Este era astuto, disimulado, de mal corazón, acaso porque en el ejército muchos se burlaban de él jugándole malas pasadas; pero con Riva Palacio fué tan fiel, tan cariñoso, tan servicial, que concluída la guerra lo recogió éste en su casa, y allí vivió y allí murió rodeado de las atenciones de la honorable familia del general.

Andaba también al lado de Riva Palacio un joven oriundo de la ciudad de México, que tenía el genio más dulce y pacífico que he visto entre los hombres de armas. Era Manuel Marroqui. Había sido dependiente de una de las mejores boticas de la capital. Acaso por esto lo escogió el general para médico de la tropa, pues se carecía de plaza tan importante; ocurriéndole la idea, porque entre el botín que se tomó al enemigo en la acción del Tulillo, había una colección de obras de los diversos ramos de la medicina, con magníficas ilustraciones. Riva Palacio ordenó á Marroqui que hiciera todo un curso profesional de la ciencia de Hipócrates; y el talento claro y fácil y la docilidad y amor al trabajo de aquel joven, fueron estímulos eficaces para que en poco tiempo comenzara á curar, tocándole con buena suerte obtener éxito completo en los primeros pacientes que hubo á las manos. Lo solicitaban las familias de Zitácuaro para que viese á sus enfermos, y pronto su fama fué envidiable. Entre el pueblo lo llamaban las ancianas *San Manuelito;* tal era la fe que había inspirado el nuevo Galeno. Y á pesar de su carácter dulce y delicado, tenía Marroqui un procedimiento horrible para curar á los picados de alacrán, procedimiento á que se sometía por fuerza á los soldados rasos: consistía en aplicar sobre la picadura una gran cantidad de cabezas de cerillo y prenderles fuego: los infelices soldados podían marchar, no obstante los efectos del remedio; mientras que si se dejaba obrar la ponzoña, quedaban imposibilitados para una larga fatiga.

Tampoco debo omitir en estos recuerdos al Secretario ofi-

cial del Despacho de Gobierno, Lic. Urbano Lechuga, que hizo al lado del general toda la campaña; humilde, abnegado, lleno de fe en el triunfo de la patria. Era de Toluca, y después de la guerra desempeñó allí una magistratura en el Tribunal de Justicia. Lechuga había sustituído en la Secretaría de Gobierno de Michoacán al Lic. Luis González Gutiérrez, que se había retirado á la vida privada.

Mientras nosotros hemos hecho esta rápida revista, el general Arteaga pasaba otra más detenida y cuidadosa á las tropas que se habían reunido en Tacámbaro y que formaban un efectivo de mil seiscientos hombres, mayor, como se ve, del que contábamos en Cerro Hueco. En menos de dos meses se habían reparado con creces nuestras pérdidas: el ejército era más numeroso, los soldados estaban mejor vestidos y equipados, había más parque y estaba repuesta la caballada. Existían el espíritu de disciplina y el entusiasmo y la esperanza.

El 15 de Septiembre se publicó por bando solemne el programa para la festividad del 16, y en ese acto marchó la división, haciendo alarde de su buen porte y de facilidad en los movimientos.

Las fiestas de la patria estuvieron animadas y solemnes. Su descripción, y los discursos y poesías que se pronunciaron en la noche del 15 y en el acto oficial del día 16, constan en un *Memorandum* que en aquel tiempo circuló con profusión en todo el Estado. Bien quisiera yo reproducir en estas páginas todas esas piezas literarias, pero sería tarea larga, y me limito á copiar la narración que publicó el periódico oficial, escrita por D. Gregorio Pérez Jardón. Es como sigue:

"Después de la jornada del 16 de Julio, cuando la necia vanidad extranjera había anunciado que el Ejército del Centro no existía ya, la ciudad de Tacámbaro ha visto mezclarse en sus fiestas de regocijo á más de mil veteranos que forman parte de la primera división, y ha sido testigo de los honores que por su parte han tributado á nuestros libertadores el Gobierno del Estado y el Ejército del Centro, para que nada faltase á la ovación patriótica de los ciudadanos......

"En la tarde del 15 se publicó el bando nacional que anun-

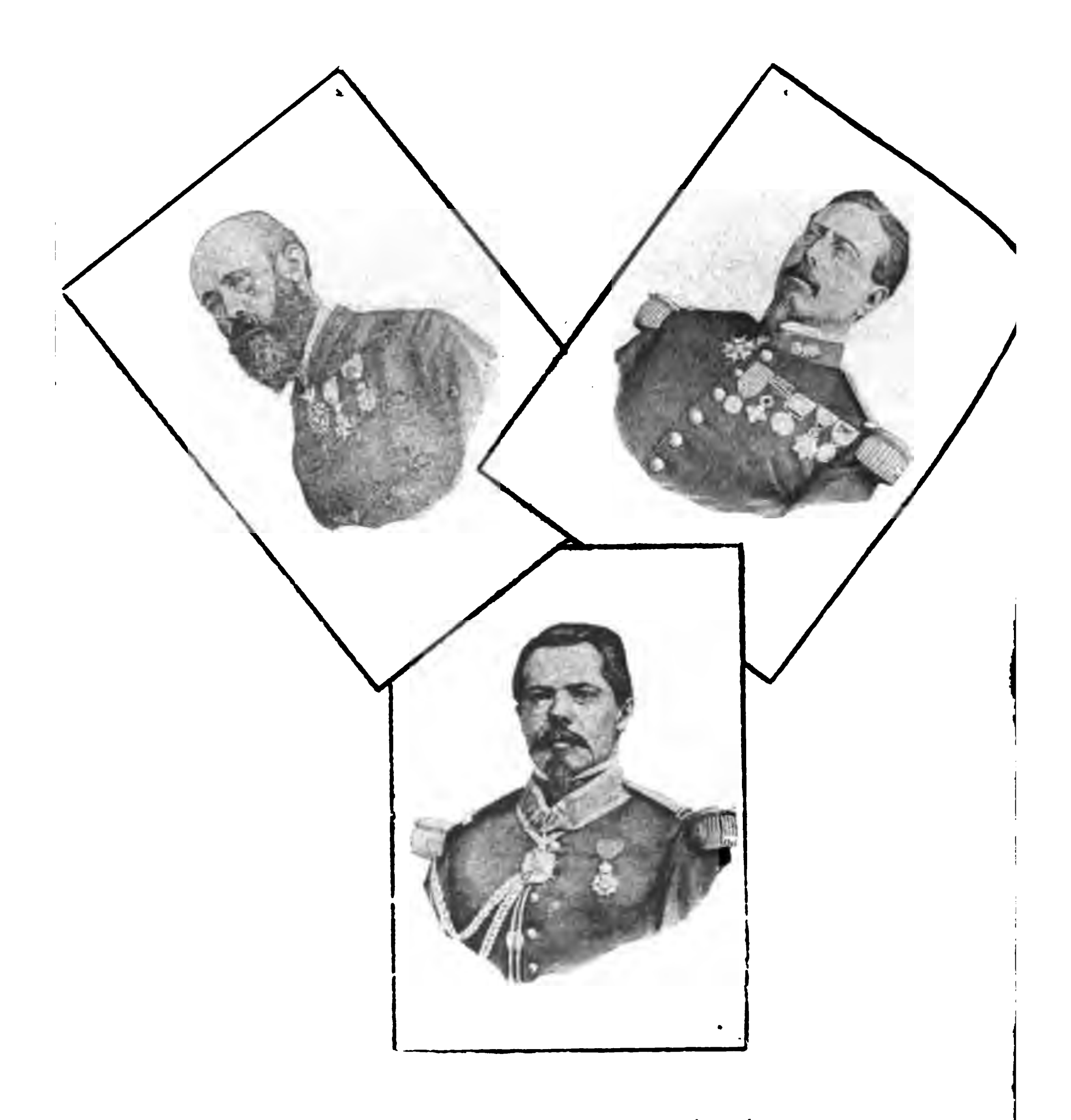
venecianos y los aparatos de luz que iluminaban, formaron un conjunto demasiado gracioso y agradable á la vista.

"La concurrencia no pudo ser mejor. Todo lo más selecto de la sociedad de Tacámbaro concurrió al baile, y el bello sexo se presentó con una elegancia y sencillez que no dejó que desear, no extrañándose, por lo mismo, la buena sociedad de las mejores capitales. El baile comenzó á las diez de la noche, después que se presentaron los CC. General en Jefe y Gobernador del Estado, y ya desde entonces todo fué entregarse al goce y recreación de estas reuniones, reinando la mayor animación.

"Poco después de la media noche pasó la concurrencia á un salón muy bien dispuesto, donde se hallaba preparado un buen ambigú, provisto de vinos, pescados, dulces y helados, todo de lo mejor que pudo proporcionarse.

"Hubo durante la mesa un momento solemne, cuándo se pronunciaron los brindis por la patria! ¡Cuántos pensamientos, cuántas frases, cuántas ideas notables no se vertieron en aquel entonces!

"Después continuó el baile hasta las primeras horas de la mañana, y la concurrencia se disolvió, llevando cada cual muy gratos y tiernos recuerdos de las festividades cívicas del año de 1865 en la ciudad de Tacámbaro."



VAN DER SMISSEN, DE POTIER Y RAMÓN MÉNDEZ

CAPITULO XXX.

(1865)

Maqueda.—El ejército del centro en Uruapan.—Gran parada.—Un banquete.—¡La gloria del cadalso!—Méndez avanza sobre Uruapan.—Sorpresa de Santa Ana Amatlán.—Los prisioneros.—Los mártires de Uruapan.—Méndez, general de brigada.—Rasgos biográficos de Arteaga, Salazar, Díaz, Villagómez y González.—Un año siete meses después de los fusilamientos.

Comenzó el mes de Octubre. En los primeros días llegó á Tacámbaro D. Francisco Maqueda, procedente de La Providencia (hacienda de D. Juan Alvarez), trayendo para el general Arteaga algunas comunicaciones del Sr. Juárez y cartas del caudillo del Sur. En aquéllas se daba noticia del estado de las fuerzas republicanas en la frontera del Norte y en Sinaloa, y en las segundas, el general Alvarez avisaba el envío de dichos pliegos recibidos por la vía de San Francisco California, y manifestaba además á Arteaga y á Salazar cuánto se congratulaba de que hubiesen terminado entre ellos las diferencias que, con perjuicio de la patria, habían surgido en mala hora.

Al revisar el apunte de donde tomo el párrafo anterior, he encontrado el nombre de Maqueda y he debido mencionarlo aquí, porque desde la revolución de Ayutla sirvió en las filas de los liberales como correo, con valor, con inteligencia, con lealtad y con patriotismo. Si no era de absoluta necesidad, no se le daban oficios ni cartas; llevaba en su memoria los

asuntos de que había de tratar, y de la misma manera comunicaba la respuesta. En la campaña, cuando menos era esperado, llegaba con avisos oportunos, pues que en el desempeño de su encargo de correo tenía ocasión y gusto de asumir el papel de explorador. Relacionado con infinidad de personas de todo el país, conociendo á palmo los caminos de toda la República, entraba á las poblaciones ocupadas por el enemigo ó salía de ellas, burlando la vigilancia de las autoridades y jefes; oculto tras de una roca ó tras de un árbol, en el fondo de un bosque, contaba las fuerzas contrarias y calculaba el contenido de las cargas conducidas por las acémilas. Adivinaba en un caminante de á pie ó de á caballo, si era correo del enemigo, y conversando con él, aclaraba el hecho, y era seguro que los pliegos caían en su poder. Había aprendido á mascullar el francés, y muchas veces, fingiéndose comerciante ó ranchero, se hacía el encontradizo con una columna de los invasores y se iba platicando con ellos hasta informarse del objeto de su expedición. Por esto Maqueda no tenía precio. Los jefes lo distinguían con sus consideraciones, y todos lo queríamos. Tenía en el ejército el empleo de comandante de escuadrón; pero á él le placía más que se le diera el título de *correo de gabinete*, y alegaba para ello sus viajes á Chihuahua ó á Paso del Norte á conferenciar con el presidente D. Benito Juárez.

Ahora bien, apenas acababa de llegar Maqueda de la costa de Acapulco, cuando el general Arteaga lo envió á hacer una excursión rapidísima por Morelia y Pátzcuaro, con orden de que se le incorporase en seguida en Uruapan. Maqueda supo en la capital del Estado, que Méndez, recién venido de Zitácuaro, se preparaba para salir sobre Tacámbaro. En Morelia y en Pátzcuaro se había hecho correr la noticia de que los chinacos hacían poderosos esfuerzos para reorganizarse en Tacámbaro: pero que, faltos de recursos y de gente, su tarea era ímproba é impotente.

Para referir los sucesos que entonces tuvieron verificativo, voy á permitirme copiar la parte relativa del discurso que pronuncié en Uruapan el 21 de Octubre de 1893, al inaugurarse el monumento que, gracias al Presidente de la Repú-

blica, general de división D. Porfirio Díaz, se erigió en aquella ciudad con motivo de estos mismos sucesos. Esa pieza, más bien narrativa que oratoria, es exacta en todos sus detalles. Dice así:

"¡Cuál no sería el estupor de los partidarios del imperio, cuando llegó á sus oídos la noticia de que el Ejército del Centro había renacido de sus propias cenizas! Desde el día 1º de Octubre del mismo año, comenzaron á reunirse en esta ciudad considerables fuerzas al mando del general Arteaga, salvado de la muerte. Aquí se presentó Riva Palacio, á la cabeza de los valientes hijos de Zitácuaro, y como general en jefe de la 1ª división; Zepeda con los patriotas de Jalisco; Domenzain con los infatigables guerrilleros de Guanajuato; la guardia nacional de Toluca, que había estado á las órdenes del abnegado coronel José María Hernández, entonces prisionero en Morelia; Jesús Díaz con sus antiguos soldados de Paracho; Villagómez, apuesto é inteligente joven salido de las aulas del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, trayendo á sus órdenes el más disciplinado regimiento de caballería; Villada, modelo de coroneles, con su bien equipada y decidida tropa; Arias, Garnica y Ronda, con los rancheros de Zacapu y de Coeneo, veteranos en las guerras de Libertad; los batallones del indomable Villanueva, del audaz Méndez Olivares, del pundonoroso y sufrido Espinosa, actual Tesorero general de la Nación; de Leonides Gaona, tipo de la lealtad y la constancia, y de tantos otros cuyos nombres sería cansado mencionar.

"Desde luego se supo en la ciudad que el general en jefe disponía verificar una gran parada, á fin de conocer el efectivo de las tropas y sus elementos de guerra, y que sería aprovechado aquel acto para entregar el estandarte al regimiento "Lanceros de la Libertad." Temíase que la solemnidad no tuviera todo el brillo correspondiente, porque en aquel año las lluvias fueron abundantísimas y tenaces, produciendo inundaciones en muchas comarcas del país. En Octubre aún cubrían el cielo negras y pesadas nubes, y en la tierra una luz difusa entristecía el ánimo de los hombres y daba tintes siniestros á la vegetación.

"Pero amaneció el día 5 fijado para la ceremonia, y hubo entonces un sol esplendoroso, brillando en el Oriente; el aire húmedo y limpio se mecía en imperceptible brisa que suspiraba entre el follaje. A lo lejos se oían el redoble de los tambores y el metálico són de los clarines. Los batallones y escuadrones se dirigieron al espacioso llano que se dilata al Oriente de la población: allí formaron la extensa línea de batalla. A poco el general en jefe, acompañado del Cuartelmaestre Carlos Salazar, del general Riva Palacio y de los estados mayores, llegó al campamento y fué saludado con los acordes del himno nacional.

"Entonces se oyó la voz de Salazar, mandando la parada; las fuerzas abrieron sus filas y se pasó revista. Después el general Arteaga entregó al coronel Ronda el estandarte destinado á su regimiento: las tropas presentaron las armas ante el símbolo del honor, que es para el soldado la representación de la patria. Durante la protesta se oían las notas solemnes de las bandas militares, que en seguida sonaron dianas enmedio de los vivas de tres mil espectadores.

"Concluído el acto, la tropa desfiló á acuartelarse: los jefes se encaminaron á una de las más hermosas casas de campo de la ciudad, mansión llena de poesía que más tarde recibió el melancólico nombre de *Cineraria*. Allí iba á verificarse un banquete que la Municipalidad ofrecía á los caudillos republicanos.

"¡Cuántos arranques de patriotismo escuchamos aquel día en los brindis de Riva Palacio, de Salazar, de...... todos! Se celebraban allí las hazañas de los compañeros de glorias é infortunios que quedaron en los campos del combate. En la mesa, los rostros de los convidados revelaban un enternecimiento marcial. De repente, la orquesta de Paracho, esa dulcísima y gemebunda música de los *purépecha*, nos dejó oir una triste canción entonada en tarasco. Era su himno á la pérdida de Puebla; el recuerdo de aquel día en que muchos defensores de la plaza quedaron sepultados entre los escombros producidos por la artillería francesa, en que otros perecieron al rigor de las armas, y los demás partieron á remotas tierras en duro cautiverio; y el cantar concluía: "¿y no hemos de lamentar la

pérdida de aquella ciudad heroica? ¿y no hemos de llorar á aquellos hombres que juraron de corazón defendernos?"

"Las lágrimas corrían por las mejillas de todos al vibrar de las endechas que parecían sollozos.

"Aún duraban los ecos de aquel cantar sentido, cuando vimos á Arteaga en pie, en la mano la copa, en los ojos un destello del sol de libertad.

"Y oímos brotar de los labios del héroe estas palabras: "*Señores, ¡por la gloria del cadalso!*"

"Todos nos inclinamos ante aquella mirada, y sobrecogidos de emoción escuchamos aquella voz profética. Sublime era la actitud del caudillo, saludando á la muerte y ofreciéndose en holocausto por la patria!

"Cuatro días después, ocupado el general en jefe en la reorganización del ejército, llegaron á todo escape unos exploradores, avisando que Méndez, el paladín del imperio, con una brigada de dos mil hombres, había salido de Pátzcuaro y se dirigía á esta ciudad. El general Arteaga citó una junta de guerra, en la que solamente Riva Palacio opinó por esperar al enemigo y presentarle batalla. Los demás jefes juzgaron preciso retirarse ante un adversario, si menor en número, superior en elementos de guerra y en disciplina. Entonces el general en jefe dispuso que se fraccionase la fuerza en tres secciones: una de novecientos hombres, al mando de Riva Palacio, recibió orden de amagar las plazas de Pátzcuaro y de Morelia con el fin de atraer sobre sí á las tropas de Méndez, en tanto que Arteaga con mil doscientos soldados, y Zepeda, que había salido ya el día anterior con quinientos, penetrarían por dos distintos rumbos en el Estado de Jalisco para insurreccionarlo de nuevo.

"Serían las tres de la tarde cuando las columnas emprendieron su marcha: la primera en dirección á Paracho, y la segunda por el camino de Tancítaro. La tercera había tomado rumbo hacia Parangaricutiro. En aquella hora se entoldó el cielo; la naturaleza parece luego presentir el desastre y se produce una misteriosa simpatía que liga los séres con las cosas, tomando parte el universo en las acciones humanas.

"Como si los elementos quisieran formar un contraste su-

blime, el día de la gran parada el espacio se llenó de luz, con profusión de armonías y de colores que lo animaban todo; en cambio, el día inicial de la catástrofe se cubrió con tupidos velos, los árboles y las hierbas tomaron tintes sombríos, y obscuros nubarrones rodaban con estrépito, intermitentemente iluminados por el relámpago.

"La ciudad estaba silenciosa, pero de pronto oyóse tropel de caballos. La descubierta de imperialistas entraba á galope tendido, y se dirigía al camino de Tancítaro, por donde iba el general Arteaga. Al llegar á los suburbios se mezclaron la lumbre del rayo y el ronco rugido de los truenos con los disparos de los mosquetes y los juramentos de los hombres. En medio de la pelea, Salazar, arrogante en su caballo tordillo, lanzaba vivas á la República, é hizo por fin retroceder á los guerrilleros de la columna imperialista.

"Si se hubiese seguido la inspiración de Riva Palacio, nuestros soldados habrían vencido fácilmente en aquel día á los traidores. La tremenda tempestad que se desencadenó á la hora de la retirada de los republicanos se prolongó toda la tarde: los cuerpos de la brigada del coronel Méndez se dispersaron en el llano, perdiéndose en el camino en medio de espantosa obscuridad, y mucho fué que la pericia militar de aquel jefe hubiera logrado reunir sus dispersas tropas en el curso de la noche. Pero el destino, más negro todavía que las tinieblas del ciclón, había decidido una suerte contraria.

"Méndez, ya muy entrado el día siguiente, emprendió la persecución contra el general Arteaga, fingiendo por de pronto seguir á Zepeda. En Tancítaro volvieron á tirotearse las guerrillas de Méndez y de Arteaga. El jefe imperialista dió un corto descanso á su tropa en aquella población. Entretanto Arteaga apresuró su retirada, dejándola cubierta con la pequeña fuerza que mandaba Solano, y con los exploradores de Tapia. No quiero recordar cómo después Solano, presa de la desesperación y avergonzado por su ineptitud, vagó solitario por los montes hasta que vino la muerte á darle el único consuelo que deseaba; ni cómo Tapia, acosado tal vez por los remordimientos, huyó á países desconocidos á consumir el precio de su traición.

"El 13 de Octubre, á las once de la mañana, llegó la división de Arteaga al pueblo de Santa Ana Amatlán, situado en la tierra caliente. Los soldados habían caminado de noche, sin rancho, sin tiempo para restaurar sus fuerzas. Ni se acuartelaron tampoco, sino que pusieron sus fusiles en pabellón, y rendidos de cansancio, cayeron en profundo sueño. Los jefes hacían lo mismo en las habitaciones en que se habían alojado.

"Aún no transcurría una hora, cuando los vecinos de Amatlán oyeron un sordo rumor, como el de la tempestad que se avecina: á intervalos, en medio de aquel ruido, se elevaban voces ininteligibles, extrañas. Luego, más claro, gritos de *¡viva el imperio!* se escucharon en las calles, y se vió una verdadera avalancha de jinetes precipitarse sobre el campamento. No había habido tiempo de tocar generala.

"El primero de nuestros jefes que comprendió la sorpresa fué el coronel Villada, quien inmediatamente se dirigió á incorporarse á su batallón; en el tránsito se vió rodeado de los exploradores de Méndez y estuvo en peligro su existencia, hasta que uno de los oficiales de la columna enemiga lo hizo prisionero. El general Arteaga y sus ayudantes fueron aprehendidos en su alojamiento. Por todas partes aparecían los jinetes de la guerrilla de Méndez, conduciendo presos á nuestros oficiales. Nuestros soldados se dispersaron en distintas direcciones, ocultándose entre la tupida maleza del campo. Apenas los traidores pudieron apoderarse de ochenta, á quienes el cansancio ó las enfermedades impidieron la fuga. Pocos instantes después, el grueso de la columna, con Méndez á la cabeza, hacía su entrada en el pueblo, cuando ya no tenía enemigo que combatir.

"Sólo dos hombres luchaban como leones, guarecidos en una casa y acorralados por más de cincuenta adversarios. Primero dispararon los fusiles de sus asistentes, después hicieron uso de sus pistolas, y cuando el parque estuvo agotado, lanzaban contra los asaltantes toda clase de objetos. Uno de aquellos hombres admirables, el que parecía de mayor graduación, mandó prender fuego á la casa para morir entre las llamas, más bien que caer prisioneros. Se ejecutaba ya la or-

den. En aquel momento un ayudante de Arteaga, conducido por una escolta del imperio, comunicó á aquellos luchadores sublimes que el general en jefe les ordenaba rendirse. Entonces Salazar, y su amigo y subalterno Jesús Ocampo, que acababa de ser herido gravemente, salieron de la improvisada fortaleza y se entregaron al enemigo.

"Todo había terminado. En la tarde, ya en sus cuarteles los imperialistas, estando los prisioneros en medio de numerosos centinelas, y las familias de Amatlán presas aún del espanto y de la tribulación, la música militar de Méndez hizo alarde de tocar los cantos patrióticos de los republicanos, y profanaba el himno nacional.

"Entre Santa Ana Amatlán y Uruapan hay menos de veinticuatro leguas. Cualquiera tropa puede forzar el camino en dos días. Méndez, empero, dispuso verificar una larga carrera triunfal para exhibir á sus prisioneros. Se dirigió hacia el Sur, rumbo á Apatzingán, atravesando aquellas pampas de fuego; retrocedió en seguida, tomando la dirección del Norte, por lo más áspero de nuestras elevadas cordilleras, y se encaminó por fin á esta ciudad haciendo siete fatigosas jornadas en que los prisioneros, muchos de ellos heridos y todos á pie, hambrientos y acosados por la sed, habían traspuesto más de sesenta leguas. Los habitantes de Uruapan, encerrándose en el interior de sus casas, oyeron en las últimas horas de la tarde del día 20 la entrada de la columna imperialista que conducía la fúnebre procesión de los destinados al suplicio.

"Acabaron de alojarse las tropas. Méndez dió orden de que los generales Arteaga y Salazar, y los coroneles Villada, Díaz y Villagómez fueran puestos en capilla.

¿A qué debemos la fortuna de que al menos uno de aquellos hombres, condenados á muerte por el odio implacable de Méndez, viva aún y preste todavía sus importantes servicios al país? El general Villada se distinguió siempre en el curso de aquella guerra por su generosidad con los vencidos. Debíanle la vida muchos de los oficiales que militaban á las órdenes de Méndez. Por esto en esa vez, la oficialidad toda de aquella columna del imperio exigió que no se llevase á cabo,

respecto de Villada, la sentencia de muerte. Alguien dijo en aquel momento que debía sustituir al joven coronel el capitán Juan González. Lo señaló como víctima suya el fanatismo; porque siendo González sacerdote católico, andaba cometiendo el execrable crimen de defender á su patria.

"Aquí, señores, mis recuerdos se multiplican, y sin embargo no debo fatigaros con episodios y detalles difusos. Basta lo expuesto para ver cómo quedó preparada la catástrofe tantos días antes prevista. ¡Suceso deplorable que colmó de dolor á todos los patriotas y que nunca olvidará la Nación!

"Uruapan estaba profundamente silenciosa, adivinándose que en cada hogar había corazones oprimidos y ojos que derramaban lágrimas.

"Tristes y fugaces pasaban las horas en aquella lóbrega noche, oyéndose el pausado sonar de la campana del reloj. Los encapillados pensaban en su familia, y escribieron aquellas cartas sublimes que conoce la Historia. Serenos é imperturbables devoraban en silencio esa agonía sin estertor y sin consuelo de los que van á morir en el patíbulo.

"Amaneció el día 21. Las plazas y las calles estaban desiertas. La desaparición de los habitantes fué una muda, pero solemne protesta del pueblo contra los asesinos.

"De repente el redoble de los tambores y el sonido del clarín anunciaron que llegaba el momento. Las tropas ocuparon esta plaza: oficiales y soldados vestían sus trajes de gala. Los jefes de los cuerpos hacían caracolear sus caballos.

"Aparecieron dos escoltas: una fué á fijar el primer ejemplar que aquí se vió de la famosa ley de 3 de Octubre; la otra se dirigió á aquella casa[1] á sacar á los *reos* de la capilla.

"Entretanto se formaba el cuadro. Muchos de los soldados del imperio habían servido en otro tiempo á las órdenes de Arteaga y Salazar en el ejército liberal, y no podían contener los sollozos en aquellos instantes.

"Salieron los prisioneros. Arteaga con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente. No pudiendo andar á causa de sus heridas, se apoyaba en el brazo de Salazar, que se erguía altivo, espaciando la mirada llena de desprecio sobre la

1 Situada en el portal "Rafael Carrillo."

tropa de Méndez; Díaz, inclinada la cabeza como la llevó toda su vida, no perdió su calma habitual; Villagómez con la gallardía de su elegante apostura, y González humilde como siempre.

"Al llegar á aquel sitio, que desde aquí podemos mirar,[1] los héroes ocuparon su último puesto. Ninguno estaba vendado ni palidecía su rostro, que iluminaba la luz del martirio, esa brillante claridad de la gloria.

"Salazar extendió el brazo derecho. Iba á hablar, pero el oficial encargado de la ejecución mandó dar los toques de ordenanza á todas las bandas..... ... los soldados tendieron sus fusiles y apuntaron...... Salazar, con voz de trueno y llevando la mano al corazón, apenas tuvo tiempo de exclamar: "¡Aquí, traidores!"

"Una descarga anunció á Uruapan, y el eco á la nación entera, que el crimen estaba consumado.

"La columna, al pasar por el sitio del asesinato, tuvo la inaudita crueldad de hacer desfilar á los prisioneros ante los cadáveres ensangrentados y todavía palpitantes de sus jefes.

"Méndez emprendió en seguida el camino de Morelia; allí recibió el despacho de general efectivo de brigada en premio de los servicios que acababa de prestar al imperio.[2] Así fué

1 En la espalda del portal "Allende."

2 Hé aquí la carta que con este motivo dirigió Maximiliano al general Ramón Méndez:

"Al señor general Ramón Méndez.—Mi querido general: Acabamos de saber la brillante victoria que habeis alcanzado sobre los enemigos declarados del orden y de la civilización. El corazón nos late de placer al ver á las tropas de nuestra patria portarse con tanto heroismo y llevar á cabo hechos tan gloriosos. Marchamos, pues, adelante llenos de fe, puesto que nuestra bandera está en manos de jefes bravos y hábiles y sostenida por soldados decididos á vencer é infatigables.

"Os habeis mostrado digno de la confianza que en vos depositamos, y en prueba de nuestra satisfacción por vuestros buenos servicios, os nombramos general de brigada.

"Asegurad á vuestras sufridas y beneméritas tropas que sabremos recompensarlas como merezcan. No omitáis enviarnos cuanto antes una relación de los oficiales y soldados que sean más acreedores á distinciones honoríficas, y anunciad al teniente Rangel y al subteniente Navia que, garantes de nuestro compromiso, los hemos agraciado con la cruz de caballeros de la imperial orden de Guadalupe, ascendiéndoles además al grado superior é inmediato.

"Palacio de México, Octubre 24 de 1865.—Vuestro afectísimo, *Maximiliano.*"

como Maximiliano se hizo cómplice de los asesinatos de Uruapan."

Después de lo que acabo de copiar, creo que mis lectores verán con interés los siguientes bosquejos biográficos de los mártires de Uruapan:

El general José María Arteaga nació en la ciudad de México el 7 de Agosto de 1827. En 1848, por disgustos de familia, abandonó la ciudad de Aguascalientes, á donde había trasladado su residencia, y fué á sentar plaza de soldado en la de San Luis Potosí; en 1852 obtenía las divisas de sargento; la charretera de subteniente á principios de 1853, y á fines del mismo año el grado de capitán: tal había sido su decisión de distinguirse en el servicio.

Tocóle en suerte militar á las órdenes de Zuloaga, en la expedición que este jefe santanista hizo sobre la costa del Sur en 1854. Después de la capitulación de Nuzco, Arteaga, sin compromisos ya con el ejército á que había pertenecido, se unió á las tropas federales, en donde fué ascendido á comandante de batallón.

Cuando Comonfort pasó por Uruapan en Junio de 1855, mandando una división que iba á operar en Jalisco, Arteaga desempeñaba en ella el puesto de mayor de órdenes. La campaña de Jalisco y Colima le proporcionó la ocasión de acreditar su valor y pericia, que Comonfort premió ascendiéndolo á coronel.

Al triunfo de la revolución de Ayutla, Arteaga fué nombrado Gobernador y Comandante general del Estado de Querétaro. En la guerra de Reforma, en la que ya figuraba como general da brigada, peleó infatigable contra la reacción. Entonces le vimos en Morelia, secundando con eficacia é inteligencia la admirable actividad con que el Gobernador de Michoacán, general Epitacio Huerta, creaba numerosas fuerzas de las tres armas, fabricaba parque en abundancia, y construía cañones, vestuario y equipo para enviar poderosos contingentes á que tomasen participación en aquella gigantesca lucha. Arteaga recibió el mando de la mejor brigada del ejército michoacano, y tan dignamente supo corresponder á esta

muestra de confianza, que por decreto de 23 de Septiembre de 1859 se le concedió la ciudadanía del Estado. Concluída la guerra de Reforma, Arteaga ocupó de nuevo el puesto de Gobernador de Querétaro, puesto que dejó, llamado por el Sr. Juárez, para que tomase participación en la lucha contra la intervención francesa. Asistió á los hechos de armas de Barranca Seca y Acultzingo, y en este último punto recibió en una pierna las heridas de que jamás pudo sanar enteramente. Por este motivo y con el fin de atender á su salud se retiró á Morelia; pero á poco tiempo volvió al servicio. En 1864 fué nombrado Gobernador de Jalisco, y cuando Uraga dió orden de que se evacuara la ciudad de Guadalajara, Arteaga mandó una de las divisiones del Ejército del Centro: allí lo hemos encontrado al principio de esta historia; allí, por la traición de Uraga, fué nombrado General en Jefe del Ejército del Centro, y allí recibió la banda de general de División, con que el Presidente Juárez hizo justicia á sus méritos. Los demás pasos de su vida, lo mismo que algunos rasgos generales de su carácter, constan narrados en este libro.

El general CARLOS SALAZAR nació en Matamoros (Estado de Tamaulipas) el año de 1829. Era alumno del Colegio Militar cuando en 1847 obtuvo permiso de batirse contra los norte-americanos, á cuyo efecto ingresó al batallón que mandaba D. Leonardo Márquez: salió herido en una de las batallas y obtuvo por su valor una medalla honorífica y la charretera sobre el hombro izquierdo.

En la revolución de Ayutla y en la guerra de Reforma sirvió al lado de los caudillos de la libertad. En 1860 tenía ya el empleo de teniente coronel, que desempeñó primero en el batallón Moctezuma y luego en el de Rifleros de San Luis. Fué de los primeros que marcharon al Estado de Veracruz, al desembarco de los franceses: en la batalla del 5 de Mayo se distinguió y obtuvo en consecuencia el ascenso á coronel. Perteneció á la falange de valientes que se inmortalizaron en el sitio de Puebla, y pudo evadirse en el momento de la rendición, entrando á una casa particular: en ésta corrió inmen-

so peligro, pues el jefe de la familia que allí habitaba, y que pertenecía en cuerpo y alma á los traidores, trató de denunciarlo, primero procurando salir por el zaguán y luego intentando gritar por un balcón; pero Salazar que era un hércules, lo agarrotó y amordazó, y dejándolo así imposibilitado; esperó á que se hiciera noche, y entonces emprendió la fuga hasta México. Muchas veces le oí referir este episodio, cuyo recuerdo siempre le hacía soltar la carcajada. Cuando Juárez salió de México, Salazar iba en la fuerza que lo escoltaba, y ya en San Luis Potosí, el Presidente le dió el grado de general. Después pasó á Michoacán con las tropas de Uraga, y lo vimos aparecer en Morelia como un héroe en la memorable jornada del 18 de Diciembre de 1863. Desde entonces no lo abandonamos ya en la relación de su brillante carrera.

El coronel D. Jesús Díaz nació en Paracho (Distrito de Uruapan, Estado de Michoacán) el 12 de Febrero de 1822, siendo sus padres D. José María Díaz y Doña Agustina Ruiz.[1] Su vida se deslizó en las labores del campo y de la ganadería, y su natural pacífico y bondadoso nunca pudo augurar que llegaría á ser un guerrillero. Pero la revolución de Ayutla tuvo de suyo que se formó del elemento popular, siendo sus directores hombres de la clase media que abandonaron sus trabajos y su vida pacífica para combatir contra el tirano. En Julio de 1854 la población de Paracho secundó el pronunciamiento de Huerta y de Pueblita contra el Gobierno de Don Antonio López de Santa-Anna: más de doscientos ciudadanos armados se presentaron en la casa de Díaz y lo proclamaron su coronel. Con este carácter hizo toda la campaña hasta el triunfo de la revolución en que volvió á la vida privada. En los tres años que duró la guerra de Reforma tornó á prestar sus servicios á la causa liberal, y concluída la campaña regresó á su hogar y á sus campos. De allí lo sacó, de nuevo, la guerra extranjera, y poniéndose otra vez á la cabeza de sus guerrilleros, siguió prestando sus servicios á la patria. Después de la toma de Uruapan (Junio del mismo año de 1865), fué nombrado prefecto de aquel Departamento y

1 Doña Agustina era hermana de mi abuelo D. Antonio Ruiz.

comandante militar de la línea que se extendía desde Zamora hasta Apatzingán. Los lectores conocen ya los últimos acontecimientos de su vida.

El coronel TRINIDAD VILLAGÓMEZ nació en el Valle de Santiago (Estado de Guanajuato) el 11 de Mayo de 1837, siendo sus padres D. Miguel Villagómez y Doña Josefa Patiño. Por el año de 1858 ingresó al colegio de San Nicolás de Morelia, en donde, como ha sucedido siempre á los alumnos de aquel instituto, se despertaron con entusiasmo en su alma las ideas de libertad, y á ejemplo de muchos de sus compañeros de colegio, corrió á tomar las armas contra los reaccionarios, sentando plaza en fines de 1859, en lo más recio de la guerra de Reforma. Después del triunfo de Calpulalpan en el que figuró ya con el grado de capitán, regresó á la vida privada; pero al desembarcar los franceses en Veracruz, se apresuró á volver al servicio, alistándose en las fuerzas del Estado á que pertenecía. En el ataque á Morelia obtuvo, como premio de su valor, el empleo de comandante de escuadrón; siguió en el Ejército del Centro en la División que mandaba el general Echeagaray, y cuando este jefe capituló, después de su derrota de Zapotlán, Villagómez, atravesando solo, sin recursos, parte de los Estados de Colima y de Jalisco, expuesto á innumerables peligros, entró en Michoacán en Febrero de 1865 y fué á ponerse á las órdenes del general Arteaga, llevando el grado de teniente coronel. En el ataque y toma de Uruapan obtuvo el empleo de coronel. Villagómez cuidaba mucho de su tropa, al grado de que no había en el Ejército del Centro un cuerpo de caballería mejor organizado, mejor vestido, más moralizado y con más buena remonta que el que tenía por jefe al coronel Villagómez. Él daba ejemplo á sus soldados de un notable aseo en su persona y de modales finos y atentos: en el combate ocupaba siempre el puesto de mayor peligro.

El comandante JUAN GONZÁLEZ fué para todos nosotros una personalidad desconocida. Llegó en principios de 1864 á Michoacán con la guerrilla del coronel D. Francisco Her-

nández (a) Cantaritos. A la muerte de este jefe se unió á la partida de exploradores que mandaba Agustín García en la brigada del general Salazar, con la que hizo la expedición á Jalisco. En la batalla de Los Reyes estuvo entre los que se batieron primero con los franceses, al llegar éstos á la orilla de la población, y luego en el terrible alcance que se dió á los zuavos derrotados. Más tarde militó á las órdenes del coronel Ronda, y en seguida como pagador de un cuerpo de caballería de los que formaban la tropa del general Arteaga que fué sorprendida en Santa Ana Amatlán. A fuerza de indagaciones he venido á averiguar que era nativo de Texcoco y que fué fraile mercedario del convento de México, del que se separó en la época de la Reforma, yendo á pelear al lado de los liberales en una guerrilla de Guanajuato. Esto, que una señora de Uruapan calificaba de apostasía, fué lo que decidió á Méndez á fusilarlo en lugar de Villada, pues por lo demás, González no figuraba en el ejército, ni entre los oficiales de segundo término; casi puedo asegurar que no era conocido personalmente de los generales Arteaga y Riva Palacio.

González fué fusilado por el crimen de haber sido patriota, siendo sacerdote. ¡El clericalismo es implacable con sus apóstatas!

Creo que no estará del todo fuera de propósito, para cerrar este capítulo, relatar la muerte de Méndez, acaecida un año y siete meses después de los fusilamientos de Uruapan.

Querétaro había caído en poder de los republicanos por la traición de Maximiliano y de su cómplice Miguel López. Ya se sabe que el partido clerical atribuye exclusivamente á este último el hecho que ha sido reprobado por todos, y que los imperialistas debían aceptar como consecuencia de sus propias intrigas. La traición de Querétaro fué espontánea por parte de quien ó quienes la llevaron á cabo; no fué como la de Uraga, Caamaño y Elizondo, solicitada por un enemigo impotente de vencer de otra manera. Y todavía los clericales como que hacen un cargo al general Escobedo de haber tomado por ese medio la plaza de Querétaro. Pues ¿qué que-

rían que hubiera rehusado el ofrecimiento que le transmitía López y arrasado á Querétaro y sacrificado millares de vidas en más combates ó merced á los rigores del hambre en el asedio que se estrechaba más y más cada día? El general Escobedo ¿no es el vencedor de Querétaro, porque su victoria se anticipó unos cuantos días?

Mas dejemos á un lado estos recuerdos para vergüenza del partido que vendió á su patria, y volvamos al relato de la muerte de Méndez.

La plaza de Querétaro fué tomada el 15 de Mayo de 1867.

En la mañana del día 18 un hombre, vecino de la ciudad, habló reservadamente con uno de los jefes del ejército republicano, y poco después se supo que D. Ramón Méndez había sido descubierto en un escondite y conducido al convento de Teresas, donde se hallaban los demás prisioneros. Todo esto se ha dicho por los historiadores; pero va á relatarse aquí algo que no ha sido publicado aún.

En una de las veces que los sitiados volvían á Querétaro derrotados después de sus estériles salidas, Méndez se dirigía á su alojamiento, cuando de repente le estorbó el paso un pobre jorobado que acaso por su defecto físico no pudo oportunamente hacerse á un lado y dejar expedito el camino que llevaba el general. Éste, que iba profundamente despechado por lo que él llamaba estúpidas intentonas de Miramón, se encendió en cólera, llenó de improperios al infeliz paisano y lo azotó con crueldad. En seguida continuó tranquilo su marcha.

El jorobado preguntó á algunos soldados quién era aquel jefe, y cuando le dijeron que Méndez, se contentó con exclamar: "¡Ah; vaya!"

Pues bien, desde aquel día el hombre no perdió de vista á Méndez. Sin embargo, se le desvaneció como sombra en los momentos de la toma de la ciudad; pero con la seguridad de que no había de haberse ocultado lejos, escudriñó varias casas, tomó toda clase de informes, avivó su espíritu suspicaz, y cuando tuvo seguridad de hallar lo que buscaba, se dirigió, como he dicho, á un jefe republicano, á quien condujo á una casa. Se practicó en ella un largo cateo, y ya se deses-

peraba del éxito, cuando el mismo jorobado vió en un corral de la casa, una estaca de madera, hincada en el suelo; pidió que se cavara allí la tierra, y hecho, se encontró una oquedad cubierta de vigas. Allí estaba Méndez, con un rifle en la mano, arma que no empleó, considerando inútil hacer resistencia á la numerosa tropa que lo había descubierto.

Al día siguiente fué conducido á la alameda. No quiso que le vendasen los ojos, y recibió la muerte con el valor de que siempre había dado pruebas.

CAPÍTULO XXXI.

(1865)

En marcha.—La tempestad.—La Epacta.—Jesús Rubio.—Tradiciones.—Una buena noche.—Almuerzo en la choza de un indio y banquete en un palacio de México.—Recuerdos de Asajo.—Alarma en Pátzcuaro.—En camino para Morelia.—Un pequeño triunfo por vía de paréntesis.—Amagos á Morelia.—La ley de 3 de Octubre.—Un francés herido.—La retirada.—En lo alto del Quinceo.—Puruándiro.—Contramarcha.—La fatal noticia.—Regreso á Tacámbaro.—Junta de guerra.—Riva Palacio es nombrado General en Jefe del Ejército del Centro.—Las represalias.—Inteligencia, actividad y patriotismo.—Correrías de Méndez.—Expedición del general Régules.—Encuentro de dos columnas del imperio en Quiroga.—"Si no es hoy será mañana."—Acciones de guerra.—Regreso á Michoacán de la columna de Zepeda.—Toma de Angangueo y de Temascaltepec.—Estado del Ejército en Diciembre de 1865.

Retrocediendo á tomar por orden de fechas el hilo de nuestro relato, referiré en este capítulo la expedición de Riva Palacio después de fraccionado en Uruapan, en tres partes, el Ejército del Centro.

Llevábamos el alma llena todavía de las recientes impresiones: la gran parada; el opíparo almuerzo que se sirvió á los soldados en los cuarteles; la animación de la ciudad; el banquete con que el Ayuntamiento obsequió á los jefes superiores y oficiales distinguidos del Ejército del Centro; la música de Paracho, tocando aquel himno que parecía una plegaria; el alegre y bullicioso baile que en la noche se verificó en mi casa. En suma, todo un mundo de recuerdos.

Riva Palacio, que, como he dicho, recibió instrucciones para amagar las plazas de Pátzcuaro y Morelia, emprendió su marcha rumbo á la sierra. Había comenzado á llover: gruesas gotas de agua se empapaban en el suelo; la bóveda celeste se obscurecía más á cada momento, entoldada por las nubes; se veía á lo lejos el zig-zag del relámpago, y sobre los empinados cerros de la cordillera rodaba el trueno, oyéndose como incesante estrépito de poderosa artillería. De allá avanzaba á encontrarnos una tempestad deshecha, una de esas tempestades imponentes que tal vez sólo allí se producen con tanta intensidad.

El general, absorto al principio en profunda meditación, no tardó en recobrar su habitual buen humor, y ya cuando pasamos por la Quinta dejó oir su palabra ligera, chispeante, salpicada de oportunas observaciones. Todos le escuchábamos atentos. Acuérdome que al encumbrar la pequeña pendiente en que ya rompe el camino, dirigiéndose á alguien que iba á su lado, le señaló un árbol gigantesco que cubre con sus ramas un grande espacio, y le dijo:

—Mire usted, ahijado: esta *ziranda*, una de las más corpulentas que hemos visto, no puede, sin embargo, compararse á la colosal que está en el Caulote, más allá de Tacámbaro. ¿No se acuerda usted que una vez á medio día sombreamos debajo de ella como cincuenta que éramos á caballo?

Era la verdad, y también lo era que el general nos hacía olvidar siempre con su conversación las fatigas de las marchas.

A poco andar llegamos á un paraje que los vecinos de Uruapan designan con el nombre de "Barranca de la Guerra."[1]

La fuerza, entretanto, iba avanzando; el aguacero había arreciado de tal modo, que no se podía mirar á dos varas de distancia; en los montes la tempestad era espantosa. Las soldaderas fueron las que desde luego penetraron en la barranca, cuyo cauce, de ordinario enjuto, va rebosando en agua después de una tormenta. La profunda quiebra baja de lo al-

1 Se llama así, porque en la revolución de Ayutla, el general Huerta batió y derrotó allí una fuerza de santanistas.

to de la serrania y se prolonga hasta la *Rodilla del Diablo*, primer *ojo de agua* del caudaloso rio Cupatitzio. De repente se oyeron un rumor sordo y amenazador y gritos desesperados.

—¡Las mujeres se ahogan! ¡La creciente, la creciente!

El general metió espuelas á su caballo, se dirigió á la izquierda del sendero, adelantándose hacia la parte baja del torrente. Los que le rodeábamos, lo seguimos apresurados.

Allí, en efecto, asidas de las ramas secas de un árbol azotado por aquella especie de avalancha, había dos mujeres, intensamente pálidas; saltados los ojos, los cabellos destrenzados y crispadas las manos. Las olas crecientes de la avenida, á veces las balanceaban, á veces pasaban sobre su cuerpo, sin dejarles fuera del agua más que la cabeza y parte de los brazos. Era imposible que resistieran á aquel formidable empuje.

Riva Palacio saltó de su caballo, dió orden al comandante Jesús Verduzco de que con una reata lo atase de la cintura, lo cual ejecutó al momento, y el general, llevando también su reata, descendió á la orilla del torrente y arrojó el lazo á una de las mujeres, logrando cogerla del cuello y de la axila de un brazo. Tiró luego con fuerza, y la que estaba próxima á dejarse llevar por el ímpetu de las aguas salió á tierra, cayendo en profundo desmayo, pero salvada de la muerte. Entonces ví al general radiante de alegría.

Mientras esto pasaba, el coronel Alzati había intentado lazar á la otra soldadera; menos afortunado erró el lazo, y aquella infeliz criatura no pudo más; abrió los dedos de las manos, desprendiéndose del árbol, lanzó un horrible grito, y desapareció arrastrada por la corriente.

La próxima vez que regresé á Uruapan, pregunté si después de la funesta salida del Ejército del Centro se había encontrado algún cadáver en las márgenes del río. No hubo quien me diera razón. El inmenso caudal ocultó á su víctima, la llevó en su seno, se precipitó con ella desde lo alto de la Tzaráracua, la oprimió en acantilado cauce á su paso por la tierra caliente, y tal vez entregó sus miembros mutilados á la voracidad de los caimanes del Zacatula, ó acaso los ofreció en festín á los millones de pescados que pueblan la costa del Pacífico en la desembocadura del gran río.

Después de aquella terrible escena, nuestro ejército siguió su marcha hacia el Norte, envuelto en la horrorosa tempestad.

La luz del relámpago nos permitía vernos los unos á los otros. Más de tres horas hacía que la tempestad bramaba sobre nuestras cabezas. Los soldados de infantería caminaban á tientas: los caballos se resbalaban, cayendo algunos sobre sus jinetes. Por más deseos que teníamos de fumar, era imposible satisfacer el vicio; estábamos empapados y los cerillos no ardían. La obscuridad era profunda, como lo es en la sierra, cuando la luna no está sobre el horizonte.

Y á propósito de este detalle, el general, que no perdía ocasión de *platicar*, dirigiéndose á su secretario, dijo:

—¿Cuántos días tiene hoy la luna, ahijado?

—No sé, señor, ni puedo calcular, porque ha estado el cielo tan nublado......

—Lo que prueba que ya olvidó usted la regla que nos dió en Tacámbaro la esposa de D. Antonio Gutiérrez.

—Es verdad, señor, ya me acuerdo. Petrita Hinojosa nos decía que debemos tomar por base el número de la epacta, en cada año: que al número de la epacta se agrega el del mes en que estamos, comenzando á contar desde Marzo y luego el de los días corridos en el mismo mes; si la suma no excede del guarismo treinta, indica la edad de la luna, pero si traspasa ese guarismo, entonces los treinta se sustraen de la suma total, y el resto indica dicha edad.

—Así es que.........

—La luna tiene hoy veinte días; porque en este año el número de la epacta que trae el calendario es el de 3, 8 el de los meses corridos desde Marzo á Octubre, y como estamos á 9, resulta una suma de 20.

—¿Entonces siempre habremos de ocurrir al calendario de cada año para saber el número de la epacta? preguntó Riva Palacio riéndose.

—No, mi general, contestó Jesús Rubio, no; con algo de memoria y con una poca de atención, nos basta haber visto una sola vez el *Más Antiguo Galván:* supongamos que tal cosa sucede este año en el que la epacta tiene el número 3; en

cada año sucesivo se le agregará el guarismo once, y con tal de que no exceda de treinta ese será el número de la epacta. Si excediere, no hay más que restar los treinta y se tendrá dicho número.

—Eso quiere decir que el año entrante la epacta contará 14, el de 1867 veinticinco y 36 el de 1868; pero como se rebajan los 30, quedan 6.

—Está bueno: mientras uno más vive, más sabe.

—Demasiado lo sabía usted, mi general; aun antes de que nos lo dijera la señora de Gutiérrez.

El general se rió de nuevo, y los lectores deben saber que esta conversación es rigurosamente verídica, y la tuvimos caminando de Uruapan á Paracho el 9 de Octubre de 1865, mientras el general Arteaga se dirigía á Santa Ana Amatlán.

Mis recuerdos son precisos: cuando los busco en mi memoria salen apresurados y obedientes, y entonces como si contemplara el paisaje en que sucedieron, como si viera á las personas que en ellos intervinieron, ¡ay! como si yo me rejuveneciese ó el tiempo no hubiera transcurrido!

Y ahora, no quiero que se me escape el recuerdo de Jesús Rubio: era éste en aquella época un joven de veintidos años, patriota hasta el delirio, inteligente y valeroso. Tan útil, sirviendo como oficial de filas, como desempeñando un empleo en el orden político ó rentístico. En aquellos días era oficial mayor de la Secretaría de Gobierno. Desde el triunfo de la patria sobre la intervención y el imperio el Gobierno ha utilizado sus aptitudes en el ramo de Hacienda. Hoy, que escribo estas líneas, desempeña el puesto de Administrador de rentas en Zamora.

Después de nuestra *plática*, como si la luna hubiese querido comprobar con su presencia nuestros cálculos astronómicos, apareció esplendorosa por entre una rasgadura de las nubes. Puedo asegurar que entonces ya no llovía, sino de nuestros vestidos para abajo.

Precisamente en aquel momento íbamos pasando por enfrente de *Obispo Tirécuaro* y vimos á los soldados correr hacia una cruz que allí se yergue y frotar los pies en su peana.

—¿Qué es eso, ahijado? me preguntó el general.

—Es un sitio tradicional. Refiere la leyenda que cuando el primer obispo de Michoacán, D. Vasco de Quiroga, vino á hacer su visita por estos pueblos, lo acompañaron hasta aquí los indios de la Sierra y vinieron á recibirlo los de Uruapan y tierra caliente, á quienes conducía el venerable franciscano Fr. Juan de San Miguel. Todas las pequeñas colinas que como suaves ondulaciones del terreno se levantan en este paraje, estaban llenas de gente; y atribuyeron á milagro de aquel prelado que haya habido bastante comida para satisfacer el hambre de la incontable multitud: desde entonces este punto se llama *Obispo Tirécuaro*, "donde comió el obispo." La cruz es el monumento que conserva la tradición.

—¿Y qué significa que los soldados se froten allí los pies?

—Los *viandantes* tienen la creencia de que con eso se les quita el cansancio; y en efecto.........

—¡Ahijado!.........

—Sí, señor; ya sea que vengan de Uruapan ó que procedan de Paracho, como han estado subiendo la pendiente, cuya cima es aquí, al continuar su marcha ya no hacen más que bajar, y aunque sea por corto tiempo sienten bienestar y descanso.

—Nuestro país está lleno de tradiciones, porque tan supersticiosos eran los indios como los *gachupines*. Lo que hay que hacer es que no se dejen en olvido tan tiernas y curiosas leyendas.

Así, en amenas conversaciones, era el camino que hacíamos con el general Riva Palacio. Inimitable para la *plática*, observador, instructivo, fácil, chispeante, salpicando oportunas citas, domina siempre á su auditorio, teniéndolo pendiente de sus labios.

Llegamos á Paracho después de las once de la noche. El cielo estaba limpio como un capelo de cristal y cuajado de estrellas cuya luz titilaba al atravesar el aire húmedo todavía. La claridad de la luna nos permitía ver las casas, de cuyos techos se escurrían aún algunas gotas de agua, y las calles desiertas, lo que por de pronto no me llamó la atención, porque en aquellas poblaciones los vecinos se recogen muy temprano.

Nosotros nos alojamos en la casa de mi tío D. Luis Díaz, hermano del coronel D. Jesús del mismo apellido. No había en aquella mansión más que tres personas, una señora y dos criados. Ella era Rafaela, cuñada de los Sres. Díaz, una mujer que personificó, durante toda su vida, el tipo de la abnegación, y que sacrificó su juventud, su existencia toda, por ser el ángel guardián de sus hermanas y de los maridos de éstas. De sus labios supimos que en la tarde había habido una grande alarma en el pueblo, pues se creia que la tropa de Méndez se dirigía á Paracho en persecución de las fuerzas republicanas, por lo que los vecinos, casi en su totalidad, habían abandonado sus casas para ocultarse en el monte. En consecuencia, nuestros soldados no tuvieron que cenar y pasaron el resto de la noche mojados, hambrientos y casi sin dormir. En cuanto á nosotros, con frecuencia nos sucedía lo mismo; pero en aquella noche, al contrario, estuvimos perfectamente: Rafaela nos sirvió una buena comida, y no parece sino que había encerrado á los genios del sueño entre las sábanas de las mullidas camas, porque dormimos sin despertar un solo instante en toda la noche.

Al día siguiente continuamos la marcha. Muy temprano habló el general con los coroneles Garnica y Ronda, y este último guió á la División en su camino. Inútil es decir que jamás sabíamos los subalternos el itinerario de la marcha. ¿Ibamos sobre Zamora? ¿Tomábamos el rumbo del Norte del Estado? ¿Nos dirigíamos á Pátzcuaro? Nuestra expedición podía tener cualquiera de estos objetos, y los espías del enemigo no adivinarían fácilmente la dirección, sino hasta pasadas algunas horas.

Llegamos á Cheran. La tropa creía encontrar allí algo que sirviese de desayuno, después de no haber cenado. ¡Vana esperanza! La población también estaba desierta: por todas partes había cundido la alarma. Y si los soldados tenían necesidad de desayunarse, nosotros la sentíamos de almorzar. Por fortuna, el coronel Ronda envió aviso de que un poco adelante, en el Ojo de Agua, había mandado matar unas reses y que la *troncha* nos esperaba. La troncha era simplemente la carne, sin tortillas y sin sal: para suplir esta última substan-

cia carbonizábamos un pedazo de la piel del toro ó buey que se mataba y se formaba algo de cloruro de sodio, ó al menos nos forjábamos la ilusión de que aquello estaba saladito. La tropa, al oír la consoladora noticia, cobró aliento y aligeró el paso.

Nosotros íbamos á retaguardia, y ya casi para salir del pueblo ví entre unas hierbas que había detrás de una cerca una cara conocida.

—D. Eugenio! grité. En efecto, era Eugenio Ramos, un indio amigo de mi padre. Él á su vez me reconoció y salió á hablarme.

—Pues ¿qué andas haciendo tú con la *pronuncia?*

—No somos *pronunciados*, D. Eugenio: vengo aquí con el señor general Riva Palacio, con el Gobernador del Estado.

—Pues pasen, hombre, *les sacarán un bocado.*

Eso era lo que deseábamos, y desde luego aceptamos la invitación. Más pronto de lo que lo refiero habían puesto en el interior de la casa una mesita cubierta con una blanca servilleta *hechiza*, es decir, hilada y tejida por alguna india, de seguro una hija de nuestro anfitrión. Nos sirvieron huevos fritos, chile con queso, frijoles y *corundas* (tamales de nixtamal); en suma, un almuerzo opíparo.

Mientras comíamos, en vano procuraba yo llamar la atención de Eugenio hacia la persona del general; le pronunciaba enfáticamente este título, le hablaba de las campañas de Riva Palacio en Zitácuaro: nada! él lo trataba con una llaneza desesperante, impuesto como estaba á ver tantos generales que no todos inspiraban respeto; le dije que era literato, y ni siquiera comprendió lo que la palabra significa; le conté que era descendiente de Guerrero, uno de los héroes de la independencia, y se contentó con fijarle un pocc la atención, sin detener la lengua que soltaba cada vocablo no enteramente pulcro. Yo, que siempre he tratado con sumo respeto al general, estaba contrariado. Por último, me ocurrió decirle que Riva Palacio era abogado, y entonces se verificó la metamórfosis. Por aquella época eran aún escasos los licenciados, y para los indios, en sus eternas cuestiones de terrenos, eran punto menos que divinos. D. Eugenio hasta manifestó vergüenza de platicar con el señor abogado.

Concluímos de almorzar, y al despedirnos dimos las gracias al hospitalario Eugenio, quien lleno de respeto y de mortificación, no pudo articular más que las siguientes palabras:

—Ustedes han de dispensar...... como quien dice......

Un paréntesis. Diez años más tarde, me invitó un día á su mesa, aquí en México, el general Riva Palacio. ¿Para qué he de decir lo que era la mesa en aquella casa y en aquel tiempo en que vivían su esposa y la Sra Guadalupe Bros, ambas dechado de esmerada educación? Cuando después de haber terminado el banquete me despedía del señor general y de su familia, me dijo aquél:

—Ahijado......... usted ha de dispensar........ como quien dice.........

Cuando llegamos al Ojo de Agua, ya los soldados habían devorado la troncha apetecida. Entonces, sin llevar el camino real, Ronda nos condujo por veredas; penetramos al gran bosque que se extiende al rededor de Zinziro, y al caer la tarde, bañado por los últimos destellos del sol, divisamos el pueblo de Azajo, una de esas aldeas de indios casi montaraces, en donde jamás ha penetrado la civilización.

Una que otra anciana eran los únicos séres humanos que habían quedado en el pueblo: los hombres huían de la leva al acercarse una partida de soldados, ya fuesen éstos liberales ó reaccionarios. Comenzaba á anochecer cuando penetramos en las calles: de todas las casas salía una jauría de perros flacos y hambrientos que ladraba estrepitosa y lastimeramente.

Nuestros aposentadores, magníficos sabuesos, habían logrado encontrar al alcalde, oculto quién sabe en qué rincón del pueblo; el infeliz funcionario tuvo que dar alojamientos, que buscar un buey ó una vaca para la troncha y forrajes para caballos y acémilas.

A nosotros nos condujeron á la casa más grande del lugar, formada por dos piezas de madera, una que servía de troj, de sala, de recámara y de oratorio, y la otra de cocina. En esta última estaba acurrucada una vieja junto á las *paranguas* (tres piedras que hacen de brasero), que no tenían lumbre. Aque-

lla mujer parecía idiota. Abraham, el asistente del general, luego que hubo desensillado los caballos y puéstoles pastura en el suelo, se dirigió á la cocina á ver qué había de cenar. A cada pregunta que hacía á la anciana, respondía ésta: *ambé eurándihqüi* (no comprendo). Abraham se desesperaba, porque ni á señas se hacía entender. Se encaminó entonces á ver al general y *cuadrándose*, le dijo:

—Mi general, no tiene vd. más novedad sino que no hay que cenar; sólo una vieja que no habla más que en tarasco.

—Aquí de las suyas, ahijado; vaya vd. á conquistar á la *guari* (señora).

Yo que de niño no hablé más que el tarasco, lo había casi olvidado en mis doce años de colegio, sin querer recordarlo...... lo confieso, porque me daba vergüenza que me creyeran indio. Sin embargo, con algún esfuerzo lo chapurro aún, y por lo tanto en aquella noche me encaminé á la cocina.

Llegué, ví y vencí. La anciana, á quien dije que yo era de los *purépecha* (indios de Michoacán), sintió correr en sus venas la sangre de la raza, y risueña y hacendosa removió el rescoldo en las paranguas, arrimó leña y sopló. Mil chispas salieron de la hornaza, y poco después las llamas rojas iluminaban el arrugado y más que moreno rostro de la vieja. Calentó tortillas, refrió frijoles, molió en el molcajete un chile que bramaba y, con cierta maestría, se puso á asar un pedazo de carne fresca que en aquellos momentos le entregó Abraham.

Lo cierto es que aquella noche tampoco nos quedamos sin cenar.

Poco antes de amanecer el día siguiente abandonamos el pueblo. En la orilla por donde salimos hay una noria, de la que se surten de agua los vecinos. Mirábamos dirigirse hacia aquel punto muchas indias jóvenes, llevando el cántaro en la cabeza y caminando apresuradas con cierto aire de natural elegancia y voluptuosidad.

El pozo está situado en medio de un pequeño llano. Un ligero vapor se desprendía del brocal, á causa de la mayor temperatura del agua respecto de la del ambiente. Las mujeres que iban á sacar el precioso líquido se habían formado en una

larga fila, vuelta la cara hacia el Oriente, y estaban sumidas en honda meditación y en profundo silencio. Aquel cuadro nos llamó la atención; la actitud de aquella gente, el césped que tapizaba el llano, los tupidos bosques que lo acotaban y el fulgor de la aurora, todo prestaba al paisaje tintes de apacible poesía.

De repente surgió el sol como si se desprendiera de un océano de verdura, que á esto se asemejaba la sábana de las tupidas copas de los árboles. Entonces vimos á las indias inclinar la frente ante el astro y, llenas de religiosa unción, hacer la señal de la cruz y persignarse.

—Vea vd., me dijo el general, cómo los *purépecha* mezclan su antigua religión con la nueva. Acaso conservan la primitiva en toda su pureza, la astrología; y de la que les enseñaron los frailes sólo tienen las exterioridades.

Después de aquella sencilla ceremonia, las jóvenes sacaron el agua del fondo de la noria; llenos los relumbrantes cántaros y poniéndolos airosamente en la cabeza, volvieron al pueblo.

Nosotros nos incorporamos á la tropa y antes de medio día llegamos á Quiroga, la bellísima ciudad, asentada en la ribera oriental del lago de Pátzcuaro, y que parece reclinarse en la falda del augusto y elevado Zirate.

He referido en las líneas que preceden una de las marchas de nuestra tropa, atravesando la sierra, la zona fría de Michoacán: en otra parte está descrito el aspecto de las tierras calientes y los distintos detalles que allá tienen los caminos: se notará la diversidad de costumbres entre una y otra región, los diferentes productos de la tierra y hasta el diverso carácter de la campaña en lugares tan opuestos.

Desde nuestra entrada en Quiroga comenzaron á circular rumores de que íbamos sobre Pátzcuaro, si bien no faltaban quienes afirmasen que el golpe se daría á Morelia. El general ya no guardó reserva; nos dijo que el general Arteaga le había dado orden de amagar las plazas principales del interior del Estado para atraer sobre sí la atención de Méndez. Por esta razón la brigada de Riva Palacio se componía de

tropa escogida: eran los batallones de Méndez Olivares, de Villanueva, y el de Yuriria; las caballerías de Arias, Ronda, Garnica y Domenzain, y una pequeña fuerza de Zitácuaro, toda gente de pelea y regularmente disciplinada.

En la noche llegaron los exploradores del rumbo de Pátzcuaro. Aquella ciudad estaba en alarma, las trincheras cubiertas y varias escoltas imperialistas exploraban en los alrededores.

Al día siguiente, 12, nuestra fuerza tomó definitivamente el camino de Morelia. Desde el paraje llamado Iratzio, empezamos á encontrar mucha gente. Era jueves, y en ese día se hace el *tianguis* en la ciudad. Me acuerdo que un comerciante de Santa Clara se acercó al general, habló con él reservadamente y le entregó un impreso. Riva Palacio lo leyó con avidez y se puso encendido de cólera. Como siempre, nosotros no nos atrevimos á preguntarle nada, pero sí nos informábamos con algunos arrieros que nos decían que en la mañana de ese día había habido en Morelia repiques, música y salva de artillería, porque había llegado una ley que habían fijado en las esquinas. Nada más nos pudieron contar que satisficiese nuestra curiosidad.

Interrumpo aquí el hilo del relato para referir, por vía de paréntesis, que en aquel día y en aquella misma hora, Castillo y Granda, expedicionando por el rumbo Oriente de Zitácuaro, iban en camino de la Sabana al Valle, y al llegar al paraje llamado "Las Cabezas," un ranchero les dió noticia de que en el punto mencionado estaba una fuerza de traidores como de doscientos infantes, que en aquel momento sesteaban dispersos en el bosque, y además cien dragones que estaban desembridando para dar agua á los caballos. Los de Castillo y Granda no hicieron más que apretar la cincha á los suyos, y rápidos cayeron inesperadamente sobre el enemigo, al que hicieron setenta y cinco muertos y muchos heridos, entre los cuales, el jefe de la fuerza coronel Vicente Carrillo, originario de Amanalco en el primer distrito del Estado de México.

Y ya concluído este paréntesis, volvamos al lado del general Riva Palacio.

Llegamos á Morelia á eso de las tres p. m. La tarde estaba espléndida: una de esas tardes de Octubre, saturadas de sol, en que se ven más cerca y más azules las montañas, y en que el aire tibio y perfumado está maravillosamente diáfano. La tropa se situó en el rancho de los Ejidos; la vanguardia, á las órdenes de Garnica y sirviendo de escolta al general Riva Palacio, ocupó los Tres Puentes. El general escogió algunos oficiales y sargentos de entre los escuadrones, poniéndolos á las órdenes del coronel Domenzain, y dispuso que este jefe y el teniente coronel Jesús Villanueva, con veinte de los mejores soldados de su batallón, penetrasen en las calles de Morelia, procurando hacer salir parte de la guarnición para batirla afuera. Morelia tenía cerca de mil hombres de guarnición, entre ellos una compañía de franceses y parte de la legión belga. Contaba además con numerosa artillería de grueso calibre, y sus fortificaciones eran formidables. Por esto nunca entró en el ánimo del general emprender con su tropa, inferior en número y sin un solo cañón, un ataque sobre la plaza.

Domenzain y Villanueva entraron á paso veloz en las calles de la ciudad. En Morelia no habían sentido nuestro movimiento. Había en la garita de Chicácuaro un retén de veinte belgas, que no tomaron las armas sino hasta que nuestros chinacos los estaban lanceando. Corto fué el combate; la mayor parte de los soldados del retén quedaron muertos ó heridos. Domenzain envió á un oficial suyo á entregar al general cinco prisioneros. Él siguió al interior de la ciudad por el rumbo de San Agustín.

Riva Palacio comunicó antes á los jefes del asalto la noticia de que en aquel día se había fijado en las esquinas de la ciudad la famosa ley de 3 de Octubre. Nada extraño era, por lo tanto, que entre los gritos de "muera el imperio," prorrumpieran los nuestros en otros por el siguiente estilo: "¡grandísimos...... tengan su ley de 3 de Octubre!"

Domenzain entró hasta cerca de la plazuela de San Agustín. Villanueva encontró desierta la trinchera de la Merced y avanzó hasta el Colegio de San Nicolás: allí se encontró con un pelotón de franceses y belgas, los atacó denodadamente según su costumbre, obligándolos á retroceder, no sin hacerles un muerto y un herido que se llevó prisionero.

Entretanto, las fuerzas de la guarnición se organizaban, rodaba la pesada artillería y en todos los cuarteles los clarines tocaban generala.

Era tiempo de retirarse: así lo hicieron Domenzain y Villanueva, paso á paso, y arrancando tranquilamente los ejemplares de la ley de 3 de Octubre, fijados en las esquinas del tránsito. Luego se incorporaron á la fuerza, que había tomado posiciones en los Ejidos. Riva Palacio permaneció en los Tres Puentes para esperar al enemigo, pero el jefe de la plaza sólo envió una columna de doscientos belgas, que desde muy lejos nos estuvieron haciendo fuego.

Cerca de dos horas permaneció formada nuestra batalla. Los tiradores belgas se reconcentraron al perímetro fortificado, y entonces el general dió orden de marcha. Antes de referir sus pormenores, no omitiré narrar un episodio que cuenta el estimable escritor Jesús Rubio, haciendo por mi parte tan sólo ligerísimas rectificaciones.

El prisionero que condujo Villanueva estaba herido, como he dicho; era francés, de estatura atlética y de aspecto marcial. Acaso la lesión era grave, acaso había sido abundante la hemorragia, lo cierto es que aquel soldado llegó á la presencia del general en un estado lastimoso, y haciendo un esfuerzo y enclavijando las manos, exclamó en francés: *pardonez moi, mon général, je suis blessé!* Aquí es ocasión de decir que, generalmente cuando los soldados extranjeros caían en poder de nuestras tropas perdían su arrogancia, y más de una vez se les veía arrodillarse solicitando gracia. En las rarísimas veces en que fueron fusilados, salían á la ejecución poseídos de la fiebre patibular. Nuestros chinacos, y también los soldados del ejército conservador, morían como saben hacerlo los mexicanos, estoicamente ó haciendo alarde de valentía. Así lo confiesan los autores franceses y belgas que han escrito sobre nuestra campaña.

Ahora bien; el general dispuso que aquel herido fuese transportado á una choza, en donde podía ser recogido por los suyos, que apenas distaban cien metros del lugar. Después supimos que el herido había muerto al día siguiente y que los rancheros llevaron su cadáver á Morelia, pues que los de la guarnición no se atrevieron á salir para recogerlo.

Duraba aún la luz del sol cuando empezamos á ascender por el cerro de Quinceo, haciendo un camino que el coronel Ronda señaló. La subida es harto pendiente y el paisaje uno de los más pintorescos que he visto. El general llevaba un anteojo de mucho alcance, y con él divisábamos en algunas de las plazas y calles de Morelia varios grupos de personas que dirigían sus miradas hacia nosotros. Para aquellos espectadores debe haber sido curiosa nuestra marcha, trepando por una de las montañas más altas del Estado, ocultándonos á veces un bosquecillo, iluminándonos otras los rayos del sol. Cuando se ve así á una tropa que camina á lo lejos se observa intermitentemente el brillo de las armas. Los habitantes de la ciudad nos han de haber perdido de vista al comenzar la noche, pues el Quinceo queda hacia el Poniente; en cambio, para nosotros los últimos destellos del astro del día bañaban aún el blanco caserío de Morelia, y se distinguían las gentes que transitaban en las calles de la población. Vimos desfilar los cuerpos de la guarnición que se retiraban á sus cuarteles, y de cuando en cuando una ráfaga de viento nos permitía escuchar el toque de los clarines ó el redoble de los tambores. Por fin las tinieblas invadieron la extensión del valle. Entonces vimos las luces amarillentas y tristes del alumbrado de Morelia, y desde allí se han de haber observado las hachas de ocote resinoso que encendieron nuestros soldados para alumbrar su camino por enmedio de los dos picachos de la montaña. Les hemos de haber parecido una procesión fantástica.

Descendimos del cerro por el opuesto lado, y en las altas horas de la noche llegamos á unos ranchos en donde se dió descanso á la tropa.

Al día siguiente vencimos la jornada en Chucándiro. En ese día se incorporó á nuestra tropa una pequeña partida de gente mandada por Bravo y Ledesma. Pertenecían á los famosos *potrereños*.

Al día siguiente pasamos por Huango y seguimos la orilla del río Lerma, que fertiliza y hermosea espléndidas riberas. Allí algunos oficiales de la partida de los *Potreros* se apartaron de las filas y se dirigieron á *avanzar* (robar) caballos. Sú-

polo el general, y ordenó al coronel Garnica que fuese personalmente á aprehender á los culpables y los llevara pie á tierra entre filas. Este acto de energía y de disciplina llamó la atención de todos, pues que aquellos hombres parecían gozar de impunidad, y hasta entonces nadie se había atrevido á imponerles un castigo tan severo. Al principio los presos se manifestaron altaneros, después suplicaron humildes, y por último entraron resignados en las calles de Puruándiro, cuyos vecinos contemplaban admirados cómo iban los temibles capitanes de los Potreros, sometidos á la influencia del poder moral y de la disciplina. Este ejemplo sirvió para que los jefes de nuestras tropas regularizadas no vacilasen en castigar rudamente á los que, á la sombra de la defensa nacional, cometían hechos injustificables.

¿A qué fuimos á Puruándiro? Confieso que nunca lo supe. Tal vez sería con el objeto de amagar las plazas de la Piedad y Zamora; acaso nuestro jefe creía posible que Méndez, cansado de perseguir al General Arteaga y no queriendo llevar su tropa al interior de la tierra caliente, hubiera regresado por Los Reyes y Paracho, fatigado, con bajas en su tropa por la deserción y entonces, no obstante la superioridad numérica de su brigada, habría sido fácil provocarlo á una batalla en los terrenos, de Coeneo, en donde Arias, Garnica y Ronda contaban con la seguridad de derrotarlo.

Sea de ello lo que fuere, en Puruándiro se dieron dos días de descanso á los soldados.

Puruándiro es una ciudad de bonito aspecto, y tuvo cierta importancia en otro tiempo en que era el entrepuente del Bajío y de Michoacán. Las casas, en su mayor parte son de cantería, sus calles bien alineadas, y risueños sus paseos. Había en su época de prosperidad un poderoso comercio, y era notable por la buena calidad de los artefactos de talabartería y zapatería á que se dedicaba gran parte de los habitantes. La villa de Puruándiro recibió el título de Ciudad de Calderón por decreto de 16 de Julio de 1858, en memoria del General José Calderón, que prestó servicios importantes al Estado de Michoacán, combatiendo á los clericales Bahamonde

y otros que habían proclamado en 1852 el plan de Jalisco, llamado del Hospicio.

Riva Palacio se consagró desde luego, y en los días de nuestra permanencia en aquella ciudad, á la reorganización del Distrito, y los agentes fiscales se ocuparon en cobrar las contribuciones.

Durante nuestra corta permanencia en Puruándiro llegó el día 16 de Octubre. Alguien recordó que era el aniversario del nacimiento del General; en la mañana fueron á saludarlo las bandas de los cuerpos y al medio día se improvisó un banquete en que reinaron el entusiasmo y la cordialidad.

Como los exploradores volvían sin dar noticias del enemigo, pues parecía que Méndez y el General Arteaga se habían perdido, Riva Palacio creyó que podía intentar un ataque sobre Pátzcuaro. Al efecto salimos de Puruándiro al amanecer del día 17; atravesamos el extenso llano del *Cuatro*, y al comenzar la tarde íbamos por la hacienda de San Isidro, cuando ví á un indio de Paracho que se acercó al General y le entregó un papelito. Aquel correo iba enviado por D. Luis Díaz, y se dirigió á hablarme. Riva Palacio me alargó entonces el pequeño billete que decía:

"Ha llegado un arriero formal, y como cosa segura ha dicho que han derrotado á Arteaga en Santa Ana Amatlán, sorprendiéndolo; que la fuerza andaba buscando que comer, estando en la plaza todas las armas en pabellón; que no tenían exploradores: también dice que han tomado prisioneros al General Arteaga, á Jesús mi hermano y á otros dos jefes; que Salazar se salvó con cerca de trescientos caballos. Los dispersos están llegando á Paracho, donde está un Comandante recogiéndolos.—S. S.—*Luis Díaz.*"

La noticia produjo en nosotros una impresión que no sé describir. Como si aquel billete hubiera sido leído por todos, varios de los jefes de la división se acercaron al General, hablando de la derrota y de la prisión de Arteaga, y sólo preguntaban dónde había sido, qué día, quiénes eran los demás prisioneros. Ya no era posible pensar en el ataque á Pátzcuaro, y por lo tanto, cambiando de ruta, nos dirigimos á Coeneo. El sol estaba próximo á ocultarse; soplaba un viento frío,

la tropa, que había adivinado la fatal noticia, aligeraba el paso. Soldados y jefes guardaban profundo silencio: no había otro asunto de conversación que el desastre, y era mejor no hablar.........

Poco á poco fué desapareciendo la luz amarillenta del astro del día, y cuando llegamos á Coeneo había anochecido: gruesos nubarrones hacían más densa la obscuridad. Nosotros nos alojamos en la espaciosa casa de D. Antonio Huerta. La mayor parte de la noche estuvo ocupado Riva Palacio en librar órdenes á las varias partidas que había en distintos puntos del Estado. Se enviaron cartas á Régules, al Coronel Leonardo Valdés, á Salazar, á quien se creía reorganizando los restos del ejército.

Al día siguiente atravesamos el pueblo de Acuitzio y seguimos en la noche la marcha que fué fatigosa y que favoreció la deserción de algunos soldados. El 20, después de pasar por el pueblo de Tecario, á las doce del día entramos en Tacámbaro, enmedio de numerosos grupos de vecinos que nos recibían con la tristeza pintada en el semblante, pues ya la noticia de la sorpresa de Amatlán había llegado á su conocimiento.

Nuestros jefes se ocuparon desde luego en levantar la moral del soldado y en reunir elementos de guerra: cada derrota era para ellos como combustible que se echaba á la llama del patriotismo.

Todos nos hacíamos ilusiones de que los prisioneros no serían fusilados, puesto que la ley de 3 de Octubre no podía ser conocida de ellos ni de Méndez al verificarse la sorpresa de Santa Ana Amatlán.

El 21 se tuvo conocimiento de la magnitud y detalles del desastre, y en la noche del 22, el general Riva Palacio recibió de Uruapan la noticia de las ejecuciones!

Al día siguiente amaneció reinando el pánico en la ciudad de Tacámbaro. La tropa y los vecinos se entregaron al duelo. En algunas conversaciones se oían éstas ó semejantes palabras: "Y ahora ¿qué vamos á hacer? ¿Habrá quien piense en continuar la lucha?"

Poco á poco, sin embargo, el deseo de venganza fué sobreponiéndose al temor, y comenzaron á circular rumores de que era preciso ejercer las represalias en los prisioneros que había en Zirándaro.

Aquella situación amenazaba convertirse en espantosa anarquía. Habiendo desaparecido Arteaga, ¿quién debería ser el General en jefe del ejército? ¿Régules ó el General Riva Palacio? ¿No sería mejor que cada jefe de cuerpo continuara la campaña por su cuenta? ¿Quién había de hacer el nuevo nombramiento, si el Presidente Juárez había abandonado el territorio, según aseveraban los documentos oficiales del imperio? Esto se decía en la oficialidad y en los corrillos de los paisanos.

En la tarde los Coroneles Arias y Ronda citaron una junta de guerra, á que asistieron todos los jefes de la división, y unánimes aclamaron como General en jefe del Ejército del Centro al General Riva Palacio, porque aunque no era el General más antiguo, ejercía el encargo de Gobernador y Comandante militar del Estado, y además era el más apto por sus talentos, por su ilustración y por su acertada actividad en aquellas tan difíciles circunstancias. Invitado Riva Palacio á pasar á la junta aceptó el encargo provisionalmente, manifestando que el nombramiento debía proceder del Presidente de la República. Habló en seguida á los que allí estaban reunidos, exponiendo que todos sabían la existencia de la reciente ley de 3 del mes en curso que condenaba á muerte á cuantos perteneciesen á bandas ó reuniones armadas, con ó sin pretexto político, los cuales deberían ser juzgados sumariamente sin recurso ulterior; que la misma ley otorgaba amplia amnistía á los que se presentaran al Imperio antes del 15 de Noviembre, y que él dejaba en libertad á sus subalternos para que obrasen como mejor les pareciera, no debiéndoles ocultar que si permanecían en el ejército liberal se expondrían á una muerte casi segura en los patíbulos ó en los campos de batalla, puesto que en aquellos momentos el único medio de contrarrestar la excesiva superioridad numérica del enemigo, más que nunca provisto de elementos de guerra y contando con el terror que la ley infundía á las poblaciones, era ejer-

cer las represalias y emprender una campaña activa y sin descanso en incesantes excursiones, y haciendo sentir en todo el Estado los trabajos de la administración civil y militar.

Estas palabras, lejos de desanimar á los presentes, les infundieron entusiasmo, y es bien sabido que ninguno de nuestros patriotas se acogió á la amnistía. El discurso del General fué estrepitosamente aplaudido, y me acuerdo que los jefes y oficiales presentes se dirigieron á él para estrecharle la mano: en seguida se formaron corrillos, se hablaba con calor, se fraguaban grandes proyectos y se pensaba en levantar numerosas guerrillas que llenaran el territorio de Michoacán.

Sugestionado el General por aquel entusiasmo de los jefes y de la multitud de oficiales, tuvo un momento de debilidad y mandó expedir la orden, que se pedía á gritos, para que fuesen pasados por las armas los prisioneros de Zirándaro; pero se repuso, y en una alocución digna y severa manifestó que, teniendo el enemigo en su poder á muchos de nuestros hermanos de armas, era preciso obrar con prudencia y conforme á las circunstancias.

Disuelta la reunión, el Cuartel general comenzó desde luego á dictar diversas disposiciones.

La primera de ellas fué librada al Coronel Leonardo Valdés, Prefecto y Comandante militar de Huetamo para que vigilara á los prisioneros, y sobre todo para que impidiese fueran objeto de ultrajes por parte de nuestros soldados.

A partir de esta época la guerra en Michoacán adquirió un carácter de actividad, de operaciones rápidas, de actos solemnes, de grandes hechos de armas, de ingente vitalidad, como lo vamos á ver en los siguientes capítulos.

Los fusilamientos de Uruapan no hicieron más que avivar el fuego del patriotismo.

La reorganización era más difícil de lo que á primera vista parecía.. En Santa Ana Amatlán se había perdido la mayor parte del ejército: los principales jefes desaparecieron en el cadalso; otros, y un gran número de oficiales estaban prisioneros, los soldados habían huido en completa dispersión, el armamento quedó en poder de los traidores. La noticia de este

suceso, abultada como era natural, produjo honda y funesta sensación en el Estado.

El Imperio cuidó de circular profusamente la ley de 3 de Octubre, enviando ejemplares hasta las más insignificantes rancherías, lo que dió por resultado que muchos de los vecinos de los pueblos y de los ranchos, unos por miedo, otros por egoismo y algunos por sus opiniones políticas en favor del gobierno intruso, se rehusaban á pagar los impuestos al Gobierno legítimo, á facilitar exploradores y á comunicar la menor noticia que pudiese interesar á los republicanos. No faltaron sin embargo quienes arrostraran los peligros, y continuaran en su patriotismo y decisión, alentando la opinión pública.

Entretanto iban incorporándose en Tacámbaro los sargentos de la caballería é infantería que había marchado con Arteaga. Así sucedía siempre después de nuestras frecuentes derrotas. Cada jefe, cada oficial, cada sargento, al marchar al punto de reunión que sabían de antemano ó que adivinaban, iban recogiendo en el camino los dispersos, y reclutando á algunos indios ó rancheros que lograban rescatarse por medio de fusiles, de caballos, de monturas, etc. ¿Dónde y cómo conseguían todo esto los cogidos de leva? Si hubiéramos de creer á los partes oficiales que los jefes imperialistas daban de sus *repetidos* triunfos *completos* en que todo el armamento de las *chusmas* disidentes había quedado en su poder, fuerza sería convenir en que el ejército del Centro había tenido en Michoacán más de trescientos mil fusiles, más de cincuenta mil mosquetes y más de cien mil caballos! Hágase la suma, teniendo á la vista los periódicos del Imperio, y puede suceder que en nuestro cálculo hayamos andado cortos. ¡Qué inmenso botín para el gobierno de S. M. el *Emperador!* Pero la verdad es que nuestros elementos materiales de guerra no llegaron nunca á más de tres mil fusiles, de quinientos mosquetes, de mil quinientos caballos y de dos mil lanzas. Jamás el ejército del Centro podía contar con los auxilios del Gobierno general, ni poseía ningún puerto por donde pudiera introducir armas del extranjero.

¿Cómo se verificaba, pues, el milagro de la reproducción

de nuestro ejército y de la multiplicación de las armas? Lo hemos indicado: el primer esfuerzo de nuestros jefes, oficiales y sargentos, después de cada derrota en que todo se perdía, era reunir dispersos y coger leva de reclutas, que eran canjeados por elementos de guerra, sobre todo por fusiles y mosquetes. Ahora bien, sépalo la historia, la mayor parte de estos objetos procedían del enemigo que traficaba con ellos! ¡Hé aquí la lealtad de muchos de los defensores del Imperio! En obsequio de la verdad, fuerza es decir que los franceses dieron ejemplo de hacer este contrabando de guerra.

Tal era el estado de las cosas, después de la sorpresa de Santa Ana Amatlán. Por aquellos días, el activo y valeroso General Régules se encontraba enfermo, y Riva Palacio carecía, en consecuencia, del concurso eficaz de aquel jefe.

La tropa con que acababa de recorrer el Estado no excedía de novecientos hombres, contándose entre ellos los soldados de Arias, de Garnica, Ronda y Domenzain. La fuerza del Coronel Ignacio Zepeda, perdida en el Sur de Jalisco, quedó enteramente cortada y no se tenían noticias de ella. El General Pérez Hernández, un extranjero, cubano ó americano del Sur, con una partida que no llegaba á cien hombres, más que ayudar á la causa le era contraproducente, por las onerosas é innecesarias exacciones que hacía en los pueblos. En el distrito de Ario, el Coronel Hilario Servín tenía un escuadrón que no llegaba á ochenta plazas; el Coronel Francisco Limón organizaba una pequeña fuerza de infantes y un piquete de caballería con un total de doscientos hombres, y en Tancítaro reunía dispersos el desgraciado Julián Solano, á quien se atribuía complicidad en la traición de Tapia, lo que evidentemente era una de esas calumnias que toman cuerpo sin que haya poder humano que lo pueda remediar. En Zitácuaro la guardia nacional del distrito y la tropa del Coronel Cárlos Castillo se componían á lo sumo de trescientos hombres. Quedaban las pequeñas guerrillas de Vicente Solorio y de Nieves Sosa. En Huetamo estaba como siempre, en asamblea, la guardia nacional. En suma, el ejército del Centro, sin cohesión, decaída la moral y sin municiones de guerra, apenas si llegaba á mil quinientos hombres en toda

la extensión del territorio de Michoacán. Y sin embargo, había que levantar el espíritu público, para lo cual era preciso enviar por todas partes diversas columnas expedicionarias; había que esperar á que el armamento perdido volviese á nuestro poder; había que construir parque, vestuario y equipo.

Tal fué la tarea que por aquel entonces correspondía exclusivamente al General Riva Palacio. Desde luego la aceptó y dedicó sus inteligentes y activos esfuerzos á llevarla á cabo.

Por su parte, habiendo dejado Méndez en Pátzcuaro á los prisioneros de Amatlán, marchó á Morelia á recibir ovaciones y su banda de General efectivo de brigada; pero arrastrado por su instinto y por lo que él llamaba su deber, hizo desde luego rápidas correrías, queriendo sorprender á nuestras tropas; ocupó dos veces á Tacámbaro, y cayó otra inopinadamente sobre Ario, sin lograr su objeto de sorprender á los chinacos. Sólo en Cruz de Caminos pudo dar alcance á la guerrilla de Solorio, destrozándola por completo; y no pudiendo hacer prisionero á ninguno de los dispersos, se apoderó de siete rancheros pacíficos y los fusiló sin concederles *los honores* de un proceso, siquiera fuese éste tan sumario como lo prevenía la ley de 3 de Octubre. En esa misma expedición trató de atraer á Ronda hasta un punto conveniente para batirlo con éxito; pero aquel astuto guerrillero, que era también un experto militar, tomó posiciones en la serranía del rancho de Tererio, logrando imponerse al enemigo, que se retiró á la vista de la tropa republicana.

Este hecho, por insignificante que parezca, levantó el espíritu de nuestros soldados.

El General Riva Palacio, unas veces en Tacámbaro, otras en Turicato y otras en Huetamo, no cesaba de dictar disposiciones para poner en alta fuerza el ejército. Arias, Garnica y Ronda recibieron orden de marchar al interior del Estado, á fin de reorganizar la administración pública y aumentar el efectivo de sus fuerzas. Hacían lo mismo Servín en Ario y Limón en Taretan. Los de Zitácnaro, con su entusiasmo de siempre, veían ir engruesándose sus tropas. En Huetamo el Coronel Valdés, resuelto ya á salir de su inacción, multipli-



GENERAL VICENTE RIVAPALACIO

Retrato hecho por Manuel Ocaranza en los días de la campaña (1865)

caba sus correos, llamando de remotos ranchos á sus guardias nacionales y acuartelándolos para tenerlos listos.

El General Régules, restablecido de sus males, á fines de Noviembre recibió el mando de una división de mil quinientos hombres. Con su actividad incomparable emprendió aquel jefe una de sus expediciones en que, ora cansando al enemigo, ora atacando sus plazas, ora presentando batalla formal, ponía en alarma á todo el ejército imperialista que operaba en Michoacán. El día 28 salió de Tacámbaro, pasó por Santa Clara y fué á pernoctar en Pichátaro: el 29 estaba en Bellas Fuentes, el 30 en Huango; el 1º de Diciembre, pasando á inmediaciones de Morelia, se hallaba en San Bartolo; el 2 en Irapeo, el 3 en Coapa. Quienes conozcan el terreno recorrido, no podrán menos que admirarse de la rapidez de esta marcha. Desde el primer día el General Régules era perseguido por Méndez; en el llano del Cuatro fué inminente el combate; pero nuestras tropas lo esquivaron por carecer de parque y ser los soldados enteramente bisoños. Estaban á la vista ambas fuerzas; repentinamente el general Régules hizo un movimiento de retirada, y cuando Méndez trató de alcanzarlo, nuestra tropa sin llevar camino ni vereda, se le perdió, no dejando huella alguna de su derrotero: cuando supo que se hallaba en Huango, saliendo Méndez de Puruándiro forzó el paso de sus soldados, pero no logró dar alcance al General Régules que, rodeando á Morelia, iba ya por Irapeo, en tanto que su adversario llegaba á aquella ciudad con sólo la caballería, pues sus batallones quedaban cansados en el camino. Al mismo tiempo una columna de franceses, procedente de Acámbaro, emprendía también la persecución de los republicanos, mas de nuevo Régules se les desapareció por Coapan. Franceses y traidores lograban divisar á lo lejos la división, y en la primera sinuosidad del terreno se les hacía invisible y no volvía á aparecer á sus ojos. Los soldados extranjeros se disculpaban con su ignorancia de la localidad, y Méndez, jactándose siempre de ser conocedor del terreno, se desesperaba de quedar burlado, de diez veces nueve. En la otra era cuando nuestras fuerzas creían oportuno presentar batalla, cualquiera que fuese el éxito, ó bien cuando el alcance era

inevitable por circunstancias que no se podían prever. En aquella famosa expedición de que acabo de hablar, cuando Régules se les perdió á los franceses en Coapan, sucedió un episodio que todavía se refiere, entre risas, por nuestros soldados, y con interés en los pueblos de Michoacán, en donde ha quedado como tradición. Es el caso que habiendo salido Régules de Coapan el 4 de Diciembre, llegó á Quiroga como á las once del día. La tropa estaba rendida de cansancio por tantos días de marcha, y el General creyó necesario dejarla descansar siquiera el resto del día y durante la noche, ya que por fortuna se hallaban en un pueblo amigo. A las nueve recibió aviso Régules de que las fuerzas de la brigada Méndez se habían dado cita para reunirse en aquel lugar, es decir, la infantería que se había quedado rezagada por Huango, y la caballería que había llegado á Morelia, y que habiendo salido de esta plaza el día 3, estaba en Pátzcuaro. Serían las once de la noche cuando los exploradores avisaron que por los caminos de Huaniqueo y Pátzcuaro se aproximaban fuerzas del Imperio. Méndez había adivinado aquella vez el movimiento de su contrario, y pensaba haberlo ya cogido en su combinación. Con este objeto sacó de Pátzcuaro, además de la caballería de Santa Cruz, un batallón, y con esta tropa salió á las siete de la noche de dicha ciudad, sabedor de que Régules estaba en Quiroga y con la seguridad de que la infantería imperialista al mando del Coronel Farquet, llegaría á aquella villa á la misma hora que él. Pero la división republicana emprendió su marcha á las doce de la misma noche, y por orden del General en jefe, los exploradores permanecieron un rato más en la villa, echando combustible á las fogatas que había en la plaza y en las calles frente á los cuarteles. Un cuarto de hora después, desde las alturas que dominan la población por el Norte, se arrojaron dos cañonazos sobre la plaza, disparados por los traidores que penetraban á paso de carga en la población. Eran las dos columnas de que he hablado, y que avanzaban, una por el centro de la villa con la artillería, y la otra por las alturas que la dominan por el Oriente: ambas fuerzas se encontraron en el puente del Abasto, lugar estrecho y que es la única salida hacia el Sur, y allí se

estuvieron batiendo encarnizadamente por espacio de una hora, hasta que lograron reconocerse, juzgando entonces de las grandes pérdidas que habían sufrido en muertos, heridos y dispersos. Entretanto la división Régules oía desde la hacienda de Corrales el vivo tiroteo con que se batían entre sí las dos columnas enemigas. Es fama que Méndez, lleno de despecho, ordenó á los suyos que jamás hablasen de los sucesos de aquella noche.

Al día siguiente, el General Régules tomaba el rumbo de Tacámbaro, y desviando su marcha en Santa Clara, llegó á Uruapan el día 7 del mismo mes de Diciembre.

Hay que advertir que los pueblos, pasado el pánico que momentáneamente les produjo la ley de 3 de Octubre, ayudaban como antes á nuestras tropas con una cooperación moral muy eficaz: en todos los lugares no ocupados por guarniciones imperialistas funcionaban regularmente las autoridades municipales y del orden judicial, establecidas por la República; allí entraban partidas de nuestros soldados, aunque fuesen pequeñas, en tanto que el enemigo no se atrevía á desprender á larga distancia una guerrilla suya, porque de seguro era batida y destrozada. Las fuerzas del Imperio tenían que expedicionar en gruesas columnas, é iban provistas en abundancia de toda clase de elementos de guerra. Nuestros correos transitaban por todas partes sin ocultar su comisión; los del enemigo guardaban un riguroso incógnito, y sin embargo eran sorprendidos en algunas ocasiones. Refiero todo esto para que se sepa cómo el Imperio no contó con la opinión pública en Michoacán, y para que se vea que esta actitud de las poblaciones se debía al patriotismo y al valor de los michoacanos, ya anduviesen en el ejército, ya fuesen simples paisanos. Recuerdo bien que cuando se tenía noticia de alguna derrota de nuestras tropas, se oía por todas partes decir: "¡México perdiendo gana; si no es hoy será mañana!" Con gente que tenía tanta fe en su causa, no era dudosa la victoria!

El 26 de Octubre, el Capitán Olmos, con una partida de chinacos, batió en Tres Mezquites una fuerza imperialista

mandada por el Comandante Varela, de Guanajuato, la destrozó por completo y ahorcó á su jefe, poniendo á los pies del cadáver un letrero que decía: "Ley de 3 de Octubre."

El mes de Noviembre no pasó sin lucha. El día 10 tuvieron un encuentro en Cuitzeo los imperialistas Reyes y Aguilar con el republicano Páramo, que pereció en la pelea, quedando derrotada su guerrilla. En Villachuato el mismo día 10 el Comandante Manuel García dió alcance á la partida que mandaba Verduzco, uno de nuestros guerrilleros, lo derrotó y le cogió dos hombres que fueron fusilados en el acto. El día 28 fué sorprendido en Indaparapeo el comisionado de hacienda Ramón Cortés. Con la pequeña escolta que lo acompañaba se batió heroicamente, pero la suerte le fué adversa, y habiendo caído prisionero fué fusilado á los dos días en la plazuela del Carmen de Morelia. El 12 de Diciembre, Acevedo derrotaba en el Montecillo, rumbo de Zitácuaro, al imperialista Estrada, haciéndole seis muertos y tomándole muchas armas y caballos.

Antes de seguir la marcha del General Régules no estará por demás repetir que el General Riva Palacio no descansaba en sus tareas. Las fuerzas iban aumentando considerablemente, y por aquellos días regresó de Jalisco la brigada que mandaba el Coronel Zepeda. Desgraciada fué su excursión por aquel rumbo, y después de algunos combates y de muchas penalidades, llegó reducida y sin parque á Uruapan el 11 de Noviembre. Zepeda era un jefe valeroso, activo é inteligente, y si nada pudo hacer en Jalisco, fué porque le faltaba la influencia del Cuartel general que no podía alcanzar á tan larga distancia. Pero apenas pisó de nuevo el suelo de Michoacán, su fuerza en un mes excedió de quinientos hombres, que secundaron bien á su jefe.

Dejamos al General Régules pernoctando en Coapan el 4 de Diciembre, burlando á Méndez esa noche en Quiroga; el 6 aparecía por Zacapu; el 12 llegaba á Uruapan, en donde dió tres días de descanso á la división. Las fuerzas imperialistas se movían ávidas de venganza: Méndez había vuelto á salir de Morelia, Pesquera de La Piedad, Velarde de Zamora, y Carriedo avanzaba por Los Reyes.

El General Régules se escapó por Santa Clara, se dirigió rápidamente hacia el Este de Morelia, y el 16 simulaba un ataque á Maravatío, en donde Ronda batió la guerrilla del Ranchero, que había hecho una salida, obligándolo á reconcentrarse en la plaza, después de sufrir grandes pérdidas; el 17 ó 18 atacaba á Angangueo, defendido por 200 hombres al mando de Jesús Isasi, y tomaba la plaza después de cinco horas de fuego; el 26 caía sobre el Real de Temascaltepec, en donde había una guarnición de trescientos infantes: después de una hora de un fuego vivísimo penetró en el *Fortín*, reducto formidable que era la única entrada á la población, teniendo á uno y otro lado del camino barrancas inaccesibles. Tomada aquella posición, los defensores abandonaron la plaza, dispersándose la mayor parte en el alcance que les dió nuestra caballería, quedando en poder de los republicanos armas y prisioneros.

Apenas habían pasado dos meses del desastre de Santa Ana Amatlán, y ya el ejército del Centro contaba con cuatro mil hombres de las tres armas: nuestras tropas se habían batido en Tres Mezquites, Cruz de Caminos, en Tererio, en Cuitzeo, Villachuato, Indaparapeo, Maravatío, el Montecillo, Angangueo y Temascaltepec. El gobierno civil funcionaba regularmente, y aunque con lentitud y escaseces, se fabricaban municiones de guerra.

¿Abrigábamos la esperanza de un triunfo definitivo? Aun no sonaba esa hora para la nación. Lo que nuestro jefe quería era tener elementos para seguir luchando: su ambición, que no pasase una semana sin librar un combate, ni un instante de intermitencia en la llama del patriotismo!

CAPITULO XXXII.

(1865)

Reaparición de Ugalde.—Efectos de la ley de 3 de Octubre.—La legión extranjera.—El Cuartel general.—Un recuerdo á Guillermo Zamudio.—La Comisaría de guerra y sus empleados.—Joaquín Silva.—El personal de las prefecturas del Estado.—Juan Velasco.—La administración de justicia.—El Lic. D. José María García.—Otra vez la ley de 3 de Octubre.—Los prisioneros de Santa Ana Amatlán próximos á ser fusilados.—Las señoras de Pátzcuaro.—Exposición de los belgas.—Los prisioneros republicanos.—Los prisioneros imperialistas.—El coronel Valdés.—Un doctor indio y un publicano ebrio.—Permanencia en Zirándaro.—El Balsas.—Un milagro.—Tentativa de evasión.

Por aquellos días volvió á aparecer Ugalde en el departamento de Zitácuaro, después de haber sufrido una larga serie de derrotas en terrenos de Querétaro y de Pachuca. Aquel guerrillero era valiente, emprendedor, audaz y animado de un fondo de sincero patriotismo, según lo demostró rechazando siempre las proposiciones que se le hicieron para que sirviese al lado del imperio: ni honores ni dinero fueron parte á hacerlo vacilar en sus convicciones políticas. Desgraciadamente era indisciplinado, díscolo, falto de todo respeto á la propiedad y vida de los particulares. Su presencia en Zitácuaro había sido antes una verdadera plaga, y aunque ahora volvía con muy pocos guerrilleros, últimos restos en los repetidos reveses que había sufrido, apenas pisó de nuevo aquella tierra, cuando la horda de bandidos que acaudillaba empezó á cometer toda clase de excesos. Se recordará que había salido de Zitácuaro alzándose con el mando de la segunda di-

visión, la de Pueblita. Debía, pues, considerársele como rebelde y desertor, y en este concepto, el general Riva Palacio dispuso que fuera perseguido, y que si se lograba aprehenderlo, fuera fusilado en el acto. Se encargó esta comisión á Acevedo y Darío Alzati, quienes el 28 de Diciembre lograron dar alcance á Ugalde en Laureles. Se batió con su acostumbrado valor; pero viendo que los suyos disminuían acribillados de balas, huyó con unos cuantos. ¿A ocultarse? No; á presentarse otra vez al Cuartel general pidiendo que se le juzgase en consejo de guerra para sincerarse de los cargos que se le hacían, y ofreciendo que en seguida militaría á las inmediatas órdenes del general en jefe. Esta actitud del guerrillero, y la circunstancia de que en pocos días había organizado un escuadrón bien montado y armado compuesto de voluntarios valientes, decidieron á Riva Palacio á aceptar las promesas de Ugalde; y en efecto, desde aquel día, fiel á su palabra, no se separó del núcleo del ejército, y lo que es más, no volvió á cometer ningún acto de bandalismo ni permitió que sus soldados lo cometiesen.

El Ejército del Centro iba allegando toda clase de elementos. Cosa rara; parece que la ley de 3 de Octubre y la sanguinaria circular de Bazaine que la complementó, produjeron á tal grado un efecto contrario, que desde entonces se aumentó considerablemente la deserción entre los franceses y los belgas: centenares de unos y otros abandonaban las filas, y encaminándose al campo republicano, unos ofrecían allí sus servicios, y otros, los más, solicitaban pasaporte para ir á fijarse como colonos en el Estado de Guerrero ó en el departamento de Coalcomán, del de Michoacán.

Uno de los agentes que el general Riva Palacio tenía en Morelia le participó que cierto capitán belga, con algunos cabos y soldados del "Regimiento de la Emperatriz," estaba comprometido á ir á incorporarse al ejército republicano, solicitando tan sólo ascenso á teniente coronel. Ofrecido éste, dos cabos y doce soldados abandonaron en distintos días aquella plaza; y un día, el 9 de Enero de 1866, el capitán Eduardo Devaux, llevando como equipaje una petaca llena de cartuchos, tomó la diligencia y en la tarde llegó tranquilo á Ta-

cámbaro. Bueno es advertir aquí, ya que recuerdo este pasaje, que las diligencias de México, Pátzcuaro y Tacámbaro, únicas establecidas en el Estado, no interrumpieron nunca sus viajes, ni los pasajeros tenían nada que temer de las fuerzas republicanas, pues los robos que de cuando en cuando sufrían eran cometidos por simples bandoleros, generalmente indios, que no pertenecían á ningún partido; lo que, por otra parte, era costumbre de tiempos atrás, hubiera ó no revolución. Diré más: los cocheros de todas esas líneas de diligencias nos eran muy útiles, porque llevaban noticias oportunas, periódicos, cartas reservadas y frecuentemente cápsules para los fusiles: bien es cierto que lo mismo hacían con el imperio. Quien más se distinguía en este doble papel era Miguel Meza, el cochero de la diligencia de Pátzcuaro, quien solía llevar en el pescante todo lo perteneciente á los *chinacos*, y en la covacha lo de los *mochos*.

Ahora bien, llegado Devaux á Tacámbaro se encaminó al siguiente día á Turicato. El general le dió el empleo de comandante y el grado de teniente coronel, encargándolo de formar la legión extranjera, compuesta de franceses y belgas. En menos de un mes el efectivo de aquella fuerza se componía de algo más de doscientos hombres, armados con carabinas belgas. Su uniforme consistía en sombrero negro de fieltro, blusa roja fajada con cinturón negro, pantalón blanco, por de pronto zapatos, y más tarde *guaraches*, cuya *utilidad* llegaron á comprender muy pronto con toda...... resignación los nuevos republicanos. Aquellos soldados se *achinacataron* fácilmente, se batieron bien, soportaron sin quejarse las privaciones á que estaban sometidos los nuestros, y aprendieron á morir con valor en el patíbulo. Devaux fué un jefe constante, cumplido, y dió siempre ejemplos de valor y de disciplina. Vive aún y forma parte del depósito de jefes y oficiales del ejército mexicano.

En medio de tantas atenciones, el general Riva Palacio no se olvidaba de la parte moral del mismo ejército y de la acción administrativa del Estado.

Siguió al frente de la Secretaría del Cuartel general el Lic. D. Justo Mendoza, y en las ausencias de éste por causa del

servicio ó por asuntos particulares, se encargaba del despacho el secretario particular. En aquellos meses la correspondencia privada era muy activa, porque el general le daba más importancia que á la oficial, tanto por el carácter reservado que debía revestir, como porque se presta más al estilo íntimo y familiar que facilita las instrucciones comunicadas á los jefes. El Lic. Urbano Lechuga seguía desempeñando la Secretaría de Gobierno.

Para hacer más eficaz la disciplina en el ejército, se recomendó la actividad al Juzgado militar, á fin de que se terminasen los procesos pendientes y se llevaran en corriente los que se ofrecían de nuevo.

El Lic. Alipio Gaytán, de cuyo patriotismo y aptitudes para el trabajo hice referencia al hablar de la defección de Caamaño, por aquellos días era el asesor militar, y desempeñaba la fiscalía el teniente coronel Guillermo Zamudio, Juez activo é instruido que tenía una larga práctica en el ramo. Hago con gusto recuerdo de este jefe por la firmeza de sus opiniones y porque entre los inmaculados, como se llamaba y se llama aún á los que jamás vacilaron en su fe ni abandonaron, siquiera fuese por enfermedad ó por una absoluta miseria, el campo republicano, Zamudio debe contarse entre los primeros.

En el ramo de hacienda, habiendo caído prisionero en Santa Ana Amatlán el comisario general del ejército D. José María Mateos, quien después del canje de que hablaré á su tiempo se retiró á la vida privada, se encomendó la comisaría primero á D. Jesús Guerra, y por haber sido este señor enviado en comisión cerca del presidente Juárez, fué nombrado el teniente coronel de ingenieros Agustín Linarte. Para que no se me olvide, consignaré aquí que Guerra, á fin de dirigirse á Paso del Norte, donde se hallaba el presidente, tomó la vía de los Estados Unidos, se detuvo en varias ciudades de la República vecina y nunca llegó á su destino, con grave perjuicio de los intereses nacionales, pues su misión habría dado á conocer á Juárez el verdadero estado que guardaban las cosas en el territorio en que se extendía la jurisdicción del general en jefe del ejército del centro. Era tanto más

importante esto, cuanto que hervían ambiciones en el ejército, ambiciones que se traducían en intrigas de mala ley. Los soldados viejos no aceptaban con gusto que el general Riva Palacio se les impusiera por su talento y por su mejor vista en los asuntos de la guerra. No debía yo dejar pasar inadvertidos estos recuerdos, y me alegro de que hayan brotado aquí siquiera como una digresión, si bien merecerían un párrafo especial.

Se comprende que la Comisaría general del ejército era una oficina de alta importancia, no sólo porque la cuestión de dinero es la más interesante para la subsistencia de la fuerza armada, sino muy principalmente porque, como queda dicho, nuestros jefes no imponían préstamos, sino en casos extremos, limitándose á vivir de las contribuciones que se cobraban, no sólo en el lugar que ocupábamos materialmente, sino en los pueblos y haciendas que estaban bajo la vigilancia del enemigo, lo que hacía en extremo peligroso el desempeño de este encargo; y antes de continuar, permítaseme una nueva digresión. En honra de aquella administración hay que decir que, en el pago de los impuestos, se admitía siempre una parte en papel, ya fuesen bonos antiguos del Estado, ya recibos recientes de préstamos forzosos; y repito aquí que esta es la razón por qué aparecen tan pocos créditos de Michoacán en la deuda nacional, puesto que el Estado asumió y verificó, durante aquella luctuosa época, el pago de dicha deuda pública.

Ahora bien, para desempeñar estos trabajos tan difíciles, tan laboriosos y tan llenos de peligros, la administración fiscal contaba con hombres como José María Landa, Narciso Garcilazo, Miguel Ordorica, Joaquín Silva, Rafael Chávez Carrillo, Rafael Cosío, José María Sánchez Villegas, Ignacio Cerda, José Velarde, Severiano Bernal, Filomeno Alvarez, Manuel Romero, Federico Bravo, Pomposo Alvarez, G. Villanueva, Simón Rodríguez, Miguel Villavicencio y otros cuyos nombres lamento no recordar. Cuanto yo pudiera decir en elogio de estos admirables patriotas, quedaría muy abajo de lo que con tanta justicia merecen. Sólo quiero hacer especial mención de D. Joaquín Silva, y no me lleva en este caso el

espíritu de paisanaje, sino un deber de consignar la abnegación con que aquel hijo de Uruapan se consagró al servicio de la patria. Era administrador de rentas de Uruapan y Apatzingán y cuanto recaudaba era para cubrir el haber de la tropa, no tomando él, por cuenta de sus honorarios, sino lo extrictamente necesario para sus alimentos. Puede decirse que Silva no percibió en aquella época ni la décima parte de su sueldo. No hacía distinción de la noche y el día para trabajar en su oficina, ya estuviese ésta situada en la cabecera, en un pueblo, en una hacienda ó en la única choza de un rancho. En una retirada, en una alarma, en una sorpresa, era el último en abandonar la plaza: entonces, con su escopeta al hombro, salía él también á pie, no sólo porque no le bastaban los recursos para comprar un caballo, sino porque decía que así estaba más expedito para volver á la oficina, casi en el momento en que los traidores evacuaban el lugar, pues Silva permanecía oculto, pero vigilante, en las inmediaciones. Más tarde, después del triunfo de la República, el Gobierno del Estado otorgó á Silva el distintivo extraordinario de la condecoración que Michoacán concedió á los defensores de la segunda guerra de independencia.

En la división político-militar del Estado, Riva Palacio tuvo su acierto acostumbrado en el nombramiento de las personas, aprovechando las simpatías que éstas disfrutaban, las relaciones que cultivaban ó el conocimiento que tenían en las respectivas localidades: en la línea de Oriente, que comprendía los departamentos de Zinapécuaro, Maravatío y Zitácuaro, siguió de prefecto y comandante militar el teniente coronel Darío Alzati; la línea que comprendía los departamentos de Morelia y Pátzcuaro se encomendó al coronel Garnica; la de Puruándiro y La Piedad á Ronda; la de Zamora y Jiquilpan al coronel Rafael Arias; y la extensa que abrazaba á Uruapan, Apatzingán y Coalcoman, al coronel Vicente Villada; la de Ario, la Huacana y el Carrizal, al de igual empleo Hilario Servín de la Mora; la de Huetamo á su antiguo jefe Leonardo Valdés, y la de Tacámbaro al coronel Juan Velasco. Esta última era por aquellos días la más importante, porque en su demarcación, comprendidas la misma ciudad de Tacám-

baro, Turicato, Carácuaro y San Antonio de las Huertas, se situaba el Cuartel General: era lo que con más frecuencia se veía entonces invadido por la columna de Méndez, y en donde, á cortos intervalos, caían los contraguerrilleros imperialistas, procurando darnos una sorpresa. Por fortuna Velasco era un Argos que ejercía una admirable vigilancia, que se movía de un punto á otro con toda rapidez para espiar los pasos del enemigo, y que tenía un cuadro de correos y exploradores que nada dejaban que desear. Sus avisos eran siempre oportunos y claros.

Creo de justicia hacer mención de algunos de los secretarios que tenían estos jefes, lamentando de nuevo no recordarlos á todos: con Alzati se hallaba Vicente Guzmán, antiguo alumno del Colegio de San Nicolás de Hidalgo, ferviente patriota; con Ronda servía el distinguido y antiguo liberal comandante de batallón Manuel Barbosa, soldado que fué de D. Gordiano Guzmán, compañero de D. Jesús Díaz en la revolución de Ayutla é inseparable desde entonces del lado de Ronda; con Garnica el capitán Rafael Valdés Mora, prisionero de Francia, y que á su regreso al país se apresuró á volver á las filas de los que combatían por la patria; con Villada servía Jesús Rodríguez, á quien me abstengo de calificar por ser mi hermano político, y cuando Rodríguez pasó á desempeñar una comisión en Zacapu, quedó sustituyéndolo, al lado de Villada, Lorenzo Madrigal, tan inteligente empleado como tan valeroso soldado y tan entusiasta patriota.

Funcionaba también en los puntos no ocupados por el enemigo la administración de justicia, generalmente con jueces legos. Sólo en Tacámbaro jamás faltó el letrado D. José María García, anciano venerable que estuvo expuesto á mil peligros, sin que jamás se debilitara su inmaculado patriotismo. Este abogado, lo mismo que el teniente coronel Guillermo Zamudio y el empleado de rentas Joaquín Silva, obtuvieron la condecoración extraordinaria de que he hablado, condecoración que el Gobierno de Michoacán no ha otorgado sino á cinco ó seis personas.[1]

---

1 Esta condecoración extraordinaria, y otra que consiste en diplomas de primera y segunda clase, fueron creadas por la ley de 20 de Abril de 1886.

Hemos estado viendo qúe muchos de los acontecimientos narrados en esta parte del presente libro arrancan del desastroso suceso de Santa Ana Amatlán.

Como los cadalsos de Uruapan coincidieron con la expedición de la ley de 3 de Octubre, los verdugos y la historia, engañada por ellos, han atribuído al sanguinario decreto la muerte de los generales Arteaga y Salazar, coroneles Díaz y Villagómez y capitán Juan González.

Nada es menos cierto, sin embargo. Ya he dicho que aquella famosa ley llegó á poder de Méndez cuando Arteaga y sus compañeros estaban encapillados; que se publicó en Uruapan en los momentos en que los mártires salían al suplicio, y que Méndez, á última hora, sustituyó al coronel Villada, hombre prominente en el ejército, con el humilde y casi desconocido entre nosotros capitán González. La verdad es que Méndez, al ordenar aquellas ejecuciones, se dejaba llevar de su instinto sanguinario, y entonces tuvo además otro móvil, la venganza. Públicas fueron en aquellos días sus expresiones, llenas de cólera, en que decía que iba á vengar "la sangre de su *hermano* Lemus," fusilado al tomarse por asalto la plaza de Uruapan el 19 de Junio.

Por otra parte, no puede concebirse cómo Méndez, soldado que conocía y practicaba la subordinación, que se decía tan adicto á Maximiliano y que clamaba por el rigor y el exterminio contra los republicanos, hubiese fusilado en aquella ocasión tan sólo cinco de los prisioneros, cuando la ley le imponía el deber imprescindible de fusilarlos á todos; en aquella vez á cien oficiales y más de cuatrocientos soldados que cayeron en su poder (artículo 1º), debía haberlos *juzgado* dentro de las veinticuatro horas siguientes á la aprehensión, oyendo á los reos sus defensas y pasándolos por las armas dentro de las veinticuatro horas referidas (artículo 2º). Nada de esto se hizo: Méndez escogió sus víctimas, no se les juzgó, ni menos se les oyó en defensa, y fueron ejecutados *ocho días después de su aprehensión.* Y cuando ésta se verificó, la ley no tenía más que un solo día de haberse publicado en Morelia, cuya ciudad dista de Santa Ana Amatlán más de cincuenta leguas. Todavía entonces no se conocían los telégrafos en Michoacán.

Hé aquí la verdad histórica. Los fusilamientos de Uruapan fueron dictados por un acto exclusivo de la voluntad del jefe vencedor en Santa Ana Amatlán.

Ya he dicho que en virtud de estos sucesos, Maximiliano premió á Méndez con la banda de general efectivo de brigada, y ahora agregaré que Napoleón III lo condecoró con el grado de *oficial de la Legión de honor!*

He dicho también que, dejando insepultos los cadáveres de Arteaga y de sus compañeros de infortunio, emprendió su marcha hacia Pátzcuaro.

Allí se le hizo un recibimiento espléndido por la guarnición, por las autoridades y por unos cuantos paisanos. La masa general del pueblo, y sobre todo las señoras, aunque de ideas imperialistas, guardaron una actitud noble, no queriendo tomar participación en las fiestas, tanto por respeto á la sangre derramada en Uruapan, como por no agravar la desgraciada situación de los prisioneros.

En cambio, de entre el reducido número de aduladores no faltó uno de alta estatura, voz chillona y formas de mujer, que dirigiéndose á Méndez exclamase:

—Mi general: Gran parada! Gran alcanzada! Gran derrotada! Y gran fusilada!......

Este hombre era Higinio Mondragón, ya conocido de nuestros lectores. Su *chiste* alcanzó boga entre los imperialistas.

Tampoco faltó de entre las autoridades quien dijese á Méndez que, conforme á la ley de 3 de Octubre, debía fusilar á todos los prisioneros. ¿Qué pasó entonces por el alma del vencedor de Santa Ana Amatlán? Una nube siniestra obscureció su mirada. Se dictó la orden para el fusilamiento.

Pero entonces, sin excepción alguna, las señoras de Pátzcuaro se dirigieron en masa al alojamiento de Méndez é instaron tanto y suplicaron tan encarecidamente, que el jefe se vió obligado á suspender la ejecución y á consultar con Maximiliano.

Las señoras no se limitaron á lo hecho: redactaron una solicitud pidiendo gracia para los presos, y la elevaron á "La Emperatriz." El Lic. D. Manuel Alvírez, de Morelia, transmitió la petición al Dr. D. Francisco Menocal, residente en

México, para que la pusiese en manos de la archiduquesa Carlota.

La siguiente carta da cuenta del resultado de la comisión:

"México, Octubre 26 de 1865. —Sr. Lic. D. Manuel Alvírez.—Morelia.—Querido Manuel: A las seis de la mañana de hoy he recibido su carta y la petición de las señoras de Pátzcuaro. A las diez la entregué á la Emperatriz en Chapultepec, y obtuve del Emperador la orden de suspesión de la ejecución de la última pena. Incluyo á vd. copia de la que por extraordinario del Gobierno ha sido dirigida á Méndez, para que se la mande vd. á donde se halle. Esto es lo único que he podido conseguir, después de trabajar desde ayer que recibí el parte de Celaya. ¡Dios salve á esos infelices!

"Su amigo, *Francisco Menocal.*"

Mientras que estos sentimientos de piedad y de nobleza de alma brotaban del corazón de las señoras de Pátzcuaro, otros de diversa índole iban á despertar en el de la princesa Carlota los de un *deber olvidado.*

Los belgas que estaban prisioneros en poder de nuestras tropas, al saber los fusilamientos de Uruapan, dirigieron á Maximiliano la siguiente exposición:

"Señor: Acabamos de saber con horror y consternación el acto cometido por el coronel Méndez, que con violación del derecho de gentes ha hecho fusilar á varios oficiales del ejército liberal, sus prisioneros. En todos los países civilizados se respeta la vida de los prisioneros de guerra. El ejército liberal se ha mostrado mucho más celoso del respeto á la ley que los *condottieri* de vuestras huestes; nosotros también somos prisioneros de guerra y hemos sido respetados desde el general al soldado.

"Si no estuviéramos en poder de un ejército *republicano*, el acto del coronel Méndez podría provocar una sangrienta represalia, y nosotros, belgas, que hemos venido á México únicamente para servir de escolta á nuestra princesa, hubiéramos expiado con nuestra sangre el delito de un hombre. Esperamos, señor, que este acto de barbarie no quedará impune, y que en lo sucesivo haréis respetar la ley consagrada por el derecho de gentes. Nosotros protestamos con el más intenso

fervor contra ese acto indigno, y confiamos que el nombre belga no se mezclará por mucho tiempo en esta guerra inícua.—*Breur*, *Guyot*, *Flachat*, *Van Hollenbek*. Siguen doscientas firmas."

Desde antes de los sucesos de Santa Ana Amatlán existían en las cárceles de Morelia algunos jefes, oficiales y soldados republicanos que habían sido hechos prisioneros por el enemigo. Triste es decirlo; todos ellos habían caído en poder de tropas extranjeras, pues que los traidores no hacían jamás prisioneros de guerra, sino víctimas para el cadalso. Acabamos de ver que si Méndez no llevó á término en Pátzcuaro una horrorosa hecatombe con los subalternos de Arteaga, se debió al espíritu cristiano de las señoras de aquella ciudad.

Entre los prisioneros republicanos estaban en primer lugar los que mediante una sorpresa hizo un jefe francés cerca de Coeneo, sin que mediase acción de guerra, pues que el pequeño grupo de jefes y oficiales sorprendidos no mandaban soldados. Me refiero al general Canto y á su Estado Mayor.

En segundo lugar, los oficiales hechos prisioneros en Tacámbaro por el coronel Van der Smissen en la jornada del 16 de Julio.

Los jefes extranjeros no fusilaron á nuestros prisioneros; los pusieron á disposición de las autoridades imperiales en Morelia. Se les trató con un rigor inusitado, fueron "alojados en la cárcel pública con los presidiarios y con los criminales, se les abrumó con malos tratamientos," y jamás recibieron el más insignificante auxilio pecuniario del enemigo. Rara vez se les dejaba hablar, y esto con algunas señoras compasivas que iban á visitarlos.

Empero, tan desgraciada situación se atenuaba de tiempo en tiempo, porque el general Riva Palacio había dado orden de que se les ministrase el producto de las contribuciones que algunos propietarios de Morelia tenían que pagar por sus fincas situadas en lugares ocupados por el Gobierno legítimo. Corto era el auxilio; pero nuestros hermanos prisioneros sabían cómo reinaba la miseria entre nosotros. Por lo mismo, jamás exhalaron la más insignificante queja y vivían resignados entre las paredes de sus calabozos.

¿Cuál era en tanto la situación de los prisioneros del enemigo que nosotros teníamos en nuestro poder? Estos eran los que se habían cogido en Tacámbaro el 11 de Abril; en Uruapan el 19 de Junio y en Morelia el 12 de Octubre. Ya hemos visto que una gran parte de ellos, pretextando enfermedades ó en realidad por tal motivo, habían solicitado permanecer en cierta libertad; y que no obstante haber empeñado *su palabra de honor* de no fugarse, desaparecieron en seguida para ingresar de nuevo en sus antiguas filas. Ninguno de ellos entró un solo momento en alguna cárcel. Si se les trasladó primero á Huetamo y en seguida á Zirándaro, en un clima ardiente y en puntos en donde eran desconocidas las comodidades de la vida, era porque no teníamos otros mejores para nosotros mismos.

Se ha visto también que el día en que los belgas quedaron prisioneros en Tacámbaro, sus vencedores no percibieron un centavo de sueldo. En cambio los vencidos recibieron un peso por plaza.

"¡Un peso!

"En nuestra situación, aquella pieza de plata era un pedazo de paraíso...... por menos habríamos gritado *¡Viva la República!* tan alto como los *chinacos* mismos."[1]

Después se les mandó dar diariamente una ración de carne y doce y medio centavos. Más de lo que generalmente tenían nuestros propios soldados! Si alguna vez carecieron de este auxilio, á nosotros nos faltaba repetidas ocasiones.

Sus compañeros libres y la misma Emperatriz no se acordaron de ellos más que en una sola ocasión, y con una cantidad tan reducida, que apenas cubrieron las más urgentes necesidades del momento, y luego quedaron en la misma miseria. "Fué como un día de maná en aquel desierto," dice el escritor belga. Esta caridad se ejerció tan sólo con los belgas, pues que los prisioneros mexicanos y franceses que compartían con ellos la adversa suerte, jamás recibieron nada de *su gobierno!*

Cierto también que los prisioneros belgas pasaron algunos

1 Escritor belga citado en el capítulo en que se refiere la jornada del 11 de Abril.

trabajos; pero puede decirse que habían realizado sus deseos de aventuras de lo desconocido. Retrocedamos unos ocho meses para narrar el viaje que hicieron hasta Huetamo después del 11 de Abril de aquel año. Es un recuerdo curioso con detalles romancescos.

Refiere Mr. Loomans que cuando salieron de Tacámbaro, el 12 de Abril, se atrevió á preguntar á uno de los soldados de la escolta:

—¿A dónde se nos lleva?

—Eso nada le importa, amigo; le contestó el interpelado.

Mr. Loomans se indignó de la respuesta grosera, y tuvo razón, pues que, al que en realidad no le importaba el asunto, era al conductor.

Oh! se les hizo "caminar á pie, al lado de la escolta, compuesta de indios que saben tragar leguas por montes y por llanos. Los oficiales, que eran siete belgas, un francés y un mexicano, bajo su palabra de no fugarse, habían conservado sus espadas y equipajes, y se les había proporcionado un jumento para que fuesen remudándose en el camino. La remonta era humilde pero cómoda.

"Después de una hora de marcha, la columna penetró en una zona admirable de vegetación que se perdía de vista, ondulando en las crestas de las montañas, descendiendo á los valles y derramando en el fondo de las barrancas sus árboles empenachados de flores y cubiertos de frutos." Este espectáculo les pareció tanto más risueño, cuanto que supieron que el coronel Villagómez, el jefe que los conducía, había adelantado algunos de los suyos á San Antonio de las Huertas á fin de que se preparasen para los prisioneros carne y tortillas.

Al día siguiente, la bella y espléndida vegetación cesó de pronto: los prisioneros entraron en un verdadero Sahara, el mismo que nosotros atravesábamos con frecuencia. A ellos les pareció espantoso. Después de cinco horas de camino tuvieron sed. No había una gota de agua. Hasta los indios de la escolta caminaban fatigados y silenciosos.

Pero no hay mal que dure cien años. Los belgas comenzaban á quedarse rezagados. Entonces el coronel Villagómez dió orden de fusilar al que abandonase las filas. Todos se apresuraron, prefiriendo morir de sed y no á balazos.

Por fin se llegó á un riachuelo. "¿Tengo necesidad de afirmar, dice el escritor belga, que todos nos lanzamos como insensatos hacia la fuente milagrosa? Sumergimos en ella nuestros labios negros de polvo y horrorosamente secos. Por más de un cuarto de hora no se oyó otro ruido que el delicioso claqueo de trescientos gaznates, belgas é indios, tragando precipitados el brevaje que nos volvía á la vida, á la esperanza, al valor, al olvido de los sufrimientos pasados. Me parece que aún estoy bebiendo!"

Al rendir la jornada no se encontró una vaca ni un buey. Villagómez dispuso que se repartiesen entre los belgas unos cerdos que había en un *chiquero*. Los belgas se vieron en la dura necesidad de freir la carne y de cenar *carnitas* y *chicharrones*, y hasta después de estar hartos se acordaron de que aquel día era...... viernes santo!

Pero el cielo los castigó. Imagínense ustedes que, buscando un lugar limpio para tumbarse y dormir, fueron á dar á un paraje donde había varios montículos de arena y al rededor el suelo raso. Más tardaron en acostarse que en dar un brinco, desesperados y prorrumpiendo en gritos de dolor. ¡Aquellos montículos eran hormigueros de *chancharras!*

Los belgas creyeron en la justicia divina, admirándose tan sólo de que á los indios, que también habían comido chicharrones en viernes santo, no les hubiesen picado las hormigas.

Por fin, al cuarto día de la salida de Tacámbaro, los prisioneros vieron desaparecer el desierto y entraron á un país de grandes árboles, de frutas y de arroyuelos. Los alimentos fueron entonces abundantes.

A este propósito, dice el escritor belga: "es de mi deber declarar que, salvo lo penoso del camino, sólo teníamos alabanzas para el coronel Villagómez, que se mostró siempre bueno con nosotros. De figura dulce y simpática, nos inspiraba mucha confianza."

El 16 llegaron á Huetamo. La gente acudía á ver á los belgas. Las mujeres eran quienes mostraban más curiosidad, mezclada de admiración y de piedad. Muchos de los prisioneros, los más impresionables, acariciaron tiernas esperanzas ante aquella acogida. Llamáronles la atención las buenas for-

mas de aquellas indias, su andar voluptuoso y sus ojos brillantes. Ignoraban aún las intimidades de la *quiricua* ó sea el mal del *pinto*, de que no están exentas las *tierracalenteñas*. Por lo demás, los belgas, tras ocho meses de permanencia en aquellos lugares, afirmaban que el *pinto* no es contagioso.

Se fijaron en el aseo, en la excesiva limpieza de la persona y del traje de las mujeres, y no dejó de causarles impresión ver á los hombres de calzón blanco, camisa de fuera, sombreros de petate con toquillas y ribetes de galón de plata, y eternamente con el machete fajado á la cintura.

Poco después de haber llegado á la plaza, el coronel Villagómez invitó á los prisioneros á un frugal almuerzo. Sentáronse en pelotones debajo de las frondosas zirandas negras que adornaban la plaza de la ciudad. Al pie de cada uno de aquellos árboles había un *restaurant* á pleno aire: la cocina se componía de platos nacionales, y las dueñas de aquellos establecimientos tenían el delicioso nombre de *chimoleras*.

Después del almuerzo se mandó formar en filas, y en aquel instante se presentó el coronel D. Leonardo Valdés, Prefecto del Distrito y Comandante militar de la línea. Era Valdés entonces un hombre como de cuarenta años de edad, alto, robusto: se veían los huesos duros de los pómulos; su mirada un poco hosca, sin duda porque en el ojo izquierdo caía con frecuencia el párpado superior. Empero, en su continente todo había cierto aire de franqueza y de lealtad que hacía pensar al verlo: hé ahí á un hombre valiente y generoso. Montaba en aquel día un caballo retinto que, más que andar, parecía deslizarse por el suelo, erguido y lleno de arrogancia; las patas finas, la nariz humeante, las orejas en frecuente movimiento y los ojos vivos y chispeando. Valdés usaba el mismo traje que sus paisanos, pero se distinguía por cierta superioridad que había en su persona.

El coronel Villagómez le entregó los prisioneros, y acto continuo se despidió de ellos. "Al abandonarnos, dice Mr. Loomans, aquel oficial tenía las lágrimas en los ojos; nosotros......... también! Sabed, querido lector, que un enemigo vencedor que trata á sus prisioneros según las santas leyes de la humanidad, sin faltar á los deberes que le incumben, vie-

ne á ser para el vencido un amigo en la pobreza y un consuelo en la desgracia. Tal había sido Villagómez con nosotros: su partida nos oprimió el corazón, y la vimos como una esperanza que se desvanece al nacer."

Comenzó la vida de prisioneros para los belgas y *mexicanos* que estaban en su compañía. Desde luego se presentó un médico á curar á los heridos. "Era un bravo hombre de un carácter afable, leal y humanitario aquel modesto doctor indio. No se contentaba con ejercer su oficio, sino que cuando el Administrador de rentas no nos daba á los belgas nuestro haber y quería fusilarnos en masa, intervenía enérgico y ganaba su causa. Dicho empleado de rentas era un gran borracho, obeso y con el vientre abultado: al mismo tiempo que amenazaba á los prisioneros con la gran hecatombe, les hacía caricias en el hombro y les repartía el dinero."

El médico aquel era Leonides Gaona, patriota, valiente y humilde en la extensión de la palabra. El Administrador de rentas era Rafael Cosío, bien retratado por el escritor belga. Hombre lleno de méritos en su conducta civil y que tenía la desgracia de embriagarse profundamente y con alguna frecuencia, convirtiéndose entonces en un tigre...... con corazón de paloma.

El dinero que se repartía era un real (12½ centavos) diario á cada uno de los prisioneros, además de su ración de carne. Esto y algunas tortillas completaban de una manera soportable la cuestión del estómago.

Los presos tenían por prisión la plaza de Huetamo, y por alojamiento los portales, abiertos al tránsito público. Solamente los vigilaban unos cuantos *pintos* de calzón blanco, camisa de fuera y machete colgando de la cintura.

Esta vida les parecía horriblemente fastidiosa!

Para ponerle término no había otro remedio que abandonar aquel pueblo monótono. Combinaron un plan general de evasión; pero fueron delatados por un soldado francés de los prisioneros, y el coronel Valdés dispuso entonces transladarlos á Zirándaro, al otro lado del río de las Balsas, dificultándoles así otra tentativa de fuga.

Después de haber caminado seis leguas, en medio de una

vegetación insondable, un *hurra* de admiración se escapó del pecho de los prisioneros. Acababan de divisar el gran río. "Un verdadero río americano en medio de un paraíso de verdura; en aquel paraje su anchura es de más de quinientos metros; rueda sus aguas con una majestad serena y arrastra masas flotantes de árboles y de plantas.

"Ah! Aquella agradable impresión se tornó luego en tristeza. El río iba á ser su carcelero. En la margen izquierda se levantaba el caserío de Zirándaro, más silencioso, más primitivo y miserable que el de Huetamo. Los habitantes de aquel lugar pasaban por ser partidarios del imperio, y esto era un consuelo para los prisioneros, que estaban seguros de tener una acogida más simpática que la de Huetamo." Desgraciadamente no fué así: los escritores belgas que hablan del asunto, por experiencia personal, dicen que los naturales de aquel pueblo se contentaron con divisar desde lejos á los recién llegados y se apresuraron á entrar en sus casas, cerrando las puertas, como si hubiesen visto una tribu de antropófagos.

Quedaron los prisioneros bajo la vigilancia del comandante del lugar, Nicanor Gómez, uno de los más valientes oficiales de la brigada Valdés. La población les sirvió de cárcel, y tenían libertad para recorrer á gran distancia la orilla del río. Por lo demás, la situación había empeorado para ellos, porque la de los republicanos no podía ser más desastrosa. La derrota de Cerro Hueco y la ocupación por las fuerzas imperialistas de las poblaciones que nos proveían de recursos, habían colocado al Ejército del Centro en una extremada miseria, cuyas consecuencias influían de rebote en los prisioneros de Zirándaro. Entonces fué cuando en muchísimas veces les faltó la ración de carne y el corto auxilio de dinero que se les daba. Ya hemos visto que su Emperatriz se limitó á enviarles una vez una corta limosna, que no otro nombre merece la insignificante suma que recibieron.

Los soldados belgas comenzaron á fugarse, unas veces solos, otras hasta en grupos de tres ó de cinco. El comandante Gómez, compadecido de ellos, se hacía el disimulado, vigilando tan sólo á los oficiales y sargentos. La evasión se hacía

con rumbo al Estado de Guerrero, y Gómez comprendió bien que ninguno de los escapados que tomaban aquel camino trataría de volver á servir al Imperio.

Alguna señoras de Zirándaro, como por ejemplo las González y Pinedas, no vieron con ojos indiferentes la situación de los prisioneros. Les enviaban con alguna frecuencia provisiones de boca, y tisanas para curarse de las calenturas. Cualquiera comprende que aquellas caritativas señoras no podían echar á su cargo la mantención diaria de cerca de trescientas personas. Algunos rancheros de los alrededores vinieron también en su auxilio, obteniendo del comandante D. Nicanor el permiso de llevarse algunos alojados á sus ranchos.

Además, en vista de que su Gobierno los había olvidado, como si no existieran, no pocos de los belgas solicitaron pasar á Huetamo, unos á fabricar pólvora y parque, otros á servir de cajistas en la imprenta de *La República*, periódico oficial del Gobierno legítimo del Estado, y otros á servir de ordenanzas á nuestros oficiales. Con todos éstos, y con los desertores franceses y belgas que se pasaron después á nuestras tropas, formó más tarde el general Riva Palacio la legión extranjera.

Aflictiva como era la situación de los belgas, no puede llamarse desesperada, puesto que hallaban corazones generosos que los arrancaban de las garras del hambre y los llenaban de atenciones. Pero entre ellos mismos encontraron quienes agravasen sus males. Los sargentos Gheude y Kok, abusando de la libertad que el comandante Gómez les había concedido para *circular* en los ranchos y hasta para desertarse con rumbo á Guerrero, atravesaron á nado el río, y haciendo un viaje harto peligroso por cierto, lograron llegar á la línea que ocupaban los imperialistas y se incorporaron á su regimiento. Esto hizo que el coronel Valdés diese orden de reunir á todos los que vivían en ranchos distantes y de que se les vigilase con alguna severidad. Los oficiales, que no eran extraños á la evasión de Kok y Gheude, fueron confinados al pueblo de Santiago, aislándolos de sus soldados.

Por lo demás, éstos se habían hecho un poco prácticos du-

rante su permanencia en los ranchos; habían aprendido á fabricar reatas y á tejer sombreros de palma que mandaban vender al mercado de Huetamo: sabían pescar y salar los pescados bagres, y sobre todo habían cobrado tal gusto por cierto alimento apetitoso, que era ya imposible que les acosara el hambre. Se les veía largos ratos espiando en las cercas y en los árboles armados de grandes varas, que manejaban con agilidad. Hacían la caza de la *iguana*.

La iguana es un reptil semejante á una lagartija grande: cuando jóvenes son de un color verde esmeralda, y negras en su edad adulta con la piel cubierta de arrugas, la mirada dolorosa, y el todo de un aspecto asqueroso y repugnante. Si se ven perseguidas huyen con increíble rapidez, y si están en una altura, aunque sea bastante elevada, se dejan caer, oyéndose el ruido de la caída tan fuerte, que parece que se hacen pedazos. Lo que sucede es que la iguana se infla al desprenderse, y en el momento de la caída, se escapa el aire tronando como un disparo.

Ahora bien, los belgas habían aprendido á comer la carne de aquel lagarto, blanca y delicada, que en la tierra caliente se tiene como un manjar delicioso. Confieso que yo me abstuve siempre de esa delicia, si bien no estoy seguro de que inconscientemente me haya alimentado varias veces con ese manjar. En cuanto á los belgas, salieron inteligentes cazadores de iguanas, y sabían condimentarlas mejor que las rancheras. Los belgas, pues, podían ya atenerse á sus propios recursos.

A causa de su irreligiosidad, los habitantes no les profesaban grandes simpatías. Ya vimos en otro capítulo cómo convirtieron en leña las cruces del cementerio de Acuizio. Citaré ahora otro hecho que demuestra cuánto se equivocaron los clericales, creyendo que los extranjeros que invadieron el país eran defensores de la religión. Téngase entendido que el episodio que voy á referir está tomado de la obra tantas veces citada del escritor belga, de quien son también muchos de los detalles que vengo refiriendo.

En aquel año de 1865 la estación de las aguas fué abundantísima. Las nubes parecían cataratas, los ríos crecieron considerablemente y los caminos estaban intransitables.

Desde el mes de Agosto el Balsas se presentaba amenazador. Se oía á gran distancia el ruido de la corriente. Las aguas iban turbias, arrastrando árboles enteros que descuajaban de las riberas.

Una mañana, los habitantes de Zirándaro despertaron aterrorizados. El río había salido de madre. El pánico fué general. Los vecinos se subían á lo alto de las casas huyendo del devastador elemento, y mientras los hombres ayudaban á los niños, las mujeres lanzaban gritos lastimeros.

En medio de aquella escena apareció el cura del lugar y, á grito abierto, llamaba á algunos de sus feligreses. Nadie acudió. Entonces el padre, dirigiéndose á los belgas, dijo:

—Ustedes son mejores católicos; vengan acá los cuatro más fuertes.

Se presentaron los más robustos, y con ellos penetró al interior del templo. A poco apareció precedido de su acólito y seguido de nuestros cuatro hombres que llevaban en los hombros un San Juan Bautista, grande escultura de madera, en la que el arte brillaba por su ausencia.

La pequeña procesión se dirigió resueltamente hacia el río, atravesando las aguas espumosas que corrían por la playa. A corta distancia el cura hizo seña á los cargadores para que depositaran allí con cuidado las andas. Hecho lo cual, desandaron el camino, y el cura, colocándose donde pudiese ser oido de sus feligreses, les predicó en los siguientes términos:

—Desechad, hermanos míos, vuestros temores, y alabad al Señor. Nuestro santo va á hacer un milagro: el río no se atreverá á pasar sobre la veneranda imagen. Ya nos hemos salvado. Alabad al Señor.

"Ay! aquel río era un malvado de la peor especie. Sin vacilar, sin temor alguno, sino como la cosa más natural del mundo, cubrió con sus olas el San Juan y lo arrebató en medio de la corriente, sumergiéndolo á veces y á veces dejándolo flotar sobre las aguas, y haciéndolo por fin desaparecer en la mansión de los caimanes. ¡Sacrílego río! Y sacrílegos belgas que se reían de la impotencia del santo y de la estupidez del cura. Por fortuna para éste, algunos rancheros hallaron poco después al San Juan enredado entre unos bejucos

y balanceándose sobre el río. Sea esto dicho á despecho de los incrédulos que niegan los milagros."[1]

....

Una tarde, á fines de Octubre, los belgas habían tomado una resolución atrevida. Sencillamente iban á desarmar al comandante Nicanor Gómez y á sus soldados; se apoderarían de las canoas, atravesarían el río y caerían de sorpresa sobre Huetamo. Una vez tomada esta plaza, ¿quién se atrevería á estorbarles el camino de México?

Estaban combinando su plan cuando vieron aparecer á Nicanor con una escolta inusitada y numerosa. Tal vez habían sido delatados los prisioneros. Se les pasó lista y luego fueron encerrados en un corral, donde se pusieron muchos centinelas. Allí supieron con inexpicable terror el suceso de Santa Ana Amatlán y los fusilamientos de Uruapan. Sobre el delito de evasión pesaba sobre ellos una amenaza terrible: ¡Las represalias!

"El 3 de Octubre—dice el escritor belga—el emperador Maximiliano, malaconsejado y queriendo establecer el terror á todo precio, había lanzado el decreto más estúpido, que sólo podía servir para debilitar su imperio poco constituído y que debía producir fatalmente las más terribles represalias.

"Entre los fusilados estaba el coronel Villagómez, el mismo que nos había conducido de Tacámbaro á Huetamo. ¿Qué más pretextos podrían tener los enemigos para fusilarnos á todos?"

Para agravar más la situación de los prisioneros en Zirándaro, los oficiales belgas y franceses confinados en el pueblo de Santiago se fugaron en masa, pero fueron reaprehendidos en la mañana del día siguiente.

Entonces alguien dijo á los belgas que había llegado la orden de que fuesen pasados por las armas......

El fusilamiento debía comenzar por los oficiales.

Oigamos al oficial belga:

"Permanecimos encerrados en un *corral*, aglomerados estrechamente y devorando calabazas por todo alimento. A ca-

1 Escritor citado.

da instante creíamos llegado el último de nuestra vida, sobre todo cuando algunos de los centinelas que nos cuidaban, siniestros farsantes, cargaban sus armas con una pantomima expresiva.......

"Así pasamos tres noches......

"De repente, en medio de la cuarta noche, escuchamos los sonidos cadenciosos de muchos clarines al lado opuesto del río......

"Era un refuerzo de chinacos......

....

....

....

Pero un día, el 28 de Noviembre de 1865, un grito de alegría resonó entre nosotros."

Veremos en el capítulo siguiente la causa de este inmenso regocijo.

CAPITULO XXXIII.

(1865)

EL CANJE.

El coronel Van der Smissen fué, entre los invasores que hicieron la campaña en Michoacán, quien mejor trató á sus prisioneros. Ya sea por consideración á sus soldados los belgas, que sufrían igual suerte en Zirándaro, ya por sus propios sentimientos elevados, desde Julio de aquel año (1865) procuraba que el gobierno del *emperador* promoviese un canje con los republicanos. Después de su triunfo en Cerro Hueco entró en una activa correspondencia con el general Arteaga, según queda dicho en otra parte, y desde entonces se iniciaron las negociaciones.

El éxito de la batalla de Cerro Hueco fué particularmente grato á la archiduquesa Carlota, por razón de paisanaje con el coronel Van der Smissen y su tropa; pero tuvo el poco tacto de herir á aquellos valientes, cuando con motivo de dicha victoria el coronel De Potier, con su regimiento, fué á felicitarla á Chapultepec. La princesa recorrió el frente de aquella tropa de franceses, dirigiendo la palabra á la mayor parte de los oficiales y aun á algunos soldados. En ese mismo día escribía la *emperatriz* las líneas siguientes: "Estaban soberbios (los soldados de De Potier), con su aire marcial, sus pantalones rojos, sus polainas y sus paños de sol blancos. A decir verdad, la vista de todo regimiento francés me causa un latido de corazón indefinible y no sé qué sentimiento de consanguinidad. Esas banderas agujereadas que han quedado en

los primeros recuerdos de mi existencia, producen en mí una sensación que no podré explicar. Es cariño, es admiración, es todo junto, porque ¿qué soy yo para esos hombres que lo *son todo* para mí?"

Hé aquí pospuestos á los belgas en estas palabras aduladoras.[1] Nada extraño es que no solicitando los franceses, sino los belgas, el canje de los prisioneros, los deseos de Van der Smissen no se hubiesen tomado desde luego en consideración.

Después vinieron los acontecimientos que he narrado en los capítulos anteriores. Allí vimos que las cárceles de Pátzcuaro y de Morelia estaban henchidas de prisioneros republicanos, y que los que habían caído en Santa Ana Amatlán esperaban de una hora á otra que se cumpliese en ellos la orden de fusilamiento dictada por D. Ramón Méndez, y que mandó suspender Maximiliano, tan sólo provisionalmente, á instancias de las señoras de Pátzcuaro.

Pero el temor de las represalias despertó en la *emperatriz* los recuerdos de *consanguinidad* que también la unían con los belgas, y entonces se decidió el gobierno imperial á abrir por su parte negociaciones respecto del canje.

Los términos en que estaba acordada la orden del *emperador* se conocerán mejor leyendo la siguiente carta que el coronel Villada, en nombre de sus compañeros, escribió al general Riva Palacio. Dice así:

"Prisión en Pátzcuaro.—Octubre 28 de 1865.—Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Mi general y amigo: Hoy mismo por extraordinario violento escribo á vd. una carta en que le participo que la resolución del *emperador* es que se verifique el canje ó que se lleve á efecto el decreto de 3 de Octubre, es decir, que seamos todos pasados por las armas. Hemos visto original la carta del *emperador:* está terminante. Por el correo extraordinario acompaño á vd. copia de ella.—Por consiguiente, nuestra suerte depende ahora de usted. Estoy tranquilo. Usted ha sido nuestro amigo y nuestro compañero en la felicidad y en el infortunio.—Sin embargo, si usted cree que debemos ser sacrificados, no seré yo quien exhale

1 General Thoumas.—Les français au Mexique.

una sola queja.—Cuente vd. siempre con el cariño de su subordinado y amigo.—*J. Vivente Villada.*"

Maximiliano no trataba, pues, la cuestión del canje, sino como una amenaza, provocando voluntaria y friamente las represalias.

La situación de nuestros prisioneros era angustiada, y comprendiéndolo ellos así, todos se apresuraron á escribir al general Riva Palacio, suplicándole que aceptase el canje. El general, aunque deseoso de salvar de la muerte á sus hermanos de armas y de verse rodeado de ellos, quería alcanzar ese fin con decoro para la República; y desde antes había tratado de hacer extensivo el canje al caudillo del Ejército de Oriente, general D. Porfirio Díaz, que, cuando comenzó á tratarse del asunto con Van der Smissen, se hallaba en una de las prisiones de Puebla. Los jefes republicanos lograron comunicarse por medio de difícil correspondencia, y ambos estuvieron de acuerdo en que el canje no debería ser un acto humillante para los defensores de la patria.

Por fortuna el general Díaz intentó y había llevado á cabo con toda felicidad una evasión que no por ser cierta en todos sus detalles dejará de pasar á la historia como uno de esos rasgos legendarios que se atribuyen adrede á los héroes. Preso en el convento de jesuitas de Puebla, el edificio que parece una fortaleza, los altos muros que lo cierran, los numerosos centinelas que tenían la consigna de vigilarlo y la circunstancia de hallarse aquella casa monacal en el centro de la ciudad, todo hacía que la fuga pareciese imposible. Sin embargo, una noche, la del 20 de Septiembre, el general Díaz se deslizó de la celda que le servía de calabozo, pasó con inmenso peligro por entre los centinelas, y haciendo lazo con el extremo de un cable que le habían proporcionado sus amigos, lo arrojó á grande altura lazando una piedra saliente de la bóveda del templo; ascendió luego, y adhiriendo todo su cuerpo á la superficie exterior de la bóveda, caminó largo trecho hasta llegar á un ángulo de la iglesia. Ya en aquel sitio ató la cuerda, y lanzándose al vacío, descendió lentamente y puso los pies en la azotea de una casa contigua, desde donde salió á la calle y luego al campo, emprendiendo desde el mismo día una serie de nuevas y brillantes victorias.

Algunos días después escribió al General Riva Palacio, participándole su evasión y dándole las gracias por el empeño que había tenido en comprenderlo en el canje. En su carta le suplicaba que, al llevar á cabo esta negociación, incluyese en ella á los generales Tapia y Ramírez, que quedaban presos en Puebla.

La dificultad con que entonces caminaban las comunicaciones hizo que la carta del General Díaz llegara á manos de Riva Palacio después de la catástrofe de Santa Ana Amatlán. Grande fué el júbilo que produjo la noticia de que el caudillo de Oriente se hallaba de nuevo en los campos de batalla, y con esto el asunto del canje presentaba ya menos dificultades. Sin embargo, Riva Palacio quería que entrasen en él los generales Tapia y Ramírez, según los deseos del general Díaz, y por otra parte no admitía tratar con Maximiliano, y de ninguna suerte por mediación de D. Ramón Méndez.

Pero los días transcurrían más y más apremiantes para los prisioneros. Entonces el general concibió y puso en planta un proyecto, que si no hubiera dado resultado habría comprometido su nombre y acaso hasta la vida de los mismos prisioneros.

Antes de hablar de él, veamos cómo el general fué demorando la solución que pretendían Maximiliano y Méndez, lo que servirá para que se conozca más el carácter de este último, así como su completa ignorancia en las prácticas establecidas por la civilización en el curso de la guerra.

He dicho ya en otro capítulo que Riva Palacio visitaba en aquellos días los distritos de Tacámbaro y Huetamo, haciendo preparativos para entrar de nuevo en campaña. Había establecido las oficinas del gobierno civil en San Antonio de las Huertas, hacienda situada en el camino que va de una á otra de aquellas poblaciones. Un día, estando en aquel lugar, se le presentó el teniente coronel Luis Carrillo, uno de los prisioneros de Cerro Hueco, entregándole una comunicación cuyo contenido es el siguiente:

"Condiciones que propone el que subscribe al jefe de los disidentes para celebrar el canje de los prisioneros:

"1ª El canje de los prisioneros, si se efectúa, será sin ex-

cusa de ningún género el día 25 del presente mes; no habrá lugar, pasada esta fecha, á ningún convenio.

"2ª Los prisioneros serán considerados en igualdad de circunstancias; es decir, los jefes, oficiales y tropa de ambas partes se canjearán uno por uno.

"3ª Si en alguna de las partes contratantes hubiere mayor número de oficiales ó tropa, se considerarán á un oficial por cada diez soldados.

"4ª El jefe de las fuerzas disidentes, si se conforma con lo indicado en los artículos anteriores, los ratificará antes del día 15 para que el que subscribe tenga conocimiento de su resolución sea cual fuere, á lo más tarde en ese día.

"5ª Al conformarse el jefe de las fuerzas disidentes con lo antes propuesto, el canje se verificará en un punto neutral que podrá proponer, en donde se reunirán los prisioneros con la escolta competente y en igual número de ambas partes.

"Morelia, Noviembre 5 de 1865.—*El general Ramón Méndez.*"

Riva Palacio leyó para sí solo este documento, dibujándose en sus labios una sonrisa de ironía. Luego, con voz cariñosa, dijo:

—Carrillito, vamos á comer; y dirigiéndose á sus ayudantes, agregó: á la mesa, señores.

La gran mesa que servía para la raya de la hacienda había sido colocada debajo de los frondosos tamarindos que se erguían en el inmenso patio. A la sombra de aquellos árboles seculares teníamos nuestro alojamiento. La verdad es que aquel sitio era lo único habitable que quedaba en San Antonio de las Huertas. La casa estaba destruída: los aposentos y corredores servían de caballerizas para la caballada de las tropas que sin cesar pasaban por allí.

Recuerdo que al principio de la campaña, San Antonio era una finca de campo en estado floreciente, y que hallábamos allí franca y cumplida hospitalidad de parte de su administrador D. José María Abarca. Por donde quiera se veían aquellos campos ostentando el suave verdor de las cañas de azúcar; los maizales, que ofrecían ópimas cosechas; la undosa grama de los potreros en que se apacentaban los ariscos

toros, las vacas de melancólica mirada, los corpulentos bueyes y el numeroso hato de becerros juguetones. El río que fecunda con sus aguas aquellas vastas campiñas, corre mansamente en medio de una doble hilera de árboles, siempre húmedos y lozanos. Y para completar aquel risueño cuadro se levanta no lejos la inmensa mole del *Mariana*, dominando las altas montañas del contorno.

¡Ay! Después el rigor de la guerra agostó los cañaverales; no se volvieron á ver los campos cubiertos de maíz; en vano buscaban nuestros ojos el mugidor ganado. Sólo reinaban la desolación y la ruina en aquella hacienda que servía de asilo á nuestras tropas.

¿Qué mucho, pues, que Luis Carrillo, aquel valiente soldado que más tarde cayó exánime en el cerco de Querétaro, hubiese sido instalado, como en un sitio de honor, bajo las tupidas ramas de los obscuros tamarindos? Había en la conversación que se entabló durante la comida una tristeza infinita. Contaba Luis Carrillo la crueldad con que él y sus compañeros de infortunio eran tratados en las prisiones de Morelia, la angustiosa miseria en que vivían y su abatimiento de espíritu; porque los enemigos no dejaban llegar hasta ellos más noticias que las favorables al imperio. ¡Qué heroicos fueron aquellos hombres de hierro que nunca exhalaron una queja, que jamás aceptaron un favor humillante de sus carceleros!

Ya de sobremesa, el general leyó las proposiciones de Méndez: un grito general de indignación se escapó de todos los labios; aquel lenguaje altanero del jefe imperialista, aquellas cláusulas que no eran las de un convenio sino las de un mandato; aquel desprecio hacia el Ejército Republicano, sublevaban el ánimo de todos y encendían más el odio contra los traidores. Riva Palacio hizo notar entonces la infame hipocresía que encerraban las proposiciones: mientras la segunda ofrecía el canje, la tercera, cautelosamente redactada, autorizaba al jefe imperialista para conservar en su poder á muchos de nuestros jefes y oficiales, dejando pendiente sobre ellos la cuchilla de la ley de 3 de Octubre.

Con inmensa amargura pensaron todos que era preferible

el sacrificio general de los prisioneros á la situación inaudita de dejar friamente algunos de ellos en las garras del verdugo. El general dictó en voz alta la siguiente contestación á Méndez:

"San Antonio, Noviembre 8 de 1865.—De conformidad, menos en el art. 3º, por estar en completa contradicción con el que le antecede.—El general en jefe del Ejército Republicano del Centro, *Riva Palacio.*"

En estos renglones se interpretaba el sentimiento de los allí presentes, y además, se trataba de conseguir un resultado satisfactorio. Luis Carrillo regresó á Morelia llevando la anterior respuesta; y Méndez, con fecha 12 del mismo mes, tuvo que poner nueva comunicación que terminaba con las siguientes proposiciones:

"1ª Tratándose de jefes superiores, el canje se verificará por clases; y de comandante abajo, se cambiará persona por persona indistintamente.

"2ª Los individuos de la clase de tropa serán canjeados por completo, y el exceso que hubiere por aquella parte se repondrá por ésta con oficiales de comandante abajo á razón de uno por cada cinco soldados.

"3ª Si fuere ó no aceptado el canje de que se habla, se hará saber al que subscribe, con toda precisión, el día 19 del actual. En el primer caso, el canje se verificará el 29 del mismo en un punto neutral (?) acordado por los contratantes; en el segundo caso queda expedito el que subscribe á obrar conforme á las instrucciones del Gobierno Supremo."

Nosotros no teníamos generales ni coroneles imperialistas en nuestro poder, de modo que nuestros generales y coroneles que el enemigo mantenía en las cárceles de Puebla, Morelia y Pátzcuaro deberían quedar excluídos del canje. Era, pues, evidente la intención de Méndez de sacrificar al menos á los jefes principales. Así lo indica la misma comunicación, que continúa diciendo:

"Como se ve, no pueden ser más ventajosos para vd. los términos del convenio iniciado por mí, que espero apruebe vd. sin vacilación para asegurar la vida de sus compañeros de causa; de otro modo, yo me encontraré comprometido *á cum-*

plir terribles obligaciones, y por cierto que mi alma no se complace en el derramamiento de sangre.—Antes de concluir, agregaré á vd. que, como una muestra de desinterés y *luego que el canje se efectúe*, pondré en absoluta libertad al señor teniente coronel D. Luis Carrillo, sin exigir que se me cambie por otro jefe.—El general comandante superior, *Ramón Méndez.*—Señor comandante en jefe de las fuerzas disidentes en Michoacán."

Me he permitido subrayar algunas frases del anterior documento, para que se comprenda mejor la conducta de Méndez. De nuevo volvió Luis Carrillo al Cuartel General con este oficio; de nuevo regresó al lado de Méndez con la contestación de Riva Palacio en que rehusaba el convenio, siempre que no fuera franco y leal. Entonces dirigió el jefe imperialista su última nota, concebida en los siguientes términos:

"Comandancia superior de Michoacán.—Zinapécuaro, Noviembre 23 de 1865.—He recibido su comunicación de 16 del presente que me dirige desde Turicato, y me apresuro á contestarla. Jamás he tenido que reprenderme mis acciones; siempre he obrado conforme á mi deber y á mi conciencia, y por lo mismo, cuando se me calumnia, como ahora tiene vd. la bondad de hacerlo, me impresiono mucho muy poco, me es indiferente. Usted supone gratuitamente que he podido meditar la manera de poner embarazos para que el canje se verifique. Hablemos claro: yo no soy diplomático, soy soldado. Usted no cree que yo abrigue el deseo de estorbar el canje, estoy seguro de ello, y mucho menos le asiste el temor de que los compañeros de vd. que no pudiesen ser canjeados fuesen fusilados, porque conoce que la indulgencia del gobierno de S. M. es sobrada. Usted quiere ganar tiempo, dejar escrito en bonitos conceptos algo que en la historia le acredite de filantrópico y buen patriota, olvidando que ha podido vd. hacerme proposiciones extraoficiales, pidiéndome todos sus jefes y oficiales prisioneros por todos los oficiales y tropa nuestra que vd. tiene en su poder, dejando vd. fuera de toda consideración á sus soldados, porque no le sirven gran cosa; á esos soldados con quienes vd. quiere representar que defiende la causa del pueblo, los abandona y desprecia.—Dígame vd.

en contestación violentísima, si acepta ó no mis proposiciones de canje, advirtiéndole que el día 29 expira el plazo que se fijó en ellas.—El general *Ramón Méndez.*—Sr. D. Vicente Riva Palacio, Comandante de las fuerzas disidentes en Michoacán."

En esta comunicación no se pueden subrayar frases: habría que subrayarla toda. En ella vemos que Méndez confiesa no ser diplomático; en efecto, su correspondencia no puede ser citada como modelo en negociaciones de canje. Encontramos aquí un peregrino deseo de parte del jefe imperialista, el de que el general Riva Palacio le hubiese pedido privadamente el favor de que se incluyeran en el canje nuestros jefes superiores; y por último, se observa la insistencia de Méndez de imposibilitar los convenios, pues quien conozca el terreno de Michoacán se persuadirá de que, enviando aquella comunicación desde Zinapécuaro el 23 de Noviembre, era imposible tener la respuesta el 29, dada la movilidad de las tropas y la distancia hasta Turicato que sería el punto más cercano en que pudiera hallarse el general Riva Palacio. El general, sin embargo, sin entrar en estos detalles, contestó: "Ejército del Centro.—General en Jefe.—Cuando he dicho á usted que ponía impedimento al canje, no ha sido sin razón, y para demostrárselo me basta adjuntar la carta que recibió usted del Archiduque Maximiliano, y conforme á la cual debiera usted, cuando menos, haberme propuesto el canje. Si en ella se le dice, y yo lo sé, que me entregue los ciento y tantos prisioneros de Santa Ana Amatlán, y usted sólo me da definitivamente y á pesar de todas las proposiciones que le he hecho por conducto del teniente coronel Carrillo, treinta ó cuarenta oficiales subalternos, ¿á quién puedo atribuir, si no á usted esto? ¿qué puede probarme, sino el poco deseo que usted tiene de hacer este canje? Esto, señor general, no es ser diplomático, sino pensar como se debe.—No contestaré los insultos que usted se permite dirigirme en su oficio.—La filantropía se prueba, y la historia la recibe, cuando está basada sobre hechos; y no obstante que la fortuna me ha sido también propicia muchas veces en el combate, todavía no hay ni un cadalso levantado por mí, ni una familia á quien haya yo arre-

batado su apoyo. Cuando se puede decir todo esto con la mano en el corazón y la frente erguida, no se teme ni el juicio de la historia, ni el de los contemporáneos. Yo haré el canje siempre que usted cuando menos me lo proponga, conforme á las órdenes que tiene, y con arreglo á la carta, cuya copia adjunto. Así se lo he indicado muchas veces, y así se lo vuelvo á decir ahora definitivamente. No trato de ganar tiempo, pues usted, como general, comprenderá que en mi situación y con la decisión de morir antes que sucumbir á ninguna intervención extranjera, para nada necesito ganar los días. Si usted quiere el canje, deme mis jefes, oficiales y soldados, yo le daré los suyos, pero esto uno á uno y sin hacer esas odiosas excepciones que usted me propone.—Turicato, 26 de Noviembre de 1865.—*V. Riva Palacio.*"

Antes de continuar nuestra narración no debemos pasar en silencio que el general Riva Palacio, por mediación de Luis Carrillo, había hecho saber á nuestros prisioneros en Morelia y Pátzcuaro la fundada esperanza que tenía de salvarlos á todos.

Y mientras se desarrollaban todos estos sucesos, Riva Palacio no había perdido de vista el plan que se había propuesto respecto del canje. Desde su primer viaje á Huetamo, después de la derrota de Santa Ana Amatlán, un acontecimiento vino á facilitar la realización de su proyecto. Retrocedamos unos cuantos días.

Era el 26 de Octubre. Apenas acabábamos de tomar nuestro alojamiento en Huetamo, cuando llegó el coronel Valdés, y dió parte al general de que los oficiales belgas y mexicanos, prisioneros en nuestro poder, se habían fugado del pueblo de Santiago, á donde se les había confinado para mayor seguridad: agregó D. Leonardo que ya había salido una fuerza de toda su confianza á darles alcance, con la orden de pasarlos por las armas en el acto mismo de la reaprehensión. No había aún acabado de oir estas terribles palabras el general, cuando gritó llamando á su ayudante Velasco, quien se presentó inmediatamente.

—Velasco, le dijo el general, monte usted, y con un oficial

que en este momento pondrá á sus órdenes el coronel Valdés, marche sin demora á impedir que la tropa que va en busca de los prisioneros vaya á atentar contra su vida: que se los entreguen á usted, y me los trae sanos y salvos.

Velasco abrió desmesuradamente el único ojo servible que tenía, y rascándose una oreja, ensilló su caballo y partió á galope.

El *tuerto* Velasco era un español que estaba adherido en cuerpo y alma al general Riva Palacio, valiente hasta la temeridad, magnífico jinete, astuto é infatigable en el servicio. Era de pasiones profundas y había ingresado á las filas republicanas en odio contra algún jefe del imperio. No era su conducta un modelo de honradez, y en cierta ocasión estuvo á punto de ser fusilado por algún delito que no es del caso referir: lo salvó de la muerte Riva Palacio, y desde aquel momento no tuvo más culto que su fidelidad y cariño al general. Velasco era sanguinario en el combate y cruel con los prisioneros después de la victoria. Concluída la campaña pidió y obtuvo su baja, y complicado alguna vez en un delito atroz, huyó del país y jamás se ha vuelto á tener noticia de él.

Tal era Velasco, y por esto, cuando vimos que recibía aquella comisión, no hubo uno de nosotros que no abrigara la seguridad de que los prisioneros iban á ser fusilados.

Cuando llegó al pueblo de Santiago la noticia de los fusilamientos de Uruapan, los prisioneros de quienes hablamos en el párrafo anterior, temiendo las represalias, creyeron llegada su hora, y sin calcular los peligros á que se exponían, por no conocer el terreno, concertaron unánimes la fuga. Faltos de caballos, y temerosos de las huellas que podían dejar en un viaje á pie, concibieron cierto plan y al efecto esperaron con impaciencia la llegada de la noche. Ésta se presentó lluviosa y densamente obscura. Los oficiales fueron saliendo uno á uno de sus respectivos alojamientos y se dirigieron al río de las Balsas, á cuya margen está la aldea de Santiago. Se embarcaron en la canoa más grande que había en la orilla, y cortando las amarras se dejaron ir á discreción

de la corriente. ¿Qué final destino se proponían? ¿Acaso llegar á Churumuco, y buscar allí una salida para Pátzcuaro y Morelia? ¿Acaso procurar su salvación en la costa del Pacífico? En el pueblo de Santiago no se supo la evasión, sino hasta el amanecer del día siguiente. En el acto salieron correos, avisando el suceso á las autoridades de Zirándaro y de Huetamo.

Mientras los correos marchaban con una rapidez increible, veamos lo que hacían los prófugos. En aquella zona, la corriente del río es imperceptible, su anchura extremada, y en la estación de aguas flotan muchos troncos de árboles y de grandes terrones llenos de vegetación, que la humedad va desprendiendo de las riberas. La navegación era, por lo tanto, tardía y dificultosa. La obscuridad de la noche aumentaba los obstáculos: los prisioneros hacían esfuerzos inauditos para vencerlos.

La tropa que desde Huetamo se envió en su persecución llegó á Zirándaro. Su jefe comunicó órdenes al comandante del lugar y continuó su camino por la margen derecha del río, en tanto que otra pequeña fuerza de Zirándaro tomó el camino de la orilla izquierda.

Amaneció el día 27: los fugitivos apenas estaban á tres leguas de distancia de Santiago. Entonces, del bosque vecino cortaron madera é improvisaron remos, y la canoa pudo seguir un poco más aprisa. A las tres de la tarde vieron que por la retaguardia, sobre la ribera izquierda, aparecían unos jinetes armados de lanzas. Los caballos iban á galope y coloradeaban las banderolas. Los prófugos se preparaban á vender caras sus vidas, cuando observaron entre el bosque, en el lado opuesto, un grupo más considerable de soldados de caballería, en cuyos limpios mosquetes se reflejaban siniestramente los rayos del sol. Algunos de estos soldados comenzaron á disparar tiros.

Entonces los prisioneros abordaron á la orilla y saltaron á tierra, serenos é impasibles, esperando la muerte.

Antes de seguir esta narración, trasladémonos á Huetamo. El día 28, á la hora de la siesta, el general se dirigió á una

huerta de cocoteros situada en una calle que va de la plaza al barrio de Urapa. Un muchacho subió á una de las palmeras, que se mecía al peso de aquel cuerpo. El niño, desde la altura, nos arrojaba los cocos, y el huertero, abajo, los recogía, cortándoles la corteza con su *guadaña*, y nos daba á beber de aquella agua deliciosa y á gustar la pulpa azucarada. El general estaba más inquieto á medida que transcurría el tiempo. No obstante la confianza que tenía en Velasco, abrigaba el temor de que éste no hubiera llegado á tiempo para salvar á los prisioneros, ó de que por sus instintos sanguinarios desobedeciese sus órdenes, inventando luego una disculpa para justificar el hecho consumado.

Serían las cinco de la tarde, cuando vimos por el camino de Zirándaro á un jinete que venía á todo correr. Era Velasco, y el general, afectando una tranquilidad de que carecía, se preparó á oir sus palabras.

—Mi general, dijo aquél, cuando yo llegué ya habían comenzado los tiros.

—¿Cómo? exclamó Riva Palacio, ¿los fusilaron?

—Voy á referirle á usted todo.

—Le pregunto á usted que si los fusilaron.

—No, señor, no hubo ni un herido; los tiros fueron para que se pararan: los fugitivos, que se largaban en una canoa, desembarcaron temerosos de una muerte impropia en un militar, y se formaron, esperando que los fusilaran.

—Siga usted.

—En esos momentos llegaba yo á todo escape gritando *¡indulto! ¡indulto!* El jefe de la escolta no me hizo caso y mandó *¡apunten!* Antes de que diera la voz de *¡fuego!* había yo amartillado mi pistola y se la había puesto en el pecho.

—¿Y entónces?

—Los soldados por sí solos levantaron los mosquetes, el jefe de la escolta obedeció y los prisioneros quedaron á mi disposición.

—¿Dónde están?

—Los he dejado á una legua de distancia de aquí. Dentro de media hora á más tardar llegarán.

El general regresó á su alojamiento. Poco después pasa-

ban por enfrente los prisioneros, quienes con dignidad hicieron un saludo. El general mandó hacer alto, y les dirigió la palabra reprochándoles su fuga y su desconfianza respecto de los sentimientos generosos de los republicanos. Aquellos hombres que poco antes revelaban el orgullo marcial se conmovieron al escuchar la pequeña arenga que les dijo Riva Palacio. De nuevo saludaron, se quitaron cortesmente el sombrero y continuaron su paso, platicando con animación.

El general, aquella misma noche, mandó llamar á su presencia al capitán Miñón. Miñón era oficial en la fuerza mexicana que cayó prisionera con los belgas en la jornada de Tacámbaro el 11 de Abril. Sus finos modales y su buena carrera militar lo hacían distinguirse entre sus compañeros. Riva Palacio le dijo que lo nombraba comisionado del Cuartel General del Ejército del Centro, cerca del Mariscal Bazaine, á quien llevaría comunicaciones, proponiéndole el canje de los prisioneros, sin tomar en cuenta ni el número ni la categoría de ellos. El joven oficial, agradeciendo el honroso encargo que se le confería, ofreció desempeñarlo y volver á constituirse preso si las negociaciones fracasaban. Marchó al día siguiente con instrucciones de no pasar por Morelia, y en cumplimiento de ellas tomó el camino por Zitácuaro.

Mientras duró la ausencia de Miñón, Riva Palacio y Méndez se cambiaban las notas arriba trascritas. El general iba ganando tiempo; pero la última comunicación de Méndez, la de 23 de Noviembre, era ya terminante y más de temerse cada día el enojo y el despecho de este jefe que amenazaba ejecutar el decreto de 3 de Octubre en los prisioneros que tenía en su poder. Miñón no regresaba ni se tenían noticias suyas. El general estaba preocupado, inquieto.

Por fin, en la noche del 26 de Noviembre se presentó Miñón al Cuartel General en Tacámbaro y puso en manos de Riva Palacio el siguiente documento:

"Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del Mariscal, Comandante en Jefe.—Núm. 1,403.—Señor General: He recibido la carta que me habéis dirigido por conducto del capitán Miñón. He visto con placer los sentimientos de huma-

nidad que os animan y os determinan á proceder en esta circunstancia. Deseando yo ayudaros en esta noble tarea, estoy dispuesto á hacer todo lo que me sea posible para conseguir un común acuerdo.—Tengo, pues, la honra de informaros, que doy órdenes para que se efectúe el canje en el pueblo de Acuitzio el 2 de Diciembre, de las ocho á las diez de la mañana.—Quedan á vuestra disposición en ese canje:—Primero, el general Canto y todos los oficiales, hechos prisioneros con él, por el coronel De Potier.—Segundo, todos los oficiales hechos prisioneros en Tacámbaro por el coronel Van der Smissen.—Tercero, todos los oficiales hechos prisioneros en Santa Ana Amatlán por el general Méndez.—Cuarto, todos los soldados prisioneros en Morelia.—En fin, según vuestros deseos, los generales Tapia y Juan Ramírez, hechos prisioneros en Oaxaca y detenidos en Puebla.—Todos los prisioneros que están en Morelia os serán remitidos el día 2. Respecto á los generales Tapia y Ramírez, me comprometo bajo mi palabra de honor, á ponerlos en libertad en Puebla con salvoconductos para que puedan ir á donde les parezca, tan luego como se me participe estar verificado el canje.—El señor capitán Bocarmé, del regimiento belga, está designado por mí para presidir el canje de los prisioneros. Lo acompañará el señor capitán D. Antonio Salgado, y como escolta irá hasta el pueblo de Acuitzio una compañía belga de cincuenta á sesenta hombres y además algunos jinetes mexicanos.—Espero, señor general, que os satisfará la buena voluntad que os demuestro en esta ocasión.'—No quiero concluir esta carta sin daros las gracias por la buena voluntad y por los miramientos que habéis tenido para con los prisioneros.—Recibid, señor general, la seguridad de mi más distinguida consideración.—El Mariscal de Francia, *Bazaine.*—Señor general Riva Palacio."

En este documento campean la voluntad de verificar el canje sin restricciones injustas, la franqueza de un militar que comprende su deber, y la cortesía del caballero. Compárese su comunicación con la carta de Maximiliano y con las notas de Méndez.

El general Riva Palacio había realizado sus nobles y pa-

trióticos deseos: ninguno de sus compañeros de armas sería sacrificado; él no había reconocido al imperio ni tratado con sus hombres; el decoro de la República estaba ileso.

Riva Palacio se apresuró á contestar al Mariscal Bazaine, y lo hizo en los siguientes términos:

"Ejército Republicano del Centro.—General en Jefe.—Con mucha satisfacción he recibido, por conducto del capitán Miñón, las proposiciones relativas al canje de prisioneros; y S. E. el Mariscal debe estar completamente seguro de que por mi parte no se pondrá dificultad de ninguna especie y de que haré todo lo posible por que, cuanto antes, tenga su más cabal verificativo: mandaré entregar al comisionado de S. E. el señor Mariscal, todos los prisioneros, tanto extranjeros como mexicanos, que existen en Zirándaro y en Huetamo.—Por mi parte presidirá el canje el señor teniente coronel Agustín Linarte, escoltado por ochenta jinetes. Haré, sin embargo, notar al señor Mariscal, que su enviado el capitán Miñón me ha presentado anoche en esta ciudad sus comunicaciones: que de aquí al lugar en que están los prisioneros hay una distancia de cuarenta y seis leguas de muy mal camino, y de aquí al punto señalado para hacer el canje hay una distancia de doce leguas que, unidas á las anteriores, producen un total de cincuenta y ocho leguas que creo imposible que puedan recorrer los prisioneros belgas en los pocos días que faltan para el cumplimiento del plazo que el señor Mariscal ha señalado. Sin embargo, he puesto un extraordinario para que inmediatamente se pongan en camino para esta ciudad lcs prisioneros; y me tomo la libertad de suplicar al capitán Miñón entregue una carta al de igual clase, Visart de Bocarmé, para que éste no salga á encontrarlos hasta el día en que yo le mande avisar.—Creo que S. E. el señor Mariscal conocerá la inculpabilidad que hay por mi parte, si el canje no tiene lugar el día que él había determinado y como yo lo deseara.—Para evitar que las hostilidades en el camino de aquí á Morelia puedan impedir ó retardar el éxito de esta negociación, ya doy mis órdenes para que se suspendan en toda la línea de Tacámbaro á Acuitzio; y en el caso de que lleguen á quebrantarse, protesto al señor Mariscal que no será por parte

de las fuerzas republicanas.—Réstame sólo, antes de terminar esta nota, dar á S. E. el señor Mariscal las más expresivas gracias por su deferencia y caballerosidad en este negocio, que prueba sus sentimientos humanitarios y nobles.—Protesto á S. E. la seguridad de mi más distinguida consideración.—Tacámbaro de Codallos, á 27 de Noviembre de 1865. *V. Riva Palacio.*——A S. E. el señor Mariscal Bazaine, Comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México."

Por virtud de estas notas quedó eliminado D. Ramón Méndez de tomar participación en el canje. El arreglo se llevó á cabo entre el ejército invasor y el republicano, ajustándose los beligerantes á las leyes acostumbradas de la guerra.

Hubo un incidente que podría haber hecho dudar de la lealtad del general Riva Palacio, pero que por fortuna se resolvió por sí solo. Sucedió que, una vez reunidos en Huetamo los oficiales y soldados del enemigo que iban á ser canjeados, varios de los últimos que ya se habían incorporado á aquéllos, manifestaron, resueltos, que no querían volver á servir en sus antiguas filas, y que desde aquel momento se proponían ingresar á las tropas mexicanas de la República. El jefe militar de Huetamo estaba á punto de obligar á los disidentes belgas á que aceptasen el canje, pero sus mismos oficiales los dejaron en libertad de obrar como quisiesen.

Los prisioneros llegaron á Tacámbaro el día 3 de Diciembre: en la noche fueron á despedirse del general Riva Palacio y á manifestarle su agradecimiento por las consideraciones de que habían sido objeto en su larga prisión: en más de uno de aquellos valerosos soldados vimos lágrimas que bajaban á humedecer el marcial bigote. El general les habló con las palabras de tierna elocuencia que sabe emplear en las ocasiones oportunas. Todos le estrecharon la mano y él les abrió los brazos con efusión. Indelebles son los recuerdos de gratitud que han conservado los belgas hacia el general Riva Palacio: desde su país le escriben de cuando en cuando y todos ellos le han enviado sus retratos. Una vez que Federico V. Riva Palacio, hijo del general, estuvo en Bélgica, se reunieron muchos de los prisioneros de Zirándaro y le ofrecieron en Gante un suntuoso banquete.

Antes de proseguir el relato, véase la lista de los prisioneros de ambas partes beligerantes que iban por fin á recobrar su libertad.

Relación de los jefes y oficiales hechos prisioneros por el coronel De Potier.

General de brigada, Benigno Canto; Coronel, Albino Vidal; Teniente coronel, José María Callejo; Idem, Juan García; Comandante, Esteban Hernández; Idem, Espiridión Espinosa; Capitán, Procopio Linares; Idem, Marcelo Maldonado; Idem, Martín Cueva.

Relación de los jefes y oficiales hechos prisioneros en las inmediaciones de Tacámbaro, por el coronel Van der Smissen.

Coronel, José María Hernández; Teniente coronel, Luis Carrillo; ídem, Carlos Borda; Capitán teniente, Guadalupe Caldelas; Comandante, Rosendo Márquez; Capitán, Miguel Aguirre; ídem, Francisco Ramírez; ídem, Pascual Rubio; Capitán teniente, Rafael Espinosa; Teniente, Ignacio Hurtado; ídem, Francisco Paredes; Teniente subteniente, José María Tovar; Teniente, Vicente Barrera; Soldados, 31.

Relación de los jefes y oficiales hechos prisioneros en Santa Ana Amatlán.

Coronel, Vicente Villada; ídem, José María Pérez Milicua; Teniente coronel, Jesús María Romo; ídem, Manuel G. de León; ídem, Ramón N. Rocha; ídem, Antonio Mejía; ídem, Fernando Nevraumont; Comandante, Francisco María Ortega; ídem, Manuel Rueda; ídem, Eufemio Guzmán; ídem, Pablo María Conejo; ídem, Rafael Cano; ídem, José María Velázquez; Capitán, Francisco Segura; ídem, Luis G. Aponte; ídem, Ignacio T. Cerda; ídem, Felipe Aguirre; Teniente, Fortino González; ídem, Evaristo Colín; ídem, Vicente Bravo; Subteniente, Camilo Aguilar; ídem, Albino Resendis; Escribiente, Ignacio Ortiz; Capitán, Gerardo Castro; Comandante, Clemente Trejo; Soldados, 80.

Lista nominal de los jefes y oficiales mexicanos imperialistas.

Teniente coronel, Vicente Solís; Capitán, Francisco Morel; ídem, Julio Magaña; Teniente, Tomás Saenz; ídem, Genaro Escamilla; Subteniente, Luis Magaña; ídem, Antonio Noguez; Alférez, José María Yáñez; garitero, Dionisio Urbina.

Lista de los prisioneros belgas del Regimiento de la Emperatriz.

Gauchin, capitaine; De Heck, lieutenant; Walton, ídem; Fourdin, sous-lieutenant; Di Biver, ídem; Adam, ídem; Geoffroy, ídem; Jacobs, lieutenant pageur; Miñón, intérprete; Sergents majors: Heym, Grange, Sausven; Sergents: Seoupens, Lepage, Besme, Duval, Beunier, Depaus, Fourdin, Chapitre, Jacob; Sergents fourriers: Rosal, Cauttier, Libert; Caporals: Rovis, Hachu, Danso, Gerard, Bonevie, De Rive, Dervert, Delange, Piels, Defansart, Brassart, Lambermont, Vanhagentore, Verkect, Orianne, Delmsée, Honnier, Loomans, Betaud, Sibenaler, Dupare; tambours: Le Rycke, Hubert; clairons, Hock, Cabry, Van demme, Flament.—Soldats, 238; Vivandiere, Codemessing.

El día 4 salió de Tacámbaro para Acuitzio la columna del canje.

Desde los últimos días de Noviembre se habían suspendido las hostilidades en la línea de Tacámbaro á Morelia. Ninguna tropa recorría los caminos en una zona de doscientas leguas cuadradas. Las poblaciones tuvieron un respiro de paz, y era de ver la alegría que se reflejaba en los semblantes de hombres, mujeres y niños que descansaban, después de tres años de lucha, de los horrores de la guerra.

En las inmediaciones de Acuitzio se veían grandes caravanas de gente á caballo que se dirigía á aquel lugar á presenciar el canje. Distinguíanse los rancheros con sus trajes de charros y los anchos sombreros galoneados; las rancheritas con el rebozo terciado en la cintura, el pie en el estribo de la silla vaquera, la cabeza cubierta con sombrero jarano, y ellos y ellas, jinetes en briosos caballos.

Las autoridades municipales de los pueblos vecinos enviaron sus músicas á solemnizar el acto oficial. En suma, parecía que se daban cita todos para asistir á una gran fiesta de la patria ó á una solemne función religiosa.

Serían las diez de la mañana del día 5, cuando nuestra tropa con los prisioneros que escoltaba, llegó á la orilla, rumbo al Sur. El teniente coronel Linarte mandó hacer alto, y con voz acentuada dijo á los prisioneros:

—Señores, vuestros compatriotas se hallan en el extremo opuesto de la población: es la fuerza que conduce á los prisioneros republicanos. Mientras se cumplen las formalidades del canje debéis permanecer acampados aquí.

Los belgas respondieron á estas palabras con gritos de entusiasmo.

Linarte se dirigió al trote hacia Acuitzio.

En aquellos momentos, del otro lado de la población, se oía el canto belga "Garde à vous," tocado por los clarines. Nuestras músicas dejaron escuchar entonces los acordes del Himno Nacional, y algunas voces entonaban la estrofa: "Ciña, oh patria, tus sienes de oliva," etc.

Mientras esto pasaba en uno y otro campamento, Linarte desembocaba en la plaza, en el mismo instante en que aparecía en ella el capitán Visart de Bocarmé: los dos jefes se saludaron estrechándose la mano, como antiguos amigos: lo eran en efecto desde que aquel oficial belga había hecho viajes á Tacámbaro y Uruapan en arreglo del canje con el general Arteaga.

Cuando hubieron cambiado sus respectivas credenciales y las listas de los prisioneros, ambos ordenaron á sus clarines toque de *atención*, y luego la voz de mando *¡avancen!*

Unos cuantos minutos después, las dos fuerzas penetraron en la plaza. Sonaron las bandas y las músicas; el espacio se llenó de cohetes que estallaban en el aire, las campanas repicaban alegremente, y se oían las exclamaciones de entusiasmo de la multitud.

Los prisioneros, sin poderse contener, se abrazaron entre sí, y luego se desprendieron del uno y del otro bando, y fueron á estrechar entre sus brazos á sus antiguos camaradas.

Los belgas se dividieron en varios grupos y entonaron el canto de su patria. Nuestros músicos repetían el Himno Nacional.

Desde temprano los aposentadores habían preparado la comida para sus soldados. Linarte y Bocarmé presidieron sus respectivos banquetes, y el último obsequió á los nuestros con abundante cerveza que había llevado desde Morelia.

Sonó la hora de la despedida: los saludos cordiales se cambiaron de nuevo, y ambas fuerzas se pusieron en marcha.

La tarde, como lo son generalmente las de Diciembre en nuestro clima, estaba esplendorosa y tranquila; transparente y perfumado el aire; de azul pálido la bóveda del cielo, y como cubiertas de una gasa cerúlea las montañas que rodean el extenso llano de Coapan: á lo lejos se veía erguida la blanca iglesia de Undameo, y humildemente reclinado al pie del cerro del Aguila, el ruinoso Tiripitío, en otro tiempo vasta ciudad, rica y feliz.

Nuestros soldados desaparecieron entre los obscuros pinares del camino de Tacámbaro.

Al día siguiente, en la *Mesa*, preciosa colina que se levanta hacia el Norte de Tacámbaro, notábase un movimiento inusitado. El vecindario en masa había salido á encontrar á los prisioneros. De cuando en cuando se oían gritos de *¡ya vienen, ya vienen!*

Por fin, al avistarse la fuerza, todos prorrumpieron en vivas á México, al Ejército del Centro, y al digno jefe que había llevado á feliz término el deseado canje.

Los espectadores iban saludando á sus conocidos entre los prisioneros. Se oían distintas voces:

—Ese es el coronel Hernández, anciano patriota que abandonó sus talleres de Toluca para venir á luchar por la patria.

—Aquél es el coronel José Maria Pérez Milicua, tipo de la lealtad y del patriotismo, un valiente veracruzano.

—Allí viene Rosendo Márquez, el audaz jefe de exploradores que pregunta sorprendido cómo es el miedo.

—Mira, mira á Villada, el apuesto oficial á quien han ceñido su banda de coronel tantos gloriosos combates.

—Y Luis Carrillo, y Borda, denodados jefes, que en el asalto se disputan el lugar del peligro.

—Pancho Ramírez y J. Guadalupe Caldelas, los amigos caballerosos, esos subalternos hoy, que mañana serán distinguidos jefes, por su valor y su instrucción.

—Miren, ese ha de ser el general Canto, antiguo oficial del Batallón de Matamoros de Morelia: peleó contra los americanos en 1847, contra los *mochos* en la revolución de Jalisco, en la de Ayutla y en la guerra de tres años.

Así se oían por todas partes los nombres de los prisioneros: ya en la ciudad, las avenidas del tránsito estaban adornadas con banderas tricolores; las ventanas llenas de señoras y las calles henchidas de toda clase de gente. Se oían los repiques, las músicas, los estallidos de los cohetes.

El general recibió á sus hermanos de armas con los brazos abiertos. A través de los espejuelos de sus anteojos se echaba de ver que había en su mirada la luz de la satisfacción.

Pocos días después llegó á Tacámbaro el general D. Santiago Tapia, para dar personalmente las gracias al general Riva Palacio. En seguida marchó á la frontera, en donde una temprana muerte le sorprendió, privando á la patria de sus importantes servicios. En cuanto al general Ramírez, sus enfermedades le impidieron marchar á Michoacán: pasados algunos meses del canje, se incorporó al Ejército de Oriente en las tropas que hacían la campaña en el Norte de Puebla, hallándose en la toma de aquella plaza en el glorioso 2 de Abril de 1867.

Tal es la historia del canje de Acuitzio, de ese importante acontecimiento en la campaña de Michoacán, que fué un timbre de decoro para la Nación.

CAPITULO XXXIV.

(1866)

Situación moral del Estado al principiar el año de 1866.—Un recuerdo del coronel Arandia.—El comandante Braulio Sánchez.—Vuelve D. Antonio Huerta al campo liberal.—Pérez Hernández.—Expedición de Méndez.—Invasión á Tacámbaro.—Desastre.—Un certificado de defunción.—Fusilamiento de Solache y sus compañeros.—Otros nueve republicanos fusilados en Ario.—Patriotismo de las michoacanas.—Huetamo.—El coronel Valdés.—Una revista de héroes.—Lalanne y Manuel Alas.—Noticia funesta.—Una sorpresa.—Regreso á Tacámbaro.—La expedición del general Régules.—Batalla de la Palma.—Nuevos generales de división.

Al comenzar el año de 1866, la extensa línea ocupada por los republicanos desde Coalcomán hasta Zitácuaro disfrutaba de una tranquilidad relativa, y tanto allí como en el resto del Estado, la opinión pública se había puesto del todo en favor de la causa nacional. Mucho había influído para llegar á este resultado una circular que se llevó á su debido cumplimiento; mediante la cual, las guerrillas autorizadas dependían directamente del Cuartel General, y los jefes de las líneas debían refundir en su fuerza las partidas sueltas. La moral del ejército jamás había estado tan levantada, porque Riva Palacio había inspirado confianza con sus acertadas disposiciones y su prodigiosa actividad. Hasta los más intrigantes confesaban que el general sabía de política. "Con él dirigiendo y Régules ejecutando, todo marchará bien," decían, y este modo de pensar era el de muchos. El coronel Ronda, aquel soldado tan circunspecto, tan parco en sus palabras, decía con este motivo á Riva Palacio, en carta fecha 7 de aquel mes: "Muy complacido estoy por los trabajos que vd. con tan-

ta asiduidad ha emprendido en favor del Estado y de la causa; y en premio de estas fatigas, contará vd. con el reconocimiento de los michoacanos y con la abnegación de todos sus colaboradores."

En efecto, durante el corto tiempo en que Riva Palacio estuvo al frente del Cuartel General, su acción se hacía sentir por todas partes. A fin de estar más expedito en sus frecuentes viajes de Tacámbaro á Turicato, á Huetamo, á San Antonio de las Huertas, á Carácuaro y á Zitácuaro, para aumentar la fuerza y proveerse de material de guerra, nombró mayor general á un antiguo y ameritado coronel, D. Antonio Arandia, patriota y liberal en la extensión de la palabra. Este jefe permanecía en Tacámbaro para atender á las emergencias de la campaña y á la organización y disciplina de la segunda división. Sus servicios allí fueron importantes.

Entretanto las guerrillas no descansaban. El día 5 de Enero, el contraguerrillero Pureco, procedente de Pátzcuaro, trató de sorprender en Ario á la caballería del teniente coronel Salgado; pero advertido éste, lanzó sobre aquél los cuarenta hombres que mandaba el valiente Nieves Sosa, quien encontró á los imperialistas en el Molinito, cerca de Santa Clara, y los batió, logrando derrotarlos, al grado de que no le quedaron á Pureco más que diez hombres. Fugitivo, encontró en el camino á un desgraciado ranchero, á quien se llevó para fusilarlo como prisionero, lo que en efecto hizo en Santa Clara, con escándalo de aquellos vecinos.

El día 10, la fuerza de Pesquera, jefe de la guarnición imperialista de La Piedad, unida á una tropa de Puruándiro y formando ambas un total de seiscientos hombres, batió la guerrilla de doscientos que mandaban los coroneles Rafael Arias y Rafael Rangel, quienes derrotados tuvieron que retirarse hasta Coeneo.

A Arias le tenían un odio especial los traidores, á causa del prestigio de que disfrutaba en la zona de Coeneo, y á causa también de su valor personal. Sabiendo el prefecto de Pátzcuaro que aquel jefe acababa de ser derrotado, se hizo la ilusión de que podría aniquilarlo fácilmente, á cuyo efecto destacó sobre él un escuadrón de caballería, á las órdenes del

teniente coronel Espinosa. Este y Arias se encontraron el día 19 en la falda del Zirate, rumbo á Coeneo; pero bastó un ligero aunque sangriento combate para que Arias, con cincuenta rancheros, destrozara por completo al enemigo.

Por aquellos días, el comandante Braulio Sánchez logró insurreccionar contra el imperio los pueblos de Yurécuaro, Tanhuato y Ayo el Chico, los dos primeros del distrito de La Piedad (Michoacán), y el tercero de La Barca (Jalisco), logrando poner sobre las armas una guerrilla de cien hombres, á la que se unió la guarnición de traidores (cosa de cincuenta) que había en la hacienda de Buena Vista, propiedad de Velarde (a) Burro de Oro.

D. Antonio Huerta, de quien me ocupé al hablar de Uraga, volvió en esos días á prestar sus servicios á la causa de la libertad, si bien no se le dió el mando de ninguna fuerza, limitándose su cooperación, eficaz y valiosa, á auxiliar con su brazo y sus relaciones á las fuerzas de Ronda, Garnica y Arias.

Recientemente he hecho mención del general José María Pérez Hernández. Era cubano ó guatemalteco, y antes de la campaña había tratado de darse á conocer en México como literato, amante de los estudios serios: se hizo nombrar miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística, y publicó una Estadística general de la República que le dió algún nombre. Repentinamente apareció en Michoacán, á mediados de 1865, presentándose con respetables cartas de recomendación y un despacho que lo acreditaba como general de brigada. Era insinuante, ameno en su conversación y de fácil trato, y logró cautivar con estas prendas al general Arteaga, quien lo nombró jefe de una brigada ligera, compuesta al principio de algunos jefes y oficiales sueltos, y luego hasta de doscientos hombres de tropa. Pérez Hernández, luego que se vió con elementos, se echó á expedicionar. ¿Creerán los lectores que en terreno ocupado por el enemigo? No; en los pueblos de la zona hospitalaria de los republicanos, en donde con una energía inflexible hacía requisición de caballos, pedía la menestra[1] en las tiendas, cogía leva para soltar á los hombres me-

1 Lo necesario para condimentar el rancho de la tropa.

diante rescate, imponía préstamos forzosos hasta en los ranchos; en suma, ponía en planta aquel refrán de ciertos chinacos de la última clase: "vale más una lanza bien revoleada que toda una pagaduría." Muy pronto, nadie volvió á llamarlo Pérez Hernández: su apellido quedó convertido en el de *Pérez Fisga*. Cuando el fusilamiento del general Arteaga, Pérez Hernández asumió el título de general en jefe del Ejército Republicano, que dimitió humildemente cuando vió que todos reconocían con ese carácter al general Riva Palacio.

El Cuartel General tuvo tantas quejas de aquel jefe, que Riva Palacio le dió orden terminante de que pasara á Jalisco á revolucionar en aquel Estado, que se hallaba por entonces enteramente sometido al imperio. Sus depredaciones, al menos, serían hechas en campo enemigo; pero Pérez Hernández contestó con un candor columbino: "¿cómo quiere vd. que yo entre á Jalisco con solos ciento cincuenta hombres?" No había remedio: el general le mandó que se concentrara á Tacámbaro, y que de no cumplir sería batido irremisiblemente. Pérez Hernández obedeció, y el día 12 llegó á aquella ciudad al frente de la brigada ligera, con un efectivo de doscientos hombres.

El día 18 fué quien primero comunicó al general Riva Palacio, que se hallaba en Huetamo, la noticia de que Méndez, con mil quinientos hombres y cuatro piezas de artillería, había salido de Morelia á Pátzcuaro, ignorándose aún el final objeto de la expedición.

Méndez en efecto había llegado á Pátzcuaro el día 17; el 18 salió rumbo á Taretan, movimiento que lo alejaba de Ario y Tacámbaro; el 19 hizo una marcha retrógrada y se ocultó en la selva; ese mismo día en la noche dividió su brigada en dos columnas, una á sus inmediatas órdenes y la otra á las del coronel Santa Cruz; y en la madrugada, á paso veloz, tomó cada una de ellas la dirección convenida.

Al amanecer del día 20, Méndez cayó sobre Ario sin poder verificar la sorpresa que se había propuesto, pues que Salgado y Ugalde se retiraron en su presencia, y aunque perseguidos por espacio de una legua, llegaron sin novedad á la hacienda del Tejamanil.

Santa Cruz obtuvo mejor éxito. El mayor general Arandia, al recibir la noticia de la aproximación del enemigo, con una actividad asombrosa, hizo salir el material de guerra que se había ido reuniendo en la ciudad; luego dió orden de que la segunda división que estaba allí y la fuerza de Pérez Hernández evacuaran la plaza, y envió al teniente coronel Fernando González para que, con la pequeña partida de su mando, saliera á reconocer al enemigo. Todos obedecieron, con excepción de Pérez Hernández, que detuvo su brigada ligera mientras él, dejando atado su caballo en el pilar de uno de los portales de la plaza, fué á una tienda á recoger dinero que tenía allí depositado.

El convoy y la segunda división se retiraron hacia la cuesta del Toro, con toda calma y sin el menor contratiempo. Algunos jefes y oficiales sueltos que estaban en la plaza salieron también, reuniéndose unos á la fuerza y tomando otros varias direcciones.

Todo esto pasaba en el lapso de un cuarto de hora, pues apenas había salido Fernando González á la orilla de la población, cuando se encontró con Santa Cruz, teniendo que retirarse haciendo un fuego vivísimo, y batiéndose con mucho valor, en medio de una parte de la fuerza contraria que lo perseguía. El resto de la tropa imperialista, sin perder un momento, penetró en Tacámbaro y llegó á la plaza.

Pérez Hernández, con agilidad admirable, corrió hacia donde estaba su caballo, de un brinco se colocó en la silla y metió espuelas y fatigó el chicote: el corcel no respondía á la ansiedad del jinete; azorado, con las orejas erguidas, no hacía más que dar de vueltas al rededor del pilar. Era que Pérez Hernández se había olvidado de desatarlo. Hubo de advertirlo al fin, y entonces se acordó de sacar el sable........ para romper de un tajo el *cabrestante*, y gracias á Dios huyó sin volver el rostro.

Entretanto Santa Cruz había caído sobre la brigada ligera, la acuchillaba á su placer y la ponía en vergonzosa dispersión.

En tales momentos, la otra partida de la fuerza imperialista que había seguido por el camino de Chupio á la partida

que mandaba el teniente coronel González, volvía á la plaza llevando en una camilla á este jefe, acribillado á balazos y con muchas heridas de arma blanca.

Oigamos ahora lo que sobre un episodio de aquella jornada refiere el periódico *La Municipalidad:*

"Como las guerrillas de traidores usaban blusas encarnadas y daban el grito de "libertad," al regresar á Tacámbaro, el teniente coronel Solache y el comandante Espiridión Espinosa, con sus asistentes y dos soldados belgas que se escaparon en unas sinuosidades del camino junto á la alberca, se encontraron con una fuerza enemiga (la contraguerrilla) y le gritaron preguntándole por los traidores; éstos les contestaron que se habían retirado, llamándolos con instancia; los patriotas cedieron por equivocación, y entregados de buena fe, fueron conducidos á Tacámbaro en calidad de prisioneros.

"Santa Cruz, que había servido á la República en las fuerzas de Guanajuato, á las órdenes del general Manuel Doblado, luego que vió á Solache, de quien había sido compañero de armas, lo abrazó, lo llevó á su alojamiento tratándolo amigable y familiarmente, disponiendo que los demás prisioneros fueran puestos en la cárcel.

"En la tarde se pasearon del brazo, y en la noche, después de cenar, dijo el jefe traidor á Solache: "Ya es tiempo de que te recojas y te dispongas á pasar á la otra vida, porque al amanecer y al emprender mi marcha has de quedar fusilado en unión de tus compañeros. Llamó á un ayudante y cuatro dragones y lo condujeron á la cárcel."

Haré á lo dicho por *La Municipalidad* pequeñas rectificaciones, quedando en pie lo demás, que es enteramente exacto.

No fué en la noche cuando Santa Cruz envió á la cárcel á Solache, sino que en la tarde misma se dirigió con él á donde estaban los demás prisioneros, que eran quince. Mandó formar á éstos é interpeló á Solache para que le dijera quiénes de entre ellos eran oficiales.

—Yo no soy delator, contestó Vicente Solache; si hay algún oficial y quiere hacerlo, que dé un paso al frente.

El teniente Espinosa y otro cuyo nombre no recuerdo dieron el paso al frente, y entonces Santa Cruz los mandó en-

capillar, juntamente con Solache, Fernando González y los dos soldados belgas.

Tan luego como circuló en Tacámbaro la noticia de esta terrible disposición de Santa Cruz, Doña Petra Hinojosa de Gutiérrez, acompañada de otras señoras, fué al alojamiento del jefe imperialista á pedirle la vida de los prisioneros: aquel hombre estuvo inflexible y sólo concedió exceptuar del suplicio al teniente coronel Fernando González, porque se le demostró, con la opinión de dos médicos, que estaba moribundo, siendo casi seguro que no duraría con vida ni veinticuatro horas. Y sin embargo, esta gracia se otorgó condicionalmente, pues Santa Cruz, dirigiéndose á la Sra. de Gutiérrez, le dijo:

—Le entrego á vd. el preso; pero dentro de ocho días, ó me lo devuelve vd., ó me envía el certificado de su defunción.

Petrita aceptó el convenio y á los ocho días envió al coronel imperialista un certificado apócrifo de defunción del herido, quien con mucho sigilo había sido transportado de Tacámbaro á Huetamo, en donde se hallaba en vía de alivio.

En cuanto á Solache y sus cuatro compañeros de desgracia, salieron de la capilla á las seis de la mañana del día siguiente, y, firmes y serenos, se dirigieron al cadalso. Allí hubo un incidente: uno de los dos soldados belgas se quitó la blusa encarnada que era parte de su uniforme y comenzó á desgarrarla.

—¿Para qué hace vd. eso? le dijo el oficial que mandaba el cuadro.

—Para que después de mi muerte no se la ponga ningún traidor, contestó el belga.

Un minuto después yacían en el suelo los cadáveres de aquellos cinco mártires de la libertad.

Santa Cruz se dirigió en seguida á Ario á reunirse á Méndez, quien mandó que en el acto se fusilara á los otros nueve prisioneros cogidos en Tacámbaro.

Quisiera, para escribir las líneas que siguen, recoger uno á uno, frescos, con el perfume de la gratitud, los recuerdos que

se guardan en la urna de mi memoria. Voy á hablar de algunas señoras que, como Petrita Hinojosa, eran nuestros ángeles guardianes en aquellos días aciagos de la campaña.

Comenzaré por ella misma. Petrita era esposa del patriota D. Antonio Gutiérrez, uno de los vecinos más ricos de la población. Su casa era nuestra casa, y en ella encontrábamos, no sólo asilo y bienestar, sino corazones francos y cariñosos, alivio en nuestras enfermedades, consuelo en nuestras horas de tristeza. ¡Con qué solicitud nos trataba aquella noble señora, que nos amaba y nos atendía como si hubiese sido nuestra hermana! ¡Con qué oportunidad nos transmitía avisos para evitarnos caer en el peligro!

Petrita se esmeraba con nosotros; pero sus grandes virtudes, entre las que descollaba la caridad, la conducían á socorrer y ayudar en la desgracia á los soldados del enemigo, tanto como á nosotros mismos.

Era de carácter prudente y moderadísimas sus maneras, de suerte que inspiraba respeto y cariño á todos, liberales é imperialistas, y en ambos campos tenía amigos sinceros que se afanaban por servirla.

Cuando la toma de Tacámbaro, el 11 de Abril, Petrita recogió á los belgas que, bajo su palabra de honor, se quedaron en aquella ciudad por estar heridos, los curó por sus propias manos y les dió cuanto necesitaban. Habiendo llegado á noticia de Maximiliano y de Carlota tan generoso proceder, la archiduquesa le envió una carta autógrafa, dándole las gracias, y el archiduque le otorgó una medalla de mérito civil. Ignoro si la Sra. de Gutiérrez contestaría la carta, pero de acuerdo con nuestros jefes, aceptó aquel testimonio que acreditaba sus virtudes.

A la altura de Petrita colocaré, con un recuerdo de especial cariño, el nombre de la Sra. Antonia Padilla de Magaña. También vivía en Tacámbaro con su esposo el Sr. D. Marcelino Magaña, y ambos dirigían los trabajos de su finca de campo "La Joya," situada en las inmediaciones. Antoñita tiene las mismas virtudes que Petrita; pero su carácter era distinto, y mayor su entusiasmo por la causa nacional: así es que no aceptaba relación alguna con los traidores, y era vale-

rosa, no sólo en manifestar sus opiniones políticas, sino en trabajar abiertamente, enviando correos con noticias de los movimientos del enemigo, y haciendo en pro de la causa liberal la propaganda más activa y eficaz.

Para ayudar á una y otra estaba lista Nacha Muñiz, siempre alegre y festiva, siempre atenta á saber las necesidades de los chinacos para avisarlo á sus amigas á fin de que ocurriesen á aliviarlas. Aquella muchacha entusiasta era nieta de Muñiz, soldado de Morelos, que sostuvo tanto tiempo el fuego de la libertad en el Sur de Michoacán.

Y así como en Tacámbaro, en las demás poblaciones en donde con frecuencia residíamos, y aun en las que estaban ocupadas por el imperio, había señoras y señoritas que tomaban parte activa en nuestro favor, exponiendo muchas veces su vida en aras de sus opiniones. No hago una lista de todas porque he olvidado muchísimos nombres. Por eso me he limitado á expresar los de las señoras de Gutiérrez y de Magaña y á la Srita. Muñiz.

Agregaré tan sólo á esta pequeña lista los de las Sras. Piedad Rodríguez y Merced Bravo de Díaz, y se me perdonará que á su lado mencione el de una hermana mía, Librada, muerta hace ya muchos años. Estas tres últimas eran en Uruapan lo que aquéllas en Tacámbaro. En todas las poblaciones había señoras y señoritas que se distinguían por su patriotismo práctico, pues no se limitaban á expresar sus opiniones, sino que prestaban servicios de importancia á la causa. Nada extraño era que las esposas ó hijas de nuestros generales se portasen de esta manera, distinguiéndose entre ellas la Sra. Rosario Solorio, esposa del general D. Epitacio Huerta, y María Martínez, la heroica compañera del coronel Ronda, sino que también, y lo consigno con mucho gusto, en la clase del pueblo las mujeres é hijas de los artesanos, de los jornaleros, de los habitantes de los ranchos, todas mostraban sus simpatías por los chinacos y odiaban cordialmente á los traidores, y firmes y constantes en estos sentimientos, hacían participar de ellos á sus padres, esposos y hermanos. Era el pueblo que instintivamente se identificaba con su propia causa.

El general Riva Palacio, que maduraba ya un nuevo plan de campaña, había permanecido en Turicato hasta mediados del mes de Enero: de allí fuimos á Huetamo con el doble objeto de inspeccionar los trabajos de construcción del parque, y del muy importante de poner en campaña á las fuerzas de aquel departamento.

Los hombres de Huetamo son valientes, disciplinados, sobrios; pero habituados á vivir en aquel clima, el más cálido de Michoacán, temen mucho salir á tierra fría, y la tierra fría es para ellos el clima más que templado de Tacámbaro: así es que mientras nosotros sudábamos á chorros en Chupio, en la Loma ó en los puntos inmediatos, los *pintos* tiritaban de frío, y á las diez de la mañana los veíamos rodeados á las fogatas para poder calentarse. En su país pelean, cuando se ofrece, sin descanso y sin fatiga, pero en el interior, si no temen al enemigo, el frío los espanta y los enferma. Esta fué la causa por que, durante la guerra, ninguno de los generales había logrado hacerlos expedicionar. Su jefe, D. Leonardo Valdés, había puesto el departamento en pie de guerra; velaba por que se hiciera efectiva la recaudación de los impuestos á fin de ocurrir á las necesidades del ejército; ejercía una activa vigilancia en los trabajos de la maestranza y, en suma, estaba en todo lo que podía ser útil á nuestras tropas. Huetamo fué por mucho tiempo un punto hospitalario para nosotros, hasta el día en que...... pero dejaré para su lugar oportuno lo que iba á decir.

Huetamo es acaso uno de los más antiguos pueblos de Michoacán, fundado por los primitivos inmigrantes purépecha (los tarascos), y el más populoso y rico de aquel valle en que ostentan sus productos, las entrañas de la tierra en metales preciosos y el fértil suelo con sus opíparas cosechas. En la prehistoria perteneció al poderoso reino de Coyucan, uno de los tributarios de *Caltzontzin;* durante la época colonial formó parte de la jurisdicción de Guayámeo, cuya cabecera principal era el pueblo de Zirándaro, y consumada la independencia, fué el centro del partido, tanto por su importancia mercantil como por los servicios que sus habitantes habían prestado en la guerra de insurrección. Hoy es también cabecera del importante distrito de su nombre.

Finalmente diré que para perpetuar la memoria del malogrado general D. José Silverio Núñez, muerto en defensa de la libertad, el Gobierno del Estado, por decreto de 31 de Marzo de 1859, concedió á Huetamo el título de Villa de Núñez. Creo que es ya tiempo de darle el de ciudad por los elementos de riqueza y de cultura con que cuenta.

Y volviendo al relato, Valdés dictó con tal energía y persuasión sus órdenes para movilizar y aprovechar la guardia nacional de Huetamo, que en la primera mitad de Enero se veían en todos los caminos que conducen á la población individuos y grupos de hombres que, con el fusil al hombro ó montados á caballo con la lanza en la cuja, caminaban para ingresar á las filas en la cabecera del departamento.

El 2 de Enero estábamos en la hacienda de Laureles. Las fuerzas de la línea habían sido citadas para aquel lugar, y el general pudo presenciar con satisfacción una brillante revista que se verificó el día 3. Al leer el comisario el nombre del soldado revistado, conmovido Riva Palacio al recuerdo de glorias pasadas, decía: ese estuvo en Guanoro; el otro me acompañó en el Tulillo; éste peleó el 5 de Julio; aquél fué al asalto de Toluca; estos últimos fueron todos soldados de Nicolás Romero; aquéllos lo eran de Robredo y de Bernal; el piquete de infantería que allí se ve, compuesto de veteranos, es la guardia nacional de Zitácuaro; aquel jefe modesto que tiene la mano en el carrillo es el valiente José Acevedo; ese otro que caracolea su caballo es Carlos Castillo. Era una revista de héroes.

A aumentar tan valioso contingente, llegaron en aquellos días el coronel Jesús Lalanne y el comandante Manuel Alas, dos jefes de relevantes méritos. Con ellos, ó poco después, llegó el teniente coronel Luis Malo, famoso guerrillero que fué muy útil en la campaña. Estuvimos en Zitácuaro un día: allí se recibió la noticia oficial de los sucesos acaecidos en Tacámbaro el día 20. Era patente la culpabilidad del general en jefe de la brigada ligera. Por lo tanto, Riva Palacio mandó que se le sometiese á un consejo de guerra de oficiales generales, nombrándose fiscal para este caso al general coronel Cosme Varela, residente en Huetamo. La fuerza de Pérez Her-

nández se puso á las órdenes del coronel José María Castro, de quien me ocuparé más adelante. Pérez Hernández marchó á Huetamo, y después no volvió á figurar en el ejército.

En cuanto á nosotros, después de tantas fatigas, natural era que el sueño viniese á reparar nuestras fuerzas. El general, estaba alojado en la única pieza habitable que había en aquella casa de D. Lorenzo Rodríguez, situada en el barrio Alto ó del Tompeate, una de las solas dos que no habían sido incendiadas por los belgas; nosotros, el Estado Mayor, ocupamos el soportal; fuera de éste, pero no lejos, se tumbaron los jefes y oficiales, en seguida de ellos los soldados, y en el inmenso patio se dejó suelta la caballada, habiéndose antes regado en el suelo unas barcinas de paja y algunos costales de maíz. Solamente los caballos del general quedaron bien instalados, comodidad relativa; pues que estaban *persogados* en los pilares del corredor, y en el empedrado se les tendió el *pienso*.

En el zaguán estaba la guardia: el somnolento centinela gritaba de cuando en cuando la voz de *alerta*, que se contestaba en el lejano cuartel de la infantería.

Alguien, cuyo nombre no hay necesidad de mencionar, era el único que no dormía. Los estrepitosos ronquidos de sus compañeros; el continuo patear de los caballos; la riña entre algunos de éstos disputándose un bocado de paja en que había más granos de maíz; el viento helado del Norte corriendo debajo de la nubes que, poco á poco, iban ocultando las estrellas: todas estas cosas impresionaban su natural nervioso y hacían huir de sus párpados la dulce pesadez del sueño.

De repente se oyeron dos disparos, y luego el trote de caballos que se acercaban. El centinela gritó:

—¿Quién vive?

—¡Libertad! Respondieron por el lado de la calle.

—¿Qué gente?

—Exploradores.

—Alto ahí. Cabo cuarto.

El centinela, preparando su fusil, tomó la actitud de descargarlo si no era obedecido.

El cabo de cuarto salió con su pequeña escolta á reconocer á los que llegaban. La guardia se había formado con sus armas listas.

Reinó entonces un silencio profundo: ya nadie roncaba; la remonta misma se había quedado quieta.

El cabo regresó y dijo unas cuantas palabras al oficial de guardia; éste se dirigió al punto donde se hallaba acostado el coronel Alzati y le habló en secreto, y Alzati penetró al cuarto en que dormía Riva Palacio, volviendo en el acto con la orden de "¡A ensillar!"

Ya todos estábamos en pie: al oir al coronel corrimos á coger nuestros caballos.

No había una sola estrella que interrumpiese la densa obscuridad que nos rodeaba. Nadie reconocía su caballo entre tantos que, llenos de espanto, huían de un extremo á otro en horrible confusión.

Sonaron allá lejos nuevos tiros. La alarma se hizo general: todos nos apresuramos á coger una cabalgadura, aunque no fuese la nuestra, y entonces sucedió otra cosa peor. No hallábamos los frenos, las sillas estaban equivocadas, los sudaderos revueltos.

Oímos un formidable grito.

—¡El enemigo!

No sé cómo ensillamos. No todos, porque ví á algunos que montaron en pelo.

Por fin salimos del corral y en la orilla de la población nos incorporamos á la infantería.

Serían las tres de la mañana. El enemigo había calculado bien la hora del *albazo*, pero no contaba con la viveza de nuestros exploradores que lo *sintieron* á tiempo, viniendo unos á dar parte y tiroteándose con él los restantes, lo que también nos había servido de aviso.

Clary, con su columna de zuavos, de argelinos y de contraguerrilleros *mexicanos*, llegó á la plaza de Zitácuaro, cuando nosotros salíamos de la ciudad y tomábamos el camino de la Encarnación.

El general dejó á retaguardia un piquete de infantería y una partida de jinetes á las órdenes de Carlos Borda, y la re-

tirada se efectuó sin más novedad que la que en dos palabras paso á referir.

Ibamos ya lejos cuando comenzó á esclarecer. Repentinamente oímos detrás de nosotros una gritería espantosa, y habríamos creído que sucedía algo serio si no hubiésemos escuchado luego risotadas y silbidos. Era que Marmolejo, aquel coloso que conocen ya los lectores, iba montado en una mula, la cual llevaba en vez de sudaderos unas enaguas de castor.

En Laureles, á donde regresamos el día 5, el general recibió un correo extraordinario, y pocos minutos después, todo el mundo sabía que la primera división, al mando del general Régules, había sido derrotada en las lomas que se extienden de Tangancícuaro á Chilchota.

Esta derrota no influyó en el ánimo del general para cambiar su plan de campaña, por más que lo contrariaba ver disminuídos sus elementos de guerra. En el acto dictó la orden de marcha. El día 7 estábamos en Carácuaro, en donde hallamos la brigada de Huetamo, compuesta de quinientos hombres escogidos: el resto quedaba de reserva en esta villa. En virtud de las órdenes que de antemano se habían librado en todas direcciones, en nuestro camino de Carácuaro á Turicato se nos habían ido incorporando diversas fuerzas, inclusos seiscientos hombres, restos de la primera división; y el día 15 entramos en Tacámbaro con mil quinientos soldados, hallando allí quinientos más á las órdenes de Arandia. Sólo se esperaban la artillería y el parque, que debían llegar de Huetamo para entrar en campaña.

Veamos lo que había sucedido con el general Régules. Habíamos dejado á este jefe en Zitácuaro en los últimos días de Diciembre del año anterior, después de su feliz expedición á Temascaltepec. El 4 de Enero volvía al centro del Estado, sin hacer frente á Méndez, que marchó sobre él por Maravatío. El general Régules carecía por completo de parque, y se retiró por Tuzantla y Carácuaro, llegando á San Antonio de las Huertas, en donde se le ministraron algunos cajones de aquel material de guerra. El día 13 volvía á aparecer en Ario

y el 16 emprendió su marcha rumbo á Uruapan. Desde allí libró sus órdenes á Ronda para que con la fuerza de su mando obrara en combinación con la que él llevaba, marcándole al efecto el itinerario que debería seguir. El plan era atacar á Zamora, que tenía en aquel tiempo escasa guarnición. Desgraciadamente el correo cayó en poder del enemigo, y entonces fué cuando Méndez, para evitar que, puestos de acuerdo Régules y Ronda, pudiesen operar con éxito sobre la plaza amenazada, reforzó su columna con seiscientos hombres que habían llegado á Morelia, procedentes de Guanajuato, y se dirigió rumbo á Zamora, seguro de encontrarse con Régules.

Este había salido de Uruapan, marchando por Los Reyes, Cotija y Jiquilpan, en donde se hallaba el día 24. El 25 tomó la dirección de Zamora, juzgando que Ronda estaría en Tangancícuaro. En este lugar se encontró con Méndez el día 28 y se libró la batalla que se conoce con los nombres de Loma Blanca ó de La Palma. La primera división contaba con un efectivo de dos mil hombres, de las tres armas; y los imperialistas de Méndez con mil ochocientas plazas, infantería, caballería y artillería.

"El general imperialista D. Ramón Méndez, dice Zamacois, hizo el reconocimiento de la posición que ocupaban sus contrarios y dispuso el ataque. La fuerza con que Méndez había tomado aquel rumbo, aunque inferior en número, era de las más aguerridas que tenía el ejército mexicano imperialista, mientras en la de Régules había mucha gente que había sido cogida de leva poco hacía, y que por lo mismo carecía de instrucción necesaria en el manejo de las armas y en las evoluciones: sin embargo, el resto de la tropa estaba acostumbrado á los combates y se componía de gente valiente, aunque escasa de equipo y fatigada por las largas y continuas marchas que se veía obligada á hacer con frecuencia para burlar los planes combinados de las columnas móviles destacadas en su persecución.

"Hecho el reconocimiento por el general imperialista D. Ramón Méndez y dispuesto, como he dicho, el ataque, se emprendió éste con todo vigor por una y otra parte. Era el 26 (debe decir el 28) de Enero cuando se verificó este encuen-

tro que fué verdaderamente reñido. Hubo momento en que los republicanos llegaron á envolver á sus contrarios, á apoderarse de un cañón, matando á todos los artilleros, y á poner en el mayor aprieto á las fuerzas imperialistas; pero en aquella crítica situación, el coronel Santa Cruz con doscientos jinetes del regimiento de su mando, y el comandante Ceballos con el resto del batallón del Emperador, cargando en columna cerrada sobre los flancos de los republicanos, arrollaron á éstos hasta sus posiciones, rescatando el cañón y obligándolos á abandonar un número no escaso de imperialistas que habían hecho prisioneros. Recobrada la pieza de artillería, acometieron con extraordinario vigor las posiciones. Los republicanos sostuvieron valientemente el choque; pero después de tres horas más de combate, se vieron precisados á emprender la retirada en diversas direcciones á las siete y media de la noche, dejando sobre el campo de batalla 108 muertos de la clase de tropa y algunos jefes y oficiales, todas sus municiones de fusil y cañón, mucho armamento y bastantes cargas de diversos efectos. El número de prisioneros que cayó en poder de los vencedores ascendió á cuatrocientos diez y ocho hombres, entre ellos algunos oficiales (seis que fueron fusilados sobre el campo). Los imperialistas tuvieron veintidós muertos del batallón del Emperador y cincuenta y cuatro heridos de todos los cuerpos, todos ellos de lanza. Además tuvieron veinticinco caballos muertos del 4º regimiento, del escuadrón de La Piedad y de rurales de Ario."

Sólo agregaré por vía de ampliación y de rectificación á los detalles referidos por el historiador imperialista, que en el momento en que estaba indecisa la victoria, el general Régules destacó sobre el centro de la línea enemiga un batallón, y por el flanco izquierdo la caballería de Toluca, al mando de Espiridión Trejo; pero mientras que ésta cargó valientemente, la infantería tuvo que retirarse en desorden, porque sus fusiles no dieron fuego, á causa de la mala calidad de los cápsules. Entonces nuestras fuerzas quedaron derrotadas, y habrían sufrido mayor pérdida si no hubiera sido porque el coronel Garnica dió una segunda carga, con lo que no sólo impidió los avances del enemigo, sino que lo hizo abandonar el

terreno en medio de la obscuridad de la noche. El general Régules, derrotado, se internó á la sierra, y Méndez se replegó á Tangancícuaro sin levantar el campo, lo cual hicieron al día siguiente los vecinos de ese pueblo y los de Chilchota.

El general Régules se retiró con seiscientos hombres y su artillería íntegra, tomando el rumbo de Paracho y Uruapan y llegando el día 30 á Ario. Desde allí envió á Martiniano León, comandante de artillería, á llevar á Huetamo los cañones, ya faltos de parque y con el objeto de componer los montajes.

En aquellos días, en que el general Riva Palacio se hacía la ilusión de contar con un ejército de más de cuatro mil hombres, la adversa suerte nos hacía perder cerca de trescientos en Tacámbaro, y en La Palma mil cuatrocientos y las armas correspondientes, el parque y demás elementos de guerra, quedando además inutilizada la artillería.

Sin embargo, los pueblos veían que nuestras tropas, lejos de esquivar el combate, tomaban la iniciativa, y que soldados bisoños, sin instrucción ni disciplina, con fusiles que no daban fuego, se batían á campo raso por más de cuatro horas, "poniendo en aprietos, como dice Zamacois, á los soldados veteranos del imperio."

El general Régules estaba profundamente afectado por la derrota de La Palma, pero vino á consolarlo la noticia publicada en aquellos días por el periódico *La Sociedad*, de México, avisando que el Presidente Juárez acababa de expedir despacho de general de división á cada uno de los generales de brigada Ignacio Mejía, Diego Alvarez, José María Carbajal y Nicolás de Régules.

CAPITULO XXXV.

(1866)

Marcha de Méndez.—Combates parciales.—Darío Alzati prisionero.—Es libertado por los vecinos y guerrilleros de Zitácuaro.—Derrota del Ranchero.—Realización de un plan.—Conducta censurable de Ronda.—En marcha hacia Uruapan.—El ejèrcito republicano y el ejército de Méndez.—Batalla de la Magdalena.—Ocupación de Pátzcuaro.—Pánico en Morelia.

El día 1º de Febrero se incorporaron en Ario á la fuerza del General Régules, un piquete de caballería que al mando del Teniente Coronel Villalobos había emigrado desde Pachuca, y la pequeña fuerza del Coronel Villada, compuesta del batallón "Fieles de Michoacán," con un efectivo de trescientos hombres, y del escuadrón del infortunado Solano, que había fallecido un mes antes, víctima de tristeza, porque se le imputaba complicidad en la traición que produjo la catástrofe de Santa Ana Amatlán.

Méndez, después de su costoso triunfo de la Palma, se dirigió en persecución de Régules por Paracho, Uruapan y Taretan, llegando á Ario á las tres de la tarde del día 4 sin lograr su objeto. Régules se retiró á Turicato; Salgado á la hacienda del Tejamanil; Villada marchó á Tacámbaro, y unido á la 2ª división en la tarde del mismo día, ambas fuerzas salieron para la Cuesta del Toro y el 5 llegaron á la hacienda de San Vicente (Arroyo de Apo). Ronda, que de Quiroga marchaba á Tacámbaro, en cumplimiento de las órdenes recibidas, sabedor del movimiento de Méndez, fué á situarse á Cruz de Caminos, permaneciendo allí en observación del enemigo.

Méndez se estacionó en Ario sin dar un paso más, rodeado de sus contrarios á una distancia que no excedía de diez leguas para los que estaban más lejanos, y de cinco para los más próximos. Tenía consigo novecientos hombres, y á las órdenes de Santa Cruz había trescientos más, que con este jefe se desprendieron de Taretan y llegaron á Pátzcuaro el mismo día 4, conduciendo ciento ochenta prisioneros, el verdadero número de los que quedaron en poder de los imperialistas en la batalla de la Palma. Méndez, como se ve, había tenido en la Palma una baja de cuatrocientos hombres, siendo el batallón de Guanajuato el que sufrió mayores pérdidas.

Santa Cruz volvió á incorporarse á Méndez después de dejar en Morelia los prisioneros. Sin embargo de esto, aquel jefe no se movió de Ario hasta el día 12 en que, á marchas forzadas, regresó á Morelia sin haber intentado antes batir á ninguna de nuestras fuerzas. Para explicar esta insólita inacción debo decir que en aquellos días se esperaba en Morelia al General Rosas Landa, y se comunicó oficialmente que debería llegar el día 7 para encargarse del mando superior militar de Michoacán. El despecho, pues, hizo que Méndez permaneciera alejado de la capital, aguardando el resultado de sus gestiones, cuyo objeto era que Maximiliano revocara el nombramiento de Rosas Landa. Aclarado el horizonte, pues que Rosas Landa no se presentó en el Estado, Méndez regresó á Morelia para reorganizar sus fuerzas y entrar de nuevo en campaña. Entretanto, no cesaban los combates parciales.

El día 6 el contraguerrillero Pureco, con treinta hombres desprendidos de Ario, trató de sorprender en Taretan al guerrillero republicano Vicente Bravo, quien con sus compañeros Eufrasio Silva, Magdaleno y Félix Molina (Los Patos) y diez ó doce jinetes, salieron al encuentro de aquél, y en una lucha corta, pero reñida, lo derrotaron matándole é hiriéndole más de la mitad de sus soldados. Pureco, imitando á sus jefes, dió parte de haber sido él quien derrotó á los *Patos*, y de que en la refriega había salido herido el jefe republicano Manuel Treviño. Éste ni siquiera estuvo en la escaramuza.

El 10 se hallaba el contraguerrillero Julián Espinosa en Apatzingán, cuando fué sorprendido por la partida de china-

cos que mandaban Soto y Ramón N. (á) el Chocolate. Éstos se echaron sobre el cuartel, pero Espinosa mandó cerrar el zaguán, ensillar y alistarse para el combate, el cual, sostenido con igual valor por ambas partes en las calles de la población, dió por resultado el triunfo de los imperialistas, quienes lograron hacer un prisionero que fué fusilado inmediatamente. Espinosa, en el parte oficial que rindió al Prefecto de Pátzcuaro, dijo falsamente que Soto había sido el ejecutado.

Es digno de referirse con mayor extensión el episodio siguiente:

Por algunas diferencias suscitadas entre las fuerzas del 1er Distrito del Estado de México y las de Zitácuaro, que habían agriado los ánimos de sus respectivos jefes, Don Zeferino Gómez Gallardo y el Prefecto Don Darío Alzati, éste, con la infantería y la caballería que, en número de doscientos hombres, formaban la guardia nacional de la heroica ciudad, se trasladó al pueblo de Tuxpan distante cinco leguas. Allí estaba cuando los vecinos lo obsequiaron con un baile la noche del mártes 13 de Febrero, con motivo de las animadas fiestas del Carnaval que terminaban en ese día. Por su parte la tropa se entregaba también á la alegría en varias casas de la población.

Serían las tres de la mañana cuando se oyeron un fuego vivísimo de mosquetería y gritos de "viva el Imperio." Por las ventanas abiertas de la sala en que se verificaba el baile se vieron aparecer algunos jinetes que disparaban sobre los concurrentes. Quisieron éstos precipitarse por la puerta que daba al interior, pero el patio estaba ya lleno de tropa enemiga. La confusión, los gritos, el llanto de las señoras, los ayes de los moribundos, la vista de algunos militares y paisanos que habían caído muertos en el salón, todo ofrecía un cuadro de inmensa desventura, de pánico invencible. En otros lugares del pueblo se escuchaban también el rumor de la pelea y los gritos de desesperación de las mujeres.

El autor de aquella sorpresa había sido Jesús González, el *Ranchero*, el sanguinario *Ranchero*, que en su odio contra los liberales había querido convertirse en azote de éstos. Con

más de trescientos hombres se había presentado en aquella mañana en Tuxpan, y ya queda dicho que el éxito fué completo: entre los cadáveres había uno de mujer; los de hombres pasaban de cuarenta, no pocos de ellos vecinos del lugar: los heridos de ambos sexos pasaban de cien, y estaban prisioneros el Prefecto Alzati, el Comandante Pedro Ruiz y cerca de doscientos entre soldados y paisanos.

El Ranchero estaba orgulloso con tan completa victoria, y creía que no se le había escapado ninguno de los chinacos. Así lo aseguró en el parte oficial que uno de sus hombres se apresuró á llevar al Prefecto de Maravatío, saliendo de Tuxpan á las seis de la mañana. No era verdad que todos hubieran caído en su poder, pues que el Teniente Saavedra, más ligero que el viento, llegaba á Zitácuaro á las siete de la mañana del día 14, comunicando la fatal noticia. Los vecinos de la ciudad se arman y montan en sus caballos, se dirigen al Coronel Gómez Gallardo solicitando auxilio, y este jefe convoca á sus subalternos Acevedo, Granda y Castillo, y poniéndose á la cabeza de todos, salen á galope de la ciudad y se dirigen á Tuxpan.

Al entrar á las calles de aquel pueblo convertido en cementerio, se les unen varios vecinos, y ya en número de doscientos hombres aguijan sus caballos y emprenden la persecución de los traidores. A la una de la tarde divisan al enemigo que está próximo á llegar al pueblo de Irimbo. Los chinacos prorrumpen en gritos amenazadores de venganza, los caballos relinchan y á carrera abierta se precipitan en alcance de la tropa imperialista. Sobre la marcha, Acevedo se desvía del camino y, sin ser visto, avanza hasta colocarse al otro lado de Irîmbo para cubrir la retirada al *Ranchero.*

Éste en tanto había apresurado el paso: sus prisioneros iban á pie y descalzos, casi desnudos, porque les habían robado su ropa. No alcanzaron los traidores á penetrar al pueblo. Gómez Gallardo y los suyos los atacaban ya á menos de un kilómetro de las primeras casas. Se trabó la pelea; un disparo de los mosquetes y luego los botes de la lanza. En este acto los prisioneros se repegaron á una cerca que había á la izquierda del camino, y tomando piedras de ella las lanzaron

como un descarga de granizos, sobre los imperialistas, para quienes este ataque de flanco era inesperado. Los traidores se pronunciaron en derrota, huyendo á todo escape y dejando el campo cubierto de cadáveres. En la orilla opuesta de Irimbo, camino de Maravatío, los esperaba Acevedo, y entonces, viéndose batidos á dos fuegos, la dispersión fué completa. Al *Ranchero* se le cayeron su sable, su pistola y su sombrero; tan ligero así iba su caballo.

Al terminar esta gloríosa función de armas en que Don Zeferino Gómez Gallardo, sobreponiéndose á los resentimientos que guardaba contra Alzati, corre á salvar á su enemigo, los soldados de ambos los ven luego echarse los brazos y jurarse eterna amistad.

En Irimbo solemnizaron los chinacos su espléndida victoria, en tanto que el *Ranchero*, con el caballo asoleado y seguido sólo de veinte de sus soldados, entró en la noche en Maravatío, oyendo el alegre repique de las campanas, y hallando á la ciudad iluminada. Sucedía que con músicas y cohetes se celebraba en aquel momento el triunfo que el *Ranchero* había obtenido aquella mañana en Tuxpan, y se esperaba verlo llegar conduciendo á sus prisioneros.

El Coronel Ronda, un día antes de que Méndez marchara de Arío para Morelia, abandonó su posición de Cruz de Caminos, en donde se había situado en observación del enemigo, y se dirigió rumbo á Uruapan, sin que hasta hoy pueda nadie explicarse este movimiento, puesto que Ronda tenía orden de incorporarse al grueso del ejército. El día 13 entraba en Taretan por el camino de la hacienda de Santa Teresa, á la vez que por otro lado penetraba el contraguerrillero Jesús Alatorre. Hubo un ligero tiroteo en las calles; pero los imperialistas cedieron ante el número y fueron derrotados. Una de las partidas de Ronda que persiguió hasta Tomendan un grupo en que iba Alatorre, hizo prisionero al receptor de rentas que en aquella villa tenía el Imperio, D. Mariano Tavera, quien conducido á Taretan, fué fusilado en la plaza. Ronda prosiguió su camino por Uruapan, la sierra de Nahuatzen, y volvió á sus terrenos de Coeneo. Fijo este itinerario, median-

te cuyo trayecto se alejó aquel jefe más y más del ejército, haciendo perder la pista de amigos y enemigos, porque esta circunstancia influyó en los sucesos que van á referirse en seguida.

Tomaremos la relación desde unos cuatro meses antes.

Cuando el ejército del Centro, después de la famosa gran parada, permanecía aún en Uruapan, Riva Palacio había recorrido la ciudad y sus alrededores, fijándose en que su situación ofrece grandes ventajas para librar con éxito un combate. Por esto, cuando Méndez avanzaba sobre Uruapan en aquellos días, en la junta de honor que se celebró entre los Generales Arteaga, Salazar y el mismo Riva Palacio, éste insistía en que se esperara allí á la columna imperialista y se le presentase batalla. Desde entonces fué su pensamiento dominante realizar por su cuenta este proyecto que desgraciadamente no fué aceptado por Arteaga. Después, durante sus activos trabajos en la reorganización del ejército, no cesaba de madurar su plan. Su aspiración era destruir en un solo día el prestigio militar de Méndez.

El golpe dado en la Palma al General Régules vino á disminuir las probabilidades del éxito, y me expreso así, á disminuir, porque Riva Palacio tenía ya formada su resolución invariable, y juzgaba además que si nuestro ejército había perdido en aquella jornada mil cuatrocientos hombres, la pérdida de Méndez no bajaba de cerca de quinientos, que él no podía reparar siquiera en parte, tan fácilmente como nosotros.

El general no conducía al combate á todas las fuerzas que tenía disponibles, porque quiso dejar, como era conveniente, una reserva respetable para un evento desgraciado. No se ocupó un solo hombre de los que cubrían la línea de Zitácuaro; en Huetamo quedaban aún más de seiscientos apercibidos á la defensa de aquel departamento; en San Antonio de las Huertas tenía su cuartel la Legión Extranjera, que no se quiso movilizar, porque contaba con un gran número de enfermos; en Tacámbaro quedó Velasco con una pequeña guarnición de infantería y caballería, y en Ario el Teniente Coronel Salgado con su escuadrón cubría aquel punto, que era el avan-





RAFAEL GARNICA.

EUGENIO RONDA. MIGUEL EGUILUZ.

LEONARDO VALDÉS ANTONIO HUERTA.

zado para proteger una retirada. No teníamos artillería, porque, como he dicho, estaban desmontados y se habían remitido á Huetamo para su compostura, los cañones que en totalidad perdieron sus montajes en la retirada de la Palma.

En cambio, á aumentar el efectivo de nuestras tropas había llegado la sección Garnica con trescientos hombres, y debía incorporársenos el coronel Ronda con igual número, según las órdenes que al efecto se le habían librado.

En la expedición se principiaría amagando la plaza de Pátzcuaro, á fin de hacer salir de Morelia á Méndez, y ponerlo en nuestra persecución. En aquellos momentos era tanto más acertado este proyecto, cuanto que Pátzcuaro se hallaba con escasa guarnición.

Méndez, por su parte, deseando evitar la reunión en Tacámbaro de todas las fuerzas republicanas, hizo rápidamente sus preparativos para salir de Morelia, y en efecto abandonó la capital en la tarde del día 14.

El ejército republicano salió de Tacámbaro el día 16 rumbo al Norte, en busca del enemigo, bien fuese que se encontrara á Méndez en el camino, ó bien que para atraer su atención se pudiera amagar la plaza de Pátzcuaro.

A pocas leguas de distancia de Tacámbaro, algunos exploradores llegaron á dar parte de que el enemigo estaba cerca de nosotros, y de que se habían ya tiroteado con sus avanzadas.

El ejército formó su línea de batalla y esperó á Méndez, quien por su parte estableció su campamento á media legua distante. El bosque nos ocultaba á unos y otros, y sólo de cuando en cuando se oían algunos disparos de los fuegos que se cambiaban los exploradores de ambos lados.

A media noche se avisó al General que el enemigo había levantado el campo y que forzaba su marcha con dirección á Morelia. Riva Palacio juzgó que no debía cambiar su plan, en que todo estaba ya previsto, y en consecuencia, el 17 seguimos el camino, rumbo á Pátzcuaro, llegando á pernoctar en Santa Clara.

Allí, mientras que la tropa tomaba su rancho y después se entregaba al reposo, el General se ocupó del despacho de su

correspondencia. Me acuerdo que lo primero que se hizo fué poner por duplicado una nueva orden á Ronda para que se incorporase en Uruapan precisamente el día 19, aunque hiciese jornadas de veinte leguas. Dos distintos correos llevaron las comunicaciones, en el concepto de que, ya estuviese aquel jefe en Quiroga, Coeneo ó Zacapu, podría recibirlas oportunamente. Luego se leyeron los papelitos enviados por los espías. Méndez retrocedía á gran prisa rumbo á Morelia, llevando su fuerza con un total de mil quinientos hombres: como á las doce de la noche llegó un nuevo correo de Morelia, avisando que habían salido de allí el mismo día 17 á las cinco de la mañana más de ochocientos hombres á reforzar la columna de aquel jefe, y á las cinco de la mañana avisaron de Santiago Undameo que estas dos fuerzas estaban ya unidas y que al día siguiente se dirigirían á Pátzcuaro, llevando consigo cuatro piezas de artillería que acababan de llegar de Morelia. En consecuencia, no fué ya necesario que nos acercáramos á Pátzcuaro. El ejército emprendió su marcha al amanecer del día 18, y en la tarde entrábamos á la villa de Taretan.

El General se alojó en la inmediata hacienda del mismo nombre, y sin pérdida de tiempo se repitieron á Ronda las órdenes de que se moviese en el acto para Uruapan, desde cualquier punto en que se hallase. Esta vez no se ocuparon correos de á pie para que las llevaran, sino que se encargó de esa misión á dos de los exploradores de mayor confianza.

El 19 salimos para Uruapan, y la columna, sin entrar en la ciudad, fué á acampar sobre la meseta del *cerrito de la Magdalena*, á una legua al Sureste. Aquel punto es una grande colina que se destaca en la llanura; al Oriente de ella pasa un arroyuelo al pie de las casas del pequeño rancho de Carío, y por el Poniente, á unos trescientos metros, corre el caudaloso río Cupatitzio que por allí no tiene más que un vado, peligroso y de muy pocos conocido. No hay que olvidar estos detalles, lo mismo que los de que hacia el Sur queda el camino de Zumpimito que conduce á la tierra caliente, en el distrito de Ario, y al Noroeste el amplio y firme camino que va á Uruapan. El cerro lleva el nombre indicado, porque

está en terrenos del barrio de la Magdalena de aquella ciudad. Es de una altura bastante para dominar en grande extensión el campo que lo rodea y para abarcar un panorama que se dilata sobre las abiertas cordilleras que extienden en torno, allá á lo lejos, sus ramales.

Gracias á esta ventajosa y bella situación sucedió aquel día que, entre once y doce de la mañana, comenzaron nuestros soldados á divisar una larga polvareda que serpeaba por la cuesta de Tingambato: entre aquella nube de polvo fulguraba intermitentemente el brillo de las bayonetas y se veía avanzar lenta, pero sin detenerse, una larga columna que parecía inmensa serpiente con escamas de acero. En el campamento se oyeron gritos: "¡El enemigo! ¡el enemigo! ¡viva la República!" Las músicas tocaron el himno nacional. En efecto, era la numerosa tropa del General Don Ramón Méndez.

Luego desapareció la polvareda, cuando hubo acabado de bajar la cuesta de Tingambato, perdiéndose en las sinuosidades del camino de Taretan, á cuya población se dirigía Méndez, acaso para tomar mejores informes ó pensando encontrar allí á los republicanos.

En el *cerrito* de la Magdalena todo era animación y alegría; multitud de vecinos de Uruapan iban á visitar á los amigos que tenían entre los chinacos, en los puntos donde estaban situados; recorrían aquel lugar más de cien vendedores ambulantes, con nieve, cigarros, dulces, fruta y licores; hombres, mujeres y niños de la población, llevados por la curiosidad de ver un campamento la víspera de la batalla, invadieron la colina y todo lo examinaban, y hablaban con nuestros soldados, y con éstos prorrumpían en vivas á la patria.

He dicho que Villada era el Comandante militar de la línea de Uruapan. Después de la derrota de la Palma tuvo que abandonar el departamento á la aproximación de Méndez, é incorporándose al ejército había llegado con él á la Magdalena, pero en el acto pasó á la ciudad á efecto de proveer de víveres, de forrajes y de cuanto fuese útil á cubrir las necesidades de la tropa y de la caballada.

Allí permaneció hasta la mañana del día siguiente, á la hora en que su presencia era ya necesaria en las filas, no sin

llevar para el General en Jefe y su Estado mayor un suculento almuerzo, que fué devorado, cuando el enemigo á dos leguas de distancia venía ya avanzando en són de ataque, respondiéndose á cada uno de sus cañonazos con el estampido de una botella de champaña.

Pero no anticipemos los sucesos, y digamos tan sólo que Villada llevó al General un papel con la firma de Ronda, en que acusaba recibo de una de las comunicaciones que se le habían enviado. Aquel jefe estaba el día anterior en Pichátaro, y podría llegar á las doce del día, ó á la una á más tardar, al campamento de la Magdalena. Esta noticia circuló en el acto, electrizando á nuestros soldados, que comprendían que la sola presencia de Ronda en el llano de Uruapan, flanqueando inesperadamente al enemigo, habría hecho indefectible la victoria. Pero Ronda no llegó!

En la noche del día 19 el ejército durmió en su campamento en medio del mayor silencio, sólo interrumpido por el *alerta* de las centinelas. Había soldados avivando la lumbre de las fogatas, que formaban como una corona de luces en lo alto de la colina.

La aurora del día 20 fué saludada con los alegres toques de la diana. Las músicas hicieron oir el himno nacional y los soldados despertaron alegres y llenos de entusiasmo.

Brilló luego un sol esplendoroso: serían las ocho de la mañana cuando comenzó á divisarse la columna de Méndez en lo alto de la cuesta de Taretan. Imagínese el lector el entusiasmo que se desbordaría entonces en el campamento republicano. Los vivas, los himnos patrióticos, los cantos populares, como los *Cangrejos* y el *Pito real*, los clarines tocando llamada de tropa en cada uno de los cuerpos, todo formaba un concierto extraño, inmenso, imponente, que avivaba el valor, que hacía latir de esperanza el corazón de quienes todo lo sacrificaban á su país, su vida, el porvenir de sus familias y acaso hasta la honra, pues que si el éxito no hubiera correspondido á tanta abnegación, y se hubiera consolidado el Imperio, aquellos hombres acaso habrían figurado en la historia como bandidos.

A las diez, la columna enemiga tomaba un corto descanso en la hacienda de Santa Bárbara, en donde se sirvió el rancho á los soldados.

Los dejaremos allí para referir lo que pasaba en nuestro campamento. Por motivos baladíes hacía tiempo que el Coronel Méndez Olivares, disgustado con el General Riva Palacio, se había separado del servicio. Iba en el ejército, pero sin colocación. Al llegar el enemigo á Santa Bárbara, Riva Palacio llamó á aquel jefe, le dió un abrazo y ordenó que se le reconociese como Mayor general del ejército. Méndez Olivares fué saludado con una aclamación general de simpatía.

Entonces se tuvo una junta de guerra entre los Generales Riva Palacio, Régules y Canto, y los Coroneles Méndez Olivares, Garnica y Valdés, y se concertó entre ellos el plan de la batalla.

El General Régules, en jefe de la infantería, la dividió en dos alas; la de la izquierda á su inmediato mando, y la de la derecha al del General Canto: esta fuerza se colocó en orden desplegado en la falda oriental de la colina, teniendo como punto avanzado al pie del cerro al batallón del Coronel Amado Carnero. El vallado de una ancha zanja les servía de parapeto, aunque débilmente, por su insignificante altura. La caballería fué dividida también en dos alas: la de la izquierda, compuesta de los cuerpos de León Ugalde, Manuel Treviño, Simón Gutiérrez, Villalobos y otros, se situó en la llanura, del lado del camino de Uruapan; y la de la derecha, formada de los escuadrones "Lanceros de la Libertad," Guerrero, Jalisco, Toluca y Ario, á las órdenes de Garnica, Arias, Zepeda (Ignacio), Espiridión Trejo é Hilario Servín de la Mora, se colocó detrás de la colina, de suerte que quedaba oculta al enemigo. De esta fuerza se formó una columna de soldados escogidos, y cada sección estaba mandada por un Coronel ó Teniente Coronel. Toda ella á las órdenes de Garnica.

El resto de dragones y algunas pequeñas partidas más de la misma arma, cubrieron el frente de la derecha para que á la vista del enemigo apareciese ser una pequeña fuerza.

A uno y otro lado de la colina se extendió una línea de ti-

radores, compuesta de los oficiales sueltos, en su mayor parte de los canjeados en Acuitzio que no habían sido colocados aún en filas. Mandaba esta valiente legión el denodado teniente coronel Pablo Jiménez.

En la meseta, sobre la colina, estaba el Cuartel General con una escolta, cuyo servicio se encomendó á la caballería de Huetamo.

A medida que los cuerpos iban tomando sus colocaciones, los soldados prorrumpían en gritos de entusiasmo que demostraban su confianza en el plan de la batalla.

Cuando ya el enemigo se ponía de nuevo en marcha, Méndez Olivares se acercó á Riva Palacio y le dijo:

—General, ¿qué contraseña les ponemos á los nuestros?

—Una rama verde en los chacós.

—Es que me acaban de dar parte los exploradores de que esa es la de los traidores.

—Entonces que se saquen la camisa de fuera, como andan los de Huetamo.

—Pero como muchos de nuestros soldados no tienen ni camisa......

—Pues que se la saquen los que la tengan, y á los demás Dios que los ayude, contestó el general riendo, y agregó: esa es su mejor señal.

Méndez seguía avanzando. Había dejado con una escolta, en Santa Bárbara, sus cargas; un inmenso convoy en que llevaba el parque, las demás municiones de guerra, los equipajes y el dinero para cubrir los gastos de una larga expedición: las soldaderas de los imperialistas se quedaron también en aquel sitio.

A media legua de distancia de nuestro campamento dejó Méndez su reserva, compuesta de cosa de quinientos hombres de caballería é infantería.

Su columna de ataque se componía de mil ochocientos hombres de las tres armas:[1] la artillería compuesta de cuatro piezas de montaña. La infantería iba formada en dos columnas

1 Entre los papeles que cayeron ese día en poder de los republicanos había documentos que justificaban el efectivo de la fuerza de Méndez en 2,375 hombres.

paralelas, cubiertos sus lados á corta distancia por otras dos de caballería, y en el centro los cañones. En las dos alas se desplegaban en tiradores los contraguerrilleros de Villafuerte, J. M. Orozco y Pureco.

Siguió avanzando; y de tiempo en tiempo hacía disparos la artillería al frente, en dirección del campamento, y á la izquierda sobre la boscosa falda del cerro de las Ventanas. Esto último tenía por objeto descubrir alguna emboscada que pudiera estar en el terreno.

A las doce del día había tirado el enemigo el primer cañonazo. Al oir el trueno, nuestros soldados rompieron el profundo silencio que habían guardado por espacio de más de media hora. Entonces se escucharon de nuevo en el campamento los vivas y los cantos populares.

Méndez llegó por fin á tiro de fusil, sin que su columna se hubiese descompuesto un solo instante. Era la una del día cuando comenzó la batalla. En los cerros inmediatos había centenares de espectadores contemplándola.

A eso de las dos de la tarde era tan vivo el fuego de la fusilería, que desde lejos debe haberse escuchado como el redoble de más de mil tambores. Era el solo ruido que había en cuatro leguas á la redonda, pero que por sí solo llenaba todo aquel espacio.

Méndez volvió á avanzar: las primeras filas de sus cuatro columnas pasaron bien el arroyuelo de Carío, pero ellas mismas enfangaron el paso y las de atrás se descompusieron un poco.

Entonces el general Riva Palacio dispuso que se hiciera el movimiento concertado con Régules, que debía ejecutar la caballería de Garnica; pero Régules, que no creía aún llegado el momento oportuno, al aparecer aquella fuerza que debería permanecer oculta todavía, Régules, que en la posición que ocupaba no pudo percibir, como desde lo alto lo observó Riva Palacio, que el enemigo se desorganizaba en su retaguardia, envió á todo escape á su ayudante Genaro Román para decir á Garnica que en el acto retrocediera y no diese la carga hasta nueva orden. Garnica obedeció, comprometiendo desde aquel instante el éxito de la batalla.

Riva Palacio entonces ordenó de nuevo la carga, no sólo á Garnica, sino á Régules y á las caballerías de su ala izquierda, porque veía más y más desorganizada la retaguardia del enemigo. El combate se hizo general. Méndez mismo juzgó necesario avanzar á paso de carga. Los infantes de uno y otro lado estaban á tiro de pistola y se batían con un valor temerario. Méndez se vió precisado á retroceder, y retrocedió dos veces durante este ataque, en el que perdió, cayendo en poder de nuestros soldados, la bandera del batallón del Emperador.[1]

Nuestros tiradores sembraban la muerte en las filas del enemigo: en aquel acto, una bala de cañón dividió por la cintura, en dos partes, al denodado Pablo Jiménez, y en los dos campos se veía á su caballo correr como loco, en todas direcciones, llevando solamente la mitad de su jinete, cuyos pies se mantenían firmes en los estribos.

Garnica en tanto caía como un rayo sobre los tiradores de Villafuerte, los arrolló y fué á dar su terrible carga á la caballería de la derecha de Méndez, que huyó derrotada.

En aquel momento alguien lanzó un grito en las caballerías de nuestra izquierda, en donde estaban Simón Gutiérrez, Ugalde y demás que lo acompañaban. El grito, repetido varias veces, decía: *¡A las cargas, á las cargas!* ¡Allí está el dinero!

¿Cómo pasaron aquellos hombres de la izquierda á la derecha por frente al enemigo? Es cosa que no me explico. Lo cierto es que siguieron por de pronto á Garnica, quien persiguiendo la caballería enemiga cayó sobre la reserva y la destrozó; pero al llegar allí, los guerrilleros lo dejaron peleando y se fueron á las cargas, apoderándose de todo el convoy.

Entretanto habían quedado descubiertos los flancos de nuestra batalla; sobre todo el ala izquierda. Méndez se precipita sobre ella, y se pelea entonces á la bayoneta calada: se hicieron de una y otra parte prodigios de valor; pero más disciplinados los del imperio, sus infantes, formados en buen orden, avanzaron escalando la altura, mientras que los jinetes

1 Aún conserva en su poder el general Riva Palacio este trofeo de la fuerza imperialista.

del ala derecha de sus columnas encumbraban al cerro y nuestra derrota quedaba consumada. Eran las cuatro de la tarde.

Entonces los episodios se multiplicaron.

Cuando Garnica regresó después de haber derrotado las reservas, no quería creer á sus ojos. ¡El grueso de la columna enemiga había desaparecido! El campo que ocupaba estaba vacío!. Sólo en lo alto del cerro veía las infanterías, que creyó eran las republicanas!

—No, señor, le dijo uno de sus oficiales; los que están en el cerro son los traidores!

—¡Eso no puede ser! ¿En dónde están entonces los nuestros?

—Vea vd. las polvaredas por el camino de Uruapan y por el de tierra caliente. Oiga vd. tronar el cañón desde lo alto del cerro.

No cabía duda. Lo que había desaparecido era nuestro ejército. Entonces Garnica, llevando sus prisioneros y parte del botín, se emboscó en el selvoso cerro de las Ventanas.

La escena era de otro género en donde Méndez había dejado sus cargas: algunos de los soldados de Garnica que habían ido en persecución de los fugitivos, lanceando á cuantos alcanzaban, entre ellos á un francés, médico del imperio, á quien mató el chino Alvarez, de Ario, llegaron también á participar del botín. Este era valiosísimo. Simón Gutiérrez y sus compañeros estaban entregados al pillaje. El dinero fué su imán. Quién se llevaba dos mulas cargadas de pesos; quién arreaba una sola para correr más aprisa: un grupo se disputaba la posesión de un saco, y rompiéndolo, se abalanzaban todos sobre el dinero, disputando entre sí para tomar la mayor cantidad; éste llenaba las cantinas de su silla; aquél guardaba en el seno las monedas. Después de que la plata hubo desaparecido, se arrojaron sobre los equipajes y se apoderaron de los uniformes, de los trajes, de la ropa blanca, de los catres de campaña, de cuanto llevaban los jefes y oficiales del imperio.[1] Por último, *arrearon* con todas las soldaderas, y

1 Algunos días después varios de nuestros soldados andaban vestidos de oficiales, y el asistente de Treviño ostentaba en las calles de Uruapan el uniforme de general de Méndez.

faldeando la mayor parte de ellos el cerro de las Ventanas, fueron á tomar el camino de Jaramillo, adelante de Zumpimito; y los restantes, unos fueron á ocultarse con su tesoro en el cerro de la Cruz, y otros tomaron la dirección del Sabino y de San Marcos para internarse en la tierra caliente. La pérdida de Méndez, en dinero, equipajes, material de guerra y acémilas, no bajó de cien mil pesos.

Cuando nuestra derrota estaba consumada, el general Régules y el coronel Villada, acompañados de otros jefes, se retiraron por el camino de Uruapan, casi mezclados con una partida del enemigo, atravesaron la ciudad y se dirigieron por el camino de Parácuaro: ambos permanecieron toda la tarde á una legua de la ciudad, en el llano de Tanáxhuri, recogiendo dispersos.

El general Riva Palacio, seguido de su Estado Mayor y de sus mozos, se retiró por el camino de Zumpimito, perseguido muy de cerca por una partida de contraguerrilleros. En aquel momento se cayó del caballo el Secretario del Cuartel General Lic. D. Justo Mendoza, y retrocediendo Riva Palacio hizo que sus mozos Abraham y Antonio lo volvieran á montar: entretanto se pararon á contener á los perseguidores, disparando sus pistolas, el general y sus ayudantes Verduzco, Topete, Wood y Marmolejo; y como se levantaba mucho polvo, sin duda creyeron los traidores que era una fuerza respetable la que los resistía, por lo que después de un corto tiroteo, retrocedieron á incorporarse á los suyos.

Méndez, tan luego como se posesionó del cerro de la Magdalena, destacó tres secciones de caballería en persecución de los dispersos, una en dirección á Santa Bárbara, otra por el camino de Uruapan, y la tercera por el de Zumpimito: poco lograron las dos primeras, si no fué hacer unos cuantos prisioneros y lancear á muchos infelices ya indefensos. La tercera alcanzó á la fuerza que mandaba el coronel Ignacio Zepeda, la que, dando media vuelta, puso á los traidores en vergonzosa fuga.

Ugalde, con unos cuantos de su guerrilla, se dirigió al vado del río. Ya dije que éste es muy peligroso. Ugalde, que tenía muy buen caballo, logró llegar á la ribera opuesta, desde

donde observó que la corriente arrastraba á algunos de sus soldados; entonces les gritó á todos los que lo seguían que se fuesen río abajo hasta incorporarse al resto de la fuerza. Varios de éstos se ahogaron.

En mala hora se quedó Ugalde solo, satisfecho de llevar las cantinas repletas de pesos; muchos indios de Jicalán cayeron sobre él y lo despojaron de cuanto llevaba, teniendo Ugalde que continuar á pie su marcha.

El último detalle de la dispersión toca á Simón Gutiérrez. El general Riva Palacio había hecho alto en la ranchería de Jaramillo, poco distante del lugar de la batalla, para recoger y organizar á los dispersos que iban por aquel rumbo.

A poco se presentaron Simón Gutiérrez y los suyos, agobiados con el peso del abundante botín; pero, por eso mismo alegres y orgullosos. *La Simona* llegó á la presencia del general y exclamó:

—¡Jalisco nunca pierde!

—Y cuando pierde *arrebata*, le contestó el general, volviéndole la espalda.

El general fué á pernoctar esa noche en Charapendo, camino de tierra caliente.

Méndez no levantó el campo: se contentó con mandar recoger los cadáveres de los suyos y contar los de sus contrarios, que yacían á la vista en torno del cerro. En el parte oficial en que anunció su triunfo, dice que el número de muertos fué el de trescientos cincuenta, y mayor el de los heridos. Acaso debió referirse á los suyos; pues la verdad es que al tercer día, los vecinos de Uruapan, al acabar de levantar el campo, que ya por su propia cuenta habían levantado los indios del barrio de la Magdalena, todavía se encontraron más de cuatrocientos cadáveres de soldados de uno y otro bando, no siendo posible calcular el número de los heridos por no hallarse ya la mayor parte de ellos en el lugar.

En cuanto á nuestras fuerzas, tuvieron que lamentar la muerte de jefes distinguidos, como Pablo Jiménez, José María Macías, Pablo Conejo y Román Muñoz. Este último era un buen patriota, vecino de Uruapan, que, como simple ciudadano y sin carácter militar, fué á luchar por su patria. Los

imperialistas tuvieron también pérdidas sensibles. Además del médico de que he hablado, murió en la acción un jefe austriaco que fué enterrado al día siguiente en Uruapan, haciéndosele honores solemnes: en una alocución que leyó en aquel acto Méndez, dijo que el valiente oficial era deudo del *emperador* Maximiliano. Yo no he podido averiguar el nombre de ese extranjero.

La fuerza de Méndez pasó la noche en la meseta del cerro de la Magdalena, ateridos de frío jefes, oficiales y soldados, porque no les quedó ni con que cobijarse.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, hizo su entrada en Uruapan á la cabeza de mil hombres, resto de los dos mil trescientos setenta y cinco con que contaba el día anterior para atacar á los republicanos. Llevaba también nuestros prisioneros, que eran cerca de cien, entre ellos varios oficiales.

Hé aquí el parte oficial de Méndez, que hizo transmitir por telégrafo, enviándolo con tal objeto á Irapuato, pues entonces Michoacán carecía de este medio de comunicación:

"Uruapan, Febrero 21 de 1866.—Ayer se ha batido la brigada de mi mando contra todas las bandas del departamento y del Sur que habían reunido Riva Palacio, Régules, Valdés y otros. He venido alcanzando un triunfo *bien difícil*, pero muy honroso para las armas del emperador. He tenido grandes pérdidas en jefes, oficiales y tropa. El enemigo las ha tenido mayores: *ha sido una batalla reñida* en que el enemigo ha tomado la iniciativa, fiado en la calidad de su fuerza y en el número. El campo, regado de cadáveres de ambas partes, prueba la desesperación del enemigo y el valor de mis tropas. Al enemigo le queda una fuerza considerable de caballería, tomando una parte como de doscientos hombres para el rumbo de los Reyes."

Luego, en el parte pormenorizado de la batalla, al hablar de la última carga que le dió el triunfo, dice Méndez: "Pasada una hora de *verdadera matanza*," etc., y copio esta frase para que se comprendan mejor el carácter y la importancia de la batalla de la Magdalena, la más notable de las que en Michoacán sostuvo el Ejército republicano del Centro.

Méndez no fusiló uno solo de los prisioneros, lo que es

inexplicable, dado su instinto y estando vigente la ley de 3 de Octubre. Bueno es decir que esta generosidad fué excepcional.

No permaneció más que ese solo día en Uruapan; el 22 se dirigió á marchas forzadas á Pátzcuaro, llevando gran número de camillas conducidas por indios cogidos por la fuerza, y á los que presentó en Morelia como prisioneros, á fin de completar el número de cuatrocientos, de que habló en alguno de sus partes.

Digo que Méndez forzó su marcha, y apenas si tenía razón. Los primeros dispersos que tuvo en la batalla de la Magdalena, con una velocidad increíble llegaron á Pátzcuaro, en el curso de la noche del día 20, afirmando todos que Méndez había sido derrotado y había quedado muerto en el llano de Uruapan. Entre los dispersos había jefes imperialistas que gozaban fama de valientes. No quedaba, pues, duda de la catástrofe. El pánico se apoderó de todos, y la guarnición evacuó la plaza, replegándose á Morelia el día 21. Cinco horas después de haber salido esta tropa ocupó la ciudad de Pátzcuaro el comandante republicano Jesús Villanueva con su pequeño batallón de Quiroga. En la misma tarde entró también el coronel Ronda, que aparecía por fin por el rumbo de Erongarícuaro. Este jefe impuso un fuerte préstamo al vecindario y sacó de la ciudad cuantiosos recursos. Todavía Ronda, agregando á la suya la fuerza de Villanueva, pudo haber salido al encuentro de Méndez en el camino que éste seguía, y puede asegurarse que lo hubiera derrotado; supuesta la desmoralización que había cundido entre los soldados imperialistas, las fatigas que habían soportado, su escasez de parque, y más que todo, por la buena tropa de Ronda y Villanueva en la que, desde los jefes hasta el último de sus hombres, eran conocedores del terreno y contaban con el apoyo de los vecinos de los pueblos y de los rancheros de esta región del país. Pero por aquellos días la conducta del jefe de Coeneo se manifestó misteriosa, obscura, inexplicable. Méndez, sin ser molestado en su marcha, recobró á Pátzcuaro y siguió indemne hasta Morelia.

La alarma había llegado á esta ciudad el día 21 con la guarnición de Pátzcuaro. Fué unánime la opinión de abandonar la capital y reconcentrarse en México: así lo acordó el prefecto político D. Manuel Elguero, y el *Periódico Oficial* de la prefectura superior anunció á los habitantes que las autoridades y la fuerza del imperio iban á salir, "supuesto que el Dios de los ejércitos, en sus inexcrutables designios, había permitido que el señor general Méndez, derrotado, hubiese desaparecido de la escena."

El 22 estaba ya formada la tropa en las calles de la ciudad, con la artillería y los carros, y las familias preparadas para el viaje, cuando se recibió el extraordinario de Méndez avisando su victoria. Inútil es decir que toda aquella gente volvió respectivamente á sus cuarteles y á sus casas, en medio del repíque á vuelo de las campanas de Morelia.

CAPITULO XXXVI.

(1866)

Reunión de dispersos.—El campamento de Charapendo.—Llegada á Tacámbaro.—El coronel Haro.—Régules es nombrado general en jefe del Ejército.—Cómo se recibió este nombramiento.—Recuerdo de D. Vicente Guerrero.—Un brindis de D. Benito Juárez.—Situación política del Estado.—Reorganización del Ejército.—Otra gran parada en Uruapan.—Expedición al interior.—Algo personal.

El general Riva Palacio llegó al principiar la noche del mismo día 20 á la hacienda de Charapendo. Desde en la tarde se le habían ido incorporando partidas de dispersos, sucediendo lo de siempre: cada jefe, cada oficial, cada sargento de los nuestros había procurado reunir á los fugitivos, y con grupos más ó menos numerosos se dirigían al punto de reunión, no porque se hubiera éste convenido de antemano, sino porque las circunstancias lo habían hecho adivinar. Al cerrar la noche, había ya incorporados como doscientos hombres.

En uno de los *carnets* que conservo hay algunas notas que no carecen de interés, relativas á los sucesos de aquel día; pero me limitaré á tomar de ellas lo siguiente:

"Volvamos al campamento de Charapendo en la noche del día 20, y examinémoslo á eso de media noche. La luna, espléndida, rodaba en el cielo, despidiendo una luz tan intensa que se podían reconocer los objetos á larga distancia. De trecho en trecho se veían pelotones de soldados dormidos profundamente, y de tiempo en tiempo interrumpía el silencio el grito de alerta de las centinelas.

de Febrero

"Mi amigo Jesús Marmolejo me había despertado, y luego que estuve incorporado, me dijo:

—Ven á ver lo que son estos chinacos: valientes en los combates, estoicos en la desgracia, rapaces, y obedeciendo á veces á instintos brutales. Si no fuera porque en el fondo son patriotas, y por los grandes servicios que prestan en la guerra de montaña, sería preferible prescindir de ellos.

—Te refieres......

—A los guerrilleros de la Simona.

—Lo que es hoy, ellos han sido la causa de nuestra derrota por su ansia de rapiña.

—Es verdad; pero ya ves que el general los ha vuelto á recibir. Estos mismos hombres, bandidos hoy, soldados mañana, conducirán reemplazos para el ejército, quitarán armas al enemigo para aumentar los cuerpos, servirán de exploradores y de espías, en suma, serán muy útiles para distraer al enemigo mientras se reponen nuestras tropas, lo que ha comenzado á suceder á raíz de la derrota. Pero vamos á verlos......

—Bien, ¿y qué me vas á enseñar? ¿acaso en este momento se reparten el botín?

—No; ven á ver cómo duermen tranquilamente en brazos del amor.

—¿Cómo es eso?

—¡Mira!

"Habíamos llegado á un potrero, desde donde se oía el murmurio del Cupatitzio, que se desliza no lejos de aquel sitio, en un cauce de roca. Gracias á la claridad que iluminaba el paisaje, pude observar que algunas en los catres de campaña quitados al enemigo, y otras en el suelo, dormían muchísimas parejas amorosas.

—Pero esto es horrible, dije á Marmolejo; ninguno de estos guerrilleros cargaba mujer. ¿Son nuestras mismas soldaderas, las de los dispersos y muertos de nuestra tropa?

—No; es el complemento del botín. Los oficiales y soldados de Méndez, vencedores en la Magdalena, pasan esta noche viudos. Los chinacos dicen que sólo esa les faltaba!

"Abandonamos aquel sitio de disolución. El general, que se levantó muy temprano y que supo lo que acabo de referir,

decretó un divorcio general. Las soldaderas se encaminaron á Uruapan, en donde unánimes contaron que habían pasado la noche anterior extraviadas en los bosques, y con tanto mayor susto, cuanto que no las acompañaba un solo hombre.

Al día siguiente se continuó la marcha, rumbo á Tacámbaro, aumentándose, hora por hora, el número de los dispersos que ocurrían á sus banderas. El coronel Valdés, que se había batido á la cabeza de sus valientes *pintos*, á pie y enfermo, avisó que se dirigía á Huetamo con un numeroso grupo de infantes; el comandante Marcos Gómez, de la caballería de aquel pueblo, comunicó que llevaba cien jinetes; Salgado, desde Ario, que tenía ya reunidos como doscientos hombres, de los dispersos, con sus respectivos fusiles; los coroneles Zepeda, Servín y Miguel Salcedo, que marchaban al frente de sus jinetes; otros muchos jefes daban parecidos partes; Villada avisó haber ocupado de nuevo á Uruapan, y que allí estaban reuniéndose sus "Fieles de Michoacán." Avisaba también que tenía en su poder varios prisioneros que había hecho á la fuerza imperialista el día de la batalla. Por su parte el coronel Treviño comunicaba haber ocupado á Uruapan el mismo día de la salida de Méndez, agregando que sus soldados estaban uniformados con el vestuario del enemigo.

Así es como, al llegar á Tacámbaro, había ya noticia de que se contaba con cerca de mil hombres de los derrotados en Uruapan.

En el mismo día se recibieron partes oficiales de Ronda, avisando la ocupación de Pátzcuaro, el recobro de esta plaza por Méndez, y la noticia de que había quedado allí una muy corta guarnición. El general pensó desde luego en marchar sobre dicha ciudad y en hacerla por de pronto centro de sus operaciones. Este pensamiento grandioso, á la vez que fácilmente realizable, se desgració como vamos á ver.

Habíamos llegado á Tacámbaro. El general se alojó en su "palacio," en la casa de D. Antonio Gutiérrez, en aquella simpática mansión cuyos portales ven al Norte de la ciudad, y desde cuyos corredores, en el interior, se divisa la enmara-

ñada cordillera de la tierra caliente, compuesta de montes de caprichosa y rara figura.

Apenas acabábamos de instalarnos, cuando supo Riva Palacio que el coronel D. Pablo Haro, que había llegado á unirse al ejército en aquellos días, era portador de pliegos interesantes del Presidente de la República: en efecto, venía de la frontera, enviado por el Sr. Juárez, para poner en manos de Régules su despacho de General de División y el nombramiento de General en Jefe del Ejército Republicano del Centro.

Apenas circuló esta noticia entre los jefes de los cuerpos, cuando éstos y gran número de oficiales se dirigieron al alojamiento de Riva Palacio. En una junta numerosa que se verificó allí, expusieron al general que ninguno de los presentes desconocía los méritos y aptitudes de Régules para el mando militar; pero convencidos de que carecía de conocimientos para dirigir la administración civil y política, y de que no eran aquellos momentos oportunos para hacer un cambio, habían resuelto suspender el cumplimiento de las órdenes del Gobierno General, ocurrir al Sr. Juárez manifestándole la situación, á fin de que, si lo creía conveniente, revocara el nombramiento haciéndolo recaer en el general Riva Palacio, y por último, suplicar á éste, como lo hacían, que entretanto llegaba la resolución del Presidente continuase al frente del ejército. Quienes más decididos se manifestaron en la junta en el sentido indicado, fueron el coronel Ronda y sus subalternos, dispuestos á sostener aquella resolución con la fuerza que mandaban, única organizada y numerosa en aquellos días, supuesto que no se había hallado en la batalla de la Magdalena.

Yo estuve observando al general mientras se discutían y aprobaban aquellas resoluciones de la Junta de Guerra. Riva Palacio, como todos los hombres de valer, tiene la ambición de mando, y en aquellas circunstancias, desde la muerte del general Arteaga, había aceptado con decisión las grandes responsabilidades que pesaban sobre el Cuartel General. Él había vuelto á crear el Ejército del Centro, casi sacándolo de la nada; él, no obstante el desastre de La Palma, que aniqui-

ló una de las divisiones, había provocado á Méndez á una batalla campal, en que la victoria estuvo indecisa entre ambos beligerantes y en que nuestra derrota dejó impotente al enemigo; él tenía la convicción de que antes de un mes, con los elementos que ya tenía allegados, podría desafiar de nuevo á su adversario y obtener acaso grandes triunfos.

Por más que el general trataba de cubrir de impasibilidad su semblante, era seguro que en su alma se presentaban aquellos pensamientos, y que tenía que sostener una lucha interior entre ellos y el deber de obsequiar las órdenes superiores.

—Señores, dijo por fin, la obligación del soldado es obedecer al que manda: el Sr. Juárez es el Presidente de la República; ha nombrado General en Jefe del Ejército del Centro al Sr. Régules, y yo soy el primero en reconocerlo; hoy mismo se dictará esta resolución en la orden general. En cuanto á mí, doy á ustedes las gracias por la honra con que han querido distinguirme. A una elección espontánea de ustedes debí el haberme encargado del mando en jefe del Ejército del Centro; á la orden superior del primer Magistrado de la Nación debo dar el ejemplo de la disciplina y de la lealtad. No dudo que en este momento irán ustedes á felicitar al general Régules y á recibir sus órdenes.

Se podrá pensar que aquellas palabras encontrarían resistencia en los hombres á quienes se dirigían; pero es tan persuasiva la voz del deber y del patriotismo, que todos las recibieron con entusiasmo, y que ninguno de los presentes dejó de felicitar por ellas al general Riva Palacio.

Cuando disuelta la reunión, el general se paseaba meditabundo y grave en el corredor de la casa, su secretario se atrevió á interrumpir su meditación.

—Señor, acaba vd. de dar un gran ejemplo de moralidad al ejército, y por otra parte se ha vengado vd. noblemente de los que no quisieron reconocer á vd. hace un año como Gobernador del Estado.

—Ahijado, no olvide vd. que soy el nieto de Guerrero. ¿Qué es el sacrificio del amor propio ante los destinos de la Patria?

—Y ahora, ¿qué va vd. á hacer?

—El general Régules necesita obrar sin compromiso alguno; tiene él un círculo distinto del que se ha servido rodearme; otros hombres merecen su confianza: hay, pues, que dejarle completamente libre el campo.

—Pero vd. es todavía el Gobernador del Estado.

—Precisamente aun esto podría ser un obstáculo á su marcha política. Pcdiré una licencia y saldremos de aquí.

—Entonces, ¿vamos á marchar á Zitácuaro?

—Tampoco. Hoy por hoy, las fuerzas y los elementos todos de Zitácuaro pertenecen al Cuartel General. Puede decirse que, con excepción de los Alzati, todos los antiguos jefes que militaban á mis órdenes en Zitácuaro han muerto en el cadalso ó en los campos de batalla: Nicolás Romero, Ojeda, Serrato, Morales, Bernal, Robredo y tantos otros. Cuando el general Régules haya utilizado los hombres y los recursos que aún quedan, entonces comenzaré una nueva obra de reorganización en el primer distrito. Por ahora, ahijado, nos retiraremos unas cuantos días de la escena política. Mañana mismo emprenderé el viaje sin que me acompañen más que dos ó tres de mis ayudantes, que estoy seguro no querrán permanecer aquí, y que por otra parte pudieran ser considerados como elementos míos dejados adrede en el ejército. En cuanto á vd., en su carácter de auditor de guerra, debe presentarse al general Régules; y si vd. quiere, como lo deseo, dentro de algunos días puede ir á incorporárseme, pidiendo una licencia.

Al día siguiente, el general, acompañado de José María Alzati, Jesús Verduzco y de los mozos Antonio y Pedro, tomó el camino de la costa.

Acaso por razón de la grande distancia á que se hallaba el Gobierno General, ó por mala fe de algunos, llegaron falseadas á Paso del Norte las noticias de los sucesos que acabo de referir, suponiéndose que los jefes del Ejército del Centro habían desconocido al general Régules y aun habían cometido el desacato de ponerlo preso. Sin embargo, este rumor no bastó á desmentir la noble cónducta del general Riva Pala-

cio. Recuerdo que más tarde, restablecida ya la República, el general Riva Palacio obsequió al Presidente de la Nación con un banquete, que se verificó en el Teatro de Chiarini la noche del miércoles 24 de Julio de 1867, y que un periódico hizo la crónica de esta *convivialidad:* contaba que entre los brindis que se pronunciáron, fueron notables los siguientes:

"El general Riva Palacio encomió elocuentemente la constancia y el patriotismo del jefe de la nación; encareció las ventajas que el país ha conquistado en la contienda que acaba de terminar, y, cierto de que para consolidarlas son necesarias la paz y la concordia entre los mexicanos, hizo votos por que, sin declarar impune el crimen, consolide la clemencia las conquistas del valor y de la justicia. Concluyó brindando á la salud del Presidente de la República.

"Éste tomó la palabra á poco rato. Con la modestia sincera que ha mostrado en todos los actos públicos desde su llegada á la capital, declinó los encomios que acababan de hacérsele, repitiendo que todo el mérito y todo el honor del triunfo son del pueblo mexicano y de sus caudillos. "Hay uno de "éstos, añadió, en cuya patriótica conducta durante la gue"rra, figura un rasgo que debo publicar, aprovechando esta "ocasión para señalarlo á la imitación de todos los mexica"nos. Pero esto me obliga á remontarme á la primera época "de nuestra independencia, y á referir otro hecho que marca, "por decirlo así, la filiación y consanguinidad del patriotis"mo.—Cuando el pueblo mexicano luchaba por sacudir el "yugo del póder español, hubo un hombre que todos recor"damos, y cuyo patriotismo y perseverancia han dejado hue"llas heroicas en las montañas del Sur. Los reveses de la cau"sa nacional habían encontrado en aquel hombre todas las "esperanzas de los patriotas mexicanos, era casi su único cau"dillo, era la encarnación viva de la insurrección decadente. "Ese hombre, como lo habréis ya comprendido, era el gene"ral Vicente Guerrero. Las vicisitudes de la lucha trajeron "frente á este campeón de la independencia, á otro hombre "que después de hacer la guerra á su patria, venía á reparar "su error, trayéndole la ofrenda de inmensos elementos de "poder militar y de prestigio. Guerrero no pensó más que

"en el triunfo de su causa. Olvidó sus hazañas y sus méritos, "y sin ocurrírsele siquiera una idea de rivalidad con el jefe "recién convertido, le cedió el puesto y ocupó otro en apa- "riencia subalterno, pero en el cual se conquistó los prime- "ros honores debidos á la abnegación y al patriotismo. Pues "bien, señores, nuestra raza no decàe; la abnegación patrió- "tica se hace entre nosotros hereditaria: el nieto del inmor- "tal Guerrero se ha mostrado en la última guerra digno de "su ilustre progenitor. En medio de las vicisitudes que sufrió "la causa nacional en Michoacán, hubo un momento en que "las fuerzas republicanas de aquel Estado desconocieron á "su jefe, lo aprehendieron y ofrecieron el mando al general "Riva Palacio. Este, para dominar la crisis y conservar un "centro de organización entre aquellos patriotas extraviados, "permaneció á su cabeza; pero vino el reflujo del buen sen- "tido, el general depuesto recobró su libertad, y entonces Ri- "va Palacio, insensible á las seducciones del mando, y sin "pensar más que en la deferencia debida al legítimo delega- "do del Gobierno, le repuso en su puesto y fué el primero en "prestarle obediencia. He debido hacer públicamente este "homenaje de justicia y elogio al caudillo que nos reune en "este lugar, y señalar su patriótica conducta á la imitación "de todos los mexicanos.

"Señores: Brindemos por el general Riva Palacio."

"Una salva estrepitosa de aplausos cubrió estas últimas pa- "labras."[1]

Continúo mi narración.

El general Régules tenía muchos partidarios; pero desgraciadamente algunos de éstos eran intrigantes y nunca habían sido amigos sinceros del general Riva Palacio, á quien, sin embargo, habían servido como patriotas. Desde luego, al entregar el mando Riva Palacio, trataron de desprestigiar á éste y de hostilizar á sus adictos. El resultado de sus trabajos fué un cambio casi general de jefes de líneas y de cuerpos: de estos últimos sólo se conservó á Garnica en la de Morelia,

1 De *El Globo*. Tomo I, núm. 28, del jueves 25 de Julio de 1867.—Como se ve, el Sr. Juárez había dado crédito á los falsos informes de que he hablado.

á Arias en la de Zamora, á Velasco en Tacámbaro y á Valdés en Huetamo, con quien, sin embargo, no siguieron cultivándose cordiales relaciones, lo que dió por resultado que en aquella villa comenzara á resfriarse, respecto de nosotros, el espíritu de hospitalidad.

El coronel Ronda que, como he dicho, había ocupado á Pátzcuaro, evacuó esta ciudad á la aproximación de Méndez, y retirándose por Santa Clara, llegó á Tacámbaro el mismo día en que entró allí el general Riva Palacio. Parece que se libraron órdenes á fin de que depurase su conducta ante un tribunal militar, pero el cambio habido en el Cuartel General dejó las cosas en tal estado. Ronda, sin embargo, primero porque notó que había en su contra cierta predisposición, y luego porque fué acometido de una enfermedad que le duró algún tiempo, se separó también del servicio, al cual volvió en virtud de un episodio de que hablaré después.

El general Régules conservó por de pronto en su puesto de Secretario del Cuartel General al Lic. D. Justo Mendoza, con beneplácito de todos los michoacanos, que veían en aquel abogado un patriota inteligente, honrado y de notoria ilustración: en el Estado Mayor figuraban el teniente coronel Antonio Mejía, el de igual grado Eduardo Devaux, los comandantes Antonio Ponce de León y José María Chica, los capitanes Filomeno Alvarez, Jesús Marmolejo y otros que no recuerdo. D. José María Landa, antiguo, inteligente y honrado empleado de hacienda, recibió el nombramiento de Comisario General del Ejército.

El general Régules se ocupó, en los pocos días que permaneció en Tacámbaro, en reunir las diferentes partidas que se habían formado de los dispersos de la Magdalena, y que estaban diseminadas en aquella línea que comprendía á Ario, la Huacana y otros pueblos de tierra caliente, las reorganizó, y con ellas y las fuerzas que desde antes había en dichos puntos, salió el día 1º de Marzo para Uruapan, habiendo expedido el día anterior la siguiente proclama:

"Nicolás de Régules, General de División y en Jefe del Ejército Republicano del Centro, á los habitantes de los Estados sometidos á su mando:—Mis amigos: Defensor de la

causa de México, estoy unido á ella, si no por origen, sí por convicción, por afecto, por mi propia posición, y lo que es más, por los tiernos vínculos de familia, que son las verdaderas causas del patriotismo. Con tales antecedentes, creo de mi deber hablaros hoy para que sepais mis sentimientos y propósitos.

"El Gobierno de la República, fiel á los sagrados compromisos que ha contraído con la Nación, me ha honrado con el mando de Jefe del Ejército del Centro, no tanto por consideración á mi persona, cuanto por conservar en los Estados del interior un agente de su suprema autoridad, que le represente en la guerra y le ayude á libertar al pueblo mexicano del yugo que se le ha querido imponer. Conozco lo que valgo, y fuera de mis servicios como soldado de la República, que seguiré prestando hasta sucumbir en la lucha, no me creo capaz de sobrellevar una carga que es muy superior á mis fuerzas.

"Sin embargo, callar ante el llamamiento de la Patria, cuando puede perder su independencia si no se sigue combatiendo, es un criminal egoismo indigno de ciudadanos que han nacido libres. Rehusar á México, este país hospitalario y generoso, el sacrificio de la vida ó la familia, cuando con la dominación francesa todo se pierde, es una ingratitud ajena de corazones leales y agradecidos. Estos son vuestros sentimientos, que también son los míos.

"Hacer una guerra sin cuartel á un enemigo que paga nuestra generosidad arrojándonos á la cara los cadáveres de nuestros hermanos, es una exigencia que á grito herido reclaman la sangre de los patíbulos que en todas partes han levantado los traidores, las familias huérfanas, y la dignidad de México cruelmente ultrajada. Esta exigencia yo la acataré, porque perdonar, para los traidores es tenerles miedo, y ni yo ni los valientes que me acompañan hemos retrocedido jamás ante el peligro.

"Los grandes bienes, ni se adquieren ni se recobran, sino á costa de grandes esfuerzos, y la Independencia de México, el mayor don que han podido disfrutar sus hijos, ha costado y seguirá costando sacrificios de todo género. Es de mi deber

aprovecharlos ó emplearlos en su objeto, para que la guerra se mantenga en todo su vigor y no se esterilicen los afanes de los ciudadanos que en ella no toman una parte activa. También os empeño mi palabra de que, á los que no sean hostiles á la causa de la independencia, se les otorgarán las garantías compatibles con el estado de guerra, y haré se guarden las leyes que así lo previenen.

"Mas para cumplir dignamente la alta y delicada misión que me ha confiado el Gobierno de la República, necesito de toda vuestra cooperación, y espero no me la negaréis, hoy que es más necesario hacer un esfuerzo supremo para dar fin á nuestra grandiosa empresa. De otro modo, México, que hasta aquí es admirado por las naciones libres, y que ya ve cerca el premio de sus sacrificios y de su sangre, perderá la alta estima en que se le tiene. Cada ciudadano, sin otros antecedentes que su patriotismo, está llamado á prestar sus servicios, y yo siempre los admitiré gustoso. Así se mantendrá en pie la bandera de la Independencia Mexicana y se realizarán los patrióticos deseos de vuestro amigo.—*Nicolás de Régules.*—Tacámbaro, Febrero 28 de 1866."

Al salir de Tacámbaro el general llevaba consigo, como he dicho, todas las fuerzas existentes en aquella línea; la dejó descubierta en toda su extensión, expuesta, como se verificó, á ser ocupada por los contraguerrilleros imperialistas, y en consecuencia quedó así cerrado un punto importante para la retirada, é interceptada por completo la comunicación con Zitácuaro y Huetamo.

Ya en Uruapan creíamos todos que el general había resuelto hacer de aquella ciudad el centro de sus operaciones y el asiento del Cuartel General, como en los tiempos de Berriozábal, Caamaño y Salazar, y que permanecería en ella para poner el ejército en alta fuerza; pero no fué así; el día 5 de Marzo dió orden de que se verificara una gran parada en el llano de Uruapan con toda la fuerza, que se componía de mil quinientos hombres de infantería y caballería, siendo de esta arma la mayor parte. En aquel acto Régules dió á reconocer como mayor general al coronel D. Miguel Eguiluz. Se pasó revista de armas, parque y vestuario, y en seguida las tropas regresaron á sus cuarteles.

Al día siguiente, 6, el ejército abandonó á Uruapan y penetró en el corazón del Estado, ocupados aquellos lugares por numerosas guarniciones del enemigo. Por muchos días no se volvió á tener noticia de Régules ni de sus tropas, siendo general la ansiedad que reinaba en nuestras poblaciones, que se sentían aisladas.

Yo debí haber ido en la expedición; pero al salir de Uruapan, el general, viéndome muy enfermo de intermitentes, me dijo:

—"Licenciadito, usted no puede caminar así; vale que por de pronto no necesitamos auditor de guerra. Váyase vd. á Turicato ó á Churumuco á prestar sus servicios en la Secretaría de Gobierno, al lado del Sr. D. Justo Mendoza, que va á ser nombrado Gobernador de Michoacán."

Me dió unos pliegos para que los llevara á aquel funcionario, y Antonio Ponce, el secretario del general, me extendió el pasaporte escribiéndolo sobre la cabeza de la silla. Yo dí gracias al cielo de haber recibido aquella orden, pues todos teníamos el presentimiento de que tal expedición iba á ser desgraciada. Me despedí del general y de sus ayudantes, y regresé por de pronto á mi casa.

Me perdonará el lector que lo distraiga con recuerdos que me son personales, pero que en esta ocasión son tan vivos, que no he querido prescindir de narrarlos. Por otra parte, no están fuera de propósito en estas páginas.

Al día siguiente emprendí mi marcha en busca del Lic. Mendoza, á cuyo efecto tomé el camino de la hacienda de la Zanja para ir á orientarme en la Huacana. Quiso mi desgracia que ni mi asistente ni yo supiéramos la dirección que debíamos seguir, y nos vimos precisados á llegar á Pueblo Nuevo, en donde había una pequeña fuerza republicana, pero en donde se corría el peligro de ser sorprendidos por los contraguerrilleros del imperio.

Dicho y hecho. Entramos en el pueblo, é iba yo á presentarme al jefe de la fuerza, cuando oimos balazos, carreras de caballos y el estrépito de las puertas que se cerraban á toda

prisa en las tiendas de la plaza. Luego vimos correr á unos chinacos á galope tendido y no nos quedó más recurso que seguirlos, como conocedores que eran del terreno. Tras de nosotros, á todo escape, iba la contraguerrilla de José María Orozco, uno de los jefes más sanguinarios y crueles con que contaba el imperio en Michoacán.

Estuvieron á punto de alcanzarnos: ya me creía yo en su poder, puesto que, aparte de que mi caballo no tenía nada de ligero, hacía pocos momentos que me había entrado la calentura y con ella el desfallecimiento consiguiente. Por fortuna el enemigo dejó de perseguirnos.

Continué mi marcha, y cuando dos días después llegué á Turicato, los accesos de la fiebre eran diarios é intensos. El Sr. Mendoza, que me vió en tal estado, me aconsejó que hiciera un viaje á la costa, única región en donde podía tener tranquilidad y algunos elementos para curarme. Acepté con gusto el favor que se me hacía y que me proporcionaba la ocasión de ir á reunirme con el general Riva Palacio.

Pero antes de referir aquel viaje, que fué para mí tan agradable, y á fin de no adelantar los sucesos, seguiré por de pronto el hilo de esta historia.

CAPITULO XXXVII.

(1866)

Fuerzas imperialistas.—Tengüecho.—Sorpresa de San Vicente.—Episodios. —El Lic. Francisco W. González.—Extrema situación del ejército republicano.—Contraguerrillas.—Velasco y San Martín.—Salvoconducto de Riva Palacio.—Victoria y derrota del teniente coronel Juan de Dios Rodríguez.—El comandante Villanueva.—Coeneo, Zacapu y Quiroga.—D. Justo Mendoza, Gobernador de Michoacán.—Expedición de Méndez á Huetamo.—Régules en las Balsas.—La Simona.—Reocupación de Apatzingán por Villada.—Campaña en Zitácuaro.—Eguiluz y los franceses. —Combate del 5 de Mayo.—Acción de Iziapo.—Los hermanos González.—Arias en Zacapu.—Un retrato hecho por Manuel Ocaranza.—Un discurso cívico.—¡Libertad! y cárcel.

La resonancia que tuvo en la República la batalla de la Magdalena, y las repetidas súplicas de Maximiliano á Bazaine para que enviara á Michoacán el mayor número posible de soldados franceses, á fin de que lograsen la completa pacificación de aquel país, determinaron al mariscal á hacer que el general Aymard, con el 51 de línea, tres compañías de cazadores de á pie y dos escuadrones de cazadores de Africa, se moviese de León para Michoacán, entrando desde luego á Zamora. El coronel Clinchant, con su batallón de zuavos, se dirigió de Querétaro á Pátzcuaro, y de México salió el batallón de tiradores argelinos que fué á reforzar al contraguerrillero Clary que expedicionaba en Zitácuaro. El coronel Doroteo Vera Quintana, procedente de Colima, llegó á la cabeza de una brigada de más de mil hombres. El general D. Carlos Valenzuela, nombrado comandante militar del departamento de Tancítaro, ocupó, si bien por pocos días, la villa de



LIC. JUSTO MENDOZA.—1867.

Los Reyes. El general Rosas Landa, designado como jefe superior de las armas en Michoacán, hizo su entrada en Morelia á las doce y media del día 5 de Marzo. Este era el premio que el imperio daba al general Méndez por su difícil triunfo de la Magdalena.

Empero Méndez, apoyado por el partido clerical de Morelia y de México, marchó en un viaje rápido y corto á esta capital, volviendo de ella con su anterior investidura de comandante superior de Michoacán. A su regreso trajo consigo las contraguerrillas de Toluca y una fuerza denominada "del Valle de México."

Se ve por esto que, después de la batalla de la Magdalena, las tropas del imperio que expedicionaban de ordinario sobre el Ejército del Centro, se vieron en la necesidad de entrar en reposo por algunos días, en la de reponerse y aumentar su efectivo, y sobre todo en la de llamar en su ayuda á una gran parte del ejército francés.

En estas circunstancias fué cuando el general Régules, llevado de su valor é impetuosidad, tomó de nuevo la iniciativa y penetró en medio de tan numerosos enemigos, los que, por fortuna, cometieron la torpeza de no apresurarse á ocupar los puntos que aquel jefe dejó descubiertos y abandonados.

Régules salió de Uruapan, como llevo dicho, el día 6 de Marzo, haciendo una marcha sinuosa hasta La Piedad; el 11 pasaba el río Lerma por el vado de la Concepción y penetraba en el Oriente del Estado de Jalisco, con el objeto, según entonces se dijo, de proteger el pronunciamiento de un tal Camilo Murillo con una fuerza de la guarnición de La Barca; pronunciamiento que no se verificó y que, descubierto más tarde, condujo á Murillo al patíbulo de orden de Velarde (Burro de Oro). El general tuvo noticia entonces de que Aymard, con dos columnas, se movía sobre él; en consecuencia se vió obligado á retroceder, volvió á pasar el río y se dirigió á San Simón. En esta hacienda, uno de los comandantes de Simón Gutiérrez raptó violentamente á una joven, hiriendo y maltratando á un anciano, padre de ella. Al tener noticia de este crimen, el general Régules detuvo la columna en el llano de Chavinda, á fin de que el ofendido identificase al cul-

pable, verificado lo cuál, aquel jefe mandó formar el cuadro y que se fusilase en el acto al raptor. Como Simon Gutiérrez se presentara á interceder por el reo, casi con exigencia, Régules le dijo indignado que si insistía, también sabía fusilar coroneles. Refiero este hecho de justicia sumaria para que se conozca el carácter de las personas y el de aquella situación.

El ejército se dirigió á Jiquilpan, en donde se dió un día de descanso á la tropa.

De Jiquilpan, el general Régules, con el objeto de desviar al enemigo, afectó un movimiento retrógrado, y haciendo una marcha forzada, llegó el 17 en la noche á un cuarto de legua distante de la ranchería de Tengüecho, en donde acampó, en medio de la espesa serranía de Patamban.

En el mismo día salió Aymard de Zamora, á las cinco de la tarde, á la cabeza de su columna. Ya obscura la noche, cerca del pueblo de Patamban, sus exploradores le avisaron que se escuchabá el ruido de pasos de la tropa de Régules. El francés dió orden de que los suyos caminaran con el mayor silencio y muy lentamente. Los espías le avisaron luego que Régules había acampado, y en efecto, á poco se vieron las luminarias. Sería media noche: Aymard tomó posiciones recomendando que no se hiciese ruido. Era su objeto esperar la aparición del alba para librar el ataque; pero á eso de las tres y media de la mañana se dió en el campamento republicano el toque de levante. El enemigo iba á escapársele: las fogatas estaban próximas á extinguirse. Entonces Aymard ordenó la carga, que se dió brusca, terrible, por soldados que parecían invisibles, sólo interrumpida la profunda obscuridad por los fogonazos de los disparos. No hubo resistencia: los infantes arrojaron sus fusiles; los dragones, á pie, sin coger sus lanzas, huyeron todos acometidos de un pánico invencible, en medio de la más horrorosa confusión. Los franceses quedaron dueños del campo.

En los momentos de la sorpresa el general Régules estuvo á punto de caer prisionero. Ya lo tenían asido de las manos unos soldados del 51 de línea, cuando el teniente coronel Eduardo Devaux les habló en francés, diciéndoles que más adelante estaban las cargas y en ellas la caja del dinero. En-

tonces, creyendo que quien les dirigía la palabra era uno de sus jefes, dejaron la presa y corrieron á apoderarse del botín.

"Cuando amaneció, el terreno estaba cubierto de armas, abandonadas las cargas, y más de novecientos caballos, casi todos ensillados, corrían espantados en todas direcciones: los franceses recogieron ciento treinta y cinco, cuarenta y cinco mulas, cuatrocientos veinte fusiles, un número corto de mosquetes, doscientas cincuenta y nueve lanzas y 6,875 cartuchos. Hicieron veintisiete prisioneros y veintiseis muertos; entre éstos el valiente coronel Hilario Servín de la Mora, cuya pérdida fué sentida por todos en las filas liberales."[1]

Tal fué la horrible jornada que los nuestros llamaban con terror: *el tengüechazo!*

Desde el general en jefe hasta el último soldado, todos huyeron á pie. El ejército se desbandó. Solamente Garnica y una gran parte de los suyos se salvaron á caballo, tomando á todo escape el rumbo de Coeneo.

El mismo día 18 comenzaron á entrar en Uruapan algunos oficiales dispersos que apenas podían arrastrar los pies, hinchados y sangrando, después de haber hecho más de veinte leguas de camino. En la misma situación llegó Régules con algunos de sus ayudantes, en la mañana del 19. No se detuvieron en la ciudad porque había en todas partes una alarma espantosa: se creía que el enemigo marchaba sobre ellos por distintos puntos. Ni se atrevieron siquiera á irse reunidos, sino que en grupos tomaron distintas direcciones. Régules, con sus compañeros, siguió el rumbo de Charapendo para ir al Tejamanil y luego rápidamente á Tacámbaro, Turicato y San Antonio de las Huertas, en donde se le incorporaron Topete y Tirado, únicos que en aquella vez lograron recoger dispersos.

Por el camino de Taretan marcharon á las órdenes del coronel Eguiluz los de igual grado Pedro Moreno y León Ugalde, los tenientes coroneles Francisco Limón y Germán Con-

1 La enumeración del botín es la que consta en el parte oficial del jefe francés; pero la verdad es que en Zamora, el barón Aymard obligó al vecindario á que le comprara más de trescientos caballos flacos, más de cien mulas, como trescientos *sombreros*, sillas de montar, etc.—Oh, *l'affaire de Tengüechol*

treras, comandandantes Genaro Román, Lorenzo Contreras, Vicente San Martín y Juan Mújica, capitanes Rivera, Suárez y Mendoza, veinte oficiales, un sargento y algunos asistentes, sin más armas que una pistola que traía Eguiluz y otra un hijo de Ugalde. Ese día (20) llegaron en la mañana á Taretan, en donde el comandante militar de la plaza coronel Francisco Landa, les proporcionó un peso á cada uno. Ya tarde continuaron su viaje, y á las once de la noche llegaron á la hacienda de San Vicente del distrito de Ario. Eguiluz, tomando providencias de seguridad, solicitó exploradores, que no le fueron proporcionados sino media hora después.

Sabedor desde antes el contraguerrillero Alatorre, que permanecía oculto en las huertas de plátanos de Taretan, de la derrota de Tengüecho, sin pérdida de momento la avisó á Pátzcuaro, solicitando el auxilio de José María Orozco y de Pureco, y ya reunidas las tres guerrillas se dirigieron por la hacienda de Tomendan, en persecución de Eguiluz y de los suyos, á quienes se suponía escoltando á Régules. Lograron sorprender á los republicanos en la referida hacienda de San Vicente, salvándose éstos á pie y descalzos por entre los cañaverales, y cayendo prisioneros el comandante Juan Mújica, de la fuerza de Pachuca, y nueve individuos más de la clase de tropa.

Mújica fué fusilado en el acto junto al corredor de la casa, y luego lo fueron en Pátzcuaro cuatro de los prisioneros, entre ellos el sargento Amado Uriega, que había sido clarín de Nicolás Romero.

Hubo dos episodios. Al transportar los peones de la hacienda el cuerpo de Mújica, notaron que aún respiraba, y entonces lo llevaron más lejos de donde se les había mandado, le hicieron en un paraje oculto una especie de tienda de campaña y lo estuvieron curando varios días, hasta que, restablecido, pudo ir en busca de sus camaradas.

El comandante Genaro Román, que al ir huyendo descalzo por la tronconera de un cañaveral recién quemado, se había herido los pies, no pudo ya seguir á los demás fugitivos, á quienes manifestó que lo dejasen solo, pues que estaba resignado á morir. Entonces el comandante Francisco Javier Suá-

rez le contestó que no lo abandonaría en el peligro; y en efecto, echándoselo á cuestas, siguió corriendo hasta que ambos se salvaron. Terminada en Tacámbaro tan dolorosa peregrinación, Eguiluz, con varios de sus oficiales, y por orden del general Régules, marchó al distrito de Zitácuaro, para donde había sido nombrado comandante de la línea el coronel Germán Contreras, émulo de Darío Alzati.

El día en que se supo en Tacámbaro la noticia de la derrota de Tengüecho llegó á aquella ciudad, procedente de la de Morelia, el Lic. Francisco W. González, llamado por el gegeral Régules para encargarle la Secretaría del despacho del Cuartel General, pues, como ya he dicho, D. Justo Mendoza iba á ser nombrado Gobernador de Michoacán. González, de antiguos y limpios servicios en favor de la causa liberal, es hombre de ideas firmes, de patriotismo intachable, de reconocida honradez, enérgico, inteligente y prácticó en los negocios. Su nombramiento fué bueno; desgraciadamente llegó al lado del general Régules cuando el ejército acababa de ser deshecho é íbamos á perder, en consecuencia, la zona hospitalaria que se extiende desde Tacámbaro hasta Uruapan, como antemural de la tierra caliente, que era para nosotros lo que el suelo para el Anteo de la mitología griega. Sin embargo, puede asegurarse que á González, con su oportuna iniciativa, se debió en parte el mantenimiento en nuestro favor de la opinión pública, y el saludable ejercicio administrativo que levantó más tarde al ejército.

Las fuerzas imperialistas entraron en inusitada actividad después de la sorpresa de Tengüecho, para lo cual les sirvió eficazmente la llegada de las nuevas tropas, francesas y *mexicanas*, de que he hecho mención. Gracias á este contingente, se organizaron columnas expedicionarias y se establecieron guarniciones en Puruándiro, Los Reyes, Ario, Taretan y Uruapan. A esta última ciudad llegó el barón Aymard el día 25 de Marzo para dejar allí una guarnición como de quinientos hombres al mando del teniente coronel Luis Madrigal.

Una vez situadas en los puntos respectivos estas guarniciones, los contraguerrilleros del imperio pudieron hacer fáciles

y seguras correrías al interior de la tierra caliente. El *manco* Espinosa desplegó el terror é infundió el pánico en el distrito de Apatzingán; Alatorre se desprendía de Taretan sobre el Tejamanil; Pureco avanzaba hasta la Huacana y José María Orozco hacía frecuentes entradas en Tacámbaro; el más cruel de todos, el Ranchero, se paseaba arrogante en la línea de Zitácuaro.

Méndez salió el día 23 de Morelia y llegó á Ario el 25. En esa misma noche envió al coronel Santa Cruz, para que con una columna de quinientos hombres cayese de sorpresa á Tacámbaro en la mañana del siguiente día, lo que verificó el jefe español logrando apoderarse del coronel Juan Velasco en una ranchería inmediata, y del teniente coronel Vicente San Martín, á éste por habérsele caído su caballo en el camino de Chupio, al ir huyendo de los guerrilleros imperialistas. Santa Cruz encapilló en el acto á los prisioneros, no obstante que no habían sido cogidos en acción de guerra ni mandando fuerza alguna, pues entonces no la había en Tacámbaro.

Los vecinos de la ciudad, presididos por D. Vicente Rionda, á quienes prestó un poderoso auxilio con su influencia el coronel Farquet, jefe de la infantería que iba en la columna enemiga, consiguieron de Santa Cruz que suspendiese la ejecución, poniendo los presos á disposición de Méndez. Este se hallaba expedicionando por la Huacana, de donde regresó á Ario el día 1º de Abril. Inmediatamente se le presentó una comisión de vecinos pidiendo gracia para los prisioneros, ofreciéndoles Méndez en tono irónico que al día siguiente, al marchar, les entregaría los cadáveres.

El 3, cuando ya estaba formado el cuadro, un ayudante de Méndez, con una escolta, condujo á los prisioneros á la presencia de aquel jefe, quien les dijo que estaba dispuesto á perdonarles siempre que ofrecieran, bajo su palabra de honor, contraer algún compromiso con el imperio. En el acto contestó Velasco que el compromiso contraído por un prisionero no podía ser válido, y que estaba dispuesto á correr la suerte que le depararan los azares de la guerra. San Martín reiteró por su parte esta manifestación, y entonces Méndez les dijo que quedaban en absoluta libertad, porque no era justo

que mientras el emperador exceptuaba de la ley de 3 de Octubre á Riva Palacio, que era un jefe principal, á él le impusiera la obligación de fusilar á los subalternos.

Así pues, á un rapto de mal humor y de despecho de Méndez debieron los prisioneros su salvación. Poco duró el enojo de aquél contra el emperador, pues después siguió fusilando á cuantos caían en sus manos.

Daré alguna mayor explicación acerca de la excepción decretada en favor de Riva Palacio.

En carta que el jefe del Gabinete militar de Maximiliano dirigió al mariscal Bazaine el 16 de Noviembre de 1865, le decía "que en el caso de que se apoderara de Vicente Riva Palacio, fuera éste conducido á México," y agregaba: "Es la única excepción que se propone hacer S. M., *por motivos especiales*, al decreto de 3 de Octubre." Esos motivos especiales los determinaba la necesidad de reconocer como beligerante al jefe republicano, con quien se pactaba el canje de los belgas.

Llama mucho la atención que Méndez recibiera con tanto retardo la orden, que le fué entregada en Ario hasta el 1º de Abril, cuatro meses después de dictada.

Tal era de bonancible para el imperio la situación de Michoacán al concluir el mes de Marzo de 1866.

Los partidarios de Maximiliano saboreaban la ilusión de que Michoacán estaba á punto de quedar completamente pacificado.

El día 28 del mismo mes de Marzo, una columna de traidores á las órdenes del teniente coronel Juan de Dios Rodríguez, batió en el llano de la Palma, á inmediaciones de Coeneo, á la fuerza de Ronda, la que, por enfermedad de este jefe, estaba ese día mandada por el comandante Manuel Barbosa. Veamos cómo sucedió este percance y las consecuencias que tuvo.

Rodríguez estaba en Coeneo con una columna de trescientos infantes y cien caballos. En la noche del 27 supo que el regimiento de Ronda, con la caballada hecha pedazos en una jornada vencida desde Penjamillo, había llegado al rancho de

la Palma: en el acto dispuso su fuerza para ir á sorprender á los chinacos; y en efecto, antes de las cinco de la mañana cayó sobre ellos tan inopinadamente, que no tuvieron tiempo más que para correr, dejando en poder del enemigo algunas armas y caballos y diez prisioneros, que Rodríguez fusiló en la misma mañana en Coeneo, desde donde dirigió un parte rumboso al comandante militar de Morelia, avisándole su espléndida victoria.

Pero es el caso que los soldados dé Ronda, todos voluntarios, se reunieron inmediatamente y dieron aviso de su derrota al mismo Ronda, á Garnica, á Arias, Rangel y á D. Antonio Huerta, que se hallaban, no lejos, en sus ranchos. Estos jefes, en el mismo momento, convocaron á sus soldados, que gozaban de un corto descanso en las rancherías de aquel terreno. En menos de seis horas, Ronda, Huerta y los tres Rafaeles (Arias, Garnica y Rangel), estaban á la cabeza de doscientos hombres, inclusos los derrotados, y se lanzaron sobre Coeneo. Rodríguez salió con toda su fuerza y se encontró con ellos en el llano de Cótiro. Los jefes republicanos dejaron á la tropa de Ronda posesionada de un punto conveniente para que al menos sirviese de reserva, puesto que, como se recordará, la caballada estaba inservible. Entonces, formando un grupo de ochenta hombres escogidos, de oficiales, sargentos y los mejores soldados, y divididos en secciones que mandaban personalmente Ronda, Garnica, Huerta, Arias, Rangel, Rosendo Márquez y Víctor González, se arrojaron como leones sobre los imperialistas: el combate fué rudo y sangriento y duró desde las cuatro hasta las cinco de la tarde, peleándose por ambas partes con toda decición. En medio de la refriega, Huerta, que hizo prodigios de valentía, hirió mortalmente al segundo jefe de la columna imperialista, y Rangel hundió su lanza en una nalga á Juan de Dios Rodríguez. Los imperialistas, en completa desorganización, huyeron á todo escape hasta Quiroga, dejando en el campo veinte muertos, más de treinta caballos y muchas armas.

De esta segunda acción no dió parte Rodríguez ó no la publicaron los periódicos del imperio, según su costumbre de no hacer mención de los triunfos obtenidos por los republicanos.

Mientras Méndez hizo su viaje expresado á México, el coronel Farquet lo sustituyó en el mando de la brigada. El día 26 caminaba esa fuerza de Morelia á Pátzcuaro, y desde Fontezuelas desprendió el jefe al 4º regimiento de caballería, dando orden á su coronel Santa Cruz de que á todo correr marchase á Quiroga y sorprendiera allí al comandante Jesús Villanueva, que mandaba un piquete de infantería. Santa Cruz llegó á Quiroga, pero no con tál premura que pudiera apoderarse de los chinacos, logrando Villanueva salirse con los cincuenta hombres que tenía á sus órdenes, para lo que fué preciso abrirse paso entre ellos á bayoneta calada. Se situó á orillas de la población, parapetándose en una cerca, y Santa Cruz, diciendo en Quiroga que iba á traer amarrados á los bandidos, llegó á corta distancia de ellos, los miró, y fuése sin decir nada. Dió sin embargo parte de haberles hecho once muertos, cuatro heridos y veinte prisioneros.

Como durante algunos meses después de lo de Tengüecho el fuego de la independencia sólo se conservó en la zona que comprende á Quiroga, Coeneo y Zacapu, voy á decir unas cuantas palabras acerca de aquellos pueblos y de los antiguos jefes de Ayutla que entonces hacían la campaña en aquel terreno.

Quiroga es una población muy simpática, situada en la ribera Noreste del lago de Pátzcuaro, al pie de la inmensa montaña del Zirate. Excepto por el lado de la laguna, por los demás está rodeada de bosques profundos y posee buenos y numerosos caminos á los bordes del lago y por entre la sierra. Sus habitantes han sido siempre patriotas é ilustrados y las familias distinguidas por su trato y sus virtudes. La población existía antes de la conquista y fué conocida con el nombre de Cocupao, hasta que por decreto de 6 de Septiembre de 1852, el Gobernador del Estado, D. Melchor Ocampo, le dió el título de Villa de *Quiroga*, en recuerdo del primer obispo de Michoacán D. Vasco de Quiroga. Entre los vecinos notables que, por sus servicios á la causa liberal desde Ayutla hasta la guerra de intervención, son dignos de mención honorífica, recordaré á los Sres. Francisco y Primo Serranía,

Juan y Rafael Arellano, Francisco y Rafael Gaona, José María Rojas, Mariano y Miguel Torres, Pisano, Joaquín Valdés y Jesús Villanueva, de quien frecuentemente se habla en esta historia. También fué oriundo de Cocupao el célebre padre Torres, de la época de la insurrección, el que decía, cuando después de repetidas victorias sobre los realistas veía engrosar sus fuerzas con los tímidos y los ojalateros: "Sí; ahora que la ven *bueneona* se hacen *torreños.*" Desde entonces se llama en Michoacán *torreños* á los patriotas de última hora, quienes generalmente alegan más méritos que los que han hecho toda la campaña.

Zacapu está en la margen Suroeste del lago de su nombre. Era antes de la conquista la ciudad sagrada de los tarascos. Posee fértiles terrenos y selvas vírgenes. Por decreto de 23 de Agosto de 1859 se le dió el título de Villa de Mier, en memoria del general insurgente D. Gregorio Mier, nativo de aquel pueblo, y que fué fusilado por los clericales en la ciudad de Morelia el 8 de Diciembre de 1830. El famoso padre Navarrete, uno de los batalladores más incansables de la primera guerra de independencia, nació también en Zacapu, fué miembro de la Junta de Jaujilla, situada en aquel lago, y figuró en alta escala en el ejército de Morelos.

Coeneo es un pueblo de pocos habitantes, extendido al borde de una ancha y profunda barranca. Está situado al pie del Zirate, hacia el Poniente. Posee grandes bosques, y en las inmediaciones hay planicies interrumpidas por terrenos pedregosos, cuyo acceso es fácil sólo para los conocedores. Por decreto de 22 de Noviembre de 1858 recibió el título de Villa de la Libertad. Fué patria de los insurgentes Nieves y Ramón Huerta y Felipe Arias; más tarde, del valiente guerrillero Francisco Ronda, padre del coronel D. Eugenio Ronda, y de los jefes Epitacio y Antonio Huerta, de los tres *Rafeles*, como les decían los rancheros á Garnica, Arias y Rangel, y de otros guerrilleros que se distinguieron por su valor en la revolución de Ayutla, en la guerra de reforma y en la de la intervención francesa.

De la mayor parte de los mencionados he dicho lo bastante para que se formen idea de ellos los lectores. Haré ahora

especial mención de D. Rafael Arias, el más valiente, el más honrado, el más respetado de todos. Este patriota era modelo de las virtudes indicadas. Su honradez rayaba en quijotismo. Jamás montó un caballo que no hubiese sido comprado en su justo precio, ni siquiera usó los arneses ó guarniciones quitadas al enemigo. Una vez ensayó en su corcel favorito un freno plateado que con todo y caballo ensillado se había recogido en una acción de guerra. El freno estaba que ni mandado hacer; pero lo dejó porque, según dijo, él no lo había "*mercado.*" Era de un carácter apacible, y de las rarísimas veces en que se le vió enojado puede referirse esta: Una ocasión en que los traidores de Puruándiro, conducidos por un D. Simón Vargas, furioso imperialista, arrearon todo el ganado propio de los jefes de Coeneo, al llegar á la ciudad entregaron á los vaqueros el perteneciente á D. Rafael Arias, "porque de seguro, dijeron, lo había comprado á sus legítimos dueños." Cuando lo supo nuestro guerrillero se enojó fuertemente, y decía: "pues ¿no me llaman bandido en sus periódicos; por qué me andan distinguiendo?"

Había en su alma cierto misticismo vago é inconsciente qne él traducía en prácticas religiosas del culto católico. Ilusionados por esto los promotores de la infame asonada de *cristeros* que devastó á Michoacán en 1875 y 1876, enviaron á ofrecer á Arias el mando de los insurrectos. Ya se comprenderá que el jefe liberal rechazó con energía é indignación esta propuesta. A los pocos días los clericales lo habían asesinado, de noche y á mansalva, lo mismo que veinticinco años antes hicieron con el otro célebre guerrillero D. Eustaquio Arias, muerto también á traición.

El centro de las operaciones de estos jefes, su punto de partida para expedicionar era Coeneo, en donde habitualmente residían, si bien de cuando en cuando, en la época de las siembras ó de las cosechas, se retiraban á atender sus trabajos á los terrenos que tenían arrendados en las haciendas de Bellas Fuentes, San Cristóbal y otras, ó á los ranchos de su propiedad, como Cótiro, Matujeo y Tungüitiro. Sus soldados eran también rancheros, generalmente medieros suyos; así es que en las referidas épocas se disolvían las fuerzas, yéndose jefes,

oficiales y clases á sus casas, con sus caballos y sus armas; pero listos todos para reunirse al primer aviso que recibieran.

Cuando entraban en campaña ocurrían á su cuartel general, que era Coeneo. Y tanto como eran valientes, eran también cautos y recelosos. En las noches se salían del pueblo y nunca dormían en un solo sitio de la sierra, sino en diversos mogotes. De día había siempre un vigía en el cerro del Calvario que está junto á la barranca, del lado opuesto del caserío y desde donde se dominan á larga distancia los caminos. Tenían magnífico servicio de exploradores y de espías, los primeros á caballo y á pie; siendo curioso el hecho de que estos últimos, para contar á sus contrarios y examinar las cargas que llevabàn, se subíán y ocultaban en las frondas de los árboles que crecen á orillas de los caminos, y desde allí hacían el examen más completo de los elementos y número del enemigo. Los espías eran gente de su mayor confianza, y disfrazándose de buhoneros, de conductores de carretas, de vendedores de carbón, etc., entraban y salían á las poblaciones guarnecidas por el imperio. De esta suerte, rarísimas veces fueron sorprendidos, mientras que ellos sí daban *albazos* seguros.

Dejamos al general Régules en San Antonio de las Huertas: allí permaneció algunos días esperando que se le reuniesen los dispersos. A principios de Abril, con doscientos individuos de la clase de tropa y doscientos cincuenta entre jefes y oficiales, se dirigió al Sur de Ario, hasta la hacienda de Jorullo. Este movimiento tuvo por objeto proporcionarse recursos. En esos días hizo en la persona del Lic. D. Justo Mendoza el nombramiento de Gobernador de Michoacán, que, como he indicado, fué bien recibido por los habitantes del Estado, quienes veían en él al patriota, al hombre inteligente, instruído y honrado, dotes que habían reconocido también en el general Riva Palacio. Sin contar con la actividad, el talento militar ni la amplia esfera de relaciones de éste, tenía la circunstancia de ser michoacano, y esto halagaba el espíritu de provincialismo. Hubo de malo en este nombramiento que el general Régules, no obstante que Riva Palacio no había he-

cho renuncia del encargo, estando separado tan sólo temporalmente y con licencia del Cuartel General, no esperó á que regresara del Estado de Guerrero para indicarle la conveniencia de un cambio de personas en el gobierno. Así es que al hecho se le dió cierto carácter de destitución que nada podía justificar.

Entretanto ocurrían estos sucesos en el campo republicano, Méndez, que había regresado á Morelia, salió de allí el día 8 para emprender la persecución de Régules. Al llegar á Ario supo el movimiento de este jefe, y calculando que tomaría el rumbo de Huetamo, envió correos extraordinarios á México para combinar una expedición fructuosa sobre el caudillo republicano. Así es que, al mismo tiempo que de Zitácuaro avanzaba Clary con los argelinos y zuavos y con la antigua fuerza de *mexicanos* de Lamadrid, de Iguala salía sobre la margen derecha del Balsas la columna imperialista de Ortiz de la Peña. Méndez, por Tacámbaro y San Antonio de las Huertas, marchó sobre Huetamo, punto de reunión de las tres columnas combinadas.

Tan pronto como el coronel D. Leonardo Valdés supo que la línea de su mando iba á ser invadida, envió á Coahuayutla la maestranza, la imprenta y depósitos que en Huetamo tenía el Cuartel General, yendo todo al cuidado del general Cosme Varela. Valdés se apercibió á la defensa y solicitó del general Régules que tomase el mando de la tropa. El general no lo juzgó conveniente, y Méndez, el 25 de Abril, pudo ocupar á Huetamo sin disparar un solo tiro, pues que Valdés y los suyos evacuaron anticipadamente la plaza. Los imperiales avanzaron hasta frente á Zirándaro, sin pasar el río, y de allí regresaron á Huetamo, en donde incendiaron los archivos públicos y trataron en vano de que los vecinos firmasen una acta de adhesión al imperio.

Méndez, después de estos hechos, volvió al interior, siendo molestado en todo el camino hasta Rincón de Uruétaro por los tiradores de Valdés; Clary y los suyos regresaron á Zitácuaro, y Ortiz de la Peña, que se había retardado, se devolvió de Pungarabato.

Así terminó esta expedición de Méndez, sin resultado alguno; antes al contrario, sirvió para que los pueblos comprendiesen que los traidores no contaban con la opinión pública.

Mientras tanto, el general Régules, siguiendo su retirada hacia el Sur, pasó el río de las Balsas el día 28 y pisó el territorio del Estado de Guerrero, en donde si bien no fué hostilizada su fuerza, no encontró hospitalidad alguna. Se le exigía que pagara forrajes, y los soldados no comían su troncha si no compraban previamente las reses: no había el recurso de expedir recibos descontables en contribuciones, ni se podía imponer ningún préstamo, pues que el Estado de Guerrero no formaba parte del territorio encomendado al general en jefe del Ejército Republicano del Centro. Nuestra Comisaría no tenía un peso siquiera en caja.

Esta es la época que describe el historiador imperialista Alberto Hans, cuando al hablar de Régules, dice:

"Después de numerosas derrotas, sus tropas llegaron á un estado de desnudez y de miseria imposible de describir, y que él no podía remediar, no teniendo, como los jefes republicanos del Norte, la vecindad de los americanos que vendían armas y municiones."

Fué la única vez que nuestros soldados pasaron al Estado de Guerrero, y repito que no pudieron permanecer allí porque se habrían muerto de hambre. Prefiriendo otro género de muerte, faltos de armas, sin parque, sin vestido, regresaron antes de tres días á Michoacán, encaminándose Régules otra vez á San Antonio de las Huertas; y Villada, nombrado nuevamente jefe de la línea de Uruapan, fué á situarse en el rancho de los Olivos, sobre el río grande de Apatzingán. En los días en que este jefe permaneció en aquel paraje sus soldados se alimentaban con sandías que tomaban de las *tamacuas*, y de cuando en cuando con algún pescado que lograban coger.

El general Régules puso á las órdenes de Villada la *gavilla* de Simón Gutiérrez. Como era de esperarse del carácter insubordinado y de la mala conducta de este capitán de bandoleros, lejos de someterse al orden con que se manejaba en todos sus actos su nuevo jefe, comenzó á cometer toda clase

de tropelías. Reprendido por Villada, trató de asesinar á éste, y no habiéndolo logrado, se desertó con su guerrilla y marchó á Jalisco, en donde el 17 de Mayo fué destrozado en Autlan.

Villada desplegó desde luego su acostumbrada actividad: recorrió el terreno del Carrizal y Tumbiscatio, levantó las acordadas y marchó, ya con alguna fuerza, sobre Apatzingán, en donde tenía su centro de operaciones el temible *manco* Espinosa, cuya adhesión al imperio conocen ya los lectores. Un mes permaneció Villada en aquella ciudad sin ser molestado, pues que Espinosa se replegó á Los Reyes. En consecuencia, el jefe republicano pudo entregarse tranquilamente en todo Mayo, á organizar su fuerza. El 3 de Junio, con ochenta infantes y doscientos jinetes, avanzó hasta Tancítaro, ampliando así su círculo de acción.

Por Zitácuaro peleaban sin cesar los chinacos, si bien no pasaban de verdaderas escaramuzas, que sostenían ó provocaban con frecuencia contra los argelinos y zuavos de Clary. Darío Alzati y D. Zeferino Gómez Gallardo hacían frecuentes apariciones en Camémbaro; Ugalde merodeaba en el terreno y Castillo expedicionaba en los pueblos inmediatos. Esto tenía en constante alarma á los invasores, por lo que Bazaine envió á Zitácuaro dos compañías más de zuavos, y con tal auxilio, á fines de Abril quedaron cubiertos de guarniciones Zitácuaro, Laureles y Tuzantla. En esta última población puso su cuartel general Clary, permitiendo á sus soldados que saquearan las casas, y por su parte dió orden de que incendiaran la de D. Amador Landa, por sus opiniones notoriamente contrarias al imperio.

En estas circunstancias llegaba Eguiluz con sus oficiales al departamento de Zitácuaro. En la ranchería que está al pie de los Picachos de Cucha, se encontró con las fuerzas republicanas que mandaban los jefes Germán Contreras, Granda y Castillo, y ya juntos, en número de doscientos treinta hombres, de los cuales ochenta eran infantes, y el resto de caballería, marcharon sobre Tuzantla. Llegando á la orilla de esta población el día 3 de Mayo, se emboscaron en el cerro que está al Sur, en el punto llamado Arroyo Seco.

Desde allí desprendió Eguiluz á los coroneles Contreras y Limón para que simulasen un ataque. En efecto, llegaron á las calles de Tuzantla y lograron que Clary saliera persiguiéndolos hasta caer en la emboscada, en donde de una y otra parte se sostuvo el tiroteo, hasta que los franceses retrocedieron sin detenerse siquiera en el caserío, sino que á toda prisa fueron á tomar posiciones en una loma que está situada al Norte, en la orilla de la población. Allí permanecieron dos días, no sin ser molestados por los fuegos de nuestros tiradores. El día 5, aniversario de la derrota de los franceses en los cerros de Puebla, los chinacos quisieron honrar con su valor aquella fecha memorable. Desde muy temprano se aprestaron á la lucha, y á eso de las cinco de la mañana formalizaron su ataque, que duró más de dos horas, pero que no tuvo buen éxito á causa de las formidables posiciones que ocupaba Clary. Entonces le ocurrió al comandante Genaro Román, jefe del Estado Mayor de Eguiluz, incendiar en varios puntos, al rededor de la loma, el pasto, que en esa época del año está completamente seco. Puesta en ejecución la idea, los franceses, que vieron acercarse á su posición y por todos lados llamas amenazadoras, abandonaron á toda prisa el campo y se retiraron rumbo á Zitácuaro, recogiendo de paso la guarnición que había en Laureles.

El día 10, concentradas las fuerzas francesas en aquella ciudad, emprendieron salir al encuentro de Contreras, que los perseguía, y quien les presentó batalla en el puerto de Iziapo. El enemigo no la aceptó, limitándose á un tiroteo, en vista de las posiciones que ocupaban los republicanos, y al retirarse de nuevo á Zitácuaro incendiaron la hacienda del Bosque. Contreras volvió á Tuzantla, en cuya población fueron reuniéndose varias partidas de chinacos en número de quinientos, número ya respetable; y en consecuencia se resolvió marchar sobre Zitácuaro.

No obstante que no era sensible la acción del Cuartel General; como se ve, nuestros guerrilleros no cesaban de combatir. En Morelia, por ejemplo, en donde había una escasa guarnición, frecuentemente llegaban hasta las garitas y pe-

netraban en las calles los jinetes de D. Manuel y D. Gerardo González, que mantenían en constante alarma á la capital. En una de esas ocasiones, el día 7 de Mayo, se atrevió á hacer una salida el coronel Loza hasta la loma de Santa María, regresando más que de prisa después de dejar dos muertos y once heridos en poder de los chinacos.

De mayor importancia fué un hecho de armas verificado en Zacapu el 26 del mismo mes de Mayo.

Había llegado un día antes á aquel pueblo la columna del coronel Doroteo Vera Quintana, compuesta del batallón tercero ligero que mandaba el teniente coronel Redonet, del 1º y 5º regimientos de caballería y del escuadrón de exploradores, cuyo jefe era el valiente Macario Silva. Estas fuerzas formaban un total de mil doscientos hombres, tan disciplinados y bien provistos como los de la brigada Méndez.

Garnica y Arias se encontraban en las inmediaciones de Zacapu con cerca de doscientos chinacos.

En la noche del 25 platicaban Arias y Garnica y trataban de adivinar el objeto que llevaría el enemigo al situarse en Zacapu. Repentinamente dijo el primero al segundo:

—Pues oiga, compadre, yo siempre voy á travesear mañana á Zacapu.

—Pues vaya, compadre, ni quien le diga nada.

Entonces Arias escogió veinte hombres, entre ellos á D. Víctor González, á Miguel Adorno, Simón Garnica, Juan Delgado, Román Ceja y Pedro Cerda.

A las cinco de la mañana *cayó* á Zacapu, á la hora en que ya el primer regimiento de caballería permanente tenía en las calles sus caballos para hacer la limpia. En el acto Arias dió orden á González de que con unos diez soldados arreara aquella remonta por la Angostura, camino de Zipimeo; y mientras D. Víctor cumplía lo mandado, llevándose más de cien caballos, Arias y sus compañeros asaltaban el cuartel de infantería que estaba en la casa de D. Jesús Luna: los infantes no tuvieron tiempo ni de coger sus fusiles, y á empellones echaron fuera del zaguán á los chinacos. Entonces éstos, para dar tiempo á D. Víctor González de alejarse del pueblo, se arrojaron sobre otro cuartel de caballería, y en el patio,

que era á la vez corral, lancearon tres dragones y lograron sacarse cinco caballos. En esto, ya Vera Quintana había organizado una compañía del tercer ligero, y con los dragones *desmontados* (como él mismo lo confiesa en el parte respectivo) logró que Arias evacuara la plaza.

Entretanto Macario Silva había hecho que su escuadrón de exploradores ensillara y estuviera listo en espera del 5º regimiento.

Vera Quintana lanzó esta columna de caballería en persecución de Arias, que se retiraba paso á paso por el llano de Buena Vista, en donde esperaba Garnica á su compadre. "Envalentonados éstos (dice el parte de Vera Quintana), sostuvieron un combate por más de media hora hasta que fueron derrotados, dejando más de veinte muertos y veinte prisioneros, y se les quitaron sesenta caballos."

En efecto, Garnica y Arias sostuvieron con todo brío la carga de la caballería enemiga, trabándose entre los jefes de una y otra parte varios combates personales. En medio de la refriega observó Arias que la infantería de Redonet, faldeando la loma conocida con el nombre de Cerrito de los Vallejos, trataba de flanquearlos. Entonces, sin hacer caso de los soldados del enemigo que lo rodeaban, se bajó de su caballo y con toda calma le apretó la cincha, diciendo á Adorno:

—"Pues *croque* ahora sí es de veras; apéese, amo, y apriete el fuste."

Hecha esta operación, dieron la última acometida á Macario Silva, y luego se retiraron á galope hasta perderse de vista.

Vera Quintana mandó hacer requisición de caballos en los ranchos vecinos, para poder montar á sus dragones que se habían quedado á pie; y esta es la verdad de los sesenta que dice haberles quitado á los cuatro Rafaeles, suponiendo en su parte que también concurrieron Domenzain y Rangel, lo que no es cierto, pues como llevo dicho, sólo estuvieron allí dos Rafaeles, Garnica y Arias. Cuando Vera Quintana regresó á Zacapu y pasó revista á su tropa, vió que le faltaban más de sesenta infantes y cosa de veinte dragones.

Al día siguiente Arias y Garnica llegaban á Bellas Fuen-

tes, en donde ya los esperaba D. Víctor González con la magnífica remonta del primer regimiento permanente del ejército imperial.

Y mientras que así se peleaba en el campo, los jefes de las guarniciones en los pueblos ocupados por el imperio, ejercían toda clase de tiranías sobre los liberales que se arriesgaban á manifestar sus simpatías hacia los defensores de la patria. Sería largo referir todos èstos episodios, y me limitaré á narrar dos en que se trata del teniente coronel Luis Vargas Madrigal, comandante militar de Uruapan.

El primero se refiere al célebre artista Manuel Ocaranza. Hacía meses que había fallecido su padre D. Luis, de quien he hablado en otra parte de este libro, y Manuel se hallaba consagrado á cuidar de su anciana madre, Doña Dolores Hinojosa, que estaba paralítica, y con quien compartía una vida de pobreza. Manuel era querido por todos en Uruapan, y habiendo llegado el 31 de Mayo, día de Corpus, sus amigos lo obsequiaron con un banquete onomástico en la fonda de Doña Basilia, "La Embarcación," si la recuerdan los lectores. Era un grupo numeroso de anfitriones, entre los que se hallaban D. Ramón Romero y D. Martín Calvillo. En medio del entusiasmo que reinó durante la comida, Ocaranza, que siempre respiraba patriotismo, propuso un brindis á la memoria de Salazar y de sus compañeros, sacrificados por la traición el 21 de Octubre del año anterior. La palabra fácil y galana de Manuel, sus ideas levantadas y la melancolía que imprimió á su acento, hallaron eco en el corazón de los concurrentes, que con los ojos llenos de lágrimas aplaudieron estrepitosamente. Empero no faltó un delator que fuese á dar aviso á Madrigal de lo que pasaba en la fonda. En el acto envió una patrulla á aprehender á los *facciosos*, la que no logró apoderarse más que de Ocaranza y de los dos vecinos mencionados, porque los demás huyeron salvando las tapias por el interior de la casa. Aquéllos fueron conducidos á la cárcel, y el jefe militar, intencionalmente, los condenó á pagar una multa de cincuenta pesos al *reo principal*, y de veinticinco á sus cómplices; ó á falta de pago, á permanecer presos: agregó

que si los demás vecinos reunían el dinero en suscrición se recibiría, pero como una nueva multa impuesta á los generosos.

Romero y Calvillo satisficieron su cuota; pero Manuel no tenía con que pagarla, y en consecuencia siguió habitando el interior de la cárcel, confundido con los criminales que, menos despiadados que aquel jefe, trataron al preso con toda clase de consideraciones. Por muchos días la anciana madre de Manuel se encontró sin apoyo, entregada á toda clase de sufrimientos.

Entretanto, Manuel, para no estar ocioso en la cárcel, había mandado que le llevasen su caballete, la paleta, los pinceles y un lienzo en que estaba pintando. Lo que pintaba era el retrato de Ronda, jinete en su caballo tordillo el *Forey*, soberbio corcel normando perteneciente á De Potier, á quien le había sido quitado en la acción del puente de Huaniqueo. Al saber Madrigal lo que hacía Ocaranza se puso furioso hasta el delirio; pero por una de esas aberraciones del espíritu en los hombres de carácter violento, mandó poner en libertad al preso para que no siguiera dando escándalo; no tan pronto, sin embargo, que no hubiese éste tenido tiempo de concluir su trabajo. Cuando Ronda y María, su esposa, recibieron en Coeneo el cuadro, él se quedó admirado del exacto parecido del caballo, y *ella* de la fiel semejanza del jinete con su querido chinaco, entusiasmándose á tal grado, que con un propio se apresuró á enviar á Manuel Ocaranza una gratificación de quinientos pesos.

El otro episodio es el siguiente:

El gobierno imperial había dispuesto, como en los años anteriores, que se solemnizara el 16 de Septiembre con la pompa que fuese posible en cada localidad. Uruapan era notoriamente hostil al imperio, y esto hacía temer á Madrigal que los habitantes no se prestasen á tomar participación en la fiesta oficial, sino que se reuniesen en alguna casa ó huerta, y, privadamente, si bien con todo entusiasmo, según lo habían hecho el 5 de Mayo del año en curso, celebraran el día de la patria. Había que impedir esto y que hacer la ostentación oficial, y tanto porque entre los pocos *mochitos* de Uruapan

no había uno solo capaz de pronunciar el discurso, como por dar un mal rato á los liberales, nombró orador oficial al C. Aristeo Mercado, quien rehusó el encargo; pero Madrigal, lleno de ira, le dijo:

—Escoja vd., la cárcel ó el discurso.

—Si no es que son las dos cosas juntas, murmuró Aristeo.

—¿Qué está vd. diciendo?

—Que pronunciaré el discurso.

Llegó el día de la patria; la concurrencia era numerosísima, sobre todo de liberales.

Aristeo Mercado subió á la tribuna, y con buen decir pronunció un discurso patriótico cuyo epílogo era un apóstrofe á la libertad, que, como un sol esplendoroso, bañaba ya con sus rayos todos los ámbitos de la República.

Un aplauso nutrido y vivas á la libertad y al orador, respondieron á aquellas palabras, que hacían una alusión á los triunfos de los republicanos que se multiplicaban en el territorio nacional. Aún resonaba el eco de los aplausos, cuando Aristeo Mercado y los que habían provocado la ovación estaban ya en la cárcel: estos últimos eran D. Toribio Ruiz, D. Tomás Torres y D. Antonio Mendoza.

Al día siguiente salió desterrado D. Toribio Ruiz; libre Mendoza porque era *mocho* y aplaudió inconscientemente, y remitidos á Morelia para ser juzgados por la corte marcial Mercado y Torres, quienes en aquella ciudad quedaron libres, porque, afortunadamente para ellos, Méndez se hallaba ausente por el rumbo de Jalisco.

Hoy es Gobernador de Michoacán D. Aristeo Mercado, y funciona como Prefecto de Ario, en el mismo Estado, el coronel Luis Vargas Madrigal.

CAPITULO XXXVIII.

(1866)

Viaje de Riva Palacio al Estado de Guerrero.—El camino de la Costa.—Don Juan Alvarez.—La choza de Altamirano.—El regreso.—El valle de los diamantes.—El cerro de Barrabás.—Regreso á Michoacán.—La antigua insurgente.—Días amargos.—Viajes de Alzati.

Voy ahora á narrar el viaje que hizo á la costa de Acapulco el general Riva Palacio, pues aunque no es rigurosamente parte de la campaña, no por eso deja de tener relación con ésta, puesto que explica algunos rasgos de la política que se seguía durante aquella época en Michoacán y en Guerrero.

El general había salido de Tacámbaro, como he dicho, al comenzar el mes de Marzo. Unos quince días después emprendí yo mi marcha, en su seguimiento, y creo que no estará por demás hacer una breve descripción de aquel variado y hermoso camino.

En Churumuco atravesé el río grande de "Las Balsas." Corre éste en la zona fertilísima que se extiende hasta Zacatula: allí forma un delta cuyos dos brazos desembocan en la ensenada de Petacalco. Antes de la independencia y después, hasta que se erigió en Estado de Guerrero la entidad federativa que hoy lleva este nombre, aquella comarca pertenecía á Michoacán. Allí fué donde el general Guerrero llevó á cabo las principales proezas de su incansable batallar contra los españoles en la época en que él solo mantenía en el Sur el fuego de la independencia. Allí está la famosa hacienda de Tamo en donde humilló el orgullo del valiente y tenaz Armijo.

Erigido el Estado de Guerrero, le sirvió de límite con Michoacán el río de las Balsas, con excepción de la municipalidad de Zirándaro que, estando á la margen izquierda, pertenece sin embargo á Michoacán, así como la de Zacatula en la parte que se halla á la derecha, con las haciendas de la Orilla y Acalpican, corresponde á Guerrero.

Cuando hube franqueado el paso del río en Churumuco me encontré ya en el Estado que gobernaba de hecho Don Juan Alvarez, aunque el gobernador nombrado era su hijo Don Diego.

El primer punto que por allí se toca es la gran hacienda del Rosario que, aparte de ser considerada como uno de los más extensos criaderos de ganado en el Sur, tenía para mí la particularidad de haber pertenecido á la familia Izazaga de Uruapan, de la que era jefe el Lic. D. José María de Izazaga, uno de los primeros y más constantes insurgentes.

Fuí á pernoctar al Tepeguaje, ranchería de la hacienda de San Vicente, de la propiedad de una rama de la familia mencionada.

Al día siguiente, muy temprano, llegué á Colmeneros, una hacienda donde vivían algunas familias apellidadas Valdovinos. Hago este recuerdo, porque de allí eran la Sra. Octaviana Valdovinos, esposa del general Arteaga, y su sobrina Desideria, linda y virtuosa joven á quien llamábamos *Derita*, las mismas que, en compañía de otras familias, fueron aprisionadas en Morelia por el feroz De Potier, según está dicho en esta obra.

Al comenzar la noche, se detuvo enfrente de la choza en que me alojé un hombre en traje de ranchero, jinete en un soberbio caballo tordillo. Aquella persona me dijo que iba yo á pasar muy mala noche, porque no teniendo una cama con pabellón, no me dejarían dormir los moscos; que si gustaba, iríamos hasta Los Nuevos (La Unión), y aprovecharíamos la frescura de la noche para caminar á gusto. Sin vacilar acepté el convite. ¡Y cuánto me arrepentí! Apenas habíamos salido de Colmeneros, cuando se cubrió el cielo de nubes y se desató un terrible aguacero. Yo seguía al caballo tordillo que montaba mi guía y cuya silueta se destacaba con-

fusamente en la obscuridad, á través de la lluvia. El camino es detestable y, para colmo de mis penalidades, hubo que atravesar en zig-zag y por veintidós veces el río de Colmeneros que iba crecido, aumentando más y más el volumen de sus aguas.

Frecuentemente perdía de vista á mi conductor, pero mi caballo, con el natural instinto que para caminar de noche tienen estos animales, no llegaba á perder la pista. Cuando después de pasar la vigésimasegunda vuelta del río, llegamos á las *Juntas*, pude ya colocarme al lado de mi guía, le pregunté su nombre, y al oirlo, confieso que en mi entusiasmo patriótico olvidé por un momento que por su causa me había desvelado mojándome hasta los huesos: aquel hombre se llamaba D. Luis Galeana, era nieto de D. Juan, y en consecuencia, sobrino nieto del héroe legendario D. Hermenegildo Galeana. Fuimos compañeros de viaje hasta el pueblo en que residía, que era Petatlán.

Llegamos á la Unión, á eso de las doce de la noche, después de haber traspuesto la Sierra Madre en una de sus gargantas más accesibles. Nos alojamos en la casa de D. Rafael Jaimez, y en donde ya en mi hamaca, pude darme cuenta de un ruido sordo, extraño, incesante, que hacía rato estaba hiriendo mi oído. Eran los tumbos del Pacífico, en la eterna reventazón de las olas que se deshacen en la playa. Me dormí soñando en ese inmenso é imponente Océano, siempre bello y sublime, ora se manifieste lleno de cólera, luchando contra las tempestades, ora se mueva tranquilo, llevadas sus ondas por la brisa hasta el lecho mullido de las arenas de la costa. Iba á verlo por segunda vez y experimentaba la misma impaciencia de fijar en él la mirada, que sentí la víspera de conocerlo. Desde entonces lo he contemplado muchas ocasiones y siempre me parece que lo veo por vez primera.

Saliendo de los *Nuevos* seguimos nuestro camino por las fértiles campiñas de la Lagunilla y de Chiutla, en donde los cedros y los *cóbanos* mantienen eterna obscuridad bajo sus frondas y en donde

«El algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro y el vellón de nieve.»

Atravesamos luego los hermosísimos llanos de Temalhuacán, sembrados de huertas, cubiertos de pastos y regados por cristalinos arroyos; más adelante pasamos por Iztapa, famosa por sus elevadas palmeras y sus sabrosos *cocos*.

Llegamos á Sihuatanejo una tarde á las cuatro. La bahia es hermosísima, la bocana estrecha, el fondeadero limpio y profundo: en la cúspide de una pequeña colina que se yergue en la playa, residía el *mirero* (el vigía) en una choza miserable. En ninguna parte he visto tal infinidad de conchas hermosísimas, como las que tapizaban las playas de Sihuatanejo: de allí nos dirigimos, por entre un bosque de limoneros, al inmediato *barrio* [1] de Agua de Correa, donde pernoctamos. En aquella época la hospitalidad, en la costa, tenía un carácter netamente patriarcal. Siempre que uno pedía alojamiento, la respuesta invariable era:

—¡Cómo no! Apéese y desensille.

Allí se proporcionaba alimento y hamacas para la gente y un potrero [*tlacolole ó guamil*] para la remonta. La casa en que nos hospedamos tenía un extenso toro [2] de que estaban suspendidas ocho hamacas.

Al día siguiente cruzamos el Coacoyotl, en donde vivía aún el antiguo insurgente D. Vicente Amaro; pasamos por San Jeronimito y llegamos á Petatlán; allí lo más notable es la imagen milagrosa del Señor de las tres caídas, que en un tiempo estuvo de moda y producía mucho dinero al señor cura. En Petatlán me despedí de D. Luis Galeana y proseguí solo mi camino.

No lejos de aquel pueblo, cerca de la hacienda de Juluchuca, se extiende el *Cayacal*, inmenso, profundo, sombrío y misterioso bosque de cayacos, las más gallardas y esbeltas palmas que conozco.

Dejé á mi paso á Papanoa, San Luis y Nuzco hasta llegar á Tecpan. En el camino había escalado las enhiestas y colosales rocas del Calvario, en donde á mi derecha, en un abismo sin fin, se ofrecía á mis ojos la mar, rompiéndose en los

1 Llaman barrio en la costa á una aldea pequeña.

2 Corredor ó soportal, el *torus* de los latinos.

acantilados y lanzando á grande altura espléndidos abanicos de espuma, al romperse las olas en los muros de granito.

Más adelante está Tecpan, patria de los Galeanas y de donde hizo su salida á coronarse de laureles el famoso cañón *Niño:* es la región de los más extensos algodonares y se cultivan además la caña de azúcar y el tabaco.

Me iba acercando á Acapulco. En Atoyac de Alvarez recibí la hospitalidad del cura Díaz, cuya señora, de cuerpo frondoso y corazón alegre, hizo perfectamente los honores de la casa.

Acapulco se hallaba ocupado en aquella época por una guarnición de imperialistas, al mando del general Montenegro, sostenida por una fragata francesa anclada en la hermosa bahía, una de las mejores del mundo. Por el Paso de la Savana tomé el camino de la Providencia, no sin haber antes contemplado con religiosa admiración el célebre Veladero, pedestal de la gloria de Morelos.

Por fin llegué á la hacienda en donde está la casa señorial de D. Juan Alvarez.

Al realizar mi deseo de conocer á aquel héroe de nuestra primera independencia y caudillo de la revolución de Ayutla, sentí que mi alma se llenaba de respeto ante el anciano venerable, todavía vigoroso, todavía chispeando sus ojos de entusiasmo patriótico.

El general Riva Palacio se hallaba alojado en una casa de la cuadrilla de la hacienda, que servía de habitación al Lic. D. Ignacio Manuel Altamirano: era una miserable choza, aquella en que vivía el talentoso tribuno, el valiente soldado, el poeta de grande inspiración. Con él estaba su inseparable compañera Margarita, su santa esposa, su inteligente amiga.

Riva Palacio tuvo íntimas y largas conferencias con D. Juan Alvarez, quien manifestó tierno cariño por el nieto de su jefe, el invicto general D. Vicente Guerrero. Uno de los objetos que tenía el viaje de Riva Palacio era solicitar del anciano patriota, siquiera fuesen en calidad de prestados, algunos fusiles para crear nuevas fuerzas en Michoacán con elemen-

tos que no se distrajeran de los del Cuartel General del Ejército del Centro. El general Alvarez manifestó gran pena de no poder acceder á estos deseos, pues que no hacía cuatro meses que había proporcionado armas y soldados al general D. Porfirio Díaz, para abrir una nueva campaña en Oaxaca, después de su evasión de Puebla.

—Es inútil, decía después Altamirano á Riva Palacio; no pidas armas: aquí la mayor parte de los fusiles son de *chispa*. El *tío* se atiene más á los machetes de los costeños y á que estas montañas son inexpugnables.

No se insistió ya, y el general dispuso nuestro regreso; pero antes, no olvidaré que, una noche, fuimos á un *palenque* en que se daba un gran baile.

Había una numerosa concurrencia y se bailaban la zambarumbera y la cueca y las dulces malagueñas. La música era el arpa grande de dos órdenes tan acostumbrada en la costa, y el que trovaba era un vate ignorado que en el momento de llegar nosotros cantó:

«Aquí está Riva Palacio,
No lo había yo conocido;
¡Bien haya lo bien parido!
¡Viva el *nieto del Estado!*»

De donde resultó que rodearan al general muchos de los concurrentes, entre ellos algunos oficiales de las tropas del Sur, que le hicieron una entusiasta ovación.

Llegó el día de regresar. Nos despedimos del general Alvarez y comenzamos á desandar el camino de la costa. El maestro Altamirano nos acompañó durante algunas jornadas.

Fué en la pequeña ranchería llamada Boca de Coyuca donde pasó lo siguiente:

El general había atravesado sin hacer alto, por entre las chozas de aquel cortijo.

Altamirano se quedó atrás para pedir un vaso de agua que calmase su sed. De repente á grito abierto comenzó á llamar á Riva Palacio, quien retrocedió, curioso de saber lo que pasaba.

—Vicente, dijo el maestro, fíjate bien en esta señora y salúdala con cariño y con respeto.

El general hizo lo que se le indicaba. Aquella mujer era una anciana que frisaba en los setenta años. Alta, de pocas carnes y de mirada expresiva. Tenía en una mano el *tecomate* en que había dado el agua á Altamirano y en la otra uno de aquellos vasos de vidrio con labores doradas que se usaron al principio de este siglo.

—El señor me acaba de decir que es usted D. Vicente Riva Palacio.

—Servidor de usted, señora.

—¿El nieto del general Guerrero?

—El mismo, para lo que á usted se le ofrezca.

—¿Cómo se llamaba su señora madre?

El general, algo picado con tantas preguntas, contestó:

—Dolores; ¿la conoció usted?

—¡Cómo no! La ví muchas veces en Tixtla cuando era chiquita, cuando los españoles tenían presa á la esposa de D. Vicente. Pero mire, hágame favor de beber agua en este vaso.

—Ya ves, hombre, tú tomas agua en vaso, porque eres general, mientras que á mí, que no soy más que coronel, me la dieron en tecomate, dijo Altamirano riéndose.

—No por eso, señor, se apresuró á contestar la anciana. En este vaso no han bebido hasta hoy más que dos personas; lo guardamos como reliquia.

—¿Y quiénes eran esas dos personas?

—El señor Morelos cuando era yo muy niña; D. Vicente Guerrero, siendo yo joven; y ahora, cuando ya me pide la tierra de puro vieja, quiero que beba usted también.

En los ojos del general había un velo transparente, formado por las lágrimas, próximas á brotar: dió un abrazo á la anciana y prosiguió la marcha sin que ninguno de nosotros osase interrumpir su silencio.

Desgraciadamente el tiempo ha borrado en mi carnet las notas escritas con lápiz; pero si mi memoria no me engaña, aquella señora se llamaba Doña Rafaela Marez.

Pocos días después abandonamos el camino de la costa y tomamos el de la Sierra Madre. Estuvimos en el mineral de Guadalupe hasta el día 5 de Mayo, y el día 6 continuamos nuestro viaje.

En un lugar, de cuyo nombre, por discreción, no debo acordarme, el general preguntó con empeño por X......... un ranchero que residía allí y que era dueño de una *vinata*, fábrica de mezcal.

Mientras se presentaba aquel individuo nos tendimos en las hamacas y el general me dijo:

—Ahijado, fínjase usted dormido cuando venga el dueño de esta *vinata*, que es la persona á quien mandé llamar, y ponga usted mucho cuidado á nuestra conversación.

Apenas acababa de pronunciar la última palabra, cuando llegó el hombre susodicho, un anciano de más de setenta años, y saludó á Riva Palacio, agregando:

—Aquí estoy á su mandado.

—¿Sabe usted leer?

—Sí, señor, algo de eso aprendí, ya de grande.

—Pues lea esta carta.

El ranchero deletreó lo que estaba escrito en el papel y fijó mucho su atención en la firma.

—¡Ah, señor! ¿usted es de veras su nieto?

—Vea usted, lo he heredado en algo, le dijo el general.

—Sin duda, sin duda: pregúnteme cuanto quiera. ¡Qué gusto de conocer á su merced!

—¿Dónde es ese sitio?

—Mire usted: detrás de ese cerro hay una cañada; luego se sube una loma larga donde hay un *texcal* y del otro lado un llanito por donde corre un arroyo. Allí es. ¿Quiere usted que lo guíe?

—No, yo volveré exclusivamente á esto en otra vez. Por ahora cuénteme usted cómo fué el descubrimiento.

—Pues cuando las primeras *tingas*, una ocasión en que los *méricos* nos vimos perseguidos por muchas tropas de *gachupines*, el general nos trajo á estos vericuetos de la Sierra Madre, y anda que anda llegamos á onde le he dicho á su mer-

ced. Al general le dió mucho gusto mirando que había en el llanito muchos pedernales redondos, y como yo era su asistente y estaba yo muy *rebusto*, me dijo: "mira, muchacho, quiébrate esos pedernales para tantear si sacamos muchas piedras de chispa, que ya las que traen los fusiles están muy desgastadas." Yo agarré una piedra grande y con ella le pegué á otra más chica que se abrió en muchos pedacitos: el amo se sorprendió de ver saltar de enmedio del pedernal una *cuenta* de vidrio, y él mismo me ayudó á quebrar otras y de cada una iba saltando una cuentita, muy cristalina. Déjalo ya, muchacho, me dijo el general, esto no da chispa; pero si me matan en la guerra, no le digas á nadie lo que hemos hallado aquí; sólo á mi mujer, á mi hija y á mis nietos, si los tengo, les avisas todo. Yo le prometí al general que nadie lo sabría, no más los de su casa, y por eso á usted es al único á quien se lo platico.

Muchos de mis lectores habrán ya adivinado que se trata de los célebres diamantes de D. Vicente Guerrero.

El día 8 descubrimos el cerro de Barrabás, aquel lugar histórico que fué por muchos años el baluarte de los insurgentes. En la tarde llegamos á Zirándaro.

Estábamos de vuelta en Michoacán.

Fuimos luego á Huetamo: allí entregaron al general muchas cartas rezagadas: algunas de ellas le causaron un profundo disgusto de que hablaré después y que lo determinó á volver al Estado de Guerrero y permanecer en algún lugar inmediato en espera de una oportunidad propicia para tornar á Michoacán. En consecuencia nos dirigimos á Pandacuareo para seguir nuestra ruta á Ajuchitlán. Estuvimos esa noche en Pineda, hacienda del general Pinzón. Desde allí envió el general al coronel Alzati á una comisión que debería desempeñar en corto tiempo. Ya he dicho que D. José María Alzati era el hombre de las confianzas de Riva Palacio.

Muy temprano ensilló su caballo, montó y se alejó cantando:

Vengo de Pandacuareyo
A verte, regalo miyo,
Por no tenerte en deseyo
Ya me iba á ahogar en el riyo.[1]

A la vez nosotros tomamos el camino de la margen izquierda del gran río. A eso de medio día llegamos á un rancho llamado las Anonas. El calor era allí sofocante y los rayos del sol caían sobre nuestras cabezas como dardos de fuego.

Muy cerca había una plantación de sandías (una tamacua). Compramos las dos más grandes, que nos costaron medio real. En la única choza que había en el rancho estaba una anciana, cuyo aspecto revelaba indicios de antigua y hermosa juventud.

—Señora, le dije, préstenos usted una batea en que rebanar estas sandías.

—¡Cómo no! aquí tiene usted una en que caben las doj. La anciana sacó una batea á cuya vista lancé una exclamación.

—¡Batea de Uruapan!

—Sí, dijo ella, suspirando, ej una *perivana* que me regaló un novio que yo tuve y que se llamaba D. Julio Pérez.

—Lo conocí, señora, siendo yo muy niño. Era dueño de la hacienda de Capirio, un señor muy rico, que jugaba á miles los pesos en la feria de San Juan de los Lagos, y que era el terror de doncellas y casadas.

—El mijmo, el mijmo: era de Uruapan, y cuando ejtaba en Capirio tenía pojtas de caballos en la margen del río de Apatzingán y de ejte de las Balsaj, y en doj díaj y doj nochej se ponía aquí, tragando cien leguaj sólo por venir á verme.

Nuevo suspiro de la anciana y algunas lágrimas en sus ojos.

Sin contagiarme de aquella emoción, llevé la batea á donde estaba el general; rebanamos las sandías, contemplando primero y saboreando luego las rojas tajadas.

Sesteamos: aquella no era siesta ni nada que se le parecie-

1 Así adulteran las palabras los rancheros de la tierra caliente. Otro ejemplo: dicen botea, cuchío, á la botella y al cuchillo.

se; más bien nos figurábamos estar en un horno encendido. La anciana, que nos vió inundados de sudor, exclamó:

—Pobrecitoj de ujtedej! y ejto no ej nada. Para Ajuchitlán ejtá lo mero bueno.

Seguramente el general vió la impresión que nos causaron semejantes palabras y tuvo lástima de nosotros, pues nos dijo:

—Lo que importa es no estar en Huetamo; vámonos á Zirándaro.

Vimos el cielo abierto. En Zirándaro el calor no sube de cuarenta grados del centígrado, y esto ya era una frescura relativa.

Al día siguiente entramos á la Villa de Zirándaro. Pensábamos en dónde podríamos alojarnos, cuando se acercó al general una señora, vestida con el traje de las rancheras: rebozo terciado y sombrero de palma. Delgada, esbelta, de ojos negros y brillantes y tez quemada por el sol, su vigor contrastaba con la huella de los años manifiesta en la blancura de sus cabellos.

—Señor general, allí tiene usted mi casa. Entre y apéese en ella.

—Gracias, señora, gracias.

—No hay por qué darlas. Aquí donde usted me ve, yo también soy pariente del general Guerrero. Era muy chiquita cuando lo conocí en este mismo pueblo. Por más señas fué cuando el Sr. Morelos vino derrotado de Puruarán. Aquí en la plaza hablaron los dos. ¡Ay, señor! y cuántos curas venían con el Sr. Morelos! eran tantos que negreaba la plaza!

Había tal entusiasmo y tal calor patriótico en las palabras de aquella mujer, que desde luego no dudamos estar oyendo á una verdadera insurgente. Por aquel entonces teníamos con frecuencia estos encuentros: los patriotas de Morelos y de Guerrero daban las manos á los patriotas de Arteaga y Riva Palacio.

La anciana nos dejó instalados en su casa, y montando en su caballo, le pegó con la cuarta y tomó el rumbo de Guayameo.

Bien; ya estamos alojados: ahora faltaba tener que comer, nosotros y nuestras cabalgaduras. Por los mismos motivos

que al principio de este capítulo no quise mencionar, nos encontrábamos en la mayor miseria. El general ni recibía ni quería recibir sueldo y nosotros...... seguíamos su suerte.

El general hizo distribución de nuestros trabajos; él y yo nos íbamos á pescar al río, volviendo casi siempre muy tristes, porque los caimanes nos asustaban la pesca: Jorge Wood, que pocos días antes se había incorporado en el Estado Mayor, salía á cazar y luego nos contaba que había herido algún venado, pero que la herida había aumentado la ligereza del animal. El más afortunado era Jesús Verduzco, que tenía á su cargo ir á forrajear, pues volvía con grandes brazadas de aquel pasto áspero llamado *polole.*

Cuando adquiríamos alguna pieza de la caza ó de la pesca, nosotros mismos la cocinábamos, pues el mozo Antonio estaba postrado de intermitentes, en que la calentura se le quitaba cuando le venía el frío, y el frío se le quitaba cuando le venía la calentura. El general le decía: "levántate, Antonio, y anda por ahí á que te den un remedio; pero dado, ¿lo oyes?"

En la casa nos entreteníamos en sacar agua de un pozo, cuya profundidad era de más de cuarenta varas. Sacábamos para nuestro uso, para dar de beber á la remonta y para regar un lotecito de *chinos* que nos había recomendado muchísimo la dueña de la casa.

A los cuantos días llegó Alzati. En su semblante triste conocimos que nuestra situación no cambiaría. Venía con el bolsillo vacío, y no lo oímos cantar cuando lo descubrimos en el camino.

Por fortuna, un hacendado, amigo del general, le regaló cierto día una hermosa vaca *de untos*, elogiándola mucho para que el general fijara más la atención en el obsequio que en la intención con que se le hacía.

Inmediatamente propuso Wood que la destasáramos para tener cecina (Wood quería tomar venganza de los venados). Verduzco se remangó la blusa y quién sabe de dónde había ya conseguido un cuchillo.

Todo estaba dispuesto para el sacrificio, cuando Riva Palacio emitió una idea:

—Formémosle consejo de guerra, dijo.

Eramos cinco vocales bajo la presidencia del general. Confieso que nosotros cuatro votamos la muerte. Entonces el presidente del consejo exclamó:

—No creía yo presidir una corte marcial. Yo voto por la absolución.

—Que viva la vaca, gritamos todos con entusiasmo.

Al día siguiente Alzati marchó de nuevo á Huetamo á conseguir recursos. Volvió algunos días después, y antes de verlo asomar del otro lado del río, escuchamos su voz alegre y clara que decía:

Me fuí para el Ahuejullo,
Me amaneció en la cañada,
Me acordé de mi trigueña;
¡Qué Ahuejullo, ni qué nada!

El general, á consecuencia de lo que le dijo Alzati, no tuvo ya inconveniente en marchar á Huetamo.

En cuanto á la vaca, fué á aumentar el ganado de la insurgente en los terrenos de Guayameo, para que aquella señora tuviese un recuerdo de la segunda guerra de independencia.

CAPITULO XXXIX.

(1866)

Situación del general Régules.—Campaña de Méndez.—Fusilamiento de Nieves Sosa.—Villada en Tancítaro.—Derrota de Granados y muerte del manco Espinosa.—Pacificación de la línea de Apatzingán.—Expedición de Régules.—Comunicaciones cambiadas entre este jefe y Rivá Palacio. —El coronel Lalanne.—Combate con la columna del baron Aymard.—Toma de Angangueo.—Derrota de imperialistas en las inmediaciones de Morelia.

Dije en su lugar oportuno que el general Régules, después de su corta permanencia en las Balsas, había llegado á San Antonio de las Huertas. Allí activó sus trabajos para la reorganización del ejército, secundado eficazmente por Méndez Olivares, Tirado, Velasco y demás jefes de infantería y caballería: su secretario, el Lic. Francisco W. González, era infatigable en el trabajo de gabinete, si bien por entonces no podía el Cuartel General extender su acción más que á una parte del Estado de Michoacán. En las épocas anteriores, el general en jefe del Ejército del Centro mandaba con facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Colima, Michoacán, Guanajuato, Querétaro, y en los distritos primero y tercero del Estado de México, distritos que hoy forman los Estados de México y Morelos. Esta extensión era la cuarta parte del territorio mexicano, y tanto por estar interrumpidas las comunicaciones con el presidente Juárez, como por la suma de facultades de que se hallaba investido el general en jefe del referido ejército, aquello venía á constituir una especie de gobierno libre é independiente, cuya administración requería práctica en los ramos que la constituyen, ó las aptitudes que

distinguen á los hombres de Estado. El general Régules era un soldado valiente en la extensión de la palabra, buen táctico para la guerra de montaña, infatigable en las marchas, y conocedor, como nadie, del terreno en que peleaba; pero enteramente profano en la ciencia del gobierno. Sin la ayuda de González ó de otro como él, con dificultad habría hecho frente á la situación. Por aquel entonces la acción del Cuartel General no traspasaba los límites de Michoacán.

El Lic. Mendoza, Gobernador del Estado, funcionaba en un círculo todavía más extrecho, y aunque era hombre de reconocido talento, como sus atribuciones eran de carácter casi enteramente civil, sólo podía ejercerlas en los lugares ocupados materialmente por nuestras tropas, y en aquellos días lo estaban nada más el departamento de Huetamo y parte de cada uno de los de Zitácuaro, Ario, Tacámbaro y Apatzingán. Por este motivo, Mendoza, que había situado su residencia en la primera de las poblaciones expresadas, se consagraba más bien, con todo empeño é inteligencia, á vigilar los trabajos de la maestranza para la construcción de parque, fornituras, vestuario y demás equipos de guerra, que á los asuntos administrativos del Estado. Tenía como secretario de gobierno á D. Antonio Espinosa, hombre de carácter enérgico, de ideas firmes y de acrisolado patriotismo. Mendoza procuró que á todo trance siguiera publicándose el periódico oficial *La República*, redactado por D. Gregorio Pérez Jardón, y en las ausencias de éste, por quien escribe las presentes líneas.

Tal era la situación á mediados del año de 1866. Por aquellos días habían cesado las operaciones de guerra, pues sólo daban señales de vida las pequeñas fuerzas republicanas de Zitácuaro; Villada en Apatzingán, y en la región de Coeneo Arias, Garnica y Ronda, reunidos con los guerrilleros del Estado de Guanajuato, que perseguidos allí, encontraban su retirada en el Norte de Michoacán.

En la línea de Tacámbaro y Ario había también algunas partidas. Entre ellas la de Nieves Sosa, vecino de este último lugar, ranchero patriota y valeroso que había abandonado sus pequeños intereses y su reciente hogar para combatir contra los invasores.

Sorprendido por las fuerzas de Méndez el 14 de Junio en el rancho de Corral de Piedra, fué conducido á Tacámbaro y llevado luego, pie á tierra, atado con una cadena hasta Ario, con objeto de fusilarlo en aquel lugar. Al saberlo el vecindario, procuró libertar del suplicio al honrado guerrillero. A este fin, muchas señoras y señoritas se dirigieron al alojamiento de Méndez, y allí tomó la palabra, á nombre de ellas, Doña María Bejarano, anciana respetable que había criado á Méndez en los primeros años de la vida de éste. El jefe imperialista dió á las señoras su palabra de que Sosa no sería fusilado. Todo el mundo adquirió confianza, pues Méndez regresó á Pátzcuaro dejando en Ario el preso á disposición del comandante militar, teniente coronel Juan de Dios Rodríguez, quien procedió á juzgarlo sentenciándolo á la pena de muerte, circunstancia que no alarmó á sus intercesoras porque contaban con el indulto. Sin embargo, Rodríguez mandó encapillar al reo el día 20. Sabedoras las señoras de que Méndez iba á llegar ese mismo día, salieron á encontrarlo á la orilla de la población, en el punto llamado La Garita. Allí renovaron sus instancias y súplicas, á las que fingió acceder aquél, disponiendo en alta voz que se suspendiese la ejecución, á cuyo efecto envió un ayudante á que hablara con Rodríguez; pero al darle la orden le hizo una señal de inteligencia en sentido contrario. El ayudante y el teniente coronel Rodríguez anduvieron tan listos, que en el acto fué sacado Nieves Sosa de la capilla, y con la cadena al pie, conducido junto á la iglesia, en donde fué asesinado. Las señoras oyeron los disparos, y llenas de indignación increparon á Méndez, diciéndole una de ellas:

—"Dejara vd. de ser traidor."

No se contentaron los asesinos con lo hecho, sino que mandaron levantar un poste y colgaron de allí el cadáver, sin permitir que se le diese sepultura. La población entera protestó contra este acto de crueldad y de infamia. Méndez conocía á Nieves Sosa y le constaba que era hombre de bien y de sentimientos generosos; así es que su conducta en este caso fué cruel y dictada por el furor del espíritu de partido. Doña María Bejarano se afectó tanto de este suceso, que falleció

de un derrame de bílis, á los dos días, maldiciendo á su hijo adoptivo "el traidor Ramón Méndez."

Dejamos á Villada transladándose á Tancítaro con cerca de trescientos hombres entre infantería y caballería.

Lo llevaba, al emprender esta expedición, tanto el deseo de mejorar de clima, cuanto el de encontrarse entre los suyos, puesto que los vecinos de aquel pueblo se han distinguido siempre por su amor á la patria y á las instituciones liberales. El 4 de Junio se le incorporó el coronel Francisco Magaña con treinta hombres bien armados y montados. Magaña era un jefe circunspecto, instruído y valiente, que pertenecía á los restos de tropas que habían emigrado de Jalisco á Michoacán.

Villada, además, buscaba en Tancítaro mejores elementos para dar pábulo á su espíritu organizador, pues esta cualidad y la del talento administrativo han sido las más culminantes de su conducta pública; mas en aquellos días, no obstante su perspicacia, no llegó á saber que estaba siendo objeto de una combinación que tramaban los comandantes militares de Zamora y Uruapan, Carriego y Vargas Madrigal. Suponiendo á Villada en Apatzingán, debían dirigirse á esta ciudad una fuerza de Zamora y otra de Uruapan; aquélla para dar el ataque directo y ésta para cortar á los disidentes la retirada hacia el Sur de Ario y Tacámbaro. Villada tuvo la fortuna de desbaratar aquel plan con sólo haberse movido de Apatzingán á Tancítaro.

La fuerza imperialista de Zamora, á las órdenes del comandante Ignacio Granados, se componía de doscientos infantes y de cincuenta jinetes, mandados éstos por el *manco* Espinosa, valiente, audaz y conocedor del terreno. El día 3 había salido esta tropa de Zamora, y al llegar á los Reyes, supo Granados el movimiento ejecutado por Villada. Sin pérdida de tiempo, y bajo la sugestión de los consejos de Espinosa, no esperó el día convenido con Vargas Madrigal, sino que en el acto continuó su marcha, logrando sorprender á los republicanos la mañana del día 5. Apenas tuvieron éstos tiempo de ensillar y dispersarse en distintas direcciones. Villada mon-

tó á caballo y salió á carrera abierta, seguido solamente del capitán Félix Esparza y de ocho ó diez soldados de éste, y tomó el rumbo de Apatzingán, abriéndose paso por entre los contraguerrilleros del *Manco;* mas habiendo alcanzado en el camino á la pequeña partida de Magaña, al frente de ella pudo ya batirse en retirada. Llegó al punto en que el descenso del camino es muy rápido y, comprendiendo que allí iba á ser aniquilado por la caballería imperialista que lo perseguía, se resolvió á luchar, mejor dicho, á morir luchando en buen terreno. Ordenó media vuelta y se lanzó sobre la guerrilla de Espinosa, trabándose uno de esos combates encarnizados en que de una y otra parte se tiene la resolución de morir, antes que cejar ante el enemigo. En medio de la pelea se encontraron Villada y Espinosa, que se conocían personalmente: se echaron encima los caballos y á quemarropa se *exprimieron* las pistolas, tocando al primero la fortuna de *meter* una bala en la cabeza de su adversario. Al ver caer á Espinosa, sus soldados huyeron, replegándose á Tancítaro y arrastrando en su fuga á los infantes que iban cubriendo la retaguardia. Justo es recordar que en este terrible combate se batió como un león el entonces capitán y hoy coronel Arcadio Ruiz Zepeda.

Villada siguió entonces tranquilo su retirada, pues tenía la seguridad de no ser ya perseguido, pero á poco andar lo alcanzaron correos enviados por vecinos de Tancítaro, avisándole que la fuerza de Granados estaba completamente desmoralizada y en alarma, porque se decía que una numerosa fuerza republicana se aproximaba por Araparícuaro. En el acto contramarchó aquel jefe, y como á las tres de la tarde, en que ya había subido la cuesta, dió orden á varios de sus jinetes para que, colocados de trecho en trecho en un camino paralelo al que él llevaba, arrastraran ramas de árboles á fin de levantar una larga polvareda, al mismo tiempo que el resto de sus hombres gritaría: *¡Viva Régules! ¡Allí viene el ejército!* Al ponerse en ejecución esta estratagema, él avanzó al galope hasta la orilla de Tancítaro y penetró en las calles haciendo disparos. Los *mochos* no aguardaron más: á escape salieron en verdadera dispersión sin detenerse hasta que entra-

ron á los Reyes. Desde allí dió parte Granados de haber derrotado á Villada, haciéndole cuatro muertos, tres heridos y un prisionero, no teniendo por su parte que lamentar más que la muerte de Espinosa, "*víctima de un ataque de apoplegía en los momentos del combate.*"

Villada quedó dueño de la plaza, con los elementos que allí y en el camino dejó el enemigo, y en la noche fué objeto de una entusiasta ovación por parte del vecindario. Pronto se esparció la noticia de este hecho de armas, y antes de tres días todos los dispersos se le habían incorporado.

El triunfo de este jefe no fué sólo un notable hecho militar: importó para la causa republicana el haber recobrado la extensa línea de la tierra caliente. La muerte de Espinosa, que era el azote de las pequeñas partidas liberales, dejó á éstas sin aquel enemigo terrible. El imperio perdía sus departamentos de Coalcomán y Tancítaro, conservando en el último solamente á los Reyes, á Zamora y La Piedad.

Vargas Madrigal, sabedor de este acontecimiento, no salió ya de Uruapan, en donde por de pronto creyó más necesaria su presencia para sofocar las manifestaciones de alegría que los vecinos del lugar trataron de hacer por el triunfo de Villada.

Méndez, que recorría incesantemente su línea de destacamentos, supo en Tacámbaro la noticia del descalabro sufrido por Granados, é inmediatamente se dirigió á Uruapan para emprender la persecución de Villada, pero este jefe se retiró á Apatzingán y aquél no penetró en la tierra caliente, por faltarle, como guía inteligente y seguro, el *manco* Espinosa.

Entretanto Régules seguía, en San Antonio de las Huertas, aumentando poco á poco su tropa. Cuando su efectivo llegaba ya á mil hombres, emprendió una de sus acostumbradas excursiones. Penetró al interior del Estado y se dirigió luego al departamento de Zitácuaro, llegando á la hacienda de la Florida el 23 de Junio con ánimo de atacar la heroica ciudad que entonces tenía una guarnición de ciento cincuenta argelinos, doscientos zuavos y cien *mexicanos.*

En aquella finca se unieron á Régules Eguiluz, Germán Contreras, Castillo y Granda con sus respectivas fuerzas. Sin

detenerse, marchó Régules sobre Zitácuaro, al mismo tiempo que los franceses y traidores que la guarnecían salieron, al parecer, á su encuentro, pero en realidad para emprender á toda prisa su retirada. En efecto, en el punto llamado la Garita cambiaron de rumbó y se dirigieron al Valle de Bravos (primer distrito del Estado de México), incendiando nuevamente á su paso los pueblos de San Miguel y San Francisco Coatepec. Las fuerzas republicanas ocuparon la plaza, y Régules mandó destruir las fortificaciones que había levantado allí el enemigo.

No dejaban de producir buen efecto moral estas excursiones de Régules, cuyo mal lado era no dejar cubiertos los puntos de retirada, como se hizo siempre cuando el Cuartel General estuvo á cargo de Arteaga y de Riva Palacio.

"En esta época, dice Niox, fué cuando el emperador Maximiliano preguntaba al mariscal si el ejército francés dejaría invadir todo el territorio de Michoacán sin terminar su pacificación. La rapidez asombrosa con que Régules reformaba cuerpos de millares de hombres, cuando la víspera se le creía extenuado, aniquilado, da la idea de los recursos que le ofrecían sus Estados. Los reproches que el emperador Maximiliano dirigía tan amargamente al mariscal Bazaine, con motivo de las continuas insurrecciones de Michoacán, prueban que no se daba cuenta del verdadero espíritu del país y de la imposibilidad de reducir alguna vez á un enemigo así organizado."

El general Régules permaneció en Zitácuaro muchos días; y lo dejaremos allí para reanudar el relato referente á Riva Palacio.

Habíamos llegado á Huetamo á consecuencia del resultado obtenido por Alzati en la comisión que se le confiara, la cual consistía en arreglos con Régules para que Riva Palacio volviera al servicio. En esta virtud, desde aquel lugar dirigió al general en jefe la comunicación siguiente:

"Restablecido enteramente de los males que por espacio de tres meses me habían impedido seguir prestando activamente mis servicios en el Ejército del Centro, marcharé el

lunes próximo á encargarme del gobierno del primer distrito del Estado de México, que me fué encomendado por el C. Presidente de la República, esperando, al ponerlo en su superior conocimiento, se sirva designarme el punto en donde deba recibir sus órdenes.—Huetamo, Julio 3 de 1866.—*V. R. Palacio.*"

A esta comunicación respondió el Cuartel General desde Zitácuaro con la que sigue:

"Quedo enterado de que habiéndose restablecido ya de sus enfermedades marcha á encargarse del Gobierno y Comandancia militar del primer distrito del Estado de México, que tuvo á bien conferirle el Supremo Magistrado de la República.

"En cuanto al punto donde debe situarse para comenzar sus trabajos, este Cuartel General cree que el más conveniente por ahora es Luvianos, á donde tiene noticias existe una reunión de fuerzas que se han levantado en favor de la independencia, procedentes de Tenancingo y Tepaloya, para que poniéndose al frente de ellas, proceda desde luego á su aumento y organización.

"Espera este Cuartel General estará en frecuentes comunicaciones con él, participándole sus movimientos y adelantos, por serle enteramente necesarias estas noticias para sus operaciones ulteriores.

"Independencia y Libertad. Cuartel General en Zitácuaro de Independencia, 17 de Julio de 1866.—*N. de Régules.*"

Luvianos es un rancho aislado en un rincón del Estado de México: era el punto á donde debía marchar Riva Palacio á ponerse á la cabeza de gente desconocida que *se decía* acababa de tomar las armas en defensa de la patria. No se le daba para que lo acompañase á uno siquiera de sus antiguos compañeros, Castillo, Granda ó Acevedo. Menos se le confiaba una fuerza mayor, aunque no fuese una división, como él, Riva Palacio, había puesto á las órdénes de Régules, cuando el Cuartel General estaba á su cargo. Lo positivo era que el Cuartel General imponía un verdadero destierro al ex-general en jefe.

Riva Palacio se disgustó profundamente de esta conducta

de Régules, y se propuso renunciar el gobierno del primer distrito, resuelto á abandonar á Michoacán é ir á prestar sus servicios á las órdenes del general D. Porfirio Díaz en el Ejército de Oriente.

Arreglaba ya su viaje, cuando recibió una carta de D. Benito Juárez que le impidió verificarlo. La carta, en lo conducente, dice así:

"El Paso, Mayo 11 de 1866.—Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Mi estimado amigo: En 9 de Marzo,[1] contestando la carta de vd. de 5 de Noviembre, entre otras cosas le dije lo siguiente: "Hizo vd. bien en reasumir el mando mientras el Gobierno disponía lo conveniente, supuesto que era vd. el jefe más caracterizado que había, con la circunstancia de que era de acuerdo con los demás jefes del ejército.

"Supongo que á la fecha estará ya encargado del mando el Sr. General D. Nicolás de Régules, pues cuando en Noviembre llegó á mi noticia el suceso desgraciado del día 13 de Octubre, lo nombré desde luego general en jefe y se le remitieron por triplicado y por conducto seguro las órdenes respectivas. Sin embargo, si el Sr. Régules, por imposibilidad física ó por ausencia no se hubiese recibido del mando, debe vd. continuar en él, entretanto: con el aviso de vd. el gobierno dispondrá lo que convenga; lo que importa es que se conserve la unidad del mando en el ejército, y que la administración pública en esos Estados no se paralice por falta de jefes autorizados competentemente."

Como se ve, esta carta no tenía el carácter de contestación, sino que era espontánea por parte del Sr. Juarez, quien en previsión de que ocurriera nueva falta de general en jefe del ejército, dictaba oportunamente sus disposiciones. En consecuencia, el general Riva Palacio no debía ya retirarse de Michoacán.

Es probable que el general Régules haya recibido otra relativa á esta disposición: así lo indican hechos que se referirán más adelante y la comunicación que sigue, cuyo tono difiere notablemente del que el mismo jefe empleó en su nota oficial anterior.

1 La carta á que se refiere el Sr. Juárez no llegó á poder de Riva Palacio.

"República Mexicana.—Ejército del Centro.—General en Jefe.—La fuerza que se pronunció en Metepéc en favor de la independencia, á las órdenes del teniente coronel Abraham Plata y del comandante Néstor Meraz, no pudo dirigirse á Luvianos como estaba acordado, sino que marchó al monte de las Cruces, en donde se encuentra hostilizando al enemigo. No contando vd., pues, con este apoyo, suspenderá su marcha al segundo punto mencionado, y *si no tuviere inconveniente*, se presentará á este Cuartel General, para arreglar dónde será más conveniente se sitúe para continuar los trabajos de reorganización del distrito de su mando.

"Independencia y Libertad. Cuartel General en Zitácuaro, Julio 20 de 1866.—*N. de Régules.*—C. General Vicente Riva Palacio, Gobernador y Comandante militar del primer distrito del Estado de México.—Donde se halle."

La permanencia del general Régules en Zitácuaro fué, por otra parte, fructuosa: había organizado su fuerza, infundiéndole disciplina; había mandado construir parque, aprovechando el plomo que proporcionaba la hacienda de beneficio de Trojes; se había hecho de recursos y volvía á ponerse en comunicación con Huetamo. En suma, estaba en aptitud de pelear, y se propuso desde luego ir á atacar á Angangueo; pero Méndez se anticipó á estas operaciones, y á marchas forzadas se dirigió á la línea de Oriente, llegando á Zitácuaro el día 29 de Julio. Régules se retiró á Tuzantla, y Méndez, que tenía horror á la tierra caliente, evacuó la plaza en la madrugada del 31, tomando el rumbo de Maravatío. Cuando lo supo Régules regresó á Zitácuaro, resuelto siempre á emprender su marcha sobre Angangueo. Envió á Lalanne por el camino de México á cubrir aquel punto, y el grueso de la división emprendió su marcha al día siguiente (8 de Agosto) al amanecer.

Lalanne, con los pocos, pero valientes soldados que mandaban Acevedo y Luis Malo, avanzó hasta el Mayorazgo, acercándose á las inmediaciones de esta hacienda en las primeras horas de la mañana del día 9. Menos de una legua le faltaba para llegar á aquella finca, cuando al aproximarse á una cer-

ca observó que un hombre hacía señas con el sombrero, y no tardó en reconocer que era el administrador del Mayorazgo. Lalanne mandó hacer alto á su tropa y avanzó solo hasta donde se hallaba aquel individuo, quien le dijo que los franceses avanzaban hacia el Mayorazgo por el camino opuesto. El coronel republicano quiso cerciorarse por sus propios ojos de la exactitud de la noticia, y acompañado del administrador fué á colocarse en una eminencia inmediata á la hacienda. En efecto, vió que penetraba en ella una columna en número de más de dos mil hombres. Era la división á las órdenes del general Aymard, la cual permaneció en el caserío como un cuarto de hora, continuando en seguida su marcha hacia el Suroeste; luego salió corriendo un peón, que se dirigió en busca del administrador, á quien avisó que los franceses se encaminaban á Zitácuaro por el rumbo de Angangueo. Oído esto por Lalanne, en el acto regresó al punto donde había dejado su caballo, montó, y á todo escape fué á incorporarse á su tropa; dejó ésta á las órdenes de uno de los jefes subalternos, y apretando el paso, atravesó cerros y llanos sin llevar camino, siguiendo sólo la dirección de Angangueo, hasta incorporarse á la división de Régules. A medida que iba alcanzando á uno de sus cuerpos mandaba hacer alto, disposición que era obedecida, porque Lalanne desempeñaba el cargo de Mayor general.

Régules, que caminaba muy avanzado de su tropa, observando que ésta no lo seguía, mandó uno tras de otro á varios de sus ayudantes para que se apresurase el paso. Entretanto llegó Lalanne, manifestándole que por su orden se había hecho alto. Sin oir más, Régules, montado en cólera, reprendió severamente á Lalanne; pero calmó su enojo al oir la noticia que éste le comunicaba. En consecuencia, la división, que estaba ya muy próxima á Angangueo, contramarchó á Zitácuaro, en donde se pasó una noche de alarma. A las ocho de la mañana del día 10 regresaron los exploradores, participando que no había novedad en el camino de Angangueo. El general Régules, al oir estos informes, apostrofó á Lalanne por la noticia falsa que había comunicado, conducta indigna de un militar; Lalanne palideció un segundo, y luego, encen-

dido el rostro y poniendo la mano en el puño de la espada, iba tal vez á cometer un atentado, cuando el vigía que estaba en la torre dió unas campanadas y gritó: ¡Los franceses! ¡Los franceses!

Entonces Régules, tendiendo su mano á Lalanne, le dijo:

—Perdóname, hermano; escoge el cuerpo que quieras y cubre la retaguardia para batirte como tú sabes.

El Mayor general, sin contestar á su jefe, fué á ponerse á la cabeza del batallón mandado por el coronel José María Castro, en tanto que la división salía por el camino de Laureles: á poco rato se oyó el fuego vivísimo que se cambiaba entre los "Cazadores de á pie" y la fuerza que mandaba Lalanne. Este se incorporó en la tarde al grueso de la división, avisando que los franceses se reconcentraron á Zitácuaro, derrotada su vanguardia. ¡La pequeña división de Régules se había salvado otra vez!

En efectò, Aymard marchó al día siguiente á Maravatío, en donde se le incorporaron otras fuerzas, y de allí emprendió el camino para México, en la marcha de concentración que hacían los franceses para evacuar el país.

Régules pudo entonces realizar su proyecto sobre Angangueo. El, 24 á la cabeza ya de cerca de dos mil hombres, atacó aquella plaza, defendida por doscientos al mando de José Romero, quien al penetrar Régules á las fortificaciones huyó en completa dispersión.

El mes de Agosto concluyó con un nuevo asalto de los que acostumbraba el coronel Manuel González Guerrero en las calles de Morelia, verdaderas escaramuzas que no tenían más objeto que alarmar á la guarnición, y favorecer á los soldados de ella deseosos de desertarse. En esa vez (28 del mes citado) salieron en su persecución el comandante Ceballos y el capitán Plata con más de cien hombres de caballería. Los chinacos huyeron, pero á la buena hora dieron media vuelta, y como resultado de su arrojo, mataron á Plata, á ocho más de los imperialistas, é hicieron volver grupas á Ceballos.

CAPITULO XL.

(1866)

Recuerdos.—Café de Uruapan.—*El Pito Real.*—"La Mamá Carlota."—Aviso oportuno, ¿de los espíritus?—Los últimos franceses.—Rodeado de amigos.—La canción más popular.

Volvamos á Huetamo, y perdonen los lectores si de nuevo los ocupo con recuerdos personales, que me son cada día más vivos al par que dulces y melancólicos.

En uno de aquellos días el Secretario de Riva Palacio había recibido un poco de café, que le envió la persona más querida de su familia. ¡Café de Uruapan! Aquel fué un gran día para el general y sus dos compañeros. Para hacer honor al *grano de oro*, la comida de aquella fiesta tuvo el aumento de un platillo (no recuerdo si fué sopa ó *principio*), lo cierto es que no se limitaba al caldo y al cocido, que era nuestra comida habitual en Huetamo; soberbia, si se compara con la de costumbre en la campaña.

Estábamos ya sentados á la mesa, cuando llegó un correo y entregó á Riva Palacio un microscópico papel enrollado. El general lo desplegó cuidadosamente, se quitó los anteojos y leyó. Ni el Secretario ni el teniente coronel Verduzco se atrevieron á preguntar el contenido, pero ambos eran presa de una curiosidad extraordinaria, tanto más cuanto que veían que el semblante del general estaba encendido de emoción.

Comenzó la comida. Y es de suponer que el banquete no duró largo tiempo. El café estaba preparado y se sirvió en tazas de porcelana, cuyo albor se tiñó con ese tinte oleoso, característico del café de Uruapan. Con el humo que se des-

prendía de la superficie del líquido se alzaba el aroma provocativo. Hacía mucho tiempo que no nos dábamos el lujo de tomar café, ni menos de Uruapan, que dista de Huetamo casi ochenta leguas.

Estábamos saboreándolo, no obstante nuestra grande curiosidad de saber las noticias que había llevado el correo, cuando entró un cajista de la imprenta que, como he dicho, tenía allí el Gobierno republicano, bajo el cuidado del constante patriota Gregorio Pérez Jardón. El impresor iba por *original* para *El Pito Real.* Diré lo que era el Pito Real.

Falto de soldados y de toda clase de elementos de guerra, el general no podía batir por aquel entonces, en el terreno de las armas, á los enemigos de la nación. Para satisfacer su ansia de luchar, fundó en Huetamo un periódico; digamos, un periodiquito, satírico, burlón, lleno de calor del patriotismo. Púsole por nombre *El Pito Real*, por ser el de una danza que en aquellos días se había hecho muy popular.[1] Inútil es decir que los principales personajes del imperio aparecían en el mencionado periódico ataviados con los más suntuosos trajes del ridículo. La gente se disputaba los ejemplares, y no hay exageración en afirmar que se sabían de memoria todos los números. Se les daba gratis á los *ancheteros* y á los *barilleros* que iban los domingos á *placear* á Huetamo, y ellos se encargaban de hacerlo circular en Tacámbaro, en Pátzcuaro, en Morelia y en otras ciudades ocupadas por el imperio, en donde se lo disputaban amigos y enemigos, habiéndose dado el caso de venderse á peso los ejemplares.

Méndez, el terrible general Méndez, cuyos oídos sólo estaban impuestos á la adulación y á la lisonja de los diarios de México y de Morelia, se enfermaba de ataques biliosos cada vez que llegaba á sus manos el famoso *Pito Real.* Una ocasión, sobre todas, guardó cama muchos días porque el *Pito Real*,

1 La danza era á la vez un canto patriótico, y me acuerdo de la siguiente cuarteta:

"Yo no soy de aquí,
Soy del Carrizal,
Soy puro chinaco,
No soy imperial."

con una gracia inimitable, refirió el hecho sobrenatural de haberle hablado un candelero. ¡Tales cosas le diría! Entonces Méndez juró hacer trizas á Riva Palacio, á pesar de las órdenes en contrario dictadas por Bazaine, cuando con motivo del canje de los belgas, lo reconoció expresamente como beligerante y no como jefe de guerrillas.

Concluída ya la digresión, diré que el general era quien más lentamente paladeaba su café, que nosotros estábamos como en ascuas por saber lo del correo, y que el cajista esperaba tranquilo ó indiferente el original.

Por fin, el general, levantándose de la mesa, dijo á su Secretario:

—Ahijado, traiga vd. papel y pluma, y escriba lo que voy á dictarle.

Y sin detenerse, sin meditar, sin cambiar ni corregir una sola palabra, disputándose el lugar las ideas que surgían de su mente, improvisó, mejor dicho, recitó la siguiente composición:

"ADIOS A MAMÁ CARLOTA."

I

Alegre el marinero
Con voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
La nave va en los mares,
Botando cual pelota:
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

II

De la remota playa
Te mira con tristeza
La estúpida nobleza
Del mocho y el traidor.
En lo hondo de su pecho
Ya sienten su derrota;
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

III

Acábanse en Palacio
Tertulias, juegos, bailes;
Agítanse los frailes
En fuerza del dolor.
La chusma de las cruces
Gritando se alborota;
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

IV

Murmuran sordamente
Los tristes chambelanes,
Lloran los capellanes
Y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
Canta con lira rota;
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

V

Y en tanto los chinacos
Que ya cantan victoria,
Guardando tu memoria
Sin miedo ni rencor,
Dicen mientras el viento
Tu embarcación azota:
Adios, mamá Carlota,
Adios, mi tierno amor.

El Secretario, Verduzco y el cajista, estaban embargados por dos emociones: no sabían si brincar de gusto por la noticia que aquellas coplas lanzaban al público, ó abrir los brazos y estrechar entre ellos al general, como un tributo de admiración á su talento.

De aquel número del *Pito Real* se hicieron dos ediciones abundantísimas, que se agotaron en el acto, siendo aquel periódico el primero que dió á conocer en Michoacán el intempestivo viaje de la princesa Carlota.

Riva Palacio, por fin, había leído el papel que condujo el correo. Era del coronel Alzati, y decía: "Mi general: Ya no

hay imperio en la frontera. Escobedo, vencedor. Los franceses se preparan á embarcarse, y la *Emperatriz* se ha ido á Europa á pedir socorros. Aymard abandona á Zitácuaro. Mientras vd. llega reuniré á los amigos.—*José María Alzati.*"

El general dispuso la marcha; pero antes hubo que hacer algunos preparativos.

Cuatro días después tomamos el camino de "Las Garzas." A las tres jornadas llegamos á Laureles, á eso de la oración de la noche. El administrador de la hacienda, D. Miguel Sierra, nos ratificó las noticias comunicadas por Alzati.

Recuerdo muy bien, porque no me separé del general, que no recibió ningún otro correo ni habló reservadamente con nadie. Después de la cena se conversó largo tiempo, y luego nos fuimos á dormir. Al general y á su secretario les dieron un mismo aposento. Aquél se acostó en un rincón y éste junto á la puerta. Riva Palacio, que estaba en una cama, se durmió profundamente; mientras que su secretario, tendido en el suelo sobre los sudaderos de su caballo, no podía conciliar el sueño. Serían las once de la noche, cuando el general despertó sobresaltado, y exclamó:

—¡Que ensillen en el acto los caballos; ahí están los franceses!

El secretario, con esa obediencia que es forzosa en la campaña, comunicó la orden al mozo y ensilló su propio caballo. Al ir á montar se oyeron fuertes golpes en el zaguán y la voz de Marcos Alzati que gritaba:

—¡Aprisa, aprisa, que vienen los franceses por Susupuato!

Entonces echamos á correr, guiados por Alzati, que nos condujo al rancho de Barranquilla. Dormimos un rato. El día amaneció nublado: en el monte vecino había inmensas bandadas de chachalacas que hacían oir sus chillidos discordantes, y cerca de nosotros relinchaban los caballos.

Por fin apareció el sol: la niebla se disipó como por encanto, mostrándose la vegetación lujuriante, salpicada de rocío y llena de aromas, entre los que se hacía más perceptible el de las hilamas: sobre lo alto de la cañada veíamos una tira de cielo azul purísimo. ¡Jamás olvidaré el esplendor de aquella hermosa mañana!

De repente oímos una voz conocida que dentro del bosque entonaba esta canción:

"Muchachas del Curindal,
Esas del Curindalillo,
Que dice Pedro Pascual
Que..............................
.................................."

—¡Allí está José María Alzati, dijo el general; ensillen!

Cuando el coronel asomó entre los grangenos ya todos habíamos montado.

—Buen susto nos pegaron anoche los franceses: por fortuna ustedes recibieron oportunamente el aviso que les mandé con Marcos.

—¿Están en Zitácuaro? preguntó el general.

—De paso. Permanecieron un rato en Laureles y lo buscaban á vd., porque de seguro les dieron aviso. Siguieron luego á Zitácuaro, en donde descansarán un poco. Vienen de Temascaltepec y van á incorporarse á una columna que está en Maravatío. Me figuro que esta es la última vez que pisan á Zitácuaro.

—Pero ¿es cierto que se retira ya de México el ejército francés?

—Como vd. lo oye, mi general: ya los traidores andan como ratas atarantadas. Pero vámonos; los muchachos nos esperan en la Florida.

Alzati tomó la delantera, adivinando, más bien que siguiendo, inextricables senderos: iba, como siempre que caminaba, cantando sus canciones favoritas de tierra caliente. En aquella vez, con toda la fuerza de sus pulmones, decía:

"Aunque tu padre me diera
Los bueyes y la carreta,
No me casara contigo,
Ojos de borrega prieta."

Los demás caminábamos silenciosos, entregados á nuestros propios pensamientos. Yo me preguntaba en vano cómo pudo el general saber la llegada repentina de los franceses á Laureles. ¿Lo soñó? ¿Fué un simple presentimiento? Él se

decía espiritista, y siempre que le he hablado de este asunto, invariablemente me ha dicho que esas y otras cosas por el estilo se las comunicaba un espíritu......

Ya era de noche cuando llegamos á la Florida: los soldados asaban elotes sentados al rededor de las fogatas. Cantaban, y con gran sorpresa nuestra, lo que cantaban era "Mamá Carlota," habiéndole acomodado la música de una canción muy en boga en aquellos días. El general los saludó y les aconsejó que adoptaran la tonada de "Los Cangrejos," pero variándole el compás. Así lo hicieron en el acto.

Entretanto habían rodeado al general el Lic. Couto y sus hijos, los tres Alzatis, Luis Carrillo, Acevedo, Castillo, Luis Malo, Granda y otros antiguos compañeros suyos en las campañas de Zitácuaro. Aquellos hombres, que días antes andaban huyendo solos é inermes por los cerros, llevaban ahora á su caudillo, cada uno un puñado de soldados con fusiles y cartuchos ó con caballos y lanzas. El general Riva Palacio los abrazó á todos, y á las aclamaciones con que lo recibían, contestó él con un *viva* á la independencia de México.

Un mes después el general comenzó de nuevo la campaña, y no había partida de republicanos ni pueblo en que no se cantara con entusiasmo

"¡Adios, mamá Carlota!"

CAPITULO XLI.

(1866)

Régules en el interior del Estado.—Batalla de Uñas de Gato.—Triunfos de Ugalde y de Cosío Pontones.—Pronunciamiento de Huetamo.—Atentados de los rebeldes.—Riva Palacio, General en jefe.—Digna conducta del general D. Juan Alvarez.—Régules reasume el mando del Ejército.—Riva Palacio se separa de Michoacán.—Apatzingán.—Actividad de Villada.—Acción de Jucutacato.—Escaramuzas en el rumbo de Coeneo.—La Labor.—Muerte del coronel imperialista Pineda.—Sesenta fusilados.—Guerrillas en Coalcomán.—Derrota y muerte de Berthelin.—Nueva campaña de Méndez.—Derrota de Arias.—Fusilamientos.—Régules reaparece en escena.—Muerte de Luis Pita.—Sorpresa de Zacapu.—Más cadalsos.—Adorno y sus compañeros.—Entrada triunfal de Villada en Uruapan.

Méndez conocía ya perfectamente la táctica del general Régules. Confiaba en que este jefe aparecería de un día á otro en el centro del Estado para atacar algunas de las plazas cubiertas por los imperialistas, siendo probable que se dirigiese sobre Tacámbaro, Ario, Taretan ó Uruapan. Sabía bien que á Régules le importaba esquivar toda batalla campal por la inferioridad numérica de sus tropas y por su escasez de parque.

Régules, después de la excursión que hizo á fines de Agosto por el Valle de Toluca, no logró su plan de apoderarse de Ixtlahuaca, tanto por haber sido reforzada la guarnición de esta plaza, como porque Méndez lo perseguía muy de cerca. Este jefe, cambiando de táctica, cesó de seguir á Régules. Se dirigió á Morelia, dió varios días de descanso á sus soldados, y el 5 de Septiembre fué á situarse en Acuitzio para caer sobre el grueso de las fuerzas republicanas, que de seguro pa-



CORONEL JOSÉ VICENTE VILLADA.—1867.

(Hoy General de Brigada.)

sarían inmediatas á aquel pueblo en su expedición hacia el Sur.

En efecto, el general en jefe del ejército republicano regresó del Valle de Toluca por Zitácuaro, Tuzantla y Carácuaro, y el citado día 5 se hallaba en Atécuaro, sin poder atacar á Tacámbaro porque el coronel imperialista Farquet acudió oportunamente á reforzar esta plaza.

La tropa de Régules había llegado en extremo fatigada, después de aquella excursión de más de quince días sin uno solo de descanso, por caminos escabrosos, durante un temporal horrible y falta de toda clase de recursos. Méndez, que la espiaba atentamente, se lanzó sobre ella en la madrugada del día 6. Régules quiso escaparse por Etúcuaro:[1] algunos vecinos de este pueblo le sirvieron de guías para llevarlo por caminos extraviados. Empero á las dos de la tarde del día 7 lo alcanzó Méndez en los cerros del Salitre. Se trabó allí un combate ligero entre la retaguardia de los republicanos y la vanguardia de los imperialistas, que sirvió á Régules para tomar posiciones en el punto llamado Uñas de Gato y Puerto de las Culebras.

Entonces comenzó la batalla, que duró cuatro horas, en que de uno y otro lado se peleó con el valor propio de los jefes contendientes. De nuestra parte se distinguieron, por su tenacidad en la lucha, los soldados de la Legión extranjera, deseosos de morir en el combate más bien que en el patíbulo, lo que era indefectible si caían prisioneros.

La noche, y una terrible tempestad que sobrevino en aquella hora, puso término al combate, quedando separadas las fuerzas enemigas por un río, el cual creció extraordinariamente á consecuencia del aguacero, de una manera tan inopinada, que arrastró en su corriente á muchos soldados de una y otra parte.

Régules y Méndez se retiraron por rumbos opuestos, sin que ninguno de ellos levantase el campo, el cual quedó cubierto de muertos, de heridos y de armamento, pertenecientes á ambos beligerantes.

Méndez, como siempre, emitió un parte oficial lleno de fal-

1 No debe confundirse este pueblo con el anterior, que es Atécuaro.

sedades; entre ellas, la de que su contrario tuvo cuatrocientos dispersos: no podía saberlo, dada la obscuridad de aquella noche espantosa, pero la verdad es que la dispersión de la tropa republicana fué completa, volviendo á quedar allí aniquilado el Ejército del Centro, que perdió además todos sus bagajes.

Régules pudo reunir á lo sumo cien hombres entre oficiales y soldados, con los cuales llegó el día 8 á Carácuaro. En cuanto á Méndez, después de haber fusilado á cinco prisioneros, franceses y belgas, regresó á Morelia, ignorando aún que su enemigo había quedado totalmente destruído.

No quedaban ya en Michoacán más tropas liberales que quinientos hombres al mando de Garnica, Ronda y Arias; trescientos á las órdenes de Villada; otros tantos en Zitácuaro; las de Huetamo, con las que ya no debía contarse, como lo veremos luego; y á lo sumo doscientos más en partidas sueltas, como la que acompañaba á Régules, en tanto que las fuerzas imperialistas que hacían allí la campaña no bajaban de cinco mil soldados aguerridos. Pudo Méndez haber fraccionado la columna que estaba á sus inmediatas órdenes y la que mandaba el coronel Vera, ambas expedicionarias; pero ya he dicho que jamás lo hacía, temeroso de un golpe: algunos creían entonces que estaba en su interés dejar que se rehiciesen los liberales para prolongar así la campaña. Lo cierto es que después de su última victoria fué á descansar por muchos días en Morelia.

Régules por su parte, como he dicho, se retiró á Carácuaro, en donde con grandes afanes y luchando con dificultades sin cuento, trataba de reorganizar de nuevo el ejército, á cuyo efecto envió á sus jefes y oficiales en partidas que no excedían de cuatro, á reclutar soldados en las inmediaciones de los pueblos ocupados por el enemigo.

En cuanto al general Riva Palacio, tan luego como se instaló en Zitácuaro, destacó á sus cabos al interior del primer distrito á recaudar las contribuciones y á batir á las contraguerrillas imperialistas. Ugalde el 10 de Septiembre atacó y tomó la plaza de Santa María Amealco, haciendo prisionero al comandante militar; y el 20 del mismo, el coronel José Co-

sío Pontones, recién incorporado á las fuerzas republicanas, batió y derrotó en el Salitrillo al traidor Cortázar.

El 30 del mismo Septiembre se verificó un acontecimiento que, á más de su carácter criminal, infundió el desaliento entre los liberales, exacerbando la pésima situación en que nos hallábamos.

Es el caso que el Coronel Leonardo Valdés y el de igual clase José María Castro se pusieron de acuerdo en Huetamo para desconocer al General Régules. Castro era un soldado valiente é instruído, pero de genio díscolo y ambicioso. Había tenido no sé qué resentimientos con el General en Jefe, y desoyendo la voz del patriotismo fué el alma de aquel pronunciamiento.

Dos palabras más respecto de este jefe: Hizo gran parte de la campaña de Michoacán, distinguiéndose siempre como soldado valiente. Su genio díscolo le hizo perder un brazo en una riña particular con otro jefe republicano. Pocos años después del triunfo de la causa nacional, Castro fué nombrado Gobernador del Distrito Federal por el Presidente Juárez, y murió en el ataque y toma de la Ciudadela por el General Rocha.

El día 30 referido, Valdés y Castro convocaron á las autoridades, jefes y oficiales y vecinos de Huetamo, y todos juntos levantaron una acta en que, "proclamando la ineptitud de Régules para el mando político y militar y para la acción administrativa, ineptitud que le hacía sufrir vergonzosas derrotas, y, protestando al mismo tiempo contra su condescendencia de colocar preferentemente á quienes á última hora *(los torreños)*, estaban ingresando al ejército, declararon:

"El Departamento de Huetamo acuerda lo siguiente:

"Art. 1º Se desconoce al C. Nicolás de Régules como General en jefe del Ejército del Centro, y á las autoridades emanadas de él.

"Art. 2º El Departamento de Huetamo no recibirá en su seno á ningún individuo que por sus malos antecedentes no preste garantías á los verdaderos patriotas.

"Art. 3º Queda nombrado desde luego General en jefe del

Ejército del Centro, entretanto el Gobierno supremo, con presencia de datos verdaderos resuelve lo conveniente, el C. General de división Juan Alvarez, tanto por su categoría, cuanto por ser uno de los héroes de nuestra independencia.

"Art. 4º. Se reconocerá, como hasta aquí, al C. Coronel Leonardo Valdés con la investidura de Prefecto y Comandante militar y en jefe de las fuerzas del Departamento, y como su segundo al C. Coronel José María Castro."

Con este golpe perdió el Cuartel general los elementos de guerra y la imprenta que tenía en Huetamo, únicos con que contaba, los cuales utilizaron los rebeldes.

Valdés y Castro participaron al General Riva Palacio el pronunciamiento, pero el digno patriota no sólo les reprochó su conducta, sino que inmediamente escribió al General Alvarez pidiéndole que hiciese volver al orden á los sublevados. El caudillo del Sur contestó que ya obraba en ese sentido, pues que desde luego había rechazado el mando en jefe que se le ofrecía.[1]

Por su parte el General Régules protestó enérgicamente contra el pronunciamiento en la respuesta á la comunicación que para darle á conocer el hecho le había dirigido Valdés.[2] Con fecha 2 de Octubre se dirigió á Riva Palacio dándole noticia del suceso, y pidiéndole sus consejos de hombre inteligente y patriota. De esta carta, que es muy extensa, copiaré solamente estos párrafos: "......... No seré ciertamente yo quien trate de sostener mi pericia militar ó mi aptitud para la administración. La feliz estrella que me alumbró como subalterno se ha opacado como jefe superior, aunque por causas de que no me considero responsable........ En tal virtud, he dirigido al Sr. Valdés la nota cuya copia tengo el honor de adjuntarle y en la que, sin faltar á la dignidad del puesto que represento, trato de volver al orden á los que tan lamentablemente se han extraviado de él. No tengo la presunción de haber acertado en mis determinaciones, y espero por lo mismo que vd. como buen patriota y como verdadero mexicano me diga francamente su parecer respecto de la conducta

1 Carta de D. Juan Alvarez, fecha 22 de Octubre de 1866.
2 Este documento tiene fecha del día 2.

que debo seguir, entendido de que consulto al amigo y no al subalterno, y de que veré, como debo, todas sus indicaciones."

Los rebeldes llevaron más adelante su inaudito escándalo: el día 4 se presentó el Coronel Castro en Carácuaro, intimando á Régules la orden de evacuar la plaza; el General contestó que no la evacuaría, y que podían los rebeldes ocuparla y disponer de ella, así como de su persona y la de los pocos jefes, oficiales y tropa que lo acompañaban. Castro entonces penetró en el pueblo con cuatrocientos hombres que formaban su fuerza, desarmó y licenció á los soldados que allí tenía el General en jefe y se apoderó de los exiguos depósitos que se habían salvado de la derrota de Uñas de Gato. Un piquete de los de Huetamo rodeó la casa en que se hallaban Régules y los jefes y subalternos que lo acompañaban, y hasta el día siguiente ordenó Castro que quedaran en libertad.

En ese mismo día participó el General Régules á Riva Palacio el atentado que se acababa de cometer contra su persona, y en la comunicación respectiva le decía además:

"En tal virtud, salgo de esta población; pero como me propongo abandonar el Estado para asuntos de que dará á vd. conocimiento verbal el C. Coronel Antonio Tirado, Mayor general del ejército y portador de la presente, he dispuesto quede vd. encargado del mando en jefe del ejército republicano del Centro, mientras dure mi ausencia, con todas las facultades que me estaban concedidas."

Profunda indignación causó en el Estado la criminal conducta de los sublevados de Huetamo: en todas partes se levantaron protestas contra su injustificable pronunciamiento, que venía á dar golpe mortal en Michoacán á los defensores de la patria. Por fortuna Méndez no supo ó no quiso aprovecharse de esta desunión de los liberales.

Los de Huetamo, en su ceguedad, llegaron hasta ofrecer al General Alvarez la anexión de aquel Departamento al Estado de Guerrero, á lo que contestó el anciano patriota que de ninguna manera aceptaría esa ilegal agregación, atentatoria á la ley fundamental de la República.[1]

1 Carta de 13 de Octubre de 1866.

Encargado el General Riva Palacio del mando supremo, comenzaba ya con su actividad acostumbrada á dictar sus disposiciones para levantar una vez más el ejército, cuando recibió una nota oficial de Régules, fechada en 23 de Octubre en Poturo, en que le manifestaba que desde luego reasumía el mando en jefe, por no tener ya necesidad de salir del Estado.

Riva Palacio, al leer la nota, comprendió que de nuevo era víctima de las intrigas de los que rodeaban á Régules. Entonces ya no pensó sino en dedicarse exclusivamente á la campaña en el territorio que le estaba encomendado. Tenía á sus órdenes una división de más de mil quinientos hombres. Abandonó definitivamente á Michoacán en principios de Noviembre, entró al Estado de México, se apoderó de varias poblaciones y ocupó á Toluca. Después concurrió al sitio de Querétaro y al de México, y tras cinco años de fatiga incesante volvió á su hogar, haciendo dimisión de su espada de general.

Régules en la hacienda de Poturo se había reunido con el Gobernador de Michoacán D. Justo Mendoza: no tenían á su lado más que á sus ayudantes y á unos cuantos mozos. Los jefes y oficiales del ejército vagaban dispersos en los ranchos, y no parecía sino que la tierra caliente, aquel país hospitalario, no era ya más que la tumba de los republicanos.

Sólo Villada hacía sentir el espíritu militar en Apatzingán, único asilo seguro, último baluarte de la libertad en aquella dilatada zona. Poco á poco había ido aumentando su fuerza, gracias á los reemplazos que le llevaban sus subalternos en las batidas que hacían en las inmediaciones ocupadas por el enemigo. No quería *echar leva* en Apatzingán, porqne tanto los vecinos de la ciudad, como los rancheros de los alrededores, le daban muestras de cariño y le proporcionaban toda clase de recursos para el mantenimiento de la tropa. Había particularmente un ranchero que hubiera dado su vida por el *dicho Villada*, como él decía, y que tenía establecida una severa vigilancia para impedir cualquiera sorpresa por parte de los enemigos: cuando el peligro era inminente, no se contentaba

con escoger sus exploradores, sino que ensillando su caballo, decía:

—"Yo *mesmo* voy; porque no quiero que los *dichos* traidores me estropeen al *dicho* Villada.

Aquel ranchero era el *tío* Tinoco, caporal de la hacienda de Úspero; anciano, de elevada estatura, delgado, todavía vigoroso. Refería con orgullo que cuando era mancebo había servido á las órdenes de D. Gordiano Guzmán, y que una vez había salvado la *dicha* mayoría del General. La *quiricua* (mal del pinto) había teñido de morado, de azul y de blanco su semblante, sus manos, todo su cuerpo. Su cabeza estaba coronada de hirsutas canas, y en sus ojos habia una mirada chispeante. Usaba sombrero negro de lana, manguillos de manta, calzones de pico, botas de campana y la clásica cuera de tierra caliente.

El cura del lugar, un padre apellidado Ruelas, acudió á facilitar hombres á Villada. Fué á proponerle que cogiese de leva á todos los que vivían con sus mujeres sin estar casados, como lo manda nuestra madre la Santa Iglesia, á cuyo efecto le ofreció predicar los domingos y desarrollar en su tema esta terrible amenaza. Villada lo estimuló para que no abandonase aquel santo propósito, y el lunes siguiente comenzó la leva bendita con la lista que le había dado el padre Ruelas; pero el chasco de éste fué tremendo, pues que todos los de la *mala vida* prefirieron ser soldados á ir á pagar al párroco los derechos matrimoniales. Y lo curioso fué que el jefe de la patrulla, queriendo obedecer textualmente la orden, trataba de reclutar también al señor cura.

A fines de Septiembre hizo Villada una corta expeción á Tancítaro. Desde allí destacó á los Comandantes Félix Esparza y José María Soto á que fuesen á proveerse de recursos y á fatigar al enemigo que guarnecía la plaza de Los Reyes. En efecto, Soto llegó hasta las trincheras de esta población y logró que saliera á perseguirlo una pequeña fuerza de infantería y caballería á las órdenes de un tal Anguiano: los chinacos simularon una precipitada fuga, y cuando ya los imperialistas habían atravesado el río haciendo la persecución, apareció Esparza con el resto de sus hombres, y en un corto pero

reñido combate logró derrotar al enemigo, que dejó en poder de los nuestros armas, caballos y un prisionero apellidado Ballesteros, que fué fusilado en el acto. Esparza encontró en un rancho inmediato á Los Reyes un depósito de *huaraches* perteneciente á la guarnición, y ya con este botín regresó á Tancítaro. La guarnición de Los Reyes, temerosa de un nuevo golpe, se reconcentró á Zamora, dejando en poder de Villada la extensa línea de aquella otra zona.

Con todos estos elementos, nada extraño es que Villada contase á principios de Octubre con más de seiscientos hombres entre infantería y caballería. Sólo faltaban armas, pues los fusiles no excedían de doscientos, ni de veinticinco los mosquetes, si bien todos los dragones tenían sendas lanzas.

Para proveerse de buen armamento, así como para contrariar la impresión de pánico que habían producido los sucesos de Uñas de Gato y de Carácuaro, pensó el Coronel en dar un golpe de mano en alguna de las poblaciones ocupadas por el Imperio. Escogió á Uruapan, en donde tenía tantas simpatías personales y en donde el vecindario era tan entusiastamente patriota.

Dicho y hecho: el día 13 salió de Apatzingán, y el 14 caminó lentamente, siendo su intención llegar á Uruapan cuando hubiera ya anochecido. Contaba allí con la cooperación de algunos paisanos, y estaba en buenas inteligencias con uno ó dos sargentos de la guarnición; pero sucedió que, al aproximarse al pequeño pueblo de Jucutacato, donde pensaba hacer alto, vió que del lado opuesto venía avanzando una tropa como de doscientos cincuenta infantes y cincuenta caballos.

Quien mandaba esta tropa era el Teniente Coronel Luis Vargas Madrigal, con los mejores soldados con que contaba el Imperio, y el jefe no sólo tenía confianza en ellos, sino que sabía perfectamente que los de Villada eran casi todos reclutas. Con esta confianza se lanzó sobre las posiciones que habían tomado los republicanos, y desde luego hubo de empeñarse un combate reñido. Hubo un momento en que la victoria iba á decidirse por los imperialistas; pero en aquellos momentos llegaron las reservas de los republicanos mandadas por el Co-

ronel Francisco Magaña con un escuadrón de Jalisco y por el Comandante Félix Esparza, con la caballería "Lanceros de Uruapan." Entonces Villada ordenó á Magaña que atacase con su fuerza el flanco izquierdo del enemigo; á Esparza por el frente, y á Soto que amenazara con sus jinetes el derecho. Mientras éstos ejecutaban el movimiento, el Coronel en jefe escogió de entre los infantes una columna de cien hombres, y á la cabeza de éstos dió un taque brusco de frente, que se convirtió en una lucha formidable, la cual concluyó con la derrota de los imperialistas. Madrigal quedó prisionero; muerto su segundo el Comandante Fagoaga; la infantería imperialista prisionera en su mayor parte, y muchos dispersos de la caballería, regresando á Uruapan el resto de la columna que no excedía ya de cien hombres. Villada recogió además ochenta fusiles, treinta uniformes, veinte mosquetes y algunos caballos. Los chinacos pedían á grito abierto que se fusilara á Madrigal, pero aquel jefe se rehusó enérgicamente y le salvó la vida.

Villada, exhausto de parque, y viendo frustrado su plan de sorprender á la guarnición de Uruapan, que alarmada con la derrota de Madrigal estaba ya sobre las armas, levantó el campo y regresó á Apatzingán, en donde se le recibió con una entusiasta ovación.

Los hechos de armas de Villada en Tancítaro en donde quedó muerto el *Manco* Espinosa; en las inmediaciones de Los Reyes, cuya consecuencia fué el abandono de esta plaza por los imperialistas, y el triunfo de Jucutacato, hicieron que Maximiliano declarara en estado de sitio el Departamento de Tancítaro; declaración inútil, pues que el imperio no tenía en toda aquella zona un solo soldado.

A los quince días después de lo de Jucutacato, se le presentaron Pedro Armas con veinte jinetes y Jesús González con veinticinco infantes procedentes de Uruapan; el primero era un joven originario de aquella ciudad, rico, influente en la masa del pueblo; y el segundo, sargento primero del 3er batallón del Imperio. Los dos hicieron su salida á la vista de la guarnición, gritando vivas á la libertad, y lanzando cohetes. Desde ese día la deserción del destacamento de Uruapan se

convirtió en epidémica, ocurriendo todos los desertores á presentarse á Villada, quien en fines de Noviembre contaba ya con novecientos hombres bien armados y vestidos de uniforme. Este jefe empleó todo el mes de Diciembre en instruir y disciplinar á su tropa, y en la construcción de gran cantidad de parque.

No obstante las órdenes de Régules, Villada aplazaba el fusilamiento de Madrigal y dirigía repetidas súplicas al Cuartel general pidiendo gracia para el prisionero; pero habiendo tenido noticia de que el General en jefe iba á llegar de un día á otro á Apatzingán, dispuso con toda reserva que Epigmenio Valencia, el mejor de sus exploradores, sacase á Madrigal que vivía en la misma casa de Villada, haciendo la evasión de noche, procurando no ser visto por el centinela, y que lo condujese hasta las inmediaciones de Uruapan, dejándolo allí en absoluta libertad.

Epigmenio cumplió fielmente estas instrucciones, y á las diez de la noche, acompañado del prisionero, emprendió su marcha rumbo á Uruapan. Al día siguiente se esparció en Apatzingán la noticia de que Madrigal se había fugado; Villada, fingiéndose colérico, mandó instruir en el acto la averiguación correspondiente; se aprehendió á varias personas á quienes se supuso complicadas en la fuga, las cuales fueron á poco puestas en libertad por falta de méritos, pues no pudo aclararse cómo se había verificado aquella fuga atrevida y misteriosa. Todo esto lo supo con evidencia el autor de estas líneas, quien á consecuencia de los sucesos de Carácuaro había ido á reunirse con Villada y habitaba en el mismo alojamiento de este jefe, y por tanto, vió parte y observó el resto de lo que se acaba de referir.

Mientras que Villada se conducía con tanto acierto, y con su valor acostumbrado, nuestros guerrilleros no permanecían ociosos. En principios del mismo Octubre Méndez, que se hallaba en Puruándiro, envió á Morelia al Comandante Ceballos para que fuese á poner á disposición de la Corte Marcial á algunos vecinos de aquel rumbo acusados de estar en connivencia con los *revoltosos*. Varias partidas de Ronda fue-

ron tiroteando á Ceballos, desde Tararameo hasta Morelia, emprendiendo serias escaramuzas en lugares á propósito, lo que dió por resultado que la mayor parte de los prisioneros pudiesen evadirse.

En Villachuato, una compañía de franceses del 95 de línea dispersó la guerrilla de Franco que servía de escolta al General Antillón, recién nombrado Gobernador de Guanajuato, y en Angamacutiro los guerrilleros Bravo y Núñez tuvieron un encuentro con el imperialista Manuel García, quien logró hacer prisioneros al oficial Escamilla y á dos soldados, que fueron en el acto fusilados.

Pero el hecho de armas más importante en aquellos días se verificó en el Norte del Estado; fué un golpe de mano, uno de esos rasgos de audacia inconcebible que algunas veces llevaban á efecto nuestros chinacos.

Era el 25 de Octubre: los *potrereños* Bravo, Ledesma, Alonso, Zavala, Núñez, García y otros, en número de trescientos jinetes (no ochocientos como dice el parte oficial de los imperialistas), se habían encallejonado entre dos cercas en el llano de la Labor ó Santa Fe, al seguir el camino que llevaban. A poco andar divisaron la columna de Méndez, fuerte en más de dos mil hombres de las tres armas, que venía avanzando en sentido opuesto. La lucha era inaceptable y la victoria imposible, por la gran desproporción de los combatientes; pero entre los chinacos se levantó una voz que decía:

—Si son hombres, vamos dándoles la *pasadita.*

Bravo, que mandaba en jefe aquellas guerrillas, dió orden de hacer alto y escogió cien jinetes, entre los cuales la mayor parte eran jefes, oficiales y sargentos, y dispuso que los restantes retrocediesen hasta ponerse á salvo. Dispuso igualmente que los cien escogidos echaran pie á tierra y apretasen cinchas. En seguida dió la orden de montar y, empuñando la *garrocha*, gritó:

—¡El que quedó, quedó!

Méndez, que había observado el movimiento, creyó, como era natural, que aquel grupo de chinacos sólo tenía por objeto proteger la retirada de los demás; pero nunca pudo imaginarse que iba á ser atacada toda su fuerza.

Se engañaba: los cien hombres, como una legión de demonios, se arrojaron con increible ímpetu sobre la columna, penetraron en ella y rebasaron el ejército de un extremo á otro, sembrando la muerte en el sangriento surco que iban abriendo á los botes de la lanza. Cuando hubieron pasado ¡ilesos! del otro lado de los dos mil hombres de Méndez, llevaban las astas enteramente rojas y pegadas las banderolas con la sangre de sus víctimas. Los caballos y los trajes de aquellos hombres, que parecían los genios del exterminio, estaban también tintos en sangre. Entonces se dividieron en varios pequeños grupos y huyeron á tedo escape, antes de que Méndez volviera en sí de su sorpresa.

En esa acción que, como dice Mr. Alberto Hans, fué una de las más sangrientas que se dieron en Michoacán, la columna imperialista tuvo más de cien muertos, entre ellos el Teniente Coronel Andrés Pineda, que en aquel día había tomado el mando del 4º regimiento de caballería: su cadáver tenía ocho heridas recibidas en el rostro y en el pecho. La pérdida de un jefe tan querido, la vergüenza de un hecho de armas que no tenía ejemplo en los anales de la guerra, y el carácter violento de Méndez, pusieron á este jefe en tal estado de cólera y de despecho, que hasta sus mismos oficiales temblaban á su presencia. Fraccionó su caballería y la envió en distintas partidas á que batiese el terreno, cogiendo prisioneros á cuantos hombres encontrara. Cien, entre arrieros, conductores de carretas, rancheros y peones cayeron en poder de aquellos sicarios; empero ni uno solo de los presos era chinaco!

Méndez en su parte oficial dice por esto que tenía cien prisioneros, y que de ellos mandaría fusilar *algunos* al día siguiente. Y así sucedió: el 29 fueron pasados por las armas en Puruándiro *sesenta* paisanos pacíficos, á los que se dividió en cuatro grupos de á quince hombres, que se *ejecutaron* en las cuatro garitas de la ciudad!

Hacía pocos meses que las guerrillas de Jalisco y Colima, que estaban refugiadas en Michoacán, habían regresado á sus terrenos, en donde á causa de la retirada de los franceses, que

se concentraban en la ciudad de México para reembarcarse, aparecían ya muchos *patriotas*, entre ellos los que, habiendo luchado antes, se habían consagrado á la vida pacífica durante los días terribles. Don Julio García, uno de ellos, había vuelto á encargarse del mando de aquellas partidas; pero, acosado constantemente por los imperialistas, y en especial por la contraguerrilla francesa á las órdenes de Berthelin, volvió al Estado de Michoacán y estableció su cuartel general en Coalcomán. Allí logró reunir una fuerza de trescientos hombres, entre los cuales estaban los infantes de Madrigal prisioneros en Jucutacato, y que habían marchado á Jalisco á las órdenes del Coronel Francisco Magaña, cuando este jefe se separó del Coronel Villada.

El contraguerrillero Berthelin era un hombre insaciable de sangre, de robos y de estupros, "más bandido que Rojas, Rochin y Simón Gutiérrez juntos," según la expresión de un escritor francés. Afeminado en su traje y en el exagerado aseo de su persona, por el afeite y los perfumes que usaba y por las sortijas que lo engalanaban, era un león en el combate, un tigre después de la victoria. Cruel, inexorable, infame; se contaban en más de quinientas las víctimas que había hecho en sus correrías en Jalisco y Colima, habiendo días en que mandara fusilar á cuantos mexicanos encontraba, sin importarle el partido á que pertenecieran, como si pura y simplemente se hubiese propuesto acabar con la raza del país. Se le veía "como á un monstruo salido del Averno." Los hombres de Berthelin, soldados licenciados del ejército francés, eran dignos de su jefe, tan bandidos, tan infames, pero tan valientes como él. Muchos de ellos fueron los que, dos meses más tarde, formando parte de la gendarmería imperial, cayeron prisioneros en la derrota de San Jacinto y fueron fusilados por orden del general Escobedo.

Berthelin pasó á Michoacán en persecución de D. Julio García. Este, acompañado de algunos guerrilleros de Coalcomán, conocedores á fondo del terreno, salieron en busca del contraguerrillero francés, tratando de sorprenderlo; pero Berthelin era un Argos; siempre estaba listo para el combate, siempre alerta espiando al enemigo, siempre preparado

para dar el golpe, por lo que sus soldados le llamaban la *Avispa.*

Ambas fuerzas se encontraron en el rancho del Guayabo á las cuatro de la mañana del día 10 de Noviembre, en un campo cubierto de maleza y de grangenos. Fué un choque terrible, en el que los combatientes de una y otra parte peleaban resueltos á exterminar á su enemigo ó á quedar exterminados. *Duró el combate, con pequeños intervalos de descanso, desde las cuatro de la mañana hasta las siete de la noche,* en que huyeron los franceses, que habían perdido muchos hombres, entre estos, á eso de las tres de la tarde, al segundo en jefe de la contraguerrilla, el conde de Moynier-Chamborand, y al anochecer al famoso Berthelin. El campo quedó limpio de zacate, "como si se hubiera ido á sembrar tabaco," según el dicho de un ranchero de Coalcomán; las ramas de los grangenos se veían despojadas de las hojas, caídas á los golpes de las lanzas y á los sablazos de los combatientes: el suelo estaba cubierto de más de cien cadáveres de franceses y mexicanos, y había como doscientos caballos muertos; regados aquí y allá se hallaban fusiles, sables, lanzas y mosquetes, que hicieron el botín de los chinacos.

D. Julio García fué el que, en combate singular, mató á Berthelin, cortándole de un tajo la cabeza, que fué transportada á Coalcomán y expuesta en un paraje público, siendo fama que aún se percibía en ella el olor de la pomada de que estaba impregnado el cabello.

Así cayó el famoso contraguerrillero Berthelin, cabiéndole la gloria de morir luchando y no como el otro feroz bandido Dupin, que murió en la ignominia y despecho del suicidio.

D. Julio García, justamente orgulloso con este triunfo, quiso ampliar los dominios de Colima, y al efecto declaró que el departamento de Coalcomán quedaba anexado al territorio de aquel Estado, segregándolo del de Michoacán, y en consecuencia nombró autoridades y empleados que debían depender de Colima. Sabido esto por el Gobernador D. Justo Mendoza, marchó inmediatamente desde el rancho llamado

el Ojo de Agua de Poturo hasta aquel departamento, y auxiliado eficazmente por el coronel Antonio Guzmán, hijo del ilustre insurgente D. Gordiano, restableció las autoridades legítimas, conservando así la integridad del territorio michoacano.

Méndez, entretanto, se ocupaba en perseguir las fuerzas de Garnica, Arias y Ronda, y encomendó al teniente coronel Francisco Redonet, que mandaba el 3º de infantería, que activase su campaña contra Villada. Méndez había ofrecido á Maximiliano que, antes de que los franceses se reembarcaran, estaría pacificado el extenso territorio de Michoacán, en donde ya no quedaban más fuerzas republicanas de alguna importancia, que las que traían consigo los jefes mencionados.

Por aquellos días Ronda y Garnica se hallaban enfermos, y habían encargado el mando de su tropa al coronel D. Rafael Arias, quien, si era valiente y astuto en la extensión de la palabra, ni tenía conocimientos militares ni jamás había mandado una fuerza mayor de doscientos hombres, y la que se le encomendaba entonces era de ochocientos. Por varios días pudo burlar la persecución de Méndez; pero el día 13 fué alcanzado á las ocho de la mañana en el rancho del Degollado (departamento de Zamora), y desde allí se fueron tiroteando ambas columnas por espacio de cuatro leguas hasta el rancho de la Raya, en que ya no pudo Arias evitar la batalla con su enemigo, fuerte en dos mil hombres. Nuestro heroico guerrillero hizo prodigios de valor, exponiendo á cada instante su vida; pero sucedió lo que tenía que suceder, cedió al número y á la táctica de su adversario y sufrió una completa derrota, perdiendo gran número de sus soldados entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos. Méndez, después de su victoria, paseó á sus prisioneros por Zamora, Uruapan y Pátzcuaro: de allí envió á Quiroga veinte de ellos, oficiales y algunos soldados belgas y franceses para que fuesen fusilados en aquella villa, lo que se verificó el día 25, después de doce días de camino en que se trajo exhibiendo á las víctimas. Los traidores fusilaban irremisiblemente á todos los extranjeros

que militaban en las filas liberales y que caían en su poder. Uno de los oficiales mexicanos fusilados en aquel día fué el capitán Eufrasio Silva, joven leal y valiente, originario de Paracho, que había acompañado al coronel Jesús Díaz hasta Santa Ana Amatlán.

Mientras pasaban estos acontecimientos, Régules había llegado á Apatzingán, sin más acompañamiento que sus ayudantes. Tuvo á solas con Villada largas conferencias, y luego, escoltado por una pequeña fuerza al mando del comandante Luis Sagrero, que lo acompañó hasta Nahuatzen, se dirigió solo á Zacapu, llegando el mismo día en que comenzaban á reunirse allí los dispersos de Arias. Esta circunstancia contrarió terriblemente al general, porque se encontró sin el núcleo de fuerzas que pensaba aprovechar para realizar sus proyectos. Reinaba la alarma al grado de que Arias, Garnica y Ronda, valiéndose de sus amigos, señalaron á los dispersos distintos sitios para verificar la reunión. Régules salió ocultamente de aquel pueblo y fué á situarse con su Estado Mayor en la espesura de un bosque inmediato, en la Mesa de Naranja, desde donde comenzó á dictar nuevas disposiciones y á enviar correos por diversos rumbos, deseando aprovechar los ofrecimientos que de muchas partes se le hacían por los que antes habían permanecido pacíficos y que ahora querían prestar sus servicios á la patria.

Como era natural, Régules estaba dispuesto á utilizar todos estos elementos, pues que durante la campaña nuestros jefes habían tenido por lema: "ni hace falta el que se va, ni sobra el que llega."

En los días á que me refiero, cuando los franceses estaban próximos á reembarcarse y por lo tanto no emprendían ya ninguna expedición; cuando ya estaba en la conciencia de todos la próxima ruina del imperio, de todas partes acudía gente á alistarse en las filas republicanas; de todas partes se les ofrecían recursos; en todas partes hacía explosión el patriotismo de última hora. Pero como quiera que fuese, repito, nuestros jefes utilizaban con éxito los nuevos elementos que les llevaban los *torreños*.

En la línea de Zitácuaro los jefes de guerrillas Cosío Pontones y Figueroa fueron derrotados el día 19 en la hacienda de Bravo por el *Ranchero*, quien hizo á los liberales diez y seis prisioneros, entre éstos al expresado Figueroa. Todos fueron fusilados.

Llegamos al mes de Diciembre, que si se empleó para crear nuevas fuerzas y para allegar elementos de guerra, en cambio fué funesto para algunos de nuestros más distinguidos oficiales, cuyo valor y patriotismo los condujeron á la muerte.

El día 1º, el honrado C. Luis Pita, que acababa de organizar una pequeña tropa, se vió sorprendido por el contraguerrillero José María Orozco en la Villa de Santa Clara de Portugal. Inútil fué la resistencia desesperada que aquél hizo; el jefe imperialista, si bien con grandes pérdidas, lo derrotó y lo hizo prisionero en unión de varios de sus soldados, siendo luego fusilados todos ellos en el mismo lugar.

El día 10 la columna imperialista de Vera Quintana entró de sorpresa á Zacapu, creyendo encontrar allí al general Régules: pero si no logró su objeto, sí pudo apoderarse de los jefes Miguel Adorno y Pedro Enríquez Bravo, y de los oficiales Jesús Rodríguez, Talancón y Elizarrarás. Algunos otros republicanos que con ellos estaban pudieron salvarse. Hé aquí cómo principió y terminó este episodio:

Al llegar los imperialistas, Bravo y sus compañeros no tuvieron tiempo de montar á caballo, y entonces, no quedándoles otro recurso, corrieron á la laguna y se embarcaron en una canoa. Desgraciadamente ésta no tenía remos, y los fugitivos se vieron en la necesidad de remar con las manos y con sus sombreros, pero con tan mala suerte que no habían logrado separarse diez varas de la orilla, cuando ya habían penetrado en el agua más de cincuenta dragones del enemigo que iban en su alcance, y mientras Rodríguez remaba desesperadamente, Adorno y Enríquez Bravo les dispararon sus pistolas, y, agotado el parque, arrojaron las armas sobre los perseguidores. Después de tan efímera resistencia, los fugitivos fueron aprehendidos y se les condujo á Zacapu.

Jesús Rodríguez, de quien en otra parte he hecho mención como secretario de Villada en la prefectura y comandancia militar de Uruapan, es originario de Zacapu y tenía allí muchos parientes y simpatías unánimes entre el vecindario; así es que éste en masa ocurrió al teniente coronel Macario Silva, encargado de los presos, manifestando que Rodríguez no pertenecía á la fuerza armada, sino que desempeñaba tan sólo el empleo de director de la escuela municipal (lo que por aquellos días era cierto): que, en consecuencia, pedían justicia para él y gracia para los demás prisioneros. En estas agencias pasaba el tiempo, y entretanto los presos estaban ya sometidos á la Corte Marcial, formada en el acto bajo la presidencia del comandante Ceballos. Omito referir el interrogatorio que se hizo á cada uno de los presos, pero no pasaré por alto el de Adorno. Este era aquel jefe del Estado Mayor de Casaño, que se quedó con los patriotas al ir á comunicarles una orden, cuando la defección de dicho general en el rancho de Chuen: en toda la campaña se distinguió siempre por su valor, por su abnegación y por su apego á la disciplina militar.

Adorno se presentó ante sus jueces vestido con su uniforme y llevando en el pecho sus condecoraciones, entre ellas la del 5 de Mayo y la de las cumbres de Acultzingo.

El presidente del tribunal interrogó al reo sobre sus generales:

—Me llamo Miguel Adorno, casado, *¡mexicano!* y comandante de batallón del ejército nacional en servicio activo.

—¿Cómo es que vd., Sr. Adorno, le dijo Ceballos, que lo conoció en el Colegio Militar, siendo un oficial del ejército, ande prestando sus servicios al lado de los bandidos?

—Ni mis jefes ni mis compañeros son bandidos; pero si lo fueran, preferiría ser bandido como ellos, que no traidor á la patria.

—Quítese vd. ese uniforme, que está deshonrado. Quíteselo vd.—Y viendo que Adorno permanecía impasible, mandó Ceballos que los hombres de la escolta lo despojaran de su traje hasta dejarlo en paños menores, lo que hicieron los soldados desgarrándoselo á tirones; pero antes, Adorno había arrancado del pecho las medallas y las cruces.

—Entregue vd. esas condecoraciones, gritó Ceballos.

—Podrán ustedes disponer de mi vida, pero no del premio que me ha concedido la nación por mi patriotismo.

Los soldados no pudieron sacarle de las manos las insignias de su gloria.

Adorno, Enríquez Bravo, Elizarrarás y un sargento fueron condenados á muerte; Jesús Rodríguez quedó puesto en libertad, y Talancón logró fugarse al ser conducidos aquéllos á Chucándiro. El día 13 fueron pasados por las armas en dicha población. Se ve, por lo expuesto, que era costumbre de los imperialistas hacer caminar á pie, durante algunos días, á las víctimas destinadas al patíbulo.

Momentos antes de la ejecución, Adorno pidió papel para escribir: como le llevaran un pliego con el sello del imperio, tarjó el timbre con cólera y escribió á su esposa (estaba recién casado y ella quedaba embarazada):

"Chucándiro, Diciembre 13 de 1866.—En capilla.—Sra. Carlota Martínez de Adorno.—Mi querida esposa: Voy á ser vilmente asesinado por los traidores: te suplico que en el acto marches á Uruapan; pon un comercio con que te mantengas honradamente. A mi hijo edúcalo, y cuando sea grande, hazle saber el modo como murió su padre...... Adios; hasta la eternidad.—*Miguel Adorno.*"

Tal era la situación á mediados de Diciembre de 1866. Los periódicos del imperio afirmaban que la revolución estaba próxima á extinguirse en Michoacán, pues ya sólo quedaban partidas insignificantes sin orden ni cohesión.

El triunfo de Villada en Jucutacato; el estado brillante de su fuerza, que ya tenía un efectivo de mil plazas; la postración en que se hallaba el general Régules; el golpe que recibieron las fuerzas unidas de Ronda y Garnica, y que hacía de la de Villada la única regular y prestigiada que quedaba en Michoacán; y el estado general de la opinión pública, enterada ya de que era un hecho el próximo reembarque de los franceses, hacían fijar los ojos de todos en Apatzingán y ver á Villada como el jefe afortunado á quien tocaba en suerte

recibir los laureles de la victoria en Michoacán. Empero éste declinó, por deber y por modestia, tan halagüeña honra.

Ahora bien, el 24 de Diciembre recibió aquel jefe un papelito que, por el misterio con que se lo entregó una soldadera desconocida, me pareció que le había sido enviado por Madrigal. ¿Qué contenía? Desde luego el coronel activó los trabajos de vestuario y de parque emprendidos, encareciendo la urgencia de terminar la obra en dos días; pasó revista á sus fuerzas y se ocupó sin descanso en las labores de su secretaría. El día 26 en la tarde supimos que la víspera habían evacuado la plaza de Uruapan los traidores, lo que nos hizo comprender al fin cuál era el contenido de la carta recibida por Villada; así es que cuando se dió la orden de marcha para el día siguiente, todos manifestaban su entusiasmo con exclamaciones de alegría. Ibamos á ver aquella ciudad simpática y hospitalaria después de nueve meses de ausencia, nueve meses en que aquel pueblo liberal sufrió la tiranía de los soldados del imperio.

Eran las once de la mañana del 30 cuando hicimos nuestra entrada triunfal en Uruapan. De los seis mil habitantes que entonces tendría la ciudad, lo menos cuatro mil llenaban las calles de "Cupatitzio" por donde nos dirigíamos á la plaza: todos, no hay exageración en la frase, todos nos ofrecían coronas, todos prorrumpían en vivas atronadores, muchísimos lloraban de alegría. Las campanas repicaban alegremente, ensordecía el incesante tronar de los cohetes; las calles estaban tapizadas de flores, los balcones adornados con banderas tricolores, las músicas tocaban el himno nacional, y unánimemente se saludaba el próximo día del triunfo de la patria.

CAPITULO XLII.

(1867)

El volcán próximo á estallar.—Salida de Uruapan.—El Ejército del Centro. —Entusiasmo.—Toma de Pátzcuaro.—Fusilamientos.—Cuantioso botín. —Estéril expedición sobre Acámbaro.—Una retirada desastrosa.—Aumento de fuerzas.—Ataque á Zamora.—Las tropas de Sinaloa.—Fuga de la guarnición.—Ocupación de la ciudad.—El 5 de Febrero.—¡A Morelia!—Noticia del abandono de esta ciudad por la brigada Méndez.—Cómo se despidió de ella el jefe imperialista.—El coronel Garnica.—Entrada solemne en la capital del Estado.—Reorganización del Gobierno.—La división de Michoacán en Querétaro, San Lorenzo y México.—Triunfo de la República.

El general Régules continuaba invisible, y sin embargo se sentía su acción; circulaban sus órdenes sin fecha ni lugar de procedencia, pero apremiantes y oportunas. Había en la extensión del territorio michoacano un trabajo prodigioso; se multiplicaban las pequeñas partidas que iban uniéndose incesantemente hasta convertirse en fuerzas respetables. Era como la labor subterránea de un volcán próximo á estallar.

En Uruapan, Villada desplegó una actividad asombrosa. Herreros, talabarteros, sastres, gente que hacía parque, todos se pusieron á trabajar de día y de noche. Sólo la tropa descansaba.

Había entrado el año de 1867. El día 1º en la noche, el coronel recibió un correo del Cuartel General; el 2 nos pusimos en marcha y pernoctamos en Taretan; el 3, á las dos de la tarde, llegamos al pequeño pueblo de Ajuno, que dista cuatro leguas de Pátzcuaro. No obstante que la tropa creía que

no quedaba en el Estado más fuerza que la de Villada, como ésta era ya de mil hombres bien equipados y municionados, los soldados juzgaban que se intentaba atacar aquella ciudad, y todos ansiaban llegar, con la esperanza del triunfo, por más que la empresa pareciese arriesgada. Los proveedores y forrajistas recibieron la orden de dar lleno á su misión. En la noche el pueblo estaba enteramente iluminado, pues en cada casa había tropa ó se alojaban los jefes. Reinaba no sé qué de alegría, en los cuarteles y hasta en las cuadras, los caballos, bien alimentados, relinchaban de placer.

Amaneció el día 4, y después de que se sirvió el rancho, se mandó que los soldados diesen badanazo á sus armas. Parecía extraña aquella disposición, cuando estábamos tan cerca del enemigo. Comenzó á dudarse del ataque á Pátzcuaro, puesto que sólo una sorpresa habría sido el medio de llevarlo á cabo. A las dos de la tarde el clarín de órdenes comunicó la de ensillar. Acto continuo se oyó de nuevo el alegre toque de *rancho;* los soldados comieron con impaciencia. A las tres emprendimos la marcha rumbo á la ciudad del lago.

Ya no se observaba en la tropa el entusiasmo de la víspera; todos creían que se había perdido la oportunidad del ataque. Sin embargo, como hombres y caballos estaban fuertes y descansados, caminábamos de prisa. A las cuatro y media divisamos la ciudad á media legua de distancia. Oímos muchos disparos, y luego llegó apresurado un oficial de los exploradores, que dió parte al coronel de que el capitán Vicente Bravo se había batido con las guerrillas de José María Orozco y Magdaleno del Río, haciéndoles un muerto y obligándolas á volver á la plaza.

A las cinco se tomaron posiciones en el Calvario, pequeña eminencia que por el Poniente domina la ciudad de Pátzcuaro, á dóscientos metros de las primeras casas. ¿Por qué no hacía una salida la guarnición, que contaba con más de cuatrocientos soldados, y más de quinientos vecinos armados, valientes y decididos por el imperio? Algo extraño pasaba.

Repentinamente vimos aparecer por el camino de Santa Clara, hacia el Sur, una larga polvareda, poco elevada, como

sucede en la tarde, en que el polvo está más pesado que en el resto del día.

—¡El general Régules! gritaron los soldados, viendo avanzar y situarse á la salida para Santa Clara á una tropa que aparecía por aquel rumbo.

Luego, hacia el Norte, por el Cristo, se divisó otra polvareda, más baja pero más extensa.

—¡Garnica, Ronda y Arias! exclamaron los nuestros. ¡Ahora sí es de veras! ¡Viva México! ¡Mueran los traidores!

Los soldados se habían equivocado en parte. El general Régules llegaba á la cabeza de las tropas de Coeneo, fuertes en más de novecientos hombres; y quien se presentaba por el Sur era Méndez Olivares, comandante militar de la línea de Ario y Tacámbaro, que contaba con setecientos entre infantes y jinetes. La primera división del Ejército del Centro volvía á aparecer como por encanto, compuesta de dos mil seiscientas plazas!

Cerró la noche: en los tres campamentos de los republicanos se encendían centenares de luminarias: el entusiasmo era general; los soldados cantaban los patrióticos aires de la *chinaca;* en tanto que en la ciudad reinaban las tinieblas y el silencio.

A las cuatro de la mañana del día 5 los imperialistas saludaron á los liberales con un cañonazo dirigido á cada uno de los campamentos. Fué un buen medio de despertar á aquellos valientes. A las seis se oía el fuego graneado de la fusilería y se veía el humo de los disparos hechos por los liberales, que iban avanzando hacia la ciudad y que tomaban posiciones dentro de ella, simulando un ataque. A las nueve se daba el asalto, se tomaban varias trincheras y el fuego devoraba el templo de San Francisco, atacado por Villada y defendido vigorosamente por parte del batallón de Pátzcuaro; á las diez se libraban combates en las calles dentro del perímetro fortificado. A esa hora se vieron elevarse llamas espantosas de la colosal parroquia, y pocos minutos después una detonación horrible, que ha de haber sido escuchada á cuatro leguas á la redonda, ensordeció á los que luchaban y á los habitantes pacíficos de la ciudad é hizo cesar por un momento el ruido de

los cañones de la plaza y el de la fusilería de los combatientes. Una inmensa columna de humo y polvo se esparció sobre las casas y en las calles inmediatas á la parroquia. La techumbre de este templo, devorada por el incendio, se había desplomado toda entera.

Apenas había cesado el instantáneo pavor que produjo la catástrofe, cuando los republicanos, al saber el motivo de aquélla, dieron un tercer asalto, que no necesitó ya ser tan vigoroso como los anteriores: los clarines del enemigo tocaban parlamento, los soldados de la guarnición volteaban culatas y se entregaban prisioneros; los jefes y oficiales habían huído, escapándose por las laderas de San José; todo el material de guerra existente en la ciudad había caído en poder del general Régules.

Siguieron escenas de desolación y de matanza. Entre los prisioneros estaban uno de los jefes del destacamento, y aquel Higinio Mondragón de quien he hablado en otra parte, y que en esa mañana también se había empeñado en proferir insultos contra los liberales. Ambos fueron fusilados de orden del general en jefe.

Un feroz fanático llamado Abraham Castañeda, simple paisano que peleó al lado de los defensores de la plaza, se había encontrado oculto en una habitación: Régules mandó que fuera inmediatamente pasado por las armas, y un pelotón de caballería disparó á quema-ropa sus mosquetes sobre aquel hombre. Abandonado el cuerpo, el comandante Arcadio Ruiz Zepeda, que había advertido en él señales de vida, lo transladó secretamente á una casa, en donde, atendido con eficacia, pudo curarse en poco tiempo. Doce años después Castañeda era el general en jefe de la horda de asesinos, incendiarios y ladrones, llamados *los cristeros.* Batido por Gerardo González en las inmediaciones de Santa Clara, cayó muerto, y por más que sus secuaces esperaban una nueva resurrección, Castañeda en esa vez había mordido para siempre el polvo de la tierra.

Los imperialistas sufrieron la pérdida de varios de sus oficiales entre muertos y heridos; pero la más sensible para ellos fué la de los tenaces contraguerrilleros José María Orozco,

que falleció á consecuencia de las lesiones recibidas á la hora del combate, y Camilo Pureco, que fué uno de los fusilados en ese día.

En cuanto á nosotros, tuvimos que lamentar la del teniente coronel Juan García, muerto al atacar la trinchera de San Francisco, y la de más de cuarenta individuos, oficiales y tropa, necesario sacrificio para alcanzar el triunfo. El teniente coronel García era aquel jefe por el cual fué canjeado el oficial ruso Becker, prisionero en la acción del puerto de Medina.

De tiempos atrás había entre la masa del pueblo, en Michoacán, un odio profundo contra Pátzcuaro, por las ideas retrógradas de sus habitantes y porque eran incontables los liberales fusilados en su recinto desde los días de la insurrección: la época del imperio no había desmentido estos antecedentes. El deseo de venganza era más vivo entre los chinacos, y por eso en el día á que me estoy refiriendo fué preciso hacer uso de las armas para impedir que muchos soldados y gran número de indios de los alrededores consumasen el saqueo que habían intentado en multitud de casas. Temeroso el general Régules de que en la noche se repitieran aquellos actos de venganza y bandalismo, ordenó que el ejército pernoctara fuera de la ciudad, llevando consigo, por medio de la leva, á los grupos de indios que con aspecto amenazador recorrían las calles. Esto último tenía también por objeto hacerse de más de mil fusiles repartidos entre los vecinos, y que ocultaban para no ser denunciados como defensores de la plaza. En cambio, con toda reserva se apresuraron á venderlos á las familias de los reclutados para que les sirviesen de rescate.

El comandante Crescenciano López fué nombrado prefecto y comandante militar de Pátzcuaro con beneplácito de los vecinos, que conocían su carácter moderado y prudente. Se nombraron el Ayuntamiento y funcionarios judiciales, y el orden quedó establecido inmediatamente. No sé quién se acordó de que las monjas catarinas habían vuelto á su encierro durante el imperio: inmediatamente ordenó Régules que fuesen exclaustradas, y se comisionó al efecto al Lic. D. Manuel

Valdés, nombrado Juez de Letras del lugar, quien con la dulzura y cortesía propias de su carácter, las estuvo llevando á las casas que designaban. Me acuerdo, porque lo ví, que mientras las monjas ancianas abandonaban el claustro, deshechas en llanto, las jóvenes abrían los ojos, llenas de curiosidad, y respiraban con toda la fuerza de sus pulmones el aire de la calle.

El día 6 el ejército se puso en marcha rumbo á Morelia. Era evidente que no pensaba el general Régules ir á atacar la plaza, porque todo el parque se había consumido en Pátzcuaro y porque además la división iba estorbosa con más de mil, entre prisioneros y reclutas. Pernoctamos en el pueblo de Santa María, á una legua distante de la ciudad, y entonces creíamos que el movimiento tendría por objeto favorecer la defección de algún cuerpo. Tampoco; al día siguiente, antes de amanecer, continuamos la marcha hasta Indaparapeo, y el 8 muy temprano llegamos á Zinapécuaro. Allí, á la vista de todos los habitantes, se hizo un gran cargamento de ocote, y para nadie fué ya un secreto que se iba á atacar á Acámbaro, amenazándolo con el incendio y la destrucción. Nos avistamos, en efecto, á esta ciudad á las tres de la tarde del día 9. La división, con los prisioneros y reclutas, montaba un efectivo de cerca de cuatro mil hombres. Se tomaron posiciones, y varias partidas de caballería fueron enviadas á forrajear.

El general Régules dictó á su secretario la *intimación* á la plaza; la *intimidación*, como decían nuestros chinacos. Un ranchero que se cogió en el camino fué el encargado de llevarla. Ni el ranchero ni nadie nos trajo la respuesta. La ciudad parecía estar desierta; no se veía un solo habitante en las calles, ningún soldado tras de las trincheras ni en las torres. Había un silencio profundo. Y sin embargo, allí estaban la guarnición y los vecinos resueltos á defenderse. Ni la intimación ni la amenaza del ocote los habían *intimidado*.

A las seis de la tarde mandó el general Régules levantar el campo y emprendimos la retirada. La noche nos sorprendió á poco, y el ocote sirvió entonces para iluminar el camino,

sin que fuera bastante á contener la deserción, que fué espantosa. Antes de amanecer llegamos á Zinapécuaro, y en el mismo día continuamos la marcha por Indaparapeo hasta la hacienda de Irapeo, en donde, rendidos de fatiga, pudimos descansar unas cuantas horas. Volvimos á pasar por Morelia, y el 12 estábamos de regreso en Pátzcuaro, habiendo perdido en la estéril expedición una gran parte del botín del día 5. Nunca me he explicado el móvil que condujo á Régules hasta Acámbaro, sin llevar elementos para atacarla, sin tener inteligencias con sus vecinos, que todos eran partidarios del imperio, y sin la presunción de intimidar al destacamento, que era fuerte en número y compuesto de soldados decididos.

No habíamos descansado un día en Pátzcuaro, cuando se dijo que Méndez, de regreso de La Barca, hasta donde había ido en auxilio de Guadalajara, sin llegar á aquella ciudad, que había caído ya en poder del general Parra, venía á marchas forzadas sobre Régules. Cierta ó no la noticia, nuestro general en jefe ordenó el fraccionamiento de la división. La brigada de Garnica tornaba á sus terrenos de Coeneo, Méndez Olivares á Tacámbaro y Villada á Uruapan. La salida se hizo en la noche y la marcha se verificó en medio de una grande alarma, en que de nuevo perdimos alguna gente que se nos desertó.

En efecto, Méndez regresaba de Jalisco, despechado y furioso de haber tenido que retirarse á gran prisa ante las fuerzas del general republicano D. Ramón Corona. En Zamora dió rienda suelta á su cólera. Impuso un préstamo de seis mil pesos á los Sres. Francisco García, Miguel Méndez, Octaviano Igartúa, Arcadio Dávalos y José María Plancarte; y como los dos últimos solicitasen que el préstamo se derramara entre los vecinos acomodados de toda la población, según lo hacían los liberales, Méndez, lleno de pasión, mandó ponerlos en la cárcel, en donde fueron molestados cruelmente. De esta manera se despidió el jefe imperialista de aquella ciudad, tan adicta á las instituciones monárquicas.

Después de la retirada de Acámbaro, y no obstante la victoria de Pátzcuaro, estábamos derrotados por nosotros mismos. Pero entonces ya no había dificultades de ninguna cla-

se para reparar las pérdidas. Los *torreños* acudían á gran prisa y los pueblos nos ayudaban empeñosamente, no solamente por su patriotismo, sino deseosos de que terminara cuanto antes la guerra. No habían transcurrido diez días cuando Villada tenía ya mil doscientos hombres en estado brillante, y, como se vió, los demás jefes, por su parte, habían aumentado y mejorado sus respectivas brigadas.

El día 28 de Enero se recibió en Uruapan la orden de Régules para marchar al día siguiente. Hicimos el 29 nuestra primera jornada á Paracho, en donde la población en masa salió á recibirnos fuera de las últimas casas, con música y cohetes. Allí se unieron á nuestra tropa los famosos filarmónicos de aquel pueblo, y tuvo Villada, desde ese día, la mejor de todas las bandas, pues no había ya una sola de las brigadas de la división que no llevase la suya. El 30 vencimos el camino en Purépero; el 31, al bajar á Penjamillo, vimos dos columnas que por distintos rumbos avanzaban hacia la población: las tres, inclusa la de Villada, hicieron su entrada en aquella villa á la misma hora. Allí encontramos al general en jefe, quien, con su escolta, había llegado antes que nosotros.

La división contaba con un efectivo de tres mil hombres. De los jefes sólo faltaba Garnica, quien con doscientos jinetes vigilaba á Méndez, que acababa de regresar á Morelia.

Nunca olvidaré aquella tarde, plenamente iluminada por el sol, en que, después de haber visto la exactitud con que llegaban á la cita las tres brigadas, observé la alegría, la animación y el entusiasmo que reinaban en nuestra tropa y en el vecindario de Penjamillo. Allí se reorganizó la división, formándose dos brigadas de infantería á las órdenes respectivamente de Méndez Olivares y de Villada, y otra de caballería al mando del coronel Ronda. Martiniano León tenía á su cargo la artillería tomada en Pátzcuaro.

El día 1º de Febrero se siguió la marcha por la orilla izquierda del río Lerma. En Numarán supimos que Pesquera, con su tropa, había evacuado la Piedad, replegándose á Zamora. Esa noche pernoctamos en la primera de las expresadas ciudades, siendo de advertir que el vecindario, antes tan

partidario del imperio, nos recibió en esa vez con muestras de sincera simpatía, debiéndose este cambio á las exacciones que, con tanto depotismo, cometieron á última hora los jefes de las tropas imperialistas.

El 2 llegamos á Ecuandureo, y el 3 muy temprano nos avistamos á Zamora.

Zamora pasa por ser una de las plazas más fuertes de la República: por ningún lado hay una eminencia que pueda dominarla; la rodean anchos fosos que pueden llenarse de agua á voluntad, abriendo las compuertas del caudaloso río Duero. La ciudad cuenta con varios templos sólidamente construídos, y gran número de casas de grande elevación y fuertes muros.

Se fundó por los años de 1540, siendo virrey el conde de Tendilla, con privilegio de plaza de armas por ser entonces frontera de la nación chichimeca. Poblaron esta villa algunos españoles y gran número de indios tecos. En 7 de Septiembre de 1827, el 2º Congreso del Estado confirmó á la villa de Zamora el título de ciudad que le concedió el héroe Hidalgo en 1810, en su tránsito para Guadalajara.

Ahora bien, cuando nosotros llegamos sobre Zamora, la guarnición de la ciudad era de mil quinientos hombres con nueve piezas de artillería, á las órdenes del coronel Berna, uno de los jefes más intruídos y valientes del ejército reaccionario.

En la fuerza rural figuraban Pesquera y José María Carriedo, audaces guerrilleros muy conocedores de la localidad, y fungía de prefecto político D. Jesús Matos, acérrimo enemigo de los liberales. Los habitantes en su generalidad eran partidarios del imperio, pero en aquellos días, como llevo dicho, su adhesión á esta causa se había enfriado notablemente.

A todos nos parecía más que temeraria la empresa de atacar á Zamora. Al comenzar la tarde, el general Régules indicó que iba á hacer el reconocimiento de las fortificaciones, y acompañado de su Estado Mayor y de su pequeña escolta emprendió la marcha. El ejército, en tanto, permanecía tendido entre las haciendas de la Tuna, San Juan Bautista y Cha-

paraco, á las órdenes de Eguiluz, ascendido ya á general y nombrado mayor-general de la división.

El general Régules se presentó primero frente á la ciudad por la garita de Naranjos, que está al Oriente, y desde allí recorrimos la línea, por la de Madrigal, en medio del fuego de la artillería. Me acuerdo que uno de los ayudantes, al ver disparar el cañón en una de las trincheras, se inclinó rápidamente del lado opuesto de su caballo hasta ocultar su cuerpo tras del animal. Régules, que lo observó, volvió el rostro y le dijo:

—*Fulano*, ¿qué se le cayó el pañuelo? yo le daré otro.

El aludido se irguió como movido por un resorte, al mismo tiempo que la bala del cañón se enterraba en el suelo, no lejos de la comitiva.

De la garita de Madrigal, que está al Norte de la ciudad, fuimos rumbo á la de Callejones, que queda al Poniente: allí nos sorprendió ver una fuerza de cerca de mil quinientos hombres que, por su traje y aparato, comprendimos que pertenecía á los republicanos. En efecto, era una brigada de Sinaloa á las órdenes del general Manuel Márquez de León, á quien el general Corona enviaba para que obrase en combinación con Régules, quien de antemano sabía la llegada de aquella tropa. Los dos jefes conferenciaron largo rato, y en seguida Márquez de León, con parte de los suyos, fué á situarse á inmediaciones de Jacona, viento Sur de Zamora. Nosotros regresamos á incorporarnos á la división, la que entretanto había tomado posiciones: á la brigada de Villada se encomendó el ataque en columna sobre la trinchera que cerraba la calzada de Naranjos; Méndez Olivares fué encargado con su brigada de permanecer amagando y simulando ataques por el rumbo de Madrigal; Ronda con las caballerías constituía la reserva.

El coronel Villada reconoció su terreno recorriéndolo al anochecer, no sin que desde la trinchera enemiga se le hicieran algunos disparos. Cerca, en un lugar á propósito, improvisó por su parte una trinchera como punto de apoyo.

Con la inquietud é incertidumbre que en todos los ánimos reinan la víspera de una batalla contra un enemigo inteligen-

te, instruído y valeroso, y posesionado de fuertes reductos, se pasó aquella noche del 3 al 4 de Febrero.

Al amanecer se rompieron los fuegos por las garitas de Callejones y Naranjos. Tronaba incesantemente el cañón, y como un solo y prolongado disparo se escuchaba el fuego de la fusilería.

En el asalto, Villada llegó hasta el foso que acotaba la trinchera enemiga, de donde fué enérgicamente rechazado á metrallazos. En este acto una fuerza imperialista se arrojó sobre él, pero el jefe republicano, llegando á su débil reducto, la hizo retroceder al fuego de un cañón allí situado y á los tiros de sus soldados.

El primer asalto por el rumbo de Naranjos había fracasado. No así el que emprendieron por Callejones los batallones de Sinaloa, mandados por los Coroneles Jorge Granados, Leonides Torres, Clodomiro Cota y Rosalío Banda, quienes en un combate sangrieto, lograron apoderarse de un edificio fortificado, conocido con el nombre de "Casas de alto."

En el segundo asalto, el coronel Granados, jefe de la columna de Sinaloa, se apoderó de uno de los puntos importantes de la ciudad, el templo llamado Beaterio ó de Jesús Nazareno, en el que permaneció algunas horas, siendo recobrado en seguida por la reserva de la guarnición al mando de Carriedo. Allí, republicanos é imperialistas lucharon cuerpo á cuerpo, á bayoneta calada, y durante la lucha se batieron personalmente Clodomiro Cota y Carriedo, quedando muerto este último y herido el primero. El edificio y las calles contiguas estaban regados de cadáveres y de heridos.

Por su parte Villada, á la misma hora, las nueve de la mañana, emprendía de nuevo apoderarse de la trinchera. El ataque fué rudo; el cañón enemigo abría surcos en la columna; el capitán Magaña, que á la cabeza de ella estaba al lado de Villada, cayó dividido por la bala de una pieza de artillería; la metralla rociaba sus proyectiles sobre nuestros soldados, que se batían valientemente en medio de tres fuegos que procedían del baluarte y de las casas laterales. Los hombres caían como heridos por el rayo, y en medio del olor de la pólvora, se percibía el nauseabundo de la sangre que encharcaba el terreno.

Referiré dos episodios de este asalto: á derecha é izquierda de la cabeza de la columna había colocado Villada en tiradores á los soldados de Paracho, mandados por el capitán Vicente Bravo, quienes hacían tiros certeros sobre los defensores de la trinchera. De repente una granada penetró en el encuentro del caballo que montaba uno de aquellos chinacos. El proyectil estalló en el vientre del animal, y el jinete cayó envuelto en los intestinos, la sangre, el estiércol de la cabalgadura y el lodo del suelo. Se levantó, y al verlo, le preguntó Villada:

—¿Qué te sucedió, hombre?

—¡Un...... me hizo la granada! Mi coronel, déme otro caballito.

Casi en el mismo momento nuestro pagador Antonio Félix perdía su caballo destrozado por la metralla. Cayeron juntos el corcel y el jinete; pero éste se levantó en el acto, y con mucha tranquilidad desensilló y desembridó, cargándose en la espalda los arneses para que no se apoderasen de ellos los traidores.

Estos rasgos de valor eran comunes entre los chinacos.

Después de los dos asaltos infructuosos, los sitiadores volvieron á sus primitivas posiciones, frente á la plaza, á quinientos metros de distancia. Sería la una de la tarde.

Poco después llegaba al Cuartel General un ayudante de Márquez de León, manifestando que, supuesto que el ataque había fracasado, la retirada era indispensable y la brigada de Sinaloa iba á emprenderla.

En el acto, el general Régules, con su Estado Mayor, se dirigió á hablar con el general Márquez, á quien alcanzó en el pequeño pueblo de Ario el Chico, inmediato á Zamora, y le ordenó que conservase sus posiciones, porque al día siguiente había de repetirse el ataque: al efecto le comunicó reservadamente algunas instrucciones.

No fué necesario derramar una gota de sangre más. En la madrugada del día 5 evacuó furtivamente la plaza el coronel Berna, fugándose por la garita de Jacona, que estaba descubierta, y que debía no estarlo porque era la línea encomendada á Márquez. Berna, á su paso por Tangancícuaro, Chil-

chota y Purépero, se llevaba á los vecinos, hasta que sus familias enviaban las gruesas sumas de dinero que exigía por su rescate.

Como, según acabo de decir, la fuga de la guarnición se hizo por el rumbo de Jacona, el primero que tuvó noticia de ella fué el general Márquez de León, quien se apresuró á ocupar la ciudad á las seis de la mañana. Pocos momentos habían transcurrido cuando se presentó Régules á la cabeza de su división, tomando desde luego el mando de la plaza. Una de sus primeras disposiciones fué la de que se recogiesen é inhumasen los cadáveres que; insepultos aún, habían entrado ya en descomposición, lo que originó en la ciudad una peste que duró algunos días é hizo muchas víctimas.

Las pérdidas en muertos de una y otra parte de los beligerantes ascendieron á trescientos; los heridos de los republicanos pasaban de cuatrocientos.

Al retirarse Berna de Zamora encargó á los vecinos la defensa de la plaza, y dejó en poder de éstos toda su artillería que no pudo llevarse. Los vecinos no pensaron en resistir; antes bien, de común acuerdo se desbandaron, dejando en poder de los republicanos más de seiscientos fusiles y las nueve piezas de artillería.

La ocupación de Zamora se efectuó el 5 de Febrero, aniversario de la Constitución de 1857, el mismo día en que los últimos franceses, con Bazaine á la cabeza, salían de México para ir á reembarcarse en Veracruz.

Con el ataque á Zamora acabó en Michoacán la guerra de intervención.

Antes de abandonar nosotros aquella ciudad, el general Régules nombró autoridades. El coronel José María Hernández (Don Josecito) fué encargado de la prefectura; D. Carlos Gómez de la comandancia militar; y del Juzgado de 1ª instancia el Lic. Gumesindo Alejos, originario de Zitácuaro.

El general Márquez de León permaneció muchos días en Zamora en espera del general Corona, quien después de ocupar la plaza de Colima salía de esta ciudad el día 8, rumbo á

Michoacán. Nosotros emprendimos la marcha sobre Morelia el día 14. En la hacienda de la Tuna, á cuatro leguas de distancia de Zamora, recibió el general un correo extraordinario de Garnica con la noticia de que en la tarde del día 13 había ocupado la ciudad de Morelia, en virtud de haberla evacuado la fuerza imperialista de D. Ramón Méndez. Régules hizo un gesto de despecho, que era la expresión de los sentimientos que dominaban en los jefes de la división. Todos alentaban el deseo de que la ciudad hubiese sido tomada á viva fuerza, como habría sucedido, unidas las divisiones de Régules y Corona, que ya marchaban escalonadas con tal objeto.

Hé aquí algunos detalles de la salida de Méndez de Morelia:

Los últimos acontecimientos tenían á este jefe de un humor insoportable. Aunque hacía alarde de su alegría porque se iban los franceses, "dejando así sin estorbos la acción del valiente ejército imperial," no podía disimular su convicción de que la falta de aquel auxilio tan poderoso, moral y materialmente hablando, era la caída segura de Maximiliano y el aniquilamiento del ejército reaccionario.

Nervioso, impaciente, colérico, deseaba ver llegar sobre Morelia á las fuerzas unidas de Corona y de Régules; pero el día 12 recibió la órden de replegarse á Querétaro, y con ella la noticia de la derrota de Miramón en San Jacinto.

Entonces estalló su ira; cada una de sus palabras iba acompañada de una horrorosa imprecación. Desde luego impuso un préstamo forzoso, exorbitante, entre los hacendados y hombres de comercio de Morelia; y como se resistiesen á pagarlo, los mandó poner presos con órden de que permanecieran en pie, sin hacer movimiento alguno, hasta satisfacer las cuotas respectivas. En vano eran las lágrimas de las familias de las víctimas, en vano el ofrecer pagarés á cortos plazos; aquellos infelices no quedaron libres sino hasta el día siguiente, cuando cubrieron el préstamo, haciendo sacrificios onerosísimos para conseguir el dinero.

En el mismo día 13, por la mañana, las tropas del imperio abandonaron la ciudad. Las calles estaban desiertas. El ge-

neral Méndez y su escolta fueron los últimos en salir, á los gritos de ¡Viva el Emperador! que ningún paisano contestó. Uno solo, el único que andaba en la calle, se atrevió á prorrumpir un viva á la libertad. "Habría sido mejor para él callarse, dice Alberto Hans, ó por lo menos aguardar para ultrajarnos (?), á que la escolta se hubiese alejado enteramente, porque habiéndole oído un soldado de caballería, volvió á galope y le partió la cabeza de un sablazo." ¡Acción digna de un valiente para castigar el horrible ultraje de un villano que se atrevía á amar la libertad!

El mismo escritor dice: "después de la salida de las tropas de Méndez, el comercio se armó, pero inútilmente. Digámoslo en honor de la población: no se cometió ningún exceso."

Hemos dicho que en la tarde de aquel mismo día, Garnica ocupó la ciudad. Se recordará que era el Prefecto y Comandante Militar de la línea de Morelia; tenía entonces por Secretario al Lic. José María Rodríguez Gil, patriota modesto y de finas maneras; y como ambos eran conocidos en Morelia por su honradez y moderación, los habitantes, ya en el pleno goce de sus garantías, los recibieron con entusiasmo y una alegría sin límites.

En cuanto á nosotros, apresuramos nuestra marcha y llegamos en la tarde del 16 al pueblo de Cuto de la Esperanza, avanzando parte de la fuerza hasta la hacienda de Itzícuaro, distante una legua de la capital del Estado. Al día siguiente muy temprano se reunió toda la división en esta finca, y se ordenó que se aseara la tropa y se dispusiera para verificar la entrada solemne en Morelia á las doce del día. El camino estaba lleno de vecinos de la ciudad, que en grupos numerosos llegaban á saludar al general Régules y á los jefes y oficiales de la división. Algunos habían llevado músicas de cuerda, y muchísimos atronaban el aire con el estallido de los cohetes.

Por fin á las once de la mañana del día 17 de Febrero se formó la columna de honor, y antes de una hora entrábamos en Morelia en medio del entusiasmo general de la población, de los repiques á vuelo de todas las campanas, del ambiente estremecido con el tronar de millares y millares de cohetes.

En cada esquina, al llegar la división, se oían vivas al Ejército del Centro, al general Régules y á los jefes superiores. No puedo describir la inmensa alegría de aquella gente que por más de tres años había tenido que soportar el yugo del imperio. Las calles estaban llenas de hombres; los balcones, de señoras: ellos aclamaban á gritos á los defensores de la patria; ellas admiraban á aquellos chinacos tan sufridos, cuyo semblante había tostado el sol de la campaña. Las bandas de la división se alternaban tocando el Pito Real, la Paloma, los Cangrejos y la Mamá Carlota, nuestros aires favoritos; y al formar en la plaza, las músicas todas entonaron el himno nacional, como una plegaria de inefable reconocimiento al Dios de las victorias.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, los repiques y la salva de artillería anunciaron á la ciudad de Morelia que llegaba á su seno el Gobernador de Michoacán, C. Justo Mendoza, quien fué recibido en medio de una animada y espontánea ovación.

Este funcionario regresaba de Coalcomán, en donde, como he dicho, dejó restablecidas las autoridades legítimas, conservando así la integridad del territorio michoacano. Desde antes de aquella expedición había nombrado Secretario de Gobierno al intransigente y modesto patriota Leonides Gaona. En Uruapan supieron ambos la ocupación de Zamora y la salida de Méndez de Morelia.

En el mismo día 18 se publicó en la capital el siguiente decreto:

"El C. Coronel Justo Mendoza, Gobernador y Comandante militar del Estado de Michoacán de Ocampo, á todos sus habitantes, sabed, que:

"En uso de las amplias facultades de que me hallo investido, y teniendo en consideración que han desaparecido las circunstancias que determinaron el decreto de 24 de Noviembre de 1863, que declaró capital del Estado la ciudad de Uruapan, he tenido á bien decretar lo siguiente:

"Número 1.—Artículo único.—La ciudad de Morelia vuelve á ser la residencia de los Poderes del Estado, y en ella se establecerán las oficinas superiores de hacienda á que se refiere el decreto antes mencionado.

"Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

"Palacio del Gobierno de Michoacán de Ocampo. Morelia, Febrero 18 de 1867.—*Justo Mendoza.*—*Leonides Gaona*, Secretario."

Esta ley declaró legalmente terminada en Michoacán la guerra contra el imperio y la intervención francesa.

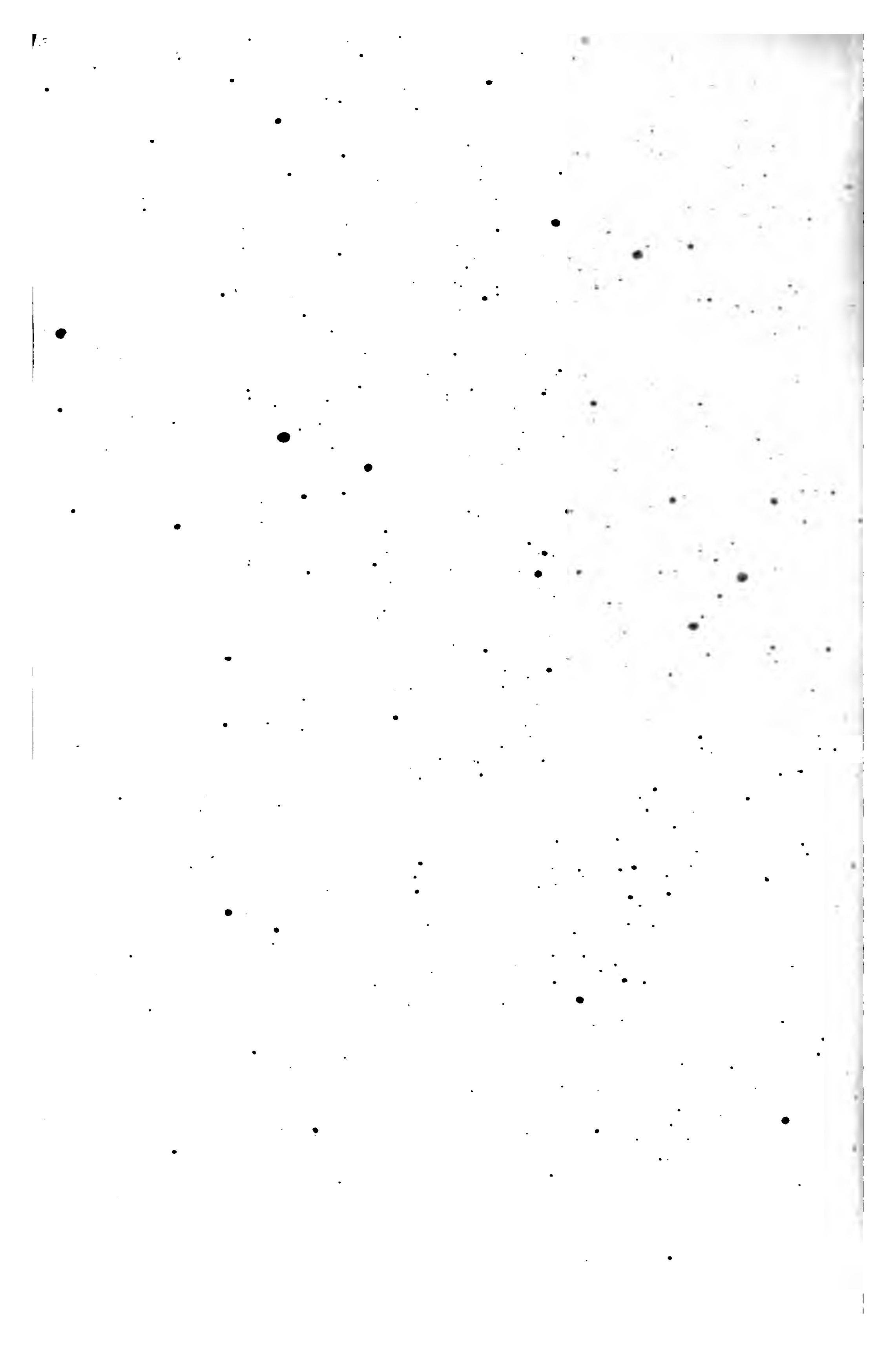
¿Quiere esto decir que el Estado dió por cumplido su deber hacia la patria con la ocupación de Morelia? De ninguna manera. Su patriotismo, su lealtad á las instituciones, su deber como miembro de la federación mexicana, lo condujeron otra vez más á los campos de batalla.

El día 20 entró en Morelia el general Corona; el Ejército del Centro, refundido en el de Occidente, quedó á las órdenes de aquel jefe superior.

El general Régules tomó el mando de la primera división, formada de sus antigüas tropas, que excedían ya de cinco mil hombres. Con ellas concurrió al sitio y toma de la ciudad de Querétaro. Su brigada de caballería, mandada por el coronel Eugenio Ronda, fué incorporada á la división que, á las órdenes del general Guadarrama, acompañó al Ejército de Oriente en la persecución que hizo á Márquez después de la toma de Puebla el 2 de Abril, desde San Lorenzo hasta Texcoco.

Por último, la brigada de infantería del coronel José Vicente Villada marchó á incorporarse á las tropas que sitiaban la ciudad de México, se batió allí con su acostumbrado valor, y el 21 de Junio entró á la capital de la República, formando parte del ejército victorioso del general Porfirio Díaz.

FIN.



ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

